VOLUMEN SEXTO

EL EVANGELIO
COMO ME HA SIDO REVELADO

7 partes

Nacimiento y vida oculta de María y Jesús
capítulos 1-43

Primer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 44–140

Segundo año de la Vida pública de Jesús
capítulos 141–312

Tercer año de la Vida pública de Jesús
capítulos 313–540

Preparación a la Pasión de Jesús
capítulos 541–586

Pasión y Muerte de Jesús
capítulos 587–613

Glorificación de Jesús y María
capítulos 614–651

Para despedida de la Obra, capítulo 652

10 volúmenes

Volumen primero, capítulos 1-78
Volumen segundo, capítulos 79-159
Volumen tercero, capítulos 160-225
Volumen cuarto, capítulos 226-295
Volumen quinto, capítulos 296-363
Volumen sexto, capítulos 364-432
Volumen séptimo, capítulos 433-500
Volumen octavo, capítulos 501-555
Volumen noveno, capítulos 556-603
Volumen décimo, capítulos 604-652

Maria Valtorta

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

Traducido del italiano
por Alberto Giralda Cid

VOLUMEN SEXTO
Capítulos 364–432

CENTRO EDITORIALE VALTORTIANO

Todos los derechos reservados

Título original:
L'Evangelo come mi è stato rivelato
Volume Sesto, Capitoli 364-432

Traducción del italiano de
Alberto Giralda Cid

© Centro Editoriale Valtortiano srl., 1999
Viale Piscicelli 89-91
03036 Isola del Liri - Italia

ISBN 88-7987-026-2
ISBN 88-7987-031-9
(Obra completa de 10 volúmenes)

Fotocomposición e impresión:
Centro Editoriale Valtortiano srl

Diseño de cubierta de Piero Luigi Albery,
con retrato de Bartolomé dibujado por Lorenzo Ferri
bajo la dirección de Maria Valtorta.

Reprinted in Italy, 2002

NOTA DEL EDITOR

La presente edición de la Obra mayor de María Valtorta es la traducción en lengua española, llevada a cabo por Alberto Giralda Cid, de la tercera edición italiana.

El título, *El Evangelio como me ha sido revelado*, traduce el de la edición francesa, *L'Evangile tel qu'il m'a été révélé*, y el de la tercera edición italiana, *L'Evangelo come mi è stato rivelato*, inspirados ambos en las indicaciones originarias de María Valtorta.

El precedente título, *El Hombre-Dios*, correspondiente a la edición traducida por Juan Escobar, era la traducción simplificada del título *Il poema dell'Uomo-Dio*, el cual, a pesar de no haber sido enunciado por María Valtorta, dio nombre a las dos primeras ediciones italianas.

Esta nueva edición española se compone de 10 volúmenes, como la tercera italiana, de la que toma, además del título, las principales características.

Cada uno de los volúmenes se abre con el texto unificado de los cuatro Evangelios correspondiente a los capítulos contenidos en el volumen.

Los capítulos están numerados en serie progresiva desde el primer volumen hasta el décimo. Cada capítulo ha sido dividido, a su vez, en fragmentos numerados, llamados parágrafos, que presentan una completitud textual. Los números del capítulo y del parágrafo, separados por un punto, aparecen en el margen externo de las páginas.

Las notas que no llevan la sigla *NdT* (nota del traductor) son traducción de notas de la tercera edición italiana; en ellas, la sigla *MV* significa *María Valtorta*, y *D* significa *Director de la edición italiana.*

TEXTO UNIFICADO
DE LOS CUATRO EVANGELIOS

364-376

Lc 10, 38-42. Prosiguiendo Jesús su viaje, entró en cierta al- 377
dea, donde una mujer, por nombre Marta, le hospedó en su casa. Tenía ésta una hermana llamada María, la cual, sentada también a los pies del Señor, estaba escuchando su palabra. Mientras tanto, Marta andaba muy afanada en disponer todo lo que era menester, por lo cual se presentó y dijo: «Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa?; dile, pues, que me ayude». Pero el Señor le dio esta respuesta: «Marta, Marta, tú te afanas y acongojas por muchas cosas, cuando con pocas y hasta con una sola cosa basta. María ha escogido la parte mejor, y no le será arrebatada».

396 ***Mt 19, 13-15 [Mc 10, 13-16; Lc 18, 15-17].*** En esta sazón le 378
513.1 presentaron unos niños para que pusiese sobre ellos las manos y orase. Mas los discípulos los reñían [reñían a los que venían a presentárselos]. [Lo que advirtiendo] Jesús [, lo llevó muy a mal,] [llamando a sí los niños,] dijo: «Dejad a los niños, y no les estorbéis de venir a mí; porque de los que son como ellos es el reino de los cielos. [En verdad os digo que quien no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él]». Y, [estrechándolos entre sus brazos, y] habiéndoles impuesto las manos, [los bendecía,] partió de allí.

379-380

Lc 16, 1-18. Decía también Jesús a sus discípulos: «Érase un 381
hombre rico que tenía un mayordomo, del cual por la voz común vino a entender que le había disipado sus bienes. Llamóle, pues, y díjole: "¿Qué es esto que oigo de ti?; dame cuenta de tu administración; porque no quiero que en adelante cuides de mi hacienda". Entonces el mayordomo dijo entre sí: "¿Qué haré, pues mi amo me quita la administración de sus bienes?; yo no soy bueno para cavar, y para mendigar no tengo cara. Pero ya sé lo que he de hacer para que, cuando sea removido de mi mayordomía, halle yo personas

(*) Los cuatro Evangelios están íntegramente transcritos en este texto, unificado por Emilio Pisani según el orden de la narración valtortiana. En presencia de pasos paralelos, el texto unificado reseña por entero el primero de ellos y lo completa con las partes nuevas de los otros, insertadas entre corchetes.

Los números grandes puestos a la derecha hacen referencia a los capítulos de la Obra valtortiana: su colocación, dentro de los pasos evangélicos o fuera de ellos, indica la presencia o la ausencia de la correlación entre la Obra valtortiana y el texto evangélico. Los números pequeños colocados en el margen izquierdo hacen referencia a pasajes valtortianos e indican su relación con pasajes evangélicos, prescindiendo del orden de la narración.

El texto de los cuatro Evangelios ha sido tomado de: *Nuevo Testamento*, Editorial Herder, Barcelona 1962, y corresponde a la versión italiana usada por María Valtorta.

que me reciban en su casa". Llamando, pues, a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: "¿Cuánto debes a mi amo?". Respondió: "Cien barriles de aceite". Díjole: "Toma tu factura, siéntate, y haz al instante otra de cincuenta". Dijo después a otro: "Y tú, ¿cuánto me debes?". Respondió: "Cien coros de trigo". Díjole: "Toma tu factura y escribe ochenta". El amo alabó a este mayordomo infiel de que hubiese sabido portarse sagazmente; porque los hijos de este siglo son en sus negocios más sagaces que los hijos de la luz. Así os digo yo a vosotros: Granjeaos amigos con las riquezas de iniquidad, para que, cuando éstas os falten, seáis recibidos en eternos tabernáculos. Quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho. Si en las falsas riquezas no habéis sido fieles, ¿quién os fiará las verdaderas? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién pondrá en
174.8 vuestras manos lo propio vuestro? Ningún criado puede servir a dos amos; porque o aborrecerá al uno, y amará al otro, o se aficionará al primero, y no hará caso del segundo: no podéis servir a Dios y a las riquezas».

Estaban oyendo todo esto los fariseos, que eran avarientos; y se burlaban de él. Mas Jesús les dijo: «Vosotros os tenéis por justos delante de los hombres; pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que entre los hombres es sublime, es abominable ante Dios. La ley y los profetas han durado hasta Juan; desde entonces, el reino de Dios es anunciado y todos se esfuerzan para entrar en él. Más fácil es que perezcan el cielo y la tierra, que el que deje de
174.19 cumplirse un solo ápice de la Ley. Cualquiera que repudia a su mujer, y se
531.13 casa con otra, comete adulterio; y comételo también el que se casa con la repudiata por su marido».

382-406

Mt 21, 28-32. «¿Y qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y llamando al primero, le dijo: "Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña". Y **407** él respondió: "No quiero". Pero después, arrepentido, fue. Llamando al segundo, le dijo lo mismo; y aunque él respondió: "Voy, señor", no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre?». «El primero» dijeron ellos. Y Jesús prosi-
364.9 guió: «En verdad os digo que los publicanos y las meretrices se os adelantan en el reino de Dios. Por cuanto vino Juan a vosotros por las sendas de la justicia, y no le creisteis; al mismo tiempo que los publicanos y las meretrices le creyeron; mas vosotros, ni siquiera al ver esto os movisteis a penitencia para creer en él».

Lc 17, 5-6. Entonces los apóstoles dijeron al Señor: «Auméntanos la fe». Y el Señor les dijo: «Si tuviereis fe tan grande como un **408** granito de mostaza, diréis a ese moral: "Arráncate de raíz y trasplántate en el mar", y os obedecerá».

409-412

169.7 ***Lc 11, 33-36.*** «Nadie enciende una lámpara y la pone en lugar **413** escondido, ni debajo de un celemín; sino sobre un candelero, para
174.9 que los que entran vean la luz. Lámpara de tu cuerpo son tus ojos. Si tu ojo fuere puro, todo tu cuerpo estará iluminado, mas, si fuere malo, también tu

cuerpo estará lleno de tinieblas. Cuida, pues, de que la luz que hay en ti no sea tinieblas. Porque si tu cuerpo estuviere todo iluminado, sin tener parte alguna obscura, todo él estará iluminado, como cuando la lámpara te ilumina con vivo resplandor».

Lc 11, 37-54. Así que acabó de hablar, un fariseo le convidó a comer en su casa; y, entrando Jesús en ella, púsose a la mesa. En- 414
tonces el fariseo, discurriendo consigo mismo, comenzó a decir: «¿Por qué no se ha lavado antes de comer?». Mas el Señor le dijo:

«Vosotros, los fariseos, tenéis cuidado en limpiar el exterior de las copas y de los platos; pero el interior de vuestro corazón está lleno de rapiña y de maldad. ¡Oh necios!, ¿no sabéis que quien hizo lo de afuera hizo asimismo lo de adentro? Pero, dad limosna de lo que hay dentro y veréis como todo es puro en vosotros. Mas ¡ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la hierbabuena, de la ruda y de toda suerte de legumbres, y no hacéis caso de la justicia y del amor de Dios! Éstas son las cosas que debéis practicar, sin omitir aquéllas. ¡Ay de vosotros, fariseos, que amáis tener los primeros asientos en las sinagogas, y ser saludados en público! ¡Ay de vosotros, que sois como los sepulcros que están encubiertos, y que son desconocidos de los hombres que pasan por encima de ellos!».

Entonces uno de los doctores de la Ley le dijo: «Maestro, hablando así, también nos afrentas a nosotros».

Mas él respondió:

«¡Ay de vosotros igualmente, doctores de la Ley, porque echáis sobre los hombres cargas que no pueden soportar, y vosotros ni con el dedo las tocáis! ¡Ay de vosotros que fabricáis mausoleos a los profetas, después que vuestros mismos padres los mataron! En verdad que dais a conocer que aprobáis los atentados de vuestros padres; porque si ellos los mataron, vosotros edificáis sus sepulcros. Por eso dijo también la Sabiduría de Dios: "Yo les enviaré profetas y apóstoles, y matarán a unos, y perseguirán a otros; para que a esta nación se le pida cuenta de la sangre de todos los profetas, que ha sido derramada desde la creación del mundo acá, de la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, muerto entre el altar y el templo". Sí, yo os lo digo: a esta generación se le pedirá cuenta de ello. ¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, que os habéis reservado la llave de la ciencia! Vosotros mismos no habéis entrado, y a los que iban a entrar se lo habéis impedido».

Y, cuando salió de allí, los fariseos y doctores de la Ley empezaron a contradecirle fuertemente, y a pretender taparle la boca de muchas maneras, armándole asechanzas, y tirando a sonsacarle alguna palabra de que poder acusarle.

415-416

Lc 19, 1-10. Habiendo entrado Jesús en Jericó, atravesaba por 417
la ciudad. Y he aquí que un hombre rico, llamado Zaqueo, principal entre los publicanos, hacía diligencias para conocer a Jesús de vista; y no pudiendo a causa del gentío, por ser de muy pequeña estatura, se adelantó corriendo, y subióse a un sicómoro para verle: porque había de pasar por allí. Llegado que hubo Jesús a aquel lugar, alzando los ojos le vio, y díjole: «Za-

queo, baja luego; porque conviene que yo me hospede hoy en tu casa». Él bajó a toda prisa, y le recibió gozoso. Todo el mundo, al ver esto, murmuraba diciendo que se había ido a hospedar en casa de un hombre de mala vida. Mas Zaqueo, puesto en presencia del Señor, le dijo: «Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y, si he defraudado en algo a alguno, le voy a restituir el cuádruplo». Jesús le respondió: «Ciertamente que el día de hoy ha sido día de salvación para esta casa; pues que también éste es hijo de Abraham. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido».

418-420

Lc 12, 1-12. Entre tanto, habiéndose juntado alrededor de Jesús tan enorme multitud que se pisoteaban unos a otros, empezó a decir a sus discípulos: 421

343 265.11 «Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. Mas nada hay tan oculto que no haya de manifestarse; ni secreto que al fin no se sepa. Así es que lo que dijisteis a obscuras se dirá en la luz del día; y lo que hablasteis al oído en las alcobas se pregonará sobre los terrados. A vosotros, empero, mis amigos, os digo yo: No tengáis miedo de lo que matan al cuerpo y, esto hecho, ya no pueden hacer más. Yo quiero mostraros a quién habéis de temer: temed al que, después de quitar la vida, puede arrojar al infierno; a éste es, os repito, a quien habéis de temer. ¿No es verdad que cinco pajarillos se venden por dos ases, y con todo ni uno de ellos es olvidado de Dios? Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Por tanto, no tenéis que temer: más valéis vosotros que muchos pajarillos. Os digo, pues, que cualquiera que me confesare delante de los hombres, también el hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios. Al contrario, quien me negare ante los hombres será negado ante los ángeles de Dios. Si alguno habla contra el hijo del hombre, este pecado se le perdonará; pero no habrá perdón para 265.7 quien blasfemare contra el Espíritu Santo. Cuando os conduzcan a las sinagogas y a los magistrados y potestades, no paséis cuidado de qué o cómo habéis de responder o alegar. Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel trance lo que debéis decir».

Lc 17, 7-10. «¿Quién hay entre vosotros que, teniendo un criado de labranza, o pastor, luego que vuelve del campo le diga: "Ven, ponte a la mesa", y que, al contrario, no le diga: "Dispónme la cena, ciñete, y sírveme mientras yo como y bebo, que después comerás tú y beberás"? ¿Por ventura el amo se tendrá por obligado al tal criado de que hizo lo que le mandó? No, por cierto. Así también vosotros, después que hubiereis hecho todas las cosas que se os han mandado, habéis de decir: "Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que teníamos obligación de hacer"». 422

Lc 17, 3-4. «Estad atentos. Si tu hermano peca, repréndele y, 278.3 si se arrepiente, perdónale. Si siete veces al día, te ofendiere y siete veces al día volviere a ti diciendo: "Pésame", perdónale». 423

424-432

EL EVANGELIO COMO ME HA SIDO REVELADO

364. En el Templo. Oración universal y parábola del hijo verdadero y los hijos bastardos.

1 de enero de 1946, 6'35 de la mañana.

364.1 [1]Dice Jesús:

«Levántate, María. Vamos a santificar el día con una página del Evangelio. Porque mi Palabra es santificación. Ve, María. Porque ver los días terrenos de Cristo es santificación. Escribe, María. Porque escribir acerca de Cristo es santificación, repetir lo que dice Jesús es santificación, predicar a Jesús es santificación, instruir a los hermanos es santificación. Grande será tu recompensa por esta obra de caridad».

364.2 [2]Jesús ha dejado Rama (visión del 17-12-45) y ya está a la vista de Jerusalén. Mientras anda — como el año pasado — va cantando los salmos prescritos. Muchos, en la vía llena de gente, se vuelven para mirar al grupo apostólico que pasa. Quién saluda con reverencia; quién se limita a echar una ojeada curiosa (éstas son por lo general las mujeres), sonriendo respetuosamente; quién se limita a observar; quién dibuja en sus labios una sonrisita irónica y desdeñosa; quién, en fin, pasa altivo y con evidente malevolencia. Jesús va tranquilo, vestido con una túnica limpia y buena. También Él, como todos, se ha cambiado, para entrar con orden y, diría, con elegancia, en la ciudad santa.

Y también Margziam este año está a la altura de las circunstancias con su ropa nueva. Camina al lado de Jesús, cantando a pleno pulmón, con esa voz suya que la verdad es que es un poquillo áspera porque no es todavía viril. Pero su tono imperfecto se pierde en el coro, lleno, de las voces de sus compañeros, emergiendo sólo, límpido como tintín de plata, en los agudos que emite todavía con voz blanca y segura. Está feliz Margziam...

En un intervalo de los cantos — ya a la vista de la Puerta de Damasco, porque entran por allí para ir inmediatamente al Templo —, mientras esperan a que pase una pomposa caravana que ocupa toda la vía y crea obstrucciones (de forma que los prudentes se detienen en los márgenes), Margziam pregunta: «Señor mío, ¿no vas a decir otra parábola bonita para tu hijo lejano? Querría unirla a los otros escritos que tengo; porque está claro que en Betania vamos a encontrar a sus enviados y sus noticias. Y me consume el deseo de darle una alegría, según le prometí y su corazón y el mío queremos...».

«Sí, hijo mío. Te daré la parábola».

«Pero una que le consuele, que le diga que sigue siendo tu amado...».

«Así lo diré. Y será para mí alegría porque será decir una verdad».

«¿Cuándo la vas a decir, Señor?».

«Inmediatamente. Vamos a ir en seguida al Templo, como es deber, y allí hablaré antes de que se me impida hacerlo».

«¿Y vas a hablar para él?».

«Sí, hijo mío».

«¡Gracias, Señor! Debe ser *muy* doloroso el estar separado así...» dice Margziam, que tiene casi un brillo de llanto en sus ojos negros.

Jesús le pone la mano encima del pelo [3]y se vuelve para indicar a 364.3
los doce que se acerquen y así reprender la marcha. Y es que los doce se habían detenido a oír lo que decían algunos, no sé si creyentes en el Maestro o deseosos de conocerle, que a su vez se habían parado por la misma causa que había detenido a Jesús y a los suyos.

«Ya vamos, Maestro. Estábamos escuchando a éstos. Algunos de ellos son prosélitos que vienen de lejos y preguntaban que dónde podrían acercarse a conocerte» dice Pedro yendo.

«¿Por qué motivo lo desean?».

Y Pedro, ya al lado de Jesús — que está reanundando la marcha — dice: «Porque quieren oír tu palabra, y para ser curados de algunas enfermedades. ¿Ves ese carro cubierto, después de ellos? Dentro hay prosélitos de la Diáspora que han venido por mar o con un largo viaje, movidos a realizarlo además de por el respeto a la Ley por la fe en ti. Los hay de Éfeso, Perge e Iconio, y hay uno, pobre, de Filadelfia, al que han acogido en el carro por piedad los otros, que son mercantes ricos por lo general, pensando propiciarse al Señor».

«Margziam, ve a decirles que me sigan al Templo. Tendrán lo uno y lo otro: salud del alma, con la palabra, y salud para los cuerpos si saben tener fe».

El jovencito va ligero. Pero de los doce se eleva un coro de desaprobación por "la imprudencia" de Jesús, que quiere mostrarse públicamente en el Templo...

«Vamos a propósito, para que vean que no tengo miedo. Para que vean que ninguna amenaza me puede hacer desobedecer al precepto. ¿Pero es que no habéis entendido todavía su juego? Todas estas amenazas, todos estos consejos, amigables sólo en apariencia, tienen la pretensión de hacerme pecar, para poder disponer de un elemento *verdadero* de acusación. No seáis cobardes. Tened fe. No es mi hora».

«¿Pero por qué no vas antes a tranquilizar a tu Madre? Te espera...» dice Judas Iscariote.

«No. Primero voy al Templo, que, hasta el momento señalado por el Eterno para la nueva época, es la Casa de Dios. Mi Madre, esperándome, sufrirá menos de lo que sufriría sabiendo que estoy predicando en el Templo. De esta forma, honraré al Padre y a la Madre, dándole al Primero la primicia de mis horas pascuales, y a la segunda la tranquilidad. Vamos. No temáis. Por lo demás, quien tenga miedo que vaya al Getsemaní, a incubar su miedo entre las mujeres».

Los apóstoles, con la pulla de esta última observación, no hablan más. Se ponen de nuevo en fila, de tres en tres. Sólo en la fila donde está Jesús, la primera, son cuatro, hasta que llega Margziam y la hace de cinco (tanto que Judas Tadeo y el Zelote se ponen detrás de Jesús, dejándole así en el centro entre Pedro y Margziam).

364.4 [4]En la Puerta de Damasco ven a Manahén. «Señor, he pensado que era mejor que me vieran, para disolver toda posible duda sobre la situación. Te aseguro que, aparte de la malevolencia de los fariseos y escribas, no hay nada que sea peligroso para ti. Puedes ir seguro».

«Lo sabía, Manahén. De todas formas, te lo agradezco. Ven conmigo al Templo, si no te es molestia...».

«¡Molestia? ¡Por ti desafiaría al mundo entero! ¡Afrontaría cualquier fatiga!».

Judas Iscariote barbota algunas palabras. Manahén se vuelve ofendido. Dice con voz segura: «No, hombre. No son "palabras". Le ruego al Maestro que compruebe mi sinceridad».

«No hace falta, Manahén. Vamos».

Siguen adelante entre el atasco de gente. Llegados a una casa amiga, se liberan de los talegos; Santiago, Juan y Andrés los depositan por todos en un atrio largo y obscuro, y luego dan alcance a sus compañeros.

364.5 [5]Entran en el recinto del Templo pasando cerca de la Antonia. Los soldados romanos miran, pero no se mueven. Se susurran algunas cosas. Jesús los observa, para ver si hay alguno que conozca. Pero no ve ni a Quintiliano ni al mílite Alejandro.

Ya están en el Templo, en medio del hormigueo de gente, poco sagrado, de los primeros patios, donde hay mercaderes y cambistas. Jesús mira y vibra. Se pone pálido. Su andadura severa es tan solemne, que parece aumentar más todavía de estatura.

Judas Iscariote le tienta: «¿Por qué no repites aquel gesto santo? Ya ves... lo han olvidado... De nuevo la profanación ha entrado en la Casa de Dios. ¿No te duele? ¿No te lanzas a defender?». Este rostro moreno y bello, pero irónico y falso (a pesar de todas las artes de Ju-

das para que no aparezca así), toma un aspecto incluso vulpino mientras, un poco agachado, como por reverencial respeto, dice estas palabras a Jesús, escrutándole de abajo arriba.

«No es la hora. Pero todo eso será purificado. ¡*Y para siempre*!...» dice secamente Jesús.

Judas sonríe ligeramente y comenta: «¡¡El "para siempre" de los hombres!! ¡Ya ves, Maestro, que es muy precario!...».

Jesús no le responde, pues trata de saludar desde lejos a José de Arimatea, que pasa seguido por otras personas, envuelto en sus vistosos indumentos.

Recitan las oraciones rituales y luego regresan al Patio de los Gentiles, bajo cuyos pórticos se agolpa la gente.

[6]Los prosélitos a los que habían encontrado viniendo al Templo 364.6
han seguido todo este tiempo a Jesús. Han traído con ellos a sus enfermos y ahora los están colocando a la sombra, debajo de los pórticos, cerca del Maestro. Sus mujeres, que los han esperado aquí, se acercan muy despacio. Todas veladas. Pero una está ya sentada, quizás por estar enferma, y las compañeras la llevan al lado de los otros enfermos. Más gente se agolpa alrededor de Jesús. Veo estupor y desorientación en los grupos rabínicos y sacerdotales por la abierta venida y la abierta predicación de Jesús.

«¡La paz sea con todos vosotros que escucháis!

La Pascua Santa trae de nuevo a los hijos fieles a la Casa del Padre. Parece, esta Pascua bendita nuestra, una madre que piensa solícita en el bien de sus hijos, que los llama con fuerte voz para que vengan de todas partes, aplazando todas las ocupaciones por una más importante, la única que es verdaderamente grande y útil: honrar al Señor y Padre. En esto se comprende que somos hermanos; de esto, con testimonio delicado, surge el orden y el compromiso de amar al prójimo como a uno mismo. ¿No nos hemos visto nunca? ¿No sabíamos los unos de los otros? Así es. Pero, si estamos aquí, porque somos hijos de un único Padre que quiere congregarnos en su Casa para el banquete pascual, entonces, aunque no sea con los sentidos materiales, sí ciertamente con la parte superior, sentimos que somos iguales, hermanos, provenientes de Uno solo, y nos amamos, por tanto, como si hubiéramos crecido juntos. Y esta unión de amor nuestra es anticipación de la otra, más perfecta, de que gozaremos en el Reino de los Cielos, bajo la mirada de Dios, abrazados todos por su Amor: Yo, Hijo de Dios y del hombre, con vosotros, hombres hijos de Dios; Yo, Primogénito, con vosotros, hermanos amados sobre toda humana medida, hasta hacerme Cordero por los pecados de los hombres.

Recordemos también, nosotros que gozamos en el momento presente de nuestra fraterna unión en la Casa del Padre, a los que están lejos y también son hermanos nuestros en el Señor y en el origen. Tengámolos en nuestro corazón. Llevemos en nuestro corazón ante el altar santo a los ausentes. Oremos por ellos, recogiendo con el espíritu sus lejanas voces, sus añoranzas de estar aquí, sus anhelos. Y, de la misma forma que recogemos estos conscientes anhelos de los israelitas lejanos, recojamos también los de las almas que pertenecen a hombres que no saben siquiera que tienen un alma y que son hijos de Uno solo. *Todas las almas del mundo gritan en las prisiones de los cuerpos hacia el Altísimo*. Alzan, en oscura cárcel, su gemido hacia la Luz. Nosotros, que estamos en la luz de la fe verda-
364.7 dera, tengamos misericordia de ellos. [7]Oremos así:

Padre nuestro que estás en los Cielos, sea santificado por toda la humanidad tu Nombre. Conocer tu Nombre es encaminarse hacia la santidad. Haz, Padre santo, que los gentiles y paganos conozcan tu existencia, y que vengan a Dios, a ti, Padre, guiados por la Estrella de Jacob, por la Estrella de la Mañana, por el Rey y Redentor de la estirpe de David, por tu Ungido, ya ofrecido y consagrado para ser Víctima por los pecados del mundo; que vengan como los tres sabios de entonces, de un tiempo ya lejano pero no inoperante, porque nada de lo que tiene algo que ver con la venida de la Redención al mundo es inoperante.

Venga tu Reino a todos los lugares de la tierra: donde se te conoce y ama, y donde aún no se te conoce; y, sobre todo, a los que son triplemente pecadores, los cuales, aun conociéndote, no te aman en tus obras y manifestaciones de luz, y tratan de rechazar y apagar la Luz que ha venido al mundo, porque son almas de tinieblas, que prefieren las obras de tinieblas, y no saben que querer apagar la Luz del mundo es ofenderte a ti mismo, porque Tú eres Luz santísima y Padre de todas las luces, comenzando por la que se ha hecho Carne y Palabra para traer tu luz a todos los corazones de buena voluntad.

Padre santísimo, que todos los corazones de este mundo hagan tu voluntad, es decir, que se salven todos los corazones y no quede para ninguno sin fruto el sacrificio de la Gran Víctima; porque ésta es tu voluntad: que el hombre se salve y goce de ti, Padre santo, después del perdón que está para ser otorgado.

Danos tu ayuda, Señor: *todas* tus ayudas. Ayuda a todos los que esperan, a los que no saben esperar, a los pecadores con el arrepentimiento que salva, a los paganos con la herida de tu llamada que estremece; ayuda a los infelices, a los reclusos, a los desterrados, a los enfermos en el cuerpo o en el espíritu, a todos, Tú que eres el Todo;

porque el tiempo de la Misericordia ha llegado.

Perdona, Padre bueno, los pecados de tus hijos. Los de tu pueblo, que son los más graves, los de los culpables de querer estar en el error, mientras que tu amor de predilección ha dado la Luz precisamente a este pueblo. Perdona a los que están afeados por un paganismo corrompido que enseña el vicio, y se hunden en la idolatría de este paganismo pesado y mefítico, mientras que entre ellos hay almas preciadas y que Tú amas porque las has creado. Nosotros perdonamos, Yo el primero, para que Tú puedas perdonar. E invocamos tu protección sobre la debilidad de las criaturas para que libres del Principio del Mal, del cual vienen todos los delitos, idolatrías, culpas, tentaciones y errores, a tus criaturas. Líbralas, Señor, del Príncipe horrendo, para que puedan acercarse a la Luz eterna».

[8]La gente ha seguido atenta esta solemne oración. Se han acerca- 364.8
do rabíes famosos, entre los cuales, sujetándose pensativo el barbado mentón, está Gamaliel... Y se ha acercado también un grupo de mujeres, enteramente envueltas en mantos, con una especie de capucha que oculta sus rostros. Y los rabíes se han acercado con desprecio... Y también han venido, reclamados por la noticia de que había llegado el Maestro, muchos discípulos fieles, entre los cuales están Hermas, Esteban y el sacerdote Juan. Y también Nicodemo y José, inseparables, y otros amigos suyos que creo haber visto ya.

Durante la pausa que sigue a la oración del Señor, recogido ahora dentro de sí, solemnemente austero, se oye a José de Arimatea decir: «¿Y entonces, Gamaliel? ¿No te parece *todavía* palabra del Señor?».

«José, se me dijo: "Estas piedras se estremecerán con el sonido de mis palabras"» responde Gamaliel.

Esteban, impetuosamente, grita: «¡Cumple el prodigio, Señor! ¡Da la orden, y se desarticularán! ¡Gran don sería que se derrumbase el edificio, pero se elevaran en los corazones las murallas de tu Fe! ¡Házselo a mi maestro!».

«¡Blasfemo!» grita un grupo rabioso de rabíes con sus alumnos.

«No» grita a su vez Gamaliel. «*Mi* discípulo habla con palabra inspirada. Pero nosotros no somos capaces de aceptarla porque el * Ángel de Dios todavía no nos ha purificado del pasado con el tizón tomado del Altar de Dios... Y, quizás, ni aunque el grito de su voz» y señala a Jesús «desencajara los quicios de estas puertas, sabríamos creer...». Se recoge un extremo del amplio manto blanquísimo y con él se cubre la cabeza, ocultándose casi el rostro; luego se marcha.

Jesús le mira mientras se va... [9]Luego continúa hablando. Ahora 364.9

---

* *el Ángel de Dios todavía no nos ha purificado...* es imagen tomada de *Isaías 6, 6-7.*

responde a algunos que murmuran entre sí, que se muestran escandalizados y que hacen más visible su escándalo descargándolo sobre Judas de Keriot, con una rociada de protestas que el apóstol encaja sin reaccionar, encogiéndose de hombros y poniendo una cara que de satisfecha no tiene nada.

Jesús dice:

«En verdad, en verdad os digo que los que parecen ilegítimos son hijos verdaderos, y que los que son hijos verdaderos se hacen ilegítimos. Escuchad todos una parábola.

Hubo una vez un hombre que, debido a algunas ocupaciones, tuvo que ausentarse durante largo tiempo de casa, dejando en ella a algunos hijos que todavía eran poco más que unos niños. Desde el lugar en que se hallaba, escribía cartas a sus hijos mayores para mantener siempre en ellos el respeto hacia el padre lejano y para recordarles sus enseñanzas. El último, nacido después de su partida, se estaba criando todavía con una mujer que vivía lejos de allí, de la región de la esposa, que no era de su raza. Y la esposa murió, siendo pequeño y viviendo lejos de casa todavía este hijo. Los hermanos dijeron: "Dejémosle allí, donde está, con los parientes de nuestra madre. Quizás nuestro padre se olvida de él. Saldremos ganando porque tendremos que repartir con uno menos, cuando nuestro padre muera". Y así lo hicieron. De esta forma, el niño lejano creció con los parientes maternos, ignorando las enseñanzas de su padre, ignorando que tenía un padre y unos hermanos, o, peor, conociendo la amargura de esta reflexión: "Todos ellos me han desechado como si fuera ilegítimo", y tanto se sentía repudiado por su padre, que llegó incluso a creer que ello fuera verdad.

Siendo ya un hombre y habiéndose puesto a trabajar — porque, agriado como estaba por los pensamientos mencionados, aborrecía también a la familia de su madre, a quien consideraba culpable de adulterio —, quiso el azar que este joven fuera a la ciudad donde estaba su padre. Y entró en contacto con él, aunque no sabía quién era, y tuvo la ocasión de oírle hablar. El hombre era un sabio. No teniendo la satisfacción de los hijos, que estaban lejos — a esas alturas ya vivían por su cuenta y mantenían con su padre lejano sólo unas relaciones convencionales... bueno, para recordarle que eran "sus" hijos y que, como consecuencia, se acordara de ellos en el testamento —, se ocupaba mucho en dar rectos consejos a los jóvenes a quienes tenía ocasión de conocer en esa tierra en que estaba. El joven se sintió atraído por esa rectitud, que era paterna hacia muchos jóvenes; no sólo se acercó a él, sino que atesoró todas sus palabras, y vino a hacer bueno su agriado ánimo. El hombre enfermó. Tuvo que decidir

regresar a su patria. El joven le dijo: "Señor, eres la única persona que me ha hablado con justicia y me ha elevado el corazón. Deja que te siga como siervo. No quiero volver a caer en el mal de antes". "Ven conmigo. Ocuparás el puesto de un hijo del que no he podido volver a tener noticias". Y regresaron juntos a la casa paterna.

Ni el padre ni los hermanos ni el propio joven intuyeron que el Señor hubiera congregado de nuevo a los de una única sangre bajo un único techo.

Mas el padre hubo de llorar mucho por sus hijos conocidos, porque los encontró olvidados de sus enseñanzas, codiciosos, duros de corazón, con muchas idolatrías en sus corazones en vez de creyentes en Dios: la soberbia, la avaricia y la lujuria eran sus dioses, y no querían oír hablar de nada que no fuera ganancia humana. El extranjero, sin embargo, cada vez se acercaba más a Dios; se hacía cada vez más justo, bueno, amoroso, obediente. Los hermanos le odiaban porque el padre quería a ese extranjero. Él perdonaba y amaba porque había comprendido que en el amor estaba la paz.

El padre, un día, disgustado con la conducta de sus hijos, dijo: "Vosotros os habéis desinteresado de los parientes de vuestra madre,
* y hasta de vuestro hermano. Me recordáis la conducta de los hijos de Jacob hacia su hermano José. Quiero ir a esas tierras para tener noticias de él. Quizás le encuentro para consuelo mío". Y se despidió, tanto de los hijos conocidos como del joven desconocido, dando a este último una reserva de dinero para que pudiera volver al lugar de donde había venido y montar allí un pequeño comercio.

Llegado a la región de su difunta esposa, los familiares de ella le
* contaron que el hijo abandonado había pasado a llamarse Manasés, de Moisés que se llamaba, porque realmente con su nacimiento había hecho olvidar al padre que era justo, pues lo había abandonado.

"¡No me ofendáis! Me habían referido que se había perdido el rastro del niño. Y no esperaba siquiera encontrar aquí a ninguno de vosotros. Pero habladme de él. ¿Cómo es? ¿Ha crecido robusto? ¿Se parece a mi amada esposa que se consumió dándomele? ¿Es bueno? ¿Me ama?".

"Robusto, es robusto, y guapo como su madre, aparte de tener los ojos de un color negro intenso. De su madre tiene hasta la mancha de forma de algarroba en la cadera, y de ti ese estorbo ligero de la pronunciación. Cuando se hizo hombre, se marchó, agriado por su sino, con dudas sobre la honestidad de su madre, y sintiendo rencor

---

* *la conducta de los hijos de Jacob hacia su hermano José* está narrada en *Génesis 37, 3-28.*
* *Manasés*, en el significado de *Génesis 41, 51* y explicado enseguida y en 508.5.

hacia ti. Habría sido bueno, si no hubiera tenido este rencor en el alma. Se marchó más allá de los montes y de los ríos. Llegó a Trapecius para..."

"¿Decís Trapecius? ¿En Sinopio? Seguid, seguid, que yo estaba allí, y vi a un joven con este ligero estorbo en la pronunciación, solo y triste, y muy bueno por debajo de su costra de dureza. ¿Es él? ¡Hablad!".

«Quizás es. Búscale. En la cadera derecha tiene la algarroba saliente y obscura como la tenía tu mujer".

El hombre se marchó a toda velocidad, con la esperanza de encontrar todavía al extranjero en su casa. Había partido ya para regresar a la colonia de Sinopio. El hombre fue detrás... Le encontró. Le hizo acercarse para descubrirle la cadera. Le reconoció. Cayó de rodillas alabando a Dios por haberle devuelto el hijo, y más bueno que los otros, que cada vez se hacían más animales, mientras que éste, en estos meses que habían pasado, se había hecho cada vez más santo. Y dijo al hijo bueno: "Recibirás la parte de tus hermanos, porque, sin ser amado por nadie, te has hecho más justo que todos los demás".

¿No era, acaso, justicia? Lo era. En verdad os digo que son verdaderos hijos del Bien aquellos que, rechazados por el mundo y despreciados, odiados, vilipendiados, abandonados como ilegítimos, considerados oprobio y muerte, saben superar a los hijos crecidos en la casa pero rebeldes a las leyes de ésta. No es el hecho de ser de Israel lo que da derecho al Cielo; ni asegura el destino el ser fariseos, escribas o doctores. La cosa es tener buena voluntad y acercarse generosamente a la Doctrina de amor, hacerse nuevos en ella, hacerse por ella hijos de Dios en espíritu y verdad.

Sabed todos los que me escucháis que muchos, que se creen seguros en Israel, serán substituidos por los que para ellos son publicanos, meretrices, gentiles, paganos y galeotes. El Reino de los Cielos es de quien sabe renovarse acogiendo la Verdad y el Amor».

364.10 [10]Jesús se vuelve hacia el grupo de los enfermos prosélitos. «¿Sabéis creer en cuanto he dicho?» pregunta con voz fuerte.

«¡Sí! ¡Señor!» responden en coro.

«¿Queréis acoger la Verdad y el Amor?».

«¡Sí! ¡Señor!».

«¿Os quedaríais satisfechos aunque no os diera más que Verdad y Amor?».

«Señor, Tú sabes qué es lo que necesitamos más. Danos, sobre todo, tu paz y la vida eterna».

«¡Levantaos e id a alabar al Señor! Estáis curados en el Nombre

santo de Dios».

Y, rápido, se dirige hacia la primera puerta que encuentra, y se mezcla con la muchedumbre que satura Jerusalén, antes de que la emoción y el estupor que hay en el Patio de los Paganos pueda transformarse en aclamadora búsqueda de Él...

Los apóstoles, desorientados, le pierden de vista. Sólo Margziam, que no ha dejado nunca de tenerle cogido un extremo del manto, corre a su lado, feliz, y dice: «¡Gracias, gracias, gracias, Maestro! ¡Por Juan, gracias! He escrito todo mientras hablabas. Sólo me queda añadir el milagro. ¡Qué bonito! ¡Justo para él! ¡Se pondrá muy contento!...».

365. Judas Iscariote insidia la inocencia de Margziam. Un nuevo discípulo, hermano de leche de Jesús. En Betania, en la casa de Lázaro, enfermo.

3 de enero de 1946.

[1]Jesús entra en la verde quietud del Huerto de los Olivos. 365.1

Margziam sigue a su lado, y sonríe al pensar en la afanosa carrera que va a pegarse Pedro para alcanzarlos. Dice: «¡Maestro, quién sabe lo que dirá! Y, si hubieras seguido hasta Betania sin pararte aquí, se sentiría verdaderamente desconsolado».

También sonríe Jesús, mirando al jovencito, y responde: «Sí. Me va a sepultar a lamentos. De todas formas, le servirá para otra vez. Así estará más atento. Yo hablaba y él se distraía charlando con unos o con otros...».

«Es que le preguntaban, Señor» dice Margziam para disculpar, sin reírse ya.

«Se hace un gesto delicado de que se responderá después, cuando calle la Palabra del Señor. [2]Acuérdate de esto para tu vida futura. 365.2 Para cuando seas sacerdote. Exige el máximo respeto en las horas y lugares de instrucción».

«Pero entonces será el pobre Margziam, Señor, el que hable...».

«No importa. Es Dios el que habla por los labios de sus siervos en las horas de su ministerio, y como tal debe ser escuchado con silencio y respeto».

Margziam hace una leve mueca significativa, como comentario de un razonamiento suyo interior.

Jesús, que le observa, dice: «¿No estás convencido? ¿Por qué esa expresión? Habla, hijo, sin temor».

«Señor mío, me preguntaba si Dios está también en los labios y

en el corazón de sus sacerdotes de ahora... y... con terror me decía si serían iguales los futuros... Y concluía diciendo que... muchos sacerdotes hacen quedar mal al Señor... He pecado, sin duda... Pero son tan malos y antipáticos, tan secos... que...».

«No juzgues. Pero recuerda esta impresión de disgusto. Tenla presente en el futuro. Y, con todas tus fuerzas, preocúpate de no ser como estos que te desagradan; y que tampoco lo sean los que dependan de ti. Haz servir para el bien incluso el mal que ves. Toda acción y toda cognición deben ser transformadas en bien pasando por un juicio y una voluntad rectos».

«¡Señor, antes de entrar en la casa, que ya se ve, respóndeme a otra cosa! Tú no niegas que el actual sacerdocio sea defectuoso. Me dices a mí que no juzgue. Pero Tú juzgas. Y puedes hacerlo. Y juzgas con justicia. Escucha, Señor, mi pensamiento. Cuando los actuales sacerdotes hablan de Dios y de la religión — siendo la mayoría de ellos como son, y me refiero ahora a los peores —, ¿deben ser escuchados como verdad?».

«Siempre, hijo mío. Por respeto a su misión. Cuando realizan actos de su ministerio, no son el hombre Anás, el hombre Sadoq... Son *"el sacerdote"*. Separa siempre del ministerio la pobre humanidad».

«Pero si realizan mal también su ministerio...».

365.3 «Dios suplirá. [3]¡Y, además!... ¡Escúchame, Margziam! No hay ningún hombre completamente bueno ni completamente malo. Y ninguno es tan completamente bueno que tenga derecho a juzgar a los hermanos como completamente malos. Tenemos que tener presentes nuestros defectos, contrastar con ellos las buenas cualidades de los que queremos juzgar. Entonces tendríamos una medida justa de juicio caritativo. Yo todavía no he encontrado un hombre completamente malo».

«¿Ni siquiera Doras, Señor?».

«Ni siquiera él, porque es marido honesto y padre amoroso».

«¿Ni siquiera el padre de Doras?».

«También él era marido honesto y padre amoroso».

«¡Pero nada más que eso, ¿eh?!».

«Sólo eso. Pero en eso no era malo. Por tanto, no era completamente malo».

«¿Y tampoco Judas es malo?».

«No».

«Pero no es bueno».

«No es totalmente bueno, como no es totalmente malo. ¿No estás convencido de lo que digo?».

«Estoy convencido de que Tú eres totalmente bueno, y que estás

absolutamente exento de maldad. Tanto, que no encuentras nunca una acusación para ninguno. Esto sí».

«¡Oh, hijo mío! ¡Si pronunciara la primera sílaba de una palabra de acusación, todos vosotros arremeteríais como fieras contra el acusado!... Yo, actuando así, evito que os manchéis con pecado de juicio. Entiéndeme, Margziam. No es que Yo no vea el mal donde lo hay. No es que no vea la mezcla de mal y bien que hay en algunos. No es que no comprenda cuándo un alma sube o baja del nivel en que la puse. No es nada de esto, hijo mío. Es prudencia, para evitar las anticaridades entre vosotros. Y actuaré siempre así. *También en los siglos venideros, cuando tenga que pronunciarme sobre una criatura.* ¿No sabes, hijo, que a veces vale más una palabra de alabanza, de ánimo, que mil reprensiones? ¿No sabes que de cien casos pésimos, señalados como relativamente buenos, al menos la mitad vienen a ser realmente buenos al no faltarles, después de mi benévola palabra, la ayuda de los buenos, que, en caso distinto, huirían del individuo señalado como pésimo? *Hay que sostener a las almas, no hundirlas.* Pero si Yo no soy el primero en sostener, en celar las partes feas, en solicitar para ellas vuestra benevolencia y ayuda, jamás os entregaríais a ellas con activa misericordia. Recuérdalo, Margziam...».

«Sí, Señor... (un fuerte suspiro). Lo recordaré... (otro fuerte suspiro)... Pero es muy difícil ante ciertas evidencias...».

[4]Jesús le mira fijamente. Pero del jovencito no ve sino la parte alta de la frente porque baja mucho la cara. 365.4

«Margziam, levanta la cara. Mírame. Y respóndeme. ¿Qué evidencia es esa que es difícil pasar por alto?».

Margziam se azara... Se pone rojo bajo el color morenito de la piel... Responde: «Pues... son muchas, Señor...».

Jesús insta: «¿Por qué has nombrado a Judas? Porque es una "evidencia". Quizás la que te es más difícil superar... ¿Qué te ha hecho Judas? ¿En qué te ha escandalizado?» y Jesús pone las manos encima de los hombros del muchacho, que ahora está tan colorado que es todo púrpura obscura.

Margziam le mira, con los ojos brillantes... luego se suelta y se marcha gritando: «¡Judas es un profanador!... Pero no puedo hablar... ¡Respétame, Señor!...» y se introduce en el bosque, llorando, en vano llamado por Jesús, que pone un gesto de desconsolado dolor.

[5]Su voz, de todas formas, ha llamado la atención de los que están en la casa del Getsemaní. Y a la puerta de la cocina se asoma Jonás, luego la Madre de Jesús, detrás las discípulas: María de Cleofás, María Salomé y Porfiria. Ven a Jesús y se echan a andar hacia Él. 365.5

«¡La paz a todos vosotros! ¡Aquí me tienes, Mamá!».

«¿Sólo? ¿Por qué?».

«Me he adelantado. He dejado a los demás en el Templo... Pero estaba con Margziam...».

«¿Y dónde está ahora mi hijo, que no le veo?» pregunta Porfiria un poco inquieta.

«Ha subido allá arriba... Pero ahora vendrá. ¿Tenéis comida para todos? Dentro de poco vendrán los demás».

«No, Señor. Habías dicho que ibas a Betania...».

«Sí, claro... Pero he pensado que convenía hacer esto. Id sin demora por todo lo necesario, y volved sin demora. Yo me quedo con mi Madre».

Las discípulas obedecen sin replicar.

365.6 [6]Se quedan solos Jesús y María, y pasean lentamente bajo los enmarañados ramajes de los árboles, a través de cuyas copas se filtran agujas solares que ponen circulitos de oro en la hierbecilla verde y florida.

«Después de comer iré a Betania con Simón».

«¿Simón de Jonás?».

«No. Con Simón Zelote. Y llevaré conmigo a Margziam...». Jesús calla pensativo.

María le observa. Luego pregunta: «¿Te causa sinsabores Margziam?».

«¡No, Mamá, todo lo contrario! ¿Por qué piensas eso?».

«¿Por qué estás pensativo?... ¿Por qué le llamabas con autoridad? ¿Por qué te ha dejado? ¿Por qué se ha separado de ti como vergonzoso? ¡No ha venido siquiera a saludar a su madre ni a mí!».

«El niño ha huido por una pregunta que le he hecho».

«¡Oh!...» el estupor de María es profundísimo. Guarda silencio por un momento y luego susurra, como hablando para sí: «Los dos * en el Paraíso Terrenal huyeron, después del pecado, al oír la voz de Dios... Pero, Hijo mío, hay que tener compasión del niño. Empieza a ser hombre... y quizás... Hijo mío, Satanás muerde a todos los hombres...». Es una María toda compasiva y suplicante...

Jesús la mira y le dice: «¡Cuán madre eres! ¡Cuánto eres "la Madre"! Mas no pienses que el niño ha pecado. Debes pensar que sufre por la quemadura de una revelación. Es muy puro. Es muy bueno... Le llevaré conmigo, hoy. Para que comprenda, sin palabras, que le comprendo. Cualquier palabra sobraría... y no encontraría ninguna para disculpar al profanador de un inocente». Es un Jesús severo en estas últimas palabras.

---

* *Lo dos en el Paraíso...* es cita de *Génesis 3, 8.*

«¡Hijo! ¡En esto estamos? No te pido nombres. Pero si uno de entre nosotros ha sido capaz de turbar al niño, sólo puede haber sido uno... ¡Hay que ver qué diablo!».

[7]«Vamos a buscar a Margziam, Mamá. Ante ti no huirá». 365.7

Van y le descubren detrás de una mata de espino albar.

«¿Estabas cogiendo flores para mí, hijo mío?» pregunta María mientras se acerca a él y le abraza...

«No. Pero te echaba de menos» dice Margziam con lágrimas en la cara todavía.

«Y yo he venido. ¡Ánimo, sin demora! ¡Que hoy tienes que ir con mi Jesús a Betania! Y debes estar arreglado como conviene».

La cara de Margziam, ya olvidado de su turbación de antes, se ilumina, y dice: «¿Yo solo con Él?».

«Y con Simón Zelote».

Margziam, muy niño todavía, da un salto de alegría, sale inmediatamente de su escondite y va a caer en el pecho de Jesús... Está confuso.

Pero Jesús sonríe y le instiga diciendo: «Corre a ver si ha venido tu padre». Margziam se echa a correr, y Jesús observa: «Es un niño todavía, a pesar de ser ya juicioso de pensamiento. Turbar su corazón es un gran delito. Pero pondré una solución» y mientras tanto camina con María hacia la casa.

Pero antes de llegar ya ven a Margziam galopando tras ellos. «Maestro... Madre... Hay personas... personas de las que estaban en el Templo... Los prosélitos... Hay una mujer... Una mujer que quiere verte, Madre... Dice que te conoció en Belén... Se llama Noemí».

«¡Conocí a muchas entonces! Pero vamos...».

[8]Llegan a la pequeña explanada donde está la casa. Un grupo de 365.8
personas espera. En cuanto ven a Jesús se postran. Pero, en seguida, una mujer se levanta y corre a arrojarse a los pies de María mientras la saluda con su nombre.

«¿Quién eres? No me acuerdo de quién eres. Levántate».

La mujer se alza, pero, cuando está para hablar, llegan, jadeantes, los apóstoles.

«¡Pero Señor! ¿Por qué? Hemos corrido como locos por Jerusalén. Pensábamos que habías ido a casa de Juana o de Analía... ¿Por qué no has esperado?» preguntan, e informan, confusamente.

«Ahora estamos juntos. Es inútil explicar el porqué. Dejad que esta mujer hable tranquila».

Todos se apiñan para escuchar.

«Tú no te acuerdas de mí, María de Belén. Pero yo recuerdo des-

de hace treinta y un años tu nombre y tu rostro como nombre y rostro de piedad. Había venido yo también de lejos, de Perge, por el Edicto. Estaba embarazada. Pero esperaba regresar a tiempo. Mi marido enfermó por el camino, y en Belén se debilitó hasta el extremo de que murió. Yo había dado a luz veinte días antes de que muriera. Mis gritos perforaron el cielo y me secaron la leche y la hicieron veneno. Me cubrí de pústulas, y de pústulas se cubrió mi hijo... Nos arrojaron a una gruta a morir... Pues bien... tú, sólo tú, viniste, cautelosa, cada poco tiempo durante toda la luna, a traerme comida y a curar mis llagas, y llorabas conmigo y dabas leche a mi criatura, que si vive es sólo por ti... Corriste el riesgo de que te lapidaran, porque me llamaban "la leprosa"... ¡Oh, mi estrella delicada! Esto no lo he olvidado. Una vez curada, me marché. En Éfeso tuve noticias de la matanza. ¡Te busqué mucho! ¡Mucho! ¡Mucho! No podía pensar que te hubieran matado con tu Hijo en aquella noche tremenda. Pero jamás te encontré. El verano pasado, uno de Éfeso oyó a tu Hijo, supo quién era, le siguió durante un tiempo, fue, acompañado de otros, a los Tabernáculos... Y, cuando volvió, contó. He venido para verte, ¡oh Santa!, antes de morir. Para bendecirte tantas veces cuantas fueron las gotas de leche que diste a mi Juan, en detrimento incluso de tu Hijo bendito...». La mujer llora, en una posición reverencial, un poco inclinada, agarrando con sus manos los brazos de María...

«La leche no se niega nunca, hermana. Y...».

«¡Oh, no! ¡No hermana tuya! Tú, Madre del Salvador. Yo era una pobre mujer sola, lejos de su casa, viuda, con un hijo de pecho y con el pecho agotado como torrente en verano... Sin ti me habría muerto. Me diste todo, y, si pude volver donde mis hermanos, mercaderes de Éfeso, fue por ti».

«Éramos dos madres, dos pobres madres, con dos hijos, por el mundo. Tú tenías el dolor de haberte quedado viuda, yo el de tener que ser traspasada en mi Hijo, como decía en el Templo el anciano Simeón. No hice otra cosa sino cumplir con mi deber de hermana
365.9 dándote lo que tú ya no tenías. [9]¿Y tu hijo vive?».

«Está ahí. Tu Hijo santo me le ha curado esta mañana. ¡Bendito sea!» y la mujer se postra ante el Salvador gritando: «Ven, Juan, a dar gracias al Señor».

Se aproxima, dejando a sus compañeros, un hombre de la edad de Jesús, fuerte, de rostro no hermoso pero leal; de hermoso tiene la expresión de sus ojos profundos.

«La paz a ti, hermano de Belén. ¿De qué te he curado?».

«De la ceguera, Señor. Un ojo perdido, el otro próximo a perderse. Era arquisinagogo, pero ya no podía leer los sagrados rollos».

«Ahora los leerás con mayor fe».

«No, Señor. Ahora te leeré a ti. Quiero quedarme como discípulo. Y sin pretender derechos por las gotas de leche extraídas del pecho en que Tú te nutrías. Nada son los días de una luna para crear un vínculo; todo, la piedad de tu Madre entonces y la tuya de esta mañana».

Jesús se vuelve hacia la mujer: «¿Y tú que opinas?».

«Que mi hijo te pertenece doblemente. Acéptale, Señor. Y se cumplirá el sueño de la pobre Noemí».

«De acuerdo. Serás de Cristo. A vosotros: recibid a este compañero en nombre del Señor» dice volviéndose a los apóstoles.

Los prosélitos están exaltados de emoción. Los hombres querrían quedarse también inmediatamente. Todos. Pero Jesús dice con firmeza: «No. Vosotros seguid siendo lo que sois. Volved a vuestras casas, conservad la fe y esperad la hora de la llamada. El Señor esté siempre con vosotros. Podéis marcharos».

«¿Podremos encontrarte todavía aquí?» preguntan.

«No. Como un pájaro que vuela de rama en rama me moveré continuamente. No me encontraréis aquí. No tengo ni itinerario ni morada. Pero, si es justo, nos veremos y me escucharéis. Marchaos. Que se quede la mujer con el nuevo discípulo».

Y entra en casa, seguido por las mujeres y los apóstoles, que comentan con emoción el episodio ignorado hasta ese momento y la caridad profunda de María.

[10]Y Jesús, con paso raudo, va hacia Betania; a un lado y otro de Él, Simón Zelote y Margziam. Felices de ser ellos dos los preferidos para esta visita. 365.10

Margziam, ya completamente tranquilo, hace mil preguntas sobre la mujer que ha venido de Éfeso, pregunta si Jesús sabía ese hecho, etc.

«No lo sabía. El tesoro de bondades de mi Madre es infinito, y lo hace con un silencio tan delicado, que, la mayor parte de las veces, sus buenas acciones quedan secretas».

«Pero es un episodio muy bonito, ¿eh?» dice el Zelote.

«Sí. Tanto que quiero contárselo a Juan de Endor. Maestro, ¿crees que vamos a encontrar sus cartas en Betania?».

«Estoy casi seguro».

«Debería estar también la mujer curada de la lepra» observa el Zelote.

«Sí. Ha observado con fidelidad los preceptos. Pero ya debe haberse cumplido el tiempo de la purificación».

365.11 [11]Betania aparece en su llanura elevada. Pasan por delante de la casa en que en otros tiempos había pavos reales, flamencos y grullas. Ahora está abandonada y cerrada. Simón lo observa.

Pero su observación se ve interrumpida por el jovial saludo de Maximino que improvisamente sale por la cancilla. «¡Maestro santo! ¡Qué felicidad en medio de tanto dolor!».

«Paz a ti. ¿Por qué, dolor?».

«Porque Lázaro tiene dolores lancinantes a causa de sus piernas ulceradas. Y no sabemos qué hacer para aliviar ese dolor. Pero viéndote a ti estará mejor, al menos de espíritu».

Entran en el jardín, y, mientras Maximino se adelanta veloz, ellos siguen a paso lento hacia la casa.

Corre afuera María de Magdala con su grito adorador: «¡Rabbuní!». La sigue, más sosegada, Marta. Ambas están pálidas como quien ha sufrido y velado.

«Levantaos. Vamos inmediatamente donde Lázaro».

«¡Maestro, Maestro que todo lo puedes, cúrame a mi hermano!» suplica Marta.

«¡Sí, Maestro bueno! ¡Sufre por encima de sus fuerzas! Se está consumiendo. Gime. Y, claro, morirá si sigue así. ¡Ten piedad de él, Señor!» insta María.

«Tengo toda la piedad. Pero no es para él hora de milagro. Debe ser fuerte, y vosotras con él. Ayudadle a hacer la voluntad del Señor».

«¿¡Quieres decir que deberá morir?!» pregunta, gimiendo, Marta en lágrimas.

Y María, nadando sus ojos en el llanto y la pasión en la voz, la *dúplice* pasión por Jesús y por su hermano: «¡Oh, Maestro, pero de esta forma me impides seguirte y servirte, e impides a mi hermano gozar de mi resurrección. ¿Es que no quieres en casa de Lázaro el júbilo por una resurrección?».

Jesús la mira con una sonrisa buena y perspicaz, y dice: «¿Por una? ¿Sólo una? ¡Pero entonces me creéis muy poca cosa, si creéis que puedo una cosa sola! Sed buenas y fuertes. Vamos. Y no lloréis de esa forma. Le abatiríais con dolorosas conjeturas». Y, Él el primero, se encamina hacia donde está Lázaro, [12]el cual, sin duda para que sea más fácil asistirle, ha sido acomodado en una sala que está junto a la biblioteca, en frente de la sala mayor, dedicada a convites. Maximino señala la puerta, pero deja a Jesús que entre solo.

365.12

«¡Paz a ti, Lázaro, amigo mío!».

«¡Oh, Maestro santo! La paz a ti. Para mí, en mis miembros, la paz ya no existe. Y siento abatido mi espíritu. ¡Sufro mucho, Señor!

Pronuncia para mí la amada orden: "Lázaro, sal afuera", y me pondré en pie, curado, para servirte...».

«Te daré esa orden, Lázaro. Pero no ahora» responde Jesús abrazándole.

Lázaro está muy delgado, amarillento, visiblemente muy enfermo y muy debilitado, y tiene hundidos los ojos. Llora como un niño al enseñar sus piernas hinchadas, azuladas, con llagas que yo diría varicosas, abiertas en varios puntos. Quizás espera que Jesús, al mostrarle ese destrozo, se conmueva y haga un milagro. Pero Jesús se limita a colocar de nuevo, con delicadeza, sobre las llagas, las vendas untadas de bálsamo.

«¿Has venido para quedarte?» pregunta Lázaro, no sin desilusión.

«No. Pero vendré a menudo».

«¿Cómo? ¿Tampoco vas a celebrar este año la Pascua conmigo? He dicho que me trajeran aquí por ese motivo. Me habías prometido, cuando los Tabernáculos, que ibas a estar mucho conmigo, después de las Encenias...».

«Y estaré. Pero no ahora. ¿Te molesto si me siento aquí en la orilla de tu cama?».

«¡No, no! Todo lo contrario. La frescura de tu mano parece como si mitigara el ardor de mi fiebre. ¿Por qué no te quedas, Señor?».

«Porque como a ti te atormentan las llagas, a mí los enemigos. A pesar de que Betania esté considerada dentro de los límites para la Cena, y para todos; para mí, celebrar aquí la Pascua se consideraría pecado. De lo que Yo hago, para el Sanedrín y los fariseos, todo son camellos y vigas...».

«¡Ah! ¡Los fariseos! ¡Es verdad! Pero entonces en una casa mía... ¡Esto al menos!».

«Eso sí. Pero lo diré en el último momento. Por prudencia».

«¡Ah, sí, no te fíes! [13]Te ha ido bien con Juan, ¡eh!, ¿sabes? Ayer 365.13
ha venido Tolmái con otros y me ha traído cartas para ti. Las tienen mis hermanas. ¿Pero dónde se han quedado Marta y María? ¿No se preocupan de recibirte con honor?». Lázaro está inquieto, como muchos enfermos.

«Tranquilo. Están afuera, con Simón y Margziam. He venido con ellos. Y no necesito nada. Ahora los llamo». Y así es; llama a los que prudentemente se habían quedado afuera.

Marta sale y vuelve con dos rollos y se los entrega a Jesús. María, entre tanto, refiere que el siervo de Nicodemo ha dicho que precede a su señor, que viene con José de Arimatea. Y, contemporáneamente, Lázaro se acuerda de una mujer («que ha llegado ayer en nombre tu-

yo» dice).

«¡Ah! ¡Sí! ¿Sabes quién es?».

«Nos lo ha dicho. Es hija de un rico de Jericó que hace años fue a Siria, de joven. La llamó Anastásica, en recuerdo de la flor del desierto. Pero no ha querido revelar el nombre de su marido» explica Marta. *

«No es necesario. La ha repudiado. Por tanto, ella es únicamente "la discípula". ¿Dónde está?».

«Duerme. Está cansada. Ha vivido muy mal estos días y estas noches. Si quieres la llamo».

«No. Deja que duerma. Me ocuparé mañana».

365.14 [14]Lázaro mira admirado a Margziam, el cual está en ascuas; y es que quisiera saber lo que dicen los rollos. Jesús lo comprende y los abre. Lázaro dice: «¿Cómo? ¿Él lo sabe?».

«Sí. Él y los otros, excepto Natanael, Felipe, Tomás y Judas...».

«¡Has hecho bien en no revelárselo a él!» interviene brúscamente Lázaro. «Tengo muchas sospechas...».

«No soy imprudente, amigo» le interrumpe Jesús. Lee los rollos y luego refiere las noticias principales, o sea, que los dos se han aclimatado, que la escuela prospera y que, si no fuera por el declinar de

365.15 Juan, todo iría bien. [15]Pero no puede decir nada más porque se anuncia la llegada de Nicodemo y José.

«¡Dios te salve, Maestro, esta mañana y siempre!».

«Gracias, José. ¿Y tú, Nicodemo, no estabas?».

«No. Pero, sabido que habías llegado, he pensado en venir a casa de Lázaro, casi seguro de que te encontraría. Y José se ha unido a mí».

Hablan alrededor de la cama de Lázaro de los hechos de la mañana. Y él se interesa tanto, que parece aliviado de su sufrimiento.

«¡Y Gamaliel, Señor? ¿Oíste?» dice José de Arimatea.

«Oí».

Nicodemo dice: «Yo, sin embargo, digo: ¡Y Judas de Keriot, Señor? Después de tu partida, me le encontré vociferando como un demonio en medio de un grupo de alumnos de los rabíes. Te acusaba y defendía al mismo tiempo. Estoy seguro de que estaba convencido de actuar bien. Ellos querían encontrarte culpas, ciertamente estimulados por sus maestros. Él rebatía las acusaciones con pasión enardecida. Decía: «Sólo una culpa tiene mi Maestro: hacer resaltar demasiado poco su poder. Deja pasar el momento oportuno. Cansa a los

* *Anastásica* (más correctamente Anastática) es la *Rosa de Jericó* que encontramos en 360.13/14. Los dos nombres, pertenecientes a la misma persona, son de una planta denominada *flor del desierto*.

buenos con su excesiva mansedumbre. ¡Rey es, debe actuar como rey! Vosotros le tratáis como a un siervo, porque es manso. Y Él, por ser sólo manso, se destruye. Para vosotros, que sois viles y crueles, no hay otra casa aparte del azote de un poder absoluto y violento. ¡Ah, si pudiera hacer de Él un violento Saúl!"».

Jesús menea la cabeza sin decir nada.

«De todas formas, a su manera, te ama» observa Nicodemo.

«¡Qué hombre más desconcertante!» exclama Lázaro.

«Sí. Bien has dicho. Yo no le entiendo, y hace dos años que estoy con él» confirma el Zelote.

María de Magdala se alza, con majestuosidad de reina, y con su espléndida voz proclama: «Yo le he entendido más que todos: es el oprobio al lado la Perfección. Y no hay nada más que decir», y sale para alguna incumbencia, llevándose consigo a Margziam.

«Quizás María tiene razón» dice Lázaro.

«También lo creo yo» dice José.

[16]«¿Y Tú, Maestro, qué dices?». 365.16

«Digo que Judas es "el hombre". Como lo es Gamaliel. El hombre limitado junto a Dios infinito. El hombre está tan restringido en su pensamiento, mientras no le airea sobrenaturalmente, que puede acoger una sola idea, incrustarla dentro de sí, o incrustarse en ella, y quedarse así. Incluso contra la evidencia. Terco. Obstinado. Incluso por fidelidad hacia la cosa que más le ha impresionado. En el fondo, Gamaliel tiene una fe, como pocos en Israel, en el Mesías que vislumbró y reconoció en un niño. Y es fiel a las palabras de aquel niño... Y lo mismo Judas. Saturado de la idea mesiánica como la mayor parte de Israel la cultiva, confirmado en ella por mi primera manifestación a él, ve, quiere ver, en el Cristo el rey. El rey temporal y poderoso... Y es fiel a este concepto suyo. ¡Cuántos, incluso en el futuro, se malograrán por una concepción de fe equivocada, terca contra toda razón! ¿Pero qué creéis, que es fácil seguir la verdad y la justicia en todas las cosas? ¿Qué creéis, que es fácil salvarse sólo porque se sea un Gamaliel y un Judas apóstol? No. En verdad, en verdad os digo que es más fácil que se salve un niño, un fiel común, que uno elevado a especial cargo y a especial misión. Generalmente entra, en los llamados a extraordinaria suerte, la soberbia de su vocación, y esta soberbia abre las puertas a Satanás, expulsando a Dios. Las caídas de las estrellas son más fáciles que las de las piedras. El Maldito trata de apagar los astros y se insinúa, se insinúa tortuoso para hacer de palanca contra los elegidos y poder volcarlos. Si miles de hombres caen en los errores comunes, su caída no arrastra nada más que a ellos mismos. Pero si cae uno de los elegidos para

una extraordinaria suerte, y viene a ser instrumento de Satanás en vez de serlo de Dios, su voz en vez de "*mi*" voz, su discípulo en vez de "*mi*" discípulo, entonces la ruina es mucho mayor y puede dar origen incluso a profundas herejías que dañan a un número sin número de espíritus. El bien que Yo doy a una persona producirá mucho bien si cae en un terreno humilde y que sabe permanecer humilde; pero, si cae en un terreno soberbio o que se hace soberbio por el don recibido, entonces de bien se transforma en mal. A Gamaliel le fue concedida una de las primeras epifanías del Cristo. Debía ser su precoz llamada a Cristo; sin embargo, es la razón de su sordera a mi voz que le llama. A Judas le ha sido concedido ser apóstol: uno de los doce apóstoles entre los millares de hombres de Israel. Debía ser esto su santificación. Pero, ¿qué será?... Amigos míos, el hombre es el eterno Adán... Adán tenía todo. Todo menos una cosa. Quiso ésa. ¡Y si el hombre se queda en Adán! ¡Ah, pero muy a menudo se transforma en Lucifer! Tiene todo menos la divinidad. Quiere la divinidad. Quiere lo sobrenatural para causar asombro, para ser aclamado, temido, conocido, celebrado... Y, para conseguir algo de eso que sólo Dios puede gratuitamente dar, se agarra fuertemente a Satanás, que es el Simio de Dios y da sucedáneos de dones sobrenaturales. ¡Qué horrenda suerte la de estos que se han transformado en demonios! [17]Os dejo, amigos. Me retiro bastante. Tengo necesidad de recogerme en Dios...».

365.17

Jesús, muy turbado, sale... Los que se quedan (Lázaro, José, Nicodemo y el Zelote) se miran.

«¿Has visto cómo se ha turbado?» pregunta en voz baja José a Lázaro.

«Sí, lo he visto. Parecía como si estuviera viendo un espectáculo horrendo».

«¿Qué tendrá en el corazón?» pregunta Nicodemo.

«Sólo Él y el Eterno lo saben» responde José.

«¿Tú no sabes nada, Simón?».

«No. Lo cierto es que hace meses que está muy angustiado».

«¡Dios le proteja! Pero lo cierto es que el odio aumenta».

«Sí, José. El odio aumenta... Creo que pronto el Odio va a vencer al Amor».

«¡No digas eso, Simón! ¡Si debe suceder así, no volveré a pedir la curación! Mejor morir que asistir al más horrendo de los errores».

«De los sacrilegios, debes decir, Lázaro...».

---

* *Tiene todo menos la divinidad.* MV, en una copia mecanografiada, lo explica de la siguiente manera: *La Gracia diviniza al hombre, pero el hombre no es Dios. Viene a ser semejante a Dios por participación, no por una naturaleza igual.*

«Y... Israel es capaz de esto. Está maduro para repetir el gesto de Lucifer declarando la guerra al Señor bendito» suspira Nicodemo.

Un silencio penoso se forma, cual mordaza que estrangula todas las gargantas... Declina la tarde en la habitación en que cuatro hombres honestos piensan en los futuros delincuentes.

366. Anastática entre las discípulas. Las cartas de Antioquía.

22 de enero de 1946.

[1]Jesús ha dejado Betania junto con los que estaban con Él, o sea, 366.1
Simón Zelote y Margziam; pero a ellos se ha unido Anastática, la cual, velada toda, camina al lado de Margziam. Jesús va un poco retrasado con Simón. Las dos parejas conversan mientras caminan, cada una por su cuenta y del tema que prefieren.

Dice Anastática a Margziam, continuando un tema ya empezado: «Ardo en deseos de conocerla». Quizás la mujer se refiera a Elisa de Betsur. «Creo que no estaba tan nerviosa cuando mis bodas ni cuando me declararon leprosa. ¿Cómo la voy a saludar?».

Y Margziam, sonriendo dulce y seriamente al mismo tiempo: «¡Con su verdadero nombre! ¡Mamá!».

«¡Pero si yo no la conozco! ¿No es demasiada confidencia? A fin de cuentas, ¿quién soy yo respecto a ella?».

«Lo que yo el año pasado. ¡Bueno, tú mucho más que yo! Yo era un pobre huerfanito sucio, aterrorizado, paleto. Y, a pesar de todo, ella me ha llamado siempre hijo, desde el primer momento, y ha sido para mí una verdadera madre. El año pasado era yo el que estaba tan agitado que temblaba, en espera de verla. Pero luego, sólo con verla, se me paró el temblor. Se pasó del todo el terror que se me había quedado en la sangre desde que había visto con mis ojos de niño, primero, la furia de la naturaleza que había destruido todo de mi casa y de mi familia, y luego... y luego, con estos ojos míos de niño, había podido, había tenido que ver cómo el hombre es una fiera más cruel que el chacal y el vampiro... Temblar siempre... llorar siempre... sentir un nudo aquí, estrecho, duro, doloroso, de miedo, de sufrimiento, de odio, de todo... En pocos meses conocí todo el mal, el dolor y la crueldad que hay en el mundo... Y ya no podía creer que existieran todavía la bondad, el amor, el amparo...».

«¡¿Y cómo es eso?! ¡¿Y cuando el Maestro te tomó consigo?!... ¡¿Y cuando te viste entre esos discípulos suyos tan buenos?!».

«Temblaba todavía, hermana... y odié todavía. Ha hecho falta

tiempo para convencerme de no tener miedo... Y más tiempo todavía para no odiar a quien había hecho sufrir a mi alma dándole a conocer lo que puede ser un hombre: un demonio con aspecto de fiera. No se sufre, especialmente cuando uno es niño, sin que haya consecuencias largas... Queda la señal, porque nuestro corazón está todavía tierno y tiene aún el calor materno de los besos; más hambriento de besos que de pan. Y, en vez de besos, ve dar golpes...».

«¡Pobre niño!».

«Sí. Pobre. ¡Muy pobre! No tenía ni siquiera ya la esperanza en Dios ni el respeto por el hombre... Tenía miedo del hombre. Incluso al lado de Jesús y en los brazos de Pedro tenía miedo... Decía: "¿Es posible? No, no durará así. Ellos también se cansarán de ser buenos...". Y suspiraba por llegar donde María. Una mamá es siempre una mamá, ¿no es verdad? Y así fue: cuando la vi, cuando me vi entre sus brazos, dejé de temer. Comprendí que todo el pasado había terminado y que del infierno había pasado al paraíso... El último dolor fue que vi que me olvidaban aparte, solo... Siempre sospechaba algo malo. Y lloré con ganas. ¡Ah! ¡Con qué amor me tomó entonces! No. No he vuelto a llorar añorando a mi madre desde aquel momento, no he vuelto a temblar... María es la dulzura y la paz de los infelices...».

«Y de dulzura y paz tengo necesidad yo...» suspira la mujer.

«Dentro de poco las tendrás. ¿Ves aquella zona verde de allá abajo? Allí la dulzura y la paz, ocultas dentro de la casa del Getsemaní».

«¿Estará también Elisa? ¿Y qué les voy a decir? ¿Qué me dirán?».

«No sé si estará Elisa. Estaba enferma».

«¡¿No se morirá?! ¿Quién me tomaría como hija, en ese caso?».

«No temas. Él ha dicho: "Tendrás madre y casa". Y así será. Vamos a seguir un poco más ligeros. No sé frenarme cuando estoy cercano a María».

Aceleran y ya no oigo lo que dicen.

366.2 [2]El Zelote los ve casi correr por el poblado camino y hace a Jesús esta observación: «Parecen hermanos. Mira qué buenos amigos son».

«Margziam sabe estar con todos. Es una virtud difícil y muy necesaria para su futura misión. Pongo cuidado en aumentar en él esta oportuna disposición, porque le servirá mucho».

«A él le modelas a tu gusto, ¿verdad, Maestro?».

«Sí. La edad me lo permite».

«Pero también has podido modelar al anciano Juan Félix...».

«Sí. Pero porque se ha dejado abatir y crear de nuevo, completamente, por mí».

«Es verdad. He notado que los más grandes pecadores, cuando se convierten, nos superan en la justicia a nosotros, hombres de relativa culpabilidad. ¡Por qué?».

«Porque su contrición es proporcional a su pecado. Inmensa. Por tanto, los tritura con la muela del dolor y la humildad. "Mi pecado * está siempre frente a mí" dice el salmista. Ello mantiene humilde al espíritu. Es un recuerdo bueno, cuando está unido a esperanza y confianza en la Misericordia. Las medias perfecciones, o incluso menos que medias, muchas veces se detienen porque carecen del acicate del remordimiento de haber pecado gravemente y de tener que expiar, carecen de este acicate que las haga continuar hacia la perfección verdadera. Se estancan como aguas cerradas. Se sienten satisfechas de ser límpidas. Pero hasta el agua más cristalina, si no se depura con el movimiento de las partículas de polvo, de los detritos que el viento le aporta, termina siendo lodosa y putrefacta».

[3]«¿Y las imperfecciones que dejamos existir y persistir en nosotros son polvo y detritos?». 366.3

«Sí, Simón. Todavía tendéis demasiado a estancaros. Tenéis un movimiento casi imperceptible hacia la perfección. ¿No sabéis que el tiempo es veloz? ¿No sabéis que en el espacio que queda deberíais esforzaros por alcanzar vuestra perfección? Si no poseéis la fuerza de la perfección, conquistada con decidida voluntad en este tiempo que queda, ¿cómo podréis resistir a la tempestad que Satanás y sus hijos desencadenarán contra el Maestro y su Doctrina? Llegará un día en que, desconcertados, os preguntaréis: "¿Cómo es que fuimos arrollados, nosotros que estuvimos tres años con Él?". La respuesta está en vosotros, en vuestro modo de actuar. El que más se esfuerce en alcanzar la perfección en este tiempo que queda será más capaz de ser fiel».

«Tres años... Pero, entonces... ¡Oh! ¡Mi Señor!... ¿Entonces te vamos a perder la primavera que viene?».

«Estos árboles tienen ya frutos incipientes. Los comeré maduros. Pero no volveré a probar, después de los frutos de este año, nuevas cosechas... No te abatas, Simón. El abatimiento es estéril. Debes saber esto y poner los medios para confirmarte en la justicia, para poder ser fiel en el momento terrible».

«Sí. Lo haré. Con todas mis fuerzas. ¿Puedo decir esto a los demás? Para que se preparen también ellos».

«Puedes decirlo. Pero sólo quien tenga fuerte voluntad querrá».

«¿Y los otros? ¿Perdidos?».

---

* *dice el salmista*, en *Salmo 51, 5.*

«No, pero sí duramente probados por su propio acto. Serán como uno que se creía fuerte y se encuentra en el suelo y vencido. Desconcertados. Humillados. ¡*Humildes, por fin*! Porque — créelo, Simón —, si no hay humildad, no se avanza. El orgullo es la piedra que Satanás usa como pedestal. ¿Por qué tenerla en el corazón? ¿Es maestro agradable este horrendo ser?».

«No, Maestro».

«Y, no obstante, tenéis en el corazón el punto de apoyo, la tarima para sus lecciones. Estáis penetrados de orgullo. Tenéis orgullo en todo y por todos los motivos. Incluso del hecho de ser "míos". ¡Cortos de inteligencia! ¿No os cura el comparar lo que sois con Aquel que os ha elegido? No es porque os haya llamado por lo que seréis santos. Será por el modo en que hayáis evolucionado después de mi llamada. La santidad es edificio que cada uno eleva por sí mismo. La Sabiduría le puede indicar el método y el proyecto. Pero la obra material os toca a vosotros».

«Es verdad. ¿Pero entonces no nos vamos a perder? ¿Después de la prueba vamos a ser más santos por ser más humildes?...».

«Sí». El "sí" es breve y grave.

«¿Lo dices así, Maestro?».

«Así lo digo».

«Querrías de nosotros santidad antes de la prueba...».

«Eso querría. Y para todos».

«¡Para todos? ¿No seremos iguales en la prueba?».

«No seréis iguales ni antes ni durante ni después de ella... a pesar de que a todos os haya ofrecido la misma palabra...».

«Y el mismo amor, Maestro. Nuestra culpa hacia ti es grande...».

Jesús suspira...

366.4 [4]El Zelote, después de un silencio más bien largo, está ya para hablar cuando, casi corriendo, vienen hacia ellos los apóstoles y discípulos que han encontrado a Margziam en las primeras subidas del Getsemaní. Simón guarda silencio. Jesús responde a los saludos de todos, para caminar luego al lado de Pedro en dirección al olivar y a la casa.

Pedro informa de que estaban alerta desde el alba; de que Elisa está todavía enferma en casa de Juana; de que la noche anterior habían venido unos fariseos; de que... de que... de que... un haz muy enmarañado de noticias, de las cuales, al final, surge la pregunta: «¿Y Lázaro?», pregunta a la que Jesús responde exhaustivamente. Pedro, muy curioso, no sabe contenerse y pregunta: «¿Y... nada, Señor? Ninguna... noticia...».

«Sí. A su tiempo las sabrás. ¿Dónde están Margziam y la mujer?

¿Ya en la casa?».

«¡No, no! La mujer no se ha atrevido a seguir adelante. Está sentada en un cembo y te espera. Margziam... Margziam... me ha desaparecido. Habrá ido corriendo a la casa».

«Vamos a acelerar el paso».

Pero, a pesar de acelerar, no llegan a la casa antes de que María con su cuñada, Salomé, Porfiria y las mujeres de Bartolomé y Felipe hayan salido ya, venerantes. Jesús las saluda de lejos, pero se dirige hacia el lugar en que, humilde, está Anastática; la toma de la mano y la conduce hacia su Madre y las mujeres.

«Mira, ésta es la flor de esta Pascua, Madre. Aunque sea sólo una este año, que te signifique delicadeza, puesto que te la traigo Yo».

La mujer se ha arrodillado. María se agacha y la levanta mientras dice: «Las hijas están en el corazón de sus madres, no a sus pies. Ven, hija. Conozcamos nuestras caras como ya se conocen nuestros espíritus. Aquí están las hermanas. Vendrán otras. Que sea una dulce familia, toda ella santidad para la gloria de Dios y amor entre sus miembros».

La discípulas se dan recíprocamente el beso de amor, y recíproca y profundamente se miran. Entran y suben a la terraza de la casa, circundada del glauco de centenares de olivos. Los grupos se separan: Jesús con los hombres; las mujeres, aparte, en torno a la nueva llegada. Regresa Susana, que había ido a la ciudad con su marido. Viene Juana con los niños. Aparece Analía con su cara de ángel. Jairo, mezclado con los discípulos que venían presurosos hacia Jesús, regresa con su hija, la cual va al grupo de las mujeres y se pone junto a María, que la acaricia.

Paz y amor hay en esta reunión de personas. Luego el Sol declina, y Jesús, antes de saludar a los que regresan a sus propias casas o a las casas en que se alojan, reúne a todos en oración y los bendice. Luego los saluda. Se queda solamente con los que prefieren estar estrechos en la casa del Getsemaní o pernoctar debajo de los olivos antes que marcharse. Así pues, se quedan María, María de Alfeo, Salomé, Anastática, Porfiria y otras mujeres; y Jesús, Pedro, Andrés, Santiago y Judas de Alfeo, Santiago y Juan de Zebedeo, Simón Zelote, Mateo, Margziam y otros hombres.

[5]Pronto consumen la cena. Después, Jesús invita a su Madre y a 366.5
María de Alfeo a ir con Él y con los discípulos por el olivar silencioso. Quizás las otras tres mujeres irían también de buena gana. Pero Jesús no las llama; es más, dice a Salomé y a Porfiria: «Hablad santas palabras con la nueva hermana y luego acostaos. No nos esperéis. La paz sea con vosotros». Y las tres se resignan a su destino.

Pedro está un poco enfurruñado, y calla mientras todos hablan yendo en grupo, precisamente hacia el futuro peñasco de la agonía. Se sientan en el ribazo. Tienen frente a ellos a Jerusalén, la cual, tras el ajetreo de la jornada, se aquieta.

«Enciende unas ramas, Pedro» ordena Jesús.

«¿Para qué?».

«Quiero leeros lo que escriben Juan y Síntica. Y has de saber, tú que estás enfadado, que éste es el motivo por el que no he dejado venir a las tres mujeres».

«¡Pero si mi mujer estaba aquella noche!...».

«Pero excluir de las antiguas discípulas sólo a Salomé habría sido feo... Además esto te dará la manera de desahogar tu lengua contando a tu prudente esposa lo que ahora vas a oír».

Pedro, alborozado por el elogio dado a Porfiria y por la concesión de poderla poner al corriente del secreto, pierde de golpe su gesto de enfado, y se dedica a encender una alegre hoguera de la que se elevan llamas derechas, quietas en el ambiente calmo.

366.6 [6]Jesús saca de su cinturón las dos cartas. Las abre. Lee en medio del círculo atento de once rostros.

«"A Jesús de Nazaret, honor y bendición. A María de Nazaret, bendición y paz. A los hermanos santos, paz y salud. Al bien amado Margziam, paz y caricias.

Lágrimas y sonrisas hay en mi corazón y en mi rostro mientras me siento a escribir esta carta para todos vosotros. Recuerdos, nostalgias, esperanzas y paz del deber cumplido hay en mí. Tengo ante mí todo el pasado que considero de valor, es decir, el que empezó hace doce meses; y un salmo de agradecimiento a Dios, demasiado compasivo con el culpable, brota de mi corazón. ¡Bendito seas, y contigo la Santa que te ha dado al mundo, y la otra madre que recuerdo como la compasión encarnada; y contigo Pedro, Juan, Simón, Santiago y Judas y el otro Santiago, y Andrés y Mateo, y, en fin, el amadísimo Margziam, a quien pongo en mi pecho para bendecirle! ¡Benditos por todo lo que me habéis dado desde el momento en que os conocí hasta el momento en que os dejé, ciertamente no por voluntad mía! Os he sido arrebatado. ¡Que Dios los perdone! ¡Que Dios los perdone! Y que aumente en mí la capacidad de perdonar por mi parte. Por ahora, con su ayuda, junto con Él lo puedo hacer. Pero solo no puedo; no, todavía no podría, porque demasiado quema la herida que me han hecho arrancándome de mi verdadera Vida, de ti, Santísimo. Demasiado quema todavía, a pesar de que tus consuelos sean una lluvia continua y balsámica que desciende sobre mí..."».

366.7 [7]Jesús pasa muchas líneas sin leerlas. Y reanuda: «"Mi vida..."».

Pero Pedro, que para ayudar al Maestro a ver ha cogido una rama encendida y la mantiene alzada, estando junto al Maestro y alargando el cuello para ver el escrito, dice: «¡No, no, no es así! ¿Por qué no lees, Maestro? ¡Hay otras cosas entre medias! Soy animal, pero no tanto como para no saber leer despacio. Yo leo: "Tus promesas han superado mis esperanzas..."».

«¡Eres terrible, ¿eh?! ¡Peor que un muchacho!» dice Jesús sonriendo.

«¡Hombre, claro! ¡Ya me estoy haciendo viejo! Por eso tengo más malicia que un muchacho».

«Deberías tener también más prudencia».

«Es buena para los enemigos. Aquí estamos entre amigos. Aquí Juan dice una serie de cosas bonitas de ti. Quiero saberlas. Para saber cómo tendría que hacer yo, cuando me expidieras a otro lugar como una mercancía. ¡Venga, hombre, lee todo! Madre, dile tú también que no es justo darnos las noticias triadas como si fueran pececillos. ¡Saca! ¡Saca todo! Algas, barro, peces pequeños y peces excelentes. ¡Todo! ¡Ayudadme vosotros! Parecéis un conjunto de estatuas. ¡Es que me sacáis de quicio! ¡Y se ríen!».

Ante la agitación de Pedro, que salta acá y allá como un potro encabritado, sacudiendo su rama encendida sin preocuparse de las chispas que le llueven encima, es difícil no reírse.

Jesús tiene que ceder para calmarle y poder seguir leyendo.

«"Tus promesas han superado mis esperanzas en ellas. Maestro santo, cuando, aquella triste mañana de invierno, me prometiste que vendrías a consolar a tu discípulo triste, no comprendí el verdadero valor de tu promesa. El dolor y la relatividad del hombre oprimían las facultades del espíritu, de forma que éste era tardo en entender el alcance de tu promesa.

¡Bendito seas, espiritual visitador de mis noches, que no son por eso desolación ni dolor, como pensaba, sino una espera de ti. ¡Oh, gozoso encuentro contigo! La noche — horror de los enfermos, de los desterrados, de los que están solos, de los culpables —, para mí, que
* soy verdaderamente Félix haciendo tu voluntad y sirviéndote, se ha convertido en 'la espera de las vírgenes prudentes a que llegue el esposo'. E incluso más tiene mi pobre alma: la beatitud de ser la esposa que espera a su Amor, que viene a la estancia nupcial para darle todas las veces la alegría del primer encuentro y el éxtasis fortalecedor de la fusión.

---

* *Felix*: "Felice" se traduce por "Félix" en español, y "felice" significa en español "feliz" (NdT).

¡Oh, Señor y Maestro mío, mientras te bendigo por lo mucho que me das, te ruego que recuerdes las otras dos promesas que me hiciste. La más importante, para este hombre débil en demasía que soy yo, es no mantenerme en vida para la hora de tu dolor. Conoces mi debilidad. No permitas que aquel que por tu amor se ha despojado del odio haya de volver a vestir, por el odio hacia los hombres tus verdugos, el uniforme híspido e hiriente del odio. La segunda es para tu pobre discípulo, igualmente débil en demasía e incompleto en la perfección: ven a mi lado, como dijiste, a la hora de mi muerte. Ahora que sé que para ti no existen distancias, y que ni mares ni montes ni ríos ni voluntad de hombre te impiden dar a quien te ama el consuelo de tu sensible presencia, no dudo poder tenerte cuando expire. ¡Ven, Señor Jesús! Y ven pronto a introducirme en la paz.

366.8 [8]Y ahora que he hablado del espíritu, te daré noticias de mi trabajo.

Tengo muchos discípulos, de todas las razas y países. Para no herir la sensibilidad de unos u otros y dada la ausencia de pedagogos aquí, he dividido los días, de forma que alterno un día a los paganos, uno a los fieles, con mucho provecho. Doy lo que gano a los pobres, y así los atraigo hacia el Señor. He vuelto a tomar mi viejo nombre, no por apego, sino por prudencia. En las horas en que soy del mundo, soy 'Félix'. En las horas en que soy sólo de Jesús, soy 'Juan': la gracia de Dios. He explicado a Felipe que el verdadero nombre era Félix y que me llamaban Juan sólo para distinguirme entre los hermanos. Y la cosa no ha creado ningún estupor, dada la facilidad con que cambiamos de nombre o llamamos por sobrenombres.

Espero hacer aquí mucho trabajo, para preparar el camino a los hermanos santos. Si tuviera más fuerzas, querría adentrarme en la campiña para dar a conocer tu Nombre. Quizás pueda al principio del verano o con el frescor del otoño. Basta que pueda y lo haré. El aire puro de Antigonio, estos jardines tan serenos y hermosos, las flores, los niños, las gallinitas, el afecto de los jardineros, y, sobre todo, el grande, sabio, filial afecto de Síntica me hacen mucho bien. Yo diría que he mejorado. No piensa lo mismo Síntica... Bueno, esta opinión suya se manifiesta solamente por los solícitos y continuos cuidados que me dispensa: mi comida, mi descanso, que no coja frío... Pero me siento mejor. ¿Esta sensación no viene, quizás, del deber heroicamente cumplido? Eso dice Síntica. Querría saber si está acertada. Porque el deber es cosa moral, mientras que la enfermedad es cosa carnal.

Y querría saber también si Tú vienes realmente o sólo te me apareces a los sentidos espirituales, aunque de forma tan perfecta que

no me dejas distinguir dónde termina la realidad material de tu Presencia.

Maestro amado y bendito, tu Juan se arrodilla pidiéndote tu bendición. A la Madre, a María, a los hermanos santos, paz y bendición. A Margziam un beso para que se acuerde de enviar las santas palabras, pan para los que estamos en tierras lejanas trabajando en la viña del Señor".

Ésta es la carta de Juan... ¿Qué opináis?».

Se cruzan diversas impresiones... Pero la más fuerte de todas es la que se refiere a la presencia de Jesús. Le abruman a preguntas... sobre cómo puede ser, sobre si puede ser, si Síntica ve, etc. etc.

[9]Jesús hace un gesto de silencio y abre el rollo de Síntica. Lee: 366.9

«"Síntica al Señor Jesús con todo el amor de que es capaz. A la Madre bendita, veneración y alabanza. A los hermanos en el Señor, gratitud y bendición. A Margziam el abrazo de su hermana distante.

Juan te ha expuesto, Maestro, nuestra vida. Muy sintéticamente, te ha dicho lo que hace y lo que yo, como mujer, hago. Tengo mi pequeña escuela llena de niñas. Gano mucho espiritualmente, porque las gano para ti, ¡oh mi Señor!, hablando del verdadero Dios a través incluso del trabajo. Esta región, donde tantas razas se han mezclado, es una maraña enredada de religiones. Tan enredada, que... ya no son sino religiones impracticables, deshiladuras de religiones que ya no sirven para nada. En medio, rígida e intransigente, la fe de los israelitas, que con su peso rompe los hilos ya deteriorados de las otras, sin obtener nada.

Juan, teniendo varones, debe actuar con prudencia. Yo, con las niñas, me muevo más libremente. Ser mujer es siempre una inferioridad; tanto, que a las familias de distintas religiones no les importa si las niñas se mezclan en una única escuela. Basta con que aprendan el productivo arte del bordado. Y bendito sea este concepto despreciativo que el mundo tiene de nosotras las mujeres, porque así me permite extender cada vez más mi radio de acción. Los bordados se venden maravillosamente, la fama se difunde, vienen damas de lejos. A todas les puedo hablar de Dios... ¡Ah, los hilos, que, en el telar o en la tela, se transforman en flores, animales, estrellas, también sirven, con sólo quererlo, para encauzar a las almas hacia la Verdad! Conociendo varias lenguas, puedo usar el griego con los griegos, el latín con los romanos, el hebreo con los hebreos; es más, en esta última lengua progreso cada vez más con la ayuda de Juan.

Otro medio de penetración es el ungüento de María. He hecho mucho ungüento nuevo, con las esencias que existen aquí, mezclando en él una porcioncita del originario para santificarlo. Úlceras y

dolores, heridas y dolor de pecho desaparecen. Verdad es que yo, mientras unto y vendo, no ceso de repetir los dos Nombres santos: Jesús-María. Es más, haciendo una relación con el significado griego de Cristo, he llamado a este bálsamo 'Ungüento Mirra'. ¿Es así, no? ¿No posee, acaso, la esencia salutífera de la Mirra de Dios que te engendró, Óleo precioso que nos haces reyes? Muchas veces me debo quedar levantada para poder preparar más ungüento. Le rogaría a la Santa que preparase también Ella más, y que me lo mandase para los Tabernáculos, para poderlo mezclar con el otro, hecho por la ínfima sierva de Dios. De todas formas, si no fuera correcto lo que hago, dímelo, Señor, y jamás lo volveré a hacer.

366.10 [10]El amado Juan me ensalza mucho. ¿Qué debería decir yo de él, entonces? Sufre agudamente, pero tiene una fortaleza maravillosa. Si no conociera su secreto, estaría asombrada. Pero desde aquella noche en que, regresando de un enfermo, le descubrí extático y transfigurado, y oí sus palabras y me arrodillé porque intuí que Tú estabas presente ante tu siervo, ya no puedo asombrarme. Quizás algún hermano sí que se asombrará si oye que no deploro el no haber visto yo misma. ¿Por qué debería hacerlo? Todo está bien, todo lo que Tú das es suficiente. Cada uno recibe la parte que merece y que le es necesaria. Bien está, pues, que Juan te tenga en forma visible y yo sólo en el espíritu.

¿Soy feliz? Como mujer, echo de menos el tiempo en que estaba contigo y María. Pero como alma, soy felicísima, porque sólo ahora te sirvo, mi Señor. Pienso que el tiempo es nada. Pienso que la obediencia es moneda para entrar en tu Reino. Pienso que ayudarte es gracia que supera cuanto la pobre esclava podía soñar, incluso en horas de delirio, y que Tú me has concedido ayudarte. Pienso que, separada ahora, te tendré al final para toda la eternidad. Y canto la canción de Juan cual calandria en primavera por los campos de oro de la Hélade. Mis niñas la cantan porque dicen que es bonita. Yo las dejo cantar al compás del telar, tan semejante al del remo de aquel día lejano, porque pienso que decir tu nombre, Madre, es prepararse a la Gracia.

Juan me ruega que añada la noticia de que te ha enviado un magnífico ciudadano de Antioquía. Se llama Nicolái. Es su primera conquista para tu rebaño. Tenemos mucha confianza en que Nicolái no defraude el concepto que tenemos de él en nuestro corazón.

Bendice a tu sierva, Señor. Bendícela, Madre. Bendecidme todos, santos, y tú, niño bendito que creces en sabiduría junto al Señor".

Esto escribe Síntica. Y ha añadido una apostilla sin que Juan lo supiera. Dice: "Juan sólo en el espíritu se manifiesta grande y se refuerza; en lo demás declina, a pesar de todos los cuidados. Tiene mu-

chos proyectos para el principio del verano, pero creo que no podrá llevar a cabo lo que dice. Creo que el invierno ahogará su exigua vida... Pero está en paz. Y se santifica con las obras y el sufrimiento. ¡Manténle la fuerza con tu presencia, mi Señor! Te pido que me sometas a mí a cualquier pena a cambio de este don para tu discípulo. Enviando las presentes con Tolmái a Lázaro, te suplico que les digas a él y a sus hermanas que recordamos su bondad hacia nosotros y que constante y ardientemente oramos por ellos"».

Todos se intercambian de nuevo impresiones.

[11]Andrés se inclina para preguntar algo a María, pero se queda 366.11
sorprendido al ver lágrimas en su cara. «¿Lloras?» pregunta.

«¿Por qué llora? ¿Cómo es eso, Madre!» dicen muchos de los presentes.

«Yo sé por qué llora» dice Margziam.

«¿Por qué llora?».

«Porque Juan ha recordado la muerte del Señor».

«Ya, claro. ¿Es verdad? ¿Y cómo lo sabe, si ya no estaba cuando la predijiste?».

«Porque lo ha sabido de mi boca, para su consuelo».

«¡Mmm! ¿Consuelo!...».

«Sí, consuelo. La promesa de que no esperará mucho a tener el Reino. Él lo merece porque os ha superado en la voluntad y obediencia. Vamos a volver a casa. Vamos a preparar las respuestas para dárselas a Tolmái; tú, Margziam, adjuntarás tus libros».

«¡Ah! ¡comprendo! ¡comprendo! ¡Escribía para ellos!...».

«Sí. Vamos. Mañana iremos al Templo...».

367. El jueves prepascual. Preparativos en el Getsemaní.

23 de enero de 1946.

[1]Apenas un principio de aurora. Mas ya los hombres imitan a las 367.1
aves, que bullen con sus primeros vuelos y trabajos y cantos del día. La casa del Getsemaní, poco a poco, se va despertando; y se ve precedida por el Maestro, que regresa ya de la oración hecha en las primeras luces del alba, después de una noche entera de oración; pero no entra.

Se va despertando poco a poco el cercano campo de los galileos en la planicie del Monte de los Olivos, y gritos y llamadas van por el aire sereno, atenuados por la distancia, aunque suficientemente netos como para comprender que los píos peregrinos reunidos allí de un

momento a otro van a reanudar las ceremonias pascuales interrumpidas la noche anterior.

Se despierta la ciudad, más abajo. Empieza el clamor que la llena (superpoblada en estos días), con los rebuznos de los burritos (de hortelanos y vendedores de corderos que se apretujan en las puertas para entrar), y con el llanto — ¡qué conmovedor! — de centenares de corderos que, montados en carros, o dentro de bastos más o menos grandes, o simplemente a hombros, se dirigen a su trágico destino, y llaman a las madres... lloran su lejanía, sin saber que deberían llorar la vida que tan precozmente llega a su fin. Y sigue aumentando, sin cesar, el rumor en Jerusalén, por el ruido de los pasos en las calles y las llamadas de una terraza a otra o de éstas a la calle, o viceversa; y el rumor llega, como el de las ondas marinas, atenuado por la distancia, hasta la serena hondonada del Getsemaní.

367.2 [2]Un primer rayo de sol corta el aire en dirección a una exquisita cúpula del Templo, y la inflama toda, como si un sol hubiera descendido a la Tierra, un pequeño sol posado encima de un cándido pedestal, pero bellísimo a pesar de su pequeñez.

Los discípulos y las discípulas miran admirados ese punto de oro. ¡Es la Casa del Señor! ¡Es el Templo! Para comprender lo que era este lugar para los israelitas, basta ver cómo fijan en él sus miradas. Parecen ver relampaguear, entre el rutilar del oro encendido por el Sol, la Faz Santísima de Dios. Adoración y amor patrio, santo orgullo de ser hebreos, aparecen evidentes en esas miradas, más que si hablaran los labios.

Porfiria, que no ha vuelto a Jerusalén desde hace muchos años, vierte incluso lágrimas de emoción, mientras, inconscientemente, aprieta el brazo de su marido, que le está señalando no sé qué con la mano, y se abandona un poco sobre él, como una recién casada, enamorada de su esposo, admirada de él, feliz de ser por él instruida.

Entretanto, las otras mujeres hablan quedo, casi en monosílabas, para consultarse lo que debe hacerse este día. Anastática, todavía sin práctica y un poco ajena a este nuevo ambiente, está ligeramente separada, absorta en sus pensamientos.

367.3 [3]María, que estaba hablando con Margziam, la ve, se acerca a ella y le pasa un brazo alrededor de la cintura: «¿Te sientes un poco sola, hija mía? Bueno, hoy irá mejor. ¿Ves? Mi Hijo está indicando a los apóstoles que vayan a las casas de las discípulas para advertirles que se reúnan y le esperen por la tarde en casa de Juana. Se ve que quiere hablarnos, concretamente a las mujeres; bueno, antes te habrá dado ya una madre. ¡Es buena, sabes? La conozco desde cuando estaba yo en el Templo. Era una madre ya desde entonces para con

las más pequeñas de las consagradas. Y comprenderá tu corazón, porque también ella ha llorado mucho. Mi Hijo la curó el año pasado de una melancolía mortal que se había apoderado de ella después de la muerte de sus dos hijos. Te lo digo sólo para que sepas quién es la que de ahora en adelante te va a querer, y a la que tú vas a querer. Pero te digo lo mismo que el año pasado dije a Simón cuando recibía por hijo a Margziam: "Que este afecto no debilite la voluntad de tu corazón de servir a Jesús". Si así fuera, el don de Dios te sería más pernicioso que la lepra, porque apagaría en ti la voluntad buena que un día te dará la posesión del Reino».

«No temas, Madre. En lo que está de mi parte, haré una llama de este afecto para encenderme a mí misma cada vez más al servicio del Salvador. No me gravaré con él, ni gravaré a Elisa, sino que, al contrario, juntas, apoyándonos y estimulándonos recíprocamente en una santa competición, volaremos, con la ayuda del Señor, por sus caminos».

[4]Mientras están hablando, del campo de los galileos, de la ciudad, 367.4
de casas esparcidas por las laderas, del suburbio — o quizás es un barrio — que está ligeramente fuera de la ciudad (en una de las dos vías que van de Jerusalén a Betania, y, más exactamente, en la más larga, la que Jesús recorre sólo raras veces), empiezan a llegar discípulos antiguos y recientes; los últimos son: Felipe y su familia, Tomás solo, Bartolomé con su mujer.

«¿Dónde están los hijos de Alfeo, Simón y Mateo?» pregunta Tomás, que no los ve.

Jesús le responde: «Ya van delante. Los dos últimos, a Betania, para avisar a las hermanas de que estén por la tarde en casa de Juana; los dos primeros, a ver a Juana y a Analía, para avisarlas de lo mismo. Nos encontraremos a la ora tercera en la Puerta Dorada. Vamos entretanto a dar la limosna a los mendigos y leprosos. Que Bartolomé se adelante con Andrés, para comprar alimentos para ellos. Nosotros los seguiremos lentamente. Nos detendremos en el barrio de Ofel, junto a la Puerta. Y luego iremos donde los pobres leprosos».

«¿Todos?» dicen poco entusiastas algunos.

«Todos y todas. La Pascua, este año, nos reúne como hasta ahora nunca había sido posible. Vamos a hacer juntos lo que serán los deberes futuros de los hombres y mujeres que trabajen en mi Nombre.
[5]Ahí viene deprisa Judas de Simón. Me alegro, porque quiero que es- 367.5
té él también con nosotros».

En efecto, Judas viene jadeante. «¿Llego con retraso, Maestro? Culpa de mi madre. Ha venido, en contra de la costumbre y de lo que le había dicho. La he encontrado ayer noche en casa de un amigo de

nuestra familia. Y esta mañana me ha entretenido hablándome... Quería venir conmigo, pero yo no he querido».

«¿Por qué? ¿María de Simón no merece, acaso, estar donde tú estás? Es más, lo merece mucho más que tú. Así que ve corriendo a recogerla y luego nos alcanzas en el Templo, en la Puerta Dorada».

Judas se marcha sin poner objeciones. Jesús se pone en camino, delante, con los apóstoles y los discípulos; las mujeres, con María en el centro, detrás de los hombres.

368. El jueves prepascual. En Jerusalén y en el Templo.

24 de enero de 1946.

368.1 [1]No veo la distribución de comida a los leprosos de Hinnón, de los cuales sólo oigo hablar. No creo que se hayan producido milagros entre ellos, porque Simón Pedro dice: «La soledad atroz no les ha dado la gracia de creer y saber dónde está la Salud».

Después la ciudad los recibe por la Puerta que introduce en el bullicioso o poblado barrio de Ofel.

Después de algunos metros, por la puerta entreabierta de una casa, aparece al improviso, jubilosa, Analía, que hace un acto de veneración al Maestro mientras dice: «Tengo permiso de mi madre para estar hasta la noche contigo, Señor».

«¿No se sentirá molesto Samuel?».

«Ya no existe Samuel en mi vida, Señor. Y gracias sean dadas al Altísimo. Solamente me conceda que no te deje a ti, mi Dios, como me ha dejado a mí». La boca juvenil sonríe heroicamente, mientras un brillo de llanto resplandece en sus ojos castos.

Jesús la mira fijamente y, por toda respuesta, le dice: «Únete a las discípulas», y reanuda el camino.

Pero la anciana madre de Analía, más anciana por los dolores que por la edad, se acerca a su vez, muy inclinada en un saludo devotísimo y rendido, y dice: «La paz a ti, Maestro. ¿Cuándo podría hablar contigo? ¡Estoy muy acongojada!...».

«En seguida, mujer». Y, volviéndose a los que están con Él, ordena: «Quedaos aquí fuera. Voy a entrar un momento en esta casa» y hace ademán de seguir a la mujer.

Pero Analía, desde el grupo de las mujeres, reclama su atención, con una sola palabra: «¡Maestro!», ¡pero cuánto hay en ese palabra! Y junta las manos al decirla, como si suplicara...

«No temas. Ten paz. Tu causa está en mis manos, y también tu

secreto» la tranquiliza Jesús. Y luego, raudo, entra por la puerta entreabierta.

Fuera se hacen comentarios sobre este hecho, y curiosidades masculinas y femeninas compiten para saber... saber... saber...

[2]Dentro se escucha y se llora. Jesús escucha. Apoyado de espaldas 368.2
contra la puerta, que ha cerrado tras sí en cuanto ha entrado, con los brazos recogidos sobre el pecho, escucha a la madre de la muchacha, que le habla de la volubilidad del novio, el cual habría aprovechado un pretexto para liberarse completamente del vínculo... «De forma que Analía es como una repudiada, y nunca más se casará, porque ha declarado que Tú no apruebas a quien después del repudio vuelve a casarse. Pero no es así. ¡Ella es célibe todavía! No se vende a otro hombre, porque de ningún hombre ha sido. Y él es culpable de crueldad. Y más. Porque le han venido ganas de otras bodas; pero es mi hija la que va a aparecer como culpable, y el mundo la escarnecerá. Haz algo, Señor, porque es por ti por quien sucede esto».

«¿Por mí, mujer? ¿En qué he pecado?».

«¡No, Tú no has pecado! Pero él dice que Analía te ama. Y finge estar celoso. Ayer noche ha venido. Ella había ido a verte. Se enfureció y juró que ya no la querría por esposa. Analía, que llegó en ese momento, le respondió: "Haces bien. Lo único que siento es que vistas la verdad de mentira o de calumnia. Sabes que a Jesús se le ama sólo con el alma. Pero es precisamente tu alma la que se ha corrompido y deja la Luz por la carne, mientras que yo dejo la carne por la Luz. No podríamos ser ya un solo pensamiento, como dos esposos deben ser. Ve, pues, y que Dios te ampare". Ni una lágrima, ¿comprendes? ¡Nada que tocara el corazón del hombre! ¡Mis esperanzas defraudadas! Ella... ciertamente por superficialidad, causa su ruina.
[3]Llámala, Señor. Habla con ella. Doblégala a la razón. Busca a Sa- 368.3
muel. Está en casa de Abraham su pariente, en la tercera casa después de la Fuente de la higuera. ¡Ayúdame! Pero primero habla en seguida con ella...».

«Hablar, hablaré. Pero deberías dar gracias a Dios, que rompe un vínculo humano que está claro que no prometía mucho. Ese hombre es voluble e injusto para con Dios y para con su novia...».

«Sí, pero es atroz que el mundo la crea culpable, y que te crea culpable a ti, por el simple hecho de que sea discípula tuya».

«El mundo acusa y luego olvida. El Cielo, por el contrario, es eterno. Tu hija será una flor del Cielo».

«¿Entonces por qué has permitido que viviera? Habría sido una flor sin sufrir la lapidación de las calumnias. ¡Tú que eres Dios llámala, hazla razonar, y luego haz razonar a Samuel...».

«Recuerda, mujer, que ni siquiera Dios puede avasallar la voluntad y libertad del hombre. Ellos, Samuel y tu hija, tienen derecho a seguir lo que sienten que es bueno para ellos. Especialmente Analía tiene derecho...».

«¿Por qué?».

«Porque Dios la ama más que a Samuel. Porque ella da a Dios más amor que Samuel. ¡Tu hija es de Dios!».

«No. En Israel no es así. La mujer debe casarse... Es mía la hija... Sus esponsales me prometían paz para el futuro...».

«Tu hija estaría en el sepulcro desde hace un año, si Yo no hubiera actuado. ¿Quién soy Yo para ti?».

«El Maestro y Dios».

«Y como Dios y Maestro digo que el Altísimo tiene más derecho que nadie sobre sus hijos, y que mucho va a cambiar en la Religión, y de ahora en adelante podrán las vírgenes ser vírgenes eternamente por amor a Dios. [4]No llores, madre. Deja tu casa y ven con nosotros, hoy. ¡Ven! Ahí afuera está mi Madre y otras madres heroicas que han dado sus hijos al Señor. Únete a ellas...».

368.4

«Habla con Analía... ¡Inténtalo, Señor!» gime la mujer entre sollozos.

«De acuerdo. Haré como quieres» dice Jesús. Y, abierta la puerta, llama: «Madre, ven con Analía».

Las dos requeridas van presurosas. Entran.

«Muchacha, tu madre quiere que te diga que lo pienses más. Quiere que hable con Samuel. ¿Qué debo hacer? ¿Qué respuesta me das?».

«Habla con Samuel si quieres. Es más, te suplico que lo hagas. Pero sólo porque querría que se hiciera justo oyéndote. Respecto a mí, ya sabes; te ruego que le des a mi madre la respuesta más verdadera».

«¿Has oído, mujer?».

«¿Cuál es la respuesta?» pregunta con voz quebrada la anciana, la cual al principio de las palabras de su hija creía que ésta se hubiera vuelto atrás y luego ha comprendido que no es así.

«La respuesta es que desde hace un año tu hija es de Dios, y el voto es perenne mientras dura la vida».

«¡Pobre de mí! ¡¿Qué madre hay más infeliz que yo?!».

María suelta la mano de la joven para abrazar a la mujer y decirle dulcemente: «No peques con tu pensamiento y con tu lengua. Dar a Dios un hijo no es una desdicha; antes al contrario, es una gran gloria. Un día me dijiste que tu dolor era el haber tenido sólo una hija, porque querrías haber tenido el varón consagrado al Señor. Tú

tienes no un varón sino un ángel, un ángel que precederá al Salvador en su triunfo. ¿Y te vas a considerar infeliz? Mi madre, habiéndome concebido en tarda edad, espontáneamente me consagró al Señor desde el primer latido mío que oyó en su seno. Y me tuvo sólo tres años. Y yo tampoco la tuve, sino en mi corazón. Pues bien, su paz al morir fue el haberme dado a Dios... ¡Ánimo, ven al Templo a cantar las alabanzas a Aquel que tanto te ama que ha elegido a tu hija como esposa! Ten una verdadera sabiduría en tu corazón. Verdadera sabiduría es no poner límites a la propia generosidad hacia el Señor».

La mujer ha dejado de llorar. Escucha... Luego se decide. Toma el manto y se envuelve en él. Y al pasar por delante de la hija suspira: «Primero la enfermedad, luego el Señor... ¡Se ve que no debía tenerte!...».

«No, mamá. No digas eso. Nunca me has tenido tanto como ahora. Tú y Dios. Dios y tú. Sólo vosotros, hasta la muerte...» y la abraza dulcemente y le pide: «¡Una bendición, madre! Una bendición... porque he sufrido por tener que hacerte sufrir. Pero Dios me quería así...».

Se besan llorando. Luego salen, precedidas por Jesús y María, y cierran la casa; luego se ponen detrás del grupo de las discípulas...

...[5]«¿Por qué entramos por aquí, Señor? ¿No era mejor entrar por 368.5
la otra parte?» pregunta Santiago de Zebedeo.

«Porque, pasando por aquí, pasamos por delante de la Antonia».

«Y esperas... ¡Ten cuidado, Maestro!... El Sanedrín te espía» dice Tomás.

«¿Cómo lo sabes?» le pregunta Bartolomé.

«Basta reflexionar en el interés de los fariseos para comprender. ¡Me decís que con mil disculpas vienen continuamente a observar lo que hacemos!... ¿Con qué finalidad, si no es buscando de qué acusar al Maestro?».

«Tienes razón. Entonces es mejor no pasar por delante de la Antonia, Maestro. Si los romanos no te ven, pues mejor».

«Y en esta razón está contenido más el asco por ellos que la solicitud por mí, ¿no es verdad, Bartolmái? ¡Qué sabio serías si quitaras de tu corazón estas miserias!» responde Jesús, que sigue de todas formas por su camino sin escuchar a nadie.

Para ir a la Antonia tienen que pasar por el Sixto, donde están el palacio de Juana y el de Herodes, poco separados el uno del otro. Jonatán está en la puerta del palacio de Cusa. En cuanto ve a Jesús, da la voz a los de la casa. Sale inmediatamente Cusa y hace una reverencia. Le sigue Juana, ya preparada para unirse al grupo de las discípulas.

Cusa habla: «He oído que hoy estarás donde Juana. Concede a tu siervo tenerte como invitado en un banquete».

«Sí. Con tal de que me concedas que haga de él un banquete de caridad para los pobres y los infelices».

«Como te parezca, Señor. Ordena y haré lo que Tú quieras».

«Gracias. La paz sea contigo, Cusa».

Juana pregunta: «¿Tienes órdenes para Jonatán? Está a tu disposición».

«Las daré cuando vuelva del Templo. Vamos, porque nos esperan».

Pasan poco después junto al bonito y cruel palacio de Herodes (cerrado como si estuviera deshabitado). Pasan junto a la Antonia. Los soldados observan el pequeño cortejo del Nazareno.

368.6 [6]Entran en el Templo. Mientras las mujeres se detienen en la parte inferior, los hombres prosiguen por el lugar concedido a ellos. Llegan así al sitio donde se presenta a los niños y se purifican las mujeres. Un pequeño grupito de gente acompaña a una joven madre y se detiene para cumplir las ceremonias del rito.

«¡Un pequeñuelo consagrado al Señor, Maestro!» dice Andrés, que observa la escena.

«Es, si no me equivoco, la mujer de Cesarea de Filipo, la del castillo. Pasó por delante de mí mientras te esperábamos en la Puerta Dorada» dice Santiago de Alfeo. *

«Sí. Está también la suegra y el administrador de Felipe. No nos han visto. Pero nosotros los hemos visto a ellos» añade Judas Tadeo.

Y Mateo añade: «Y nosotros dos hemos visto a María de Simón con un anciano. Pero Judas no estaba. Parecía muy triste la mujer. Miraba afligida a su alrededor».

«Luego la buscaremos. Ahora vamos a orar. Y tú, Simón de Jonás, presenta la ofrenda en el gazofilacio. Por todos». *

Oran largamente. La gente advierte claramente su presencia y unos a otros se señalan al Maestro.

368.7 [7]Un breve altercado, del que sobresale la nota aguda de una voz femenina, hace volver la cabeza a los que oran menos recogidos.

«Si he estado aquí para ofrecer el hijo varón a Dios, puedo quedarme otro poco para ofrecérselo a quien le salvó para el Señor» dice la voz aguda.

---

* la *mujer de Cesarea de Filipo* es Dorca, con quien ya nos hemos encontrado en 345.3/5; *este fariseo que no me resulta desconocido*, de doce párrafos más abajo, es Jonatán de Uziel, con quien nos habíamos encontrado en 217.2/4.

* Se llamaba *gazofilacio* a un recinto del Templo en que los fieles depositaban las ofrendas de dinero, como será confirmado en 523.8. Mencionado en *Juan 8,20* (aunque las nuevas traducciones dicen *lugar del tesoro*), podría ser la *vasta habitación bien adornada* que nos encontraremos en 506.1.

Y voces nasales de hombre insisten: «No le es lícito a la mujer detenerse aquí después del rito. Márchate».

«Me iré. Pero detrás de Él».

«Llámale entonces y vete con Él».

«¡Calma! ¡Calma! Dejad que la mujer hable y cuente en qué se basa para decir que el Nazareno ha salvado al niño para Dios» dice una voz despaciosa de hombre.

«¿Y qué interés tienes en ello, Jonatán de Uziel?».

«¡Mucho interés! Aquí hay ciertamente un nuevo pecado. Una nueva prueba. Escúchame, mujer. ¿Cómo te salvó a tu hijo ese hombre? ¿Quieres decírselo a los buscadores tenaces de la verdad?» solicita con hipócrita dulzura este fariseo que no me resulta nuevo.

«¡Sí! Lo digo con gratitud. Estaba desesperada porque el niño me había nacido muerto. Soy viuda, y esta criatura es todo para mí. Él vino y le dio vida».

«¿Cuándo? ¿Dónde?».

«En Cesarea de Filipo. Soy del castillo de Cesarea».

«¡La vida! Habrá sido sólo un repentino desmayo del niño...».

«No. Estaba muerto. Mi madre lo puede decir. Y lo puede decir el administrador del castillo. Vino y le infundió su aliento en la boca y el niño se agitó y lloró».

«¿Y tú dónde estabas?».

«En la cama, señor. Acababa de dar a luz».

«¡Qué horror!».

«¡Anatema!».

«¡Impuro!».

«¡Sacrílego!».

«¡Ahora veis si tenía o no razón al preguntar!».

«¡Eres sabio, Jonatán de Uziel! ¿Cómo lo has intuido?».

«Conozco a ese hombre. Le vi violar el sábado en mis tierras de la llanura para quitarse el hambre».

«¡Vamos a expulsarle de aquí!».

«¡Vamos a decírselo a los Príncipes de los sacerdotes!».

«No. Preguntémosle si se purificó. No podemos acusar sin saber...».

«Estáte callado, Eleazar. No te ensucies con una estúpida defensa».

La joven Dorca, implicada en medio, causa de tanto jaleo, rompe a llorar y grita: «¡No le hagáis ningún mal por causa mía!».

[8]Pero ya algunos exaltados han llegado donde el Señor y le dicen 368.8
impositivamente: «Ven aquí y responde».

Los apóstoles y discípulos están agitados de ira y temor. Jesús,

sereno y solemne, sigue a los que le han llamado.

«¿Reconoces a esta mujer?» gritan mientras le empujan al centro del corro que se ha formado alrededor de Dorca, a la que señalan como si fuera una leprosa.

«Sí. Es una joven viuda y madre de Cesarea de Filipo. Y ésa es su suegra. Y ése es el administrador del castillo. ¿Y entonces...!».

«Ella te acusa de que entraste en su habitación mientras se producía el parto».

«¡No es verdad, Señor! No he dicho eso. He dicho que me reviviste a mi hijo. ¡Y nada más! Quería rendirte honor, y te he perjudicado. ¡Perdón, perdón!».

El administrador de Filipo interviene para ayudarla y dice: «No es verdad. Vosotros mentís. La mujer no ha dicho eso, y yo soy testigo y puedo jurarlo; como también que el Rabí no entró en la habitación, sino que obró el milagro desde la puerta».

«Calla, siervo».

«No. No callaré. Y se lo diré a Filipo, que venera al Rabí más que vosotros, falsos devotos del Dios altísimo».

El altercado pasa de la mujer al terreno religioso y político. Jesús guarda silencio. Dorca llora.

368.9 [9]Eleazar, el invitado justo del banquete de la casa de Ismael, dice: «Creo que se ha aclarado la duda y no tiene ya objeto la acusación; y que el Rabí, justificado, puede libremente marcharse».

«No. Quiero saber si se purificó después de tocar al muerto. ¡Que lo jure por Yehoveh!» grita Jonatán de Uziel.

«No me purifiqué porque el niño no estaba muerto, sino que sólo tenía dificultad para respirar».

«¡Ah, ahora te va bien decir que no resucitó, ¿eh?!» grita un fariseo.

«¿Por qué no haces ostentación como en Quedes?» pregunta otro.

«¡No perdamos tiempo en palabras! Vamos a echarle de aquí y a llevar esta nueva imputación al Sanedrín. ¡Un cúmulo de imputaciones!».

«¿Qué otra?» pregunta Jesús.

«¿Que qué otra! ¿El haber tocado a la leprosa sin purificarte después? ¿Puedes negarlo? ¿Y haber blasfemado en Cafarnaúm, tanto que los más justos te han abandonado? ¿Puedes negarlo?».

«No niego nada. Pero no tengo pecado, porque tú, Sadoq, tú que acusas, sabes por el marido de Anastática que *no estaba leprosa*; tú lo sabes, paraninfo del adulterio de Samuel, tú, embustero con él ante el mundo para favorecer la lujuria de un inmundo, dando el nombre de lepra a lo que no era tal, y condenando a una mujer a la tortu-

ra que significa el ser llamado "leproso" en Israel, sólo porque eres cómplice del marido culpable».

El escriba Sadoq, uno de los que estaban en Yiscala y luego en Quedes, herido en pleno centro, se escabulle sin decir nada más. Le siguen los gritos burlones de la gente.

«¡Silencio! Es lugar sagrado» dice Jesús. Y ordena a la mujer y a los que estaban con ella: «Vamos. Venid conmigo a donde me esperan». Y se encamina, severo y majestuoso, seguido por los suyos.

[10]Entretanto, la mujer, ante las preguntas de muchos, cuenta una 368.10
y otra vez, repitiendo siempre: «Mi hijo es suyo y a Él se lo consagro».

El administrador se acerca a Jesús y dice: «Maestro, he referido a Filipo el milagro. Me ha enviado para decirte que te estima. Tenlo presente en las insidias de Herodes... y de los otros. Querría ver también él, y oírte. ¿No vienes hoy a su casa? Te acogería con gusto, incluso en la Tetrarquía».

«No soy ni un histrión ni un mago. Soy el Maestro de la Verdad. Que venga a la Verdad y no le rechazaré».

Están en el patio de las mujeres. «¡Ahí está! ¡Ahí está!» dicen las discípulas a María, que está preocupada por el retraso.

Se reúnen. Jesús quisiera despedirse de los de Cesarea, para ir a buscar a María, madre de Judas; pero Dorca se arrodilla y dice: «Te buscaba yo antes que ella, antes que esa mujer que buscas y que es madre de un discípulo. Te buscaba para decirte: "Este hijo es tuyo. Varón unigénito. Te lo consagro. Tú eres el Dios vivo. Que sea siervo tuyo"».

«¿Sabes lo que esto significa? Quiere decir consagrar a tu hijo al dolor, perderlo como madre y ganarlo como mártir en el Cielo. ¿Te sientes con fuerzas de ser mártir en tu hijo?».

«Sí, mi Señor. Mártir me habría hecho su muerte, un martirio de una pobre mujer madre. Por ti seré mártir de forma perfecta, grata al Señor».

«¡Pues así sea!... [11]¡Oh, María de Simón! ¿Cuándo has venido?». 368.11

«Ahora. Con Ananías, un pariente mío... Yo también te buscaba, Señor...».

«Lo sé. Y había enviado a Judas a decirte que vinieras. ¿No ha ido?».

La madre de Judas agacha la cabeza y susurra: «Salí inmediatamente después de él para ir al Getsemaní. ¡Pero ya te habías marchado!... He venido rápidamente al Templo... Ahora te encuentro... A tiempo de oír a esta muchacha, ya madre, ¡y tan dichosa!... ¡Cómo desearía poder decirte sus mismas palabras, Señor, respecto a un Judas recién nacido... lleno de dulzura... como uno de estos corderitos...» y,

llorando, señala a los corderitos baladores que van hacia los que los han de inmolar. Se envuelve en el manto para esconder su llanto.

«Ven conmigo, madre. Hablaremos en casa de Juana. Éste no es el sitio apropiado».

Las discípulas toman consigo, en medio de ellas, a María, madre de Judas. El pariente Ananías, por su parte, se mezcla con los discípulos. Entre las discípulas también van Dorca y su suegra. María de Alfeo y Salomé entran en éxtasis haciendo mimos al pequeñuelo.

Se encaminan hacia la salida. Pero, antes de llegar, he aquí que un esclavo romano trae una tablilla encerada a Juana, que la lee y responde: «Dirás que sí. Por la tarde en mi casa, en el palacio».

Y luego es el gorjeo de Yaia y su madre al ver al Salvador: «¡Ahí está el Donador de la luz! ¡Bendito seas, Luz de Dios!» y están rostro en tierra, felices.

La gente se arremolina, pregunta, comprende, aclama.

Y luego es el anciano Matías el que venera y bendice (el hombre que ofreció hospedaje en la noche de tormenta a Jesús y a los suyos cerca de Yabés Galaad).

Luego es el abuelo de Margziam y los otros campesinos. Jesús, después de hablar con Juana, les dice: «Venid conmigo». Y ya se lo ha dicho a Dorca, a Yaia, a Matías.

368.12 [12]Pero, cerca de la Puerta Dorada, están Marcos de Josías (el discípulo apóstata) y Judas Iscariote hablando animadamente. Judas ve venir al Maestro y se lo dice a su compañero; éste, quando tiene a Jesús detrás, se vuelve. Las miradas se entrecruzan. ¡Qué mirada la de Cristo! Pero el otro ya está sordo ante cualquier santo poder. Para huir antes, casi echa a Jesús contra una columna. Y Jesús no reacciona sino diciendo: «¡Marcos, deténte! ¡Por piedad de tu alma y de tu madre!».

«¡Satanás!» grita el otro. Y se marcha.

«¡Qué horror!» gritan los discípulos. «¡Maldícele, Señor!». Y el primero en decirlo es Judas Iscariote.

«No. Dejaría de ser Jesús... Vamos...».

«¿Pero cómo, cómo es que se ha vuelto así? ¡Tan bueno como era!» dice Isaac, que parece como traspasado por una flecha de lo apenado que está por el cambio de Marcos.

«Es un misterio. ¡Una cosa inexplicable!» dicen muchos.

Y Judas de Keriot: «Sí. Le dejaba hablar. Todo una herejía. ¡Pero cómo la dice! Casi te persuade. No era tan sabio cuando era justo».

«Debes decir que no estaba tan enajenado cuando estaba endemoniado cerca de Gamala» dice Santiago de Zebedeo.

Y Juan pregunta: «¿Por qué, Señor, cuando estaba endemoniado

te causaba menos daño que ahora? ¿No puedes curarle para que no te perjudique?».

«Porque ahora ha recibido dentro de sí a un demonio inteligente. Antes era una posada tomada por la fuerza por una legión de demonios. Pero faltaba en él el consenso de tenerlos. Ahora su inteligencia *ha querido* a Satanás, y Satanás ha puesto en él una fuerza demoníaca inteligente. Contra esta segunda posesión nada puedo. Debería violentar la voluntad libre del hombre».

«¡¿Sufres, Maestro?!».

«Sí. Son mis angustias... mis derrotas... Y si me aflijo es porque son almas que se pierden. Sólo por esto. No por el mal que me hacen a mí».

[13]Estando todos parados, a la espera de que el camino quede libre 368.13
de un atasco de gente y caballerías, forman corrillo. La mirada de la madre de Judas es de una potencia tal, que su hijo le pregunta: «¡Pero bueno!, ¿qué te pasa? ¿Es la primera vez que ves mi cara? Tú es que estás enferma. Tengo que llevarte al médico...».

«¡No estoy enferma, hijo! ¡Ni es la primera vez que te veo!».

«¿Y entonces?».

«Entonces... nada. Lo único es que quisiera que no merecieras jamás estas palabras del Maestro».

«Yo ni le abandono ni le acuso. ¡Soy su apóstol!».

Reanudan la marcha, hasta que Jesús se detiene para saludar a Juana y a las discípulas que van con Juana a su casa. Los hombres, todos, van al Getsemaní.

«Podíamos haber ido todos allá. Hubiera querido ver lo que decía Elisa» masculla Pedro.

«Lo verás. Porque será hoy cuando sepa, y de mi boca, que a Anastática se la confío a ella».

«¿Y esta noche banquete?».

«Sí. Ya he dicho a Juana lo que debe hacer».

«¿Qué debe hacer? ¿Cuándo se lo has dicho?» pregunta más de uno.

«Lo veréis. Antes de dejarla. Mientras la saludaba. Vamos sin demora, para estar pronto en el jardín de Juana».

369. El jueves prepascual. Parábola de la lepra de las casas.

25 de enero de 1946.

[1]Y en el camino de regreso hacia la casa de Juana, estando un po- 369.1
co aislados en medio de la gente que se aglomera en los caminos y

que separa a unos de otros a los componentes de la nutrida comitiva que sigue a Jesús, Pedro, que va con el Maestro y con los dos hijos de Alfeo, pregunta: «Ahora que podemos hablar un poco entre nosotros, Señor, ¿me dices una cosa que estoy pensando desde ayer por la noche?».

«Sí, Simón. Dime de qué se trata y te responderé».

«Ya desde ayer por la noche pienso en la gracia especial que concedes a Juan en Antigonio. ¡Es muy grande esa gracia, ¿eh?! Es una cosa única. ¡Exclusivamente para él! Y la verdad es que Síntica también merece mucho... Y, en fin, hay mucha gente magnífica que... merecería verte... y que no te ve sino cuando está a tu lado. Nosotros, por ejemplo, ¡qué consolados nos habríamos sentido cuando nos has mandado por los caminos! Y hemos atravesado momentos en que una palabra tuya nos habría sacado de la incertidumbre... Pero a nosotros no vienes nunca... ¿Por qué esta diferencia?».

«Concluyendo, ¿tú, Simón mío, estás un poco celoso?...».

«¡No, hombre, no! Pero... Bueno... querría saber tres cosas: ¿por qué a Juan de Endor?; si sólo a él; y si no existe la posibilidad de que un día nos suceda también a nosotros, a mí, por ejemplo, que te vea milagrosamente y sepa de tu boca cómo actuar».

«Te respondo. A Juan porque es un espíritu lleno de buena voluntad, que, no obstante, tiene debilidades, más bien de tipo físico, que podrían derrumbar el edificio de su elevación a Dios, que él ha cons-
369.2 truido. [2]¿Ves, amigo mío? El pasado, habiendo estado mucho tiempo sobre nosotros como una costra profundamente radicada, no sólo ha incidido signos indelebles, sino que deja indelebles tendencias en todos los hombres. Mira, por ejemplo, aquella casucha construida al pie del monte. Las aguas del suelo, las que corren monte abajo durante las lluvias, se han filtrado lentamente en ella. Ahora hay sol caliente, y lo habrá durante meses. Pero el moho que ha penetrado en la argamasa estará siempre presente cual manchas de lepra. La casa ha sido abandonada por haber sido declarada leprosa. En otros tiempos menos irrespetuosos la casa habría sido demolida, según la * Ley. ¿Porque le ha acecido este desastre a la pobre casa? Porque los propietarios no se han preocupado de disponer zanjas alrededor para no permitir que las aguas se estancaran en la base, para desviar, lejos del lado que apoya en el monte, las aguas que bajan. Ahora la casa no sólo es fea, sino que está minada por la humedad. Si un hombre voluntarioso se preocupara de hacer esos trabajos, y luego la limpiara bien, y raspara las paredes y cambiara los adobes enmohecidos

* *segun la Ley,* sobre la lepra de las casas, que está en *Levítico 14, 33-57.*

por otros nuevos; podría ser usada todavía. Pero, de todas formas, presentaría unas debilidades tales, que en un terremoto sería la primera en derrumbarse. Juan ha estado, durante años, penetrado de los venenos del mal del mundo. Ha puesto los medios, con su voluntad, para desterrarlos de su alma revivida. Pero en la base escondida en la carne, en la parte inferior, han quedado debilidades... El espíritu está fuerte, pero su carne es débil; y la carne se desata incluso en tempestades, cuando sus fómites se juntan con elementos del mundo, capaces de zarandear el *yo*. ¡Juan!... ¡Qué remoción de partículas del pasado por cuanto ha sucedido! Yo le ayudo en la resistencia, en la depuración, en la victoria sobre el pasado que tiende a resurgir; doy consuelo a su excesivo sufrimiento en la manera que puedo. Porque lo merece. Porque es justo ayudar a una voluntad santa que sufre el asalto de toda la iniquidad del mundo. [3]¿Te convences?». 369.3

«Sí, Maestro. ¿Y... sólo te muestras a él?».

Jesús sonríe mirando a Pedro, que a su vez le mira desde abajo y parece un niño observando la cara de su padre. Responde: «No sólo a él. También a otros que están lejos construyéndose su santidad, fatigosamente y solos».

«¿Quiénes son?».

«No es necesario saberlo».

Santiago de Alfeo pregunta: «¿Y a nosotros, por ejemplo, cuando estemos solos y — ¡a saber cuánto! — atormentados por el mundo?... ¿no nos vas a ayudar con tu presencia?».

«Tendréis al Paráclito con sus luces».

«De acuerdo... Pero yo... no le conozco... y... creo que no lograré jamás comprenderle. Tú... es otra cosa... Diré: "¡Oh, el Maestro!" y te preguntaré lo que hay que hacer, con la seguridad de que eres Tú...» dice Pedro. Y termina: «¡El Paráclito! ¡Demasiado excelso para este pobre pescador! ¡Quién sabe lo difícil que habla y lo... ligero que es: un soplo que pasa...! No sé si alguno se dará cuenta siquiera... Yo necesito un buen meneo, un grito, para que mi cocota se despierte y pueda entender. ¡Pero, si te me apareces Tú, te veo, y entonces!... Prométeme, o mejor a todos, prométenos que te nos vas a aparecer también a nosotros. ¡Pero así, ¿eh?! De carne y sangre. Que se te vea bien y se te oiga mejor».

«¿Y si lo hiciera para regañar?».

«¡No importa! Al menos — ¿verdad, vosotros dos? —, al menos sabríamos lo que tendríamos que hacer».

Los dos hijos de Alfeo asienten.

«Pues os lo prometo. A pesar de que — creedlo — el Paráclito sabrá hacer que vuestras almas le entiendan. Pero iré Yo a deciros:

"Santiago, haz esto o aquello. Simón Pedro, no está bien que hagas esa otra cosa. Judas, fortalécete para estar preparado para esto o para aquello"».

«Muy bien. Ahora estoy más tranquilo. ¡Y ven a menudo, ¿eh?! Porque yo estaré como un pobre niño desamparado que no hará sino que llorar y... hacer cosas no buenas...». Y casi casi Pedro ya se echa a llorar desde ahora...

369.4 [4]Judas Tadeo pregunta: «¿No podrías hacerlo para todos desde ahora? Quiero decir: para los que dudan, para los culpables, los desleales. Quizás un milagro...».

«No, hermano. El milagro hace mucho bien, especialmente el milagro de ese tipo, cuando se da a tiempo y en el lugar oportuno, a personas no maliciosamente culpables. Dado a personas maliciosamente culpables, aumenta su culpabilidad porque aumenta su soberbia. Toman el don de Dios como debilidad de Dios, que les suplicaría a ellos, a los orgullosos, permitir amarlos. Toman el don de Dios como producto de sus grandes méritos. Se dicen a sí mismos: "Dios se humilla conmigo porque soy santo". Entonces es la ruina completa. La ruina, por ejemplo, de un Marcos de Josías, y con él de otros... ¡Ay de aquel que entra por este camino satánico!: el don de Dios se transforma en él en veneno de Satanás. Ser agraciado con dones extraordinarios constituye la prueba más grande y segura del grado de elevación y de voluntad santa en un hombre. Muy frecuentemente, el hombre se embriaga de ello humanamente, y, de espiritual, pasa a ser todo humanidad, y luego baja y se hace satanicidad».

«¿Y entonces por qué los concede Dios? ¡Sería mejor que no los concediera!».

«Simón de Jonás, ¿para enseñarte a andar tu madre te tuvo siempre entre pañales y en brazos?».

«No. Me ponía en el suelo, y me soltaba».

«¡Pero te caerías, ¿no?!».

«¡Una infinidad de veces! Bueno y mucho más porque yo era muy... Bueno, que ya desde pequeño tenía pretensiones de actuar por mí mismo y de hacer todo bien».

«¡Pero ahora ya no te caes!».

«¡Estaría bueno! Ahora sé que subirme al respaldo de una silla es peligroso, sé que pretender usar los desagües para bajar del tejado al patio es un error, sé que querer volar desde la higuera hasta dentro de la casa, como si fuéramos pájaros, es cosa de locos. Pero de pequeño no lo sabía. Y lo que es un misterio es que no me matara. Pero poco a poco fui aprendiendo a usar bien las piernas y la cabeza».

«Entonces Dios ha hecho bien dándote piernas y cabeza; y tu ma-

dre, dejándote aprender sufriendo en ti las consecuencias, ¿no?».

«¡Claro está!».

«Lo mismo hace Dios con las almas. Les da los dones y, como una madre, advierte y enseña. Pero luego cada uno debe razonar por sí mismo sobre cómo usarlos».

«¿Y si es un deficiente mental?».

«Dios no da los dones a los deficientes mentales. A éstos los ama, porque son infelices, pero no les da aquello de cuya posesión no tendrían conciencia».

«¿Pero si se los diera y los usaran mal?».

«Dios los trataría según su realidad, es decir, como a personas incapaces y, por tanto, sin responsabilidad. No los juzgaría».

«¿Y si uno es inteligente cuando los recibe y luego se vuelve necio o loco?».

«Si es por enfermedad, no es culpable de no usar el don recibido».

«¿Pero... uno de nosotros, por ejemplo? ¿Josías... o... ¡bueno... u otro!?».

«¡Más le valdría no haber nacido! Mas así se separan los buenos de los malos... Operación dolorosa, pero justa».

[5]«¿Qué decís de bueno? ¿Nada para nosotros?» preguntan otros 369.5
apóstoles que, dada la anchura de la calle, pueden reunirse con Jesús.

«Hablábamos de muchas cosas. Jesús me ha dicho una parábola sobre la lepra de las casas. Luego os la digo yo» responde Pedro.

«¡De todas formas, qué supersticiones, ¿eh?! Dignas de aquellos tiempos. Las paredes no cogen lepra. Los antiguos, ignorantes, aplicaban a vestidos y a paredes propiedades animales. Cosas ridículas y que nos hacen ridículos» dice con aires de sabio Judas Iscariote.

«No son como dices, Judas. Bajo la apariencia — que era como era necesaria para las mentes de aquel tiempo — hay una finalidad grande formada de santas previsiones. Como muchos otros preceptos del viejo Israel. Preceptos orientados a la salud del pueblo. Conservar sano a un pueblo es deber de los legislatores, es honrar a Dios y servirle, porque el pueblo está constituido por criaturas de Dios. No se le debe desatender, de la misma forma que no se desatiende ni a los animales ni a las plantas. Las casas definidas leprosas no tienen, es verdad, la enfermedad carnal de la lepra. Pero tienen defectos de construcción y de ubicación que las hacen malsanas y que se manifiestan con las manchas definidas "lepra de las paredes". Con el paso del tiempo se hacen no sólo malsanas para el hombre, sino peligrosas porque están expuestas a un fácil derrumbamiento. Por eso bien prescribe la Ley, y ordena abandonarlas y reconstruirlas, e incluso

destruirlas si, una vez reconstruidas, vuelven a aparecer enfermas».

«¡Hombre, pero un poco de humedad, qué va a hacer? Se seca con braseros».

«Y la humedad no aparece externamente, y el engaño aumenta. La humedad aumenta por dentro y mina, y un buen día se derrumba la casa y sepulta a sus habitantes. ¡Judas, Judas! ¡Mejor tener excesiva vigilancia que ser imprudentes!».

«Yo no soy una casa».

«Eres la casa de tu alma. No dejes que en la casa se filtre el mal y corroa... Vigila por la incolumidad de tu alma. Vigilad todos».

«Vigilaré, Maestro. Pero, dime la verdad, ¿estás impresionado por las palabras de mi madre? Esta mujer está enferma. Ve fantasmas. Tengo que llevarla al médico. Cúramela Tú, Maestro».

«La consolaré. Pero tú eres el único que puedes curarla, calmando su congoja».

«Congoja sin fundamento. Créeme, Señor».

«Mejor así, Judas. Mejor así. Pero tú, con una conducta cada vez más justa, trata de anular esa congoja. Si ha surgido, habrá habido un motivo. Anula incluso el recuerdo de ese motivo, y tu madre y Yo te bendeciremos».

369.6 [6]«¿Maestro, temías que me pusiera de acuerdo con Marcos de Josías?».

«No temo nada».

«¡Ah! ¡Bien! Porque yo trataba de convencerle. Creo que era mi deber. ¡Ninguno lo hace! ¡Yo tengo celo por las almas!».

«Ten cuidado de que no te ocurra un mal» dice Pedro bondadosamente.

«¿Qué quieres decir?» dice Judas agresivo.

«Nada más que esto: que para tocar algo que quema hay que coger algo que aísle».

«¿Qué, en nuestro caso?».

«¿Qué? Una gran santidad».

«¿Y yo no la tengo, no es verdad?».

«Ni tú, ni yo, ni ninguno de nosotros. Por eso... podríamos quemarnos y quedar marcados».

«¿Y entonces quién se va a ocupar de las almas?».

«Por ahora el Maestro. Después, cuando, según la promesa, tengamos los medios para poderlo hacer, nosotros».

«Pero yo quiero actuar antes. Nunca se trabaja demasiado pronto para el Señor».

«Creo que lo que dices está bien, pero también creo que el primer trabajo para el Señor lo tenemos que hacer en nosotros. ¡Ir a predi-

car santidad a los otros antes que a nosotros mismos?...».

«Eres egoísta».

«En absoluto».

«Sí».

«No».

Empieza la discusión. Interviene Jesús: «Pedro tiene razón en buena parte. Tú también tienes un poco de razón. Porque la predicación se debe apoyar sobre los hechos. Por eso santificarse para poder decir: "Haced lo que digo porque es justo". Y esto apoya lo que dice Pedro. Pero también el trabajar en los espíritus de los demás sirve para formar los propios, porque nos obliga a mejorarnos para no ser objeto de observaciones por parte de los que se hayan de convertir. Mas ya hemos llegado a la casa de Juana... Vamos a entrar a gozar del amor de contarnos entre los obreros del Señor; y a predicar, con los hechos, el tiempo futuro».

370. El jueves prepascual. En el convite de los pobres en el palacio de Cusa.

26 de enero de 1946.

[1]«Paz a esta casa y a todos los presentes» es el saludo de Jesús 370.1
mientras entra en el vasto vestíbulo, muy fastuoso, que está todo iluminado a pesar de ser de día.

Y no son superfluas las lámparas. Y es que, si bien es cierto que es de día, no es menos cierto que afuera hay un sol cegador, en las calles y en las fachadas blancas de cal, mientras que aquí, en este amplio, pero sobre todo largo, corredor vestíbulo, que debe cortar toda la casa, desde el sólido portal hasta el jardín — cuyo verde lleno de sol aparece allá, en el fondo, y parece lejano por un juego de la perspectiva —, debe haber habitualmente una penumbra que, para quien viene de fuera, cegados sus ojos por el intenso sol, es sombra completa. Por eso, Cusa se ha preocupado de que las grandes y numerosas lamparillas de cobre repujado, fijadas a distancias constantes en ambas paredes del vestíbulo, estén todas encendidas, y también la lámpara central (un cuenco grande de alabastro rosa en que están incrustados, en el róseo leve del alabastro, diaspros y otras lascas preciosas y multicolores que, por la luz encendida dentro, resplandecen como si fueran estrellas, proyectando arcoiris sobre las paredes pintadas de azul obscuro, sobre las caras, sobre el suelo de mármol veteado). Y parece como si menudas estrellas se posaran en las paredes, en los rostros, en el suelo, menudas y móviles estrellitas

multicolores, porque la lámpara ondea levemente debido a la corriente de aire que recorre el vestíbulo y los tornasoles de las lascas preciosas cambian continuamente de posición.

«Paz a esta casa» repite Jesús mientras se adentra y va bendiciendo sin cesar a los criados, que le hacen una profunda reverencia, y a los invitados, asombrados de estar allí reunidos, en contacto con el Rabí, en un palacio principesco...

370.2 [2]¡Los invitados! El pensamiento de Jesús se delinea claramente. El convite de amor querido por Él en casa de la buena discípula es una página del Evangelio traducida en acción. Son mendigos, tullidos, ciegos, huérfanos, ancianos, jóvenes viudas con sus pequeñuelos agarrados a los vestidos o que maman la escasa leche de su desnutrida madre. La riqueza de Juana ya ha proveído a substituir los vestidos harapientos con vestidos modestos pero limpios y nuevos. Mas si las cabelleras ordenadas, como oportuna medida de aseo, y si los vestidos limpios dan a estos desdichados — a quienes los criados alinean o sujetan para llevarlos al sitio — un aspecto ciertamente menos miserable del que tenían cuando Juana dispuso que fueran a recogerlos a los callejones, a los cruces, a los caminos que conducen a Jerusalén, a aquellos lugares en que su miseria se celaba abochornada o se exponía en busca de limosnas; si ello es así, por el contrario, resultan todavía visibles las penalidades en las caras, las debilidades en los miembros, las desventuras, las soledades en las miradas...

Jesús pasa y bendice. Cada infeliz recibe su bendición. Si la derecha está levantada bendiciendo, la izquierda baja a acariciar temblorosas y canas cabezas de ancianos, o inocentes cabecitas de niños. Recorre así, hacia arriba y hacia abajo, el vestíbulo, para bendecir a todos, incluso a los que entran mientras ya está bendiciendo y, todavía haraposos, se esconden con miedo y empacho en un rincón, hasta que los criados, con modos corteses, los llevan a otro sitio para ser lavados y vestidos con ropa limpia, como los que han llegado antes que ellos.

370.3 [3]Pasa una joven viuda con su nidada de niños... ¡Qué miseria! El más pequeño, completamente desnudo, envuelto en el velo desgarrado de su madre... los más grandecitos sólo con lo indispensable para salvar la decencia; sólo el mayor, un jovencito flaquísimo, lleva un vestido que puede llamarse tal, pero como contrapartida va descalzo.

Jesús observa esto, llama a la mujer y dice: «¿De dónde vienes?».

«De la llanura de Sarón, Señor. Leví ya me ha llegado a la mayoría de edad... He tenido que acompañarle al Templo... yo... porque ya no tiene padre» y la mujer llora quedo, ese llanto mudo de quien ha llorado *demasiado*.

«¿Cuándo se te ha muerto tu marido?».

«Ha hecho un año en Sebat. Hacía dos lunas que estaba encinta...» y traga los sollozos para no causar turbación, curvándose toda hacia el pequeñuelo.

«¿El niño tiene entonces ocho meses?».

«Sí, Señor».

«¿Qué hacía tu marido?».

La mujer susurra tan bajo, que Jesús no entiende. Se inclina para oír, diciendo: «Repite sin temor».

«Mi marido trabajaba como herrador en una forja... Pero se enfermó mucho... porque tenía heridas que supuraban». Y termina en voz bajísima: «Era un soldado de Roma».

«Pero ¿tú eres de Israel?».

«Sí, Señor. No me arrojes de tu presencia como impura, como hicieron mis hermanos cuando fui a implorar piedad después de la muerte de Cornelio...».

«¡No tengas esos miedos! ¿Qué haces ahora como trabajo?».

«Soy criada, si me aceptan; espigadora, batanera, bato el cáñamo... hago de todo... para el pan de éstos. Leví ahora va a ponerse a trabajar en el campo... si le aceptan, porque... es bastardo de raza».

«¡Confía en el Señor!».

«Si no hubiera confiado, me habría matado con todos ellos, Señor».

«Ve, mujer. Nos veremos aún» y la saluda.

[4]Juana, entretanto, se ha acercado y está arrodillada, a la espera 370.4
de que el Maestro la vea. Él, efectivamente, se vuelve y la ve.

«Paz a ti, Juana. Me has obedecido a la perfección».

«Obedecerte es mi alegría. Pero no he sido la única que te ha procurado "la corte" como Tú querías. Cusa me ha ayudado en *todos* los modos, y Marta y María también. Y Elisa. Quién mandando a los criados por lo necesario y a ayudar a los criados míos a reunir a los invitados, quién ayudando a las siervas y a los siervos de los baños a limpiar a los "bienamados", como Tú los llamas. Ahora, con tu permiso, voy a dar a todos un poco de comida, para que no desfallezcan mientras esperan las viandas».

«Sí, sí, como quieras. ¿Dónde están las discípulas?».

«En la terraza superior, donde he dispuesto que se preparen las mesas. ¿He pensado bien?».

«Sí, Juana. Arriba estarán tranquilos, y también nosotros».

«Sí, yo también he pensado lo mismo. Y es que, además, en ninguna sala habría podido preparar para tantos... Y no quería hacer separaciones para no crear celos y dolor. ¡Las personas desagracia-

das tienen una sensibilidad, es más, una dolorabilidad, tan aguda!... Son todo una llaga, y basta una mirada para hacerlos sufrir».

«Sí, Juana. Tienes alma compasiva y comprendes. Que Dios te
370.5 recompense tu piedad. [5]¿Hay muchas discípulas?».

«¡Todas las que están en Jerusalén!... Pero... Señor... yo quizás he pecado... Querría decirte una cosa en secreto».

«Llévame a un lugar solitario».

Van los dos solos a una habitación. Por los juguetes que hay diseminados por todas partes, se intuye que es lugar de juegos de María y Matías.

«¿Entonces, Juana?».

«Mi Señor, sin duda he sido imprudente... Pero el gesto me ha venido tan espontáneo, tan impetuoso... Cusa me ha regañado. Pero la verdad es que ya... Ha venido al Templo un esclavo de Plautina con una tablilla. Ella y sus compañeras preguntaban si era posible verte. He respondido: "Sí, por la tarde en mi casa". Y vendrán... ¿He hecho mal? ¡No por ti!... Por los demás, por los que son *enteramente* Israel... y no amor como Tú. Si he faltado, repararé como convenga... Pero es que deseo tanto que el mundo, *el mundo entero*, te ame, que... que no me he parado a pensar que en el mundo sólo Tú eres Perfección y demasiados pocos tratan de parecerse a ti».

«Has hecho bien. Hoy os predico a todos vosotros con las obras. Y en el futuro una de las cosas que habrán de hacer los que crean en mí será el que entre los creyentes en Jesús Salvador haya gentiles. ¿Dónde están los niños?».

«Por todas partes, Señor» sonríe Juana, ya tranquilizada, y termina: «La fiesta los exalta y corren de un lado para otro como pajarillos felices».

Jesús la deja. Vuelve al vestíbulo, hace un gesto a los hombres que estaban con Él y se encamina hacia el jardín para luego subir a la amplia terraza.

370.6 [6]Una alegre laboriosidad llena la casa desde los subterráneos hasta el tejado. Unos van, otros vienen, con comida o enseres, con fajos de vestidos, con asientos; otros acompañan a invitados o responden a quien pregunta. Todos con alegría y amor. Jonatán, solemne en su función de administrador, incansable, dirige, vigila, aconseja.

La anciana Ester, feliz de ver a Juana tan animada y lozana, ríe en medio de un círculo de niños pobres, y les distribuye unos bollos mientras relata cosas maravillosas. Jesús se detiene un momento a escuchar la conclusión espléndida de uno de estos relatos: «Dios concedió a la buena Alba de mayo, que nunca se rebelaba contra el Señor por motivo de los dolores que habían sobrevenido a su casa, mu-

chas ayudas, por las que en Alba de mayo pudieron hallar salvación y bien sus hermanitos. Los ángeles llenaban la pequeña masera, terminaban el trabajo en el telar para ayudar a la niña buena, diciendo: "Es nuestra hermana porque ama al Señor y a su prójimo. Tenemos que ayudarla"».

«¡Que Dios te bendiga, Ester! ¡Casi que me paro Yo también a escuchar tus parábolas! ¿Me aceptas?» dice Jesús sonriendo.

«¡Oh, mi Señor! ¡Soy yo quien debe escucharte a ti! ¡Pero para los pequeñuelos basto yo, que soy una pobre vieja ignorante!».

«Tu alma justa es útil también para los adultos. Sigue, sigue, Ester...» y le sonríe mientras se marcha.

[7]Ya están diseminados por el vasto jardín los invitados y consu- 370.7
men su primer bocado mirando a su alrededor y mirándose recíprocamente con asombro. Hablan, se intercambian comentarios sobre esta inesperada suerte. Pero, cuando ven pasar a Jesús, se ponen en pie si pueden hacerlo y se inclinan adorando.

«Comed, comed. Sentíos con libertad y bendecid al Señor» dice Jesús al pasar, yendo hacia las dependencias de los jardineros, desde las cuales empieza la escalera que por una ventilada rampa conduce a la amplia terraza.

[8]«¡Rabbuní mío!» grita la Magdalena, saliendo rauda de una ha- 370.8
bitación, con los brazos cargados de pañales y camisolas para los párvulos. Y su voz aterciopelada de órgano de oro llena el pasaje umbrío, bajo el cual hay festones de rosas.

«María, Dios esté contigo. ¿A dónde vas tan deprisa?».

«¡Tengo a diez bebés que vestir! Los he lavado y ahora voy a vestirlos, y luego te los traeré, frescos como flores. Voy corriendo, Maestro, porque... ¿no los oyes? parecen diez corderitos que balan...» y se marcha corriendo y sonriente, espléndida y serena, con su sencilla y señorial túnica de blanco lino, ceñida a la cintura con un cinturón delgado de plata, y los cabellos recogidos en un moño simple sobre la nuca, sujetos con una cinta blanca anudada a la frente.

«¡Qué distinta de la que estaba en el Monte de las Bienaventuranzas!» exclama Simón Zelote.

[9]En la primera rampa de las escaleras se cruzan con la hija de 370.9
Jairo y Analía, que bajan tan veloces que parecen volar.

«¡Maestro!», «¡Señor!» exclaman.

«Dios esté con vosotros. ¿A dónde vais?».

«Por unos manteles. Nos ha mandado la criada de Juana. ¿Vas a hablar, Maestro?».

«¡Por supuesto!».

«¡Entonces corre, Miriam! ¡Vamos a darnos prisa!» dice Analía.

«Tenéis todo el tiempo que queráis para hacer eso que tenéis que hacer. Espero a otras personas. Pero, ¿desde cuándo, niña, te llamas Miriam?» dice mirando a la hija de Jairo.

«Desde hoy. Desde ahora. Me ha puesto este nombre tu Madre. Porque... ¿verdad, Analía? Hoy es un gran día para cuatro vírgenes...».

«¡Oh, sí! ¿Se lo decimos al Señor, o dejamos que sea María la que lo diga?».

«María, María. Ve, ve, Señor, Tu Madre te hablará» y se marchan ágiles, apenas en la flor de su juventud, humanas en sus hermosas formas, angélicas en sus miradas radiantes...

370.10 [10]Están en la tercera rampa cuando se cruzan con Elisa de Betsur, que baja sosegadamente junto con la mujer de Felipe.

«¡Ah, Señor!» grita esta última. «¡A unos quitas y a otros das!... ¡De todas formas, bendito seas!».

«¿De qué hablas, mujer?».

«Ahora lo sabrás... ¡Qué dolor y qué gloria, Señor! Me mutilas y me coronas».

Felipe, que está al lado de Jesús, dice: «¿Qué dices? ¿De qué hablas? Eres mi mujer, y lo que a ti te pasa me toca también a mí...».

«Lo sabrás, Felipe. Ve, ve con el Maestro».

Jesús, entretanto, le está preguntando a Elisa si está bien curada. Y la mujer, a la cual el gran dolor de los tiempos pasados ha dado una majestad de reina doliente, dice: «Sí, mi Señor. Pues sufrir con la paz en el corazón no es congoja. Y yo ahora tengo la paz en mi corazón».

«Y pronto tendrás más todavía».

«¿Qué, Señor?».

«Ve y vuelve, y lo sabrás».

370.11 [11]«¡Está Jesús! ¡Está Jesús!». Es el trino de dos niños, que tienen su carita apoyada en la baranda de arabescos que limita la terraza por los dos lados que miran al jardín; y de la baranda penden ramas florecidas de rosas y jazmines (porque la terraza — sobre la cual, en esta hora de sol, está extendido un toldo multicolor — es un vasto jardín pénsil).

Todas las personas que en la terraza se mueven de un lado para otro en preparativos se vuelven al oír el grito de María y Matías, y, dejando a medias lo que estaban haciendo, van hacia Jesús, en cuyas rodillas ya están enroscados los dos niños.

Jesús saluda a las numerosas mujeres que se aglomeran. Mezcladas con las que son discípulas en el verdadero sentido de la palabra, o con las esposas, hijas o hermanas de apóstoles y discípulos, están otras menos conocidas, menos íntimas, como la mujer del primo Simón, las madres de los asnerizos de Nazaret, la madre de Abel de

Belén de Galilea, Ana de Judas (casa junto al lago Merón), María de Simón, madre de Judas de Keriot, Noemí de Éfeso, Sara y Marcela de Betania (Sara es la mujer a la que curó Jesús en el Monte de las Bienaventuranzas y envió a casa de Lázaro con el anciano Ismael; ahora parece doméstica de María de Lázaro), luego la madre de Yaia, la madre de Felipe de Arbela, Dorca (la joven madre de Cesarea de Filipo) y su suegra, la madre de Analía, María de Bosrá (la curada de lepra que ha venido con su marido a Jerusalén), y otras, y otras... no nuevas para la vista, pero a las que la mente no sabe mencionar con nombre propio.

Jesús se adentra en la vasta terraza rectangular que por un lado mira al Sixto, y va a colocarse al lado de la habitación en que termina la escalera interior — creo — y que asemeja a un hexaedro bajo puesto en el ángulo septentrional de la terraza. Jerusalén se muestra toda, y sus cercanías con ella: una vista estupenda. Todas las discípulas, o mejor: todas las mujeres, dejan de ocuparse de las mesas para juntarse alrededor de Él. Los criados prosiguen sus trabajos.

[12]María está al lado de su Hijo. Bajo la luz dorada que se filtra a través del gran toldo extendido sobre buena parte de la terraza, y que se hace luz delicadamente esmeraldina en los lugares en que, para llegar a las caras, debe filtrarse a través de un enredo de jazmines y rosales dispuestos como pérgola, Ella parece todavía más joven y esbelta: una hermana de las más jóvenes discípulas, apenas un poco mayor, y hermosa, hermosa como la más espléndida de las rosas florecidas en el jardín pénsil, en los vastos macetones que lo rodean para contener rosas, jazmines, muguetes, lirios y otras plantas finas. 370.12

«Madre, mi mujer ha dicho una serie de cosas que... ¿Qué ha pasado para que mi mujer se pueda considerar mutilada y coronada al mismo tiempo?» pregunta Felipe, que se consume en el deseo de saber.

María sonríe dulcemente mientras le mira y — Ella que es tan poco dada a confidencias — le toma la mano y le dice: «¿Serías capaz de dar a mi Jesús lo que más amas? La verdad es que deberías... porque Él te da a ti el Cielo y el camino para ir».

«Por supuesto, Madre, que sabría... especialmente si lo que le diera tuviera el poder de hacerle feliz».

«Lo tiene. Felipe, también tu otra hija se consagra al Señor. Nos lo ha dicho hace poco a mí y a su madre, en presencia de muchas discípulas...».

«¡¿Tú?! ¡¿Tú?!» pregunta Felipe turbado, señalando con el índice a la gentil muchacha, que se arrima a María casi buscando protec-

ción. El apóstol encaja con dificultad este segundo golpe, que le priva para siempre de la esperanza de unos nietos. Se seca el sudor repentino que le ha producido la noticia... vuelve su mirada hacia las caras que tiene alrededor. Lucha... Sufre.

La hija gime: «Padre... tu perdón... y tu bendición...» y cae a sus pies.

Felipe le acaricia mecánicamente los cabellos castaños, despeja su garganta del nudo que la comprime, y, en fin, habla: «Se perdona a los hijos que pecan... Tú no pecas consagrándote al Maestro... y... y... y tu pobre padre sólo puede decirte... decirte: "¡Bendita seas!" ... ¡Ah! ¡Hija! ¡Hija mía!... ¡Cuán suave y tremenda es la voluntad de Dios!» y se inclina, la levanta, la abraza, la besa en la frente y en el pelo, llorando... Y luego, teniéndola todavía entre sus brazos, va hacia Jesús y le dice: «Mira, yo la he engendrado, pero Tú eres su Dios... Tu derecho es mayor que el mío... Gracias... gracias, Señor, por la... por la alegría que...» no puede continuar. Cae de rodillas a los pies de Jesús y se agacha para besarle los pies gimiendo: «¡Nunca más, nunca más tendré nietos!... ¡Mi sueño!... ¡La sonrisa de mi ancianidad!... Perdona este llanto, Señor... Soy un pobre hombre...».

«Levántate, amigo mío. Y alégrate de ofrecer las primicias a los
370.13 jardines angélicos. [13]Ven. Ven aquí, entre mí y mi Madre. Oigamos de Ella cómo ha sucedido la cosa, porque te aseguro que por mi parte no tengo ni culpa ni mérito».

María explica: «Poco sé yo también. Estábamos hablando las mujeres entre nosotras y, como sucede a menudo, me preguntaban acerca de mi voto virginal, y también sobre cómo serán las vírgenes del futuro, y sobre qué oficios y glorias preveía para ellas. Yo respondía como sé... Para el futuro preveía para ellas vida de oración, de consuelo de los sufrimientos que el mundo dará a mi Jesús. Decía: "Serán las vírgenes las que sostendrán a los apóstoles, las que lavarán este mundo ensuciado, y lo vestirán con su pureza y con ella lo perfumarán; serán los ángeles que cantarán las alabanzas para cubrir las blasfemias. Y Jesús se sentirá feliz, y otorgará gracias al mundo, y misericordia a estas corderas diseminadas en medio de lobos..." y otras cosas decía. Ha sido entonces cuando la hija de Jairo me ha dicho: "Dame un nombre, Madre, para mi futuro de virgen, porque no puedo conceder el que un hombre goce el cuerpo que fue reanimado por Jesús. Sólo de Él es este cuerpo mío, hasta que no sea la carne del sepulcro y el alma del Cielo"; y Analía dijo: "Yo también he sentido que debo hacer lo mismo. Y hoy estoy más alegre que las golondrinas, porque se han roto todas las ataduras". Y ha sido también entonces cuando tu hija, Felipe, ha dicho: "Yo también seré como voso-

tras. ¡Virgen para toda la eternidad!". Su madre se acercó entonces y le hizo considerar que así no se podía tomar una decisión tan importante. Pero ella no cambió de parecer. Y a quien le preguntaba si era un pensamiento ya viejo decía "no", y a quien le preguntaba cómo le había venido decía: "No lo sé. Como una flecha de luz, me ha abierto en dos el corazón y he comprendido con qué amor amo a Jesús"».

La mujer de Felipe dice a su marido: «¿Has oído?».

«Sí, mujer, la carne gime... y debería cantar, porque es su glorificación. Nuestra carne pesada ha engendrado a dos ángeles. No llores, mujer. Tú has dicho antes que Él te ha coronado... Una reina no llora cuando recibe la corona...».

Pero llora también Felipe, [14]y otros muchos lloran, hombres y mu- 370.14
jeres, ahora que todos están recogidos aquí arriba. María de Simón llora a lágrima viva en un rincón... María de Magdala llora en otro, manoseando el lino de su túnica y arrancando mecánicamente los hilos del ribete que la adorna. Anastática llora mientras trata de esconder con la mano su cara llorosa.

«¿Por qué lloráis?» pregunta Jesús.

Ninguno responde.

Jesús llama a Anastática y le pregunta de nuevo, y ella: «Porque, Señor, por un goce nauseabundo de una sola noche he perdido el ser una virgen tuya».

«*Todos los estados son buenos, si en ellos se sirve al Señor*. En la Iglesia futura harán falta vírgenes y matronas. Todas útiles para el triunfo del Reino de Dios en el mundo y para el trabajo de los hermanos sacerdotes. [15]Elisa de Betsur, ven aquí. Consuela a esta casi 370.15
niña...». Y pone con sus propias manos a Anastática entre los brazos de Elisa.

Las observa mientras Elisa la acaricia y la otra se abandona en esos brazos de madre, y luego pregunta: «Elisa, ¿conoces su historia?».

«Sí, Señor. Y me da mucha pena de esta pobre paloma sin nido».

«Elisa, ¿amas a esta hermana?».

«¿Amarla? Mucho. Pero no como hermana. Ella podría ser hija mía. Y ahora que la tengo entre mis brazos me parece volver a ser la madre feliz del tiempo pasado. ¿A quién vas a confiar esta dulce gacela?».

«A ti, Elisa».

«¿A mí?». La mujer desata el círculo de sus brazos para mirar, incrédula, al Señor...

«A ti. ¿No la quieres?».

«¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Señor!»... Elisa, de rodillas, se arrastra

hasta Jesús, y no sabe, no sabe qué decir, ni cómo, ni qué hacer, para expresar su alegría.

«Levántate. Sé para ella una madre santa, y que ella sea para ti
370.16 una hija santa, y caminad las dos por el camino del Señor. [16]María de Lázaro, ¿por qué lloras, tú que estabas hace poco tan alegre? ¿Dónde están esas diez flores que me querías traer?...».

«Duermen satisfechos en la limpieza, Maestro... Y yo lloro porque ya jamás tendré esa limpieza de las vírgenes, y mi alma siempre llorará, nunca satisfecha, porque... porque pequé...».

«Mi perdón y tu llanto te hacen más limpia que esas flores. Ven aquí. No llores más. Deja el llanto para quien tenga algo de qué avergonzarse. ¡Ánimo! Ve por tus flores; id también vosotras, esposas y vírgenes. Id a decir a los invitados de Dios que suban. Hay que despedirlos antes de que cierren las Puertas, porque muchos de ellos viven diseminados por los campos».

Obedecen. En la terraza se quedan solamente: Jesús, donde estaba, acariciando a María y a Matías; Elisa y Anastática, que, un poco más allá están cogidas de la mano, mirándose a los ojos, con una sonrisa embebida en un llanto dichoso; María de Simón, hacia la cual se inclina piadosamente María Stma.; y Juana, que está en la puerta de la habitación y mira titubeante, un poco hacia dentro un poco hacia fuera (hacia Jesús). Los apóstoles y discípulos han bajado, junto con las mujeres, para ayudar a los criados a traer a los tullidos, ciegos, cojos, lisiados, ancianos, por la larga escalera.

370.17 [17]Jesús, que tenía inclinada su cabeza hacia los dos niños, la alza y ve a María que está atendiendo a la madre de Judas. Se levanta y se acerca a ellas. Pone la mano encima de la cabeza entrecana de María de Simón: «¿Por qué lloras, mujer?».

«¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! ¡Yo he dado a luz a un demonio! ¡Ninguna otra madre de Israel me igualará en el dolor!».

«María, otra madre, y también por ese motivo tuyo, me ha dicho y dice estas palabras. ¡Pobres madres!...».

«¡Mi Señor! ¿Entonces hay otro que sea como mi Judas, pérfido y desalmado contigo? ¡No puede ser! Él, que te tiene a ti, se ha dado a prácticas inmundas; él, que respira tu aliento, es un lujurioso y un ladrón, y quizás se hará homicida. ¡Mentira es su pensamiento, fiebre su vida! ¡Haz que muera, Señor! ¡Por piedad, haz que muera!».

«María, tu corazón te le hace ver peor de lo que es; el miedo te enajena. Cálmate y razona. ¿Qué pruebas tienes de su actuación?».

«Respecto a ti, nada. Pero es un alud que está descendiendo. Le he sorprendido y no ha podido ocultar las pruebas de... Ahí está... ¡Calla, por piedad! Me mira. Sospecha. Es mi dolor. ¡No hay ninguna

madre más desdichada que yo en Israel!...».

María susurra: «Yo... Porque a mi dolor uno el de todas las madres infelices... Porque la causa de mi dolor es el odio no de uno sino de todo un mundo».

[18]Jesús va donde Juana, que ha solicitado su presencia. Entretanto, Judas viene donde su madre, a la que María sigue consolando. Y la regaña: «¿Ya has podido manifestar tus delirios? ¿Calumniarme? ¿Estás contenta ya?». 370.18

«¡Judas! ¿Hablas así a tu madre?» pregunta, severa, María. Es la primera vez que la veo así...

«Sí, porque estoy cansado de su persecución».

«¡Hijo mío, no es una persecución! Es amor. Dices que estoy enferma. Pero el enfermo eres tú. Dices que te calumnio y que escucho a tus enemigos. Pero tú te haces daño a ti mismo y sigues a personas nefastas que te arrastrarán tras sí, y cultivas su compañia. Porque eres débil, hijo mío, y ellos se han dado cuenta... Escucha a tu madre. Escucha a Ananías, anciano y sabio. ¡Judas! ¡Judas! ¡Piedad de ti, de mí! ¡¡¡Judas!!! ¡¿A dónde vas, Judas?!».

Judas, que está cruzando casi corriendo la terraza, se vuelve y grita: «A donde soy útil y venerado» y baja atropelladamente la escalera, mientras la infeliz madre, asomándose al antepecho, le grita: «¡No vayas! ¡No vayas! ¡Quieren tu ruina! ¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo mío!...».

Judas ha llegado abajo, y los árboles le ocultan a la vista de su madre. Se le vuelve a ver un momento en un espacio vacío antes de entrar en el vestíbulo.

«Va... La soberbia le devora» gime su madre.

«Vamos a orar por él, María. Las dos juntas...» dice la Virgen teniendo cogida de la mano a la triste madre del futuro deicida.

[19]Mientras tanto, empiezan a subir los invitados... y Jesús habla con Juana. «De acuerdo. Que vengan. Sí. Mucho mejor si se han puesto vestidos hebreos, para no chocar con el prejuicio de muchos. Las espero aquí. Ve a llamarlas» y, apoyado a la jamba, observa el aflujo de los invitados, guiados con amorosidad a las mesas por discípulos y discípulas según un orden ya establecido. En el centro está la mesa baja de los niños; luego, a una parte y a otra, todas las otras mesas, paralelas. 370.19

Y, mientras ciegos, cojos, lisiados, tullidos, ancianos, viudas y mendigos, imprimidas en sus rostros sus historias de dolores, se colocan, he aquí que traen — delicados como cestos de flores — unos cestos transformados en cunas, e incluso unas pequeñas arquetas, donde duermen satisfechos, colocados encima de almohadones, los lactantes tomados de sus madres mendigas. Y María de Magdala, ya

tranquila, se acerca a Jesús presurosa y dice: «Han llegado las flores. Ven a bendecirlas, Señor».

Pero contemporáneamente aparece Juana por la escalera interior y dice: «Maestro, están aquí las discípulas paganas». Son siete mujeres, que vienen con vestidos obscuros y humildes semejantes a los de las hebreas. Todas traen los rostros velados y vienen cubiertas hasta los pies con un manto. Dos son altas y de aspecto majestuoso; las otras, de media estatura. Pero cuando, habiendo venerado antes al Maestro, se quitan el manto, es fácil reconocer a Plautina, a Lidia, a Valeria, a la liberta Flavia (la que escribió las palabras de Jesús en el jardín de Lázaro). Y otras tres desconocidas: una que, a pesar de tener mirada acostumbrada a mandar, se arrodilla y le dice al Señor: «Y que conmigo se postre Roma a tus pies»; otra es una venusta matrona de unos cincuenta años; en fin, una jovencita grácil y serena como una flor del campo.

María de Magdala reconoce a las romanas, a pesar de sus vestidos hebreos, y susurra: «¡¡¡Claudia!!!», con los ojos como platos.

«Yo. ¡Basta ya de oír por palabras ajenas! La Verdad y la Sabiduría deben ser recogidas directamente de la fuente».

«¿Crees que nos reconocerán?» pregunta Valeria a María de Magdala.

«Si no os descubrís nombrándoos, creo que no. Además, os voy a poner en un sitio seguro».

«No, María. A las mesas, a servir a los mendigos. Ninguno podrá pensar que las patricias sean siervas de los pobres, de los ínfimos del mundo hebraico» dice Jesús.

«Bien sentencias, Maestro. Porque la soberbia es innata en nosotros».

«Y la humildad es el signo más claro de mi doctrina. Quien me quiera seguir debe amar la Verdad, la Pureza y la Humildad, debe tener caridad con todos y heroísmo para desafiar la opinión de los hombres y las presiones de los tiranos. Vamos».

«Perdona, Rabí. Esta jovencita es una esclava hija de esclavos. La he rescatado porque es de origen israelita y Plautina la tiene consigo. Pero yo te la ofrezco, porque pienso que es lo correcto. Su nombre es Egla. Te pertenece».

«María, acógela. Luego veremos cómo... Gracias, mujer».

370.20 [20]Jesús va a la terraza a bendecir a los niños. Las damas despiertan mucha curiosidad, pero vestidas y peinadas así a la hebrea, con túnicas casi pobres, no levantan sospechas. Jesús va al centro de la terraza, junto a la mesa de los niños, y ora, ofreciendo por todos el alimento al Señor, bendice y da la orden de empezar la comida.

Apóstoles, discípulos, discípulas, damas, son los siervos de los pobres, y Jesús da ejemplo remangándose las amplias mangas de la túnica roja y ocupándose de "sus" niños, ayudado por Miriam de Jairo y por Juan. Las bocas de muchos desnutridos trabajan egregiamente, mas todos los ojos se centran en el Señor. Cae la tarde y se recoge el toldo; contemporáneamente, los criados traen lámparas que todavía son superfluas.

Jesús circula entre las mesas. No deja a ninguno sin el consuelo de unas palabras o de una ayuda. Así, pasa varias veces casi rozando a las regias Claudia y Plautina, que, humildes, cortan el pan o acercan el vino a los labios de los ciegos, paralíticos y mancos; sonríe a sus vírgenes, que se ocupan de las mujeres; a las madres discípulas llenas de piedad para con estos pobrecillos; a María de Magdala, dedicada solícitamente a una mesa de personas muy ancianas, la mesa más triste de todas, llena de toses, de temblores, de mandíbulas desdentadas que mascujan y de bocas que babean; y ayuda a Mateo que da unos zarandeos a un niñito al que se le ha atravesado una miga de torta que estaba chupando y mordiendo con sus dientecitos nuevos; felicita a Cusa, quien, llegado al principio de la comida, está trinchando las carnes y sirviendo como un criado experto.

La comida termina. En las caras con color, en los ojos ahora más alegres, se manifiesta la satisfacción de estos pobrecillos.

[21]Jesús se inclina hacia un anciano tembloroso y dice: «¿En qué piensas, padre, que sonríes?». 370.21

«Pienso que no es un sueño. No, no lo es. Hasta hace poco creía dormir y estar soñando. Pero ahora siento que realmente es verdad. ¿Pero quién te hace tan bueno, que haces tan buenos a tus discípulos? ¡Viva Jesús!» grita para terminar.

Y todas las voces de estos desdichados — y son centenares — gritan: «¡Viva Jesús!».

Jesús va de nuevo al centro y abre los brazos haciendo señal de que guarden silencio y estén quietos, y empieza a hablar, sentado con un niñito encima de sus rodillas.

«Viva, sí, viva Jesús. No porque Yo sea Jesús, sino porque Jesús quiere decir el amor de Dios hecho carne y venido aquí abajo, en medio de los hombres, para que le conozcan y para dar a conocer el amor, que será el signo de la nueva era. Viva Jesús porque Jesús * quiere decir "Salvador". Y Yo os salvo. A todos: ricos y pobres, niños

* *Y Yo os salvo. A todos: ...Con tal de que vosotros queráis darme la voluntad de ser salvados.* Este concepto, que aparece repetidamente en la Obra, y que volveremos a encontrar en 520.5, sirve para justificar ciertas expresiones de impotencia por parte de Jesús, comenzando por la que encontramos en 95.6, hasta la más reciente, de 368.12, y otras

y ancianos, israelitas y paganos. A todos. Con tal de que vosotros queráis darme la voluntad de ser salvados. Jesús es para todos, no es para éste o para aquél, es de todos; de todos los hombres y para todos los hombres. Para todos soy el Amor misericordioso y la Salvación segura. ¿Qué es necesario hacer para ser de Jesús, y, por tanto, para ser salvados? Pocas cosas, pero *grandes*. No grandes porque sean cosas difíciles como las que hacen los reyes, sino grandes porque exigen que el hombre se renueve para llevarlas a cabo y para ser de Jesús. Por tanto, amor, humildad, fe, resignación, compasión. Esto es. Vosotros, que sois discípulos, ¿qué habéis hecho hoy de grande? Diréis: "Nada. Hemos servido una comida". No. Habéis servido el amor. Os habéis humillado. Habéis tratado como hermanos a desconocidos de todas las razas, sin preguntar quiénes son, si están sanos, si son buenos. Y lo habéis hecho en nombre del Señor. Quizás esperabais de mí grandes palabras, para vuestra instrucción. He querido que hicierais grandes hechos. Hemos empezado el día con la oración, hemos socorrido a leprosos y mendigos, hemos adorado al Altísimo en su Casa, hemos comenzado los ágapes fraternos y el cuidado de peregrinos y pobres, hemos servido porque servir por amor es asemejarse a mí, que soy Siervo de los siervos de Dios, Siervo hasta el anonadamiento de la muerte para daros salvación...».

370.22 [22]Un fuerte rumor de voces y pasos interrumpe a Jesús. Un grupo exaltado de israelitas está subiendo apresuradamente las escaleras. Las romanas más conocidas, o sea, Plautina, Claudia, Valeria y Lidia, buscan un lugar retirado y se echan el velo. El grupo perturbador irrumpe en la terraza como si buscaran... ¡qué sé yo que cosa!

Cusa, ofendido, se pone delante de ellos y pregunta: «¿Qué queréis?».

«Nada que se refiera a ti. Buscamos a Jesús de Nazaret, no a ti».

«Aquí estoy. ¿No me veis?» pregunta Jesús dejando en el suelo al niño e irguiéndose majestuoso.

«¿Qué haces aquí?».

«Ya lo veis. Hago lo que enseño, y enseño lo que se debe hacer: el amor a los pobres. ¿Qué os habían dicho?».

«Se han oído gritos de sedición. Y, dado que donde Tú estás hay sedición, hemos venido a ver».

«Donde Yo estoy hay paz. El grito era: "Viva Jesús"».

«Precisamente eso. Se ha pensado, tanto en el Templo como en el palacio de Herodes, que aquí hubiera una conjura contra...».

---

más profundizadas que veremos en 503.4/7. Incluso cuando no está cuestionada la *salvación* (como en 455.9, últimos renglones), Jesús puede no ejercitar la propia omnipotencia divina si falta la adhesión de la libre voluntad del hombre.

«¿Quién? ¿Contra quién? ¿Quién es rey en Israel? No es el Templo, ni Herodes. Domina Roma. Y quien piense en proclamarse rey donde Roma impera es un loco».

«Tú dices que eres rey».

«Soy Rey. Pero no de este reino. ¡Demasiado mísero para mí! Demasiado mísero es también el imperio. Soy Rey del Reino santo de los Cielos, del Reino del Amor y del Espíritu. Idos en paz, o quedaos, si queréis, y aprended cómo se entra en este Reino mío. Éstos son mis súbditos: los pobres, los infelices, los oprimidos; y también los buenos, los humildes, los caritativos. Quedaos, uníos a ellos».

«Pero siempre estás en banquetes en casas lujosas, entre mujeres guapas y...».

«¡Basta! No se provoca ni se ofende al Rabí en mi casa. ¡Salid!» grita Cusa con voz de trueno.

[23]Pero en esto, de la escalera interna, sale al improviso a la terraza una figurita esbelta de joven velada. Corre ligera, como una mariposa, hasta Jesús, y arroja velo y manto; cae a sus pies y trata de besárselos. 370.23

«¡Salomé!» grita Cusa, y con él otros.

Jesús se ha retirado tan violentamente, para huir del contacto, que su asiento se vuelca y Él aprovecha para ponerlo entre sí y Salomé como separación. Sus ojos están fosforescentes, son terribles: tanto que dan miedo.

Salomé, frívola y descarada, zalamera al máximo, dice: «Sí, yo. La aclamación ha llegado al Palacio. Herodes envía una embajada para decirte que desea verte. Pero la he precedido. Ven conmigo, Señor. ¡Yo te amo mucho y te deseo mucho! Yo también soy carne de Israel».

«Márchate a tu casa».

«La Corte te espera para tributarte honor».

«Mi Corte es ésta. No conozco otra Corte, ni otros honores» y con la mano señala a los pobres que están sentados a las mesas.

«Te traigo presentes para ella. Aquí tienes mis joyas».

«No las quiero».

«¿Por qué las rechazas?».

«Porque son inmundas y se ofrecen con inmunda finalidad. ¡Vete!».

Salomé se levanta confundida. Mira de refilón al Terrible, al Purísimo que la fulmina con su brazo extendido y su mirada de fuego. Mira furtivamente a todos, y ve burla y náusea en las caras. Los fariseos están petrificados observando la fuerte escena. Las romanas se aventuran a acercarse para ver mejor.

Salomé intenta una última prueba: «Tratas incluso con los leprosos...» dice en tono sumiso y suplicante.

«Son personas enfermas. Tú eres una impúdica. ¡Vete!».

El último «¡vete!» es tan imperioso que Salomé recoge velo y manto, y, agachada, se arrastra hacia las escaleras.

«¡Ten cuidado, Señor!... Tiene poder... ¡Podría perjudicarte!» susurra Cusa en voz baja.

Pero Jesús responde con voz fortísima, para que todos puedan oír, sobre todo la expulsada. «No importa. Prefiero que me maten antes que aliarme con el vicio. Sudor de mujer lasciva y oro de meretriz son venenos de infierno. Las alianzas viles con los poderosos son pecado. Yo soy Verdad, Pureza y Redención. Y no cambio. Ve. Acompáñala...».

«Castigaré a los criados que la han dejado pasar».

«No castigarás a nadie. Sólo una debe ser castigada. Ella. Y ya lo es. Y que sepa, y sepáis vosotros, que conozco su pensamiento, y me repele. Que vuelva la serpiente a su guarida, que el Cordero vuelve asus jardines».

370.24 [24]Se sienta. Suda. Guarda silencio. Luego dice: «Juana, da a cada uno el óbolo, para que durante algunos días sea menos triste la vida... ¿Qué más debo hacer con vosotros, hijos del dolor? ¿Qué queréis, que os pueda dar? Leo en los corazones. ¡A los enfermos que saben creer, paz y salud!».

Un instante de pausa y luego un grito... y son muchísimos los que se alzan curados. Los judíos, que habían venido con ánimo de pillar a Jesús en renuncio, se marchan atónitos por el milagro y la pureza de Jesús, y desapercibidos en medio del delirio general de aclamaciones.

Jesús sonríe mientras besa a los niños. Luego despide a los invitados. Pero detiene un momento a las viudas y habla con Juana en favor de ellas. Juana toma nota y las invita para el día siguiente; luego se marchan también ellas. Los últimos en salir son los ancianos...

Se quedan los apóstoles, los discípulos, las discípulas y las romanas. Jesús dice: «Así es y debe ser la unión futura. No hay palabras. Que sean los hechos los que hablen con su evidencia a los espíritus y a las mentes. La paz sea con vosotros».

Se dirige hacia la escalera interior y desaparece seguido por Juana y luego por los demás.

370.25 [25]Al pie de la escalera se topa con Judas: «¡Maestro, no vayas a Getsemaní! Hay enemigos que te buscan allí. Y tú, madre, ¿qué dices ahora?, tú que me acusas. Si no hubiera ido, no me habría enterado

de la asechanza que tienden al Maestro. ¡A otra casa! ¡Vamos a otra casa!».

«A la nuestra, entonces. En casa de Lázaro sólo entran los que son amigos de Dios» dice María de Magdala.

«Sí. Los que ayer estaban en Getsemaní que vengan con las hermanas a la residencia de Lázaro. Mañana tomaremos una serie de medidas».

371. El jueves prepascual. Por la noche en el palacio de Lázaro.

27 de enero de 1946.

[1]¡Ciertamente no brillan por su heroísmo los que siguen a Jesús! 371.1
La noticia que ha traído Judas es semejante a la aparición de un gavilán en una era llena de pollitos; o de un lobo en el ribazo, cercano a un rebaño. Terror, o por lo menos agitación, se ven en, al menos, nueve décimos de los rostros presentes, y especialmente de los rostros masculinos. Yo creo que muchos tienen ya la impresión del filo de la espada o del azote contra la epidermis, y a decir poco piensan que tendrán que experimentar las mazmorras de las cárceles en espera de juicio. Las mujeres están menos agitadas. Más que agitadas, están preocupadas por los hijos o los maridos y aconsejan a unos o a otros que desaparezcan en pequeños grupos diseminándose por los campos.

María de Magdala arremete contra esta ola de miedo exagerado: «¡Cuántas gacelas hay en Israel! ¿No os da vergüenza temblar de ese modo? Os he dicho que en mi residencia estaréis más seguros que en una fortaleza. Así que venid. Os aseguro, y empeño mi palabra, que no os sucederá nada de nada. Si, además de los que ya ha designado Jesús, hay otros que piensan que estarán seguros en mi casa, que vengan. Hay camas o divanes para una centuria. ¡Vamos, decidid, en vez de acoquinaros! Lo único que ruego a Juana es que ordene a sus criados seguirnos con provisiones. Porque en nuestra casa no hay comida para tantos, y ya es de noche. Una buena comida es la mejor medicina para dar nuevas fuerzas a los pusilánimes». Y no sólo está majestuosa con su túnica blanca, sino que tiene también una buena dosis de ironía en sus espléndidos ojos mientras mira, desde su alta estatura, a este rebaño aterrorizado que se apiña en el vestíbulo de Juana.

«Me encargo en seguida. Podéis marcharos, que Jonatán os seguirá con los criados; y yo iré con él, os lo aseguro, tan sin miedo que

voy a llevar conmigo a los niños» dice Juana.

Se retira a dar las indicaciones oportunas, mientras los de vanguardia del aterrado ejército asoman cautos la cabeza por el portal, y, viendo que no hay nada temible, se aventuran a salir a la calle y a encaminarse seguidos por los otros.

El grupo virginal va en el centro, inmediatamente después de Jesús, que está en las primeras filas. Detrás... ¡oh, detrás de las vírgenes las mujeres, y luego los más... vacilantes en el coraje, cubiertas sus espaldas por María de Lázaro, que se ha unido a las romanas, decididas a no separarse de Jesús tan pronto! Pero luego María de Lázaro, rauda, va adelante a decir algo a su hermana, y las siete romanas se quedan con Sara y Marcela, que se mantienen también en la retaguardia por orden de María, quien intenta que pasen aún más desapercibidas las siete romanas.

En esto, llega, a paso rápido, Juana, trayendo de la mano a los niños; detrás de ella, Jonatán con los criados cargados de bolsas y cestas. Éstos se ponen en la cola de la pequeña multitud que, a decir verdad, pasa desapercibida de todos, porque en las calles pululan grupos dirigidos a las casas o a los campamentos, y la penumbra hace menos reconocibles las caras. Ahora María de Magdala, junto con Juana, Anastática y Elisa, va en primera fila, guiando hacia su residencia, por callejuelas secundarias, a sus huéspedes.

371.2 [2]Jonatán camina casi a la altura de las romanas, y les dirige la palabra como si fueran siervas de las discípulas más ricas. Aprovecha Claudia para decirle: «Hombre, te ruego que vayas a llamar al discípulo que ha traído la noticia. Dile que venga aquí. Pero dilo sin llamar la atención. ¡Ve!». El vestido es humilde, pero el modo es, involuntariamente, potente, como de persona habituada a mandar. Jonatán abre mucho sus ojos tratando de ver, a través del velo bajado, quién le habla así. Pero no logra ver sino el centelleo de dos ojos imperiosos. Debe intuir que no es una sierva la mujer que le habla, y antes de obedecer hace una reverencia.

Llega adonde Judas de Keriot, que va hablando animadamente con Esteban y Timoneo, y le tira de la túnica.

«¿Qué quieres?».

«Tengo que decirte una cosa».

«Dila».

«No. Ven atrás conmigo. Te requieren, creo que para una limosna...».

La disculpa es buena y es aceptada con tranquilidad por los compañeros de Judas y con entusiasmo por él, de forma que, ligero, se retrasa junto con Jonatán.

Ya está en la última fila. «Mujer, aquí tienes al hombre que querías» dice Jonatán a Claudia.

«Te quedo agradecida por este servicio» responde ella, que permanece velada. Y luego, dirigiéndose a Judas: «Ten a bien quedarte un momento a escucharme».

Judas, que oye un modo de hablar muy refinado y ve dos ojos espléndidos a través del velo sutil, y sintiéndose quizás próximo a una gran aventura, acepta sin poner dificultad.

[3]El grupo de las romanas se separa. Se quedan, con Claudia, 371.3
Plautina y Valeria; las otras siguen adelante. Claudia mira alrededor, ve que la callecita en que se han detenido está solitaria, y, con su bellísima mano, aparta el velo y descubre la cara.

Judas la reconoce y, pasado un momento de estupor, se inclina para saludar con una mezcla de gestos judíos y palabra romana: «¡Dómina!».

«Sí. Yo. Yérguete y escucha. Tú amas al Nazareno. Te preocupas por su bien. Eso es correcto. Es una persona virtuosa y se le debe defender. Nosotros le veneramos como *grande* y *justo*. Los judíos no le veneran. Le odian. Lo sé. Escucha y comprende bien, recuerda bien y aplica bien. Quiero protegerle. No como la lujuriosa de poco antes, sino con honestidad y virtud. Cuando tu amor y sagacidad te hagan comprender que se trama contra Él, ven o envía a alguien. Claudia tiene todo el poder sobre Poncio. Claudia obtendrá protección para el Justo. ¿Entiendes?».

«Perfectamente, dómina. Que nuestro Dios te proteja. Iré, si puedo, yo personalmente. Pero, ¿cómo puedo pasar a ti?».

«Pregunta siempre por Álbula Domitila. Es una segunda yo misma, y ninguno se sorprende si habla con los judíos, siendo ella la que se ocupa de mi prodigalidad. Te creerán un cliente. Quizás te humilla...».

«No, dómina. Servir al Maestro y obtener tu protección es un honor».

«Sí. Os pretegeré. Soy mujer. Pero soy de los Claudios. Tengo más poder que todos los grandes de Israel, porque detrás de mí está Roma. Entretanto, ten. Para los pobres del Cristo. Es nuestro óbolo. Pero... quisiera permanecer entre los discípulos esta noche. Procúrame este honor y Claudia te protegerá».

En una persona como el Iscariote, las palabras de la patricia obran prodigiosamente. ¡Sube al séptimo cielo!... Osa incluso preguntar: «¿Pero verdaderamente le vas a ayudar?».

«Sí. Su Reino merece ser fundado, porque es reino de virtud. Bienvenido sea en oposición a las ruines corrientes que cubren los

reinos actuales y me dan asco. Roma es grande, pero el Rabí es mucho más grande que Roma. Nosotros tenemos las águilas en nuestras enseñas y la soberbia sigla. Pero en las suyas estarán los Genios y su santo Nombre. Grandes serán, verdaderamente grandes, Roma y la Tierra, cuando pongan ese Nombre en sus enseñas y esté su signo en los lábaros y en los templos, en los arcos y columnas».

Judas está maravillado, soñante, extático. Sopesa en forma mecánica la pesada bolsa que le han dado, y dice con la cabeza "sí", "sí", "sí", a todo...

«Bien, ahora vamos a alcanzarlos. ¿Somos aliados, no es verdad? Aliados para proteger a tu Maestro y al Rey de los corazones honestos».

Se echa el velo y, ágil, va presurosa, casi corriendo a alcanzar al grupo que la ha adelantado, seguida por las otras y por Judas, que jadea, no tanto por el ritmo veloz, cuanto por lo que ha oído. La residencia de Lázaro está engullendo las últimas parejas de discípulos cuando llegan a ella. Entran rápidamente y el portón se cierra con fragor de cerrojos que el guardián echa.

371.4 [4]Una solitaria lámpara, que lleva la mujer del guardián, a duras penas da claridad al cuadrado vestíbulo, todo blanco, de la residencia de Lázaro. Se comprende que la casa no está habitada, a pesar de que esté bien guardada y mantenida en orden. María y Marta guían a los huéspedes a un vasto salón — reservado para banquetes, ciertamente — de fastuosas paredes cubiertas de preciosos tejidos que dejan ver sus arabescos a medida que van siendo encendidas las lámparas y puestas las luces encima de los aparadores, o de los baúles preciosos colocados junto a las paredes alrededor de la sala, o en las mesas arrimadas a un lado, listas para ser usadas, pero desde hace tiempo ineficientes. María ordena, en efecto, que las lleven al centro de la sala y las preparen con las cosas para la cena con los alimentos que los criados de Juana están ya extrayendo de las bolsas y cestas y poniendo encima de los aparadores.

Judas toma aparte a Pedro y le dice algo al oído.

Veo a Pedro que pone los ojos como platos y sacude una mano como si se hubiera quemado los dedos, mientras exclama: «¡Rayos y ciclones! ¿Pero qué dices?».

«Sí. Mira. ¡Y fíjate! ¡No tener ya miedo, no estar ya tan angustiados!».

«¡Es maravilloso! ¡Maravilloso! ¿Pero qué ha dicho? ¿Que nos protege? ¿Ha dicho eso? ¡Que Dios la bendiga! ¿Pero cuál es?».

«Aquella vestida de color tórtola silvestre, alta, esbelta. Nos está mirando...».

Pedro mira a la alta mujer de cara armónica y seria, de ojos dulces pero imperiosos.

«¿Y... cómo has conseguido hablar con ella? No has tenido...».

«No, no, en absoluto».

«¡Pues tú aborrecías todo contacto con ellos! Como yo, como todos...».

«Sí, pero lo he superado por amor al Maestro. Como también he superado el deseo de truncar las relaciones con mis antiguos compañeros del Templo... ¡Todo por el Maestro! Todos vosotros, y mi madre también, creéis que soy ambiguo. Tú, recientemente, me has echado en cara las amistades que tengo. Pero si no las mantuviera, no sin fuerte dolor, no sabría muchas cosas. No debemos ponernos vendas en los ojos y cera en los oídos por miedo a que el mundo entre en nosotros por los ojos y los oídos. Cuando uno está en una empresa como la nuestra, es necesario vigilar con ojos y oídos más que libres. Vigilar por Él, por su bien, por su misión, por la fundación de este reino bendito...».

Muchos de los apóstoles y algún discípulo se han acercado y están escuchando, asintiendo con la cabeza; porque, efectivamente, no se puede decir que Judas hable mal.

Pedro, honesto y humilde, lo reconoce y dice: «¡Tienes toda la razón! Perdona mis recriminaciones. Tú vales más que yo, eres hábil. Vamos a decírselo al Maestro, a su Madre, a la tuya. Estaba muy angustiada».

«Porque malas lenguas han murmurado... Pero por ahora calla. Después, más tarde. ¿Ves? Se están sentando a la mesa y el Maestro nos hace señales de que vayamos...».

[5]...La cena es rápida. Las romanas, sentadas en la mesa de las mujeres, entremezcladas con ellas, de forma que precisamente Claudia está entre Porfiria y Dorca, también comen en silencio lo que les ponen, y entre ellas y Juana y María de Magdala se intercambian misteriosas palabras hechas de sonrisas y guiños. Parecen escolaras en vacaciones. 371.5

Jesús, después de la cena, ordena que se forme un cuadrado de sillas y que tomen asiento para escucharle. Él se pone en el centro y empieza a hablar en medio de un cuadrado de rostros atentos, de los que sólo los inocentes ojos del hijito de Dorca, que duerme en el regazo de su madre, están cerrados, y están velándose de sueño los de María, que está sentada en las rodillas de Juana, y los de Matías, que se ha acurrucado encima de las rodillas de Jonatán.

«Discípulos y discípulas aquí reunidos en nombre del Señor, o atraídos por un deseo de Verdad, deseo que también viene de Dios,

que quiere luz y verdad en todos los corazones, escuchad.

Esta noche se nos concede estar todos juntos, y nos lo procura precisamente la maldad que nos quiere ver separados. Vosotros, de sentidos limitados, no sabéis cuán profunda y vasta es esta unión, verdadera aurora de las que habrán de venir, cuando el Maestro ya no esté entre vosotros físicamente sino con su espíritu. Entonces sabréis amar. Entonces sabréis practicar. Por ahora sois como niños todavía de pecho; entonces seréis como adultos que podréis comer todo tipo de alimentos sin que ello os perjudique; entonces sabréis, como Yo digo, decir: "Venid a mí todos vosotros, porque todos somos hermanos, y Él se ha inmolado por todos".

371.6 [6]¡Demasiados prejuicios en Israel!: cada uno un dardo que lesiona la caridad. Os hablo a vosotros, fieles, porque entre vosotros no hay traidores, ni personas llenas de prejuicios que separan, que se transforman en incomprensión, en obcecación, en odio hacia mí que os señalo los caminos del futuro. Yo no puedo hablar de otra forma. Y de ahora en adelante hablaré menos, porque veo que las palabras son inútiles o casi. Habéis oído palabras capaces de santificaros e instruiros de forma perfecta. Pero poco habéis avanzado, especialmente vosotros, hombres hermanos, porque os gusta la palabra pero no la ponéis por obra. De ahora en adelante, y con una medida cada vez más restringente, os haré realizar lo que tendréis que hacer una vez que el Maestro haya vuelto al Cielo del que viniera. Haré que presenciéis lo que es el Sacerdote futuro. Más que las palabras, observad mis hechos; repetidlos, aprendedlos, unidlos a la enseñanza. Entonces seréis discípulos perfectos.

¿Qué ha hecho hoy el Maestro? ¿Qué os ha hecho hacer y practicar hoy el Maestro? La caridad en sus múltiples formas. Caridad hacia Dios. No la caridad de oración, vocal, de rito solamente; sino la caridad activa que renueva en el Señor, que despoja del espíritu del mundo, de las herejías del paganismo, el cual no está sólo en los paganos, sino también en Israel con las mil costumbres que han desplazado a la verdadera Religión, santa, abierta, simple como todo lo que de Dios viene. No acciones buenas, o aparentemente buenas, para ser alabados por los hombres, sino acciones santas para merecer la alabanza de Dios.

Todo el que ha nacido muere. Ya lo sabéis. Pero la vida no termina con la muerte. Prosigue de otra forma y eternamente con un premio para quien fue justo, con un castigo para quien fue malvado. Este pensamiento de un juicio cierto no signifique parálisis durante la vida ni a la hora de la muerte; antes bien, acicate y freno: acicate que estimula al bien; freno que contiene de malas pasiones. Sed, por

tanto, verdaderamente amantes del Dios verdadero y actuad en la vida siempre con la finalidad de merecerle en la vida futura.

Vosotros que amáis las grandezas, ¿cuál grandeza mayor que haceros hijos de Dios y, por tanto, dioses? Vosotros que teméis el dolor, ¿cuál seguridad de no sufrir mayor que la que os espera en el Cielo? Sed santos. ¿Queréis fundar también un reino en la Tierra? ¿Os sentís hostigados y teméis no lograrlo? Si obráis como santos, lo lograréis. Porque ni la misma autoridad que nos domina podrá impedirlo, a pesar de sus cohortes, porque convenceréis a las cohortes de que sigan la doctrina santa, de la misma forma que Yo, sin coacción, he persuadido a las mujeres de Roma que aquí hay Verdad...».

«¡Señor!...» exclaman las romanas, viéndose descubiertas.

«Sí, mujeres. [7]Escuchad y recordad. Yo manifiesto a mis seguidores de Israel y a vosotras — que no sois de Israel pero tenéis corazón justo — el estatuto de mi Reino. 371.7

No motines. No hacen falta. Santificar a la autoridad impregnándola de nuestra santidad. Será un largo trabajo, pero victorioso. Con mansedumbre y paciencia, sin estúpidas prisas, sin desviaciones humanas, sin inútiles sublevaciones, obedeciendo donde obedecer no perjudique a la propia alma, llegaréis a hacer de la autoridad que ahora os domina paganamente una autoridad protectora y cristiana. Cumplid vuestro deber de súbditos para con la autoridad, como cumplís el de fieles para con Dios. Ved en cualesquiera autoridades no a un opresor sino a alguien que eleva, porque os proporciona la manera de santificarle y de santificaros con el ejemplo y el heroísmo.

De la misma forma que sois buenos fieles y ciudadanos, sed buenos maridos, buenas esposas, santos, castos, obedientes, amorosos recíprocamente, unidos para educar a los hijos en el Señor, para ser paternos y maternos incluso con los que estén a vuestro servicio y con los esclavos, porque también ellos tienen alma y carne, sentimientos y afectos como vosotros los tenéis. Si la muerte os arrebata el compañero o la compañera, no queráis, si podéis, desear nuevo matrimonio; amad a los huérfanos también por la parte del compañero desaparecido. Y vosotros, criados, estad sometidos a vuestros señores, y, si son imperfectos, santificadlos con vuestro ejemplo. Tendréis gran mérito a los ojos del Señor. En el futuro, en mi Nombre, no habrá ya amos y siervos, sino hermanos; no habrá ya razas, sino hermanos; no habrá ya oprimidos y opresores que se odien, porque los oprimidos llamarán hermanos a sus opresores.

Amaos vosotros de la misma fe, ayudándoos recíprocamente, como hoy os he puesto a hacer. Pero no os limitéis a la ayuda a los pobres, peregrinos o enfermos, de vuestra raza; abrid los brazos *a to-*

dos, de la misma forma que la Misericordia os abre los brazos a vosotros. El que tenga más que dé a quien no tiene o tiene poco. El que sepa más que enseñe al que no sabe o sabe poco, y que enseñe con paciencia y humildad, recordando que, en verdad, antes de que Yo os instruyera nada sabíais. Buscad la Sabiduría no para prestigio vuestro, sino como ayuda en el camino por las vías del Señor.

Las mujeres casadas que amen a las vírgenes, y éstas a las casadas, y que ambas den afecto a las viudas; todas sois útiles en el Reino del Señor. Los pobres no envidien, los ricos no creen odios oreando sus riquezas y siendo duros de corazón. Preocupaos de los huérfanos, de los enfermos, de los que no poseen una casa. Abrid el corazón antes incluso que la bolsa y la casa, porque si dais, pero con mal garbo, no honráis a Dios, que está presente en todos los desdichados; antes al contrario, le ofendéis.

En verdad, en verdad os digo que no es difícil servir al Señor. Es suficiente con amar. Amar al Dios verdadero, amar al prójimo, quienquiera que sea. En todas las heridas o fiebres que sanéis, Yo estaré. En todas las desventuras que socorráis, Yo estaré. Y todo lo que me hagáis a mí en el prójimo, si está bien, habrá sido hecho a mí; y, si mal, también habrá sido hecho a mí. ¿Queréis hacerme sufrir? ¿Queréis perder el Reino de paz? ¿Queréis no haceros dioses? ¿Sólo por no ser buenos con vuestro prójimo?

371.8 [8]Nunca volveremos a estar todos unidos de esta forma. Vendrán otras Pascuas... y no podremos estar juntos por muchas causas. Respecto a las primeras: una prudencia santa en parte y en parte excesiva — y todo exceso es culpa — que nos hará estar divididos. Respecto a las otras Pascuas, porque ya no estaré entre vosotros... Pero acordaos de este día. Haced en el futuro, y no sólo en Pascua sino siempre, lo que os he hecho hacer.

Nunca he sido lisonjero diciéndoos que era fácil pertenecerme. Pertenecerme quiere decir vivir en la Luz y la Verdad, pero comer también el pan de la lucha y de las persecuciones. Ahora bien, cuanto más fuertes seáis en el amor, más fuertes seréis en la lucha y en la persecución.

Creed en mí. En lo que soy realmente: Jesucristo, el Salvador, cuyo Reino no es de este mundo, cuya venida señala la paz a los buenos, cuya posesión quiere decir conocer y poseer a Dios; porque verdaderamente quien me tiene a mí en sí y se tiene a sí en mí está en Dios, y posee a Dios en su espíritu para poseerle después en el Reino celeste para siempre.

La noche ha descendido. Mañana es Parasceve. Id. Purificaos, meditad, cumplid una Pascua santa.

Mujeres de raza distinta, pero de recto espíritu, podéis iros; la buena voluntad que os anima sea para vosotras camino para alcanzar la Luz. En nombre de los pobres, de los que Yo mismo soy uno, os bendigo por la limosna generosa y os bendigo por vuestras buenas intenciones hacia el Hombre que ha venido a traer amor y paz a la tierra. ¡Id! Y tú, Juana, y los demás que ya no temen asechanzas, podéis marcharos también».

[9]Un rumor de asombro recorre a la asamblea mientras las romanas, reducidas a seis porque Egla se queda con María de Magdala, guardadas en una bolsa las tablillas enceradas que Flavia ha escrito mientras Jesús hablaba, salen después de un saludo colectivo. Tanto es el estupor, que ninguno de los presentes se mueve, excepto Juana, Jonatán y los siervos de Juana, que llevan en brazos a los pequeños durmientes. Pero, cuando el ruido sordo del portón al cerrarse dice que las romanas se han marchado, un clamor sucede al rumor. 371.9

«¿Pero quiénes son?».

«¿Cómo entre nosotros?».

«Qué han hecho?».

Y, más que nadie, grita Judas: «¿Cómo tienes noticia, Señor, de la limosna que me han dado?».

Jesús apacigua el tumulto con un gesto y dice: «Son Claudia y sus damas. Y, mientras que las altas damas de Israel, temiendo la ira de sus consortes, o con el mismo pensamiento y corazón de sus consortes, no se atreven a ser seguidoras mías, las despreciadas paganas, con santa astucia, saben venir a recibir la Doctrina que, aunque por ahora la acepten sólo humanamente, siempre eleva... Y esta niña, que fue esclava, pero de raza judía, es la flor que Claudia ofrece a las filas de Cristo, devolviéndola a la libertad y dándola a la fe de Cristo. Respecto a lo de tener noticia de la limosna... ¡Judas! ¡Todos menos tú podrían hacerme esta pregunta! Tú sabes que veo dentro de los corazones».

«¡Entonces verás que dije la verdad hablando de que había una asechanza y que yo la he disuelto yendo a hablar con... seres culpables!».

«Es verdad».

«Dilo entonces bien fuerte. Que mi madre lo oiga... Madre, soy un muchacho, sí, pero no un truhán... Madre, vamos a hacer las paces. Vamos a comprendernos, a amarnos, unidos sirviendo a nuestro Jesús».

Y Judas va, humilde y amoroso, a abrazar a su madre, que dice: «¡Sí, hijito! ¡Sí, Judas mío! ¡Sé bueno! ¡Sé bueno! ¡Sé siempre bueno, hijo mío! ¡Por ti, por el Señor, por tu pobre mamá!».

371.10 [10]Entretanto, la sala se ha llenado de agitación y comentarios, y muchos definen imprudente el haber acogido a las romanas y censuran a Jesús.

Judas lo oye. Deja a su madre y acude en defensa del Maestro. Cuenta su coloquio con Claudia y termina: «No es una ayuda despreciable. Antes de recibirla entre nosotros tampoco nos hemos librado de la persecución. Dejémosla actuar. Y tened bien presente que es mejor callar con todo el mundo. Pensad que, si es peligroso para el Maestro, no lo es menos para nosotros el ser amigos de paganos. El Sanedrín, que en el fondo se contiene por miedo hacia Jesús por un temor que les queda a alzar la mano contra el Ungido de Dios, no tendría muchos escrúpulos en matarnos como a perros, a nosotros, que somos unos pobres hombres cualesquiera. En vez de poner esas caras escandalizadas, acordaos de que hace poco erais como gorrionas aterrorizadas; y bendecid al Señor porque nos ayuda, con medios impensados, ilegales si queréis, pero muy fuertes, a fundar el Reino del Mesías. ¡Todo lo podremos si Roma nos defiende! ¡Yo ya no temo! ¡Gran día hoy! Más que por todas las otras cosas, por ésta... ¡Ah, cuando Tú seas la Cabeza! ¡Qué poder tan dulce, fuerte y bendito! ¡Qué paz! ¡Qué justicia! ¡El Reino fuerte y benévolo del Justo! ¡Y el mundo que se acerca a él lentamente!... ¡Las profecías cumpliéndose! ¡Turbas, naciones... el mundo a tus pies! ¡Oh, Maestro! ¡Maestro mío! Tú, Rey; nosotros, tus ministros... En la Tierra paz, en el Cielo gloria... Jesucristo de Nazaret, Rey de la estirpe de David, Mesías Salvador, te saludo y te adoro.» Y Judas, que parece en un rapto de éxtasis, se postra y termina: «En la Tierra, en el Cielo y hasta en los Infiernos tu Nombre es conocido, infinito tu poder. ¿Qué fuerza puede resistirte, Cordero y León, Sacerdote y Rey, Santo, Santo, Santo?» y se queda en actitud de gran reverencia, en esta sala muda de estupor.

372. El día de la Parasceve. Despertar en el palacio de Lázaro.

30 de enero de 1946.

372.1 [1]La residencia de Lázaro, transformada esa noche en dormitorio, muestra, diseminados por todas partes, cuerpos de hombres dormidos. No se ve a las mujeres. Quizás las han conducido a las habitaciones superiores. El alba clara blanquece lentamente la ciudad, penetra en los patios de la casa, provoca los primeros gorjeos tímidos entre las frondas de los árboles plantados para dar sombra a aqué-

llos, y también los primeros arrullos de las palomas que duermen en la armadura del alero. Pero los hombres no se despiertan: cansados y sacios de comida y emociones, duermen y sueñan...

Jesús sale al vestíbulo sin hacer ruido, y de ahí pasa al patio de honor. Se lava en una fuente clara que canta en el centro, dentro de un cuadrado de arrayanes a cuyo pie hay pequeños lirios muy parecidos a los llamados muguetes franceses. Se asea y, también sin hacer ruido, vuelve a donde está la escalera que conduce a los pisos de arriba y a la terraza que corona la casa; sube hasta ella, a orar, a meditar...

Paseando lentamente, va y viene. Sólo le ven las palomas, las cuales, alargando el cuello y haciendo arrullos, parecen preguntarse una a otra: «¿Quién es éste?». Luego se apoya en el antepecho y se queda recogido dentro de sí, inmóvil. En fin, alza la cabeza, reclamada quizás su atención por los primeros rayos del Sol, que se levanta tras las colinas que celan Betania y el valle del Jordán. Jesús mira el panorama puesto a sus pies.

[2]La residencia de Lázaro se alza sobre una de las tantas elevaciones del suelo que hacen de las calles de Jerusalén, especialmente de las menos bonitas, una ondulación continua. Está casi en el centro de la ciudad, pero ligeramente retirada hacia el suroeste. Construida en una bonita calle que termina en el Sixto, formando con ella una T, domina la ciudad baja. Tiene, en frente, Beceta, Moria y Ofel, y, detrás de éstos, la cadena del monte de los Olivos; en la parte de atrás, perteneciente ya al lugar en que está construida, el monte Sión; mientras que, por el lado sur, la vista se extiende hacia las colinas meridionales, y al Norte, Beceta oculta buena parte del panorama. Pero, allende el valle de Guijón, la cabeza calva del Gólgota emerge amarillenta — siempre lúgubre, incluso con esta luz alegre — bajo el rosicler de la aurora. 372.2

Jesús la mira... Su mirada, aunque ahora es más viril y pensativa, me recuerda a aquella de la lejana visión de Jesús a los doce años en la escena de la disputa con los doctores. Ahora, como tampoco entonces, no es una mirada de terror. No. Es una mirada digna, de un héroe que mira al campo de su postrer batalla.

Luego se vuelve a mirar a las colinas del sur de la ciudad y dice: «¡La casa de Caifás!» y, con la mirada, traza todo un itinerario desde aquel sitio hasta el Getsemaní, y luego al Templo, y luego mira más allá de las murallas de la ciudad, hacia el Calvario...

El Sol, entretanto, ha salido del todo y la ciudad se enciende de luz...

[3]Alguien da vigorosos golpes al portón de la casa, sin dejar inter- 372.3

valo entre uno y otro. Jesús se asoma para ver, pero el alero, muy saliente, y el hecho de que el portón esté muy adentro en los gruesos muros, le impiden ver quién llama. Eso sí, oye en seguida las voces de los durmientes, que se despiertan, mientras alguien cierra con estrépito el portón, abierto por Leví. Luego oye que muchas voces de hombre y de mujer gritan su Nombre... Se apresura a bajar y dice: «Estoy aquí. ¿Qué queréis?».

Los que le llamaban, nada más oírle, toman al asalto la escalera y suben corriendo y hablando alto. Son los apóstoles y los discípulos más antiguos; en medio de ellos, Jonás, el encargado del Getsemaní. Hablan todos a la vez y no se entiende nada.

Jesús debe imponer con violencia que se paren donde están y que guarden silencio, para poderlos calmar; se llega a ellos y dice al instante: «¿Qué sucede?».

Otro alboroto fragoroso, inútil por incomprensible. A las espaldas de los que gritan se asoman caras de aflicción o estupor, de mujeres y discípulos...

«Hablad de uno en uno. Tú, Pedro, el primero».

«Ha venido Jonás... Ha dicho que eran muchos y que te habían buscado por todas partes. Él ha estado mal toda la noche; luego, a la hora de la apertura de las puertas, ha ido a casa de Juana y ha sabido que estabas aquí. Pero ¿qué hacemos? ¡Tendremos que celebrar la Pascua, digo yo!».

Jonás del Getsemaní refuerza la noticia diciendo: «Sí, me han maltratado incluso. He dicho que no sabía dónde estabas, que quizás no volvías. Pero han visto vuestras túnicas y han comprendido que volvéis al Getsemaní. ¡No me seas causa de daño, Maestro! Siempre te he hospedado con amor. Esta noche he sufrido por ti. Pero... pero...».

«¡No tengas miedo! No te volveré a poner en peligro de ahora en adelante. No volveré a detenerme en tu casa. Me limitaré a ir de paso, durante la noche, a orar... No me lo puedes prohibir...». Jesús se muestra dulcísimo hacia el aterrorizado Jonás del Getsemaní.

372.4 [4]Pero la voz de oro de María de Magdala prorrumpe vehemente: «¿Desde cuándo, hombre, te olvidas de que eres siervo y que es nuestra condescendencia la que te hace usar modos de amo? ¿De quién son la casa y el olivar? Sólo nosotros podemos decir al Rabí: "No vayas a causar daño a nuestros bienes". Pero no lo decimos. Porque sumo bien sería siempre si, por buscarle a Él, los enemigos del Cristo destruyeran incluso los árboles y las paredes, y hundieran los bancales; porque todo habría sido destruido por haber hospedado al Amor, y el Amor nos daría amor a nosotros sus fieles amigos. ¡Que vengan!

¡Que destruyan! ¡Que pisoteen! ¿Y qué! ¡Basta con que Él nos ame y resulte ileso!».

Jonás está entre dos miedos: a los enemigos y a su ardiente ama, y susurra: «¿Y si hacen daño a mi hijo?...».

Jesús le conforta: «No temas, te digo. No volveré a detenerme en tu casa. Puedes decir a quien te lo pregunte que el Maestro ya no se hospeda en el Getsemaní... ¡No, María! Conviene hacerlo así, y déjame que lo haga así. Te agradezco tu generosidad... Pero no es mi hora, ¡no es todavía mi hora! Supongo que serían fariseos...».

«Y miembros del Sanedrín, y herodianos y saduceos... y soldados de Herodes... y... todos... todos... No me logro quitar el temblor del miedo... Pero, ¿ves, Señor, que he venido corriendo a avisarte?... a casa de Juana... luego aquí...». El hombre se preocupa de que se vea que, con el riesgo de su paz, ha cumplido su deber hacia el Maestro.

Jesús sonríe con compasión y bondad y dice: «¡Lo veo! ¡Lo veo! ¡Que Dios te lo pague! Ahora ve en paz a tu casa. Enviaré a alguien para que te diga a dónde se deben mandar las bolsas, o a que las retire directamente».

El hombre se marcha, y ninguno, excepto Jesús y María Stma., le ahorran reproches o afrentas. Lo que dice Pedro es punzante, mordaz lo de Judas Iscariote, irónico lo de Bartolomé. Judas Tadeo no habla, ¡pero le mira de una manera...! Y el murmullo y las miradas de reproche le acompañan también entre las filas de las mujeres, para terminar con la pulla final de María de Magdala, la cual, a la reverencia del servidor-campesino cuando la saluda, responde: «Referiré a Lázaro que para la comida de la fiesta... vaya a procurarse pollos bien cebados a las tierras del Getsemaní».

«No tengo gallinero, ama».

«Tú, Marcos y María: ¡tres magníficos capones!».

Todos se echan a reír por la salida nerviosa y... significativa de María de Lázaro, que está furiosa por ver el miedo de sus subordinados y por la molestia que sufre el Maestro, privado del tranquilo nido del Getsemaní.

«¡No te inquietes, María! ¡Paz! ¡Paz! ¡No todos tienen tu coraje!».

«¡Ah, no, por desgracia! ¡Si todos tuvieran mi coraje, Rabbuní! ¡Ni lanzas y flechas dirigidas contra mí me harían separarme de ti!».

Un murmullo entre los hombres... María lo recoge y responde solícita: «Sí. ¡Y lo veremos! Y esperemos que sea pronto, si puede servir para enseñaros la valentía. ¡Nada me dará miedo si puedo servir a mi Rabí! ¡Servir! ¡Servir! ¡Y se sirve en las horas de peligro, hermanos! En las otras... ¡En las otras no es servir! ¡Es gozar!... ¡Y al

Mesías no se le sigue para gozar!».

Los hombres agachan la cabeza, punzados por esta verdad.

372.5 [5]María hiende las filas y se pone enfrente de Jesús. «¿Qué decides, Maestro? Es Parasceve. ¿Dónde tu Pascua? Ordena... y, si tanto * he encontrado gracia ante ti, concédeme ofrecerte un cenáculo mío y ocuparme de todo...».

«Has hallado gracia ante el Padre de los Cielos, y, por tanto, gracia ante el Hijo del Padre, para el que es sagrado todo movimiento del Padre. Acepto el cenáculo, pero deja que a sacrificar el cordero, al Templo, vaya yo como buen israelita...».

«¿Y si te echan mano?» dicen muchos.

«No me echarán mano. En la noche, en la obscuridad, como acostumbran a hacer los granujas, pueden atreverse; pero no entre la muchedumbre que me venera. ¡No me os hagáis cobardes!...».

«¡Además ahora está Claudia!» grita Judas. «¡El Rey y el Reino ya no están en peligro!...».

«Judas, te ruego que no dejes que se derrumben en ti. No los hostigues dentro de ti. Mi Reino no es de este mundo. No soy un rey como los que están en los tronos. Mi Reino es del espíritu. Si le rebajas a la pequeñez de un reino humano, en ti mismo lo hostigas y lo derrumbas».

«¡Pero Claudia...!».

«Pero Claudia es una pagana. Así que no puede conocer el valor del espíritu. Ya es mucho si intuye y apoya a quien para ella es un Sabio... ¡Muchos en Israel no me juzgan siquiera como sabio!... ¡Pero tú no eres pagano, amigo mío! No hagas que tu encuentro providencial con Claudia se vuelva perjuicio; y no hagas que todos los dones que Dios te da para afirmar tu fe y tu voluntad de servir al Señor se te transformen en ruina espiritual».

«¿Cómo podría suceder, mi Señor?».

«Fácilmente. No sólo en ti. Si un don, dado como socorro de la debilidad del hombre, en lugar de fortalecerle y aumentar cada vez más su deseo de bien sobrenatural, o incluso simplemente moral, le sirviera para tener más rémoras de apetitos humanos y alejarle del recto camino, por caminos en cuesta abajo, entonces el don se habría transformado en daño. Basta la soberbia para hacer de un don un daño. Basta perder el norte, a causa de algo que exalta, perdiendo, por tanto, de vista el Fin supremo y bueno, para hacer de un don un

---

* *Parasceve* era la *preparación* que se hacía para el sábado, en el cual todas las actividades estaban prohibidas, incluida la de preparar comida. De acuerdo con *Marcos 15, 42*, la Obra valtortiana da el nombre de *parasceve* al día que precede al sábado y que a veces llama *viernes* (como, por ejemplo, en 508.6).

daño. ¿Estás convencido de esto? El que haya venido Claudia debe darte sólo la fuerza de una consideración. Ésta: si una pagana ha sentido la grandeza de mi doctrina y la necesidad de que triunfe, tú, y contigo todos los discípulos, debéis sentir todo esto con más fuerza aún, y, como consecuencia, entregaros a ello totalmente. Pero siempre espiritualmente. Siempre... [6]Y ahora vamos a decidir. ¿Dónde 372.6
decís que conviene celebrar la Pascua? Quiero que estéis en paz de espíritu para esta Cena de rito, para oír a Dios, que no se oye en la agitación. Somos muchos. Pero me sería dulce que estuviéramos todos juntos para que pudierais decir: "Celebramos una Pascua con Él". Elegid, pues, un lugar donde podamos decir: "Estábamos unidos, y cada uno oía la voz del otro hermano", a pesar de subdividirnos según el ritual formando grupos que puedan comer el propio cordero».

Quién menciona un lugar, quién menciona otro. Pero las hermanas de Lázaro se salen con la suya. «¡Señor, aquí! Mandamos a alguien por nuestro hermano. ¡Aquí! Hay muchas salas y habitaciones. Estaremos juntos y según el rito. ¡Acepta, Señor! La casa tiene habitaciones con capacidad para, al menos, doscientas personas divididas en grupos de veinte. Y tantos no somos. ¡Danos esta alegría, Señor! Por nuestro Lázaro que está tan triste... tan enfermo...». Las dos hermanas lloran, y terminan: «... que no se puede pensar que coma otra Pascua...».

«¿Qué opináis? ¿Pensáis que se les debe conceder a estas buenas hermanas?» dice Jesús dirigiéndose a todos.

«Yo diría que sí» dice Pedro.

«Yo también» dice Judas Iscariote, y muchos otros.

Quien no habla asiente.

«Encargaos entonces de ello. Nosotros vamos al Templo, a mostrar que quien está seguro de obedecer al Altísimo ni tiene miedo ni es vil. Vámonos. Mi paz para quien queda».

Y Jesús baja el resto de la escalera, atraviesa el vestíbulo y sale con los discípulos a la calle llena de gente.

373. El día de la Parasceve. En el Templo.

31 de enero de 1946.

[1]Jesús entra en el Templo. Y, desde sus primeros pasos en él, es 373.1
fácil comprender el humor de los ánimos hacia el Nazareno: miradas hostiles; órdenes a los miembros de la guardia del Templo de vigilar al «conturbador», órdenes dadas abiertamente, para que todos vean y oigan; palabras de desprecio para los que vienen con Él; incluso

empujones voluntarios a los discípulos... En fin, el odio es tal, que los relumbrantes fariseos, escribas y doctores asumen posturas y acciones de mozos de cuerda o peor todavía; y están tan cegados por el rencor, que no piensan que se rebajan mucho, incluso como hombres, actuando así.

Jesús pasa tranquilo, ¡como si ni siquiera se refiriera a Él eso que hacen! Es el primero en saludar, en cuanto ve a algún personaje que, por grado sacro o por poder, es un "superior" del mundo hebreo. Y, si éste no responde al saludo correcto que Jesús le dirige, no por ello Jesús cambia de actitud. Eso sí, su rostro, cuando se vuelve de uno de estos soberbios hacia uno o varios de los muchos humildes que hay, toma un aspecto de sonrisa dulcísimo. Y muchos son los mendigos y enfermos pobres que ayer ha recogido y que, debido a la suerte imprevista que han tenido, pueden celebrar una Pascua como quizás desde hacía años no celebraban. Ahora, reunidos en grupos, en pequeñas sociedades nacidas espontáneamente, van a comprar los corderos que habrán de ser inmolados, contentos de ser — ellos que eran los despreciados — iguales que los demás, en vestidos y posibilidades. Y Jesús se para, benigno, a escucharlos: sus propósitos, sus narraciones de asombro, sus bendiciones... Ancianos, niños, viudas, enfermos ayer, ahora curados; miserables ayer, andrajosos, hambrientos, despreciados, hoy vestidos, ¡y felices de ser hombres como los demás en estos días de la gran fiesta de los Ácimos!

Las voces — muy variadas: desde las de plata de los pequeñuelos a las temblorosas de los viejos, y, entre estos dos extremos, las voces vibrantes de las mujeres — saludan, acompañan, siguen a Jesús. Llueven los besos en sus vestiduras y en sus manos. Y Jesús sonríe y bendice, mientras sus enemigos, lívidos de rabia por la gran luminosidad de paz que hay en Él, se concomen de ira impotente.

373.2 [2]Capto fragmentos de lo que dicen unos u otros...

«¡Tienes razón! Pero a nada que hagamos nos destrozan» (y un fariseo señala al pueblo que se apiña en torno a Jesús).

...«¡Fijaos! Nos ha recogido, nos ha dado de comer, nos ha vestido, nos ha curado, y muchos, por medio de los discípulos ricos, han encontrado trabajo y asistencia. Pero la verdad es que todo ha venido por Él. ¡Que Dios le salve siempre!» dice un hombre que quizás ayer estaba enfermo y mendigaba.

...«¡Claro, así yo también! ¡Este sedicioso compra a la plebe así, para lanzarla contra nosotros!» gruñe entre dientes un escriba, hablando con un colega.

«Una discípula suya ha tomado mi nombre, y me ha dicho que vaya a su casa después de la Pascua, que me va a llevar a los campos

que tiene en Béter. ¿Comprendes, mujer? Yo y mis hijos. Voy a trabajar. Pero, ¿qué es trabajar cuando hay protección y seguridad? ¡Es una alegría! Y mi Leví ya no tendrá que destrozarse trabajando en los cereales, porque la discípula que se hace cargo de nosotros le va a poner en las rosaleras... ¡Vamos, te digo que un juego! ¡El Eterno dé gloria y bien a su Mesías!» dice la viuda de la llanura de Sarón a una israelita de clase más bien rica que la está preguntando.

«¡Oh! ¿Y yo no puedo?... ¿Estáis ya todos situados, todos a los que ayer ha recogido?» dice la mujer rica israelita.

«No, mujer. Hay todavía otras viudas con hijos, y otros hombres».

«Quisiera decirle que si me concede la gracia de ayudarle».

«¡Llámale!».

«No me atrevo».

«Ve tú, Leví mío, a decirle que una mujer quiere hablar con Él...».

El niño va raudo y refiere esto a Jesús.

[3]Entretanto, un saduceo trata con violencia a un anciano, que 373.3
pontifica en medio de una masa de gente venida de la Transjordania y que teje el elogio del Maestro de Galilea.

El anciano se defiende diciendo: «¿Qué estoy haciendo de malo? ¿Querías que te alabara a ti? Bastaría con que hicieras lo que hace Él. Pero tú — que Dios te perdone — desprecias las canas y la miseria en vez de amarlas; falso israelita, que no respetas el Deuteronomio teniendo piedad de los pobres».

«¿Estáis oyendo? ¡Éste es el fruto de la doctrina del agitador! Enseña a la plebe a ofender a los santos de Israel».

Le responde un sacerdote del Templo: «Pero la culpa es nuestra si sucede esto. No hacemos más que amenazar, sin traducir en acción las amenazas».

...Jesús, mientras tanto, dice a la mujer de Israel: «Si verdaderamente te comprometes a ser madre de los huérfanos y hermana de las viudas, ve al palacio de Cusa, al Sixto. Di a Juana que te mando Yo. Ve, y fructifique tu tierra como la del Edén por tu piedad, y más aún fructifique tu corazón en un amor cada vez mayor a tu prójimo».

En esto, ve a los miembros de la guardia que arrastran al anciano que había hablado antes. Grita: «¡Qué le hacéis a ese anciano? ¿Qué ha hecho?».

«Ha insultado a los oficiales que le reprendían».

«No es verdad. Un saduceo ha arremetido contra mí porque hablaba de ti a aquellos peregrinos. Y, como ha levantado contra mí su mano, porque soy viejo y pobre, le he dicho que es un falso israelita que pisotea las palabras del Deuteronomio».

«Soltad a ese anciano. Está conmigo. Su boca ha expresado la verdad. No la sinceridad: la *Verdad*. Dios habla por los labios de los niños, pero también por los de los ancianos. Está escrito: "No desprecies al hombre en su vejez, porque son de los nuestros los que envejecen". Y también: "No desprecies las palabras de los ancianos sabios; antes bien, te sean familiares sus máximas, porque de ellos aprenderás la sabiduría y las enseñanzas de la inteligencia". Y también: "Donde hay ancianos no hables mucho". Recuerde esto Israel, esa parte de Israel que quiere llamarse perfecta, porque en caso contrario el Altísimo sabe cómo desmentirla. Padre, ven a mi lado».

El anciano, de porte señorial, va donde Jesús, mientras los saduceos, afectados por el reproche, se marchan airados.

373.4 [4]«Soy una mujer hebrea de la Diáspora, Rey esperado. ¿Podría servirte como esa mujer que has enviado a Juana?» dice una que me recuerda en todo a la que, de nombre Nique, enjugó el rostro de Jesús en el Gólgota y obtuvo el Sudario. Pero las hebreas son muy semejantes entre sí, y, pasados ya meses desde aquella visión, podría equivocarme.

Jesús la mira. Ve a una mujer de unos cuarenta años, bien vestida, de maneras francas. Le pregunta: «¿Eres viuda, no es verdad?».

«Sí, y sin hijos. He vuelto hace poco y he adquirido unas tierras en Jericó. Para estar cerca de la Ciudad Santa. Pero ahora veo que Tú eres más grande que ella. Y te sigo. Y te ruego que me recibas a tu servicio. Sé de ti por discípulos. Pero superas lo que ellos cuentan».

«De acuerdo. Concretamente, ¿qué quieres?».

«Ayudarte en los pobres y, según mis posibilidades, hacer que seas amado y conocido. Conozco a muchos de las colonias de la Diáspora, porque he seguido a mi marido en sus actividades comerciales. Dispongo de medios y me basta con poco, así que puedo hacer mucho; y quiero hacer mucho, por tu amor y para sufragio del espíritu de aquel que me tomó, virgen, hace veinte años, y fue para mí dulce compañero hasta el último suspiro. Parecía profetizar cuando moría. Decía: "Cuando muera, entrega a la tumba la carne que te amó, y ve a nuestra patria. Encontrarás al Prometido. ¡Tú le verás! Búscale. Síguele. Es el Redentor y Resucitador, y me abrirá las puertas de la Vida. Sé buena para ayudarme a estar preparado cuando abra los Cielos a los que no tengan ya deudas con la Justicia; y sé buena para

---

* *Está escrito*. Siguen tres citas de *Eclesiástico 8, 6; 8, 8; 32, 9*, como anota MV en una copia mecanografiada.

* *enjugó*. Considerando que se refiere a un episodio ya "visto" y escrito, debe entenderse "enjugará", al ser un episodio posterior, que encontraremos en la "Pasión".

merecer encontrarle pronto. Jura que lo harás y que cambiarás en fortaleza hacendosa las estériles lágrimas de una viudez. Ten, esposa, a Judit como ejemplo tuyo, y todas las naciones conocerán tu nombre". ¡Pobre esposo mío! Lo único que pido es que me conozcas Tú...».

«Te conoceré como discípula buena. Ve tú también donde Juana, y que Dios esté contigo»...

[5]...Pesados como abejas, vuelven al asalto los enemigos de Jesús, 373.5
mientras Él, inmolado el cordero y habiendo esperado a que fueran inmolados los que habían tomado los discípulos para tener los necesarios para tantos, regresa hacia las murallas del Templo.

«¿Cuándo tienes pensado acabar con estas ostentaciones de rey? ¡Tú no eres rey! ¡Tú no eres profeta! ¿Hasta cuándo vas a abusar de nuestra bondad, hombre pecador, rebelde, causa de mal para Israel? ¿Cuántas veces te tenemos que decir que no tienes derecho a venir aquí como rabí?».

«He venido a inmolar el cordero. No podéis impedírmelo. No obstante, os recuerdo a Adonías y Salomón».

«¿Qué tienen que ver con esto? ¿Qué quieres decir? ¿Eres Tú Adonías?».

«No. Adonías se hizo rey fraudulentamente, pero la Sabiduría velaba y aconsejaba, de forma que fue rey sólo Salomón. Yo no soy Adonías, sino Salomón».

«¿Y Adonías quién es?».

«Todos vosotros».

«¿Nosotros? ¡Atento a lo que dices!».

«Hablo con verdad y justicia».

«Observamos todos los puntos de la Ley, creemos en los profetas y...».

«No. No creéis en los profetas. Ellos me nombran, y vosotros no creéis en mí. No. No observáis la Ley. La Ley aconseja obras justas. Vosotros no las hacéis. Ni siquiera son rectas esas ofrendas que venís a hacer.

* Está escrito: "Inmunda es la ofrenda de quien sacrifica bienes malamente adquiridos". Está escrito: "El Altísimo no acepta los dones de los inicuos, no vuelve su mirada hacia sus oblaciones, ni perdonará sus pecados porque acumulen muchos sacrificios". Está escrito: "Quien ofrece sacrificio con los bienes de los pobres es como quien de-

---

* De *Judit* se habla en *Judit 8-16*; de *Adoniás* y *Salomón* en *1R, desde 1,1 hasta 2,25.*
* *Está escrito* introduce una serie de citas, no todas literales. Agrupamos sus referencias bíblicas, anotadas por MV en una copia mecanografiada: *Eclesiástico 34, 18-22; Levítico 21; 20,9; 20,6.*

güella a un hijo ante los ojos de su padre". ¡Esto está escrito, Jocanán!

Está escrito: "El pan de los indigentes es la vida de los pobres, quien se lo arrebata es un asesino". ¡Esto está escrito, Ismael!

Está escrito: "Quien arrebata el pan del sudor es como si matara al pobre". ¡Esto está escrito, Doras hijo de Doras!

Está escrito: "Quien vierte la sangre y quien quita su jornal al jornalero son hermanos". ¡Esto está escrito, Jocanán, Ismael, Cananías, Doras, Jonatán. Y recordad también que está escrito: "Quienquiera que sea el que cierre sus oídos a los gritos de los pobres, gritará también él y no será escuchado".

Y tú, Eleazar ben Anás, recuerda, y recuerda a tu padre, que está escrito: "Mis sacerdotes han de ser santos y no se contaminarán por ningún motivo".

Y tú, Cornelio, ten presente que está escrito: "Quien maldiga a su padre y a su madre sea muerto", y no es muerte sólo la que procura el verdugo: una muerte mayor espera a los que pecan contra los padres, eterna, tremenda muerte.

Y tú, Tolmé, recuerda que está escrito: "Al que practica la magia le extermino Yo".

Y tú, Sadoq, escriba de oro, recuerda que entre el adúltero y su paraninfo en el adulterio no hay diferencia a los ojos de Dios; y está escrito que quien jura lo falso es consumido por las llamas sin fin. Y di a aquel que lo ha olvidado que quien toma a una virgen y, saciado ya, la separa de sí con acusaciones falsas, recibe condena. ¡No aquí! En la otra vida: por la mentira, el juramento falso, el daño contra la esposa, y por el adulterio.

¿Qué sucede? ¿Huís? ¿Ante el inerme que dice palabras no suyas, sino de aquellos a quienes vosotros citáis como santos en Israel? De forma que no podéis decir que el inerme sea un blasfemo, porque, si lo dijerais, llamaríais blasfemos a los libros sapienciales y a los libros mosaicos, que han sido dictados por Dios. ¿Huís ante el inerme? ¿Son, acaso, piedras mis palabras? ¿O es que despiertan en vosotros, golpeando en el bronce duro de vuestro duro corazón, la conciencia, y la conciencia siente el deber de purificarse — ella y no sólo los miembros — en esta Parasceve, para poder consumir, sin pecado de impureza, el cordero santo? ¡Oh, si así es, gloria al Señor! Porque, os lo digo a vosotros que queréis ser alabados como sabios, verdadera sabiduría es conocerse a sí mismo, reconocer los propios errores, arrepentirse de ellos e ir a los ritos con "verdadera" devoción, o sea, con culto y rito en el alma, y no rito externo...

¡Se han marchado! Vámonos también nosotros, a dar paz a quien nos espera...».

374. El día de la Parasceve. Por las calles de Jerusalén y en el barrio de Ofel.

2 de febrero de 1946.

[1]Salen del Templo, que hormiguea de gente, para sumergirse en 374.1
el hormigueo de las calles en que todos se mueven presurosos, atareados en los últimos preparativos pascuales; y los que llegan con retraso buscan afanosamente una habitación, un vestíbulo, un sitio cualquiera, y transformarlo en cenáculo para comer el cordero.

Es fácil así encontrarse. También es fácil no reconocerse, en medio de este gentío que se agolpa, agitado continuamente, y que hace pasar ante los ojos caras de todas las edades, de todas las regiones en que hay israelitas y donde la sangre pura de Israel ha contraído, por mezclas de sangre o simplemente por mimetismo, semejanzas con otras razas. De forma que se ven hebreos que parecen egipcios, y también que, por los labios salientes, las narices chatas y el ángulo facial, parecen cruzamientos con nubienses; otros que, por las caras afiladas, pequeñas, las extremidades gráciles, las miradas perspicaces, delatan su procedencia de las colonias griegas o su mezcla con griegos; mientras que otros, hombres altos y fuertes, de rostros escuadrados, revelan claramente que no son del todo ajenos a los latinos; y hay también muchos que nosotros modernos diríamos que son circasianos o persas, con un vestigio de ojos mongólicos o indios: en los rostros blanquísimos de los primeros, en los rostros aceitunados de los segundos. ¡Un bonito caleidoscopio de caras y vestidos! Los ojos se cansan, tanto que es fácil que al final miren sin ver. Pero lo que a uno le pasa desapercibido otro lo observa. Es, pues, comprensible que lo que le pasa desapercibido al Maestro, siempre un poco absorto dentro de sí cuando le dejan en paz y no le hacen preguntas, lo note uno u otro de los que están con Él. Y los apóstoles, los que van más cerca de Jesús, se señalan unos a otros lo que ven, y cuchichean entre sí una serie de comentarios... muy humanos, respecto a las personas señaladas.

[2]Jesús capta uno de estos comentarios incisivos, sobre un ex discí- 374.2
pulo que pasa con empaque fingiendo no verlos: «¿A quién decís esas palabras?» pregunta.

«A ese mochuelo» dice Santiago de Zebedeo mientras le señala. «Ha hecho como que no nos veía. Y no es el único que lo hace. Pero cuando debías curarle y te buscaba, ¡ah, entonces sabía vernos! ¡A ver si le viene la pústula maligna!».

«¡¡Santiago!! ¿Con estos sentimientos estás a mi lado y te preparas a comer el cordero? Verdaderamente tú eres más incoherente que

él. Él se ha separado con franqueza, cuando ha sentido que no podía hacer lo que Yo decía. Tú te quedas, pero no haces lo que digo. ¿No eres entonces más pecador que él?».

Santiago se pone colorado hasta la congestión, y se retira detrás de los compañeros, avergonzado.

«¡Es que duele ver que actúan así, Maestro!» dice Juan, para ayudar a su hermano que ha sido corregido. «*Nuestro* amor se rebela al ver su desamor...».

«Sí, ya. ¿Y pensáis que los vais a llevar al amor de esta forma? Desaires, malas palabras, insultos nunca han llevado a un rival o a uno que piense de forma distinta al punto a donde se querría llevar. Son la dulzura, la paciencia, la caridad — perseverantes a pesar de todas las negativas —, las que al final consiguen. Yo comprendo vuestro corazón, que sufre al no verme amado, y lo compadezco. Pero querría percibiros, veros más sobrenaturales en vuestras acciones y en vuestros medios para hacer que me amen. ¡Ánimo, Santiago, ven aquí! No he hablado para avergonzarte. Comprendámonos, amémonos al menos entre nosotros, amigos míos... ¡Que ya hay mucha incomprensión y dolor para el Hijo del hombre!».

Santiago, tranquilizado, vuelve junto a Jesús.

374.3 [3]Andan un rato en silencio. Luego Tomás interviene bruscamente con una fuerte exclamación: «¡Pero es una verdadera vergüenza!».

«¿El qué?» pregunta Jesús.

«¡Pues la vileza de muchos! Maestro, ¿no ves cuántos fingen que no te conocen?».

«¿Y qué? ¿Cambiará, acaso, su modo de actuar una iota de lo que está escrito acerca de mí? No. Sólo para ellos se cambia lo que se podría escribir. Porque en los libros eternos se podría decir de ellos: "Los discípulos buenos", y se escribirá: "Los que no fueron buenos, aquellos para quienes fue nada la venida del Mesías". Palabra tremenda, ¿sabéis? Peor que la de: "Adán, con Eva, pecó". Porque Yo puedo anular aquel pecado. Pero no podré anular este de renegar del

374.4 Verbo Salvador... [4]Vamos a torcer por esta parte. Yo me detengo con los hermanos, con Simón Pedro y Santiago en el barrio de Ofel. Judas de Simón se quedará también. Pero Simón Zelote, Juan y Tomás irán al Getsemaní por las bolsas...».

«Sí, así no se le atravesará el cordero a Jonás» dice Pedro todavía inquieto. Los otros ríen...

«¡Tranquilo, tranquilo! No te asombres de que tenga miedo. Mañana podrías tener miedo tú».

«¿Yo, Maestro? Es más fácil que el mar de Galilea se transforme en vino que no que tenga miedo yo» afirma Pedro con seguridad.

«Sin embargo... la otra noche... Simón... no parecías muy valiente en la escalera del palacio de Cusa» muerde Judas de Keriot, sin mucha ironía pero... siempre con el sarcasmo suficiente como para punzar a Pedro.

«¡Estaba agitado porque... temía por el Señor! No por otra cosa».

«¡Bien! ¡Bien! Esperemos que no tengamos nunca... miedo a quedar mal nosotros, ¿eh?» responde Judas de Keriot dándole una palmada en el hombro, protector y maligno... En otros momentos su modo de actuar habría desencadenado una reacción. Pero Pedro, desde la noche anterior, vive en estado de... admiración por Judas y le soporta en todo.

Jesús dice: «Felipe y Natanael con Andrés y Mateo que vayan al palacio de Lázaro, a decir que estamos yendo».

Se separan estos últimos, y los otros siguen con Jesús. Los discípulos, menos Esteban e Isaac, van con los apóstoles que han sido enviados al palacio.

En el barrio de Ofel, una nueva separación. Los encargados de ir al Getsemaní se encaminan, raudos, junto con Isaac. Esteban se queda con Jesús, los hijos de Alfeo, Pedro, Santiago y Judas Iscariote; y, para no estar parados en el cruce, prosiguen lentamente en la misma dirección de los que van al Getsemaní. Van precisamente por la callecilla que será recorrida por Jesús entre sus torturadores la noche del jueves santo. Ahora, que es hacia mediodía, está vacía de gente. Después de pocos pasos, hay una pequeña placita, con una fuente sombreada por una higuera que abre sus tiernas hojas sobre la balsa del agua quieta.

[5]«Ahí está Samuel de Analía» dice Santiago de Alfeo, que debe 374.5
conocerle bien. El joven está para entrar en casa con el cordero... Va cargado también con otros alimentos.

«Se ocupa de la cena pascual también para su pariente» observa Judas de Alfeo.

«¿Pero ahora se ha establecido aquí? ¿No estaba fuera?» dice Pedro.

«Sí. Se ha establecido aquí. Se dice que tiene relaciones con la hija de Cleofás, el fabricante de sandalias. Tiene mucho dinero esa mujer...».

«¡Ah! ¿Y por qué dice, entonces, que Analía le ha abandonado?» pregunta Judas Iscariote. «¡Es una mentira!».

«El hombre se sirve fácilmente de la mentira. Y no sabe que haciéndolo se mete por el camino del mal. Basta el primer paso, *un paso*, para no poderse ya liberar... Es como el ajonje... es un laberinto... una armadija. Una armadija en bajada...» dice Jesús a Judas

de Keriot.

«¡Qué pena! ¡Parecía tan bueno el año pasado ese hombre!» dice Santiago de Zebedeo.

«Sí. Yo creía que imitaría a su prometida en cuanto a entregarse totalmente a ti, haciendo así una pareja de esposos ángeles y siervos tuyos. ¡Vamos que lo habría jurado!...» dice Pedro.

«¡Simón mío! No jures nunca sobre el futuro de un hombre. Es la cosa más incierta que hay. Ningún elemento presente en el momento del juramento puede ser fianza de juramento seguro. Hay delincuentes que se hacen santos, y hay justos, o que tienen apariencia de justos, que se hacen delincuentes» le responde Jesús.

374.6 [6]Samuel, entretanto, después de entrar en casa, ha vuelto a salir para ir a la fuente por agua pura... Y ve a Jesús. Le mira con visible desprecio y lanza un insulto; sí, ciertamente es un insulto, pero es en hebreo y no lo entiendo.

Judas Iscariote se lanza repentinamente hacia delante, le coge por un brazo y le da unos meneos como si fuera un árbol del que se quisiera hacer caer la fruta madura: «¿Así hablas al Maestro, pecador? ¡Abajo! ¡De rodillas! ¡Inmediatamente! ¡Pídele perdón, lengua sucia de inmundicia de cerdo! ¡Abajo! ¡O te destrozo!». Es terrible este Judas con esta violencia repentina. Su rostro se altera terriblemente. Inútilmente Jesús trata de calmarle. Hasta que no ve al blasfemo arrodillado en la tierra fangosa que hay alrededor de la fuente, no afloja la presión.

«Perdón» dice entre dientes el malaventurado, que debe sentirse torturado por la tenaza de los dedos de Judas. Pero lo dice mal. Sólo porque se ve forzado.

Jesús responde: «No guardo rencor. Tú sí, a pesar de lo que dices. La palabra es inútil, si no está acompañada del movimiento del corazón. Tú, en el corazón, blasfemas contra mí todavía. Y con doble culpa; porque me acusas y me odias por un motivo que tu conciencia, en lo profundo, te dice que no es verdad, y porque tú eres el único que ha faltado, no Analía, ni tampoco Yo. Pero te lo perdono todo. Ve y trata de volver a ser honesto y grato a Dios. Déjale, Judas».

«Me marcho. ¡Pero te odio! Me has pervertido a Analía y te odio...».

«De todas formas, te consuelas con Rebeca, hija del fabricante de sandalias; y te consolabas con ella ya desde cuando Analía era tu prometida y, estando enferma, pensaba sólo en ti...».

«Me veía ya sin mujer... eso pensaba... y me buscaba esposa... Ahora he vuelto a Rebeca porque... porque... Analía no me acepta» dice Samuel disculpándose, al ver descubiertos sus enjuagues.

Judas Iscariote termina: «...y porque Rebeca es muy rica. Fea co-

mo una sandalia destaconada... y vieja como una suela perdida en un sendero... pero rica, eso sí, rica...», y ríe sarcásticamente mientras el otro huye.

«¿Cómo lo sabes?» pregunta Pedro.

«¡Es fácil saber dónde hay vírgenes y dinero!».

«¡Bien! ¿Vamos por esa calle estrecha, Maestro? Esta plaza es un horno de pan. Allí hay sombra y ventilación» suplica Pedro, que está sudando.

7Y caminan, despacio porque esperan a los otros de regreso. La 374.7
pequeña calle está desierta.

Una mujer se separa de una puerta y viene a postrarse a los pies de Jesús llorando.

«¿Qué te pasa?».

«¡Maestro!... ¿Ya te has purificado?».

«Sí. ¿Por qué lo preguntas?».

«Porque quería decirte... Pero no te puedes acercar a él. Es todo podredumbre... El médico dice que está infectado. Después de la Pascua voy a llamar al sacerdote... y... Hinnón le recibirá. No me culpes. No lo sabía... Trabajó durante muchos meses en Joppe y me volvió así, diciendo que se había herido. Usé bálsamos y lavados con aromas... Pero no aprovechaban. Consulté a un herbolario. Me dio polvos para la sangre... Separé a los hijos... separé la cama... porque... me empezaba a dar cuenta. Empeoró. Llamé a un médico. Me dijo: "Mujer, tú sabes tu deber y yo el mío. Esto es herida de lujuria. Sepárale de ti; yo le separaré del pueblo; el sacerdote, de Israel. Tenía que haber reflexionado cuando ofendía a Dios, te ofendía a ti y se ofendía a sí mismo. Ahora que pague". Obtuve el silencio suyo hasta el día siguiente de los Ácimos. Pero, si Tú tuvieras piedad del pecador, y de mí, que todavía le amo, y de los cinco hijos inocentes...».

«¿Qué quieres que te haga? ¿No crees que quien ha pecado es justo que expíe?».

«¡Sí, Señor! ¡Pero Tú eres la Misericordia viviente!». Toda la fe de que una mujer es capaz está presente en la voz, en la mirada, en el gesto de la mujer arrodillada con los brazos extendidos hacia el Salvador.

«¿Y él que tiene en su corazón?».

«Humillación... ¿Qué otra cosa podría tener, Señor?».

«¡Sería suficiente un movimiento sobrenatural de arrepentimiento, de justicia, para obtener piedad!...».

«¿Justicia?».

«Sí. Decir: "He pecado... Mi pecado merece esto y mucho más, y a

los que he ofendido les pido misericordia"».

«Yo ya se la he dado. Tú, Dios, dásela. No puedo decirte: entra...
374.8 Ya ves que no te toco ni siquiera yo... [8]Pero, si quieres, le llamo, y le digo que hable desde la terraza».

«Sí».

La mujer mete la cabeza dentro de la puerta de casa y llama fuerte: «¡Jacob! ¡Jacob! Sube al tejado. Asómate. No temas».

El hombre, pasados unos momentos, se asoma por el antepecho de la terraza. Una cara amarillenta, hinchada; vendados el cuello y una mano... Una ruina tábida de hombre... Mira con los ojos aguosos propios del enfermo de innobles enfermedades. Pregunta: «¿Quién me requiere?».

«¡Jacob, está aquí el Salvador!...». La mujer no dice nada más, pero parece como si quisiera hipnotizar al enfermo, infundirle su pensamiento...

El hombre, sea porque siente este pensamiento de ella, sea por un movimiento espontáneo, extiende los brazos y dice: «¡Libérame! ¡Creo en ti! ¡Es horrible morir así!».

«Es horrible faltar al propio deber. ¿No pensabas en ésta, ni en los hijos?».

«Piedad, Señor... Por ellos, por mí... ¡Perdón! ¡Perdón!». Y se deja caer encima del murete, llorando. Las manos, vendadas, sobresalen con todo el brazo, descubierto ahora por haberse subido la manga, con manchas por las ya próximas pústulas, hinchado, repelente... El hombre, así como está, parece una marioneta macabra, un cadáver arrojado allí, ya próximo a la descomposición: da pena y náusea al mismo tiempo.

La mujer llora, todavía en el polvo del suelo, de rodillas.

Jesús parece esperar aún una palabra... que, por fin, baja, entre sollozos: «¡Elevo mi dolor a ti contrito de corazón! Dame al menos la promesa de que ellos no sufrirán hambre... y luego... me marcharé, resignado, a expiar. ¡Y salva mi alma, Salvador bendito! ¡Al menos mi alma! ¡Al menos mi alma!».

«Sí. Te curo. Por los inocentes. Para darte el modo de mostrarte justo. ¿Comprendes? Recuerda que el Salvador te ha curado. Dios, por el modo en que respondas a esta gracia, te absolverá de tus pecados. Adiós. La paz a ti, mujer». Y se marcha, casi corriendo, al encuentro de los que regresan del Getsemaní. Ni siquiera los gritos del hombre, que siente y ve que se está curando, le detienen, ni tampoco los de la mujer...

«Vamos a torcer por esta callejuela, para no pasar otra vez por allí» dice Jesús después de haberse reunido con los otros.

[9]Entran por una callejuela miserable, tan estrecha que a duras penas dos pasan de lado, y, si viene por ella un burro con albardas, no queda otra solución sino aplastarse contra la pared como un sello. Hay penumbra, por los tejados que casi se tocan, y soledad, silencio y mal olor. Van en fila, como si fueran frailes, hasta el final de la callejuela miserable. Luego, en una placita llena de muchachos, se reúnen otra vez en grupo. 374.9

«¿Por qué has dicho esas palabras a aquel hombre? No las usas nunca...» pregunta curioso Pedro.

«Porque aquel hombre será uno de mis enemigos. Y este pecado agravará el que ya tiene».

«¡¿Y le has curado?!» preguntan todos, estupefactos.

«Sí. Por los pequeñuelos inocentes».

«¡Mmm! Volverá a enfermar...».

«No. De la vida del cuerpo, después del susto y el sufrimiento pasados, tendrá cuidado; no volverá a enfermar».

«Pero dices que pecará contra ti. Yo le quitaba la vida».

«Tú eres un hombre pecador, Simón de Jonás».

«Y Tú demasiado bueno, Jesús de Nazaret» replica Pedro.

Los absorbe una calle central y ya no veo nada más.

[10]Nota mía. 374.10

Reconozco tanto al hombre curado como a Samuel. El primero es el que, en la Pasión, golpea con una piedra a Jesús en la cabeza. Reconozco más que a él a su mujer, doliente ahora como entonces; y la casa, que tiene una puerta sui generis, alta, sobre tres peldaños. Y lo mismo, con la máscara de odio que le transforma, reconozco en Samuel al joven que mata a su madre de una patada, para poder ir a golpear al Maestro con un garrote.

375. La cena ritual en casa de Lázaro y el banquete sacrílego en la casa de Samuel.

3 de febrero de 1946.

[1]Cuando Jesús entra en el palacio, ve que está invadido por una gran cantidad de personas de servicio que han venido de Betania y se apresuran en los preparativos. Lázaro, echado en un triclinio y con muchos dolores, saluda con una pálida sonrisa a su Maestro, el cual acelera el paso hacia él y se inclina, todo amor, hacia el triclinio, diciendo: «Has sufrido mucho con los bamboleos del carro, ¿no es verdad, amigo mío?». 375.1

«Mucho, Maestro» responde Lázaro, tan postrado que con sólo evocar lo que ha sufrido le vuelven de nuevo las lágrimas a los ojos.

«¡Por culpa mía! ¡Perdóname!».

Lázaro coge una de las manos de Jesús y se la lleva a la cara, frota contra ella el carrillo enflaquecido, la besa, y susurra: «¡No por culpa tuya, Señor! Y estoy muy contento de que celebres conmigo la Pascua... mi última Pascua...».

«Si Dios lo quiere, a pesar de todo, celebrarás muchas otras todavía, Lázaro. Y tu corazón siempre estará conmigo».

«Ha llegado mi fin. Me quieres consolar... pero ya es el fin. Y lo siento...». Llora.

«¿Lo ves, Señor? Lázaro no hace más que llorar» dice Marta compasiva. «Dile que no lo haga. ¡Se agota!».

«La carne tiene también sus derechos. El sufrimiento es penoso, Marta, y la carne llora. Necesita este desahogo. Pero el alma está resignada, ¿no es verdad, amigo mío? Tu alma de justo hace complacientemente la voluntad del Señor...».

«Sí... Pero ahora lloro porque Tú, estando tan perseguido, no vas a poder asistirme en la muerte... Me estremece la muerte, tengo miedo de morir... Si estuvieras Tú, no tendría nada de esto. Me refugiaría en tus brazos... y me dormiría así... ¿Cómo voy a lograr morir sin sentir movimientos contra la obediencia a esta tremenda voluntad?».

«¡Ánimo, hombre! ¡No pienses en estas cosas! ¿Ves? Haces llorar a tus hermanas... El Señor te ayudará tan paternamente que no sentirás miedo. Son los pecadores los que tienen que tener miedo...».

«¿Pero Tú, si puedes, vienes a mi agonía? ¡Prométemelo!».

«Te lo prometo. Esto y más todavía».

«Mientras preparan las cosas, cuéntame lo que has hecho esta mañana...».

Y Jesús, sentado en el borde del triclinio, con una de las enflaquecidas manos de Lázaro entre las suyas, cuenta con pelos y señales todo lo que ha sucedido, hasta que Lázaro, rendido, se adormece; y Jesús no le deja ni siquiera entonces; permanece inmóvil para no disturbar ese sueño reparador, y hace señas de que se haga el menor ruido posible, tanto que Marta, después de traer a Jesús algo de comer, se retira de puntillas, corre la tupida cortina y cierra la robusta puerta. El ruido de la casa, toda en movimiento, se atenúa así para transformarse en un susurro apenas sensible. Lázaro duerme. Jesús ora y medita.

375.2 [2]Pasan las horas así, hasta que María de Magdala viene a traer una lamparilla, porque cae la tarde y ya se cierran las ventanas. «¿Duer-

me todavía?» susurra.

«Sí. Está muy tranquilo. Le viene bien».

«Hacía meses que no dormía tanto... Creo que mucha de su agitación era el miedo a la muerte. Contigo al lado, no hay miedo... a nada... ¡Qué fortuna para él!».

«¿Por qué, María?».

«Porque te podrá tener a su lado cuando muera. Pero yo...».

«¿Por qué tú no?».

«Porque Tú quieres morir... y pronto. Y yo, ¿quién sabe cuándo moriré? ¡Haz que muera antes de ti, Maestro!».

«No, debes servirme mucho tiempo todavía».

«¡Entonces tengo razón al hablar de la fortuna de Lázaro!».

«Todos los amados tendrán su misma fortuna, y más que él».

«¿Quiénes son? ¿Las personas puras, verdad?».

«Los que saben amar totalmente. Por ejemplo tú, María».

«¡Oh, Maestro mío!». María se deja caer al suelo, encima de la estera multicolor que cubre el piso de esta habitación, y ahí permanece en adoración a su Jesús.

Marta, buscándola, introduce la cabeza. «¡Ven, oye! Tenemos que decorar la sala roja para la cena del Señor».

«No, Marta. Dejad esa sala para los más humildes, para los campesinos de Jocanán, por ejemplo».

«¿Pero por qué, Maestro?».

«Porque cada pobre es otro Jesús y Yo estoy en ellos. Honrad siempre al pobre al que ninguno ama, si queréis ser perfectas. Para mí preparad en el atrio. Teniendo abiertas las puertas de las muchas habitaciones que dan a él, todos me verán por igual, y Yo veré a todos».

Marta, no demasiado satisfecha, objeta: «¡Pero Tú en un vestíbulo!... ¡No es digno para ti!...».

«Ve, ve. Haz lo que te digo. Es dignísimo hacer lo que el Maestro aconseja».

Marta y María salen sin hacer ruido y Jesús se queda, paciente, velando al amigo que descansa.

[3]Las cenas están en pleno desarrollo: con una poco justa distribu- 375.3
ción de los invitados, según el punto de vista humano, pero con una visión superior, tendente a dar honor y amor a aquellos que el mundo normalmente no considera.

Así, en la espléndida, regia sala roja, cuya bóveda apoya en dos columnas de pórfido rojo, entre las cuales ha sido colocada la larga mesa, están sentados los campesinos de Jocanán, junto con Marg-

ziam e Isaac, más otros discípulos, hasta completar el número adecuado. * En la sala en que tuvo lugar la cena de la noche precedente hay otros discípulos de entre los más humildes. En la sala blanca — un sueño de candor — están las discípulas vírgenes, y con ellas, que son sólo cuatro, están las hermanas de Lázaro y Anastática y otras jóvenes; pero la reina de la fiesta es María, la Virgen por excelencia. En la habitación de al lado, que quizás es una biblioteca — porque está recubierta de altas arcas obscuras que quizás contienen rollos, o los contenían —, están las viudas y las mujeres casadas; presiden el grupo Elisa de Betsur y María de Alfeo. Y así sucesivamente.

Pero lo que impresiona es ver a Jesús en el atrio marmóreo. Es verdad que el gusto señorial de las dos hermanas de Lázaro ha hecho del cuadrado vestíbulo un verdadero salón luminoso, floreteado, más espléndido que una sala. ¡Pero sigue siendo un vestíbulo! Jesús está con los doce; a su lado, Lázaro y con Lázaro Maximino.

Prosiguen las cenas según el rito... Jesús rebosa de alegría por estar en el centro de todos sus discípulos fieles.

375.4 [4]Terminada la cena, bebido el último cáliz, cantado el último salmo, todos los que estaban en las distintas salas afluyen al atrio; pero no caben, dada la presencia de la mesa, que ocupa no poco espacio.

«Vamos a la sala roja, Maestro. Corremos la mesa contra la pared y nos ponemos todos alrededor de ti» sugiere Lázaro, y hace una señal a los criados para que así lo hagan.

Ahora Jesús, sentado en el centro, entre dos columnas de preciado valor, bajo la lámpara rutilante, elevado encima de un pedestal hecho con dos triclinios usados para la cena, parece verdaderamente un rey sentado en el trono en medio de sus cortesanos. La túnica de lino que se ha puesto antes de la cena resplandece como si estuviera confeccionada con hilos preciosos, y parece aún más blanca en el contraste con el rojo mate de las paredes y el rojo brillante de las columnas. Y su rostro es verdaderamente divino y regio mientras habla o escucha a los que tiene alrededor. Los más humildes — a quienes ha querido tener muy cerca —, sintiéndose amados por los demás fraternalmente, hablan con seguridad, manifestando sus esperanzas y congojas con sencillez y fe.

375.5 [5]¡Pero el más feliz entre tantas personas felices es el abuelo de Margziam! No se separa ni un instante de su nieto, goza mirándole y escuchándole... De vez en cuando, dado que está sentado junto a

---

* *el número adecuado* puede referirse, junto con las expresiones análogas encontradas en 372.6, a la prescripción de *Éxodo 12, 4* en el contexto del ritual para la celebración de la Pascua, para la cual remitimos a: *Éxodo 12; 13,1-16; 23,14-19; 34,10-28; Levítico 23,5-8; Números 9,1-14; 28,16-25; Deuteronomio 16,1-8; Ezequiel 45,18-24.*

Margziam, que está de pie, reclina su cabeza cana en el pecho de su nieto, y éste la acaricia.

Jesús ve este gesto varias veces y pregunta al anciano: «¿Padre, tu corazón se siente feliz?».

«¡Muy feliz, mi Señor! Ni siquiera me parece verdad. Sólo quisiera una cosa...».

«¿Cuál?».

«Morir, si fuera posible, en esta paz. Pronto por lo menos. Porque el máximo bien ya lo he recibido. Más no puede tener una criatura sobre la faz de la tierra... Irme... no sufrir más... Marcharme... Como has dicho justamente en el Templo, Señor. "Quien ofrece sacrificios con los bienes de los pobres es como quien degüella a un hijo ante los ojos de su padre". Lo único que retiene a Jocanán para emular a Doras es el miedo a ti. Está empezando a pasársele el recuerdo de lo que le sucedió al otro. Sus campos prosperan y él los fertiliza con nuestro sudor. ¿No es el sudor, acaso, un bien de los pobres, su propio yo que se exprime en trabajos superiores a sus fuerzas? No nos pega, nos da lo que hace falta para mantenernos fuertes para el trabajo. Pero, ¿no nos explota más que a los bueyes? Decidlo vosotros, compañeros míos...».

Los labriegos de Jocanán — los viejos y los nuevos — asienten.

«¡Mmm! Creo que... Sí, que tus palabras le hacen ser más vampiro que nunca; y a costa de éstos... ¿Por qué las dijiste, Maestro?» pregunta Pedro.

«Porque se las merecía. ¿No es verdad, vosotros de los campos?».

«¡Sí! Los primeros meses... fue bien. Pero ahora... peor que antes» afirma Miqueas.

«El cubo del pozo por su propio peso desciende» sentencia el sacerdote Juan.

«Sí, y el lobo pronto se cansa de aparecer como cordero» incrementa Hermas.

Las mujeres hablan bajo entre sí, compasivas. Jesús, dilatados sus ojos por la compasión, mira a los pobres labriegos, afligido de verse impotente para quitarles este peso.

Lázaro dice: «Había ofrecido sumas locas para conseguir esos campos y dar a éstos la paz. Pero no he logrado hacerme con ellos. Doras me odia. Es semejante en todo a su padre».

«Bueno... pues moriremos así. Éste es nuestro destino. ¡Pero bienvenido será el descanso en el seno de Abraham!» exclama Saulo, otro campesino de Jocanán.

«¡En el seno de Dios, hijo! En el seno de Dios. La Redención se cumplirá, los Cielos se abrirán, y vosotros iréis al Cielo y...».

375.6 [6]Alguien golpea vigorosamente el portón. Los golpes retumban fuerte. Nace la alarma entre los presentes.

«¿Quién es?».

«¿Quién está por la calle la noche de Pascua?».

«¿Soldados?».

«¿Fariseos?».

«¿Soldados de Herodes?».

Pero, mientras la agitación se extiende, aparece Leví, el guardián del palacio: «Perdona, Rabí» dice «hay un hombre que pregunta por ti. Está en la entrada. Parece muy afligido. Es una persona anciana; del pueblo llano, me parece. Pregunta por ti. Y con urgencia».

«¡Hala! ¡No es ésta la noche más adecuada para milagros! Que vuelva mañana...» dice Pedro.

«No. Todas las noches son tiempo de milagros y de misericordia» dice Jesús poniéndose en pie; y desciende de su sitial para ir hacia el atrio.

«¿Vas solo? ¡Voy yo también!» dice Pedro.

«No. Quédate donde estás». Sale al lado de Leví.

En el fondo, junto al pesado portón, en el atrio semioscuro — han sido apagadas las lámparas que antes lo iluminaban — hay un anciano. Está muy nervioso. Jesús se acerca a él.

«Deténte, Maestro. Quizás he tocado un muerto y no quiero contaminarte. Soy el pariente de Samuel, el prometido de Analía. Estábamos consumiendo la cena, y Samuel bebía, bebía, bebía... contra lo que es lícito. Pero es que ese joven, desde hace un tiempo, me parece un desquiciado. ¡Es el remordimiento, Señor! Medio borracho y bebiendo más, decía: "Así no me acordaré de que le he dicho que le odio. Porque yo, sabedlo, he maldecido al Rabí". Y me parecía Caín, porque repetía: "Mi iniquidad es demasiado grande. ¡No merezco perdón! ¡Tengo que beber! Beber para no recordar. Porque está escrito que quien maldice a su Dios llevará consigo su pecado y es reo de muerte". Deliraba ya así, cuando ha entrado en la casa un pariente de la madre de Analía para preguntar el porqué del repudio. Samuel, medio borracho, ha reaccionado con malas palabras. El hombre, por su parte, le ha amenazado con llevarle al magistrado por el perjuicio que causa al honor de la familia. Samuel ha sido el primero en darle una bofetada. Se han enzarzado... Yo soy viejo, como también es vieja mi hermana, y viejos son el criado y la criada. ¿Qué podíamos hacer nosotros cuatro, y qué podían hacer las dos niñas, hermanas de Samuel? ¡Podíamos gritar! ¡Podíamos tratar de separarlos! Nada más... Y Samuel ha cogido el hacha con que habíamos preparado la leña para el cordero y le ha dado con ella en la cabeza... No

le ha abierto la cabeza porque ha golpeado con el reverso, no con el tajo. Pero el otro ha empezado a tambalearse, borbotando, y se ha caído... Hemos dejado de gritar... para... para que no viniera gente... Nos hemos atrincherado en casa... Aterrorizados... Esperábamos que el hombre volviera en sí echándole agua en la cabeza. Pero sigue borbotando, borbotando. Se va a morir, está claro. En algunos momentos parece ya muerto. Yo, en uno de estos momentos, me he marchado para venir a llamarte. Mañana... quizás antes, los parientes buscarán al hombre. En nuestra casa, porque sabían que había venido. Y le encontrarán muerto... Y matarán a Samuel, según la Ley... ¡Señor! ¡Señor! La deshonra ya ha caído sobre nosotros... ¡Pero esto no! ¡Por mi hermana piedad, Señor! Él te ha maldecido... pero su madre te ama... ¿Qué debemos hacer?».

«Espérame aquí. Voy Yo» y Jesús vuelve a la sala y, desde la puerta, dice: «Judas de Keriot, ven conmigo».

«¿A dónde, Señor?» dice Judas obedeciendo inmediatamente.

«Lo sabrás. Vosotros todos seguid aquí con paz y amor. Volvemos pronto».

[7]Salen de la sala, del vestíbulo, de la casa. Pronto recorren las ca- 375.7
lles, desiertas y obscuras. Llegan a la casa fatal.

«¡¿La casa de Samuel?! Por qué...».

«Silencio, Judas. Te he tomado conmigo porque tengo confianza en tu buen sentido».

El viejo se ha dado a reconocer. Entran. Suben al comedor, hasta donde han arrastrado al hombre agredido.

«¡¿Un muerto?! ¡Pero Maestro! ¡Nos contaminamos!».

«No está muerto. ¿No ves que respira?, ¿no oyes los estertores? Ahora le voy a curar...».

«¡Pero tiene un golpe en la cabeza! ¡Aquí ha habido un delito! ¿Quién ha sido?... ¡Y en el día del cordero!». Judas está horrorizado.

«Ha sido él» dice Jesús señalando a Samuel, que está en el suelo, en un rincón, hecho un ovillo, más moribundo que el propio moribundo, con estertores de terror como el otro de agonía, cubierta su cabeza con el extremo del manto, para no ver y no ser visto, mirado por todos con horror, por todos menos por la madre, que al horror por el homicida une la angustia por el hijo culpable y condenado ya de antemano por la férrea ley de Israel. «¿Ves a dónde conduce un primer pecado? ¡A esto, Judas! Empezó siendo perjuro contra la mujer, luego contra Dios; luego se ha hecho calumniador, embustero, blasfemo, luego se ha dado al vino y ahora es un homicida. Así se cae en el poder de Satanás, Judas. Tenlo siempre presente...». Jesús se muestra terrible mientras señala a Samuel con su brazo extendido.

Pero luego mira a la madre, que, agarrada a una contraventana, apenas si se tiene en pie, temblorosa (parece ya cercana a la muerte), y con tristeza dice: «¡Y así, Judas, se mata, sin más arma que la del delito del hijo, a las pobres madres!... De ella siento compasión. ¡Yo siento compasión por las madres! Yo, el Hijo que no verá compasión hacia su Madre...». Jesús llora... Judas le mira estupefacto...

375.8 [8]Jesús se inclina hacia el moribundo y le pone una mano en la cabeza. Ora. El hombre abre los ojos. Parece como un poco ebrio. Atónito... Pero pronto vuelve en sí.

Hincando los puños contra el suelo, se sienta. Mira a Jesús. Pregunta: «¿Quién eres?».

«Jesús de Nazaret».

«¡El Santo! ¿Por qué aquí junto a mí? ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi hermana y su hija? ¿Qué ha sucedido?». Trata de recordar.

«Hombre, tú me llamas santo. ¿Me crees santo entonces?».

«Sí, Señor. Tú eres el Mesías del Señor».

«¿Entonces mi palabra es sagrada para ti?».

«Sí, Señor».

«Entonces — Jesús se yergue, está majestuoso — ...entonces Yo, como Maestro y Mesías, te ordeno que perdones. Has venido aquí y has sido insultado...».

«¡Ah! ¡Samuel! ¡Sí!... ¡El hacha! Le denun...» dice mientras se levanta.

«No. Perdona en nombre de Dios. Te he curado para esto. Nutres afecto por la madre de Analía porque ha sufrido; pues esta de Samuel sufriría más todavía. Perdona».

El hombre se muestra muy elusivo. Mira con claro rencor al que le ha herido. Mira a la madre angustiada. Mira a Jesús, que le domina... No se sabe decidir.

Jesús le abre los brazos y le arrima contra su pecho, diciendo: «¡Por amor a mí!».

El hombre rompe a llorar... ¡Estar entre los brazos del Mesías, sentir su aliento en los cabellos y un beso que desciende al lugar donde estaba el golpe!... Llora, llora...

Jesús dice: «¿Sí, no es verdad? ¿Perdonas por amor a mí? ¡Dichosos los misericordiosos! Llora, llora en mi corazón. ¡Salga con el llanto todo rencor! ¡Completamente nuevo! ¡Completamente puro! ¡Así! ¡Manso, manso como debe ser un hijo de Dios!...».

El hombre levanta la cara y dice entre lágrimas: «Sí. Sí. ¡Tu amor es muy dulce! ¡Tiene razón Analía! Ahora la comprendo... ¡Mujer! ¡No llores más! El pasado es pasado. Nadie sabrá nada por boca mía. Goza de tu hijo, si es que puede darte alegría. Adiós, mujer. Re-

greso a mi casa» y hace ademán de salir.

Jesús le dice: «Voy contigo, hombre. Adiós, madre. Adiós, Abraham. Adiós, niñas». No dice una sola palabra a Samuel, el cual, a su vez, no encuentra ninguna palabra.

La madre le quita de la cabeza bruscamente el manto, y, como reacción al momento pasado, se abalanza hacia el hijo: «¡Da gracias a tu Salvador, alma dura! ¡Dale gracias, hombre indigno, que no eres otra cosa!...».

«Déjale, déjale, mujer. Su palabra no tendría valor. El vino le tiene alelado y su alma está cerrada. Ora por él... Adiós».

[9]Baja las escaleras, alcanza en la calle a Judas y al otro, se libera 375.9
del anciano Abraham, que quiere besarle las manos, y se pone a andar raudo bajo los primeros rayos de la Luna.

«¿Estás lejos?» pregunta al hombre.

«Al pie del Moria».

«Entonces tenemos que separarnos».

«Señor, me has conservado para los hijos, para mi mujer, para mi vida. ¿Qué debo hacer por ti?».

«Ser bueno, perdonar y callar. Jamás, por ningún motivo, debes decir ni una palabra de cuanto ha sucedido. ¿Lo prometes?».

«¡Lo juro por el sagrado Templo! A pesar de que me duela el no poder decir que me has salvado...».

«Sé un hombre justo y Yo salvaré tu alma. Y esto sí que lo podrás decir. Adiós, hombre. La paz sea contigo».

El hombre se arrodilla, saluda, se separan.

«¡Qué cosas! ¡Qué cosas!» dice Judas, ahora que están solos.

«Sí. Horrendas. Judas, tú tampoco debes hablar».

«No, Señor. Pero, ¿por qué has querido que viniera yo contigo?».

«¿No estás contento de mi confianza?».

«¡Mucho! Pero...».

«Pues porque quería que meditaras sobre esto: a dónde puede conducir la mentira, la avidez de dinero, la crápula y las prácticas inertes de una religión que ha dejado de sentirse, y de practicarse, espiritualmente. ¿Qué era el banquete simbólico para Samuel? ¡Nada! Crápula. Un sacrilegio. Y en él se ha hecho homicida. Muchos en el futuro serán como él, y con el sabor del Cordero en la lengua — y no del cordero nacido de oveja, sino del Cordero divino — irán al delito. ¿Y por qué sucede eso? ¿Cómo sucede? ¿No te lo preguntas? Pues te lo digo igualmente: porque habrán preparado esa hora con muchos hechos precedentes cometidos, primero por desatenciones, por obstinación después. Recuerda esto, Judas».

«Sí, Maestro. ¿Y qué vamos a decir a los demás?».

«Que había uno muy grave. Es verdad».
Tuercen rápidamente por una calle y los pierdo de vista.

376. Lección sobre la obra salvífica de los santos, y condena al Templo corrompido.

4 de febrero de 1946.

376.1 [1]Muchos discípulos y discípulas ya se han despedido y han regresado a las casas que los hospedan, o han tomado de nuevo el camino por el que habían venido.

En la espléndida tarde de este abril ya avanzado, quedan en la casa de Lázaro los discípulos en el verdadero sentido de la palabra, y especialmente los más consagrados a la predicación, o sea, los pastores, Hermas y Esteban, el sacerdote Juan, Timoneo, Hermasteo, José de Emaús, Salomón, Abel de Belén de Galilea, Samuel y Abel de Corazín, Agapo, Aser e Ismael de Nazaret, Elías de Corazín, Felipe de Arbela, José (el barquero de Tiberíades), Juan de Éfeso, Nicolái de Antioquía. De las mujeres, quedan, además de las discípulas más conocidas, Analía, Dorca, la madre de Judas, Mirta, Anastática, las hijas de Felipe. Ya no veo a Miriam de Jairo, ni al propio Jairo (quizás ha regresado a donde estaba hospedado).

Pasean lentamento por los patios, o también por la terraza de la casa. Alrededor de Jesús, que está sentado junto al triclinio de Lázaro, están casi todas las mujeres y todas las antiguas discípulas. Le escuchan mientras habla con Lázaro describiendo los pueblos que han atravesado en las últimas semanas que han precedido al viaje pascual.

376.2 [2]«Has llegado justo a tiempo de salvar al pequeño» comenta Lázaro después de la narración de lo del castillo de Cesarea de Filipo, señalando al lactante que duerme feliz en los brazos maternos. Y Lázaro añade: «¡Es un niño muy bonito! Mujer, ¿me lo dejas ver de cerca?».

Dorca se levanta y, silenciosamente, pero triunfalmente, ofrece a su hijo a la admiración del enfermo.

«¡Un niño muy bonito! ¡Precioso! Que el Señor te lo proteja y le haga crecer sano y santo».

«Y fiel a su Salvador. Si no fuera fiel en el futuro, lo querría muerto, ya ahora. ¡Todo menos que, después de haber sido salvado, sea ingrato con el Señor!» dice Dorca firmemente, y vuelve a su sitio.

«El Señor llega siempre a tiempo de salvar» dice Mirta, madre de Abel de Belén. «El mío no estaba menos cerca de la muerte que el

pequeñuelo de Dorca. ¡Y qué muerte! Pero llegó Él... y salvó. ¡Qué hora tan tremenda!...». Mirta palidece todavía al recordarlo...

«Entonces vendrás a tiempo también para mí, ¿no es verdad? Para darme paz...» dice Lázaro acariciando la mano de Jesús.

«¿Pero no estás un poco mejor, hermano mío?» pregunta Marta. «Ya desde ayer te veo mejorado...».

«Sí. Estoy asombrado yo mismo. Quizás Jesús...».

«No, amigo. Es que vierto en ti mi paz. Tu alma está saturada de esta paz, y ello atenúa el sufrimiento de los miembros. Es decreto de Dios que sufras».

«Y que muera. Dilo, dilo. Bien, pues... hágase su voluntad, como Tú enseñas. Desde este momento no volveré a pedir ni curación ni alivio. He recibido tanto de Dios (y mira involuntariamente a María, su hermana), que es justo que con mi docilidad corresponda a lo mucho que he recibido...».

[3]«Haz más, amigo mío. Ya es mucho el que uno se resigne y sufra el dolor. Tú, no obstante, da al dolor un valor mayor». 376.3

«¿Cuál, mi Señor?».

«Ofrecerlo por la redención de los hombres».

«Yo soy también un pobre hombre, Maestro. No puedo aspirar a ser un redentor».

«Lo dices tú. Pero estás equivocado. Dios se ha hecho Hombre para ayudar a los hombres. Pero los hombres pueden ayudar a Dios. Las obras de los justos serán unidas a las mías en la hora de la Redención; de los justos muertos ya hace siglos, de los que viven y de los futuros. Tú, ya desde ahora, agrega las tuyas. ¡Es tan hermoso unirse a la Bondad infinita, agregar a ella aquello que podamos ofrecer de *nuestra* bondad limitada, y decir: "Yo también contribuyo, Padre, al bien de los hermanos"! No puede haber amor más grande, hacia el Señor y hacia el prójimo, que este de saber padecer y morir por dar gloria al Señor y salvación eterna a nuestros hermanos. ¿Salvarse uno para sí mismo? Es poco. Es un "mínimo" de santidad. Hermoso es salvar. Darse para salvar. Impulsar el amor hasta convertirnos en hoguera inmoladora para salvar. Entonces el amor es perfecto. Y grandísima será la santidad del generoso».

«¡Qué bonito es todo esto, ¿no es verdad, hermanas mías?» dice Lázaro con embelesada sonrisa en su rostro afilado.

Marta asiente, emocionada, con la cabeza.

[4]María, que está sentada en un almohadón a los pies de Jesús, en su postura habitual de humilde y ardiente adoradora, dice: «¿Cuesto yo estos sufrimientos a mi hermano? ¡Dímelo, Señor, para que mi congoja sea completa!...». 376.4

Lázaro exclama: «No, María, no. Yo... debía morir a causa de ello. No te claves flechas en el corazón».

Pero Jesús, sincero hasta el extremo, dice: «¡Sí, ciertamente! Yo he oído las oraciones de tu buen hermano, y los latidos de su corazón. Pero esto no debe producirte una angustia gravosa; antes bien, debe darte la voluntad de ser perfecta, por lo que cuestas. ¡Y exulta! Exulta porque Lázaro, por haberte arrebatado al demonio...».

«¡No yo! Tú, Maestro».

«...por haberte arrebatado al demonio, ha merecido de Dios un premio futuro, por el que hablarán de él las gentes y los ángeles. Y, lo mismo que para el caso de Lázaro, también de otros, y especialmente de otras, que han arrancado con su heroísmo la presa de las manos de Satanás».

«¿Quiénes son? ¿Quiénes son?» preguntan curiosas las mujeres, y quizás todas esperan ser ellas, una por una.

376.5 [5]María de Judas no habla. Pero mira, mira al Maestro... Jesús también la mira. Podría darle falsas esperanzas. No lo hace. No la mortifica, pero tampoco le infunde falsas esperanzas. Responde a todas: «Lo sabréis en el Cielo».

La siempre angustiada madre de Judas pregunta: «¿Y si una, a pesar de quererlo, no logra el objetivo? ¿Cuál será su destino?».

«El que merece su alma buena».

«¿El Cielo? Pero, Señor, una esposa, una hermana, una madre que... que no lograra salvar a aquellos a quienes ama y los viera condenados, ¿podría tener el Paraíso aun estando en el Paraíso? ¿No crees que esa mujer no tendrá jamás alegría, porque... la carne de su carne y la sangre de su sangre habrán merecido condena eterna? Yo creo que no podrá gozar mientras ve a su amado en atroz pena...».

«Estás en un error, María. La visión de Dios, la posesión de Dios, son fuentes de una dicha tan infinita, que para los bienaventurados no subsiste ninguna pena. Diligentes y atentos para ayudar todavía a los que pueden ser salvados, no sufren por los que están separados de Dios y, por tanto, de ellos mismos que están en Dios. La comunión de los santos es para los santos».

«Pero si siguen ayudando a los que pueden ser salvados, es señal de que estos que reciben la ayuda no son todavía santos» objeta Pedro.

«Pero tienen voluntad, al menos pasiva, de serlo. Los santos en Dios ayudan incluso en las necesidades materiales para hacer pasar a aquéllos de una voluntad pasiva a una activa. ¿Me comprendes?».

«Sí y no. Te pongo un ejemplo. Si yo estuviera en el Cielo y viera, vamos a suponerlo, un movimiento apenas perceptible de bondad

en... digamos Elí el fariseo, ¿qué haría?».

«Echarías mano de todos los medios para aumentar sus movimientos buenos».

«¿Y si no sirviera para nada? ¿Después?».

«Después, una vez condenado, te desinteresarías de él».

«Y si, como sucede ahora, mereciera completamente la condenación, pero le estimase — cosa que no sucederá jamás —, ¿qué debería hacer?».

«En primer lugar has de saber que corres peligro de condenarte tú si dices que jamás le estimarás; en segundo lugar, has de saber que si estuvieras en el Cielo, formando unidad con la Caridad, pedirías por él, por su salvación, hasta el momento de su juicio. Habrá espíritus que serán salvados en el último momento, después de toda una vida de oración por ellos».

[6]Entra un criado diciendo: «Ha venido Manahén. Quiere ver al Maestro». 376.6

«Que venga. Sin duda querrá hablar de cosas serias».

Las mujeres, discretas, se retiran; los discípulos las siguen. Pero Jesús llama a Isaac, al sacerdote Juan, a Esteban y a Hermas, y, de los pastores discípulos, a Matías y a José. «Conviene que lo oigáis también vosotros que sois discípulos» explica.

Entra Manahén y se inclina.

«La paz a ti» saluda Jesús.

«La paz a ti, Maestro. El Sol se está poniendo. Para ti el primer paso después del sábado, mi Señor».

«¿Has tenido una buena Pascua?».

«¿¡Buena!? ¡Nada bueno puede suceder donde están Herodes y Herodías! Espero haber comido por última vez el cordero con ellos. ¡A costa de la vida, no prolongo mi permanencia con ellos!».

«Creo que cometes un error. Puedes servir al Maestro quedándote...» objeta Judas Iscariote.

«Eso es verdad. Y es lo que hasta ahora me ha retenido. Pero, ¡qué náusea! Podría substituirme Cusa...».

Bartolomé le hace una observación: «Cusa no es Manahén. Cusa es... Sí. Se mueve entre dos aguas. No denunciaría jamás a su señor. Tú eres más franco».

«Eso es verdad. Y es verdad lo que dices. Cusa es el cortesano. Es sensible al hechizo de la realeza... ¡Realeza? ¡¿Qué estoy diciendo?! ¡Del fango regio! Pero se ve rey estando con el rey... Le acongoja la pérdida de la privanza del rey. La otra noche parecía un lebrel apaleado cuando, casi arrastrándose, se presentó ante Herodes, que le había llamado tras haber escuchado las quejas de Salomé, a la que Tú

habías arrojado de tu presencia. Cusa estaba en un momento muy escabroso. El deseo de salvarse, a toda costa, incluso quizás acusándote a ti, criticándote, estaba escrito en su cara. Pero Herodes... Quería sólo reírse a espaldas de la muchacha, de la cual ya ha llegado un momento que siente náuseas, como también de la madre de ella. Y se reía como un desquiciado oyendo tus palabras dichas por Cusa. Repetía: "Demasiado, demasiado dulces todavía, para esa joven... (y dijo una palabra tan indecente que no te la digo). Habría debido pisotear sus entrañas insaciables... ¡Pero se habría contaminado!" y reía. Luego, poniéndose serio, dijo: "Pero... la afrenta, merecida por esa hembra, no se puede permitir para la corona. Yo soy magnánimo (está obsesionado con que lo es, y, dado que nadie se lo dice, pues se lo dice él a sí mismo) y perdono al Rabí, incluso considerando que ha dicho a Salomé la verdad. Pero quiero que venga a la Corte para perdonarle del todo. Quiero verle, oírle y hacerle obrar milagros. Que venga y yo me haré protector suyo". Esto decía la otra noche. Y Cusa no sabía qué responder. No quería decirle que no al monarca. Por otra parte, no podía decirle que sí. Porque Tú, ciertamente, no puedes condescender con los caprichos de Herodes. Hoy me ha dicho a mí: "Tú que vas donde Él... Hazle saber mi voluntad". La hago saber. Pero... ya sé la respuesta. De todas formas dímela, para poder transmitirla».

«¡No!». Un "no" que parece un rayo.

«¿No te crearás un enemigo demasiado fuerte?» pregunta Tomás.

«Y un verdugo también. Pero no puedo responder sino: "no"».

«Nos perseguirá...».

«Dentro de tres días ya no se acordará» dice Manahén encogiéndose de hombros. Y añade: «Le han prometido unas mimas... Llegan mañana... ¡Se olvidará de todo!...».

376.7 [7]Vuelve el doméstico: «Señor — dice a Lázaro —, han venido Nicodemo, José, Eleazar y otros fariseos y jefes del Sanedrín. Quieren saludarte».

Lázaro mira a Jesús interrogativamente. Jesús comprende: «Que vengan. Los saludaré de buena gana».

Poco después entran: José; Nicodemo; Eleazar, aquel justo del banquete de Ismael; Juan, aquel del banquete, ya lejano en el tiempo, del de Arimatea; otro, que oigo que le llaman Josué; otro, Felipe; otro, Judas; el último, Joaquín. Saludos sin fin. Menos mal que la sala es grande... si no, ¿cómo habrían podido meter en ella tantas reverencias y tanto abrir de brazos y tantas ampulosidades? Pero, a pesar de ser grande, se llena tanto, que los discípulos deciden desaparecer. ¡Quizás no dan crédito al hecho de no estar bajo el fuego de

tantas pupilas de miembros del Sanedrín! Se quedan solamente Lázaro y Jesús.

«Lázaro, sabemos que estás en Jerusalén. ¡Así que hemos venido!» dice el que tiene por nombre Joaquín.

«Me asombra y me alegra. Ya casi que no recordaba tu cara...» dice un poco irónico Lázaro.

«¡Hombre!... ya sabes... Queríamos venir. Pero... habías desaparecido...».

«¡Lo cual hubiera sido maravilloso! Efectivamente, es muy difícil visitar a un desdichado!».

«¡No! ¡No digas eso! Nosotros... respetábamos tu deseo. Pero ahora que... ahora que... ¿verdad Nicodemo?».

«Sí, Lázaro. Los viejos amigos vuelven. Incluso por el deseo de saber noticias tuyas y de venerar al Rabí».

«¿Qué noticias me traéis?».

«¡Mmm!... Las cosas de siempre... El mundo... Ya...» miran de reojo a Jesús, que está rígido en su asiento, un poco absorto.

[8]«¿Y cómo es que estáis todos juntos hoy nada más terminar el sábado?». 376.8

«Ha habido una reunión extraordinaria».

«¡¿Hoy?! ¿Pues qué motivo había tan urgente?...».

Los recién llegados miran furtiva y significativamente a Jesús. Pero Él está absorto... «Muchos motivos...» responden luego.

«¿No tienen que ver con el Rabí?».

«Sí, Lázaro. También con Él. Pero también se ha juzgado un hecho grave, acaecido mientras estábamos todos reunidos en la ciudad por las fiestas...» explica José de Arimatea.

«¿Un hecho grave? ¿Cuál?».

«Un... un error de... juventud... ¡Mmm! ¡En fin! Una grave controversia... porque... Rabí, escúchanos. Estás entre personas honestas. No somos discípulos tuyos, pero tampoco somos enemigos. En casa de Ismael me dijiste que no estaba lejos de la justicia» dice Eleazar.

«Es verdad. Y lo confirmo».

«Y yo te defendí contra Félix en el banquete de José» dice Juan.

«Eso también es verdad».

«Y éstos piensan como nosotros. Hoy hemos sido llamados a decidir... y no estamos contentos de lo que se ha decidido. Porque se han salido con la suya la mayoría, que estaban contra nosotros. Escucha y juzga Tú, que eres más sabio que Salomón».

Jesús los perfora con su profunda mirada. Luego dice: «Hablad».

«¿Estamos seguros de que nadie nos oye? Porque es... una cosa

horrenda...» dice el que se llama Judas.

«Cierra la puerta y corre la cortina, y estaremos en una tumba» le responde Lázaro.

376.9 [9]«Maestro, ayer por la mañana dijiste a Eleazar de Anás que no se contaminara por ninguna razón. ¿Por qué se lo dijiste?» pregunta Felipe.

«Porque había que decirlo. Él se contamina, Yo no; los libros sagrados lo dicen».

«Es verdad. Pero ¿cómo sabes que se contamina? ¿Te habló quizás la joven antes de la muerte?» pregunta Eleazar.

«¿Qué joven?».

«La que ha muerto después de la violencia, y con ella su madre. Y no se sabe si las ha matado el dolor o si se han matado, o si las han matado con veneno para que no hablaran».

«Yo no sé nada de esto. Veía el alma depravada del hijo de Anás. Sentía su mal olor. Hablé. Ni sabía ni veía más cosas».

«¿Pero qué ha pasado?» pregunta Lázaro con interés.

«Ha pasado que Eleazar de Anás vio a una joven, hija única de una viuda, y... la atrajo a sí con el pretexto de encargarle un trabajo, porque para vivir hacían labores de costura, y... abusó de ella. La joven murió... tres días después, y con ella la madre. Pero, antes de morir, a pesar de las amenazas recibidas, dijeron todo a su único pariente... Y éste fue donde Anás con la acusación. Pero, no contento todavía, se lo dijo a José, a mí y a otros... Anás ha mandado que le arresten y le metan en la cárcel. De ahí pasará a la muerte, o no volverá a ser libre. Hoy Anás ha querido saber nuestra opinión» dice Nicodemo.

«No lo habría hecho, si no hubiera sabido que nosotros ya estábamos al corriente» masculla entre dientes José.

«Sí... Vamos que con una apariencia de votación, con una simulación de juicio, se ha decidido sobre el honor y la vida de tres desdichados y sobre la pena para el culpable» termina Nicodemo.

«¿Y entonces?».

«¡Pues entonces! ¡Es natural! Nosotros, que hemos votado por la libertad del hombre y el castigo de Eleazar, hemos sido amenazados y expulsados como personas injustas. ¿Tú qué opinas?».

«Que Jerusalén me produce náuseas, y que en Jerusalén el bubón más fétido es el Templo» dice pausada y terriblemente Jesús. Y termina: «Se lo podéis decir a los del Templo».

«¿Y Gamaliel qué ha hecho?» pregunta Lázaro.

«En cuanto oyó el hecho, se tapó la cara y salió diciendo: "Venga pronto el nuevo Sansón para acabar con los filisteos depravados"».

«¡Bien ha dicho! Pronto vendrá».

Un momento de silencio.

[10]«¿Y de Él no se ha hablado?» pregunta Lázaro señalando a Jesús. 376.10

«¡Sí, claro! Antes que de ninguna otra cosa. Ha habido quien ha referido que calificaste de mezquino al reino de Israel. Por eso te han tachado de blasfemo; es más, de sacrílego. Porque el reino de Israel viene de Dios».

«¡¿Ah, sí?! ¿Y cómo ha llamado el Pontífice al violador de una virgen, al profanador de su ministerio? ¡Responded!» pregunta Jesús.

«Es el hijo del Sumo Sacerdote. Porque el *verdadero* rey allí dentro es Anás» dice, atemorizado por la majestuosidad de Jesús, Joaquín, que está frente a Él, alto, de pie, con el brazo extendido...

«Sí. El rey de la depravación. ¿Y queréis que no llame mezquino a un País en que tenemos un Tetrarca que es un sucio y un homicida y un Sumo Sacerdote cómplice de un violador y asesino?...».

«Quizás la joven se ha matado o ha muerto de dolor» susurra Eleazar.

«Asesinada, en cualquier caso, por su violador... ¿Y ahora no se hace una tercera víctima con el pariente, encarcelado para que no hable? ¿Y no se profana el altar acercándose a él con tantos delitos? ¿Y no se ahoga la justicia imponiendo silencio a los justos, demasiado escasos, del Sanedrín? ¡Sí, venga pronto el nuevo Sansón, y abata este lugar profanado; extermine para dar nueva salud!... Yo, a punto de vomitar, por la náusea que siento, no sólo llamo mezquino a este País desdichado, sino que me alejo de su corazón lleno de podredumbre, lleno de delitos sin nombre, cueva de Satanás... Me marcho. No por miedo a la muerte. Os demostraré que no tengo miedo. Me marcho porque no ha llegado mi hora y no doy perlas a los puercos de Israel, sino que se las llevo a los humildes, diseminados por las cabañas, por los montes, por los valles de los pueblos pobres. Lugares donde todavía se sabe creer y amar, si alguien lo enseña; lugares donde, bajo las toscas vestiduras hay espíritus. Aquí, por el contrario, las túnicas y mantos sagrados, y más todavía el efod y el racional, sirven para cubrir inmundas carroñas y para contener armas homicidas. Decid a éstos que en nombre del Dios verdadero los consagro a su condena, y, como nuevo Miguel, los arrojo del Paraíso. Y para siempre. Ellos que quisieron ser dioses y son demonios. No ne-

* *el efod y el racional* formaban parte de la vestimenta sacerdotal, descrita en *Éxodo 28; 39,1-32*. El *racional* era un pectoral en forma de bolsa cuadrada, prendida en el *efod*, que era un indumento. *Efod* era también el nombre de un instrumento de adivinación, como en *Jueces 8, 24-27*.

cesitan estar muertos para ser juzgados. Ya están juzgados. Y sin remisión».

376.11 [11]Los miembros del Sanedrín y los fariseos, antes solemnes, se arrinconan de tal forma, ante la tremenda ira de Cristo, que parecen hacerse pequeños. Jesús, por el contrario, parece hacerse un gigante, de tanto fulgor como hay en sus miradas y de tanta impetuosidad como hay en sus gestos.

Lázaro gime: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!»...

Jesús le oye, y, cambiando de tono y aspecto, dice: «¿Qué te sucede, amigo mío?».

«¡No! ¡No con ese aspecto terrible! ¡No eres ya el mismo! ¿Cómo se podrá tener esperanza en la misericordia, si te muestras tan terrible?».

«Y, no obstante, así estaré, y más todavía, cuando juzgue a las doce tribus de Israel. Pero, ten valor, Lázaro. Quien cree en Cristo ya ha sido juzgado...». Se sienta de nuevo.

Un momento de silencio.

Al final, Juan pregunta: «¿Y nosotros, por haber preferido los improperios a mentir en el ejercicio de la justicia, cómo seremos juzgados?».

«Con justicia. Perseverad y llegaréis a donde Lázaro ya ha llegado: a la amistad con Dios».

Se levantan.

«Maestro, nos marchamos. La paz a ti. Y a ti, Lázaro».

«La paz a vosotros».

Varios suplican: «Que lo que se ha dicho quede aquí».

«No temáis. Marchaos. Que Dios os guíe en todos los nuevos actos».

Salen.

Se quedan solos Jesús y Lázaro. Después de un poco, éste dice: «¡Qué horror!».

«Sí. ¡Qué horror!... Lázaro, voy a preparar la partida de Jerusalén. Seré huésped tuyo en Betania hasta el final de los Ácimos». Y * sale...

---

* *de los Ácimos*, o sea, *de la fiesta de los Ácimos*, que comenzaba con la Pascua y duraba una semana, durante la cual se permitía comer sólo pan ácimo, es decir, no fermentado, como está escrito en *Éxodo 12, 15-20; 13, 3-7.*

377. Parábola del agua y del junco para María de Magdala, que ha elegido la mejor parte.

14 de agosto de 1944.

[1]Comprendo inmediatamente que la figura de la Magdalena ocupa 377.1
todavía el lugar central, porque lo primero que veo es a ella, vestida con una sencilla túnica de un rosa lila semejante a la flor de la malva. Ningún adorno precioso, los cabellos simplemente recogidos en trenzas sobre la nuca. Parece más joven que cuando era una obra maestra de tocador. No tiene ya los ojos altaneros de cuando era la "pecadora", ni la mirada humillada de cuando escuchaba la parábola de la oveja, ni avergonzada y brillante de llanto de cuando estaba en la sala del Fariseo... Ahora tiene una mirada serena, límpida otra vez como la de un niño, y una sonrisa pacífica resplandece en sus ojos.

Está apoyada en un árbol, cerca del linde de la propiedad de Betania, y mira hacia la calle. Espera. Luego lanza un grito de alegría. Se vuelve hacia la casa y grita fuerte, para ser oída, grita con su espléndida voz pastosa y pasional, inconfundible: «¡Está llegando!... ¡Marta, era como nos habían dicho! ¡El Rabí está aquí!» y corre a abrir la pesada cancilla. No les da a los domésticos el tiempo de hacerlo y sale a la calle con los brazos abiertos, como hace un niño hacia su mamá, y con un grito de amorosa alegría: «¡Rabbuní mío!» (yo escribo "Rabbuní" porque veo que el Evangelio dice eso. Pero todas las veces que he oído a la Magdalena llamarle me ha parecido como si dijera "Rabbumí", con la *eme* y no con la *ene*), y se postra a los pies de Jesús y se los besa entre el polvo de la calle.

«Paz a ti, María. Vengo a descansar bajo tu techo».

«¡Maestro mío!» repite María levantando la cara con una expresión de reverencia y de amor que dice muchas cosas... Es gratitud, bendición, alegría, invitación a entrar y júbilo por el hecho de que entre...

Jesús le ha puesto la mano sobre la cabeza y parece como si la absolviera una vez más.

[2]María se levanta y, al lado de Jesús, vuelve a entrar en el recinto 377.2
de la propiedad. Entretanto han acudido ya los domésticos y Marta: éstos, con ánforas y copas; Marta sólo con su amor, pero es mucho.

Los apóstoles, sudorosos, beben las frescas bebidas que los criados vierten. Hubieran querido ofrecérselo primero a Jesús, pero Marta se les ha adelantado: ha tomado una copa llena de leche y se la ha ofrecido a Jesús; debe saber que le gusta mucho.

Una vez que los discípulos han apagado su sed, Jesús les dice: «Id a advertir a los fieles. Por la noche hablaré para ellos».

Los apóstoles, dejado apenas el jardín, se diseminan en distintas direcciones.

Jesús se adentra en él entre Marta y María.

«Ven, Maestro» dice Marta. «Mientras llega Lázaro, descansa y repón fuerzas».

Están poniendo pie en una fresca habitación que da al pórtico umbroso, cuando regresa María, que se había alejado a paso rápido. Vuelve con una ánfora de agua, seguida por uno de los domésticos, que trae una jofaina. Pero es María la que quiere lavar los pies a Jesús. Desata sus sandalias polvorientas y se las da al criado para que las traiga limpias, junto con el manto (también se lo ha dado para que le sacuda el abundante polvo). Luego sumerge los pies en el agua, que está un poco rosada por algún aroma que contiene, los seca, los besa. Luego cambia el agua y ofrece agua limpia a Jesús para las manos. Y, mientras espera a que el criado vuelva con las sandalias, acoclada a los pies de Jesús, se los acaricia, y, antes de meterle las sandalias, se los besa una vez más diciendo: «¡Santos pies que tanto habéis andado para buscarme!».

Marta, con un amor más práctico, va a lo humanamente positivo; pregunta: «Maestro, ¿además de tus discípulos, quién va a venir?».

Y Jesús: «No lo sé con exactitud todavía. Pero puedes preparar para otros cinco además de los apóstoles».

Marta se marcha.

377.3 [3]Jesús sale al fresco del jardín umbroso. Lleva simplemente su túnica azul marina. El manto, cuidadosamente plegado por María, queda encima de un arquibanco de la habitación. María sale al lado de Jesús.

Caminan por paseos bien cuidados, entre parterres floridos, hasta el estanque de los peces, que parece un espejo caído entre el verde. Sólo el zigzagueo argénteo de algún pez y la menudísima lluvia del finísimo surtidor alto y central rompe apenas, acá o allá, el agua límpida. Junto al amplio estanque, que parece un pequeño lago, hay unos lugares para sentarse; de él salen pequeños canales de riego. Más exactamente: creo que uno es el que alimenta el estanque y los otros, más pequeños, son los de desagüe y se utilizan para el riego.

Jesús se sienta en un asiento que está colocado justo contra el borde del estanque. María se sienta a los pies de Jesús, en la hierba verde y bien cuidada. En un primer momento no hablan. Jesús, visiblemente, goza del silencio y del descanso en el fresco del jardín. María se deleita en mirarle.

Jesús juega con el agua cristalina del estanque. Sumerge en ella sus dedos, la peina separándola en pequeñas estelas, y luego deja

que toda la mano se sumerja en ese frescor puro. «¡Qué bonita es esta agua límpida!» dice.

Y María: «¿Tanto te gusta, Maestro?».

«Sí, María. Porque es cristalina. Mira, no tiene ni un vestigio de barro. Hay agua, pero es tan pura que parece que no hay nada, casi como si no fuera un elemento, sino espíritu. Podemos leer en el fondo las palabras que se dicen los pececillos...».

«Como se lee en el fondo de las almas puras. ¿No es verdad, Maestro?» y María suspira con una celada nostalgia.

[4]Jesús oye el suspiro cortado, lee la nostalgia celada con una sonrisa, y medica inmediatamente la pena de María. 377.4

«¿Dónde tenemos las almas puras, María? Es más fácil que un monte ande que no que una criatura sepa mantenerse pura con las tres purezas. Demasiadas cosas se mueven y fermentan en torno a un adulto. Y no siempre se puede impedir que entren dentro. Sólo los niños tienen el alma angélica, preservada por su inocencia de las cogniciones que pueden transformarse en fango. Por esto los amo tanto. Veo en ellos un reflejo de la Pureza infinita. Son los únicos que llevan consigo este recuerdo de los Cielos.

Mi Madre es la Mujer de alma de niño. Más aún, es la Mujer de alma de ángel. Cual era Eva cuando salió de las manos del Padre. ¿Te imaginas, María, qué sería la primera azucena florecida en el jardín terrenal? También son muy bonitas estas que hacen de guía a esta agua. ¡Pero la primera que salió de las manos del Creador!... ¡Ah!, ¿era flor o diamante?, ¿eran pétalos o láminas de plata purísima? Pues bien, mi Madre es más pura que esa primera azucena que perfumó el viento. Y su perfume de Virgen intacta llena Cielo y Tierra, y tras él irán los buenos por lossiglos de los siglos. El Paraíso es * luz, perfume y armonía. Pero si en él no se deleitara el Padre en contemplar a la Toda Hermosa que hace de la Tierra un paraíso, y si el Paraíso no tuviere en el futuro a la Azucena viva en cuyo seno están los tres pistilos de fuego de la Divina Trinidad, quedarían disminuidos en la mitad la luz, el perfume y la armonía, la alegría del Paraíso. La pureza de la Madre será la gema del Paraíso.

¡Mas el Paraíso es inconmensurable! ¿Qué diríais de un rey que tuviera sólo una gema en su tesoro?, ¿aunque fuera la Gema por excelencia? Cuando Yo abra las puertas del Reino de los Cielos... — no

---

* *El Paraíso es luz...* Todos los elementos del discurso, considerados en su contexto, no pueden llevar sino a la siguiente interpretación: *El Paraíso sin la Virgen estaría disminuido a su mitad, no en la bienaventuranza (que consiste en la posesión y contemplación de Dios, y, en cuanto tal, es inalterable), sino en la preciosidad del pueblo de los bienaventurados, que son como gemas que, todas juntas, valen lo que la gema por excelencia: la Virgen Stma.*

suspires, María: *para esto he venido* — muchas almas de justos y de niños entrarán, estela de candor, detrás de la púrpura del Redentor. Pero serán todavía pocas gemas para poblar los Cielos, pocos para formar los ciudadanos de la Jerusalén eterna. Y después... cuando los hombres conozcan la Doctrina de verdad y santificación, cuando mi Muerte haya dado de nuevo la Gracia a los hombres, ¿cómo podrían los adultos conquistar los Cielos, si la pobre vida humana es continuo lodo que contamina? ¿Será entonces sólo de los niños el Paraíso? ¡No!, ¡no! Es necesario saber hacerse niños, pero el Reino se abre también para los adultos. Como niños... Ésta es la pureza.

¿Ves esta agua? Parece muy limpia. Pero, observa: basta con que Yo, con un junco, remueva el fondo, para que se vuelva turbia. Afloran detritos y lodo. Su cristal se pone amarillento y ninguno bebería de ella. Pero si quito el junco, vuelve la paz, y el agua, poco a poco, vuelve a ser cristalina y bonita. El junco: el pecado. Así sucede con las almas. El arrepentimiento, créeme, es lo que depura...».

377.5 [5]Llega improvisamente Marta, apurada: «¿Estás todavía aquí, María? ¡Y yo agobiada!... Pasa el tiempo. Los invitados vendrán pronto y hay muchas cosas que hacer. Las criadas están con el pan, los domésticos desollando y cociendo las carnes, yo estoy con la vajilla, las mesas y las bebidas. Pero todavía hay que coger la fruta y preparar el agua de menta y miel...».

María medio escucha las quejas de su hermana. Con una sonrisa dichosa sigue mirando a Jesús, sin cambiar de posición.

Marta invoca la ayuda de Jesús: «Maestro, mira cómo sudo. ¿Te parece justo que trajine yo sola? Dile que me ayude». Marta está verdaderamente inquieta.

Jesús la mira con una sonrisa mitad dulce mitad un poco irónica, mejor: un poco de broma.

Marta se inquieta un poco más: «Lo digo de verdad, Maestro. Mira cómo está ociosa mientras yo trabajo. Y está aquí y ve...».

Jesús se pone más serio: «No es ocio, Marta. Es amor. El ocio era *antes*. Y tú lloraste mucho por aquel ocio indigno. Tu llanto puso más alas a mi marcha para salvarla para mí y devolverla a tu honesto afecto. ¿Vas a querer impedirle amar a su Salvador? ¿Preferirías, entonces, verla lejos de aquí para no verte trabajar, pero lejos también de mí? ¡Marta, Marta! ¿Tendré que decirte, entonces, que ésta (Jesús le pone una mano en la cabeza), venida de tan lejos, te ha superado en el amor? ¿Debo decirte, entonces, que ésta, que no conocía ni *una* palabra de bien, es ahora docta en la ciencia del amor? ¡Déjala en su paz! ¡Ha estado muy enferma! Ahora es una convaleciente que se cura bebiendo las bebidas que la fortalecen. Ha vivido muy atormenta-

da... Ahora que se ha liberado de la pesadilla, mira alrededor de sí y hacia dentro de sí, y se descubre *nueva* y descubre un mundo *nuevo*. Déjala que se refuerce con ello. Con esta "novedad" suya debe olvidar el pasado y conquistarse la eternidad... que no será conquistada únicamente con el trabajo, sino también con la adoración. El que dé un pan a un apóstol o a un profeta recibirá recompensa. Sí. Pero doble recompensa recibirá el que, por amarme, se olvide incluso de comer, porque más grande que la carne habrá tenido el espíritu, que habrá oído voces más fuertes que las de las necesidades — incluso lícitas — humanas. Tú te preocupas de demasiadas cosas, Marta; ella, de una sola. Pero es la que es suficiente para su espíritu y, sobre todo, para su Señor y el tuyo. Deja pasar las cosas inútiles. Imita a tu hermana. María ha escogido la parte mejor, la que no le será arrebatada jamás. Cuando todas las virtudes queden atrás, al no serles ya necesarias a los ciudadanos del Reino, quedará sólo la caridad. La caridad permanecerá siempre. Ella sola. Soberana. Ella, María, ha escogido la caridad, la ha tomado por escudo y bordón, y con ella, como impulsada por alas de ángel, vendrá a mi Cielo».

[6]Marta agacha su cara avergonzada y se marcha. 377.6

«Mi hermana te quiere mucho y se preocupa por darte honor...» dice María para disculparla.

«Lo sé. Y será recompensada por ello. Pero necesita ser depurada de su modo de pensar humano, como se ha limpiado esta agua. ¡Mira cómo se ha aclarado otra vez mientras hablábamos! Marta se depurará por las palabras que le he dicho. Tú... tú por la sinceridad de tu arrepentimiento...».

«No. Por tu perdón, Maestro. No bastaba mi arrepentimiento para lavar mi gran pecado...».

«Bastaba y bastará a las hermanas tuyas que te imiten; a *todos* los pobres enfermos del espíritu. El arrepentimiento sincero es filtro que depura; y el amor es substancia que preserva de todo nuevo emponzoñamiento. Por eso aquellos a quienes la vida hace adultos y pecadores podrán volver a ser inocentes como niños y entrar como ellos en mi Reino. Vamos ahora a la casa. Que Marta no esté demasiado en su dolor. Vamos a llevarle nuestra sonrisa de Amigo y hermana».

[7]Dice Jesús: 377.7

«No hace falta hacer un comentario. La parábola del agua es comentario de la operación del arrepentimiento en los corazones.

* Así tienes completo el ciclo de la Magdalena. De la muerte a la

* El *ciclo de la Magdalena*, nombrado también como *Evangelio de la Misericordia*, está

Vida. Es la *más* grande de las resucitadas de mi Evangelio. Resucitó de siete muertes. Nació de nuevo. Ya has visto cómo, cual planta que da flores, ha alzado del lodo el tallo de su nueva flor, cada vez más alto; y luego la has visto florecer para mí, esparcir fragancia para mí, morir para mí. La has visto pecadora, luego mujer sedienta que se acercaba a la Fuente, luego arrepentida, luego perdonada, luego amante, luego piadosa ante el Cuerpo despojado de vida de su Señor, luego sirviendo a mi Madre, amada por ser Madre mía; en fin, penitente ante el umbral de su Paraíso.

Almas que teméis, aprended a no tener miedo de mí leyendo la vida de María de Magdala. Almas que amáis, aprended de ella a amar con seráfico ardor. Almas que habéis cometido errores, aprended de ella la ciencia que prepara para el Cielo.

Os bendigo a todos para ayudaros a subir. Ve en paz».

378. La parábola de los pájaros, criticada por unos judíos enemigos que tienden una trampa.

378.1 [1]Poner delante la visión del 14-8-44: la oveja en el redil a los pies del buen Pastor.

6 de febrero de 1946.

378.2 [2]Jesús está en Betania (toda fértil y florida en este hermoso mes de Nisán, sereno, puro, como si la creación hubiera sido lavada de toda suciedad). Pero las turbas, que sin duda le han buscado en Jerusalén y que no quieren marcharse sin antes escucharle, para poderse llevar en su corazón su palabra, le dan alcance. Es tanta gente, que Jesús ordena reunirla para poder adoctrinarla. Y los doce con los setenta y dos — que han vuelto a formar ese número, más o menos, con los nuevos discípulos que se han agregado a ellos en estos últimos tiempos — se diseminan por todas partes para llevar a cabo la orden recibida.

Entretanto, Jesús, en el jardín de Lázaro, se despide de las mujeres (especialmente de su Madre), que por orden suya vuelven a Galilea acompañadas por Simón de Alfeo, Jairo, Alfeo de Sara, Margziam, el marido de Susana y Zebedeo. Hay saludos y lágrimas. No faltan tampoco muchos deseos de no obedecer, deseos que nacen también del amor al Maestro. Pero más fuerte aún es la fuerza del amor perfecto, por ser enteramente sobrenatural, hacia el Verbo Stmo; y

---

constituido por los episodios relacionados en una nota puesta al principio del ciclo, en 174.11.

esta fuerza hace que obedezcan aceptando la dolorosa separación.

La que menos habla es María, la Madre de Jesús. Pero su mirada dice más que todas las otras juntas. Jesús, que lee su mirada, la tranquiliza, la consuela, la sacia de caricias, si es que una madre puede ser saciada, y especialmente esta Madre toda amor y congoja por el Hijo perseguido. Y las mujeres al final se marchan, y se vuelven una y otra vez saludando al Maestro, saludando a los hijos y a las afortunadas discípulas judías que todavía se quedan con el Maestro.

«Han sufrido por marcharse...» observa Simón Zelote.

«Pero convenía que se marcharan, Simón».

«¿Prevés días tristes?».

«Turbulentos, por lo menos. Las mujeres no pueden soportar las fatigas como nosotros. Además, ahora que tengo un número casi igual de judías y galileas, conviene que estén separadas. Me tendrán por turnos, y por turnos tendrán la alegría de servirme; y Yo el consuelo de su afecto santo».

[3]La gente, mientras tanto, va aumentando. El pomar que hay en- 378.3
tre la casa de Lázaro y la que era del Zelote hormiguea de gente. Hay personas de todas las castas y condiciones; y no faltan fariseos de Judea, miembros del Sanedrín y mujeres veladas.

De la casa de Lázaro salen en grupo, bien juntos alrededor de una litera en que aquél es transportado, los miembros del Sanedrín que el sábado pascual estaban de visita en casa de Lázaro en Jerusalén, y otros más. Lázaro, al pasar, dedica a Jesús un gesto y una sonrisa feliz. Jesús se lo devuelve mientras se pone al final del pequeño cortejo para ir al lugar donde ya espera la gente.

Los apóstoles vienen a Él, y Judas Iscariote, al que desde hace algunos días se le ve jubiloso, en una fase felicísima, lanza en todas las direcciones las miradas de sus ojos negrísimos y centelleantes, y anuncia al oído de Jesús los descubrimientos que va haciendo.

«¡Mira, hay también sacerdotes!... ¡Mira, mira, está también Simón el del Sanedrín! Y Elquías. ¡Mira qué mentiroso! Hace sólo unos pocos meses decía cosas infernales de Lázaro, y ahora le reverencia como si fuera un dios... Y allí están Doro el Anciano y Trisón. ¿Ves que saluda a José? Y el escriba Samuel con Saulo... ¡Y el hijo de Gamaliel! Y allí hay un grupo de los de Herodes... Y aquel grupo de mujeres tan veladas son, sin lugar a dudas, las romanas; están apartadas, pero ¿ves cómo observan dónde te diriges para poder cambiar de sitio y oírte? Reconozco sus figuras, a pesar de los mantos. ¿Ves? Dos altas, una más bien ancha que alta, las otras de media estatura, pero en la justa proporción. ¿Voy a saludarlas?».

«No. Vienen como desconocidas, como personas anónimas que de-

sean la palabra del Rabí. Debemos considerarlas como tales».

«Como quieras, Maestro. Lo decía por... recordarle a Claudia la promesa...».

«No hay necesidad. Y aunque la hubiera, no nos volveremos nunca pedigüeños, Judas. ¿No es verdad? *El heroísmo de la fe debe formarse en medio de las dificultades*».

«Pero era por... por ti, Maestro».

«Y por tu perenne idea de un triunfo humano. Judas, no te crees ficciones, ni sobre mi modo de actuar futuro ni sobre las promesas recibidas. Tú crees en lo que te dices tú solo. Pero nada podrá cambiar el pensamiento de Dios, que es que Yo sea Redentor y Rey de un reino espiritual».

Judas no replica.

Jesús está en su sitio, con los apóstoles en círculo en torno a Él. Casi a sus pies está Lázaro en su triclinio; poco lejos de Él, las discípulas judías, o sea, las hermanas de Lázaro, Elisa, Anastática, Juana con los pequeños, Analía, Sara, Marcela, Nique. Las romanas, o al menos las mujeres a las que Judas ha señalado como tales, están más atrás, casi en el fondo, mezcladas entre un montón de gente poblana. Los miembros del Sanedrín, fariseos, escribas, sacerdotes, están — es inevitable — en primera fila; pero Jesús les ruega que dejen paso a tres camillas con enfermos, a los cuales hace algunas preguntas, aunque sin curarlos en seguida.

378.4 [4]Jesús, para tomar la idea de su discurso, centra la atención de los presentes en el gran número de pájaros que tienen sus nidos en las frondas del jardín de Lázaro y del huerto en que está reunido el auditorio.

«Observad. Hay pájaros autóctonos y exóticos, de todas las razas y dimensiones. Y, cuando desciendan las sombras, en su lugar, aparecerán las aves nocturnas, que también son numerosas aquí, a pesar de que, sólo por el hecho de no verlas, es casi posible olvidarlas. ¿Por qué hay tantas aves del aire aquí? Porque encuentran de qué vivir felices: sol, paz, abundante comida, lugares de amparo seguros, frescas aguas. Y se congregan, viniendo de oriente y occidente, de mediodía y septentrión, si son migratorias, o permaneciendo fieles a este lugar, si son autóctonas. ¿Qué pensar? ¿Que las aves del aire superan en sabiduría a los hijos del hombre? ¡Cuántos de estos pájaros son hijos de pájaros ya muertos pero que el año pasado, o más lejos en el tiempo, nidificaron aquí y encontraron el bienestar! Ellos se lo han dicho a sus hijos antes de morir. Han indicado este lugar, y éstos, los hijos, han venido obedientes. Y el Padre que está en los Cielos, el Padre de los hombres todos, ¿no ha dicho a sus santos sus ver-

dades?, ¿no ha dado todas las indicaciones posibles para el bienestar de sus hijos? Todas las indicaciones: las que tienen por objeto el bien de la carne y las que tienen por objeto el bien del espíritu. ¿Mas qué observamos? Vemos que lo que fue enseñado para la carne — desde las túnicas de pieles que Él hizo a Adán y Eva, despojados ya ante sus propios ojos del vestido de la inocencia que el pecado había desgarrado, hasta los últimos descubrimientos que el hombre, por la luz de Dios, ha hecho — se recuerda, transmite y enseña; mientras que lo otro, lo que fue enseñado, mandado, indicado para el espíritu, no se conserva, no se enseña, no se practica».

Muchos del Templo cuchichean. Pero Jesús los calma con un gesto.

[5]«El Padre, de una bondad que el hombre ni con mucho puede 378.5
pensar, manda a su Siervo a recordar su enseñanza, a reunir a las aves en los lugares de salvación, a darles exacto conocimiento de aquello que es útil y santo, a fundar el Reino en que toda angélica ave, todo espíritu, encontrará gracia y paz, sabiduría y salvación. Y en verdad, en verdad os digo que, de la misma forma que los pájaros nacidos en este lugar en primavera dirán a otros de otros lugares: "Venid con nosotros, que hay un lugar bueno donde exultaréis con la paz y la abundancia del Señor", siendo así que se verá para el nuevo año nuevos pájaros que afluirán aquí; del mismo modo, de todas las partes del mundo, como dicen los profetas, veremos afluir gran número de espíritus a la Doctrina venida de Dios, al Salvador fundador del Reino de Dios. Pero entre las aves diurnas están mezcladas en este lugar pájaros nocturnos, rapaces, que alteran el orden, capaces de sembrar terror y muerte entre los pajaritos buenos. Éstas son las aves que desde hace años, desde una serie de generaciones, son lo que son, y nada las puede desanidar porque sus obras se hacen en las tinieblas y en lugares impenetrables para el hombre. Éstas, con su cruel mirada, con su vuelo mudo, con su voracidad, con su crueldad, trabajan en las tinieblas, y siembran, ellas inmundas, inmundicia y dolor. ¿A quién podremos compararlas? A cuantos en Israel no quieren aceptar la Luz que ha venido a iluminar las tinieblas, la Palabra que ha venido a adoctrinar, la Justicia que ha venido a santificar. Para ellos he venido inútilmente. Es más, para ellos soy motivo de pecado, porque me persiguen a mí y persiguen a mis fieles. ¿Qué diré entonces? Una cosa que ya he dicho otras veces: "Muchos vendrán de oriente y occidente y se sentarán con Abraham y Jacob en el Reino de los Cielos. Pero los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores"».

[6]«¿Los hijos de Dios a las tinieblas? ¡Blasfemas!» grita uno de los 378.6
miembros del Sanedrín que están en contra. Es la primera salpica-

dura de la baba de los reptiles que han estado demasiado tiempo callados, y que no pueden seguir callados porque se ahogarían en su propio veneno.

«No los hijos de Dios» responde Jesús.

«¡Lo has dicho Tú! Has dicho: "Los hijos de este reino serán arrojados a las tinieblas exteriores"».

«Y lo repito. Los hijos de *este* reino. Del reino donde señorean la carne, la sangre, la avaricia, el hurto, la lujuria, el delito. Pero éste no es mi Reino, que es Reino de la Luz. Éste, el vuestro, es el reino de las tinieblas. Al Reino de la Luz vendrán de oriente y occidente, mediodía y septentrión, los espíritus rectos, incluso los que por ahora son paganos, idólatras, despreciables para Israel. Y vivirán en santa comunión con Dios, habiendo acogido dentro de ellos la luz de Dios, en espera de ascender a la verdadera Jerusalén, donde ya no habrá lágrimas ni dolor, y, sobre todo, donde no hay mentiras. La mentira que ahora gobierna el mundo de las tinieblas y satura a los hijos de ese mundo hasta el punto de que en ellos no cabe ni una pizca de luz divina. ¡Oh! ¡Que vengan los hijos nuevos a ocupar el lugar de los hijos apóstatas! ¡Vengan! ¡Cualquiera fuere su procedencia, Dios los iluminará y reinarán por los siglos de los siglos!».

«¡Has hablado para insultarnos!» gritan los judíos enemigos.

«He hablado para decir la verdad».

«Tu poder está en la lengua; con ella Tú, serpiente nueva, seduces a las multitudes y las perviertes».

«Mi poder está en la potencia que me viene de ser uno con mi Padre».

«¡Blasfemo!» gritan los sacerdotes.

378.7 «¡Salvador!... [7]Tú, que yaces a mis pies, ¿qué mal padeces?».

«De niño tuve rota la columna, y desde hace treinta años estoy echado sobre la espalda».

«¡Levántate y anda! Y tú, mujer, ¿qué mal padeces?».

«Mis piernas penden inertes desde que este que me lleva con mi marido vio la luz» y señala a un joven de al menos dieciséis años.

«También tú levántate y alaba al Señor. Y ese niño ¿por qué no va solo?».

«Porque nació idiota, sordo, ciego, mudo. Un amasijo de carne que respira» dicen los que están con el desdichado.

«En el nombre de Dios, recibe inteligencia, palabra, vista y oído. ¡Lo quiero!».

Y, realizado el tercer milagro, se vuelve a los enemigos y dice: «¿Qué decís ahora?».

«Milagros de dudoso valor. Si lo puedes todo, ¿por qué no curas a

tu amigo y defensor?».

«La voluntad de Dios es otra».

«¡Ja! ¡Ja! ¡Ya! ¡Dios! ¡Cómoda disculpa! Si te trajéramos nosotros un enfermo, o mejor dos, ¿los curas?».

«Sí. Si lo merecen».

«Espéranos entonces» y se marchan raudos sonriendo maliciosamente.

«¡Ten cuidado, Maestro! ¡Te están tendiendo alguna trampa!» dicen muchos.

Jesús hace un gesto como queriendo decir: «¡Bah, dejadlos!», [8]y se 378.8
inclina a acariciar a unos niños que poco a poco se han ido acercando a Él dejando a sus padres; algunas madres también se acercan, y llevan a Jesús a los que todavía andan inseguramente o a los lactantes.

«Bendice a nuestras criaturas, Tú, bendito, para que sean amantes de la Luz» dicen las madres.

Y Jesús impone las manos bendiciendo. Ello origina todo un movimiento en la multitud. Todos los que tienen niños quieren la misma bendición, y empujan y gritan para abrirse paso. Los apóstoles, en parte porque están nerviosos por las habituales ruindades de los escribas y fariseos, en parte por compasión hacia Lázaro, en peligro de ser arrollado por la oleada de padres que conducen a los pequeñuelos a la divina bendición, se inquietan, y llaman la atención a unos o a otros gritando, y rechazan a unos o a otros, especialmente a los niños pequeños que han llegado allí solos.

Pero Jesús, dulce, amoroso, dice: «¡No, no! ¡No hagáis eso! No impidáis nunca a los niños venir a mí, ni les impidáis a los padres traérmelos. El Reino es precisamente de estos inocentes. Ellos serán inocentes del gran Delito, y crecerán en mi Fe. Dejad, pues, que los consagre a ella. Los traen a mí sus ángeles».

Jesús está ahora rodeado por un seto hecho de niños mirándole arrobados, un seto de caritas alzadas, de ojos inocentes, de boquitas sonrientes...

Las mujeres veladas han aprovechado el desorden para dar un rodeo por detrás de la multitud y venir detrás de Jesús, como incitadas por la curiosidad.

[9]Vuelven los fariseos, escribas, etc. etc., con dos que parecen muy 378.9
enfermos. Uno, especialmente, gime en su camilla, todo cubierto con el manto. El otro está, al menos aparentemente, menos grave, pero ciertamente muy enfermo porque está en los huesos y respira con dificultad.

«Éstos son nuestros amigos. Cúralos. Éstos están verdaderamente enfermos. Sobre todo, éste», y señalan al que gime.

Jesús baja los ojos hacia los enfermos, luego los alza de nuevo, hacia los judíos. Asaetea a sus enemigos con una mirada terrible. Erguido detrás del seto inocente de niños, que no le llegan ni a la ingle, parece alzarse sobre una macolla de pureza para ser el Vengador, como si de esta pureza sacara la fuerza para serlo. Abre los brazos y grita: «¡Embusteros! ¡Éste no está enfermo! Yo os lo digo. ¡Destapadle! Si no, realmente estará muerto dentro de un instante por este engaño contra Dios».

El hombre salta bruscamente de su camilla gritando: «¡No, no! ¡No descargues tu mano sobre mí! ¡Y vosotros, malditos, quedaos con muestras monedas!», y arroja una bolsa a los pies de los fariseos y huye a todo correr...

La gente gruñe, ríe, silba, aplaude...

El otro enfermo dice: «¿Y yo, Señor? A mí me han sacado de mi cama con la fuerza y ya desde esta mañana me molestan... Pero no sabía que estaba en manos de tus enemigos...».

«¡Para ti, pobre hijo, salud y bendición!» y le impone las manos abriendo el seto vivo de los niños.

El hombre levanta por un momento la manta que estaba extendida encima de su cuerpo, mira no sé qué... Luego se pone en pie. Aparece desnudo de los muslos hacia abajo. Y grita, grita hasta quedarse ronco: «¡Mi pie! ¡Mi pie! ¿Pero quién eres, quién eres, que devuelves las cosas perdidas?», y cae a los pies de Jesús, y se pone otra vez de pie, se pone de un brinco, en equilibrio inestable, encima de su camilla y grita: «La enfermedad me roía los huesos. El médico me había arrancado los dedos, me había quemado la carne, me había sajado hasta el hueso de la rodilla. ¡Mirad! Mirad las señales. Y me moría de todas formas. Y ahora... ¡Todo curado! ¡Mi pie! ¡Mi pie recompuesto!... ¡Y ya no tengo dolor! Y siento fuerza y bienestar... ¡El pecho libre...! ¡El corazón sano!... ¡Madre! ¡Madre! ¡Voy a llevarte la alegría!».

Hace ademán de echarse a correr. Pero el agradecimiento le detiene. Vuelve de nuevo donde Jesús y besa continuamente los benditos pies hasta que Jesús no le dice, acariciándole en el pelo: «Ve. Ve donde tu madre y sé bueno».

378.10 [10]Luego mira a sus chasqueados enemigos y dice con voz de trueno: «¿Y ahora? ¿Qué debería hacer con vosotros? ¿Qué debería hacer, digo a todos los presentes, después de este juicio de Dios?».

La muchedumbre grita: «¡A la lapidación los ofensores de Dios! ¡A muerte! ¡Basta ya de insidiar al Santo! ¡Malditos seáis!» y agarran terruños, ramas, cantos, ya dispuestos a empezar a apedrear.

Los detiene Jesús. «Ésta es la palabra de la multitud, ésta es su

respuesta. La mía es distinta. Digo: ¡Marchaos! No me ensucio descargando mi mano sobre vosotros. El Altísimo, que es mi defensa contra los impíos, se encargará de vosotros».

Los culpables, en vez de callarse, a pesar de tener miedo de la multitud, tienen el descaro de ofender al Maestro, y echando baba de ira gritan: «¡Nosotros somos judíos y poderosos! Te ordenamos que te vayas. Te prohibimos enseñar. Te expulsamos de aquí. ¡Vete! ¡Vete! Basta ya de ti. Tenemos el poder en nuestras manos y hacemos uso de él, y cada vez más lo haremos, maldito, usurpador...».

Quieren todavía decir más cosas, en medio de un tumulto de gritos, llantos, silbidos, cuando la más alta de las mujeres veladas, que ha avanzado con movimiento rápido e imperioso hasta colocarse entre Jesús y sus enemigos, descubre su rostro. Y, con mirada y voz aún más imperiosos, cae su frase, cortante, más zaheridora que un latigo para los galeotes y que una segur para el cuello: «¿Quién olvida que es esclavo de Roma?». Es Claudia. Vuelve a bajar el velo. Se inclina levemente ante el Maestro. Vuelve a su sitio.

Pero ha sido suficiente. Los fariseos se calman de golpe. Uno solo, en nombre de todos, y con un servilismo arrastrado, dice: «¡Dómina, perdona! Pero es que Él turba el antiguo espíritu de Israel. Tú, que eres poderosa, deberías impedirlo; haz que lo impida el justo y valeroso Procónsul. ¡A él vida y larga salud!».

«No son cosas nuestras. Basta con que no altere el orden de Roma. ¡Y no lo hace!» responde desdeñosa la patricia; luego da una seca orden a sus compañeras y se aleja, yendo hacia una espesura de árboles que hay en el fondo del sendero, y tras los árboles desaparece de la escena, para volver a aparecer montada en el carro chasqueante, cubierto, cuyas cortinas han sido echadas por orden de ella.

[11]«¿Estás contento de habernos expuesto al insulto?» preguntan 378.11
volviendo al ataque los judíos, fariseos, escribas y otros compañeros.

La muchedumbre grita indignada. José, Nicodemo y todos los que han dado muestras de amistad — y con éstos, sin unirse a ellos pero con palabras iguales, está el hijo de Gamaliel — sienten la necesidad de intervenir reprochándoles su exceso. La discusión pasa de ser de los enemigos contra Jesús a ser de los dos grupos opuestos, de forma que dejan fuera de la disputa al más relacionado con ella.

Y Jesús guarda silencio, con los brazos cruzados, escuchando. Yo creo que despide fuerza para contener a la multitud, y especialmente a los apóstoles, que de la ira que sienten ven rojo.

«Tenemos que defendernos y defender» grita un judío exaltado; «¡Ya está bien de ver a las turbas siguiéndole hechizadas!» dice otro. «¡Nosotros somos los poderosos! ¡Sólo nosotros! Sólo a nosotros se

nos tiene que escuchar y seguir» vocea un escriba; «¡Que se marche de aquí! ¡Jerusalén es nuestra!» se desgañita un sacerdote, rojo como un pavo.

«¡Sois pérfidos!»; «¡Estáis más que ciegos!»; «Las turbas os abandonan porque os lo merecéis»; «Sed santos, si queréis ser amados. ¡No se conserva el poder cometiendo vejaciones. El poder se funda en la estima del pueblo hacia quien le gobierna» gritan a su vez los del partido opuesto y muchos de la multitud.

«¡Silencio!» impone Jesús. Y, cuando se hace el silencio, dice: «La tiranía y las imposiciones no pueden modificar ni los sentimientos íntimos ni las consecuencias del bien recibido. Recojo lo que he dado: amor. Vosotros, persiguiéndome, lo único que hacéis es aumentar este amor que quiere compensarme de vuestro desamor. ¿No sabéis, con toda vuestra sabiduría, que *perseguir una doctrina no sirve sino para aumentar su poder*, especialmente cuando corresponde en los hechos a lo que se enseña? Oíd una profecía mía, vosotros de Israel. Cuanto más persigáis al Rabí de Galilea y a sus seguidores, tratando con esa tiranía de anular su doctrina, que es divina, más próspera y extendida por el mundo haréis a esta doctrina. Cada una de las gotas de los mártires que hagáis, esperando triunfar y reinar con vuestros preceptos y leyes corrompidos e hipócritas, que ya no responden a la Ley de Dios, y cada lágrima de los santos vilipendiados, será semilla de futuros creyentes. Y seréis vencidos cuando creáis que habréis triunfado. Marchaos. Yo también me marcho. Los que me aman que me busquen en los confines de Judea y en Transjordania, o que me esperen allí, porque veloz como relámpago que corre de oriente a occidente será el paso del Hijo del hombre hasta que suba al altar y al trono, como Pontífice y Rey nuevo, y en ellos permanezca, bien firme ante la presencia del mundo, de la creación y de los Cielos, en una de sus muchas epifanías, que solamente saben comprender los buenos».

378.12 [12]Los fariseos hostiles y sus compañeros se han marchado. Se quedan los otros. El hijo de Gamaliel lucha dentro de sí por acercarse a Jesús, y, al final, se marcha sin decir nada...

«Maestro, no nos odiarás por ser de sus mismas castas, ¿no?» pregunta Eleazar.

«Nunca pronuncio un anatema contra el individuo por el hecho de que la clase sea rea. No temas» responde Jesús.

«Ahora nos van a odiar...» susurra Joaquín.

«¡Honor para nosotros, si nos odian!» exclama Juan, el miembro del Sanedrín.

«Fortalezca Dios a los que vacilan y bendiga a los fuertes. Yo os

bendigo a todos en nombre del Señor» y, abiertos los brazos, da la bendición mosaica a todos los presentes.

Luego se despide de Lázaro y de las hermanas de éste, de Maximino, de las discípulas, y empieza su marcha...

Las verdes campiñas paralelas al camino que va a Jericó le reciben con su verdor que enrojece ahora por un fastuoso ocaso.

379. Una premonición del apóstol Juan.

7 de febrero de 1946.

[1]«¿A dónde vamos?, porque cae ya la tarde» se preguntan entre sí 379.1
los apóstoles. Y van hablando con circunspección sobre las cosas que han sucedido. Pero no dicen nada alto para no abrumar al Maestro, al que se ve muy pensativo.

Cae la tarde mientras prosiguen detrás del Maestro pensativo. En esto, un pueblo aparece al pie de una cadena de montes muy recortados.

«Quedémonos ahí para pernoctar» ordena Jesús. «Mejor: quedaos ahí; Yo voy a aquellos montes a orar...».

«¿Solo? ¡No, no! ¡No vas solo al Adomín, no! ¡Con todos esos bandidos que te acechan! ¡De ninguna manera!...» dice muy resueltamente Pedro.

«¿Y qué piensas que me van a hacer? ¡No tengo nada!».

«Tienes... a ti mismo. Me refiero a los bandidos más auténticos, a los que te odian. Para ésos es suficiente tu vida. No debes morir como... como... eso... en una mísera emboscada. Y dar a tus enemigos la forma de inventar qué sé yo qué cosa para alejar a las turbas incluso de tu doctrina» rebate Pedro.

«Simón de Jonás tiene razón, Maestro. Serían capaces de hacer desaparecer tu cuerpo y decir que has huido porque te habías visto desenmascarado. O, de... pues de llevarte incluso a un lugar malo, a casa de una meretriz, para poder decir: "¿Veis dónde y cómo ha muerto? En una pelea por una meretriz". Tú has dicho bien: "*Perseguir una doctrina quiere decir aumentar su poder*", y he notado, porque no le he perdido nunca de vista, que el hijo de Gamaliel aprobaba con la cabeza mientras lo decías. Pero decir que *cubrir de ridículo a un santo y su doctrina es el arma más segura para derrumbar la doctrina y para quitar al santo la estima de las turbas*, también es exacto» dice Judas Tadeo.

«Sí. Y no tiene que suceder eso contigo» termina Bartolomé.

«No te prestes al juego de tus enemigos. Piensa que esta impru-

dencia acarrearía no sólo la anulación de ti, sino también de la Voluntad de quien te ha enviado; y que se vería que los hijos de las Tinieblas habrían derrotado a la Luz, al menos momentáneamente» añade el Zelote.

«¡Sí, hombre! Siempre dices, que han de matarte, y cuando lo dices nos traspasas el corazón. Recuerdo tu reprensión a Simón Pedro y no te digo: "No suceda jamás eso". Pero creo que no soy Satanás si digo: "Que al menos suceda de forma que signifique glorificación para ti, inequívoco sello de tu Ser santo y condena segura para tus enemigos. Que las multitudes sepan, puedan tener elementos para distinguir y creer". Al menos esto, Maestro. La misión santa de los Macabeos nunca apareció así tanto como cuando Judas, hijo de Matatías, murió como héroe y salvador sobre el campo de batalla. ¿Quieres ir al Adomín? Bien, nosotros contigo. ¡Somos tus apóstoles! Donde estés Tú, la Cabeza, allí hemos de estar nosotros, tus ministros» dice Tomás, y pocas veces le he oído hablar con tanta solemne elocuencia. *

«¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Y si te asaltan, tienen que asaltarnos antes a nosotros!» dicen varios.

«¡No nos asaltarán tan fácilmente! Están medicándose la quemazón de las palabras de Claudia y... son astutos, mucho, demasiado. No pasan por alto en su reflexión el hecho de que Poncio sabría a quién castigar por tu muerte. Se han traicionado demasiado a sí mismos, y ante los ojos de Claudia, así que lo meditarán, estudiando trampas más seguras que una vulgar agresión. Quizás nuestro miedo es estúpido. Ya no somos los pobres desconocidos de antes. ¡Ahora está Claudia!» dice Judas Iscariote.

«Bien, bien... Pero no nos sometamos a nosotros mismos a dura
379.2 prueba. [2]¿Y qué es lo que quieres hacer en el Adomín?» pregunta Santiago de Zebedeo.

«Orar y buscar un sitio para orar todos, en los días futuros, para prepararnos a las nuevas luchas, cada vez más ensañadas».

«¿De nuestros enemigos?».

«También de nuestro *yo*. Tiene mucha necesidad de ser fortalecido».

«¿Pero no has dicho que quieres ir a los confines de Judea y a la Transjordania?».

«Sí. Iré. Pero después de la oración. Iré a Acor, y luego por Doc a Jericó».

«¡No, no, Señor! Son lugares nefastos para los santos de Israel. No vayas allí, no vayas allí. ¡Yo te lo digo, lo percibo! Hay algo en mí

---

* *La misión santa de los Macabeos* está narrada en *1 Macabeos 9, 1-22.*

que me lo dice. ¡No vayas allí! ¡En nombre de Dios, no vayas!» grita Juan, que parece próximo a salir de sus sentidos, como dominado por una especie de éxtasis terrible...

Todos le miran estupefactos, porque así no le han visto nunca. Pero ninguno se burla de él. Tienen todos la percepción de que están en presencia de un hecho sobrenatural, y, respetuosos, mantienen silencio.

También Jesús calla, hasta que no ve a Juan adquirir de nuevo su aspecto habitual y decir: «¡Oh, mi Señor! ¡Cómo he sufrido!».

«Lo sé. Iremos al Carit. ¿Qué dice tu espíritu?». Me impresiona profundamente el respeto con que Jesús se dirige al inspirado...

«¿Me preguntas esto a mí, Señor? ¿Tú, Sabiduría Stma., al pobre muchacho ignorante?».

«A ti. Sí. *El más pequeño es el más grande cuando, con humildad, comunica con su Señor para el bien de los hermanos.* Habla...».

«Sí, Señor. Vamos al Carit, donde hay hoces seguras para recogerse en Dios, y están cerca los caminos de Jericó y los que van a Samaria. Nosotros bajaremos para reunir a los que te aman y esperan en ti, y los conduciremos a ti, o te conduciremos a ti a ellos, y luego seguiremos nutriéndonos de oración... Y descenderá el Señor a hablar a nuestros espíritus... a abrir nuestros oídos, que oyen al Verbo pero no le comprenden enteramente... y, sobre todo, a invadir nuestros corazones con su fuego. Porque sólo si ardemos sabremos resistir los martirios de la tierra. Porque sólo habiendo sufrido antes el dulce martirio del completo amor podremos estar preparados para sufrir los del odio humano... Señor... ¿qué he dicho?».

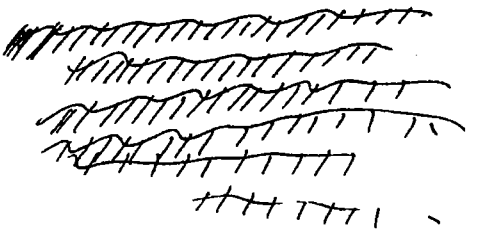
«Mis palabras, Juan. No temas. Entonces nos quedamos aquí, y mañana, al alba, iremos a los montes».

380. El amor de los apóstoles, de la contemplación a la acción.

9 de febrero de 1946.

[1]Desde un grupo montañoso, que parece ocupado y concentrado 380.1
en elevarse cada vez más — y, voy a decirlo así, cada fase de su esfuerzo está marcada por una abrupta cadena de colinas rocosas, de laderas escarpadas, a pico, cortadas por valles estrechos como gigantescos tajos, coronadas por agrestes crestas —, se puede vislumbrar fortuitamente retazos de Mar Muerto, que está situado al sureste del lugar en que se hallan los apóstoles con el Maestro. No se ven ni el Jordán ni su amplio valle, fértil y sereno; ni se ve Jericó ni tampo-

co otras ciudades. Sólo montes y más montes, que se alzan en dirección a Samaria; y el oscuro Mar Muerto entre dos secciones puntiagudas de monte. Abajo, un torrente en dirección Oeste-Este, que va sin duda al Jordán. Intenso chillar de halcones y graznar de cuervos



en el cielo azul vivo; intenso trinar de pájaros bajo las frondas de las agrestes laderas. Y las flautas de los vientos por los desfiladeros, traen olores y sonidos lejanos, que sobrepujan incluso a los cercanos, según que sean aquéllos ligeros o intensos. Algún sonido de cascabeles que sube desde el camino (situado, sin duda, más abajo). Algún balido de oveja que pasta en las llanuras altas. Algún rumor de aguas goteando de las rocas o resonando en los torrentes. Pero la época del año es buena, seca, templada; las laderas son todo un esmaltado de flores sobre la esmeralda de la hierba, y más flores, en racimos y festones, penden de los troncos y de las frondas. Alegre es el aspecto del lugar.

Muy alegres, sobrenaturalmente alegres, se ven las caras de los trece que están allí reunidos. El mundo ha sido olvidado. Está lejos... Los espíritus han recuperado el equilibrio removido por tantos envites, han podido entrar de nuevo en el halo de Dios, o sea, en la paz. Y la paz se lee en las caras.

380.2 [2]Pero la parada ha terminado, y Jesús lo dice. Pedro, entonces, repite su súplica del Tabor: «¿Por qué no nos quedamos aquí? ¡Es hermoso estar aquí contigo!».

«Porque nos espera el trabajo, Simón de Jonás. No podemos ser sólo personas contemplativas. El mundo nos espera para ser adoctrinado. Los obreros del Señor no pueden estar parados mientras haya campos que sembrar».

«Pero entonces... yo, que sólo cuando me aíslo así es cuando me hago un poco bueno, no voy a poder nunca... ¡El mundo es muy grande! ¿Cómo vamos a arreglárnoslas para trabajarlo todo y, antes de morir, alcanzar el recogimiento en Ti?».

«No, no lo trabajaréis todo. Se requerirán muchos siglos. Y, cuando ya una parte esté trabajada, Satanás entrará en ella para estropear lo realizado. Por eso, será un trabajo continuo hasta el final de los siglos».

«¿Y entonces cómo me las voy a arreglar para prepararme a morir!». Pedro está verdaderamente desconsolado.

Jesús le tranquiliza abrazándole y diciendo: «Tendrás tiempo. No hace falta mucho. Basta un instante de recogimiento perfecto para prepararse a comparecer ante Dios. Pero tú tendrás tiempo de sobra. Además, has de saber que *llevar a cabo la voluntad de Dios es siempre preparación para la muerte en santidad.* Si Dios quiere que seas activo y tú obedeces, te preparas mejor en la acción obediente, que si te encerraras entre las más solitarias rocas a orar y contemplar. ¿Estás convencido de esto?».

«¡Sí, claro! ¡Lo dices Tú! ¿Entonces qué tenemos que hacer?».

«Diseminaros por los caminos de los valles. Reunir a los que estén esperándome, predicar al Señor y la Fe hasta que Yo vaya».

«¿Te quedas solo?».

«¡Pues claro! No temáis. [3]Como podéis observar, el mal sirve al 380.3
* bien alguna vez. Aquí los cuervos dieron de comer a Elías. Nosotros podemos decir que los feroces buitres nos dieron de comer».

«¿Crees que ha habido un movimiento de conversión?».

«No. Pero la caridad, aun siendo movida por la idea de que usando generosidad nos habrían puesto en condiciones de no traicionarlos...».

«¡Pero nosotros no los habríamos traicionado!» exclama Andrés.

«No. Pero ellos, los desdichados bandidos, no lo saben. Nada espiritual obra en ellos, estando — como están — cargados de delitos».

«Señor, decías que la caridad... ¿Qué querías decir?» pregunta Juan.

«Quería decir: la caridad que han practicado hacia nosotros no quedará sin recompensa, al menos en los mejores. La conversión, que no se ha dado ahora, puede producirse lentamente; lentamente pero puede llegar. Por eso os dije: "No rechacéis lo que den". Y lo he aceptado aunque para mí tuviera hedor de pecado».

«Pero Tú ni siquiera lo has probado...».

«Pero no he humillado a los pecadores rechazándolos. Tenían un movimiento inicial de bondad. ¿Por qué destruirlo? ¿Aquel torrente del fondo no nace del manantial que gotea de aquella escarpa? Recordadlo siempre. Es una lección para vuestra vida futura. Para

---

* *Aquí los cuervos dieron de comer a Elías*, como se lee en *1 R 17, 2-6.*

cuando Yo no esté ya con vosotros. Si encontráis maleantes por los caminos de vuestros viajes apostólicos, no seáis como los fariseos, que desprecian a todos y no se preocupan de — estando pervertidos como están — despreciarse antes a sí mismos. Tratad con ellos con amor grande. Quisiera poder decir con "infinito amor". Es más, lo digo. Y ello es posible, a pesar de que el hombre sea "finito y limitado" en sus hechos y acciones.

380.4 [4]¿Sabéis cómo puede poseer el hombre infinito amor? Estando unido a Dios de tal forma que sea una sola cosa con Dios. Entonces verdaderamente, desapareciendo la criatura en el Creador, obra el Creador, que es infinito. Y así deben ser mis apóstoles: una cosa con su Dios, por una potencia de amor abrazada al Origen hasta el punto de fundirse con él. *Convertiréis a los corazones, no por cómo habléis, sino por cómo améis.* ¿Vais a encontrar pecadores? Amadlos. ¿Vais a sufrir por discípulos que se descarríen? Tratad de salvarlos con el amor. Recordad la parábola de la oveja perdida. Esta parábola, durante muchos siglos, será la dulcísima llamada lanzada a los pecadores; mas será también la orden segura dada a mis sacerdotes. Con suma habilidad, con sumo sacrificio, incluso a costa de perder la vida por tratar de salvar un alma, con suma paciencia, habéis de ir buscando a los descarriados para devolverlos al Redil. El amor os producirá gozo. Os dirá: "No temas". Os dará un poder de expansión en el mundo como ni Yo mismo tuve.

El amor de los futuros justos ya no debe ponerse, cual signo exterior, sobre el corazón y en el brazo, como dice el Cantar de los Cantares; sino que debe ser puesto *en el* corazón. Debe ser el ceprén que impulse al alma a todas las acciones. *Y todas las acciones deben ser sobreabundancia de la caridad,* que no se siente ya satisfecha de amar a Dios o al prójimo sólo mentalmente, sino que salta a la palestra, a luchar contra los enemigos de Dios, para amar a Dios y al prójimo incluso en lo contingente, en acciones incluso materiales, que son vías para acciones más grandes y perfectas que concluyen en la redención y santificación de los hermanos. Por la contemplación se ama a Dios, pero por la acción se ama al prójimo. Estos dos amores no están separados, porque uno solo es el amor, y amando al prójimo amamos a Dios, que nos ordena este amor y que nos ha dado al prójimo por hermano. *

380.5 [5]No podréis, ni vosotros ni los sacerdotes futuros, decir que sois mis amigos si vuestra caridad, y la de ellos, no se vuelve toda a la salvación de las almas por las cuales Yo me he encarnado y por las

---

* *como dice el Cantar de los Cantares,* en *8, 6.*

cuales sufriré. Os doy ejemplo de cómo se ama. Y lo que hago Yo debéis hacerlo vosotros y deberán hacerlo los que vendrán después de vosotros. Llega el tiempo nuevo. El del amor. Yo he venido a derramar este fuego en los corazones, y crecerá aún más después de mi Pasión y Ascensión, y os inflamará cuando el Amor del Padre y del Hijo descienda a consagraros al ministerio.

¡Divinísimo Amor! ¿A qué esta tardanza tuya en consumir la Víctima y en abrir los ojos y oídos, en soltar las lenguas y los miembros a este rebaño mío, para que se meta en medio de los lobos y enseñe que Dios es Caridad y que quien no tiene caridad dentro de sí no es sino una bestia y un demonio? ¡Ven, Espíritu dulcísimo y fortísimo, e inflama la Tierra, no para destruirla sino para purificarla! ¡Inflama los corazones! Haz de ellos otros como Yo, otros Cristos, o sea, ungidos por el amor, obradores por amor, santos y santificadores por amor.

¡Bienaventurados los que aman, porque serán amados; no cesará ni un momento su alma de cantar a Dios, junto con los ángeles, hasta que canten la eterna gloria en la luz de los Cielos. Cúmplase esto en vosotros, amigos míos. Ahora podéis marcharos, y haced con amor lo que os he dicho».

381. La parábola del administrador infiel y sagaz. Hipocresía de los fariseos y conversión de un esenio.

10 febbraio 1946.

[1]Espera al Maestro mucha gente, diseminada por las laderas más 381.1
bajas de un monte que está más bien aislado, porque sobresale de una red de valles que lo circundan, a partir de los cuales sus laderas se alzan (mejor: afloran bruscamente, escarpadas, casi a pico, en ciertos casos totalmente a pico). Para llegar a la cima, un sendero labrado en la roca calcárea araña, serpenteando, las abruptas laderas del monte; en ciertos lugares tiene, como límite, por una parte la pared recta del monte, por otra el despeñadero escarpado. Y el sendero escabroso, amarillento obscuro, tendente casi al rojizo, parece una cinta arrojada en medio del verde polvoriento de bajos matorrales espinosos, punzantísimos; yo diría que las hojas son las púas mismas que cubren las rocosas y áridas pendientes, adornándose acá o allá con una flor espléndida morado-roja semejante a un penacho o a un copo de seda arrancado de las vestiduras de algún desventurado que ha pasado por este zarzal. Y este manto desapacible, hecho de puntas espinosas, de un verde glauco, triste como si estuviera em-

polvado con impalpable ceniza, se extiende en franjas hasta el pie del monte y por la llanura que hay entre él y otras elevaciones, tanto al noroeste como al sureste, para alternar con los primeros lugares de hierba verdadera y verdaderos arbustos que no significan ni tortura ni inutilidad.

La gente está acampada en estos lugares y espera pacientemente la llegada del Señor. Debe ser el día siguiente del discurso a los apóstoles, porque es por la mañana. Una mañana fresca. El rocío todavía no se ha evaporado de todos los pedúnculos, y, especialmente en los que están más a la sombra, todavía decora de sí espinas y hojas, y transforma en una borla adiamantada las originales flores de los arbustos espinosos. Es ciertamente la hora de la belleza para este triste monte; porque en las otras horas, bajo el sol despiadado o en las noches de luna, debe tener el horrible aspecto de un lugar de expiación infernal.

Al Este, una rica y vasta ciudad se ve en la ubérrima llanura. Y, desde esta ladera, baja todavía, donde están los peregrinos, no se ve nada más; pero, desde la cima, la vista debe gozar de un panorama sin par sobre las zonas cercanas. Yo creo que, por la altura del monte, deberá dominarse el Mar Muerto y las zonas orientales de éste, y hasta las cadenas de Samaria y las que ocultan Jerusalén. Pero yo no he estado en la cima, así que...

Los apóstoles circulan por entre la muchedumbre tratando de mantenerla serena y ordenada, y de poner en los puestos mejores a los enfermos. Algunos discípulos los ayudan en esta labor. Quizás son los que desarrollan su actividad en esa zona, y que habían guiado hasta cerca de los confines de Judea a los peregrinos deseosos de escuchar al Maestro.

381.2 [2]Al improviso, aparece Jesús, vestido de lino blanco, pero envuelto en su manto rojo, para conciliar el calor de las horas solares con el fresco de las noches aún no veraniegas. Mira — a Él no le han visto todavía — a la gente que le espera, y sonríe. Parece que viene de detrás (Oeste) del monte, de una altura media. Desciende rápido por el difícil sendero.

Es un niño el que ve a Jesús (no sé si por seguir el vuelo de unos pájaros que están anidados entre los matorrales y han alzado el vuelo, asustados, por una piedra que desde arriba ha caído rodando, o quizás por atracción de la mirada), y grita mientras se pone en pie de un salto: «¡El Señor!».

Todos se vuelven y ven a Jesús, que está ya como mucho a doscientos metros. Su intención sería ir a su encuentro, pero Él, con el gesto de los brazos y la voz que llega nítida, quizás por la resonancia

del monte, dice: «Quedaos donde estáis». Y, sonriendo todavía, baja hasta los que esperan. Se detiene en el punto más alto del rellano. Desde allí saluda: «La paz a todos vosotros» y con una sonrisa especial repite el saludo a los apóstoles y discípulos que se han acercado y dispuesto en torno a Él.

Jesús está radiante de belleza. Con el sol en la frente y la pared verdosa del monte a sus espaldas, parece una visión de sueño. Las horas pasadas en soledad, algún hecho que no conocemos, quizás una sobreabundancia en Él de las caricias paternas, no sé realmente qué cosa, acentúan su siempre perfecta belleza, la hacen gloriosa y majestuosa, pacífica, serena, yo diría: gozosa, como de uno que regresa de un encuentro de amor y trae consigo la alegría del momento en todo su aspecto, en la sonrisa, en las miradas. Aquí el testimonio de este encuentro de amor, que es divino, se trasluce multiplicado cientos de veces respecto a lo que habitualmente es visible después de un encuentro de pobre amor humano: Cristo está radiante. Y subyuga a los presentes, que, admirados, le contemplan en silencio, como acobardados por la intuición de un misterio de conjunción del Altísimo con su Verbo... Es un secreto, una secreta hora de amor entre el Padre y el Hijo. Ninguno la conocerá jamás. Pero el Hijo conserva la señal, casi como si, después de haber sido el Verbo del Padre cual es en el Cielo, a duras penas pudiera volver a ser el Hijo del hombre. La infinidad, la sublimidad encuentra dificultad para ser otra vez "el Hombre". La Divinidad rebosa, estalla, irradia a través de la humanidad como óleo suave a través de un vaso de arcilla poroso, o como luz de horno a través de un velo de cristales opacos.

Y Jesús baja sus ojos radiantes, agacha la cara beata, esconde su prodigiosa sonrisa, encorvándose hacia los enfermos, acariciándolos y curándolos; los cuales, a su vez, miran, asombrados, ese rostro de sol y amor inclinado hacia su miseria para dar alegría. Pero al final se tiene que erguir de nuevo y debe mostrar a las turbas lo que es el rostro del Pacífico, del Santo, del Dios hecho Carne, todo envuelto todavía en la luminosidad dejada por el éxtasis. Repite: «La paz a vosotros». Hasta la voz es más musical que de costumbre, penetrada de notas suaves y triunfales... Poderosa, se expande sobre los mudos oyentes, busca los corazones, los acaricia, los hace reaccionar, los llama a amar.

Todos están impresionados, menos el grupo de fariseos, más secos y ásperos, más espinosos y desabridos que el propio monte, que están como estatuas de incomprensión y odio en un ángulo; y menos otro grupo que, todo blanco y apartado, escucha desde un ribazo, un grupo al que oigo que Bartolomé y el Iscariote señalan como «ese-

nios» (y Pedro dice con tono arisco: «¡Y así hay una camada más de gavilanes!»).

«¡Déjalos! ¡El Verbo es para todos!» dice Jesús sonriendo a su Pedro, aludiendo a los esenios.

381.3 [3]Luego empieza a hablar.

«Hermoso sería que el hombre fuera perfecto como desea el Padre de los Cielos. Perfecto en todos sus pensamientos, afectos, actos. Pero el hombre no sabe ser perfecto y usa mal los dones de Dios, que ha dado al hombre libertad de obrar, aunque mandando las cosas buenas y aconsejando las perfectas, para que el hombre no pudiera decir: "No sabía".

¿Cómo usa el hombre la libertad que Dios le ha dado? Pues, la mayor parte de la humanidad como podría usarla un niño, o un estúpido; o como un malhechor, las otras partes. Pero luego viene la muerte. Entonces el hombre estará sujeto al Juez, que preguntará severo: "¿Qué uso y qué abuso hiciste de lo que te di?". ¡Tremenda pregunta! ¡Ah, entonces los bienes de la tierra, aquellos por los que tan a menudo el hombre se hace pecador, con qué claridad aparecerán menores que briznas de paja! Pobre — una pobreza eterna —, despojado de un vestido irreemplazable, estará abatido y tembloroso ante la majestad del Señor, y no hallará palabra con que justificarse. Porque en la Tierra es fácil justificarse, engañando al pobre ser humano. Pero en el Cielo esto no puede suceder. A Dios no se le engaña. Jamás. Y Dios no acepta contubernios. Jamás.

¿Cómo salvarse entonces? ¿Cómo hacer que sirva todo para la salvación, incluso lo que proviene de la Corrupción, que ha mostrado los metales y las gemas como instrumentos de riqueza, que ha encendido ansias de poder y apetitos carnales? ¿No podrá entonces el hombre — que, por muy pobre que sea, siempre puede pecar deseando inmoderadamente el oro, los cargos, la mujer, haciéndose a veces ladrón de estas cosas para poseer lo que el rico tenía —, no podrá entonces el hombre, sea pobre o sea rico, salvarse nunca? Sí puede. ¿Cómo? Aprovechando la abundancia para el Bien, aprovechando la miseria para el Bien. El pobre que no envidia, que no impreca ni atenta contra lo que a otros pertenece, sino que se conforma con lo que tiene, ése, aprovecha su humilde condición para obtener de ella santidad futura. En verdad, la mayoría de los pobres lo sabe hacer. Menos lo saben hacer los ricos, para los cuales la riqueza es una continua trampa de Satanás, de la ternaria concupiscencia.

381.4 [4]Mas oíd una parábola, y veréis que también los ricos pueden salvarse a pesar de ser ricos, o reparar sus pasados errores con un buen uso de las riquezas, aunque hayan sido adquiridas mal. Porque

Dios, el Bonísimo, deja siempre muchos medios a sus hijos para que se salven.

Había, pues, un rico que tenía un administrador. Algunos, enemigos de éste porque envidiaban el buen puesto que tenía, o muy amigos del rico y, por tanto, celosos de su bienestar, acusaron al administrador ante su jefe. "Disipa tus bienes. Se queda con una parte. No se preocupa de que produzcan. ¡Ten cuidado! ¡Defiéndete!".

El rico, oídas estas repetidas acusaciones, ordenó al administrador que compareciera ante él. Y le dijo: "Me han dicho de ti esto y aquello. ¿Cómo es que has actuado así? Ríndeme cuentas de tu administración porque ya no te permito que sigas llevándola. No puedo fiarme de ti ni puedo dar un ejemplo de injusticia y de excesiva condescendencia que induciría a los consiervos a actuar como tú has obrado. Ve y regresa mañana con todas las escrituras, para que las examine y vea cuál es la situación de mis bienes, antes de confiarlos a un nuevo administrador".

Y despidió al administrador, que se marchó pensativo diciendo para sí: "¿Y ahora? ¿Cómo me las voy a arreglar ahora que el amo me quita la administración? No tengo ahorros porque, convencido como estaba de que no me iban a pillar, dilapidaba en mis placeres todo lo que distraía. Entrar como labrador, y además subordinado, no me hace ninguna gracia, porque ya no tengo costumbre de trabajar y siento el peso de las juergas. Pedir limosna me hace menos gracia todavía. ¡Demasiada humillación! ¿Qué voy a hacer?".

Pensando y pensando, encontró la manera de salir de la penosa situación. Dijo: "¡Ya sé! Con el mismo medio con que me he asegurado una buena vida hasta ahora, en el futuro me voy a segurar amigos que me reciban, por agradecimiento, cuando ya no tenga la administración. Quien hace favores tiene siempre amigos. Vamos, pues, a hacer favores para recibirlos; inmediatamente además, antes de que la noticia se difunda y sea demasiado tarde".

Y fue a casa de los distintos deudores de su amo. Dijo al primero: "¿Cuánto debes a mi jefe, por la suma que te prestó en la primavera de hace tres años?".

El interlocutor respondió: "Cien barriles de aceite por la suma y los intereses".

"¡Vaya, hombre, pobrecillo! ¡Tú que estás tan cargado de prole, afligido por enfermedades de tus hijos, tener que dar tanto!... ¿Pero no te dio por un valor de treinta barriles?".

"Sí. Pero tenía urgente necesidad, y me dijo: "Yo te lo doy. Pero con la condición de que me devuelvas todo lo que esta suma te produzca en tres años". Ha producido por un valor de cien barriles. Ten-

go que entregarlos".

«¡Pero hombre, es usura! No, no. Él es rico, y a ti poco te falta para pasar hambre. Él tiene poca familia; tú, mucha. Escribe que te ha producido por valor de cincuenta barriles y despreocúpate ya de ello. Yo juraré que es verdad, y tú tendrás bienestar".

«¿No me traicionarás, no? ¿Si viene a saberlo?".

«¡Pero hombre!... Yo soy el administrador, y lo que juro es sagrado. Haz lo que te digo y vive feliz".

El hombre escribió, entregó y dijo: "¡Bendito seas, amigo y salvador mío! ¿Cómo pagarte esto?".

"¡Con nada! Esto significa que si por ti sufriera algún daño y me echaran, me recibirías por agradecimiento".

"¡Hombre claro! ¡Claro! Puedes contar con ello".

El administrador fue a casa de otro deudor, y mantuvo más o menos la misma conversación. Éste tenía que devolver cien fanegas de trigo porque durante tres años la sequía había destruido sus cereales y había tenido que pedir al rico para dar de comer a la familia.

"¡No hombre, no te preocupes de doblar lo que te dio! ¡Negar el trigo! ¡Exigir el doble a uno que tiene hambre e hijos, mientras que su trigo se agorgoja en los graneros por sobreabundancia! Escribe ochenta fanegas".

"Pero si se acuerda de que me dio veinte, y veinte y luego diez?".

"¡Cómo se va a acordar? Te las di yo, y yo *no quiero* acordarme. Hazlo así. Haz como te digo y arregla tu situación. ¡Hace falta justicia entre pobres y ricos! Por mi parte, si fuera yo el patrón, hubiera pedido sólo las cincuenta, y quizás las perdonase incluso".

"Tú eres bueno. ¡Si fueran todos como tú! Recuerda que ésta es una casa amiga para ti".

El administrador fue a ver a otros, usando el mismo método, manifestándose dispuesto a sufrir para subsanar las cosas con justicia. Y le llovieron bendiciones y ofertas de ayuda.

381.5 [5]Despreocupado ya respecto al futuro, fue tranquilo a ver a su jefe, el cual, por su parte, había estado siguiendo los pasos del administrador y había descubierto su juego. Y, no obstante, le alabó diciendo: "Tu acción no es buena. No te alabo por ella. Pero debo alabarte por tu sagacidad. En verdad, en verdad los hijos del siglo son más astutos que los hijos de la luz".

Y Yo os digo también lo que dijo el rico: "*El fraude no es una cosa bonita y nunca alabaré por él a ninguno. Pero os exhorto a ser, al menos en cuanto hijos del siglo, astutos con los medios del siglo, para darles un uso como monedas para entrar en el Reino de la Luz*". O sea, con las riquezas terrenas, medios injustos en la repartición y

usados para alcanzar un bienestar transitorio que no tiene valor en el Reino eterno, haceos amigos que os abran las puertas de él. Haced el bien con los medios de que disponéis, restituid lo que vosotros, u otros de vuestra familia, hayáis tomado sin derecho, separaos del apego enfermo y culpable hacia las riquezas. Y todas estas cosas serán como amigos que, en la hora de la muerte, os abrirán las puertas eternas y os recibirán en las moradas beatas.

¿Cómo podéis exigir que Dios os dé sus bienes paradisíacos, si veis que no sabéis hacer buen uso ni siquiera de los bienes terrenos? ¿Pretendéis que, suponiendo un imposible, admita en la Jerusalén celeste elementos disipadores? No, nunca. Allá arriba se vivirá con caridad y con generosidad y justicia. Todos para Uno y todos para todos. La comunión de los santos es sociedad activa y honesta, es sociedad santa. Y ninguno que haya mostrado ser injusto e infiel puede entrar en ella.

No digáis: "Pero allá arriba seremos fieles y justos, porque tendremos todo sin sujección a temor alguno". No. El que es infiel en lo * poco sería infiel aunque poseyera el Todo, y quien es injusto en lo poco es injusto en lo mucho. Dios no confía las verdaderas riquezas al que en la prueba terrena muestra que no sabe hacer uso de las riquezas terrenas. ¿Cómo podrá Dios confiaros un día en el Cielo la misión de ser espíritus auxiliadores de vuestros hermanos de la Tierra, cuando habéis mostrado que arrebatar y robar, o conservar con avidez, es vuestra prerrogativa? Por eso os negará vuestro tesoro, el que había conservado para vosotros; y se lo dará a aquellos que supieron ser astutos en la Tierra usando incluso lo injusto y malsano en obras que lo hacían justo y sano.

Ningún siervo puede servir a dos señores. Porque será de uno de los dos u odiará a uno de los dos. Los dos señores que el hombre puede elegir son Dios o la Ganancia. Pero, si quiere ser del primero no puede ponerse los distintivos, seguir las voces, usar los medios del segundo».

[6]Una voz se alza del grupo de los esenios: «El hombre no es libre 381.6
para elegir. Está obligado a seguir un destino. Y no se diga que éste está distribuido sin sabiduría. Es lo contrario: la Mente perfecta ha establecido, como propio designio perfecto, el número de los que serán dignos de los Cielos. Los otros inútilmente se esfuerzan en serlo.

---

* *El que es infiel en lo poco sería infiel aunque poseyera el Todo...* La expresión, que ha de entenderse a la luz de *Lucas 16, 10-12* fue aclarada por MV con la siguiente observación en una copia mecanografiada: *Lenguaje figurado para hacer comprensible la comparación. Es cierto que en el Cielo no se puede pecar ni ser infieles porque los que están en el Cielo están ya confirmados en gracia y ya no pueden pecar. Pero Jesús pone esta comparación para ser comprendido más fácilmente.*

Así es. No puede ser de otra forma. De la misma manera que uno, saliendo de casa, puede encontrar la muerte a causa de una piedra desprendida de la cornisa, y otro, en el corazón de una batalla, se puede salvar hasta de la más pequeña herida, igualmente el que quiere salvarse, pero no está escrito que se haya de salvar, lo único que hará será pecar incluso sin saberlo, porque su condenación está ya designada».

«No, hombre. No es así. Y cambia de idea. Pensando así haces una grave injuria al Señor».

«¿Por qué? Demuéstramelo y me enmendaré».

«Porque tú, diciendo esto, admites mentalmente que Dios es injusto hacia sus criaturas. Él las ha creado de igual modo y con un mismo amor. Él es un Padre. Perfecto en su paternidad, como en todas las cosas. ¿Cómo puede entonces hacer distinciones y maldecir a un hombre cuando es concebido y es un inocente embrión?, ¿maldecirle desde cuando es incapaz de pecar?».

«Para resarcirse de la ofensa recibida del hombre».

«No. ¡Dios no se resarce así! No se conformaría con un mísero sacrificio como éste, de un injusto y forzado sacrificio. La culpa contra Dios sólo la puede quitar el Dios hecho Hombre. Él será el Expiador. No éste o aquel hombre. ¡Ojalá hubiera sido posible que Yo tuviera que quitar sólo la culpa original! ¡Que la Tierra no hubiera tenido ningún Caín, ningún Lámek, ningún pervertido sodomita, ningún homicida, ladrón, fornicador, adúltero, blasfemo, ninguno sin amor a sus padres, ningún perjuro, y así sucesivamente! Mas, de cada uno de estos pecados el pecador, y no Dios, es culpable y autor. Dios ha dejado libertad a sus hijos de elegir el Bien o el Mal».

«No hizo bien» grita un escriba. «Nos ha tentado sobremodo. Sabiendo que éramos débiles, ignorantes, gente corrompida, nos puso en la tentación. Ello es o imprudencia o maldad. Tú que eres justo deberás convenir en que digo una verdad».

«Dices una mentira para tentarme. Dios había dado a Adán y Eva *todos* los consejos. ¿Y de qué sirvió?».

«Hizo mal también entonces. No debía haber puesto el árbol, la tentación, en el Jardín».

«¿Y entonces dónde está el mérito del hombre?».

«Hubiera prescindido del mérito. Hubiera vivido sin mérito propio, sólo por mérito de Dios».

«Te quieren tentar, Maestro. Deja a esas serpientes. Escúchanos a nosotros, que vivimos en continencia y meditación» grita de nuevo el esenio.

«Sí, vivís así. Pero malamente. ¿Por qué no vivir así santamente?».

[7]El esenio no responde a esta pregunta, sino que pregunta: «De la misma forma que me has dado una razón convincente sobre el libre arbitrio, y la voy a meditar sin animosidad, esperando poder aceptarla, dime ahora: ¿Crees realmente en una resurrección de la carne y en una vida de los espíritus completados por ella?». 381.7

«¿Tú crees que Dios va poner fin así, sin más, a la vida del hombre?».

«Pero el alma... Dado que el premio la hace dichosa, ¿para qué sirve hacer resucitar la materia? ¿Va a aumentar eso el gozo de los santos?».

«Nada aumentará el gozo que un santo tendrá cuando posea a Dios. O sea, sólo una cosa lo aumentará en el último Día: el saber que el pecado ya no existe. ¿Y no te parece justo que, de la misma forma que durante *este* día carne y alma estuvieron unidas en la lucha por poseer el Cielo, en el Día eterno carne y alma estén unidas para gozar del premio? ¿No estás convencido de esto? ¿Y entonces por qué vives en continencia y meditación?».

«Para... para ser más plenamente hombre, señor por encima de los otros animales, que obedecen a los instintos sin freno; y para ser superior a la mayor parte de los hombres, que están embadurnados de animalidad, a pesar de ostentar filacterias y fimbrias, y fórmulas, y amplias vestiduras, y se llaman "los apartados"».

¡Anatema! Los fariseos, recibido de lleno el flechazo, que hace murmurar aprobadora a la multitud, se retuercen y gritan como endemoniados. «¡Nos está insultando, Maestro! Tú conoces nuestra santidad. Defiéndenos» gritan gesticulando.

Jesús responde: «También él conoce vuestra hipocresía. Las vestiduras no corresponden a la santidad. Mereced las alabanzas y entonces podré hablar. Pero a ti, esenio, te respondo que te sacrificas por demasiado poco. ¿Por qué? ¿Por quién? ¿Por cuánto? Por una alabanza humana. Por un cuerpo mortal. Por un tiempo rápido como vuelo de halcón. Eleva tu sacrificio. Cree en el Dios verdadero, en la bienaventurada resurrección, en la voluntad libre del hombre. Vive como asceta. Pero por estas razones sobrenaturales. Y con la carne resucitada gozarás de la eterna alegría».

«¡Es tarde! ¡Soy viejo! Quizás he malgastado mi vida estando en una secta de error... ¡Ya nada!...».

«No. ¡Nunca es demasiado tarde para quien quiere el bien! [8]Oíd, vosotros pecadores, vosotros que estáis en errores, vosotros, cualquiera que sea vuestro pasado. Arrepentíos. Venid a la Misericordia. Os abre los brazos. Os indica el camino. Yo soy fuente pura, fuente vital. Alejad de vosotros las cosas que os han descarriado hasta este 381.8

momento. Venid desnudos al lavacro. Revestíos de luz. Renaced. ¿Habéis robado como salteadores de caminos, o elegante y astutamente en las transacciones y administraciones? Venid. ¿Habéis tenido vicios o pasiones impuras? Venid. ¿Habéis sido opresores? Venid. Venid. Arrepentíos. Venid al amor y a la paz. Dejad que el amor de Dios pueda derramarse sobre vosotros. Consolad este amor acongojado por vuestra resistencia, por vuestro miedo, por vuestra vacilación. Os lo ruego en nombre del Padre mío y vuestro. Venid a la Vida y a la Verdad, y tendréis la vida eterna».

Un hombre de la muchedumbre grita: «Yo soy rico y pecador. ¿Qué debo hacer para ir?».

«Renuncia a todo por amor a Dios y por amor a tu alma».

Los fariseos murmuran y satirizan a Jesús como «vendedor de cosas ilusorias y de herejías», como «pecador que pasa por santo», y le advierten que los herejes son siempre herejes, y que eso son los esenios. Dicen que las conversiones repentinas no son sino exaltaciones momentáneas y que el impuro seguirá siéndolo siempre, el ladrón ladrón, el homicida homicida, para terminar diciendo que sólo ellos, que viven en santidad perfecta, tienen el derecho al Cielo y a la predicación.

381.9 [9]«Era un día feliz. Una siembra de santidad caía en los corazones. Mi amor, nutrido por el beso de Dios, daba a las semillas vida. El Hijo del hombre se sentía feliz de santificar... Vosotros me amargáis el día. Pero no importa. Yo os digo — y si no soy dulce la culpa es vuestra —, Yo os digo que sois de esos que se muestran justos, o tratan de hacerlo, a los ojos de los hombres, pero que no lo son. Dios conoce vuestros corazones. Lo que es grande a los ojos de los hombres es abominable ante la inmensidad y perfección de Dios. Vosotros citáis la Ley antigua. ¿Por qué, entonces, no la vivís? Modificáis para ventaja vuestra la Ley, cargándola con pesos que os producen una ventaja. ¿Por qué, entonces, no dejáis que Yo la modifique en favor de estos pequeños, quitándole todas las fórmulas y sutilezas cargosas, inútiles, de los preceptos que habéis establecido vosotros, tales y tantos que la Ley esencial desaparece bajo ellos y muere ahogada? Yo siento compasión de estas turbas, de estas almas que buscan respiro en la Religión y encuentran un nudo corredizo; que buscan el amor y encuentran el terror...

No. ¡Venid, pequeños de Israel! ¡La Ley es amor! ¡Dios es amor! Esto digo a los que vosotros atemorizáis. La Ley severa y los profetas amenazadores que me han anunciado sin lograr mantener distanciado el pecado, a pesar de los gritos de su profetismo angustioso, llegan hasta Juan. De Juan en adelante viene el Reino de Dios, el Rei-

no del amor. Y digo a los humildes: "Entrad en él. Es para vosotros". Y todos los que tienen buena voluntad se esfuerzan en entrar. Pero, para los que no quieren agachar la ca-
* beza, golpearse el pecho, decir: "He pecado", no habrá Reino. Está escrito: "Circuncidad vuestro corazón y no endurezcáis más vuestra cerviz".

Esta tierra vio el prodigio de Eliseo, que hizo dulces las aguas amargas echando en ellas la sal. ¿Y Yo no echo la sal de la Sabiduría en vuestros corazones? ¿Y entonces por qué sois inferiores al agua y no cambiáis vuestro espíritu? Añadid a vuestras fórmulas mi sal y tendrán un nuevo sabor, porque volverán a dar a la Ley la primitiva fuerza. En vosotros, los más necesitados, antes que en ningún otro. ¿Decís que cambio la Ley? No. No mintáis. Devuelvo a la Ley su primitiva forma, que vosotros habéis alterado. Porque es una Ley que durará cuanto dure la Tierra, y antes desaparecerán el cielo y la tierra que uno solo de sus elementos constitutivos o de sus consejos. Y si la cambiáis, por satisfacer vuestro gusto, y entráis en sutilezas buscando escapatorias a vuestras culpas, sabed que ello no es beneficioso. ¡No es beneficioso, Samuel! ¡No es beneficioso, Isaías! Permanentemente está escrito: "No cometas adulterio", y Yo completo: "Quien despide a su esposa para tomar otra es adúltero, y quien se casa con una mujer repudiada por su marido es adúltero, porque sólo la muerte puede dividir lo que Dios ha unido".

Pero las palabras duras son para los pecadores impenitentes. Los que han pecado pero se afligen desconsoladamente por haberlo hecho, sepan, crean que Dios es Bondad, y se acerquen a Aquel que absuelve, perdona y admite a la Vida. Salid de aquí con esta certeza. Esparcidla en los corazones. Predicad la misericordia que os da la paz bendiciéndoos en el nombre del Señor».

[10]La gente empieza a marcharse del lugar, lentamente (bien por- 381.10
que el sendero es estrecho, bien porque Jesús los atrae), pero dejan el lugar...

Se quedan con Jesús los apóstoles. A su vez se ponen en marcha, y van hablando. Buscan sombra caminando al lado de un pequeño bosquecillo de tamarices de desordenadas frondas. Pero dentro hay un esenio. El que ha hablado con Jesús. Se está quitando sus vestiduras blancas.

Pedro, que va delante de todos, lleno de estupor al ver que el

---

* *Está escrito: "Circuncidad...",* en *Deuteronomio 10, 16.* El episodio del *prodigio de Eliseo,* mencionado inmediatamente después, está en *2R 2, 16-19,* como anota MV en una copia mecanografiada.

hombre se queda sólo con el calzón corto, se echa a correr hacia el grupo diciendo: «¡Maestro! ¡Un loco! El que hablaba contigo, el esenio. Se ha desnudado y llora y suspira. No podemos ir allí».

Pero el hombre, delgado, con poblada barba, su cuerpo completamente desnudo a excepción del calzón corto y las sandalias, ya sale de la espesura del bosquete y viene hacia Jesús llorando y golpeándose el pecho. Se arrodilla: «Yo soy el curado milagrosamente en el corazón. Me has curado el espíritu. Obedezco tu palabra. Tomo nuevo vestido, de luz, dejando todo pensamiento que fuera para mí vestido de error. Me separo para meditar sobre el Dios verdadero, para obtener vida y resurrección. ¿Es suficiente? Dame el nuevo nombre y un lugar donde vivir de ti y de tus palabras».

«¡Está loco! ¡No sabemos hacerlo nosotros que oímos tantas! Y él... por un solo discurso...» comentan entre sí los apóstoles.

Pero el hombre, que lo oye, dice: «¿Queréis poner límites a Dios? Él me ha quebrantado el corazón para darme un espíritu libre. ¡Señor!...» suplica con los brazos extendidos hacia Jesús.

«Sí. Llámate Elías y sé fuego. Aquel monte está lleno de cavernas. Ve a él, y, cuando sientas temblar la tierra por un tremendo terremoto, sal y busca a los siervos del Señor para unirte a ellos. Habrás nacido de nuevo, para ser siervo tú también. Ve».

El hombre le besa los pies, se alza y se pone en camino.

«¿Pero va así desnudo?» preguntan asombrados.

«Dadle un manto, un cuchillo, yesca y eslabón, y un pan. Caminará hoy y mañana, y luego se retirará en oración al lugar donde estuvimos nosotros. El Padre se ocupará de su hijo».

Andrés y Juan se echan a correr y le dan alcance cuando ya está para desaparecer tras un recodo.

Vuelven diciendo: «Lo ha cogido. Le hemos indicado también el lugar donde estábamos. ¡Qué conquista tan inesperada, Señor!».

«Dios hace germinar flores hasta en las rocas. También en los desiertos de los corazones hace surgir espíritus de voluntad para consuelo mío. Ahora vamos hacia Jericó. Nos alojaremos en alguna casa del campo».

382. Un alto en casa de Nique.

12 de febrero de 1946.

382.1 [1]El camino, a pesar de que corte verdes campos orlados de árboles frondosos en su linde con él, es un horno bajo el sol cenital. De los campos — los cereales se encaminan rápidamente a su maduración

— viene un calor y olor como de horno en que la flor de la harina se transforma en pan. La luz es deslumbradora. Cada espiga, entre las glumas áureas y las aristas puntiagudas, parece una pequeña lámpara de oro, y los visos del sol en la paja de los tallos molesta a los ojos, como también los reflejos del camino, cegador de tanto sol. En vano los ojos buscan alivio en las frondas: si se alzan buscándolo, quedan aún más a merced del sol despiadado y han de bajarse enseguida, huyendo de esa violencia, y restringirse, reducirse a una abertura sutil entre las pestañas polvorientas, entre los bordes de los párpados enrojecidos y doloridos. El sudor forma líneas brillantes en los carrillos polvorientos. Los pies cansados se arrastran levantando nuevo polvo que atormenta, atormenta, atormenta.

Jesús consuela a sus cansados apóstoles. Aunque Él también suda, se ha puesto sobre la cabeza el manto, para defenderse del sol, y aconseja a los demás que hagan lo mismo. Ellos obedecen sin decir nada. Están demasiado cansados para encontrar la fuerza necesaria para una de sus habituales manifestaciones de descontento. Van como borrachos...

«¡Ánimo!, que allá entre los campos hay una casa...» dice Jesús.

«Si es como las otras... lo único será el desconsuelo de recorrer mucho camino sin sentido por esas tierras abrasadoras» rezonga Pedro bajo el manto. Y los otros lo confirman con un «¡mmm!» desconsolado.

«Voy Yo. Quedaos aquí, debajo de esta poca sombra».

«No. No. Vamos también nosotros. Aquí no falta el agua. Al menos tendrán un pozo... Y bebemos para apagar el fuego que tenemos dentro».

«Beber tan sudorosos os haría daño».

«Moriremos... pero en todo caso será mejor que lo que tenemos ahora...».

Jesús no rebate. Suspira y se pone a caminar delante del grupo, por un senderillo que hay entre los campos de cereales.

[2]Los campos no llegan hasta la casa, sino sólo hasta los límites de 382.2
un pomar maravilloso, lleno de sombra, donde la luz y el calor están mitigados, y que forma un cinturón opimo y reconfortador en torno a la casa. Y los apóstoles, con un «¡ah!» de alivio, se lanzan adentro. Jesús sigue andando, sin tener en cuenta sus peticiones de quedarse allí un buen rato.

Zurear de palomas, chirrío de garruchas, serenas voces de mujer vienen de la casa y se esparcen en el silencio soleado del campo.

Jesús aparece en una placita que circunda a la casa, como una acera ancha y limpia sobre la que una pérgola de uva extiende un

bordado de frondas y sombra protectora. Dos pozos, uno en el lado derecho, otro en el lado izquierdo de la casa, asombrados por la vid. Arriates junto a las paredes de la casa. Cortinas ligeras, de rayas obscuras, ondean en las puertas abiertas. Voces de mujeres y rumor de movimiento de loza salen de una habitación.

Jesús se dirige a ella, y a su paso una docena de palomas, que estaban picoteando unos granos de cereales, alzan el vuelo con fuerte aleteo. El ruido atrae la atención de quien está en la habitación, y mientras Jesús aparta la cortina con la mano por la parte derecha, contemporáneamente una criada la aparta por la izquierda... y se queda asombrada ante el Desconocido.

«¡Paz a esta casa! ¿Podéis darme refrigerio, como peregrino?» dice Jesús desde la puerta de esta habitación, que es una cocina grande donde las domésticas están lavando la loza usada para la comida del mediodía.

«La ama no te cerrará su casa. Voy a avisarla».

«Pero traigo conmigo a otros doce, y si pudiera darme refrigerio sólo a mí preferiría quedarme sin él».

«Vamos a decírselo a la ama sin duda...».

382.3 [3]«¡Maestro y Señor! ¿Tú aquí? ¿En mi casa? ¿Qué gracia especial es ésta?» interrumpe una voz; y una mujer, Nique, se acerca rápidamente y se arrodilla a besar los pies de Jesús.

Las criadas parecen estatuas. La que estaba lavando los platos se ha quedado con el trapo en la derecha y un plato que gotea en la izquierda enrojecida por el agua hirviendo. Otra, que estaba sacando brillo a los cuchillos, en un rincón, sentada en el suelo sobre los talones, se yergue sobre sus rodillas para ver mejor, y se le caen los cuchillos al suelo con estrépito. Una tercera, que estaba vaciando de ceniza los fogones, levanta la cara cenizosa y se queda así, por encima del nivel del hogar, con la boca abierta.

«Aquí estoy. Nos han rechazado en muchas casas. Estamos cansados y sedientos».

«¡Oh! ¡Ven! ¡Ven! No aquí. A las salas de septentrión, que son frescas y umbrosas. Y vosotras preparad agua para los cuerpos y bebidas aromáticas. Y tú, niña, corre a despertar al administrador; que te ayude para las primeras cosas de comer, en espera del banquete...».

«¡No, Nique! No soy el invitado mundano. Soy tu Maestro perseguido. Te pido alojamiento y amor más que comida. Pido piedad. Más para mis amigos que para mí mismo...».

«Sí, Señor. Pero ¿cuándo habéis comido por última vez?».

«Ellos no lo sé. Yo ayer, al rayar el día, con ellos».

«¿Lo ves!... No voy a derrochar. Pero, como una madre o hermana, voy a darles a todos lo necesario, y a ti, como sierva y discípula, honor y ayuda. ¿Dónde están los hermanos?».

«En el huerto. Pero quizás ya vienen. Oigo voces».

Nique corre afuera y los ve. Los llama y luego los conduce, junto con Jesús, a un fresco vestíbulo donde ya hay barreños y toallas y pueden refrescarse la cara, brazos y pies, del abundante polvo y del sudor.

«Por favor, quitaos esa ropa tan sudada; dádselo todo inmediatamente a las criadas. Es un gran descanso tener los vestidos limpios y las sandalias frescas. Y luego venid a esa sala. Os espero allí».

Y Nique se marcha, cerrando la puerta...

[4]...«¡Ah! ¡Pues se está bien en esta sombra y así, bien refrescados!» suspira Pedro entrando en la sala donde Nique los espera, atenta y respetuosa. 382.4

«Mi alegría por poderos aliviar es más grande que tu propio alivio, apóstol de mi Señor».

«¡Mmm! Apóstol... Ya... bueno... Mira, Nique, vamos a hacer una cosa simple, ¿eh? Tú sin mostrar que eres rica y culta, yo sin mostrar que soy apóstol; así... como buenos hermanos, que tienen necesidad el uno del otro para el alma y el cuerpo. Me da demasiado... miedo pensar que soy "apóstol"».

«¿Miedo a qué?» pregunta sorprendida la mujer, y sonríe.

«De... ser demasiado... demasiado voluminoso respecto a la arcilla que soy, y de que vaya a romperme por el peso... Miedo a... hacerme un engreído por la soberbia... Miedo de que... con la idea de que soy el apóstol, los otros... quiero decir, los discípulos... y las almas buenas, se mantengan distantes de mí y callen aunque me equivoque... Y yo esto no lo quiero, porque entre los discípulos, incluso entre los que creen, así, llanamente y sin más, hay muchos que son mejores que yo, unos en una cosa, otros en otra; y yo quiero hacer como... como esa abeja que ha entrado y se ha chupado un poco de esto un poco de lo otro de las cestas de fruta que has mandado traer para nosotros, y ahora, para completar, añade los jugos de esas flores, y luego irá afuera a chupar tréboles y flores de lis, manzanillas y convólvulos. Toma de todos. Y yo necesito hacer como ella...»

«¡Tú libas la más hermosa flor: el Maestro!».

«Sí, Nique. Pero de Él aprendo a hacerme hijo de Dios; de los hombres aprenderé a hacerme hombre».

«Lo eres».

«No, mujer. Soy poco menos que un animal. Y no sé verdaderamente cómo es que me soporta el Maestro...».

«Te soporto porque sabes lo que eres, y por eso puedes ser trabajado como la pasta. Pero si hicieras resistencia y fueras terco, soberbio sobre todo, te alejaría de mí como a un demonio» dice Jesús.

382.5 [5]Entran unas criadas con tazas de leche fría, y ánforas porosas donde los líquidos ciertamente están muy frescos.

«Por favor, tomad este refresco» dice Nique. «Después podréis descansar hasta la noche. La casa tiene habitaciones y camas. Y, si no las tuviera, dejaría las mías para que descansarais vosotros. Maestro, me retiro para las labores de la casa. Sabéis todos dónde encontrarme, a mí y a las criadas».

«Ve. Y no estés preocupada por nosotros».

Nique sale. Los apóstoles hacen honor al refresco que les ha sido ofrecido. Y, comiendo con alegre apetito, hablan y comentan.

«¡Buena fruta!».

«Y buena discípula».

«Bonita casa. No lujosa, pero no pobre».

«Y gobernada por una mujer que es dulce y fuerte al mismo tiempo. Orden, limpieza, respeto, y al mismo tiempo afectuosidad».

«¡Qué campos tan bonitos tiene alrededor! ¡Una buena riqueza!».

«Sí. ¡Un horno!...» dice Pedro, que no ha olvidado todavía lo que ha sufrido. Los otros ríen.

«Pero aquí se está bien. ¿Y sabías que Nique estaba aquí?» pregunta Tomás.

«No más de lo que lo supierais vosotros. Sabía que cerca de Jericó tenía unas tierras que había adquirido hacía poco. Nada más. El amado ángel de los peregrinos nos ha guiado».

«La verdad es que te ha guiado a ti. Nosotros no queríamos venir».

«Yo estaba dispuesto ya a echarme al suelo y dejarme achicharrar por el sol antes que dar un sólo paso más» dice Mateo.

«Ya no se puede andar de día. Este año el sol muy pronto es fuerte. Parece que también él se está volviendo loco».

«Sí. Vamos a caminar durante las primeras horas del día y cuando sea de noche. Pero pronto iremos a los montes. Allí el calor está más mitigado».

«¿A mi casa?» pregunta Judas Iscariote.

«Sí, Judas. Y a Yuttá y a Hebrón».

«Pero no a Ascalón, ¿eh?».

«No, Pedro. Iremos a lugares a donde no hayamos ido todavía. De todas formas, tendremos también sol y calor. Un poco de sacrificio por amor a mí y a las almas. Ahora descansad. Voy a orar al huerto».

«¿Pero Tú no estás nunca cansado? ¿No sería mejor que descan-

saras Tú también?» pregunta Judas de Alfeo.

«Quizás el Maestro quiere estar aquí un tiempo...» observa el Zelote.

«No, partimos al rayar el alba. Para esguazar el río durante las horas frescas».

«¿A dónde vamos a la otra orilla del Jordán?».

«Las turbas regresan después de la Pascua a sus casas. En Jerusalén demasiados me buscaron en vano. Predicaré y curaré en el vado. Luego iremos a poner en orden la casita de Salomón. Nos será preciosa...».

«¿Pero no volvemos a Galilea?».

«También iremos allí. Pero estaremos mucho en estas partes meridionales y un refugio será precioso. Dormid. Yo salgo».

[6]La cena debe haber tenido lugar. Es de noche. Abundantes gotas 382.6
de rocío que de los aleros caen sonando en las hojas de la vid. Estrellas inverosímiles en el cielo; un número incalculable de estrellas, de estrellas en que se pierde la mirada. Cantos de grillos y aves nocturnas, y silencio de los campos.

Los apóstoles ya se han retirado. Pero Nique está levantada, escuchando al Maestro. Él está sentado rígidamente en un asiento de piedra que apoya contra la casa. La mujer está de pie, delante de Él, con postura de atento respeto.

Jesús debe estar terminando de desarrollar unas palabras. Dice: «Sí. La observación es cabal. Pero es cierto que a este penitente, o mejor: a este que "está renaciendo", no le habría faltado la ayuda del Señor. Mientras cenábamos y tú preguntabas al mismo tiempo que servías, Yo pensaba que la ayuda eres tú. Has dicho: "No puedo seguirte sino por breves períodos, porque se debe vigilar la casa y a la servidumbre nueva". Y manifestabas tu desazón por ello, diciendo que si hubieras sabido que me ibas a haber encontrado en seguida, no habrías adquirido esto que te vincula. Como puedes ver, esto ha servido para hospedar a los evangelizadores. Por tanto, es bueno. Pero es que, de todas formas, puedes servir... En espera de servir perfectamente a tu Señor, te pido un servicio, por amor a esa alma que está renaciendo, que está llena de buena voluntad, pero que es muy débil. El exceso de penitencia podría angustiarla, y Satanás servirse de esa angustia».

«¿Qué debo hacer, mi Señor?».

«Ir. Cada luna, ir como si fuera un rito. Lo es. Es un rito de amor fraterno. Irás al Carit y, subiendo por el sendero que va entre los robles, llamarás: "¡Elías! ¡Elías!". Él se asomará, extrañado, para ver.

Tú le saludarás así: "La paz a ti, hermano, en nombre de Jesús el Nazareno". Le llevarás tantos panes bizcochados cuantos días tiene una luna. Nada más en el verano. Desde los Tabernáculos en adelante, junto con los panes le llevarás cuatro loges de aceite cada mes. Y * para los Tabernáculos le llevarás una túnica caprina, que es pesada y no se moja, y una manta. Ninguna otra cosa».

«¿Y ninguna palabra?».

«Las estrictamente útiles. Te preguntará por mí. Dirás lo que sabes. Te confiará sus dudas, esperanzas y desalientos. Tú dirás lo que tu fe y piedad te inspiren. Por otra parte, no durará mucho el sacrificio... Ni siquiera doce lunas... ¿Quieres ser compasiva conmigo y con el penitente?».

382.7 «Sí, mi Señor... [7]Pero ¿por qué tan triste?».

«¿Y tú por qué lloras?».

«Porque en tus palabras presiento presagio de muerte... ¿Te voy a perder tan pronto, Señor?». Nique llora en su velo.

«¡No llores! Tendré mucha paz, después... Sin odio. Sin celadas. Sin todo este... horror del pecado contra mí, en torno a mí... Sin compañías atroces... ¡No llores, Nique! Tu Salvador estará en paz. Victorioso...».

«Pero antes... pero antes... Con mi marido siempre leíamos a los profetas... Y temblábamos de horror por las palabras de David e Isaías... Pero, ¿te va a pasar eso?, ¿exactamente eso?».

«Eso y más todavía...».

«¡Oh!... ¿Quién te consolará? ¿Quién hará que en tu muerte tengas... esperanza todavía?».

«El amor de los discípulos, y especialmente de las discípulas fieles».

«También el mío, entonces. Porque yo bajo ningún concepto estaré lejos de mi Redentor. Sólo... ¡oh! ¡Señor!... exige de mi todas las penitencias, todos los sacrificios, pero dame un coraje viril para esa hora. Cuando Tú seas "como una teja reseca", y tengas "la lengua pe- * gada al paladar" por la sed, cuando parezcas "el leproso que se cubre la cara", haz que yo te conozca como Rey de reyes y te asista como sierva devota. ¡No me escondas tu rostro torturado, Dios mío! Como ahora dejas que me deleite en tu fulgor, Estrella de la mañana, haz

---

* *Log* (aquí) y *bat* (que encontraremos como *bates* en 467.3) son dos medidas de capacidad para líquidos. Corresponden: la primera a, aproximadamente, medio litro (aparece mencionada en *Levítico 14, 10 y 12)*; la segunda, a, aproximadamente, 45 litros (aparece en *1 R 7, 26* y en otros lugares).

* *Cuando Tú seas...* Las tres definiciones que siguen están tomadas del *Salmo 22, 16* y de *Isaías 53, 3.*

que pueda mirarte entonces, y que tu rostro se estampe en mi corazón, que — ¡ay, el mío también, como el tuyo! — ese día estará blando como la cera, por el dolor...». Nique está ahora de rodillas, casi abatida, y de vez en cuando levanta su cara bañada en lágrimas a mirar a su Señor, candor de carne bajo el candor de la luna contra el color obscuro de la pared.

«Tendrás todo esto. Y Yo, tu piedad. Subirá conmigo a mi patíbulo y de allí subirá conmigo al Cielo. Tu corona para toda la eternidad. Ángeles y hombres dirán de ti la más bella alabanza: "En la hora de la desventura, del pecado, de la duda, ella fue fiel, no pecó y socorrió a su Señor". Levántate, mujer. Y bendita seas ya desde ahora y para siempre».

Le impone las manos mientras ella hace ademán de ponerse de pie, y luego vuelven a la casa silenciosa, para el descanso de la noche.

383. Discurso sobre la muerte junto al vado del Jordán.

14 de febrero de 1946.

[1]Las orillas del Jordán en las inmediaciones del vado, en estos días de regreso de las caravanas hacia las diversas comarcas de residencia, asemejan en todo a un campamento nómada. Hay, esparcidas por todas partes, a lo largo de los bosques que forman una orla verde en los lados del río, tiendas, o incluso simplemente mantas extendidas de un tronco a otro, apoyadas en palos hincados en el suelo, atadas a la alta silla de un camello, en definitiva, sujetas de alguna manera, lo suficiente como para poderse meter uno debajo y ampararse del aguazo, que debe ser hasta lluvia en estos lugares por debajo del nivel del mar. 383.1

Cuando Jesús llega a las orillas con los suyos, al norte del vado, los campamentos se están despertando lentamente. Jesús debe haber salido de la casa de Nique verdaderamente con los primeros albores, porque todavía no es plena aurora. Ya el aspecto del lugar es bello, fresco, sereno. Los más diligentes empiezan a salir de las variopintas tiendas y a bajar al río para lavarse, despertados por los relinchos o rebuznos, por los gritos estridentes de caballos, asnos y camellos, y por las peleas o cantos de centenares de pájaros y otras aves que están entre el follaje de los sauces, de los cañaverales, o de los altos árboles que forman galerías verdes sobre las márgenes floridas. Algún lloro de niño y voces dulces de madres hablando a sus

hijos. La vida vuelve en todas sus manifestaciones, a cada minuto.

De la cercana Jericó vienen vendedores de todas las especies y nuevos peregrinos, y guardias y soldados con la misión de vigilar y mantener el orden, en estos días en que gente de todas las regiones se encuentran y no se ahorran insultos ni reproches, y en los cuales no deben ser poco frecuentes los robos de rateros que se mezclan con apariencia de peregrinos — en realidad para cometer ladronerías — entre el gentío. Tampoco faltan las mujeres públicas que tratan de hacer "*su*" peregrinaje pascual, o sea, sacar a los peregrinos más ricos y lujuriosos dinero y regalos como pago a una hora de placer, en la cual míseramente quedan anuladas todas las purificaciones pascuales... Las mujeres honestas que están entre los peregrinos junto con sus maridos o sus hijos ya adultos chillan como urracas inquietas para llamar a sus hombres (a los que están embobados — o les parece que lo están a sus mujeres o madres— observando a las meretrices). Éstas ríen con desfachatez, y responden ásperamente a los... apelativos que las honestas les propinan. Los hombres, especialmente los soldados, ríen, y no rehúsan bromear con las mujeres públicas. Algún israelita, verdaderamente rígido de moral, o sólo hipócritamente, se aleja desdeñado, y otros... anticipan el alfabeto de los sordomudos, porque con gestos se entienden maravillosamente con las mundanas.

383.2 [2]Jesús no sigue el camino recto que le llevaría al centro del campamento, sino que baja al guijarral del río, se descalza y camina por donde el agua ya lame la hierba. Los apóstoles le siguen.

Los más ancianos, los más intransigentes, dicen con enfado: «¡Y pensar que aquí el Bautista predicó penitencia!».

«¡Ya! ¡Claro! ¡Este lugar ahora está más degradado que un pórtico de termas romanas!».

«¡Y los que se llaman santos no se desdeñan de buscar aquí su pasatiempo!».

«¿Ves también tú?».

«También tengo ojos en la cara. ¡Veo! ¡Veo!...».

En la cola de la pequeña tropa, que lleva a la cabeza a Jesús, entre Andrés, Juan, Judas y Santiago de Alfeo, van los más jóvenes o los menos severos, o sea: Judas de Keriot, que ríe y mira muy atentamente lo que sucede en los grupos acampados y no se desdeña de contemplar a las guapas descaradas que han venido en busca de clientes; Tomás, que se ríe con ganas al ver las iras de las honestas y los desdenes de los fariseos; Mateo, que, habiendo sido un pecador, no puede hablar severamente contra el vicio y los viciosos, y se limita a suspirar y a menear la cabeza; y Santiago de Zebedeo, que ob-

serva sin interés ni críticas, con indiferencia.

El rostro de Jesús está serio, marmóreo, como esculpido en una piedra. Y se pone cada vez más serio cuanto más llegan a Él, desde lo alto del ribazo, frases admiradoras, o conversaciones desvergonzadas entre un hombre poco honesto y una mujer de placer. Mira siempre hacia adelante, fijamente. *No quiere ver.* Y su intención es muy clara por todo su aspecto.

[3]Pero un joven, muy ricamente vestido, que con otros de su edad 383.3
está hablando con dos mujeres mundanas, dice fuerte a una de ellas: «¡Venga, venga! Que nos queremos reír un poco. ¡Ofrécete! ¡Consuélale! Está triste porque es pobre y no puede comprarse hembras».

A Jesús le afluye por un momento el color rojo a su cara de marfil, que luego palidece de nuevo; pero no vuelve la mirada: la alteración del color es la única señal de que ha oído.

La desvergonzada, toda ella un traqueteo de adornos entre un liviano ondear de vestidos, con un grito zalamero, salta al guijarral desde la parte baja del ribazo, y encuentra la forma, al hacerlo, de mostrar furtivamente muchas secretas bellezas. Cae justo a los pies de Jesús, y, toda ella un trino de risas en su bonita boca, y una invitación de ojos y de formas, grita: «¡Oh, el más guapo de los nacidos de mujer! ¡Por un beso de tu boca, toda yo gratis!».

Juan, Andrés, Judas y Santiago de Alfeo se han quedado inmóviles de escandalizado estupor y no saben hacer ningún gesto. ¡Pero Pedro! Da un salto de pantera y, desde su grupo, se abalanza sobre la malaventurada, que está de rodillas medio echada para atrás, la zarandea, la levanta, la arroja contra el ribazo con un epíteto tremendo y arremete contra ella para darle el resto.

Jesús dice: «¡Simón!». Un grito en que hay más que en un discurso.

Y Simón vuelve, rojo de ira, donde su Señor. «¿Por qué no me dejas castigarla?».

«Simón, no se castiga un vestido manchado. Se le lava. Esa mujer tiene por vestido su carne manchada, y su alma está profanada. Debemos orar para limpiarla en el alma y en la carne». Y lo dice dulcemente, en voz baja, pero no tan baja que no lo pueda oír la mujer; y, reanudando la marcha, vuelve — ahora sí que la vuelve — un instante la mirada de sus dulces ojos a la desventurada. ¡Una mirada, una sola! ¡Un instante, uno solo! ¡Pero hay en ella toda la potencia del misericordioso amor! Y la mujer agacha la cabeza y sube el velo, se envuelve en él... Jesús prosigue su camino.

[4]Ya está en el vado. Las aguas, bajas, permiten que pasen por 383.4
ellas a pie los adultos. Basta con subirse la ropa por encima de las

rodillas y buscar las piedras anchas y sumergidas que blanquean bajo las aguas cristalinas para hacer de acera a los que vadean el río; mientras que los que van en cabalgaduras pasan río abajo.

Los apóstoles chapotean contentos dentro del agua, que les llega hasta la mitad del muslo. Pedro... no da crédito a ello. Promete y se promete que durante la estancia en casa de Salomón no faltará el modo de regalarse un baño «refrescante», dice él, como compensación de la «tostadura» de ayer.

Ya están en la otra parte. También aquí hay mucha gente, que se pone en movimiento después de la noche o que se seca tras haber vadeado el río.

Jesús ordena: «Diseminaos para decir que está el Rabí. Yo voy junto a aquel tronco derribado y os espero».

Pronto mucha gente ha sido avisada y ya acude.

Jesús empieza a hablar. Toma como motivo un cortejo que pasa llorando detrás de unas angarillas, sobre las cuales hay uno que se ha enfermado en Jerusalén; ahora, desahuciado por los médicos, le llevan rápidamente a casa para que muera allí. Todos hablan de él porque es rico y joven todavía. Y muchos dicen: «¡Pues debe ser un gran dolor el morir con tantas riquezas y tan pocos años!». Y hay quien dice (quizás son personas que ya creen en Jesús): «¡Le está bien empleado! No sabe tener fe. Los discípulos han ido a decir a los parientes: "Allí está el Salvador. Si tenéis fe y pedís, el enfermo se curará". Pero — el primero él — se han negado a venir al Rabí». Las críticas siguen a las manifestaciones de compasión. Y Jesús se sirve de todo esto para empezar a hablar.

383.5 [5]«¡La paz a todos vosotros!

Ciertamente a los ricos y jóvenes que son ricos y jóvenes sólo en dinero y años les duele morir, pero a los que son ricos en virtud y jóvenes por pureza de costumbres no les duele. El verdadero sabio, desde el uso de razón en adelante, se conduce de forma tal, que su muerte sea plácida. *La vida es la preparación de la muerte, como la muerte es la preparación a la Vida más grande que hay.* El verdadero sabio, desde que comprende la verdad de la vida y de la muerte, de la muerte para la resurrección, se industria en todos los modos posibles para despojarse de todo lo inútil y para enriquecerse con todo lo útil, o sea, las virtudes y las buenas acciones, y así disponer de un bagaje de bienes ante Aquel que le llama a su presencia para juzgarle, para premiarle, o para castigarle con justicia perfecta. El verdadero sabio conduce una vida que le hace más adulto en la sabiduría que un anciano, y más joven que un adolescente, porque, viviendo con virtud y justicia, conserva en el corazón una frescura de senti-

mientos que en algunos casos ni siquiera los adolescentes tienen. ¡Qué dulce es entonces morir! Reclinar la cabeza cansada en el seno del Padre, recogerse en su abrazo, decir entre las brumas de la vida que huye: "Te amo, espero en ti, en ti creo", decirlo por última vez en la Tierra para decir después el jubiloso "¡Te amo!", eternamente, entre los fulgores del Paraíso.

¿Duro pensamiento la muerte? No. Justo decreto para todos los mortales, no grávido de angustia sino para aquellos que no creen y están cargados de culpas. Inútilmente el hombre, para explicar las angustias exasperadas de uno que muere y que en su vida no fue bueno, dice: "Es porque no quisiera morir todavía, porque no ha hecho ningún bien, o ha hecho poco bien, y querría vivir más para satisfacer por ello". En vano dice: "Si hubiera vivido más, habría podido conseguir un premio mayor, porque habría hecho más". El alma * sabe, al menos confusamente, cuánto tiempo le es dado: respecto a la eternidad, prácticamente *nada*. Y el alma incita a todo el *yo* a actuar. Pero, ¡pobre alma! La verdad es que en muchas ocasiones se ve oprimida, pisoteada, amordazada para no oír sus palabras. Esto sucede en los que no tienen buena voluntad. Por el contrario, los hombres justos, desde la niñez, escuchan al alma, obedecen sus consejos, y, laboriosos, obran continuamente. Joven en años pero rico en méritos muere el santo, algunas veces en la aurora de la vida; y no podría ser más santo de cuanto lo es ya, por cien o mil años que se añadieran, porque el amor a Dios y al prójimo, practicados en todas sus formas y con toda generosidad, le hacen perfecto. En el Cielo no se mira cuántos años ha vivido uno, sino cómo ha vivido.

Se hace duelo ante los cadáveres. Se lloran. Pero el cadáver no llora. Uno tiembla por tenerse que morir, pero esa misma persona no se preocupa de vivir de forma que no haya de temblar en la hora de la muerte. ¿Y por qué no se llora y se hace duelo ante los cadáveres vivos, que son los cadáveres más verdaderos, aquellos que, como en un sepulcro, llevan en el cuerpo un alma muerta? ¿Y por qué los que lloran al pensar que su carne tiene que morir, no lloran por el cadáver que llevan dentro? ¡Cuántos cadáveres veo Yo, y que ríen y gastan bromas y no se lloran a sí mismos! ¡Cuántos padres, madres, esposos, hermanos, hijos, amigos, sacerdotes, maestros, veo que lloran sin sentido por un hijo, un cónyuge, un hermano, un padre, un amigo, un fiel, un discípulo, fallecidos en evidente amistad con Dios, después de una vida que ha sido una guirnalda de perfecciones; y que no

* *El alma sabe...* Con una nota en una copia mecanografiada, MV precisa: *Sabe que la duración de la vida terrena es breve y la muerte puede descargar su mano al improviso, incluso en tierna edad o juventud. Por eso incita a obrar bien, en seguida...*

lloran ante los cadáveres de las almas de un hijo, cónyuge, hermano, padre, amigo, fiel, discípulo, que está muerto por el vicio, por el pecado, y además muerto eternamente, perdido para siempre, si no se enmienda! ¿Por qué no tratar de resucitarlos? ¡Es amor, ¿sabéis?! Es el más grande amor. ¡Oh, lágrimas sin sentido por algo que era polvo y en polvo se ha convertido! ¡Idolatría del afecto! ¡Hipocresía del afecto! Llorad, sí, pero que sea por las almas muertas de vuestras personas más amadas. Tratad de llevarlos a la Vida. Y os hablo especialmente a vosotras, mujeres, que tanto podéis ante aquellos a quienes amáis.

383.6 [6]Ahora, juntos, veamos aquello que la Sabiduría indica como causa de muerte y vergüenza.

No insultéis a Dios haciendo mal uso de la vida que os ha dado, manchándola con malas acciones que deshonran al hombre. No insultéis a vuestros padres con una conducta que arroja fango sobre sus cabellos blancos y espinos de fuego sobre sus últimos días. No injuriéis a quien os hace el bien, para no ser maldecidos por el amor que pisoteáis. No injuriéis a quien gobierna, porque no es con la rebelión contra los gobernantes como se hacen grandes y libres las naciones, sino que la ayuda del Señor se obtiene con la conducta santa de los ciudadanos, y el Señor puede tocar el corazón de los gobernantes o quitarlos de su puesto o quitarles incluso la vida, como ha enseñado en repetidas ocasiones nuestra historia de Israel, cuando sobrepasan la medida, y, especialmente, cuando el pueblo, santificándose, merece el perdón por parte de Dios y Dios retira el instrumento opresor del cuello de los castigados. No injuriéis a vuestra mujer con la afrenta de adúlteros amores, ni hiráis la inocencia de vuestros hijos con el conocimiento de amores ilícitos.

Sed santos ante aquellos que en vosotros ven, por afecto y por deber, a la persona que debe ser el ejemplo de su vida. No podéis escindir la santidad hacia el prójimo más próximo de la santidad hacia Dios, porque una genera la otra como los dos amores, a Dios y al prójimo, se generan recíprocamente.

Sed justos con los amigos. La amistad es un parentesco del alma. Está escrito: "¡Cuán bello es para los amigos caminar juntos!". Pero * es hermoso si se camina por un camino de bien. ¡Ay de aquel que corrompe y traiciona la amistad haciendo de ella un egoísmo, o una traición, o un vicio, o una injusticia! Demasiados son los que dicen: "Te amo" para saber las cosas del amigo y aprovecharlas en propio beneficio. Demasiados, los que usurpan los derechos del amigo.

---

* *Está escrito: "¡Cuán bello es..."*, en *Salmo 133, 1.*

Sed honestos con los jueces. *Todos* los jueces. Desde el altísimo, que es Dios, al cual no se le tima ni se le engaña con prácticas hipócritas, hasta el íntimo, que es la conciencia; hasta los amorosos y dolientes, y atentos con su amor vigilante, que son los ojos de los familiares; hasta el severo, que son los jueces del pueblo. No mintáis invocando a Dios para dar fuerza a la mentira.

Sed honestos en las ventas y en las compras. Cuando vendéis y la concupiscencia os dice: "Roba para conseguir más ganancia", mientras que la conciencia os dice: "Sé honrado porque a ti te dolería que te robaran", escuchad esta última voz, recordando que no se debe hacer a los demás aquello que no querríamos que nos hicieran a nosotros mismos. El dinero que os dan a cambio de un producto muchas veces está bañado del sudor y el llanto del pobre. Cuesta esfuerzo. Vosotros no sabéis cuánto dolor cuesta ese dinero, cuántos dolores hay detrás de esa moneda que a vosotros, vendedores, os parece siempre demasiado escasa por lo que dais. Niños enfermos, niños sin padre, ancianos escasos de dinero... ¡Oh, dolor santo y santa dignidad del pobre que el rico no comprende, ¿con qué finalidad no sois meditados?! ¿Por qué se vende con honradez al fuerte, al poderoso, por miedo a sus represalias, mientras que se abusa del indefenso, del hermano desconocido? Ello es un delito más contra el amor que contra la honradez misma. Y Dios lo maldice, porque la lágrima extraída de los ojos del pobre, que sólo posee el llanto como reacción contra el atropello, para el Señor tiene la misma voz que la sangre extraída de las venas de un hombre por un homicida, por un Caín de su propio semejante.

Sed honestos en las miradas, como en la palabra y en las acciones. Una mirada dada a quien no la merece es semejante a un lazo, una mirada negada a quien la merece es como un puñal. La mirada que se anuda con la pupila desvergonzada de la meretriz, y le dice: "¡Eres guapa!", y responde a su mirada invitante con la suya de adhesión, es peor que el nudo corredizo para el ahorcado. La mirada negada al pariente pobre o al amigo caído en la miseria es semejante a un puñal clavado en el corazón de estos desdichados. Y lo mismo la mirada de odio para el enemigo, o de desprecio para el mendigo. Al enemigo se le debe perdonar y amar al menos con el espíritu, si la carne se niega a amarle. *El perdón es amor del espíritu. No vengarse es amor del espíritu.* Al mendigo se le debe amar porque ninguno le conforta. No es suficiente arrojar una limosna y pasar despreciativos. La limosna sirve para la carne hambrienta, desnuda, sin cobijo. Pero la piedad que sonríe cuando da, que se interesa por el llanto del infeliz, es pan del corazón. Amad, amad, amad.

Sed honestos en los diezmos y en las costumbres. Sed honestos dentro de vuestras casas, sin abusar del siervo sobrepasando la medida y sin atentar contra la sierva que duerme bajo vuestro techo: si bien el mundo ignora el hurto cometido en el secreto de la casa, el hurto a la esposa desconocedora de los hechos y a la sierva a la que deshonráis, Dios conoce vuestro pecado.

Sed honestos en cuanto a la lengua. Y honestos en la educación de los hijos y las hijas. Está escrito: "Haz esto para que tu hija no te * haga el hazmerreír de la ciudad". Yo digo: "Haced esto para que el espíritu de vuestra hija no muera".

383.7 [7]Y ahora idos. Yo os he dado un viático de sabiduría y también me marcho ahora. El Señor esté con los que se esfuerzan en amarle».

Los bendice con el gesto y, rápido, baja del tronco derribado para tomar un senderillo que hay entre los árboles. Remonta el río y pronto desaparece entre las verdes marañas de frondas.

La muchedumbre hace animados comentarios, no sin pareceres contrarios. Naturalmente los contrarios son los pocos ejemplares de escribas y fariseos presentes entre las turbas de los humildes.

384. El anciano Ananías, guardián de la casita de Salomón.

15 de febrero de 1946.

384.1 [1]La casita de Salomón — la que vi sin saber quién era su propietario, en marzo de 1944, en la visión de la resurrección de Lázaro — es una de las últimas de la única calle, que acaba en el río, de este pueblecito pobre y apartado. Un pueblecito de barqueros. Sus casitas más... ricas están dispuestas a lo largo de esta callecita polvorienta; las otras, esparcidas a la buena de Dios entre los árboles de las orillas. Verdaderamente no son muchas — no creo que lleguen a cincuenta —, y tan pequeñas que cabrían todas en uno de esos bloques de viviendas proletarias de las grandes ciudades actuales. Ahora la primavera les da una apariencia menos mísera, porque las decora con su frescura, y hay guirnaldas de convólvulos, o festones de vides, o un franco reír de flores amarillas de calabaza, en las rudimentarias estacadas que señalan las propiedades, en las orillas de los techos, u orlando las puertas de las casas, y no falta alguna rosa como desorientada, ella bella en medio de cestas y redes, en medio del dorado de la mostaza en flor, en medio del humilde cimbreo de las pri-

* *Está escrito: "Haz esto...", en Eclesiástico 42, 11.*

meras vainas de las legumbres.

La calle también parece menos fea, porque el cañaveral del fondo no tiene sólo las cuentas duras de los nudos polvorientos, sino que se adorna con los penachos de las heleocarias, y, entre las cintas de las hojas de las cañas, eleva los cuchillos de los gladios silvestres, que lucen las multicolores mazorcas de sus flores, mientras los sutiles zarcillos de tallito filiforme abrazan en espiral nudos y cañas y en cada giro ponen el cáliz delicadísimo de su florecilla de un color rosa lila tenuísimo. Y pájaros, a miríadas, se requieren de amores entre los cañizares, coqueteando en lo alto de las cañas, acunándose colgados de los zarcillos, poniendo trinos y colores entre el verdor de las orillas palustres.

Jesús empuja la tosca cancilla, pequeña, que introduce en una huertecilla o patio. La verdad es que, si era una huerta, ahora es un revoltijo agreste de hierbas crecidas de nuevo; y, si era un patio, es igualmente un lío de yerbajos sembrados por los vientos. Sólo algunas calabazas han mostrado inteligencia, agarrándose a la única planta de vid y a la higuera, y subiendo a poner las bocas rientes de sus flores al lado de los racimos en miniatura de la vid o al lado de las tiernas hojas de la higuera, las cuales en su base, en la concavidad del pecíolo, tienen la yema dura de los higos-flor apenas formados. Las ortigas martirizan los pies desnudos, tanto que Pedro y Tomás, recogidos dos remos carcomidos, se lían a abatir las irritantes plantas para disminuir su veneno.

Entretanto, Santiago y Juan tratan de hacer funcionar la grande cerradura oxidada, y, conseguido su objetivo, abren la tosca puerta y entran en una habitación-cocina que huele fuertemente a moho y a cerrado. Polvo y telarañas decoran las paredes; una basta mesa, unos bancos y otros asientos, una repisa, son su mobiliario; dos puertas se abren en una de las paredes.

[2]Pedro explora... «Aquí hay un cuarto pequeño con una cama sola. Buena para Jesús... ¿Y aquí? ¡Ah! ¡Ya! Esto es la despensa, el trastero, el granero y la ratonera... ¡Fíjate qué carreras de ratones! Han roído todo en estos meses. Pero ahora voy a arreglaros yo, no lo dudéis. Maestro... ¿podemos movernos aquí como si fuéramos los amos?». 384.2

«Eso dijo Salomón».

«¡Muy bien! ¡Venga, hermano, y tú, Santiago! Venid aquí a cerrar todos los agujeros. Y Tú, Mateo, con Judas, métete en la puerta, y estáte atento a que no salga ni un solo ratón. Imagínate que eres todavía el amable recaudador de Cafarnaúm. Entonces no se te escapaba ni un solo cliente, ni aunque se hiciera ligero como una lagarti-

ja cuando se despierta... Y vosotros id a la huerta a recoger la mayor cantidad que podáis de yerbajos y traedlos aquí. Y tú, Maestro, ve... donde quieras, mientras... yo arreglo a estos diablos inmundos que han destrozado estas cómodas redes y se han comido la quilla entera de una barca...». Y mientras habla amontona maderas roídas, pedazos de red reducida a estopa, haces de leña... todo en medio de la habitación, y, cuando ya tiene las hierbas verdes, las pone encima de lo demás y prende fuego y se separa mientras las primeras espiras de humo se alzan del montón. Ríe diciendo: «¡Y que mueran todos los filisteos!».

«¿No vas a prender fuego a todo?» pregunta Simón Zelote.

«No, amigo. Porque la humedad de los ramajes mantiene bajas las llamas, y las llamas sacan de las yerbas el humo, de forma que, con buena alianza, lo seco y lo verde se ayudan en la venganza. ¿Sientes qué mal huele? ¡Dentro de poco verás qué chillidos! ¿Quién me hablaba de los cisnes que cantan antes de morir? ¡Ah, Síntica! Dentro de poco también cantarán los ratones».

Judas Iscariote corta bruscamente una carcajada y observa: «No se ha podido saber nada más de ella. Y tampoco nada de Juan de Endor. ¿Quién sabe a dónde habrán ido a parar?».

«Sin duda al lugar adecuado» responde Pedro.

«¿Lo sabes?».

«Sé que ya no están para ser diana de la malevolencia».

«¿No has preguntado a nadie? Yo sí».

«Y yo no. No es una cosa que me interese el saber dónde están. Me basta con pensar que son santos y orar porque sigan siéndolo».

Tomás dice: «A mí me han preguntado por ellos algunos fariseos ricos, clientes de mi padre. Pero he respondido que no sé nada».

«¿Y no sientes curiosidad por saberlo?» insiste Judas.

«Yo no, y digo la verdad...».

«¡Mirad! ¡Mirad! El humo hace efecto. Pero vamos a salir, que, si no, nos ahogamos también nosotros» dice Pedro. Y desviando así la atención se pone fin al tema.

384.3 [3]Jesús está en la huerta. Endereza unos tallos de legumbres arrastradas por el suelo, nacidas de semillas que han caído ahí.

«¿Estás de hortelano, Maestro?» pregunta sonriendo Felipe.

«Sí. Me da pena ver una planta arrastrada por el suelo, inútil, cuando, por el contrario, está destinada a elevarse hacia el sol y a dar fruto».

«Bonito tema para un discurso, Maestro» observa Bartolomé.

«Sí. Bonito. Todo sirve como tema para quien sabe meditar».

«Te ayudamos también nosotros. ¡Venga! ¿Quién va a las cañas

del río, a coger algunas para las legumbres?».

Van los jóvenes, riendo, y los más ancianos se ponen a hacer limpieza arrancando con atención las hierbas parásitas.

«¡Así se ve que es una huerta! No hay hortalizas para ensalada. Pero sí que hay puerros, ajos, verduras, hierbas delicadas y legumbres. ¡Y calabazas! ¡Cuántas calabazas! Hay que podar la vid, liberar la higuera y...».

«¡Pero Simón, no nos vamos a quedar aquí!...» dice Mateo.

«Pero vendremos varias veces. Lo ha dicho Él. Y no nos perjudicará el tener un poco de orden aquí alrededor. ¡Mira, mira! También hay un jazmín — ¡pobrecito! — debajo de esta cascada de calabazas. Si viera Porfiria esta planta tan triste, lloraría sobre ella y le hablaría como a un niño. Sí, porque antes de tener a Margziam les hablaba a sus flores como a hijos... Exactamente. También aquí he hecho espacio. He quitado la calabaza porque... 4¡Ah!, ahí vienen los mu- 384.4
chachos con las cañas y con un... ¡Maestro, hay trabajo para ti! ¡Está ciego!».

En efecto, entran Santiago y Juan, Andrés y Tomás, cargados de cañas, y Tomás trae, casi en peso, a un pobre viejecito todo harapiento y que tiene los ojos blancos debido a las cataratas.

«Maestro, estaba buscando plantas de achicoria en las orillas y le ha faltado poco para caerse al agua. Está solo desde hace algunos meses, porque el hijo que le mantenía ha muerto; la nuera se ha vuelto a su casa y él... vive como puede. ¿Verdad, padre?».

«Sí. Sí. ¿Dónde está el Señor?» dice mientras le giran los ojos velados.

«Aquí está. ¿Ves esa blancura alargada? Es Él».

Pero Jesús ya se ha acercado y le toma de la mano. «¿Estás solo, pobre padre? ¿Y no ves?».

«No. Mientras podía ver, tejía cestas y nasas, y hacía redes. Pero ahora... Veo más con los dedos que con los ojos, y cuando busco hierbas me equivoco y algunas veces me hago daño al vientre con hierbas nocivas».

«Pero en el pueblo...».

«Son todos pobres y están llenos de hijos, y yo soy viejo... Duele que se muera un burro.... ¡Pero si se muere un viejo!... ¿Qué es un viejo? ¿Qué soy? Mi nuera se me ha llevado todo. Pero si por lo menos me hubiera llevado con ella, como una oveja vieja, para que gozara de la presencia de mis nietos... los hijos de mi hijo...»; llora apoyado en el pecho de Jesús, que le tiene entre sus brazos y le acaricia.

«¿No tienes casa?».

«La vendí».

«¿Y cómo vives?».

«Como los animales. Los primeros días me ayudaba el pueblo. Pero luego se cansaron...».

«Salomón está degenerando entonces, porque es generoso» observa Mateo.

«Es generoso con nosotros. ¿Por qué no ha dado la casa a este anciano?» pregunta Felipe.

«Porque, cuando pasó por aquí la última vez, yo tenía todavía una casa. Salomón es bueno. Pero el pueblo le llama "el loco" desde hace un tiempo, y ya no hacen lo que él había enseñado que había que hacer» dice el anciano.

384.5 [5]«¿Quisieras quedarte aquí conmigo?».

«¡Ya no echaría de menos a mis nietos!».

«Aunque siguieras siendo pobre y siguieras estando ciego, ¿te bastaría servirme para ser feliz?».

«¡Sí!». Un "sí" tembloroso pero muy seguro.

«De acuerdo, padre. Escúchame. Tú no puedes andar el camino que ando Yo. No puedo quedarme aquí. Pero podemos querernos y hacernos el bien mutuamente».

«Tú a mí, sí. Pero yo... ¿Qué puede hacer el viejo Ananías?».

«Cuidarme la casa y la huerta, para que cada vez que vuelva las encuentre ordenadas. ¿Te gusta?».

«¡Sí! Pero estoy ciego... La casa... me acostumbraré a las paredes. Pero la huerta... ¿Qué puedo hacer para cuidarla, si no distingo las hierbas? ¡Oh, sí, qué bonito sería servirte, Señor! Terminar la vida así...». El viejecito tiene las manos contra el corazón, soñando esta cosa imposible.

Jesús se inclina sonriendo y le besa los ojos velados...

«Pero yo... empiezo a ver... Veo... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!...». Vacila de alegría, y se desplomaría si Jesús no le sujetase.

«¡Claro... la alegría!...» dice Pedro con la voz ronca de la emoción.

«Y también el hambre... Ha dicho que hace días que vive sólo a base de achicoria, sin aceite ni sal...» termina Tomás.

«Sí, por eso le hemos traído. Para darle de comer...».

«¡Pobre anciano!» todos se muestran compasivos.

El viejecito vuelve en sí y llora, llora. El pobre llanto de los ancianos... tan triste, aun cuando es de alegría; y susurra: «¡Ahora sí, ahora puedo servirte, bendito! ¡Bendito! ¡Bendito!», y hace ademán de agacharse a besar los pies de Jesús.

«No, padre. Ahora vamos a entrar, vamos a comer, y luego te da-

mos una túnica; tú estarás entre hijos y nosotros tendremos un padre que nos dará su bienvenida cada vez que volvamos y su bendición cada vez que salgamos. Buscaremos dos palomas, para que tengas criaturas vivas a tu alrededor. Buscaremos simientes para la huerta. Sembrarás semillas en los cuadros de la huerta, y la fe en mí en los corazones de este pueblo».

«¡Enseñaré la caridad! ¡No la tienen!».

«También la caridad. Pero sé dulce...».

«Lo seré. No dije ninguna palabra dura a mi nuera mientras me abandonaba. He comprendido y perdonado».

«Te lo he visto en tu corazón. Por eso te he amado. Ven. Ven conmigo...». Y Jesús entra en la casa llevando de la mano al viejecito.

[6]Pedro los ve caminar y se seca una lágrima con el dorso de la mano, antes de reanudar el trabajo interrumpido. 384.6

«¿Lloras, hermano?».

Pedro no responde.

Andrés insiste: «¿Por qué lloras, hermano?».

«Tú preocúpate de las gramas. Si lloro es porque... bueno, yo sé por qué...».

«Dínoslo, sé condescendiente» dicen varios.

«Es porque... Es porque a mí me tocan más el corazón estas lecciones tan... tan... bueno este tipo de lecciones, que no sus solemnes invectivas...».

«¡Pero en esos casos se ve en Él el Rey!» exclama Judas.

«Y aquí se ve el Santo. Tiene razón Pedro» dice Bartolomé.

«Pero para reinar tiene que ser fuerte».

«Pero para redimir tiene que ser santo».

«Para las almas, sí; para Israel...».

«Israel no será nunca Israel si las almas no se santifican».

Los síes y los noes se entrecruzan. Y cada uno con su distinto parecer.

El viejecito sale de nuevo, esta vez con una jarra en la mano. Va a tomar agua a la fuente. Está tan feliz, que no parece el mismo de antes.

«Anciano padre, escucha. Según tú, ¿de qué tiene necesidad Israel para ser grande — pregunta Andrés —, de un rey o de un santo?».

«Tiene necesidad de Dios. De ese Dios que ahí dentro ora y medita. ¡Ah! ¡hijos, hijos! ¡Sed buenos, vosotros que le seguís! ¡Sed buenos, buenos, buenos! ¡Qué don os ha dado el Señor! ¡Qué don! ¡Qué don!» y se aleja, agitando los brazos hacia el cielo y susurrando: «¡Qué don! ¡Qué don!»...

385. Parábola de la encrucijada y milagros cerca del pueblo de Salomón.

16 de febrero de 1946.

385.1 [1]Sale de la casita la pequeña tropa, aumentada por el anciano, que se contempla a sí mismo, admirado, con la túnica de alguno de los apóstoles de pequeña estatura.

«Si quieres quedarte, padre...» empieza a decir Jesús.

Pero el anciano le interrumpe: «No, no. Voy yo también. ¡Déjame ir! ¡He comido ayer! He dormido esta noche, ¡y además en una cama! ¡Y ya no tengo el dolor en el corazón! Estoy fuerte como un joven...».

«Pues ven. Estarás conmigo, con Bartolomé y mi hermano Judas. Vosotros, de dos en dos, diseminaos como se ha dicho. Antes de la sexta todos aquí de nuevo. Id, y que la paz sea con vosotros».

Se separan. Unos van hacia el río, otros hacia los campos. Jesús deja que se adelanten y luego se pone en marcha Él también, el último. Cruza lentamente el pueblo, y no pasa desapercibido a los pescadores que regresan del río o que van a él, ni a las diligentes amas de casa que se han levantado con el alba para las coladas, para regar sus pequeñas huertas o para hacer el pan. Pero ninguno dice nada.

385.2 [2]Sólo un muchachito, que empuja hacia el río a siete ovejas, pregunta al anciano: «¿A dónde vas, Ananías? ¿Te vas del pueblo?».

«Voy con el Rabí. Pero vuelvo con Él. Soy su siervo».

«No. Eres mi padre. Todos los ancianos justos son un padre y una bendición para el lugar que los hospeda y para quien los socorre. Bienaventurados los que aman y honran a los ancianos» dice Jesús con aspecto solemne.

El niño le mira con temor. Luego susurra: «Yo daba siempre un poco de mi pan a Ananías...», como queriendo decir: «No me regañes, que no lo merezco».

«Sí. Micael era bueno conmigo. Era amigo de mis nietos... y luego ha seguido siéndolo también del abuelo. Su madre no es mala tampoco. Ayudaría. Pero tiene once hijos y viven todos con la pesca...».

Algunas mujeres se acercan curiosas y se ponen a escuchar

«Dios ayudará siempre a quien ayuda lo que puede al pobre. Y siempre hay forma de ayudar. Muchas veces, el decir: "No puedo" es embuste. Porque, si uno se lo propone, siempre se encuentra el bocado superfluo, la manta rota, el vestido que ya no se usa, para dárselo a quien no tiene estas cosas. Y el Cielo recompensa el don. Dios te recompensará, Micael, por esos pedazos de pan que has dado al anciano». Jesús acaricia al niño y reanuda su camino.

Las mujeres se quedan cabizbajas donde estaban. Luego preguntan al niño, el cual dice lo que sabe. Y el miedo se apodera de las avaras mujeres que han cerrado el corazón a las necesidades del anciano...

[3]Entretanto, Jesús ha llegado a la altura de la última casa y ahora se dirige hacia la bifurcación que desde el camino de primer orden se desvía hacia el pueblecito. Se ve desde aquí que por el camino principal pasan caravanas que van de regreso hacia las ciudades de la Decápolis y la Perea. 385.3

«Vamos allí y predicamos. ¿Quieres hacerlo tú también, padre?».

«No sé hacerlo. ¿Qué digo?».

«Sí que sabes. Tu alma posee la sabiduría de perdonar y de ser fiel a Dios y de tener resignación incluso en las horas de dolor. Y sabes que Dios socorre a quien en Él espera. Ve y díselo a los peregrinos».

«¡Ah, esto sí!».

«Judas, ve con él. Yo me quedo con Bartolomé en la bifurcación».

Y así es: en llegando allí, se pone a la sombra de un grupo de plátanos frondosos, y espera paciente.

Alrededor, los campos están bonitos de espigas y de árboles frutales. Frescos en esta hora matutina. El ojo los mira con placer. Y las caravanas pasan por el camino... Pocos miran a los dos que están apoyados a los troncos de los plátanos. Quizás creen que son viandantes cansados. Pero alguno reconoce a Jesús y le señala, o se inclina saludando.

En fin... El primero para su burrito y los de los parientes, y que baja y se dirige hacia Jesús: «¡Dios sea contigo, Rabí! Soy de Arbela. Te escuché el otoño pasado. Ésta es mi esposa; ésta, su hermana viuda; y mi madre. Este hombre anciano es su hermano. Y ése, joven, es el hermano de mi mujer. Y aquí ves a los hijos de todos nosotros. Tu bendición, Maestro. He sabido que has hablado en el vado. Pero llegué allí de noche... ¿No nos vas a decir a nosotros ninguna palabra?».

«La Palabra no se niega nunca. Pero espera unos minutos, porque están viniendo otros...».

En efecto, abatidos, están llegando a la bifurcación los habitantes del pueblo, y otros, que ya habían pasado por el camino en dirección hacia el Norte, regresan; otros, despertada su curiosidad, se detienen y bajan de sus cabalgaduras, o se quedan sobre la silla. Se forma un pequeño auditorio, que va aumentando cada vez más.

Vuelven también Judas de Alfeo y el anciano, y con ellos vienen dos enfermos y varios sanos.

385.4 [3]Jesús empieza a hablar.

«Los que recorren los caminos del Señor, los caminos indicados por el Señor, y los recorren con voluntad buena, acaban encontrando al Señor. Vosotros encontráis al Señor regresando de cumplir vuestro deber de fieles israelitas respecto a la Pascua santa. Y he aquí que la Sabiduría os habla, como deseáis, en este cruce donde nos hace encontrarnos la bondad divina. Muchas son las encrucijadas que el hombre encuentra en el camino de su vida, y más encrucijadas sobrenaturales que materiales. Todos los días, la conciencia se ve puesta ante las bifurcaciones y cruces del Bien y del Mal. Y debe elegir con atención para no errar. Y, si yerra, debe saber volver para atrás humildemente cuando alguien le llama o le advierte. Y, aunque le pareciera más bonita la vía del Mal, o simplemente la de la tibieza, debe saber elegir la vía escabrosa pero segura del Bien.

Escuchad una parábola.

Un grupo de peregrinos, venidos de lejanas regiones en busca de trabajo, se encontró en los confines de un estado. En estos confines había unos contratantes de trabajo, que habían sido enviados por distintos patrones. Había quien buscaba hombres para las minas. Otros buscaban hombres para las tierras de labor y para los bosques; otros, siervos para un rico infame; otros, soldados para un rey que estaba en la cima de un monte, en su castillo, al cual se llegaba por un camino muy empinado.

El rey quería soldados, pero exigía que fueran no tanto soldados de violencia cuanto soldados de sabiduría, para enviarlos luego por las ciudades a santificar a sus súbditos. Por eso vivía arriba, como en un eremitorio, para formar a sus siervos sin que las distracciones mundanas los corrompieran ni retrasaran o anulasen la formación de su espíritu. No prometía altos salarios. No prometía vida cómoda. Pero aseguraba que el estar a su servicio produciría santidad y premio. Esto decían sus enviados a los que llegaban a las fronteras. Sin embargo, los enviados de los patrones de las minas o de las tierras decían: "No será una vida cómoda, pero seréis libres y ganaréis lo suficiente para vivir un poco holgadamente". Y los que buscaban siervos para un patrón infame prometían incluso abundante comida, ocio, goces, riquezas: "Basta con que consintáis a sus caprichos — ¡de ninguna manera penosos! — y todos gozaréis como sátrapas".

Los peregrinos se consultaron entre sí. No querían dividirse... Preguntaron: "¿Pero están cerca las tierras y las minas y el palacio del mundano y el del rey?".

"¡No!" respondieron los contratantes. "Venid a esa encrucijada para mostraros los distintos caminos".

Fueron.

"Mirad. Aquel camino espléndido, umbrío, florido, liso, con fuentes frescas, desciende hacia el palacio del señor" dijeron los contratantes de los siervos.

"Mirad. Este camino polvoriento, que va entre campos serenos, conduce a las tierras de labor. Calienta el sol, pero, como podéis ver, también está bien" dijeron los de las tierras.

"Mirad. Este camino, tan marcado por ruedas pesadas, y con manchas oscuras, señala la dirección de las minas. No es ni buena ni mala..." dijeron los de las minas.

"Mirad. Este sendero empinado, hundido entre rocas encendidas por el sol, sembrado de espinos y barrancos, que hacen lenta la marcha, pero, en compensación, procuran una fácil defensa contra los asaltos de los enemigos, conduce a Oriente, al castillo severo, diríamos casi sagrado, donde los espíritus se forman en el Bien" dijeron los del rey.

[5]Y los peregrinos miraban y miraban, y calculaban... Tentados por muchas cosas, de las cuales sólo una era totalmente buena. Y lentamente se fueron dividiendo. Eran diez. Tres torcieron hacia los campos... dos hacia las minas. Los que quedaban se miraron, y dos dijeron: "Venid con nosotros. Donde el rey. No vamos a ganar, ni vamos a gozar en la Tierra, pero seremos santos eternamente". 385.5

"¿Aquel sendero de allí? ¡Ni locos! ¿No ganar? ¿No gozar? No merecía la pena dejar todo y venir a tierras extranjeras para tener todavía menos de lo que teníamos en nuestra patria. Nosotros queremos ganar y gozar...".

"¡Pero perderéis el Bien eterno! ¿No habéis oído que es un patrón infame?".

"¡Eso son cuentos! Después de un poco le dejamos, y habremos gozado y seremos ricos".

"No os liberaréis jamás de él. Mal han hecho los primeros, siguiendo la avidez de dinero. ¡Pero, vosotros! Vosotros seguís la avidez de placer. ¡Oh! ¡No cambiéis el destino eterno por una hora que pasa!".

"Sois unos estúpidos y creéis en las promesas ideales. Nosotros vamos a la realidad. ¡Adiós!..." y echándose a correr entraron por el bonito camino umbrío, florido, rico en agua, liso, en cuyo fondo brillaba bajo el sol el mágico palacio del mundano.

Los dos restantes tomaron, llorando y orando, el empinado sendero. Y era tan difícil que, a los pocos metros, casi se desanimaron. Pero perseveraron. Y la carne parecía cada vez más ligera, a medida que avanzaban. Y la fatiga se sentía consolada por un extraño júbilo.

Llegaron jadeantes, arañados, a la cima del monte. Fueron admitidos a comparecer ante el rey, el cual les dijo todo lo que exigía para incorporarlos en el número de sus valientes, y terminó: "Pensadlo durante ocho días y luego dad una respuesta".

Y ellos pensaron mucho y sostuvieron duras luchas contra el Tentador, que quería amilanar; contra la carne, que decía: "Vosotros me sacrificáis"; contra el mundo, cuyos recuerdos todavía seducían. Pero vencieron. Permanecieron. Vinieron a ser héroes del Bien.

385.6 [6]Llegó la muerte, o sea, la glorificación. Desde lo alto del Cielo vieron en las profundidades a aquellos que habían ido donde el amo infame. Encadenados también ahora, después de la vida, gemían en la obscuridad del Infierno. "¡Y querían ser libres y gozar!" dijeron los dos santos.

Y los tres condenados, horrendos de aspecto, los vieron y los maldijeron, y maldijeron a todos, a Dios el primero, diciendo: "¡Nos habéis engañado a todos!".

"No. No podéis decir eso. Se os había advertido el peligro. Habéis querido vosotros vuestro mal" respondieron los bienaventurados, que, a pesar de que veían y oían los torpes gestos de burla y blasfemias lanzados contra ellos, estaban serenos.

Y vieron a los de los campos y las minas en distintas regiones purgativas, y ellos a su vez los vieron y dijeron: "No fuimos ni buenos ni malos, y ahora expiamos nuestra tibieza. ¡Orad por nosotros!".

"¡Lo haremos! Pero, ¿por qué no vinisteis con nosotros?".

"Porque fuimos no demonios, pero sí hombres... No tuvimos generosidad. Amamos más que al Eterno y Santo a lo que, aun siendo honesto, era transitorio. Ahora aprendemos a conocer y a amar con justicia".

La parábola ha terminado. Todos los hombres están en la encrucijada. Toda la vida en una encrucijada. Bienaventurados los que son firmes y generosos en la voluntad de seguir los caminos del Bien. Dios sea con ellos. Y Dios toque y convierta a quien así no es y lo conduzca a serlo. Idos en paz».

385.7 [7]«¿Y los enfermos?».

«¿Qué tiene la mujer?».

«Fiebres malignas que le retuercen los huesos. Ha ido hasta las aguas milagrosas del Mar Grande. Pero sin alivio».

Jesús se inclina hacia la enferma y le pregunta: «¿Quién crees tú que soy Yo?».

«El que buscaba. El Mesías de Dios. ¡Piedad de mí, que te he buscado mucho!».

«Tu fe te dé salud, tanto a tus miembros como a tu corazón. ¿Y

tú, hombre?».

El hombre no responde. Por él habla la mujer que le acompaña: «Un cáncer le roe la lengua. No puede hablar. Y muere de hambre». Efectivamente, el hombre es un esqueleto.

«¿Tienes fe en que te puedo curar?».

El hombre indica que sí con la cabeza.

«Abre tu boca» ordena Jesús, y acerca su cara a la horrenda boca roída por el cáncer. Echa en ella su aliento. Dice: «¡Quiero!».

Un momento de espera y luego dos gritos: «¡Mis huesos otra vez sanos!»; «¡María, estoy curado! ¡Mirad! Mirad mi boca. ¡Hosanna! ¡Hosanna!», y quiere levantarse, pero se tambalea por la flaqueza.

«Dadle de comer» ordena Jesús. Y hace ademán de retirarse.

«¡No te marches! ¡Vendrán otros enfermos! Volverán atrás otros... ¡También a ellos, también a ellos!» grita la multitud.

«Todas las mañanas, desde la aurora hasta la hora sexta vendré aquí. Que alguna persona voluntariosa se ocupe de reunir a los peregrinos».

«¡Yo, yo, Señor!» dicen no pocos.

«Que Dios os bendiga por esto».

Y Jesús tuerce hacia el pueblo con sus primeros compañeros, y con los otros, que han ido viniendo poco a poco — todos con más gente — mientras hablaba.

[8]«¿Pero dónde están Pedro y Judas de Keriot?» pregunta Jesús. 385.8

«Han ido a la ciudad que está cercana. Llenos de dinero. A comprar...».

«Sí. Judas ha obrado un milagro y está de fiesta» observa sonriendo Simón Zelote.

«También Andrés, y tiene una oveja como recuerdo. Le ha curado a un pastor la pierna rota, y el pastor le ha recompensado así. Se la daremos al padre... la leche es buena para los ancianos...» dice Juan mientras acaricia al viejecito, que está beato.

Entran en la casa y preparan un poco de comida...

Están ya para sentarse a la mesa, cuando llegan los dos que faltaban, cargados como burros y seguidos por un carrito cargado de esos cañizos que sirven de cama a los pobres de Palestina.

«Perdona, Maestro. Pero esto era necesario. Ahora estaremos bien» dice Pedro.

Y Judas: «Observa. Hemos comprado lo estrictamente necesario, limpio y pobre. Como te gusta a ti», y se ponen a trabajar para descargar, y luego despiden al carrero.

«Doce yacijas y doce cañizos. Algunos utensilios para la comida. Aquí las semillas. Aquí las palomas. Ahí los denarios. Y mañana

mucha gente. ¡Uf! ¡qué calor! Pero ahora va todo bien. ¿Tú qué has hecho Maestro?...».

Y, mientras Jesús narra, se sientan a la mesa, contentos.

386. Hacia la orilla occidental del Jordán.

17 de febrero de 1946.

386.1 [1]Jesús está de nuevo en camino. Ha dado la espalda al Norte y ahora bordea los meandros del río en busca de alguien que le pase a la otra orilla. Está acompañado de los suyos, que evocan los acontecimientos de los pocos días pasados en el pueblecito y en la casa de Salomón. Según lo que entiendo, han estado allí hasta que se ha difundido entre los ambientes enemigos la voz de la presencia del Maestro en ese lugar; entonces, se han marchado, dejando al anciano Ananías, sereno en su pobreza ya no desconsolada, como custodio de la casita, ahora de nuevo en orden.

«Esperemos que los estados de ánimo permanezcan como al presente» dice Bartolomé.

«Si vamos y venimos como el Maestro dice, los mantendremos en esas disposiciones» responde Judas de Alfeo.

«¡Pobre anciano! Lloraba. Ha cogido cariño...».

386.2 [2]«Y me ha gustado su último discurso. ¿Verdad, Maestro, que habló sabiamente?» dice Santiago de Zebedeo.

«¡Santamento ha hablado, yo digo!» exclama Tomás.

«Sí. Y tendré presente su deseo» responde Jesús.

«¿Pero qué ha dicho exactamente? Yo estaba fuera con Juan para decirle a la madre de Micael que se acordara de hacer lo que el Maestro había dicho, y no sé exactamente» dice el Iscariote.

«Ha dicho: "Señor, si pasas por el pueblo de mi nuera, dile que no le guardo rencor y que estoy contento por no ser ya un desamparado, porque así será menor para ella el juicio de Dios. Dile que educe a mis nietos en la fe del Mesías porque así los tendré conmigo en el Cielo, y en cuanto esté en la paz pediré por ellos y por su salud". Y lo voy a decir. Voy a buscar a la mujer y se lo voy a decir, porque es una cosa buena» dice Jesús.

«¡Ni una palabra acusatoria! Al contrario, se congratula porque, no muriendo ya de hambre y desamparo, disminuye el pecado de la mujer. ¡Es admirable!» observa Santiago de Alfeo.

«¿Pero disminuirá realmente a los ojos de Dios la culpa de la nuera? ¡No está tan clara la cosa!» dice Judas de Alfeo.

Pareceres contrarios. Mateo se dirige a Jesús: «¿Tú que piensas,

Maestro? Las cosas seguirán como antes o cambiarán?».

«Cambiarán...».

«¿Ves como tengo razón yo?...» dice Tomás victorioso.

Pero Jesús hace un gesto de que le dejen hablar y dice: «Cambiarán para el anciano: de la misma forma que han cambiado en la Tierra por su dulzura indulgente, cambiarán en el Cielo. Para la mujer no cambiarán: su pecado sigue gritando en la presencia de Dios; sólo arrepintiéndose podría modificarse el juicio severo. Y se lo voy a decir».

[3]«¿Dónde vive?». 386.3

«En Masada, con sus hermanos».

«¿Y quieres ir hasta allí?».

«También hay que evangelizar esos lugares...».

«¿Y a Keriot?».

«Desde Masada subiremos a Keriot. Luego iremos a Yuttá, a Hebrón, Betsur, Béter, para subir de nuevo a Jerusalén para Pentecostés».

«Masada es un sitio de Herodes...».

«¿Qué importa? Es una fortaleza, pero él no está allí. ¡Y aunque estuviera!... La presencia de un hombre no me podrá impedir ser el Salvador».

«Pero ¿por dónde atravesamos el río?».

«A la altura de Guilgal. Desde allí seguiremos adelante bordeando los montes. Las noches son frescas y la nueva luna de Ziv está luminosa en cielo sereno».

«Si vamos por esos lugares, ¿por qué no vamos al monte donde ayunaste? Bueno es que todos lo conozcamos bien» dice Mateo.

«Iremos también allí. ¡Ah, ahí hay una barca! Contratad el pasaje para que podamos cruzar a la otra parte».

387. En Guilgal. El mendigo Ogla y los escribas tentadores. Los apóstoles comparados con las doce piedras del prodigio de Josué.

18 de febrero de 1946.

[1]No sé cómo será ahora Guilgal. En este momento en que entra 387.1
Jesús, es como una de las tantas ciudades palestinas. Bastante poblada, construida sobre un collado poco alto y cubierto, por lo general, de viñas y olivos. Pero el Sol domina tanto aquí, que también los cereales pueden encontrar un lugar, sembrados al azar, bajo los árboles o entre las hileras de vides; y maduran, a pesar de las frondas,

porque los tuesta bien este sol que ya evoca el cercano desierto.

Polvo, rumor de voces, suciedad, confusión de día de mercado. Y, como el destino, inexorables, los consabidos escrupulosos fariseos y escribas, que con vistosos gestos polemizan y conversan con aire de sabios en el mejor ángulo de la plaza, y que fingen no ver a Jesús, o no conocerle.

Jesús continúa recto. Va a comer a una placita secundaria, casi de la periferia, toda umbrosa debido al entrelazado de ramas que forman los árboles (árboles de todo tipo). Mi impresión es que se trata de una parte de monte incluida hace poco en el poblado y que conserva todavía ese recuerdo de su estado natural.

387.2 [2]El primero que se acerca a Jesús, que está comiendo pan y aceitunas, es un hombre andrajoso. Pide un poco de pan. Jesús le da el suyo y todas las aceitunas que tiene en la mano.

«¿Y Tú? Ya sabes que no tenemos cuartos, ¿no?...» observa Pedro. «Hemos dejado todo a Ananías...».

«No importa. No tengo hambre. Sed, sí...».

El mendigo dice: «Aquí detrás hay un pozo. Pero, ¿por qué me has dado todo? Podías haberme dado la mitad de tu pan... Si no te da asco tomarlo de nuevo...».

«Come, come. Puedo pasar sin él. Pero, para quitarte esa sospecha de que tengo asco de ti, dame con tus manos un solo bocado; me lo comeré para ser tu amigo...».

El hombre, de rostro triste y deslucido, se reviste de la belleza de una sonrisa de admiración, y dice: «¡Es la primera vez, desde que soy el pobre Ogla, que uno me dice que quiere ser amigo mío!», y da el pedazo de pan a Jesús. Y pregunta: «¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?».

«Soy Jesús de Nazaret, el Rabí de Galilea».

«¡Ah!... He oído por otros hablar de ti... Pero... ¿no eres el Mesías?...».

«Lo soy».

«Y Tú, el Mesías, ¿eres tan bueno con los mendigos? El Tetrarca manda a sus siervos que nos peguen si nos encuentra en su camino...».

«Yo soy el Salvador. No pego. Amo».

El hombre le mira muy fijamente. Luego empieza a llorar lentamente.

«¿Por qué lloras?».

387.3 «Porque... querría ser salvado... [3]¿Ya no tienes sed, Señor? Te llevaría hasta el pozo y hablaría contigo...».

Jesús intuye que el hombre quiere confesar algo. Se levanta y di-

ce: «Vamos».

«¡Voy yo también!» reacciona Pedro.

«No. Además... vuelvo en seguida... Y debemos sentir estima por los que se arrepienten».

Va con el hombre detrás de una casa a partir de la cual ya empiezan los campos.

«Allí está el pozo... Bebe y luego escúchame».

«No, hombre. Vierte antes en mí tu preocupación... Luego beberé. Quizás hallo una fuente aún más dulce que el agua del suelo para mi sed».

«¿Cuál, Maestro?».

«Tu arrepentimiento. Vamos debajo de aquellos árboles. Aquí las mujeres nos observan. Ven» y le pone la mano en el hombro y le mueve hacia una espesura de olivos.

«¿Cómo sabes que tengo culpas y que estoy arrepentido?».

«¡Habla, hombre! Y no tengas miedo de mí».

387.4 [4]«Señor... Éramos siete hermanos de un solo padre, pero yo había nacido de la mujer con que mi padre se había casado cuando se quedó viudo. Y los otros seis me odiaban. Mi padre, al morir, dividió entre todos por igual. Pero, una vez fallecido, sobornando a los jueces, los seis me despojaron de todo y nos expulsaron a mí y a mi madre con acusaciones infames. Ella murió cuando yo tenía dieciséis años... Murió a causa de la penuria... Desde entonces no he tenido a nadie que me amara...»; llora con ahogo.

Toma nuevas fuerzas y continúa: «Los seis, ricos y felices, prosperaban sirviéndose también de lo mío, y yo me moría de hambre, porque me había puesto enfermo asistiendo a mi agotada madre... Pero Dios los castigó, uno a uno. Los maldije tanto, los odié tanto, que se abatió sobre ellos el maleficio. ¿Hice mal? Sí, sin duda. Lo sé. Y lo sabía. Pero, ¿cómo podía no odiarlos y maldecirlos? El último, que en realidad era el tercero, resistía contra todas las maldiciones; es más, prosperaba con los bienes de los otros cinco, que había tomado: legítimamente respecto a los tres más pequeños, que habían muerto sin dejar mujer, casándose con la mujer del primogénito, que había muerto sin dejar hijos; fraudulentamente respecto al segundo, habiendo adquirido, con engaños y préstamos, de la viuda y de los huérfanos, buena parte de los bienes del padre. Y, cuando me encontraba de casualidad en los mercados a donde yo iba, como siervo de un rico, a vender alimentos, me insultaba y me pegaba... Una noche me encontré con él... Yo estaba solo; él también, y un poco embriagado de vino... yo, embriagado de recuerdos y odio... Habían pasado diez años desde el día en que había muerto mi madre... Me insultó, e

insultó a la muerta... La llamó "perra inmunda" y a mí me llamó "hijo de hiena...". Señor... si no hubiera tocado a mi madre... habría soportado. Pero la insultó... Le agarré por el cuello. Luchamos... Quería solamente pegarle... Pero resbaló y cayó al suelo... y la tierra estaba cubierta de hierba resbaladiza, en pendiente... y abajo había un barranco y un torrente... Rodó — estaba borracho —, y cayó... Después de tantos años, todavía le buscan... Pero está debajo de las rocas y de la arena de uno de los torrentes del Líbano. Yo no volví donde mi patrón. Y él no volvió a Cesarea Paneas. Yo me alejé, sin paz... ¡La maldición de Caín! Miedo a la vida... miedo a la muerte... Enfermé... Y luego... oí hablar de ti... Pero tenía miedo... Decían que veías el interior de los corazones. ¡Y son tan malos los rabíes de Israel!... No conocen la piedad... Tú, Rabí de los rabíes, eras mi terror... Y huía de ti. Y, no obstante, querría ser perdonado...». Llora echado en el suelo...

387.5 [5]Jesús le mira y susurra: «¡Carguemos sobre mí también estos pecados!... ¡Hijo! Escucha. Yo soy la Piedad, no el terror. También he venido para ti. No te acobardes ante mí... Soy el Redentor. ¿Quieres ser perdonado? ¿De qué?».

«De mi delito. ¿Me lo preguntas? He matado a mi hermano».

«Has dicho: "Quería sólo pegarle", porque en ese momento te sentías herido y airado. Lo hacías como el respirar: espontáneamente. El odio y la maldición, la alegría cuando veías su castigo era tu pan espiritual, ¿no es verdad?».

«Sí, Señor. Mi pan durante diez años».

«Pues bien, en realidad tu mayor delito lo empezaste desde el momento en que odiaste y maldijiste. Eres seis veces homicida de tus hermanos».

«Pero Señor, me habían arruinado y odiado... Y mi madre había muerto de hambre...».

«¿Quieres decir que tenías razón en vengarte?».

«Sí. Quiero decir esto».

«No tienes razón. Para castigar estaba Dios, tú debías amar. Y Dios te habría bendecido en la Tierra y en el Cielo».

«¿Entonces ya no me va a bendecir nunca?».

«El arrepentimiento atrae de nuevo la bendición. ¡Pero, cuánto dolor, cuanta angustia te has causado con tu odio! Mucho más de cuanto te causaban tus hermanos...».

«¡Es verdad! ¡Es verdad! Un horror que dura ya desde hace veintiséis años. ¡Perdóname en nombre de Dios! Tú eres testigo de mi dolor por el pecado. No pido nada para mi vida. Soy un mendigo y un enfermo. Quiero seguir así y sufrir y expiar. ¡Pero dame la paz de

Dios! He hecho sacrificios en el Templo, padeciendo hambre para acumular la suma para el holocausto. Pero no podía manifestar mi delito, y no sé si habrá sido grato mi sacrificio».

«Nulo. Aunque todos los días hubieras ofrecido uno, ¿de qué te servía, cuando lo inmolabas con falsedad? *El rito que no va precedido de una sincera confesión del pecado es supersticioso e inútil.* Una culpa añadida a otra culpa, y, por tanto, aún más que inútil. Ofrenda sacrílega. ¿Qué le decías al sacerdote?».

«Decía: "Quiero expiar, porque he pecado por ignorancia haciendo cosas que el Señor ha prohibido". Yo pensaba: "Sé en qué he pecado, y Dios también lo sabe. Pero al hombre no le puedo hablar con claridad. Dios, que ve todo, sabe que pienso en mi pecado"».

«Restricciones mentales, escapatorias indignas. El Altísimo odia estas cosas. Cuando se peca, se expía. No lo vuelvas a hacer».

«No, Señor. ¿Y seré perdonado? ¿O debo ir a confesar todo? ¿Pagar con la vida la vida que tomé? Me basta morir con el perdón de Dios».

«Vive para expiar. No podrías devolver el marido a la viuda, ni el padre a los hijos... ¡Antes de matar, antes de dejar que el odio se haga nuestro amo, habría que pensar! Pero levántate, y camina por la nueva vía. Encontrarás en tu camino a algunos discípulos míos. Ellos recorren los montes de Judea, si vas de Tecua a Belén, y más allá, hacia Hebrón. Diles que te manda Jesús y que dice que antes de Pentecostés subirá hacia Jerusalén, pasando por Betsur y Béter. Pregunta por Elías, José, Leví, Matías, Juan, Benjamín, Daniel, Isaac. ¿Te acordarás de estos nombres? Dirígete especialmente a ellos. Ahora vamos...».

«¿Y no bebes?».

«He bebido tu llanto. ¡Un alma que vuelve a Dios! No hay para mí refrigerio mejor».

«¡¿Entonces estoy perdonado?! Dices: "Vuelve a Dios"...».

«Sí. Estás perdonado. Y no vuelvas a odiar nunca».

El hombre se agacha de nuevo, porque se había puesto de pie, y besa los pies de Jesús».

[6]Vuelven donde los apóstoles y los encuentran disputando con al- 387.6
gunos escribas.

«Ahí está el Maestro. Él os puede responder y decir que sois pecadores».

«¿Qué sucede?» pregunta Jesús, con un saludo deferente que no halla respuesta.

«Maestro, nos están humillando con preguntas y burlas...».

«Soportar las molestias es obra de misericordia».

«Pero te están ofendiendo a ti. Te hacen objeto de burla... y la

gente titubea. ¿Ves? Habíamos logrado reunir a unas personas... ¿Ahora quién queda? Dos o tres mujeres...».

«¡No, no, tenéis también a un hombre, a un hombre repugnante! ¡Y es demasiado incluso para vosotros! Sólo una cosa, Maestro: ¿No te parece que te contaminas demasiado, Tú que dices siempre que te estremecen las cosas inmundas?» dice con mofa un escriba joven, señalando al mendigo que está al lado de Jesús.

«Éste no es inmundicia. Esta miseria no me estremece. Éste es "el pobre". El pobre no repugna. Su miseria debe solamente abrir el alma a sentimientos de piedad fraterna. Lo que me estremece son las miserias morales de los corazones hediondos, de las almas harapientas, de los espíritus llagados».

«¿Y Tú sabes si él no es de éstos?».

«Sé que cree y espera en Dios y en su misericordia, ahora que la ha conocido».

«¿Conocido? ¿Y dónde vive? Dilo, para ir también nosotros a ver su rostro. ¡Ja, ja! ¡El Dios terrible, al que Moisés no se atrevía a mirar, debe tener un rostro no poco terrible incluso en la misericordia, aun cuando se hubiera suavizado su rigor después de tantos siglos!» rebate el joven escriba, y se ríe con una risa más opugnadora que una blasfemia.

«¡Yo, que te estoy hablando, soy la Misericordia de Dios!» grita Jesús, erguido e irradiando poder a través de sus ojos y su gesto.

No me explico cómo el otro no tiene miedo... De todas formas, aunque no huya, no se atreve a seguir haciendo sarcasmos y se calla, mientras otro le reemplaza: «¡Oh, cuántas palabras inútiles! Nosotros quisiéramos sólo poder creer. No pediríamos nada mejor. Pero
387.7 para creer hay que tener pruebas. 7Maestro, ¿sabes lo que es Guilgal para nosotros?».

«¿Me crees un ignorante?» dice Jesús. Y, tomando tono de salmo, lento, un poco espacioso, empieza: «"Y Josué, habiéndose alzado antes del alba, levantó el campamento. Partieron de Setim él y todos los hijos de Israel, y llegaron al Jordán, donde se detuvieron tres días, al final de los cuales los heraldos recorrieron el campamento gritando: 'Cuando veáis el Arca de la Alianza del Señor Dios vuestro y a los sacerdotes de la estirpe de Leví llevándola, partid también vosotros y seguidlos. Pero entre vosotros y el Arca ha de haber un trecho de dos mil codos, para que podáis ver desde lejos y distinguir el camino por donde debéis andar, pues no habéis pasado nunca y...'"». *

* *"Y Josué..."* es cita de *Josué 3, 1-4*, como señala MV en una copia mecanografiada, aunque refiriendo sólo los versículos *3-4*.

«¡Basta, basta! Sabes la lección. Ahora bien, nosotros querríamos de ti, para creer, un milagro igual. En el Templo, en la Pascua, nos quedamos maravillados por la noticia que traía un barquero de que * habías calmado la corriente del río crecido. Pues bien, si por un hombre cualquiera hiciste tanto, por nosotros — mucho más que un hombre — baja al Jordán con los tuyos y atraviésalo a pie enjuto, como Moisés el Mar Rojo y Josué en Guilgal. ¡Ánimo! Los sortilegios sirven sólo para los ignorantes. A nosotros no nos seducirá tu nigromancia, aunque conozcas — y esto es sabido — los secretos de Egipto y las fórmulas mágicas».

«No tengo necesidad de ello».

«Bajemos al río y creeremos en ti».

«¡Está escrito: "No tientes al Señor tu Dios"!».

«¡Tú no eres Dios! Eres un pobre loco. Eres un agitador de las masas ignorantes. Con ellas es fácil, porque Belcebú está contigo. Pero con nosotros, adornados con los distintivos del exorcismo, eres menos que nada» zahiere un escriba.

«¡No le ofendas! Ruégale que nos complazca. De esa forma que usas se deprime y pierde el poder. ¡Ánimo, Rabí de Nazaret! Danos una prueba y te adoraremos» dice, serpentino, un viejo escriba, y con sus lisonjas sinuosas es más enemigo que los otros con su abierta saña.

Jesús le mira. Luego se vuelve hacia el suroeste y abre los brazos extendiéndolos hacia delante. Dice: «Allí está el desierto de Judá, y allí me propuso el Espíritu del Mal que tentara al Señor mi Dios. Y le respondí: "¡Aléjate, Satanás! Está escrito que sólo a Dios hay que adorar, y no tentarle, y ha de seguírsele por encima de la carne y la sangre". Lo mismo os digo a vosotros».

«¿Nos estás llamando Satanás a nosotros? ¿A nosotros? ¡Ah! ¡Maldito!» y, pareciendo más unos gamberros que doctores de la Ley, echan mano a las piedras que hay diseminadas por el suelo con intención de lanzárselas, y gritan: «¡Vete! ¡Vete! ¡Maldito para siempre!».

Jesús los mira, sin miedo. Les paraliza el sacrílego gesto. Recoge su manto y dice: «¡Vamos! Hombre, tú ve delante de mí» y vuelve hacia el pozo, hacia el olivar de la confesión, y se adentra en la espesura... Y baja la cabeza, abatido, con dos lágrimas incontenibles que desde las pestañas ruedan por su pálido rostro.

[8]Llegan a un camino. Jesús se para y dice al mendigo: «No puedo 387.8
darte dinero. No tengo. Te bendigo. Adiós. Haz lo que te he dicho». Se separan...

---

* *habías calmado la corriente del río crecido*, en 361.11/12.

Los apóstoles están afligidos. No hablan. Se miran de reojo...

Jesús rompe el silencio reanudando el tono de salmo interrumpido por el escriba: «"Y el Señor dijo a Josué: 'Toma a doce hombres, * uno por cada tribu, y diles que saquen del medio del Jordán, donde han pisado los pies de los sacerdotes, doce durísimas piedras; y las erigiréis en el lugar de los campamentos, donde vais a montar las tiendas esta noche'. Y Josué, habiendo convocado a doce hombres elegidos entre los hijos de Israel, uno por cada tribu, les dijo: 'Id delante del Arca del Señor Dios vuestro al medio del Jordán y sacad de allí, cargadas sobre vuestros hombros, cada uno una piedra, según el número de los hijos de Israel, para hacer con ellas un monumento en medio de vosotros. Y cuando, en el futuro, vuestros hijos os pregunten: ¿Qué significan estas piedras?, respondedles: Las aguas del Jordán desaparecieron delante del Arca de la Alianza del Señor, que las cruzaba, y estas piedras fueron colocadas como eterno monumento de los hijos de Israel'"».

Levanta la cabeza (la tenía bajada). Recorre con su mirada a los doce, que a su vez le miran. Dice con otra voz, su voz de los momentos de mayor tristeza: «Y el Arca penetró en el río. Y no las aguas, sino los cielos se abrieron, por respeto al Verbo, que estaba dentro de ellas santificándolas más que cuando el Arca se detuvo en el lecho del río. Y el Verbo ha elegido para sí doce piedras. Durísimas. Porque tienen que durar hasta el fin del mundo. Y porque tienen que servir de fundamentos al Templo nuevo y a la Jerusalén eterna. Doce. Recordadlo. Éste debe ser el número. Y luego escogió otras doce para un segundo testimonio. Los primeros pastores y Abel el leproso y Samuel el tullido, los primeros curados... y agradecidos... ¡Durísimas también, porque habrán de resistir los golpes de Israel, que odia a Dios!... ¡Que odia a Dios!...». ¡Qué voz tan afligida y mortecina, casi blanca, la de Jesús llorando por la dureza de Israel!

Prosigue: «En el río los siglos y el hombre desparramaron las piedras-recuerdo... En la Tierra, el odio desparramará a mis doce. En las orillas del río, los siglos y los hombres han destruido el altar-recuerdo... Las primeras y las segundas piedras, habiendo servido para todos los usos por el odio de los demonios — que no están sólo en el infierno, sino también dentro de los hombres — ya no se reconocen. Algunas sirvieron incluso para matar. ¿Y quién me asegura que entre las piedras alzadas contra mí no había fragmentos de las piedras durísimas elegidas por Josué? ¡Durísimas! ¡Enemigas! ¡Oh, durísimas! También entre los míos habrá quienes, diseminados, harán de

* *"Y el Señor..."* es cita de *Josué 4, 1-7*, como señala MV en una copia mecanografiada.

acera para los demonios que marcharán contra mí... y se harán piedras para herirme... y ya no serán piedras elegidas... sino diablos... ¡Oh, Santiago, hermano mío! Israel es durísimo con su Señor!», y, una cosa que nunca he visto, Jesús, abatido por no sé qué imponente desconsuelo, se apoya sobre el hombro de Santiago de Alfeo y le abraza llorando...

388. Exhortación a Judas Iscariote, que irá a Betania con Simón Zelote.

19 de febrero de 1946.

[1]Deben haber proseguido en la noche de luna. Deben haberse de- 388.1
tenido en alguna caverna, durante unas horas, para reanudar la marcha al alba. Están visiblemente cansados, por el difícil camino sobre rocas desmenuzadas y entre arbustos espinosos y lianas rasantes que apresan los pies. Guía la marcha Simón Zelote, que parece conocer muy bien el lugar y que se disculpa por la dificultad del camino, como si la dificultad dependiera de él.

«Ahora, cuando subamos de nuevo a esos montes que veis, iremos mejor, y os prometo abundante miel silvestre y aguas cristalinas también abundantes...».

«¿Agua? ¡Me lanzo a ella! La arena me ha roído los pies como si hubieran caminado por sal, y me escuece toda la piel. [2]¡Qué lugares 388.2
más malditos! ¡Se siente, sí, se siente que estamos cerca de los lugares castigados con el fuego del Cielo! Ha quedado en el viento, en la tierra, en las espinas. ¡En todo!» exclama Pedro.

«Sin embargo, eran lugares bellos tiempo ha. ¿Verdad, Maestro?».

«Mucho. En los primeros siglos del mundo, eran un pequeño Edén. Fertilísimo el suelo, rico en manantiales que podían ser utilizados para muchos usos, manantiales ordenados sólo para producir cosas buenas. Luego... el desorden de los hombres pareció pasar a los elementos. Y fue la ruina. Los sabios del mundo pagano explican de muchas maneras el terrible castigo. Pero de maneras humanas, y algunas veces con terror supersticioso. Y, sin embargo, habéis de cre-
* er que lo que quitó de los elementos el orden fue la voluntad de Dios, sólo la voluntad de Dios. Entonces, los elementos del cielo llamaron a los de las profundidades, se estremecieron, arremetieron los unos

---

* *la voluntad de Dios* en la destrucción de Sodoma y Gomorra puede verse en el pasaje de *Génesis 19, 23-25*, al que hace referencia MV en una copia mecanografiada.

contra los otros por un maléfico torbellino; los rayos encendieron el betún esparcido desordenadamente por las venas del suelo abiertas. Y fuego proveniente de las entrañas de la tierra y en la tierra, y fuego del cielo para alimentar el de la tierra y para abrir, con las espadas de los rayos, nuevas heridas en la tierra que temblaba con convulsión espantosa, quemó, destruyó, consumió muchos estadios de un lugar que antes era un paraíso, e hizo de él el infierno que veis y en el cual no puede haber vida».

Los apóstoles escuchan atentamente...

Bartolomé pregunta: «¿Crees que, si se pudiera eliminar la capa de las aguas profundas, en el fondo del Mar Grande encontraríamos restos de las ciudades castigadas?».

«Sin duda. Y casi intactas, porque el espesor de las aguas forma a manera de argamasa para las ciudades sepultadas. Y mucha arena ha vertido sobre ellas el Jordán. Y están doblemente sepultadas, para que no vuelvan a renacer: símbolo de aquellos que, obstinados en el pecado, están inexorablemente sepultados por la maldición de Dios y por el despotismo de Satanás, al que con tanto frenesí han servido durante su vida».

«¿Y aquí se refugió Matatías de Juan de Simeón, el justo asmoneo que es gloria, junto con sus hijos, de todo Israel?». *

«Aquí. Entre montes y desiertos. Y aquí reorganizó al pueblo y al ejército. Y Dios estuvo con él».

«Pero, al menos... A él le fue más fácil, ¡porque los Asideos fueron más justos que no los fariseos contigo!».

«¡La verdad es que ser más justo que los fariseos es fácil! Más fácil que pinchar para este espino que se me ha agarrado a las piernas... ¡Mirad esto!» dice Pedro, que, escuchando, no ha mirado al suelo y se ha enredado en una maraña espinosa que le hace sangrar en las pantorrillas.

«En los montes hay menos espinos. ¿Ves como ya están disminuyendo?» dice Simón de Zelote para consolar.

«¡Mmm! Conoces muy bien...».

«He vivido aquí proscrito y perseguido...».

«¡Ah! ¡Bueno, entonces!...».

388.3 [3]Efectivamente, los pequeños montes se visten de un verde menos molesto, aunque tienen poca sombra y hierbas poco altas (pero olorosísimas, y tachonadas de flores, como una alfombra de colores). Un sinfín de abejas allí se sacian, y luego van a las cavernas que hay en

* *¿Y aquí se refugió Matatías...*, como se lee en el pasaje de *1 Macabeos 2,28*, del que hace mención MV en una copia mecanografiada y a cuyo contexto se refieren las alusiones que siguen.

las laderas montanas, y allí, debajo de colgantes cortinas de hiedras y madreselvas, depositan la miel en colmenas naturales.

Simón Zelote va a una caverna y sale con panales de miel de oro; y a otra, y a otra más, hasta que tiene para todos; y ofrece al Maestro y a los amigos, que comen con gusto la dulce y filamentosa miel.

«¡Si hubiera pan! ¡Qué buena está!» dice Tomás.

«Sin pan, también está buena. Mejor que las espigas filisteas. ¡Y... esperemos que ningún fariseo venga a decirnos que no podemos comerla!» dice Santiago de Zebedeo.

Van comiendo así, y llegan a una cisterna donde vierten sus aguas algunos regatos, para ser dirigidas luego no sé a dónde. El agua que rebosa sale del depósito por la bóveda de la roca en que está excavada la cisterna. Estando protegida del sol y de las impurezas, es fresca y cristalina. Cayendo luego, forma como un laguito minúsculo en la roca silícea y negruzca. Con visible placer, los apóstoles se quitan sus ropas y, por turnos, se zambullen en la piscina inesperada. Pero antes han querido que disfrutara del agua Jesús, «para luego ser santificados en el cuerpo» dice Mateo.

Reanudan la marcha, refrescados pero con más hambre que antes; y, los más hambrientos, además de comerse la miel, mordisquean unos tallos de hinojo silvestre y otros vástagos comestibles cuyos nombres desconozco.

La vista es bella desde los rellanos elevados de estos originales montes, a los que parece se les hubiera decapitado la cima de un espadazo. Retazos de otros montes verdes y de llanuras fértiles se ven al Sur, y también algún fragmento de horizonte del Mar Muerto, bien visible al Este, con los montes lejanos de la otra orilla vaporosos por una niebla de livianas nubes que surgen del sudeste; al Norte, cuando se muestra entre crestas de montes, se ve el verde lejano de la llanura jordánica; al Oeste, los altos montes de Judea.

El sol empieza a quemar y Pedro sentencia que «aquellas nubes en los montes de Moab son señal de calor fuerte».

«Ahora vamos a bajar al valle del Cedrón. Es umbroso...» dice Simón.

«¡¿El Cedrón?! ¡Cómo es que hemos llegado tan pronto al Cedrón?».

«Sí, Simón de Jonás. Ha sido un camino áspero, pero ¡cuánto ha abreviado el trayecto! Yendo por su valle, pronto se llega a Jerusalén» explica el Zelote.

«Y a Betania... [4]Debería enviar a algunos de vosotros a Betania, 388.4
para decir a las hermanas que lleven a Egla a casa de Nique. Me lo ha pedido con mucha insistencia. Y es una petición justa. La viuda

sin hijos tendrá un santo amor. La niña sin padres tendrá una madre verdaderamente israelita, que la educará en nuestra antigua fe y en la mía. Quisiera ir Yo también... Descanso de paz para el espíritu afligido... En la casa de Lázaro el corazón de Cristo encuentra amor, sólo amor... ¡Pero es largo el viaje que quiero hacer antes de Pentecostés!».

«Mándame a mí, Señor. Y, conmigo, a alguno que tenga buenas piernas. Iremos a Betania; luego subo a Keriot y allí nos encontramos» dice, entusiasta, Judas Iscariote. Los otros, sin embargo, ante la expectativa de ser elegidos para ese viaje que los separaría del Maestro, no se muestran de ninguna manera entusiastas.

Jesús piensa. Y mientras piensa mira a Judas. Duda si consentir.

Judas insta: «¡Sí, Maestro! ¡Dí que sí! ¡Dame esta satisfacción!...».

«Judas, eres el menos indicado de todos para ir a Jerusalén».

«¿Por qué, Señor? ¡La conozco mejor que ningún otro!».

«¡Es precisamente por eso!... No sólo la conoces. Penetra en ti más que en ningún otro».

«Maestro, te doy mi palabra de que no me detendré en Jerusalén, y de que no veré a ninguno de Israel, por propia voluntad... Pero, déjame ir. Te precederé en Keriot y...».

«¿Y no vas a hacer presiones para darme honores humanos?».

«No, Maestro. Lo prometo».

Jesús piensa aún.

«¿Por qué, Maestro, titubeas tanto? ¿Tanto desconfías de mí?».

«Eres un débil, Judas. En cuanto te alejas de la Fuerza, caes. ¡Estás siendo tan bueno desde hace una temporada...! ¿Por qué quieres turbarte a ti y causarme dolor a mí?».

«¡Que no, Maestro, que no quiero eso! ¡Día llegará en que tendré que estar sin ti, ¿no?! ¿Y entonces? ¿Cómo voy a afrontarlo, si no me he preparado?».

«Judas tiene razón» dicen varios.

«¡Bien, de acuerdo!... Ve. Ve con Santiago, mi hermano».

Los otros respiran de alivio. Santiago suspira de pena, pero dócilmente dice: «¡Sí, mi Señor! Bendícenos y nos pondremos en marcha».

Simón Zelote tiene compasión de su pena y dice: «Maestro, los padres substituyen gustosamente a sus hijos para darles una alegría. Yo a éste le he tomado, junto con Judas, como a hijo. El tiempo * ha pasado, pero mi pensamiento sigue siendo el mismo. Acoge mi petición... Mándame a mí con Judas de Simón. Soy viejo, pero resistente como un joven, y Judas no tendrá motivo de queja conmigo».

---

* *Yo a éste le he tomado... como a hijo*, en 100.8.

«No, no es justo que te sacrifiques tú separándote del Maestro en mi lugar. Ciertamente para ti es un dolor no ir con Él...» dice Santiago de Alfeo.

«El dolor se mitiga con la alegría de dejarte a ti con el Maestro. Después me contarás lo que hicisteis... Por otra parte... voy de buen grado a Betania...» termina el Zelote como queriendo disminuir el valor de su ofrecimiento.

«Bien. Iréis vosotros dos. [5]Entretanto, vamos a seguir hasta aquel 388.5
pueblecito. ¿Quién sube a buscar pan en nombre de Dios?».

«¡Yo! ¡Yo!». Quieren ir todos.

Pero Jesús retiene a Judas de Keriot. Una vez que todos se han alejado, Jesús le toma las manos y le habla cara a cara, verdaderamente cara a cara. Parece como si quisiera transfundirle su pensamiento, sugestionarle hasta el punto de que Judas no pudiera tener otros pensamientos sino los que Jesús quiere. «Judas... ¡No te dañes a ti mismo! ¡No te dañes, Judas mío! ¿No te sientes más tranquilo y feliz desde hace una temporada, libre de los potentes tentáculos de tu peor *yo*, de ese *yo* humano que es juguete tan fácil de Satanás y del mundo? ¡Sí, sí que te sientes así! Pues protege tu paz, tu bienestar. No te perjudiques, Judas. Yo leo en ti. ¡Estás en un momento tan bueno...! ¡Ah, si pudiera, si pudiera, a costa de toda mi sangre, mantenerte así, destruir el último baluarte en que anida un gran enemigo para ti, y hacerte todo espíritu, inteligencia espiritual, amor espiritual, espíritu, espíritu!».

Judas, frente a frente, cara a cara con Jesús, las manos en sus manos, está casi aturdido. Susurra: «¿Perjudicarme? ¿Último baluarte? ¿Pero cuál?...».

«¡¿Cuál?! Tú lo sabes. ¡Sabes con qué te perjudicas! Cultivando pensamientos de grandeza humana, y amistades que supones útiles para proporcionarte esta grandeza. Créeme: Israel no te ama. Te odia, como me odia a mí y como odia a quienquiera que pueda tener aspecto de posible triunfador. Y tú, precisamente porque no ocultas tu pensamiento de querer serlo, eres odiado. No creas en sus engañosas palabras, ni en sus preguntas falaces, hechas con la disculpa de interesarse en lo que piensas para ayudarte. Merodean a tu alrededor para hacer daño, para saber y hacer daño. Y no te ruego por mí, sino por ti, por nadie más. Yo, aunque sea blanco de la iniquidad, seré siempre el Señor. Podrán torturar la carne, matarla; más no. ¡Pero tú! ¡pero tú! A ti te matarían el alma... ¡Evita la tentación, amigo mío! ¡Dime que vas a evitarla! ¡Da a tu pobre Maestro perseguido, afligido, esta palabra de paz!».

Le tiene ahora tomado entre sus brazos y le está hablando junto

al oído, su cara arrimada a la de Judas, y sus cabellos de oro obscuro se mezclan con los espesos rizos morenos de Judas.

«Yo sé que tengo que padecer y morir. Sé que mi única corona será la del mártir. Sé que mi única púrpura será la de mi Sangre. Para esto he venido. Porque por este martirio redimiré a la Humanidad, y el amor me impulsa desde un tiempo sin límites a esta acción. Pero quisiera que ninguno de los míos se perdiera. ¡Oh, amo a todos los hombres, porque llevan en sí la imagen y semejanza de mi Padre, el alma inmortal que Él ha creado! Pero vosotros, vosotros amados con predilección, vosotros sangre de mi Sangre, niña de mis ojos, ¿perderos?, ¡no, no! ¡Que no habrá tortura semejante a ésta — ni Satanás que clavara en mí sus armas ardientes de azufres infernales, y me mordiera, me estrujara, él, el Pecado, el Horror, la Repugnancia —, no habrá tortura semejante a ésta para mí: la de un elegido mío que se pierda...! ¡Judas, Judas, Judas mío! ¿Quieres que pida al Padre sufrir tres veces mi horrenda Pasión, y que de estas tres dos sean para salvarte solamente a ti? Dímelo, amigo, y lo haré. Diré que se multipliquen hasta el infinito mis sufrimientos por esto. Te amo, Judas. Mucho te amo. Y querría, querría darte a mí mismo, hacerte ser Yo mismo, para que te salvaras por ti mismo...».

«No llores, no digas eso, Maestro. Yo también te amo. Yo también me ofrecería a mí mismo para verte fuerte, respetado, temido, triunfante. No te amaré con perfección... No pensaré con perfección... Pero todo lo que soy lo uso, quizás abusando, por el ansia de verte amado. Pero te juro, te juro por Yeohveh, que no trataré con escribas, ni fariseos, ni saduceos, ni judíos, ni sacerdotes. Dirán que estoy loco. Pero no me importa. Me basta con que Tú no estés afligido por mí. ¿Estás contento? Un beso, Maestro, un beso como tu bendición, como tu protección».

388.6 [6]Se dan un beso y se separan, mientras los otros regresan raudos colina abajo agitando hogazas grandes y quesos frescos. Se sientan en la hierba verde de las laderas y se reparten la comida contando que han sido bien recibidos, porque en las pocas casas que hay hay gente que conoce a los pastores-discípulos y se muestra propicia al Mesías.

«No hemos dicho que estabas, porque si no...» termina Tomás.

«Trataremos de pasar por aquí alguna vez. No se debe desatender a ninguno» responde Jesús.

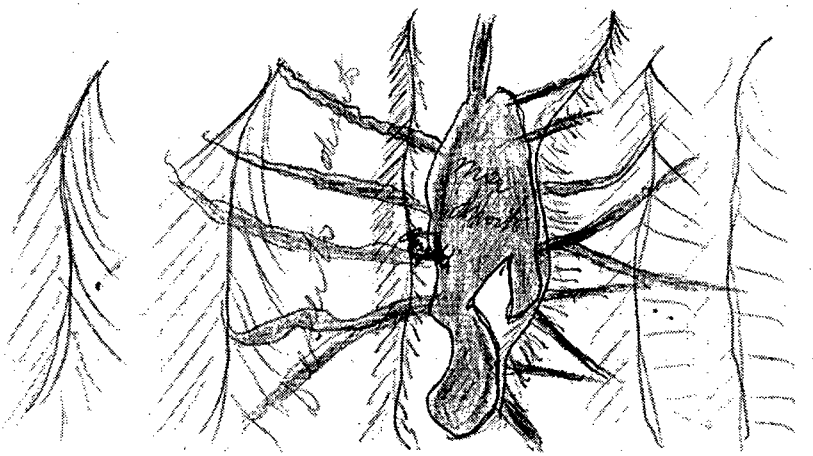
La comida termina. Jesús se pone en pie y bendice a los dos que van a Betania, y que no esperan a que caiga la tarde para reanudar el camino, dado que el valle es umbroso y tiene agua fresca. Jesús y los diez que quedan se echan en la hierba y descansan en espera de

la puesta del Sol para volver hacia el camino de Engadí y Masada, como oigo que dicen los que se han quedado.

389. Llegada a Engadí con diez apóstoles.

20 de febrero de 1946.

[1]Los peregrinos, a pesar de estar cansados por una larga marcha, 389.1
cubierta quizás en dos etapas, desde el ocaso a esta aurora, y por senderos ciertamente no fáciles, no pueden contener una exclamación de maravilla cuando, dejado atrás el último tramo del camino que va por una pendiente encendida de diamantes con el primer sol de la mañana, se encuentran abierto frente a ellos el panorama com-
* pleto del Mar Muerto con sus dos orillas.



Mientras que la orilla occidental deja un pequeño espacio de llanura entre el Mar Muerto y la línea de los pequeños montes que, siendo poco altos, parecen la última ondulación de las cadenas de montes de Judea — una ondulación que ha avanzado hacia el litoral bajo desolado y se ha quedado allí, hermosa de vegetación, después de haber puesto el desierto desnudo entre sí y la primera cadena judía —, en la oriental los montes descienden casi a pico en el lecho del Mar Muerto. Se tiene verdaderamente la impresión de que la tierra,

* *con sus dos orillas.* Sigue, en el manuscrito original, un bosquejo de MV en cuyo centro está el mar Muerto (*mar Morto*). En la orilla occidental de éste, en un recuadrito rojo, está *Engadí* (*Engaddi*), y, más al Oeste, el *desierto* (*deserto*) (escrito dos veces).

en una espantosa catástrofe telúrica, se haya derrumbado así, con un corte neto, dejando fallas, verticales al lago, por las cuales descienden torrentes más o menos ricos de aguas destinadas a evaporarse en sal en las sombrías y malditas aguas del Mar Muerto. Detrás, más allá del lago y del primer marco de montes, más y más montes, hermosos con el sol de la mañana. Al Norte, la entrada verde-azul del Jordán; al Sur, montes que hacen de marco al lago.

Un espectáculo de grandeza solemne, triste, monitoria, en que se funden los graciosos aspectos de los montes y el sombrío aspecto del Mar Muerto, que parece recordar así lo que pueden el pecado y la ira del Señor. ¡Porque es tremenda una superficie de agua tan extensa y sin una vela, una barca, un ave, un animal, que lo surque o lo recorra en vuelo, o beba en sus orillas! Y, como contraste del aspecto punitivo del mar, los milagros del sol en las colinas y en las dunas, hasta en las arenas del desierto, donde los cristales de sal adquieren el aspecto de jaspes preciosos diseminados en la arena, en las piedras, en los tallos rígidos de las plantas desérticas, transformando todo en belleza, recubierto por el polvo diamantino esparcido sobre todas las cosas. Y, aún más milagroso, el fértil aspecto de una meseta situada a unos cien o ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar, espléndida con sus palmas y plantas y vides de todo tipo, donde fluyen aguas azules y se extiende una bonita ciudad rodeada de sus exuberantes campiñas. Parece, pasando la mirada desde el sombrío aspecto del mar; desde el aspecto desapacible de la orilla oriental, que muestra paz, desabrida paz, solamente en una lengua de tierra baja y verde que se adentra hacia el sureste en el mar; desde el aspecto desolado del desierto de Judea; desde el severo aspecto de los montes judíos... hasta éste, tan delicado, risueño, florido... parece como si terminara bruscamente una febril pesadilla para transformarse en una suave visión de paz.

389.2 [2]«Aquella ciudad es Engadí, cantada por los poetas de nuestra Patria. ¡Admirad cuán bella es la región alimentada por aguas de gracia en medio de tanta desolación! Vamos a bajar a sumergirnos en sus jardines, porque todo es jardín allí: el prado, el bosque, las viñas. Es la antigua Jasasón Tamar, cuyo nombre hace referencia a sus hermosas palmas, bajo las cuales más hermoso aún era levantar las cabañas y cultivar la tierra y amarse y criar a los hijos y a los rebaños bajo el frufrú cantarín del follaje de las palmas. Es el oasis riente, resto, entre las otras tierras, del edén castigado por Dios; circundado, cual perla en un engaste, por senderos practicables sólo para las cabras y corzos, como está escrito en los Reyes; senderos en que se abren cavernas hospitalarias para los perseguidos cansados o

* abandonados. Recordad a David, rey nuestro, y su bondad hacia Saúl, su enemigo. Es Jasasontamar, que es Engadí, la fuente, la bendita, la belleza, la ciudad desde donde atacaron los enemigos del rey Josafat y de los hijos del pueblo suyo, los cuales, desalentados, fueron confortados por Yajaziel, hijo de Zacarías, hablando en él el Espíritu de Dios. Y obtuvieron una gran victoria porque tuvieron fe en el Señor y merecieron ayuda por la penitencia y la oración que hicieron antes de la batalla. Es la ciudad cantada por Salomón como semejanza de las bellezas de la Bella entre las bellas. Es la ciudad mencionada por Ezequiel como una de las alimentadas por las aguas del Señor... ¡Vamos a bajar! Vamos a llevar el Agua viva, que del Cielo desciende, a la gema de Israel».

Y empieza a descender, casi corriendo, por un sendero tremendamente inclinado, todo vueltas y zigzagues en el roquedo calcáreo rojizo, y que, en los puntos en que más se acerca al mar, va justo hasta el extremo del monte que enmarca a éste: un sendero que haría venirles el vértigo hasta a los más diestros montañeros. Los apóstoles sólo con dificultad siguen su paso; y los más viejos, cuando el Maestro se para ante las primeras palmas y viñas de la fértil meseta que canta con sus aguas cristalinas y con sus aves de todas las especies, están ya totalmente distanciados.

Ovejas blancas pacen bajo el susurrante techo de palmeras, de mimosas, de árboles balsamíferos, de árboles de pistachos, y de otros que exhalan aromas delicados o penetrantes para fundirse con los de los rosales y del espliego en flor, de la canela, el cinamomo, la mirra, el incienso, el azafrán, los jazmines, lirios, muguetes, y de la flor de áloe, que aquí es gigante, y de los claveles, y de los benjuíes que exudan, junto con otras resinas, de los tajos hechos en los troncos. Verdaderamente es "el huerto cerrado, la fuente de jardín", ¡y frutas y flores y fragancias y belleza se alzan de todas las partes! No hay en Palestina un lugar tan hermosamente vasto y sincero como éste. Se comprenden, al mirarlo, muchas páginas de poetas de Oriente, cuando cantan las bellezas de los oasis como bellezas de paraísos desperdigados sobre la superficie de la Tierra.

[3]Los apóstoles, sudorosos, pero maravillados, se juntan de nuevo 389.3
con el Maestro y, en grupo, bajan, por un camino bien cuidado, hacia la orilla, a la que se llega después de pasar una serie de terrazas, todas cultivadas, a través de las cuales, con cascadas risueñas, descienden beneficiosas aguas a alimentar todos los cultivos hasta la

* *su bondad hacia Saúl, su enemigo.* Respecto a esta cita y a las otras que siguen, MV anota en una copia mecanografiada las respectivas referencias bíblicas: *1 Samuel 24, 1-23; 2 Crónicas 20, 1-23; Cantar de los Cantares 1, 13* (mejor *1,14); Ezequiel 47, 10.*

llanura, que termina en la playa. A mitad de la pendiente, entran en la ciudad blanca, susurrante por las palmeras, olorosa por los rosales y las mil flores de sus jardines. Buscan alojamiento, en nombre de Dios, en las primeras casas. Y las casas, benignas como la naturaleza, se abren sin vacilaciones, mientras los que en ellas viven preguntan que quién es «el profeta que parece el rey Salomón vestido de lino y radiante de belleza»...

Jesús, con Juan y Pedro, entra en una casita donde vive una viuda con su hijo. Los otros se dispersan acá o allá, después de la bendición del Maestro y el acuerdo de reunirse a la puesta del Sol en la plaza más grande.

390. La fe de Abraham de Engadí y la parábola de la semilla de palma.

21 de febrero de 1946.

390.1 [1]Jesús, hacia la hora de la puesta del Sol, un ocaso de fuego que enrojece las casas blanquísimas de Engadí y da visos de madreperla negra al Mar Muerto, se encamina hacia la plaza principal. Está con Él el joven que le ha hospedado y que ahora le guía por las vueltas y revueltas de la ciudad, de arquitectura verdaderamente oriental.

Para defenderse del sol — que debe ser muy fuerte en estos lugares tan abiertos, situados cara a la superficie densa del Mar Salado, del cual me da la impresión de que en los meses de verano deben provenir masas de aire abrasador; en estos lugares tan aislados en medio del desierto yermo, sobre el que el sol debe incidir despiadado y poner el suelo incandescente — para defenderse del sol, digo, los habitantes de Engadí han construido calles estrechas, que parecen aún más estrechas a causa de los canalones y los aleros de las casas, que sobresalen mucho, de forma que si se alza la mirada se ve sólo una cintita de cielo, de un azul violento, aparecer arriba.

Las casas son altas, casi todas de dos pisos, coronadas por una terraza hasta la que han trepado, a pesar de la altura, extendiéndose, las vides para dar sombra y deleite de racimos, que deben ser — cumplida su maduración bajo el sol soberano, entre la reverberación de las tapias y del suelo de la terraza — dulces como moscatel paso. Y las vides se hacen la competencia unas a otras en refrescar a los hombres y a los numerosísimos pájaros que, desde el gorrión a la paloma, hacen sus nidos en Engadí, con sus palmeras nacidas por todas partes y que agitan sus ramas; con sus árboles frutales de magnífica opulencia, que se alzan en los patios, en los huertos compren-

didos entre las casas, y se asoman a las callejuelas, y rebosan, colgantes, por las tapias blancas con sus ramas ya cargadas de fruta que madura bajo el sol festivo, y sobrepasan los numerosísimos arcos, que en ciertos lugares forman verdaderas galerías, interrumpidas acá o allá por exigencias arquitectónicas, y se elevan hacia el cielo azul, un cielo tan uniforme, de un color tan pastoso, que da la impresión de que, si fuera posible tocarlo, sería como tocar tupido terciopelo o cuero liso, pintados o teñidos por un sabio artífice con tintura perfecta, más cargada de turquesa, menos cargada de zafiro, bellísima, inolvidable.

Y agua... ¡Cuántos manantiales y fuentes deben gorgotear en los patios y jardines de las casas, entre el verdor de mil plantas! Pasando por las callejuelas aún desiertas — porque los habitantes están o trabajando o en sus casas — se oye su gorgoteo y el caer de las gotas y el frufrú de las frondas, como notas de arpa arrebatadas por una arpista escondida. Y aumentan su hechizo los intradoses y los continuos rincones de las calles, recogiendo esas voces de aguas, amplificándolas, aumentando su número con los ecos, haciendo de ellas todo un arpegiar de acordes.

Y palmeras, palmeras, palmeras. Dondequiera que haya una placita, que puede ser no más grande que una habitación normal, allí se ven lanzarse hacia el cielo sus esbeltos, altísimos tallos; y allá arriba apenas oscila la copa de hojas susurrantes abrazadas en forma de pincel en la cúspide del tallo; mientras la sombra, que a mediodía cae perpendicular sobre las minúsculas plazas cubriéndolas enteras, ahora se refleja caprichosamente en los muretes de las terrazas más altas.

Pero la ciudad está limpia respecto a las otras ciudades palestinas. Quizás las casas, tan pegadas unas a otras, o el hecho de que todas tengan patios y jardines cultivados, ha sido lo que ha contribuido a enseñar a los habitantes a no arrojar basura a las calles, sino a reunirla, junto con las suciedades animales, en estercoleros ya dispuestos para ello, y así abonar los árboles y parterres... o quizás es un caso muy raro de orden. Las callecitas están limpias, secas por el sol, y no se encuentran esas poco graciosas exposiciones de desechos de verduras, sandalias rotas, trapos sucios, excrementos y cosas semejantes, que se ven en la propia Jerusalén, en cuanto una calle es un poco periférica.

[2]Mas está llegando el primer labriego. Vuelve de su trabajo a lo- 390.2
mos de un borrico gris. Como defensa contra las moscas, el hombre ha puesto toda una gualdrapa de ramas de jazmín a su borrico, que va dando trotecillos y meneando las orejas y los cascabeles en medio

de la ondeante y perfumada cubierta de ramas. El hombre mira y saluda. El joven dice: «Ven a la plaza grande, para oír al Rabí que está en mi casa».

También un rebaño de ovejas. Invade la calle, encanalándose en ella proveniente de una placita allende la cual se ve la campiña como fondo. Van encajonadas unas con otras, metiendo las pezuñitas en los mismos sitios que las otras; todas con la cabeza agachada, como si fueran cabezas demasiado pesadas para el cuello delgado en relación al cuerpo obeso; trotando con su paso extraño y sus cuerpos regordetes que parecen fardos apoyados en cuatro estacas... Jesús, Juan y Pedro, hacen lo mismo que el hombre que está con ellos y se pegan contra la pared caliente de una casa para dejarlas pasar. Un hombre y un mozalbete siguen al rebaño. Miran y saludan. El joven dice: «Meted las ovejas en el aprisco y venid a la plaza grande con vuestros parientes. Tenemos con nosotros al Rabí de Galilea. Nos habla».

Y también la primera mujer que sale, rodeada de una nidada de hijos, para ir quién sabe a dónde. El joven dice: «Ven con Juan y los hijos a oír al Rabí que llaman Mesías».

Las casas se van abriendo al caer de la tarde, y permiten ver fondos verdes de jardines, o serenos patios en que las palomas comen su última comida. El joven introduce la cabeza en cada una de las puertas abiertas y grita: «Venid a oír al Rabí, el Señor».

390.3 [3]Aparecen, en fin, en una calle recta, la única recta en esta ciudad, que no se ha construido como habría querido, sino como han querido las palmeras o los robustos árboles de pistachos, sin duda centenarios, y respetados como a ciudadanos ilustres por los vecinos, que a ellos deben el no morir de insolación. Y se ve, en el fondo, una plaza en que hacen de columnas los troncos de numerosas palmas: parece una de esas salas hipóstilas de templos y palacios antiquísimos, hechas de un amplio espacio colmado de columnas colocadas a distancias constantes para formar una selva de piedra que sujete el techo. Aquí las palmeras hacen de columnas, y, siendo muchas y bien juntas, forman, con las hojas que se besan, un techo de esmeralda para la blanca plaza, en medio de la cual hay una alta y cuadrada fuente colma de aguas cristalinas que brotan de una columnita situada en el centro de la taza, que caen en pilas más bajas, donde pueden beber los animales. En este momento las palomas, domésticas, pacíficas, la han tomado al asalto y beben o se mueven a ritmo de minué con sus patitas rosas en el borde más alto; o se salpican las plumas, que brillan aumentando sus tornasoles por las gotas de agua suspendidas un instante de las barbas de las plumas.

Hay gente. También están los ocho apóstoles que habían ido a distintos sitios en busca de alojamiento, y cada uno ha juntado a sus fieles, deseosos de oír a Aquel que han indicado como el Mesías prometido. Los apóstoles, provenientes de todas las partes, acuden presurosos hacia el Maestro, y, como las cometas, arrastran tras sí a los grupitos de sus conquistas.

[4]Jesús levanta la mano para bendecir a los discípulos y a los de Engadí. 390.4

Judas de Alfeo habla por todos: «Maestro y Señor: Hemos hecho lo que nos dijiste. Éstos saben que hoy la Gracia de Dios está en medio de ellos. Pero desean también la Palabra. Muchos te conocen de oídas. Algunos porque te han visto en Jerusalén. Todos, especialmente las mujeres, querían verte, y el primero de todos el jefe de la sinagoga. Aquí está. Ven, Abraham».

El hombre, muy anciano (mucho), se acerca. Está emocionado. Querría hablar, hablar, pero, con la emoción que tiene, ya no encuentra ninguna palabra de las que se había preparado. Se inclina para arrodillarse apoyándose en su bastón, pero Jesús se lo impide y lo primero que hace es abrazarle, luego dice: «¡Paz al anciano y justo siervo de Dios!», y el otro, cada vez más emocionado, sólo sabe responder: «¡Alabado sea Dios! ¡Mis ojos han visto al Prometido! ¿Qué más podría pedir a Dios?» y, levantando los brazos, con postura hierática, entona el salmo de David (el 40[9]): «"Esperé ansiosamente al Señor y Él se inclinó hacia mí"». Pero no lo dice entero. Recita los puntos más adecuados al acontecimiento:

«"Escuchó mi grito y me sacó del abismo de la miseria y del fango del pantano...

Puso en mi boca un canto nuevo.

Dichoso el hombre que ha puesto su esperanza en el Señor.

Muchas cosas maravillosas has hecho, oh Señor Dios mío. Ninguno es comparable a ti en tus designios. Quisiera enunciarlos, manifestarlos, mas su número excede toda cuenta.

No has querido sacrificio ni oblación, pero has abierto mis oídos... (se emociona cada vez más).

Está escrito que debo hacer tu voluntad... Tu ley está en el centro de mi corazón.

He anunciado tu justicia en la gran asamblea. No, Tú sabes, Señor, que no he tenido mis labios cerrados.

No he escondido tu justicia dentro de mí, he proclamado tu verdad y la salvación que de ti viene...

Mas Tú, Señor, no alejes de mí tu compasión...

Desgracias sin fin (y ahora ya llora abiertamente, diciendo las

palabras con voz aún más vieja y temblorosa a causa del llanto) me han envuelto...

Soy un mendigo, un necesitado, pero el Señor me cuida. Tú eres mi auxilio, mi protector, ¡oh Dios mío, no tardes!...".

Éste es el salmo, mi Señor, y añado cosas mías: Dime: "Ven" y te responderé lo que dice el salmo: "¡Sí, voy!"».

Y guarda silencio, llorando, con toda la fe concentrada en sus ojos nublados por los años.

390.5 [5]La gente explica: «Se le ha muerto su hija y le ha dejado nietos de corta edad. Su mujer se ha quedado ciega y alelada por las muchas penas. Y de su único hijo varón no se sabe nada. Desapareció, sin más, de la noche a la mañana...».

Jesús pone la mano encima del hombro del anciano y le dice: «Los sufrimientos de los justos pasan veloces como las golondrinas, respecto a la duración del premio eterno. Pero devolveremos a tu Sara los ojos que tenía y la mente de sus veinte años, para que dé consuelo a tu vejez».

«Se llama Paloma» observa uno del pueblo...

«Para él es su princesa. Mas ahora escuchad la parábola que os * propongo...».

«¿No vas a liberar antes de las tinieblas los ojos y la mente de mi mujer para que pueda también ella saborear la Sabiduría?» pregunta ansioso el viejo arquisinagogo.

«¿Eres capaz de creer que Dios lo puede todo, y que su poder va desde un mundo al otro?».

390.6 «¡Sí, Señor! [6]Recuerdo un atardecer de hace muchos años. Entonces yo era feliz. Pero era creyente aun viviendo en la alegría. ¡Porque es así! El hombre mientras es feliz puede a lo mejor olvidarse de Dios. Yo creía en Dios incluso en aquel tiempo de alegría, cuando mi mujer era joven y estaba sana, y crecía mi Elisa, ya novia, una jovencita bonita como una palmera, y Eliseo la igualaba en hermosura y la superaba en fuerza, como es natural en el hombre... Yo había ido con el niño a las fuentes que están rayanas con las viñas de la dote de Paloma. Había dejado a mi mujer y a mi hija en los telares, donde se tejía el ajuar nupcial... Pero quizás te estoy aburriendo. El mísero sueña la pasada alegría recordando... pero a los demás no les interesa...».

«¡Habla, habla!».

«Había ido con el niño... Las fuentes... Si has venido por el camino de occidente, sabes dónde están... Las fuentes estaban en el límí-

---

* *princesa* es el significado del nombre *Sarai* (o *Sara*).

te del lugar bendito, y mirando se veía, en el fondo, el desierto, y el camino blanquecino por las piedras romanas (entonces todavía bien visibles en las arenas de Judá)... Después... se borró también aquella señal. Al fin y al cabo, no importa que una señal se pierda en las arenas. Lo que sí es una mala cosa es que se haya borrado la señal de Dios, enviada para señalarte, en los espíritus de Israel. ¡En demasiados espíritus!

Mi hijo dijo: "¡Padre! ¡Mira! Una gran caravana y caballos y camellos y pajes y señores en dirección a Engadí. Quizás vienen a las fuentes antes de que anochezca...". Levanté los ojos de los sarmientos que estaba trabajando, mis ojos cansados después de mucha vendimia, y vi... Sí, los hombres venían precisamente a las fuentes. Y bajaron y me vieron y preguntaron si podían acampar en ese lugar durante una noche.

"Engadí tiene casas hospitalarias, y está cerca" respondí.

"No. Estamos alerta para estar preparados para huir, porque nos busca Herodes. Los que estén de guardia desde aquí verán todos los caminos, y será fácil escaparnos de quien nos busca".

"¿Qué pecado habéis cometido?" pregunté asombrado y ya dispuesto a indicarles las cavernas de nuestros montes, como es nuestra sagrada costumbre hacia los perseguidos. Y añadí: "Sois extranjeros, y de lugares distintos... No sé cómo habréis podido pecar contra Herodes...".

"Hemos adorado al Mesías que ha nacido en Belén de Judá. Nos había guiado a Él la estrella del Señor. Herodes le busca, y por eso nos busca también a nosotros, para que le indiquemos dónde se encuentra. Y le busca para darle muerte. Nosotros quizás muramos en los desiertos, o a causa del camino largo y desconocido, ¡pero no denunciaremos al Santo que ha bajado del Cielo!".

¡El Mesías! ¡El sueño de todo verdadero israelita! ¡Mi sueño! ¡Y estaba en el mundo! ¡Y en Belén de Judá, según lo predicho!... Pedí, abrazando contra mi pecho a mi hijo, todas las noticias que pudieran darme, y decía: "¡Escucha, Eliseo! ¡Recuerda! ¡Tú le verás sin duda!". Yo tenía ya cincuenta años y no esperaba verle... ni esperaba vivir tanto como para verle ya adulto... Eliseo... ya no le puede adorar...».

El anciano llora nuevamente. Pero recobra ánimos. Dice: «Los tres Sabios hablaron con paciente dulzura y te describieron como eras en tu santidad niña, y a tu Madre, y a tu padre... Habría transcurrido con ellos la noche... Pero Eliseo se adormecía en mi pecho. Saludé a los tres Sabios con la promesa de guardar silencio para no permitir posibles delaciones contra ellos. Pero a Paloma, en la habitación nupcial, le conté todo... y esto fue el Sol en las desventuras

que habían de ocurrirnos después. Luego se tuvo noticia de la matanza... y durante años no supe si te habías salvado. Ahora lo sé. Pero sólo yo, porque Elisa ha muerto, Eliseo no está, y Paloma no puede entender la feliz noticia... Pero la fe en el poder de Dios, que ya era viva, se hizo perfecta desde aquel lejano atardecer en que tres hombres, de distinta raza, testimoniaron la potencia de Dios con su unión, por la voz de los astros y de las almas, en el camino de Dios, para adorar a su Verbo».

390.7 «Y tu fe será premiada. [7]Ahora escuchad.

¿Qué es la fe? Semejante a una dura semilla de palma, algunas veces es minúscula, formada por una breve frase: "Dios existe", nutrida con una sola aserción: "Yo le he visto". Como fue la de Abraham en mí por las palabras de los tres Sabios de Oriente. Como fue la de nuestro pueblo, desde los más lejanos patriarcas, transmitida de uno a otro, desde Adán a los descendientes, desde Adán, pecador, pero que fue creído cuando dijo: "Dios existe, y nosotros existimos porque Él nos ha creado. Y yo le he conocido". Como fue — cada vez más revelada y por tanto cada vez más perfecta — la que vino después y es para nosotros herencia, refulgente de manifestaciones divinas, de apariciones angélicas, de luces del Espíritu. En todo caso, minúsculas semillas respecto al Infinito. Minúsculas semillas. Pero, echando raíces, hendiendo la dura corteza de la animalidad con sus dudas y tendencias, triunfando sobre las hierbas nocivas de las pasiones, de los pecados, sobre el moho de los desalientos, sobre las carcomas de los vicios, triunfando sobre todo, se alza en los corazones, crece, se eleva impetuosa hacia el Sol, hacia el cielo, y sube, sube... hasta que se libera de la restricción de la carne y se funde con Dios, en su conocimiento perfecto, en su completa posesión, más allá de la vida y la muerte, en la verdadera Vida.

Quien posee la fe posee el camino de la Vida. El que sabe creer no yerra. Ve, reconoce, sirve al Señor y tiene la salvación eterna. Para él es vital el Decálogo, y cada mandamiento que contiene es una gema con la que adorna su futura corona. Para él es salud la promesa del Redentor. ¿Ha muerto ya el creyente que creía antes de que Yo viniera a la Tierra? No importa. Su fe le equipara a aquellos que ahora se acercan a mí con amor y fe. Los justos ya fallecidos exultarán pronto, porque su fe está para recibir el premio. Yo iré, después de cumplir la voluntad de mi Padre, y diré: "¡Venid!", y todos los que murieron en la fe subirán conmigo al Reino del Señor.

Imitad en la fe a las palmeras de vuestra tierra, nacidas de una pequeña semilla, pero con este gran deseo de crecer, y de crecer tan derechas, olvidadas del suelo y enamoradas del Sol, de los astros, del

cielo. Tened fe en mí. Sabed creer lo que demasiados pocos en Israel creen, y Yo os prometo que poseeréis el Reino celeste, por el perdón del pecado de origen y por la justa recompensa a todos los que practican mi doctrina, que es la dulcísima perfección del perfecto Decálogo de Dios.

[8]Voy a quedarme aquí con vosotros hoy y mañana, que es sábado 390.8
sacro, y partiré al alba del día después del sábado. ¡El que esté afligido que venga a mí! ¡El que dude que venga a mí! ¡El que quiera la Vida venga a mí! Sin temor, porque Yo soy la Misericordia y el Amor».

Y Jesús hace un amplio gesto de bendición para despedir a los que le están escuchando, de forma que puedan ir a cenar y a descansar; y hace ademán de moverse, cuando he aquí que una ancianita, hasta ahora ocultada por la esquina de una callejuela, hiende la multitud que aún quiere estar con el Maestro, y, entre el asombrado clamor de la misma muchedumbre, va a arrodillarse a los pies de Jesús gritando: «¡Bendito seas! ¡Y el Altísimo que te ha enviado! ¡Y las entrañas que te engendraron, que son más que de mujer, si han podido llevarte a ti!».

Un grito de hombre se funde con el suyo: «¡Paloma! ¡Paloma! ¡Ves! ¡Comprendes! ¡Hablas con sabiduría reconociendo al Señor! ¡Oh! ¡Dios! ¡Dios de mis padres! ¡Dios de Abraham, Isaac y Jacob! ¡Dios de los profetas! ¡Dios de Juan, el Profeta! ¡Dios! ¡Dios mío! ¡Hijo del Padre! ¡Rey como el Padre! ¡Salvador en obediencia al Padre! ¡Dios como el Padre, y Dios mío, Dios de tu siervo! ¡Bendito seas, y amado, seguido, adorado eternamente!».

Y el anciano jefe de la sinagoga cae de rodillas al lado de su ancianita, y abrazándola con el brazo izquierdo, apretándola contra su corazón, se inclina y la mueve a inclinarse para besar los pies del Salvador, mientras un clamor exultante de toda la gente hace vibrar los troncos, de tan intenso como es; y hace que se asusten las palomas, las cuales, ya posadas en sus nidos, ahora alzan de nuevo su vuelo, y rolan por Engadí como para difundir por todos los rincones de la ciudad buena la nueva de que el Salvador está en ella.

391. Curación del leproso Eliseo de Engadí.

22 de febrero de 1946.

[1]Deben haber adelantado la hora de salida, quizás por consejo de 391.1
los propios habitantes de Engadí, porque es totalmente de noche y la Luna, que se prepara al plenilunio, ilumina con vivísima luz la ciu-

dad. Las callecitas son cintas de plata entre los cubos de las casas y las tapias de los jardines, que parecen transformar la cal en mármol escultóreo por el efecto del mágico rayo lunar. Las palmeras y los otros árboles, envueltos en la fosforescencia de la luna, adquieren un aspecto fantasmal. Las fuentes, los regatillos de agua, son, respectivamente, pequeñas cascadas y collares de diamantes. Y en las frondas los ruiseñores desgranan collares de notas de oro, uniendo sus prodigios a las voces de las aguas, que, en la noche, parecen sonar cada vez más nítidas.

La ciudad duerme. Pero algunas personas están con Jesús, que se marcha: son los hombres de las casas que le habían hospedado a Él y también a los apóstoles. Algunos otros vecinos se han añadido. El arquisinagogo camina al lado de Jesús. ¡No quiere renunciar a acompañarle, ni siquiera cuando Jesús se lo ruega antes de adentrarse en abierta campiña! Y marchan, en dirección al camino que conduce a Masada: no el camino bajo, el que bordea el Mar Muerto y que oigo que lo catalogan como insalubre y peligroso por la noche, sino el camino del interior, hendido en la ladera montana, casi en las cimas de los collados que bordean el lago.

¡Es espléndido el oasis en la noche de luna! Da la impresión de caminar por un país de ensueño. Luego el oasis, el verdadero oasis, termina, y se hacen más raras las palmeras. Entonces empieza el terreno de monte propiamente dicho, con sus árboles agrestes y sus prados y sus laderas escindidas por cavernas, como casi todos los montes palestinos. Pero yo diría que aquí las cavernas son más abundantes, y sus bocas extrañas — unas longitudinales, otras planas, unas derechas, otras oblicuas, unas redondas, a mitad de la ladera, otras reducidas a una fisura — presentan espantosos aspectos bajo el claro de luna.

391.2 [2]«Abraham, el camino está más abajo. ¿Por qué subes de nuevo? ¡Alargas el camino y tomas un sendero impracticable!» dice con tono autoritario uno de Engadí.

«Porque tengo que enseñarle al Mesías una cosa, y pedirle que sume una cosa más a los grandes favores que ya ha hecho para nosotros. Pero, si estáis cansados, volved a casa o esperadme aquí. Iré yo solo» responde el viejo arquisinagogo, que va renqueando y jadeando por el sendero difícil y empinado.

«¡No! Vamos contigo. Pero nos da pena tu fatiga. Tu corazón trabaja demasiado...».

«No es el sendero... Es otra cosa. Es una espada que me da vueltas dentro del corazón... es una esperanza que le hincha. Venid, hijos míos, y sabréis cuánto dolor, cuánto dolor había en el corazón del

que consolaba todos vuestros dolores. Cuánta... no desesperación, eso no, pero sí... aceptación de que no había que hacerse ya ilusiones de volver a ser feliz había en el que siempre os decía que esperaseis en el Señor, que todo lo puede... Os he enseñado a creer en el Mesías... ¿Os acordáis de la seguridad con que hablaba de Él, cuando podía hacerlo ya sin perjudicarle? Vosotros decíais: "¿Pero la matanza de Herodes?". ¡Sí! ¡Era una espina muy grande en el corazón! Pero me agarraba con todo mi ser a la esperanza... Decía: "Si Dios a tres que no eran ni siquiera de Israel les mandó la estrella para invitarlos a adorar al Niño Mesías, y los guió con ella a la casa pobre ignorada por los rabíes de Israel y los príncipes de los sacerdotes y escribas; si con un sueño les advirtió que no volvieran donde Herodes, para salvar al Niño, ¿no va a haber avisado, con más poder aún, a su padre y a su Madre, de que huyan para poner a salvo la esperanza de Dios y del hombre?". Y la fe en que se había salvado crecía, inútilmente acosada por la duda humana y por las palabras de otros... [3]Y 391.3
cuando... y cuando el mayor dolor de un padre se apoderó de mí... cuando tuve que conducir a un sepulcro a un vivo... y decirle... y decirle... "Estáte aquí mientras dure tu vida... y piensa que si el deseo de las caricias maternas u otro motivo te impulsaran hacia las casas, yo tendría que maldecirte, tendría que ser el primero en golpearte, y relegarte al lugar donde ni siquiera ya mi desolado amor podría darte auxilio", cuando tuve que hacer esto... me aferré aún más a la fe en Dios, Salvador de su Salvador; y también cuando tuve que decirme a mí mismo y a mi hijo... a mi hijo leproso... ¿os dais cuenta?, leproso... decir... "¡Inclinemos nuestra cabeza ante la voluntad del Señor y creamos en su Mesías! Yo, Abraham, y tú, Isaac, inmolado por la enfermedad, no por el fuego, ofrezcamos el dolor para obtener el milagro...". Y cada mes, en cada neomenia... al venir aquí a escondidas, cargado de alimentos... de vestidos... de amor... que debía depositar lejos de mi hijo... porque tenía que volver donde vosotros... hijos míos... y donde mi esposa ciega, la esposa que había perdido la razón, cegada y alelada por el tremendo dolor... volver a mi casa que ya no tenía hijos... que ya no tenía la paz de un recíproco consciente amor... a mi sinagoga y hablaros de Dios... de sus grandezas... de sus bellezas esparcidas por la creación... y tenía ante mis ojos la figura corroída de mi hijo... y ni siquiera podía defenderle cuando llegaban a mis oídos murmuraciones contra él, en que se decía que era un ingrato, o un malhechor escapado de casa... y todos los meses, al hacer este peregrinaje de padre a la tumba de mi hijo vivo, le decía, para sostener su corazón, le repetía: "El Mesías está entre nosotros. Vendrá. Te curará...". El año pasado, en Pascua en Jerusalén, mien-

tras te buscaba, durante el breve tiempo que estaba lejos de mi mujer ciega, me dijeron: "Es verdad que está entre nosotros. Ayer ha estado aquí. Incluso ha curado a unos leprosos. Va por toda Palestina curando, consolando, adoctrinando". ¡Oh! ¡Regresé tan veloz, que parecía un joven yendo a su boda! Ni siquiera me detuve en Engadí, sino que vine aquí y llamé a mi niño, a mi hijo varón, al fruto mío que
391.4 se muere, y le dije: "¡Vendrá!". [4]Señor... Has beneficiado en todo a nuestra ciudad. Te marchas sin dejar ni siquiera a uno enfermo... Has bendecido incluso nuestras plantas y nuestros animales... ¿No vas a querer?... Me has curado a mi mujer... ¿No vas a tener piedad del fruto de sus entrañas?... ¡Un hijo a la madre! ¡Devuelve un hijo a la madre, Tú que eres el Hijo perfecto de la Madre de todas las gracias! ¡En nombre de tu Madre, ten piedad de mí, de nosotros!...».

Lloran todos junto con el anciano, que ha hablado al mismo tiempo con fuerza y con angustia...

Y Jesús le recibe entre sus brazos mientras él solloza, y le dice: «¡No llores más! Vamos a donde tu Eliseo. Tu fe, tu justicia, tu esperanza, merecen esto y más todavía. ¡No llores, padre! Bien, no nos demoremos más en liberar del horror a una criatura».

«La Luna se oculta. El sendero es difícil. ¿No podríamos esperar a la aurora?» dicen algunos.

«No. Abundan en torno a nosotros los árboles de resina. Coged unas ramas, encendedlas, y vamos» ordena Jesús.

Suben todavía por un sendero estrecho y penoso; parece el lecho desecado de alguna agua aluvial. Las antorchas crepitan humosas y rojizas, esparciendo un fuerte olor de resinas por el aire.

391.5 [5]Una caverna, estrecha de abertura, casi celada tras una frondosa espesura, nacida a los lados de un manantial, muéstrase allende un estrecho rellano dividido en medio por una hendedura en la que aquél vierte su agua.

«Allí está Eliseo, desde hace años... en espera de la muerte o de la gracia de Dios...» dice el anciano en voz baja señalando hacia la gruta.

«Llama a tu hijo. Consuélale. Que no tenga miedo, sino fe».

Y Abraham llama fuerte: «¡Eliseo! ¡Eliseo! ¡Hijo mío!» y repite el grito temblando de miedo por el silencio que sólo le responde.

«¿Habrá muerto?» dicen algunos.

«¡No! ¡Muerto ahora, no! ¡Al final de la tortura! ¡Sin ninguna alegría, no! ¡Oh, mi hijo!» gime el padre...

«No llores. Llama otra vez».

«¡Eliseo! ¡Eliseo! ¿Por qué no respondes al...?».

«¡Padre! ¡Padre mío! ¿Cómo es que vienes fuera del tiempo nor-

mal? ¿Es que ha muerto mi madre y me lo vienes a...» la voz, primero lejana, se ha acercado, y un espectro separa las ramas que ocultan la abertura, un horrendo espectro, un esqueleto, semidesnudo, corroído... el cual, al ver a tanta gente con antorchas y palos, quién sabe qué se imaginará, y retrocede gritando: «Padre, ¿por qué me has traicionado? No he salido nunca de aquí... ¡¿Por qué me traes a mis apedreadores?!». La voz se aleja, mientras de la aparición no queda como recuerdo sino el ondear de las ramas.

«¡Confórtale! ¡Dile que está aquí el Salvador» insta Jesús.

Pero el hombre ya no tiene fuerzas... Llora desolado...

[6]Es Jesús el que habla: «Hijo de Abraham y del Padre de los Cie- 391.6
los, escucha. Se cumple lo que tu justo padre te profetizaba. Aquí está el Salvador, y con Él tus amigos de Engadí y los apóstoles del Mesías, que han venido a gozar de tu resurrección. ¡Ven sin miedo! Acércate hasta la quebraja. Yo también me acerco. Te tocaré y quedarás limpio. ¡Ven sin miedo al Señor, que te ama!».

Las ramas vuelven a separarse y el leproso mira adelante lleno de miedo. Mira a Jesús, forma blanca que camina sobre la hierba del rellano y que se detiene en el límite de la quebraja... Mira a los otros... especialmente a su anciano padre, que, como hechizado, sigue a Jesús con los brazos extendidos y los ojos fijos en el rostro de su hijo leproso. Se acerca, ya más tranquilo; cojea mucho, por las llagas de los pies... extiende los brazos con sus manos corroídas... Se pone frente a Jesús... Le mira... Y Jesús alarga sus bellísimas manos, alza los ojos al cielo, recoge, parece recoger en sí, toda la luz de las infinitas estrellas, e irradiar su esplendor purísimo sobre las carnes maculadas, pútridas, desprendidas, que las antorchas, agitadas para que den más luz, hacen aparecer aún más terribles a la luz roja de las ramas encendidas.

Jesús se inclina hacia la quebraja y toca con el extremo de sus dedos el extremo de los dedos leprosos y dice: «¡Quiero!», y lo dice con una sonrisa de belleza indescriptible. Repite: «¡Quiero!» otras dos veces. Ora y manda con esa palabra...

Luego se separa, retrocede un paso, abre los brazos en cruz y dice: «Purifícate y luego predica al Señor porque a Él perteneces. Recuerda que Dios te ha amado para que fueras un buen israelita y un hijo bueno. Ten una esposa e hijos, y edúcalos para el Señor. Tu amarguísima amargura ha quedado anulada. ¡Bendice a Dios y vive beato!».

Luego se vuelve y dice: «¡Vosotros, los de las antorchas! Acercaos y ved lo que puede el Señor para los que lo merecen». Baja los brazos — que, abiertos y cubiertos con el manto, obstaculizaban la visión

del leproso — y se separa.

391.7 [7]El primer grito es el del anciano, arrodillado detrás de Jesús: «¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo, como eras a tus veinte años! ¡Guapo como entonces! ¡Sano como entonces! ¡Guapo, oh, más guapo que entonces!... ¡Oh, una tabla, una rama, algo para pasar adonde estás!», y hace ademán de lanzarse.

Pero Jesús le retiene: «¡No! Tu alegría no te haga violar la Ley. Antes debe purificarse. ¡Mírale! Bésale con los ojos y el corazón. Sé fuerte ahora como lo has sido durante tantos años. Y sé feliz...».

Efectivamente éste es un milagro *completo*. No es sólo curación, sino restauración de lo que la enfermedad había destruido, y el hombre, de unos cuarenta años, está intacto como si no hubiera tenido nunca nada; sólo sigue muy delgado: una delgadez que le da un aspecto ascético de una belleza no común y sobrenatural. Y él agita los brazos, se arrodilla, bendice... no sabe qué hacer para decirle a Jesús que le da las gracias. En fin, ve unas flores entre la hierba, las arranca, las besa y las arroja al otro lado de la grieta, a los pies del Salvador.

391.8 [8]«¡Vamos! Vosotros de Engadí quedaos con vuestro arquisinagogo. Nosotros proseguimos hacia Masada».

«Pero no sabéis... No veis...».

«Sé, sé el camino. ¡Sé todo! Y conozco los caminos de la Tierra y los de los corazones por los que pasan Dios y el Enemigo de Dios, y veo quién acepta a éste o a Aquél. ¡Quedaos! ¡Quedaos con mi paz! Además, pronto se hará de día y con ramas encendidas iluminaremos hasta el alba. Abraham, ven que te dé el beso de despedida. El Señor esté siempre contigo, como lo ha estado hasta ahora, y con los tuyos y con tu ciudad buena».

«¿No vas a volver a ella, Señor?, ¿para ver mi casa feliz?».

«No. Mi camino está ya cercano a su meta. Pero en el Cielo estarás conmigo, y los tuyos contigo. Amadme y educad a los pequeños en la fe de Cristo... Adiós a todos. Paz y bendición a todos los presentes y a sus familias. Paz a ti, Eliseo. Sé perfecto por agradecimiento al Señor. Venid vosotros, apóstoles míos...».

Y se pone a la cabeza del pequeño cortejo, que lleva en alto ramas encendidas, y camina, y tuerce tras un peñasco saledizo, y desaparece con su indumento blanco; luego desaparecen, uno a uno, los apóstoles; se aleja el rumor de sus pasos; se desvanece la rojura de las ramas encendidas...

Se quedan en el rellano padre e hijo, sentados en los márgenes de la grieta, en mutua contemplación... Y, detrás, en grupo, con bisbiseos de admiración, los de Engadí... Esperan al alba para volver al pueblo con la noticia de la prodigiosa curación.

392. La hostilidad de Masada, ciudad-fortaleza.

25 de febrero de 1946.

[1]Están ascendiendo por una subida de cabras a una ciudad que 392.1
parece un nido de águilas en la cima de un pico alpino. Sí, es verdaderamente un pico alto, solitario, de laderas escarpadas, como les gusta a las águilas para sus regios amores, que desdeñan testigos y colectividades. Y con gran fatiga lo acometen, yendo de occidente hacia oriente, volviendo las espaldas a una cadena continua de montes que ya forman parte del sistema montañoso judío, y que, con un ramal poderoso, semejante al contrafuerte de una colosal muralla, se extiende hacia el Mar Muerto en su lado occidental extremo, o sea, hacia el extremo sur de este mar.

«¡Qué camino, Dios mío!» gime Pedro.

«Peor todavía que el de Yiftael» confirma Mateo.

«Pero aquí no llueve, no hay humedad, no resbala uno; lo cual ya es algo...» observa Judas Tadeo.

«¡Sí, bueno, tenemos este consuelo... pero sólo éste! ¡Que no, hombre, que no caes en manos de los enemigos! ¡Si no te echa abajo un terremoto, tú, por mano de hombre, no caes!» dice Pedro hablando a la ciudad-fortaleza, bien cerrada dentro del anillo estrecho de sus defensas, con sus casas apiñadas, apretadas unas contra otras como las semillas de una granada en el escriño de su gruesa cáscara.

«¿Tú crees, Pedro?» pregunta Jesús.

«¿Que si lo creo? ¡Lo veo, que es más!».

Jesús mueve la cabeza, pero no rebate.

«Quizás hubiera sido mejor venir por la parte del mar. Si hubiera estado Simón... Conoce bien estos lugares» suspira Bartolomé, que ya no puede más.

«Cuando estemos en la ciudad y veáis el otro camino, me agradeceréis haber elegido éste. Por aquí puede subir con fatiga un hombre. Por el otro, con fatiga sube una cabra» responde Jesús.

«¿Cómo lo sabes? ¿Alguno te ha informado, o...?».

«Sé. Y, además, por esta parte está la nuera de Ananías. La primera cosa que quiero hacer es hablar con ella».

«Maestro... ¿no habrá peligros allá arriba?... Porque... aquí no puede uno escaparse rápidamente, y, si nos siguen... no volvemos a ver nuestra casa. ¡Mira que precipicios! ¡Y qué piedras tan cortantes!...» dice Tomás.

«No tengáis miedo. No encontraremos una Engadí. Poquísimas hay como Engadí en Israel. Pero no nos sucederá nada malo».

«Es porque... ¿Sabes que es una fortaleza de Herodes?...».

«¿Y qué quieres decir con eso? ¡Que no tengas miedo, Toma! Hasta que no llega la hora, nada sucede verdaderamente grave».

392.2 [2]Caminan, caminan, y llegan al pie de los adustos muros cuando el Sol ya está alto. Pero la altura mitiga el calor.

Entran en la ciudad pasando bajo el arco de una puerta estrecha, tenebrosa. Los muros de los bastiones son robustos, con macizas torres y estrechas aberturas.

«¡Qué trampa para caza!» dice Mateo.

«Yo pienso en los desdichados que hayan traído aquí los materiales, estos bloques, estas grandes láminas de hierro...» dice Santiago de Alfeo.

«El amor santo a la patria y a la independencia les hizo ligeros los pesos a los hombres de Jonatán Macabeo; el amor malvado de sí * mismo y el terror a la ira del pueblo impuso un pesado yugo, no a súbditos sino a peor que esclavos, por voluntad de Herodes el Grande. Y, bautizada con sangre y lágrimas, perecerá en la sangre y en las lágrimas, cuando llegue la hora del castigo divino».

«Maestro, ¿pero qué culpa tienen los habitantes?».

«Ninguna. Y toda. Porque cuando los súbditos emulan a los jefes en las culpas o en los méritos, reciben el mismo premio o castigo que

392.3 sus jefes. [3]Pero hemos llegado a la casa, que es la tercera de la segunda calle, la que tiene el pozo delante. Vamos...».

Jesús llama a la puerta cerrada de una casa alta y estrecha. Abre un niño.

«¿Eres pariente de Ananías?».

«Llevo su nombre porque es padre de mi padre».

«Llama a tu madre. Dile que vengo del pueblo donde está Ananías y el sepulcro de su marido fallecido».

El niño se marcha y vuelve. «Ha dicho que no le interesa saber nada del viejo. Que te puedes marchar».

Jesús pone una cara muy severa. «No me iré sino después de haber hablado con ella. Niño, ve y dile que Jesús de Nazaret, en quien creía su marido, está aquí y quiere hablar con ella. Dile que no tema. El anciano no está...».

El niño se marcha otra vez. La espera es larga. Algunas personas se han parado a observar y alguno pregunta a los discípulos. Pero se percibe un ambiente arisco, o indiferente, o irónico... Los apóstoles tratan de ser amables, pero están visiblemente influenciados por la situación. Y terminan de estarlo cuando llegan los notables de la ciu-

---

* *...a los hombres de Jonatán Macabeo*, in *1 Macabeos 9, 62*, como señala MV en una copia mecanografiada.

dad y hombres de armas; tanto unos como otros con unas caras de... delincuentes, que no inspiran ni pizca de confianza.

Jesús, en el umbral de la puerta, apoyado en una jamba, con los brazos cruzados, espera, paciente, absorto.

[4]Por fin sale la mujer. Alta, morena, de mirada dura y perfil desa- 392.4
brido. No es ni vieja ni fea, pero su expresión la hace parecer vieja y fea. «¿Qué quieres? Date prisa, que tengo cosas que hacer» dice altanera.

«No quiero nada. Nada. Tranquila. Que sólo te traigo el perdón de Ananías, su afecto, su súplica...».

«¡No le tomo conmigo de nuevo! Inútil suplicar. No quiero viejos lamentosos. Ya no tenemos nada que ver yo y él. Y, además, pronto me voy a casar otra vez y no puedo imponer en la casa de un rico a ese burdo labriego que es él. ¡Ya he tenido de sobra con mi error de aceptar casarme con su hijo! Pero entonces era una niña ignorante y me fijé sólo en la belleza del hombre. ¡Qué desventura para mí! ¡Qué desventura! ¡Maldito sea el motivo que me le puso en mi camino! ¡Y maldito el recuerdo de...». Parece una máquina...

«¡Basta! Respeta, mujer más árida que el sílex, a los vivos y a los muertos que no merecías tener. ¡Desventura para ti! ¡Sí! ¡Desventura! Porque en ti no hay amor al prójimo, y por tanto Satanás está en ti. ¡Pues teme, mujer! ¡Teme que las lágrimas del anciano, que las del marido, al cual ciertamente has oprimido con tu aborrecimiento, no se vuelvan lluvia de fuego sobre lo que tú amas! ¡Tienes hijos, mujer!...».

«¡Hijos! ¡Ojalá no los tuviera! ¡Habría desaparecido el último vínculo! Y... bueno, además no quiero oír nada. No quiero oírte. ¡Vete! Estoy en mi casa, en casa de mi hermano. No te conozco. No quiero recordar al viejo. No...» grita como una urraca desplumada viva. Una verdadera arpía...

«¡Atenta!» dice Jesús.

«¿Me estás amenazando?».

«Es un llamamiento que te hago en orden a Dios, a su Ley, por piedad hacia tu alma. ¿Qué hijos vas a educar con estos sentimientos? ¿No temes el juicio de Dios?».

«¡Basta! Saúl, ve a llamar a mi hermano y dile que venga con Jonatán. ¡Ahora verás! Te...».

«No. No hace falta. Dios no va a forzar tu alma. Adiós». Y Jesús se marcha abriéndose paso entre la gente.

[5]La calle es estrecha, entre altas casas. Pero la ciudad, adecuada 392.5
para la defensa, tiene el corazón como la propia defensa de la parte oriental, donde todo cae a plomo por cientos de metros, y donde la delgada cinta de un sendero sinuoso, de una inclinación verdadera-

mente impresionante, sube desde la llanura, desde las orillas del mar, hasta la cima del pico.

Jesús va precisamente allí, donde hay una placita para las máquinas de guerra, y empieza a hablar, repitiendo una vez más su llamada al Reino de los Cielos, del cual expone las líneas esquemáticas.

Y está para desarrollarlas cuando, abriéndose un pasaje entre la pequeña muchedumbre, más curiosa que creyente, van hacia Él, voceando entre sí, unos notables. En cuanto están frente a Jesús, dicen — confusamente porque hablan todos juntos, concordes sólo en expulsarle — en tono conminatorio: «¡Vete de esta ciudad! Aquí nos bastamos nosotros para educar a los hijos de Israel»; «¡Márchate! ¡Nuestras mujeres no necesitan de tus recriminaciones, galileo!»; «¡Vete con tus ultrajes! ¿Cómo te atreves a ofender a la mujer de un herodiano, en una de las ciudades predilectas del gran Herodes? ¡Usurpador, ya desde el nacimiento, de sus derechos soberanos! ¡Fuera de aquí!».

Jesús los mira, especialmente a estos últimos, y dice una sola palabra: «¡Hipócritas!».

«¡Fuera! ¡Fuera!».

Un verdadero tumulto de voces discordes, y, cada una por su cuenta, acusa o defiende a la propia casta. No hay quien se aclare. En la placita estrecha, hay mujeres que chillan y se desmayan, niños que lloran, soldados que tratan de abrirse paso — salen de la fortaleza propiamente dicha — y que para abrirse paso hacen daño a la gente que está apiñada en la plaza, la cual reacciona imprecando contra Herodes y sus soldados, contra el Mesías y sus seguidores. ¡Un buen jaleo! Los apóstoles, formando una barrera en torno a Jesús — son los únicos que le defienden, más o menos valientemente — gritan a su vez improperios punzantes, y no se salva de sus improperios ninguno.

Jesús los llama y dice: «Nos marchamos de aquí. Torcemos por detrás de la ciudad y nos marchamos...».

«¡Y para siempre, ¿eh?! ¡Para siempre!» grita Pedro, lívido de ira.

«Sí, para siempre...».

Se marchan, uno después de otro. Contra todas las insistencias de los suyos, el último es Jesús. Los soldados, a pesar de sus burlas hacia el «profeta burlado», como dicen, haciendo todo tipo de gestos burlescos, tienen la prudencia de cerrar enseguida el portillo de la muralla y apoyarse contra él con las armas vueltas hacia la plaza.

392.6 [6]Jesús camina por un senderito que bordea las murallas, un sendero de dos palmos de ancho, bajo el cual está el vacío, la muerte. Los apóstoles le siguen, evitando mirar al abismo pavoroso. Ya están otra vez delante de la puerta por la que habían entrado. Jesús, sin

detenerse, empieza a bajar. La ciudad tiene cerrada la puerta también por este lado...

A muchos metros de la ciudad, Jesús se para y pone la mano en el hombro de Pedro, el cual, secándose el sudor, dice: «¡De buena nos hemos librado! ¡Maldita ciudad! ¡Y maldita mujer! ¡Pobre Ananías! ¡Ésa es peor que mi suegra!... ¡Qué serpiente!».

«Sí. Tiene el corazón frío de las serpientes... Simón de Jonás, ¿tú qué opinas? ¿Te parece segura esta ciudad, a pesar de todas las defensas?».

«¡No, Señor! No tiene a Dios consigo. Digo que compartirá con Sodoma y Gomorra la misma suerte».

«Bien has respondido, Simón de Jonás. Está acumulando contra sí los rayos de la ira divina. Y no tanto por haberme echado, cuanto porque en ella se violan todos los mandamientos del Decálogo. Vámonos. Nos acogerá la sombra fresca de una gruta, en estas horas de sol. Y, cuando se ponga el Sol, nos encaminaremos hacia Keriot, mientras lo permita la Luna...».

«¡Maestro mío!» gime Juan en un improviso acceso de llanto.

«¿Pero qué te pasa?» preguntan todos.

Juan no se explica. Llora, llevadas las manos a la cara, un poco agachado... Parece ya el Juan desolado del día de la Pasión...

«¡No llores! Ven aquí... Nos quedan todavía horas dulces por delante» dice Jesús arrimándole hacia sí (lo cual consuela el corazón, pero hace aumentar el llanto).

«¡Oh! ¡Maestro! ¡Maestro mío! ¡¿Cómo voy a resistir?! ¡¿Cómo voy a resistir?!».

«¿Pero el qué, hermano?», «¿El qué, amigo?» preguntan Santiago y los otros.

Juan no logra hablar. Luego, levantando la cara y echándole los brazos al cuello a Jesús, y obligándole a agacharse hacia su rostro desolado, grita, respondiendo a Jesús en vez de a los que le han preguntado: «¡El verte morir!».

«Dios te socorrerá, niño suyo predilecto! No te faltará su ayuda. No llores más. ¡Vamos! Vamos...», y Jesús se echa a andar, llevando de la mano al ciego a causa de las lágrimas...

393. En la casa de campo de María de Keriot.

26 de febrero de 1946.

[1]Llegan a la casa de campo de Judas, en una fresca y espléndida 393.1
mañana. Los manzanos están aljofarados de rocío, y la hierba a sus

pies es una alfombra de flores sobre la cual zumban las abejas. La casa tiene ya abiertas de par en par las ventanas. La que la dirige, la mujer fuerte que mitiga su autoridad con una gran bondad, está impartiendo órdenes a los criados y campesinos, y distribuye con sus propias manos los alimentos antes de mandar a cada uno a su trabajo. Por la amplia puerta, abierta también de par en par, de la vasta cocina, se la ve pasar una y otra vez, vestida de obscuro, hablando con uno u otro, haciendo las fracciones según las necesidades del trabajador. Una banda de palomas espera su parte arrullando delante de la puerta.

Jesús se aproxima sonriendo, y ya está casi en la puerta cuando, con un saquito de grano en la mano, María de Salomé se asoma diciendo: «Y ahora a vosotras, palomitas. Ésta es la primera comida. Luego id, felices, a alabar al Señor. ¡Tranquilas, tranquilas, que hay para todas sin necesidad de picaros!...». Y esparce las semillas, arrojándolas en todas las direcciones para impedir peleas violentas entre las voraces palomas. No ve a Jesús porque tiene la cabeza baja, y se agacha incluso a acariciar a algunas aves que le picotean suavemente los dedos de los pies como caricia de amor. María toma una de ellas entre sus manos y la acaricia. Luego la deja en el suelo y suspira.

Jesús da un paso hacia delante y dice: «¡La paz a ti, María, y a tu casa!».

«¡El Maestro!» esclama la mujer, dejando caer el saquito que tenía debajo del brazo, y corre hacia Jesús, y al hacerlo espanta a las palomas, las cuales, no obstante, se posan inmediatamente en el suelo, y trabajan con ahínco en la cuerdecita del saquito para soltarla y en su tela para aflojarla y satifacer su voracidad. «¡Oh! ¡Señor! ¡Qué día más santo y dichoso!» y hace ademán de arrodillarse a besar los pies de Jesús.

Pero Él se lo impide diciendo: «Las madres de mis apóstoles y las israelitas santas no deben humillarse como esclavas en mi presencia. Me han dado su espíritu fiel y su hijo, Yo les doy a ellas un amor de predilección».

La madre de Judas, emocionada, le besa entonces las manos susurrando: «¡Gracias, Señor!».

393.2 [2]Luego alza la cabeza y mira al pequeño grupo de los apóstoles, que se había detenido a la altura de los últimos árboles, y, extrañada de no ver que su hijo venga a ella, observa mejor al grupo. Su rostro palidece por el temor. Casi se le escapa un grito para preguntar: «¿Mi hijo dónde está?» y mira con miedo y dolor a Jesús.

«No temas, María. Le he mandado con Simón Zelote a casa de Lázaro para una misión. Si me hubiera podido detener en Masada el

tiempo que había decidido, le habría encontrado aquí; pero no he podido quedarme allí: la ciudad hostil me ha expulsado. Y he venido sin demora a buscar consuelo en una madre y a darle a ella el consuelo de saber que su hijo sirve al Señor» dice Jesús subrayando las últimas palabras para darles un significado más amplio.

María es como una flor mustia que cobrase nuevo vigor. Recupera el color de sus mejillas y la luz de su mirada. Pregunta: «¿Verdaderamente, Señor, es bueno y te es motivo de satisfacción? ¿Sí? ¡Oh, gozo, gozo del corazón de la madre! ¡He orado mucho! ¡Mucho! ¡He dado muchas limosnas! ¡Muchas! Y he hecho muchas penitencias... muchas... ¿Y qué no haría para hacer de mi hijo un santo? ¡Gracias, Señor! Gracias por amarle tanto. Porque tu amor es lo que salva a mi Judas...».

«Sí. Le... sostiene "*nuestro*" amor...».

«¡Nuestro amor! ¡Qué bueno eres, Señor! ¡Poner mi pobre amor al lado del tuyo, unido al tuyo, divino!... ¡Oh, qué palabra me has dicho! ¡Cuánta seguridad! ¡Cuánto consuelo y paz me das con ella! Mientras se trataba de mi pobre amor, poco beneficio podía obtener Judas de él. Pero Tú, con tu perdón... porque conoces sus pecados, Tú, con tu infinito amor, que parece crecer en la medida en que él, después de un pecado, lo necesita, ¡oh! Tú... mi Judas se vencerá a sí mismo, finalmente, para siempre. ¿No es verdad, Maestro?». La mujer le mira fijamente, con sus ojos serios y profundos, las manos juntas suplicantes.

Jesús... Jesús, que no puede decirle que sí y que no quiere negarle esta hora de paz, de dispersión de sus temores, encuentra unas palabras que no son una mentira, y que tampoco son una promesa, pero que pueden ser recibidas por la mujer con alivio. Dice: «Su buena voluntad unida a nuestro amor puede hacer verdaderos milagros, María. Ten paz en tu corazón pensando siempre que Dios te ama. Mucho. Te comprende. Mucho. Y será *siempre* amigo tuyo».

María le besa de nuevo las manos en señal de agradecimiento. Y luego dice: «Entra entonces en mi casa hasta que llegue Judas. Aquí hay amor y paz, Maestro bendito».

Jesús llama a los suyos y entra en la casa para descansar y reponer fuerzas.

393.3 [3]Atardece. La noche desciende lentamente sobre la campiña. Cesan los ruidos, uno a uno, y no queda más que el viento ligero entre las frondas como voz en el silencio. Luego... óyese el primer grillo en los campos de mieses. Otro... otro... y toda la campiña canta monótonamente... hasta que un ruiseñor lanza la primera pregunta cano-

ra a las estrellas... calla escuchando y luego repite. Calla de nuevo... ¿Qué espera?... ¿Quizás el primer rayo de luna?... Musita quedamente. Debe haberse metido en el tupido nogal que hay junto a la casa; quizás tiene ahí su nido. Parece cuchichear con su compañera, que quizás está encobando... Un balido insistente poco lejano. Un sonar de cascabeles en el camino que conduce a Keriot. Luego silencio.

Jesús está sentado al lado de María, en unos asientos que han sido colocados delante de la casa. Descansa en ambiente sereno, entre los suyos y los domésticos. Es una hora dulce, sosegada. Y ello es descanso para los cuerpos y los espíritus. Jesús habla poco, sólo de vez en cuando; deja que hablen los apóstoles, de Engadí, del anciano jefe de la sinagoga, del milagro. María y los criados escuchan atentos.

Algo se mueve entre los troncos de los manzanos. Pero, si bien aquí, en la plazoleta de delante de la casa, aún se ve un poco, por las claras estrellas que pueblan el cielo, allí, bajo el tupido follaje, no hay ni pizca de luz, y solamente llega a los oídos el ruido de algo que se mueve.

«¿Algún animal nocturno? ¿Alguna oveja descarriada?» se preguntan varios. Y el haber mencionado una oveja evoca en el pensamiento de muchos una oveja que se queja porque le han quitado a su cordero para matarle.

«¡No acaba de resignarse!» dice el administrador. «Temo que se le coagule la leche. Desde esta mañana no come y no hace otra cosa que balar... ¡Oídla!...».

«Se le pasará... Tienen hijos para que nosotros nos comamos el cordero» dice filosóficamente uno de los domésticos.

«Pero no todas son iguales. Ésta es más inteligente y sufre más. ¿Oyes? ¿No parece realmente llanto? No me llames tonta, Maestro... Me duele como el llanto de una mujer que hubiera perdido a su hijo...».

«¡Tú, por el contrario, madre, encuentras a tu hijo!» dice Judas de Keriot apareciendo a sus espaldas junto con Simón y haciéndoles sobresaltarse a todos por la sorpresa. «¡Maestro! Danos tu bendición ahora que regresamos, como nos la diste cuando nos marchamos».

«Sí, Judas», y Jesús abraza a los dos que han vuelto.

«La tuya, mamá...». También María besa y abraza a su hijo.

393.4 [4]«No creíamos verte ya aquí, Maestro. Hemos andado incansablemente, casi siempre por atajos para evitar que nos entretuvieran. Pero hemos encontrado a algunos discípulos y hemos avisado a Juana y a Elisa de que pronto nos verán» explica Simón.

«Sí. Y Simón caminaba como un joven. Maestro, hemos llevado el

mensaje. Lázaro está muy mal. El calor le hace sufrir más todavía. Solicita que vayamos pronto a verle... Maestro, no he ido a ningún sitio aparte de a la Antonia, por caridad hacia Egla, que antes de partir para Jericó quería dar las gracias a Claudia. ¿Verdad, Simón?».

«Es verdad. Y a la Antonia fuimos a la hora sexta, un día de bochorno que aconsejaba a todos quedarse en casa. Mientras Judas hablaba con Claudia, a la que Álbula Domitila había llamado al jardín, me hacían preguntas las otras mujeres. No creo haber hecho mal explicando como podía lo que querían saber».

«Hiciste bien. En ellas hay verdadera voluntad de conocer la Verdad».

«Y en Claudia hay verdadera voluntad de ayudarte. Se despidió de Egla, que fue a saludar a Plautina y a las otras, y me hizo muchas preguntas. Si entendí bien, quiere convencer a Poncio de que no crea las calumnias fariseas, saduceas, etc. Poncio sólo hasta cierto punto se fía de sus centuriones, que son buenos para la batalla pero poco buenos para transmitir mensajes. Y, para saber con seguridad las cosas, se sirve mucho de su mujer, que debe ser inteligente hasta rayar con la astucia. La verdad es que el Procónsul es Claudia. Poncio debe ser una nulidad que si está arriba es porque ella es quien es, como poder y como consejera. Quisieron darnos dinero para tus pobres. Aquí está».

«¿Cuándo habéis llegado? No parecéis cansados ni traéis polvo» pregunta Santiago de Zebedeo.

«Entre la hora tercera y la sexta. Hemos ido a Keriot para ver si estaba mi madre y para avisar de tu llegada. Pero me he comportado como Tú quieres, Maestro. No me he dejado tentar por deseos humanos. ¿No es verdad, Simón?».

«Es verdad».

«Has hecho bien. Obedece siempre y te salvarás».

«Sí, Maestro. ¡Oh, ahora que sé que Claudia está con nosotros, ya no tengo mis necias prisas! Todas amor, de todas formas. Tienes que reconocerlo. Amor desordenado... Desordenado porque se sentía sin protección, sin ayuda para conseguir su finalidad, que es que te amen, que te respeten como mereces, como *debe* ser. Ahora estoy más tranquilo. Ya no tengo miedo. Y me resulta suave incluso esperar...». Judas sueña con los ojos abiertos.

«No te abandones a los sueños, Judas. Estáte en la verdad. Yo soy la Luz del mundo y la luz será siempre odiada por las tinieblas...» advierte Jesús.

La Luna se ha levantado. Su blancura inunda la campiña, pone pálidos los rostros, viste de plata las casas y los árboles. El nogal es-

tá envuelto todo de luna a oriente. El ruiseñor recoge la invitación lunar y desata su canto, largo, melodioso, que tenía reservado, para saludar a la noche y a la Luna.

394. Parábola de las dos voluntades y despedida de los habitantes de Keriot.

27 de febrero de 1946.

394.1 [1]Jesús habla en el interior de la sinagoga de Keriot, que está increíblemente abarrotada de gente. Está respondiendo a éste o a aquél, que le consultan aparte pidiéndole consejos íntimos. Luego, una vez que ha satisfecho a todos, empieza a hablar en voz alta.

«Gentes de Keriot, oíd mi parábola de despedida. Le vamos a dar el nombre de: "Las dos voluntades".

Un padre perfecto tenía dos hijos, amados ambos con igual amor sabio. Orientados los dos por caminos buenos. Ninguna diferencia en su modo de amar o de dirigir. Y sin embargo había entre los dos hijos una sensible diferencia. Uno, el primogénito, era humilde, obediente; hacía la voluntad paterna sin discutir; siempre jovial y contento de su trabajo. El otro, aun siendo menor, frecuentemente se mostraba malcontento y tenía controversias con su padre y con su propio *yo*. Siempre meditaba — con meditación muy humana — acerca de las órdenes y consejos que recibía; y, en vez de llevarlos a cabo como le eran propuestos, se permitía el modificarlos en todo o en parte, como si quien lo mandaba fuera un necio. El mayor le decía: "No te comportes así. ¡Das dolor a nuestro padre!". Pero él respondía: "Eres un necio. Ya eres grande y desarrollado, y además el primogénito, y ya adulto... yo no querría quedarme en el rango en que nuestro padre te ha puesto. Yo querría hacer más. Imponerme a los subalternos. Que comprendan que soy el amo. Pareces un subalterno tú también, con tu perpetua mansedumbre. ¿No ves que en el fondo pasas desapercibido con toda tu primogenitura? Alguno se burla de ti incluso...". El segundogénito, tentado — más que tentado, discípulo de Satanás, cuyas insinuaciones ponía atentamente en práctica —, tentaba al primogénito. Mas éste, que era fiel al Señor en el respeto de la Ley, se mantenía fiel también a su padre, al cual honraba con su conducta perfecta.

Pasaron los años. El segundogénito, molesto por no poder reinar como soñaba, después de haber rogado al padre varias veces: "Dame la facultad de actuar en tu nombre, por tu honor, en vez de confirmársela a ese necio que es más manso que una oveja", después de

haber tratado de mover a su hermano a hacer más de lo que el padre hubiera dispuesto, para imponerse a los subalternos, a los conciudadanos y vecinos, se dijo a sí mismo: "¡Basta! ¡Aquí está en juego también nuestra reputación! Dado que ninguno quiere actuar, voy a actuar yo". Y se puso a hacer cosas según su propio criterio, abandonándose a la soberbia y a la mentira y desobedeciendo sin escrúpulos. Su padre le decía: "Hijo mío, estáte sujeto al primogénito. Él sabe lo que hace". Decía: "Me dicen que has hecho esto. ¿Es verdad?". Y el hijo menor decía, encogiéndose de hombros, respectivamente, a una y a otra de las cosas que su padre le decía: "¡Ya... sabe, sabe! Es demasiado tímido, titubea demasiado. Pierde las ocasiones de triunfo"; "no lo he hecho". El padre decía: "No busques ayudas de unos u otros. ¿Quién crees que podrá ayudarte mejor que nosotros a dar lustre a nuestro nombre? Son falsos amigos, que te azuzan para luego reírse a tus espaldas". Y el hijo menor respondía: "¿Estás celoso de que sea yo el que tiene iniciativa? Por lo demás, sé que estoy haciendo bien las cosas".

Pasó más tiempo. El primero crecía cada vez más en justicia y el otro nutría cada vez más las malas pasiones. Al final, el padre dijo: "¡Ya se ha terminado, ¿eh?: o te doblegas a lo que se ha dicho o pierdes mi amor!". Y el rebelde fue a decírselo a sus falsos amigos. "¿Y te preocupas por esto! ¡No, hombre, no! Hay una manera de poner al padre en la imposibilidad de preferir un hijo al otro. Ponle en nuestras manos y nosotros lo resolvemos. Tú no tendrás culpa material, y florecerán con nuevo vigor las riquezas, porque, una vez quitado de en medio el demasiado bueno, podrás darles gran esplendor. ¿No sabes que es mejor una acción fuerte, aunque produzca dolor, que no la inercia, que produce daño a los bienes?" respondieron. Y el segundogénito, ya saturado de malevolencia, prestó su adhesión al indigno complot.

Ahora decidme vosotros: ¿se puede acusar al padre de haber dado dos sistemas de educación a los dos hijos?; ¿se le puede llamar cómplice? No. ¿Y cómo es que, mientras que un hijo es santo, el otro es malo? ¿Acaso el hombre recibe, con anterioridad, la voluntad en dos modos? No. La voluntad es dada de una sola manera. Pero el hombre, en su propio interés, la muta: el que es bueno hace buena su voluntad; el malo, mala.

[2]Os exhorto a vosotros de Keriot — y esta exhortación a que sigáis caminos de sabiduría será la última — a seguir únicamente la buena voluntad. Casi al final de mi ministerio, os repito las palabras que fueron cantadas cuando nací: "Paz hay para los hombres de buena voluntad". ¡Paz! O sea, éxito, o sea, victoria en la Tierra y en el 394.2

Cielo, *porque Dios está con quien tiene la buena voluntad de obedecerle. Dios no mira tanto a las obras altisonantes que el hombre hace por propia iniciativa, cuanto a la humilde obediencia, diligente, fiel, a las obras que Él propone.*

Os recuerdo dos episodios de la historia de Israel. Dos demostraciones de que Dios no está donde el hombre quiere actuar por su propia cuenta pisoteando la orden recibida. *

Veamos los Macabeos. Está escrito en ellos que, mientras Judas Macabeo con Jonatán iba a combatir a Galaad y Simón iba a liberar a los otros de Galilea, les había sido ordenado a José de Zacarías y a Azarías, jefes del pueblo, que permanecieran en Judea para defenderla. Y Judas les dijo: "Cuidad de este pueblo y no entabléis batalla con las naciones hasta nuestro regreso". Pero José y Azarías, oyendo las grandes victorias de los Macabeos, quisieron actuar también, y dijeron: "Vamos a hacer célebre también nuestro nombre y vamos a combatir contra las naciones de los alrededores". Y fueron vencidos y castigados y "grande fue la huida del pueblo, porque no habían hecho caso a Judas y a sus hermanos, creyendo que obraban como héroes". La soberbia y la desobediencia.

¿Y qué se lee en los Reyes? Se lee que Saúl fue corregido una vez y luego otra, y la segunda fue tan corregido por haber desobedecido, que se eligió en su lugar a David. ¡Por haber desobedecido! ¡Recordad! ¡Recordad! "¿Acaso quiere el Señor holocaustos o víctimas, y no más bien que se obedezca la voz del Señor? La obediencia vale más que los sacrificios; el hacer caso, más que ofrecer la grasa de los carneros; porque la rebelión es como un reato de magia, el no querer someterse es como un delito de idolatría. Pues bien, como has rechazado la palabra del Señor, el Señor te ha rechazado a ti para no dejarte seguir siendo rey".

¡Recordad! ¡Recordad! Cuando Samuel, obediente, llenó su cuerno de aceite y fue a ver a Jesé Betlemita, porque allí el Señor se había procurado otro rey, habiendo entrado Jesé con sus hijos al banquete, después del sacrificio, le fueron presentados a Samuel estos hijos. Primero Eliab, hermoso de cara, edad y estatura. Pero el Señor dijo a Samuel: "No te fijes en su cara ni en su gran estatura, porque Yo le he descartado. No juzgo según los criterios humanos. Porque el hombre mira las cosas que ven sus ojos, pero el Señor ve el corazón". Y Samuel no quiso tomar como rey a Eliab. Le fue presentado a Abinadab, pero Samuel dijo: "El Señor no ha elegido tampoco a éste". Y Je-

---

* Los *dos episodios* están en *1 Macabeos 5, 17-61* y en *1 Samuel 13, 1-14; 15; 16, 1-13*, como señala MV en una copia mecanografiada.

sé le presentó a Sammá. Pero Samuel dijo: "Tampoco éste es el elegido del Señor". Y así con los siete hijos de Jesé presentes en el banquete. Pero Samuel dijo: "¿Todos tus hijos están aquí?". "No" respondió Jesé. "Queda uno, todavía niño, que está apacentando las ovejas". "Dile que venga, porque no nos sentaremos a la mesa sino cuando él haya llegado". Y vino David, rubio y hermoso, un niño. Y el Señor dijo: "Úngele. Es él el rey". Porque, sabedlo siempre, *Dios elige a quien quiere y depone a quien, habiendo degradado su voluntad con soberbia y desobediencia, desmerece.*

[3]No volveré a vuestra ciudad. El Maestro está para cumplir su 394.3
ministerio. Después será más que Maestro. Preparad vuestro corazón para aquella hora; porque habéis de tener presente que, de la misma forma que mi nacimiento fue salud para los que tuvieron buena voluntad, así mi elevación significará salud para los que me hayan seguido como Maestro en mi doctrina con buena voluntad, y para los que en ella me sigan después, incluso después de mi elevación.

¡Adiós, hombres, mujeres, niños de Keriot! ¡Adiós! ¡Mirémonos bien a los ojos! Hagamos que los corazones, el mío y los vuestros, se fundan en un abrazo de amor y de despedida, y que el amor permanezca, siempre vivo, incluso cuando Yo ya no esté, no vuelva a estar
* nunca más, entre vosotros... Aquí, la primera vez que vine, un justo expiró en el beso de su Salvador, en una visión de gloria... Aquí, esta vez, la última que vengo, os bendigo con el amor...

¡Adiós!... Que el Señor os dé fe, esperanza y caridad en medida perfecta. Os dé amor, amor, amor. Por Él, por mí, por los buenos, por los desdichados, por los culpables, por los que llevan el peso de una culpa no propia...

Acordaos. Sed buenos. No seáis injustos. Recordad que Yo he perdonado siempre no sólo a los culpables, sino que he envuelto de amor a todo Israel. Todo Israel, que está compuesto de buenos y no buenos, de la misma forma que en una familia están los buenos y los no buenos, y sería una injusticia decir que toda una familia es mala porque lo fuera uno de sus miembros.

[4]Yo me marcho... Si todavía alguno de vosotros tiene que hablar 394.4
conmigo, que venga esta noche a la casa de labranza de María de Simón».

Jesús levanta la mano y bendice, luego sale raudo por la puertecita secundaria, seguido de los suyos.

La gente susurra:

---

* *un justo expiró...*, en 78.8.

«¡No vuelve!».

«¿Qué ha querido decir?».

«En la despedida tenía lágrimas...».

«¿Habéis oído? ¡Ha hablado de su elevación!».

«¡Entonces verdaderamente tiene razón Judas! Está claro que después, como rey, ya no estará entre nosotros como ahora...».

«Pero yo he hablado con sus hermanos. Dicen que no será rey como nosotros pensamos, sino Rey de redención como dicen los profetas. O sea, que será el Mesías».

«¡Sí, claro, el Rey Mesías!».

«¡Que no, hombre! El Rey Redentor. El varón de dolores».

«Sí».

«No»...

Jesús, entretanto, camina ligero hacia los campos.

395. Las dos madres infelices de Keriot. Adiós a la madre de Judas.

28 de febrero de 1946.

395.1 [1]«¿Señor, aceptarías venir conmigo, sólo conmigo, a ver a una madre infeliz? Esto es lo que deseo, más que ninguna otra cosa» dice María de Simón, en actitud respetuosa delante de Jesús, mientras, después de la comida de mediodía, los apóstoles se han separado para el descanso, antes de reanudar el camino al atardecer. Jesús, por su parte, está bajo la sombra fresca de los manzanos plagados de manzanitas verdes que levemente empiezan a madurar. Da la impresión de que María reanudara una precedente conversación.

«Sí, mujer. Yo también he deseado estar contigo, solos en estas últimas horas, como en las primeras que estuve aquí. Vamos». Y entran en la casa para tomar Jesús el manto y María el velo y el manto.

Van por unos caminos situados entre los campos, entre manzanos y otros árboles, agrestes. Hace todavía calor. De los campos de cereales maduros llegan hálitos ardientes; pero el viento de la montaña atenúa el calor, que en la llanura sería insoportable.

«Siento hacerte caminar con este calor. Pero después... ya no podríamos. Y he deseado mucho esto, aunque nunca me atrevía a pedírtelo. Hace poco me has dicho: "María, para mostrarte que te quiero como si fueras mi madre, te digo: pídeme lo que desees, que te
395.2 complaceré", y entonces me he atrevido. [2]Señor, ¿sabes a dónde vamos?».

«No, mujer».

«Vamos a la casa de la que debería haber sido la suegra de Judas... (María suspira con dolor). Debería haber sido... Pero ni lo es ni lo será jamás, porque Judas abandonó a la muchacha, que murió de dolor... y la madre nos guarda rencor a mí y a mi hijo. Lo maldice siempre... Judas es tan... es tan... tan débil para el Mal, que la verdad es que necesita sólo bendiciones... Yo quisiera que hablaras con ella... Tú la puedes convencer... decirle que ha sido una gracia el que no se verificara esa boda... decirle que yo no tengo culpa de ello... decirla que muera sin rencor; porque esa mujer está muriendo lentamente, y con ese nudo en el alma. Querría que entre nosotras hubiera paz... porque he sufrido, y con vergüenza, por cuanto sucedió; y veo con dolor rota una amistad con una que era para mí una compañera desde que vine aquí cuando me casé. Bueno, ya lo sabes, Señor...».

«Sí, no te angusties. Tu petición es justa, y Yo cumpliré esta petición buena».

Suben, después de dejar atrás un pequeño valle, a otra elevación sobre la cual hay un pueblecillo.

«Ana está aquí desde que ocurrió la muerte de su hija. En sus propiedades. Antes estaba en Keriot. Pero, mientras vivía allí, cuando nos veíamos, sus reproches me atormentaban el corazón».

[3]Tuercen por un sendero poco antes del pueblo y llegan a una casa baja que está entre los campos. 395.3

«Hemos llegado. Se estremece mi corazón ahora que estoy aquí. No querrá verme... me echará... se irritará y su pobre corazón sufrirá más todavía... Maestro...».

«Sí, voy Yo. Tú quédate aquí hasta que te llame. Y ora para ayudarme».

Y Jesús va adelante, solo, hasta la puerta de la casa, abierta de par en par; entra saludando con su dulce saludo.

Acude una mujer: «¿Qué quieres? ¿Quién eres?».

«Vengo a dar consuelo a tu ama. Llévame donde ella».

«¿Un médico? ¡No hace falta ya! ¡Ya no hay esperanza! Su corazón se está muriendo».

«Todavía hay que curar el alma. Soy el Rabí».

«No haces falta tampoco en ese sentido. Está irritada con el Eterno y no quiere oír sermones. Déjala tranquila».

«Precisamente porque está en ese estado, he venido. Déjame pasar y ella será menos infeliz en sus últimos días».

La mujer se encoge de hombros y dice: «Entra».

[4]Un pasillo semiobscuro y fresco. Unas puertas. En el fondo, la última está entreabierta y por ella salen unos lamentos. La mujer va 395.4

allí y entra. Dice: «Ama mía, hay un rabí que quiere hablar contigo».

«¿Para qué?... ¿Para llamarme maldita? ¿Para decirme que no tendré paz ni siquiera en la otra vida?» dice, jadeando, inquieta, la enferma.

«No. Para decirte que tu paz será completa y que serás bienaventurada con tu Yoana, eternamente, con sólo quererlo tú» dice Jesús apareciendo en el umbral de la puerta.

La enferma, amarilla, hinchada, jadeante en la cama, apoyada sobre muchos almohadones, le mira y dice: «¡Qué palabras! Es la primera vez que un rabí no me reprende... ¡Qué esperanza!... Mi Yoana... conmigo... en bienaventuranza... sin dolor ya... el dolor producido por un hombre maldito... no impedido por la que le engendró... y que me traicionó... después de decirme lisonjas... Pobre hija mía...». Jadea cada vez más fuerte.

«¿Ves como la haces estar mal. Ya lo sabía yo. Sal».

«No. Sal tú. Déjame sólo...».

La mujer sale meneando la cabeza.

Jesús se acerca a la cama lentamente. Seca con bondad el sudor de la enferma, que ella con dificultad trata de enjugar con sus manos increíblemente hinchadas; le da aire con un abanico de palma; le da de beber, pues ella busca refresco en la bebida que hay encima de una mesilla: parece un hijo junto a su madre enferma. Luego se sienta, dulcemente pero firmemente decidido a cumplir su misión.

395.5 [5]La mujer le observa y contemporáneamente se calma, y con una sonrisa impregnada de sufrimiento dice: «Eres hermoso y bueno. ¿Quién eres, Rabí? Me alivias con la delicadeza de mi amada hija».

«¡Soy Jesús de Nazaret!».

«¡¿Tú?! ¡¿Tú?!... ¿Has venido a mi casa?... ¿Por qué?...».

«Porque te amo. Yo también tengo una madre, y en todas las madres veo a la mía, y en las lágrimas de las madres veo las de la mía...».

«¿Por qué? ¿Llora tu Madre? ¿Por qué? ¿Es que se le ha muerto un hijo?».

«Todavía no... Yo soy su unigénito y vivo todavía. Pero llora porque sabe que *debo* morir».

«¡Pobrecilla! ¡Saber con antelación que un hijo debe morir! Pero, ¿cómo lo sabe? Estás sano y fuerte. Eres bueno. ¡Yo me hice ilusiones hasta que se me murió, y estaba muy enferma!... ¿Cómo puede saber tu Madre que debes morir?».

«Porque soy el Hijo del hombre, anunciado por los profetas. Soy el Varón de dolores que vio Isaías, el Mesías cantado por David y

descrito en sus torturas de Redentor. Soy el Salvador, el Redentor, mujer. Y la muerte me espera, una muerte horrenda... y mi Madre asistirá a ella... y mi Madre sabe, desde que nací, que su corazón será abierto como el mío por el dolor... No llores... Con mi muerte abriré las puertas del Paraíso a tu Yoana...».

«¡También a mí! ¡También a mí!».

«Sí. A su tiempo. Pero antes debes aprender a amar y a perdonar. A volver a amar. A ser justa. Y a perdonar... Si no, no podrás ir al Cielo, con Yoana, conmigo...».

La mujer llora con congoja. Gime: «Amar... Amar cuando los hombres nos han enseñado a odiar... cuando Dios ha dejado de amarnos no usando piedad con nosotros, es difícil... ¿Cómo amar, cuando los hombres nos han torturado, las amigas nos han herido y Dios nos ha abandonado?...».

«No. Abandonado, no. Yo estoy aquí. Para hablarte de promesas celestiales. Para asegurarte que tu dolor acabará en gozo con sólo quererlo tú. [6]Ana, escúchame... Lloras por unas nupcias anuladas, a 395.6
las que consideras causante de todos tus dolores; acusas de homicidio a un hombre por esto, y de cómplice a su infeliz madre. Escucha, Ana. No pasarán más que unos meses y verás que fue una gracia del Cielo el que Yoana no fuera mujer de Judas...».

«¡No le menciones!» grita la mujer.

«Le menciono. Y es para decirte que debes dar gracias al Señor, y le darás gracias dentro de pocos meses...».

«Pronto moriré...».

«No. Estarás viva y me recordarás, y comprenderás que hay dolores mayores que el tuyo...».

«¿Mayores? ¡Imposible!».

«¿Dónde colocas el dolor de mi Madre, que me verá morir en una cruz?». Jesús se ha puesto de pie. Su aspecto es majestuoso. «¿Y dónde colocas el de la madre del traidor de Jesucristo, del Hijo de Dios? Piensa, mujer, en esa madre... Tú... Toda Keriot, y los campos y otros lugares más lejanos, se han compadecido de tu dolor, del cual has podido gloriarte como de corona de mártir. ¡Pero esa madre! Como Caín, sin ser Caín, es más siendo Abel — la víctima de su hijo traidor, asesino de Dios, sacrílego, hombre maldito —, ella no podrá soportar la mirada de los hombres, porque todas las miradas serán como una piedra de lapidación, y en todas las palabras de los hombres, en todas las palabras, le parecerá oír una maldición, un improperio, y no encontrará refugio sobre la faz de la Tierra, jamás, hasta la muerte, hasta que Dios, que es justo, no tome consigo a la mártir y cancele de su memoria el hecho de ser la madre del asesino de

Dios, dándole la posesión de Dios... ¿No es mayor este dolor de esta madre?».

«¡Un inmenso dolor!...».

«Ya lo ves... Sé buena, Ana. Reconoce que Dios ha sido bueno en su actuación...».

«¡Pero mi hija ha muerto! Judas hizo que se me muriera, porque buscaba una dote mayor... Su madre lo aprobó».

«No. Eso no. Te lo digo Yo, que veo dentro de los corazones. Judas — es mi apóstol, pero lo digo — ha obrado mal, y recibirá su castigo. Pero la madre es inocente. Te ama, querría que tú la amaras... Ana, sois dos madres infelices. Pero tú te glorías de tu niña muerta, inocente, pura, celebrada con honor por el mundo... María de Simón *no puede* gloriarse de su hijo. Los hombres condenan sus acciones».

«Eso es verdad. Pero si se hubiera casado con Yoana no sería censurado».

«Pero dentro de poco verías morir de dolor a Yoana, porque Judas morirá de muerte violenta».

«¿Qué dices? ¡Oh, pobre María! ¿Cuándo? ¿Dónde?».

395.7 «Pronto. Y de una manera horrenda... [7]¡Ana! ¡Ana! ¡Tú eres buena! ¡Eres madre! ¡Sabes lo que es el dolor de una madre! ¡Ana, vuelve a ser amiga de María! Que el dolor os una como habría debido uniros la alegría. Déjame partir contento sabiendo que ella tendrá una amiga, *una sola, una al menos*...».

«Señor... amarla... quiere decir perdonarla... Es muy penoso... Me parece como sepultar de nuevo a mi hija... matarla yo también...».

«¡Pensamientos que vienen de las Tinieblas! No los escuches. Escúchame a mí, Luz del mundo. La Luz te dice que la suerte de Yoana, muriendo virgen, ha sido menos amarga que muriendo viuda de Judas. Créeme, Ana. Y piensa que, más infeliz que tú es María de Simón...».

La mujer piensa, piensa, lucha, llora, dice: «Pero yo la he maldecido, a ella y al fruto de sus entrañas. He pecado...».

«Y Yo te absuelvo de ello. Y, cuanto más la ames, mayor será tu absolución en el Cielo».

«Pero, si soy amiga suya... me veré con Judas. ¡No puedo hacer esto, Señor!...».

«No te volverás a encontrar con él. Yo no volveré ya nunca más a Keriot, y Judas tampoco. Hemos saludado ya a los de Keriot...».

«Has dicho...».

«Que no volveré nunca más. Judas ha dicho que no podrá volver hasta después de mi elevación; pero él cree que me verá subir a un

trono. Y, sin embargo, me espera la muerte de cruz. Y cree que será un ministro mío. Y, sin embargo, le espera la muerte. Pero tú *no has de decir esto. Jamás*. Que la madre lo ignore hasta que todo se cumpla. Tú lo has dicho: "¡Pobrecilla! ¡Saber con antelación que el hijo *debe* morir!". Pero, si los sufrimientos de mi Madre, incluido ése, van a aumentar ya los méritos de mi sacrificio, para María de Simón es misericordioso el silencio. *No hablarás*».

«No, Señor. Lo juro en nombre de mi Yoana».

«¡Quiero otra promesa! ¡Grande! ¡Santa! Tú eres buena. Me amas ya...».

«Sí. Mucho. Estoy en paz desde que estás aquí...».

«Cuando María de Simón no tenga ya a su hijo y el mundo la cubra de... desprecio, tú — y serás la única — le abrirás casa y corazón. ¿Me lo prometes? En nombre de Dios y de Yoana. Ella lo habría hecho, porque María era siempre para ella la madre del siempre amado» insta Jesús.

«¡...Sí!», y un sollozo...

«¡Dios te bendiga, mujer, y te dé paz... y salud!... [8]Ven, vamos a ver a María, a darle el beso de paz...». 395.8

«Pero... Señor... Yo no puedo andar. Tengo hinchadas e inmóviles las piernas. ¿Ves? Estoy aquí, vestida, pero soy sólo un tronco...».

«Lo eras. ¡Ven!» y alarga, invitante, hacia ella la mano.

La mujer, fijos sus ojos en los de Jesús, mueve las piernas, las saca de la cama, pone en el suelo sus pies descalzos, se levanta, anda... Parece hechizada. No se da cuenta siquiera de la curación que se ha producido... Sale, cogida todo el tiempo de la mano de Jesús, al pasillo semiobscuro... Va hacia la salida. Estando ya cerca, encuentra a la criada de antes, la cual da un grito de gozoso susto... Acuden otros servidores, temiendo que sea indicio de muerte, y ven a su ama, que antes se moría y guardaba rencor a María de Simón, ir deprisa ahora, habiendo dejado a Jesús; ir hacia María, que está abatida; ir con los brazos abiertos y llamarla y recibirla en su corazón, llorando ambas...

[9]...Y, regresando hacia la casa, después del saludo de paz, María de Simón da las gracias a su Señor y pregunta: «¿Cuándo vas a venir otra vez a hacer otro bien?». 395.9

«Nunca más, mujer. Ya se lo he dicho a los de Keriot. Pero mi corazón estará siempre contigo. Recuerda, recuerda siempre que te he amado y que te amo. Recuerda que sé que eres buena, y que Dios te ama por ello. Recuérdalo siempre. Incluso cuando lleguen tremendas horas. Que no se apodere de ti jamás el pensamiento de que Dios te juzga como culpable. A sus ojos, tu alma aparece y aparecerá siem-

pre adornada con las gemas de tus virtudes y con las perlas de tu sufrimiento. María de Simón, madre de Judas, quiero bendecirte, quiero abrazarte y besarte, para que tu beso materno, sincero, fiel, me compense todos los otros... para que mi beso te compense de todos los dolores. Ven, madre de Judas. Y gracias, gracias por todo el amor y honor que me has dado», y la abraza y la besa en la frente, como hace con María de Alfeo.

«¡Pero nos veremos todavía! Iré para la Pascua...».

«No. No vayas. Te lo ruego. ¿Quieres hacerme feliz? No vayas. ¡Las mujeres en la próxima Pascua no!».

«¿Y por qué?...».

«Porque... Jerusalén estará tremendamente revuelta la próxima Pascua. ¡No es lugar para mujeres! Es más... María, ordenaré a tu pariente que venga aquí contigo. Estad juntos. Lo necesitas, porque... Judas, de ahora en adelante, no va a poder ayudarte ni venir...».

«Haré como Tú dices... ¿Y entonces ya nunca más voy a ver tu rostro, que refleja la paz del Cielo? ¡Cuánta paz has vertido en mi corazón doliente a través de tus ojos!...». María llora.

«No llores. La vida es breve. Después me verás para siempre en mi Reino».

«¿Entonces piensas que tu humilde sierva va a entrar en él?...».

«Veo ya tu sitio entre las filas de las mártires y de las corredentoras. No temas, María. El Señor será tu eterno premio. Vamos. Cae la tarde y es hora de ponerse en camino...».

Y recorren en sentido inverso el mismo camino entre los campos y las matas de árboles frutales, hasta la casa donde están esperando los apóstoles.

Jesús abrevia las despedidas, bendice, se pone a la cabeza de los suyos... Se marcha... María llora, de rodillas...

396. En Yuttá, con los niños. La mano de Jesús obradora de curaciones.

7 de febrero de 1944, 6 de la tarde.

396.1 [1]Mi alegría de hoy.

Veo un lugar de montaña. No sé dónde está. Hay una angostura * formada por montes que entran y salen con sus ramales en un valle por cuyo lecho corre un riachuelo torrentoso lleno de saltos y espu-

* *No sé dónde está.* La presente visión, en efecto, es anterior a las de los capítulos 76 y 212, relativas a las precedentes visitas de Jesús a Yuttá.

mas. Es estrecho, pero, como todos los cursos de agua montanos es rápido, todo un sonar de cascaditas. Va en dirección sur respecto a mí. Hay otros montes más lejanos, tras otra ladera de pendiente muy pronunciada, tras otro valle.

Comprendo que estoy en un grupo de montes, no excesivamente altos, pero ya montes, no colinas. Como son nuestros Apeninos en muchos lugares, como, por ejemplo, en el valle de la Magra o hacia Porretta. La vegetación es más adecuada para el pastoreo que para cultivos. Veo prados verdes que descienden o suben, arriba y abajo, por las escarpas, que, en esta hora que me parece aviarse ya al ocaso, parecen teñirse, en las partes más bajas, de un violeta añil. La estación del año debe ser un comienzo de verano, porque la hierba está hermosa (ya alta, pero todavía no agostada).

Veo, desde el lugar en que me encuentro, un camino de herradura que sube hacia un pueblo y entra por entre sus casas. Un típico camino de montaña, pedregoso y con continuos desniveles. Sube de Sur a Norte (siempre respecto a mí), de forma que lo veo entrar en esa dirección en el pueblo y correr al encuentro del arroyo, que va en la dirección contraria, pero no por el pueblo sino abajo, por el valle.

Hay también otro caminito, que desde el valle trepa hacia lo alto de este espolón donde se anida el pueblo. Un caminito que es más un sendero que un camino, y que sigue exactamente la cresta del monte; por debajo de este sendero, la montaña desciende en pronunciado declive con pastos verdes que llegan hasta el torrentillo espumeante, allende el cual hay más pastos que acometen otros montes agrupados al Este.

[2]Por el sendero sube Jesús junto con los discípulos. No todos. Veo 396.2
a Pedro y a Andrés, a Juan y a Judas Iscariote. No veo a los otros. Jesús está vestido de blanco, y envuelto en un manto azul obscuro, más azul marino que azul. Va con la cabeza descubierta y sube ágilmente, solo. Detrás, en grupo, los cuatro apóstoles, hablando entre sí. Jesús los precede unos metros y no habla. Piensa. Mira en torno a sí, pero no habla nunca.

En un cierto lugar, el caminito bordea un murete de piedra seca que delimita — al menos me lo parece — una propiedad, como para impedir que la tierra de ésta se deslice hacia el valle. Jesús entra en esta propiedad, de pastos muy bien cuidados, en los cuales hay, diseminados, manzanos, nogales e higueras, árboles todos ellos cuidados con esmero y ya llenos de frutos.

Jesús se detiene un instante justo en el punto donde el espolón del monte forma como un triángulo puntiagudo, semejante al tajamar de un barco. Se apoya en el murete y mira hacia abajo, hacia

arriba, alrededor. Espera a los apóstoles, que suben, especialmente Pedro, más bien lentos. Luego, una vez juntos, les dice unas palabras que no capto. Le veo inclinarse ligeramente para hablar, porque es mucho más alto que ellos. No comprendo las palabras, pero intuyo su significado, porque veo a Judas Iscariote dirigirse a buen paso hacia una casa que se alza al final del murete.

Es una casa muy distinta de la de Caná. Ésta no tiene terraza en el tejado, sino que está coronada por una especie de cúpula de doble curvatura, quizás para impedir que las nieves invernales se depositen en el tejado, porque, dada la zona, el invierno debe ser, sin duda, nevoso, o por lo menos muy lluvioso. En vez de la terraza que falta, tiene una ala que sobresale por un lado, ala en la que termina la escalera, externa pero protegida como por un techo saliente. Esta ala tiene: en el bajo, un pórtico; encima, una galería cubierta. La casa es toda blanca y destaca contra el verde que la rodea. Tiene en la parte de delante una explanada herbosa, con un pozo en el centro, rodeado de árboles frutales plantados ya con la intención de hacer un jardín, porque hay florecillas sembradas alrededor de ellos formando parterres circulares. Me da la impresión de que es casa de personas acomodadas y más finas que las de la casa de Caná.

El camino de herradura pasa por el frente de la casa, de forma que se puede acceder a ésta tanto por el atajo como por este camino. El seto de espinos no es una barrera infranqueable, y mucho más si se considera que las dos toscas cancillas que en él se abren están sólo un poco entornadas.

396.3 [3]Judas entra libremente en la casa, como si conociera muy bien a sus habitantes. Y sale enseguida una lozana mamá rodeada por tres niños y con el más pequeño en brazos. Se dirige sonriendo hacia Jesús, que entre tanto se ha acercado hasta el pozo.

Observo que esta mujer es muy morena y de formas venustas. Tiene unos treinta años. Lleva el pelo, negrísimo y más bien rizado, recogido en dos trenzas que rodean su cabeza. También los ojos son negros y grandes. La nariz, aguileña; su boca, con labios más bien gruesos y muy rojos. Es alta y bien modelada. Observo también que va vestida de forma distinta de como visten María y las otras mujeres vistas en Caná. Lleva también ésta una larga túnica de un azul casi blanco; pero está toda envuelta en una especie de chal azul obscuro, ceñido, que resalta sus formas y que pasa por debajo de las axilas, por las dos partes, y un extremo, el superior, va luego por detrás del hombro izquierdo, sube hasta velar la cabeza, para caer luego su punta franjeada sobre la frente. El conjunto de todo me hace pensar que no es galilea, porque los caracteres somáticos y el vestido son

distintos de los observados en las mujeres galileas.

El pequeñuelo que está en brazos de la mujer, morenito como ella, tendrá dos años como mucho. Es un niño lindo, vestido con una especie de camisita de lana blanca. Los otros niños son: una niñita de aproximadamente seis años, de pelo muy rizado rubio castaño, vestida de color rosa pálido; y dos chiquillos, más pequeños, que llevan también dos tuniquitas de lana color azul claro, como su mamá. Deben conocer muy bien a Jesús, porque se arremolinan risueños alrededor de Él.

[4]La joven mamá le saluda: «Entra, Maestro, que mi casa es tuya» 396.4
y sonríe.

Jesús le responde: «El Señor te recompense», y luego alarga el brazo derecho — el izquierdo lo tiene doblado, en el pecho, y tiene recogido con la mano un extremo del manto — para acariciar al pequeñín. Veo la bonita mano de mi Jesús acariciando la frente del pequeñuelo, que se pone mimoso y esconde su cabecita, riendo, contra el cuello de su mamá, y desde ese nido mira a Jesús y ríe, ríe para invitarle a repetir la caricia.

Cerca del pozo, bajo un manzano, cargado de fruta que ya empieza a madurar, hay un banco de piedra, un lugar para sentarse. Jesús se sienta allí, mientras la mujer entra en casa y vuelve con una ánfora. Jesús le dice que le deje el niñito, y le sienta en sus piernas mientras la mujer saca el agua y luego vuelve con una copa colmada de agua y otra de leche, y se las da a Jesús, y elige para Él manzanas maduras (entre otras agrias), y se las ofrece también, disponiendo todo en una bandeja colocada encima del banco, al lado de Jesús. Se comprende que ya otras veces lo ha hecho así. Sabe lo que le gusta a Jesús.

Los apóstoles han seguido a Judas y también beben bajo el pórtico.

Jesús bebe primero el agua; sigue teniendo al pequeñuelo en sus piernas, y ríe, porque el niño le coge el pelo y la barba. Los otros tres están alrededor de Jesús. Jesús coge las manzanas y da, una a una, a los tres más grandes y, por último, toma Él también una y se la come. Al pequeño, sin embargo, le da de beber de la leche que hay en la copa y luego bebe Él también. Jesús está contento. Ríe como nunca le he visto reír.

La niña se echa contra sus rodillas y, confidentemente, le pone la cabecita encima de las piernas. Jesús le acaricia los rizos. Los dos chiquitos, que se habían alejado corriendo, vuelven: uno con una palomita contra su pecho; el otro arrastrando, cogido de una oreja, a un corderito de pocos días, que bala desesperadamente. Muestran a Je-

sús sus tesoros.

Jesús se interesa, pero, apiadado de la condición de los dos pobres animales, dice que le den la palomita y, después de admirarla, la deja volar a su nido, y sube al corderito al banco y lo acaricia y le tiene custudiado hasta que la mamá de los niños vuelve y le lleva de nuevo a su sitio.

La niña, no teniendo otra cosa, se agacha, hace un ramito de flores y se lo da a Jesús.

396.5 [5]El Maestro es *maestro* también con estos pequeñuelos, y habla de las flores a los más grandes, mientras sigue teniendo en brazos al más pequeño, de las flores «hechas tan bonitas por el Padre celestial, desde las más grandes a las más pequeñas; las flores, que son a los ojos de Dios bonitas como los niños *cuando son buenos*. Y para ser buenos hay que ser como las flores que no hacen el mal a nadie, sino que, al contrario, dan perfume y alegría a todos y hacen siempre la voluntad del Señor naciendo donde Él quiere, floreciendo cuando Él quiere, dejándose arrancar si le place a Él».

Habla de las palomas «tan fieles a su nido y tan limpias, que no se posan nunca encima de las cosas feas, y que recuerdan siempre su casa, y amadas por Dios porque son fieles y puras. También los hijos de Dios deben ser así: como tortolitas que aman la casa del Señor y en ella hacen su nido de amor y que, para ser dignos de ella, saben conservarse puros».

Habla de los corderitos «tan mansos, tan pacientes, tan resignados, que dan lana y leche y carne y se dejan inmolar para bien nuestro, dándonos un gran ejemplo de amor y mansedumbre; los corderitos, tan amados de Dios, que Dios llamará "Cordero" a su Hijo. El buen Dios ama, como a hijos predilectos, a aquellos que saben conservar su alma de cordero hasta la muerte».

Mientras Jesús habla, otros niños entran en el recinto y se arremolinan a su alrededor. Y no sólo niños. También hay adultos escuchando. Hay otras mamás, que ofrecen a los más pequeños y a algunos que están enfermos a Jesús para que los acaricie, los suba un momento a sus piernas. Los más grandecitos se las arreglan solos.

396.6 [6]Jesús está rodeado de una nidada de niños. Tiene niños delante, a los lados, detrás, entre las piernas. No puede moverse. Pero ríe en medio de esta barrera agitada y también un poco reñidora. Todos querrían el primer puesto y los amitos de casa no tienen intención de cederlo, cosa que da la manera a Jesús de ser maestro una vez más: «No hay que ser egoístas ni siquiera en el bien. Sé que me queréis, y me alegro por ello. Yo también os quiero, pero os querré más si ahora dejáis a los otros venir a mí. Un poco para cada uno. Como buenos

hermanos. Sois todos hermanos e iguales ante los ojos de Dios y ante los ojos míos. Todos iguales. Es más, los que son obedientes y amorosos para con sus compañeros son los más amados por mí y por Dios».

El enjambre, para mostrar que... es obediente y amoroso, se aleja de golpe. *Son todos buenos* (!). Jesús ríe.

Pero luego vuelve otra vez el enjambre inocente; vuelve a despecho de las mamás, que no querrían tanta extralimitación impertinente, y a despecho, sobre todo, de los discípulos. Judas Iscariote es el más intransigente, Juan el menos (se ha sentado en la hierba y ríe él también, rodeado de niños). Pero Judas pone ojos amenazadores y gruñe. También Pedro se queja.

Pero los niños, apiñados en torno a Jesús, no hacen caso. Miran desafiantes a los rezongadores y sólo el respeto a Jesús los contiene de hacer alguna mueca contra los dos. Se sienten protegidos por Jesús, que ha abierto los brazos y ha arrimado hacia sí a la mayor cantidad de niños que ha podido: un ramo de flores vivas.

Hay algunos niños que enseñan a Jesús unos juguetes... rotos. Y Jesús, con un trocito de rama, pone de nuevo el eje a las ruedas de un carrito, y arregla (con una cuerdecita y el refuerzo de un palo) la pierna a un caballito de madera que le enseña un niño morenito. Hay unos pastorcitos que, dejado un momento el rebaño en el camino — ya cae la tarde —, se acercan a Jesús, que los acaricia y bendice. Uno le trae una corderita herida, y Jesús, que no quiere que el patrón regañe a su pequeño amigo, detiene la sangre de la corderita y la devuelve.

[7]Entra una mamá y se abre paso. Lleva en brazos a un niño cé- 396.7
reo, enfermo. Está muy enfermo. Totalmente sin fuerzas sobre el pecho de su madre. Jesús, que ya ha tocado a otros niños enfermizos que le habían presentado las madres, abre los brazos y toma en sus piernas al casi muertecito. La madre implora llorando.

Jesús la escucha y la mira. Luego mira a la pobre criaturita flaca y pálida. La acaricia y la besa, y la acuna un poco porque llora. El niño, o niña — no distingo lo que es, porque tiene el pelito largo hasta las orejas — abre los ojos y mira a Jesús con una triste sonrisa. Jesús le habla en voz baja. No entiendo lo que dice, porque lo dice susurrando. El enfermito sonríe otra vez.

Jesús se lo devuelve a su mamá, que está llorando, y la mira fijamente con sus ojos dominadores: «Mujer, ten fe. Mañana por la mañana, tu niño jugará junto con éstos. Ve en paz». Y traza una señal de bendición en la carita de cera.

[8]Y aquí, ¡oh, Padre! Y aquí tengo la impresión de acercarme a mi 396.8
Jesús y decirle: «Maestro, ¿qué hay en tu mano, que todo se arregla,

o se cura, o cambia de aspecto, cuando uno la toca?».

Una pregunta muy tonta, verdaderamente. Pero a ella mi Jesús responde con divina bondad: «Nada, hija, aparte del fluido de mi *inmenso amor*. Mira mi mano, obsérvala». Y me ofrece la derecha.

La tomo con veneración, con la punta de los dedos, por la punta de los dedos. No me atrevo a más, mientras el corazón me late muy fuerte. No he tocado nunca a Jesús. Él me ha tocado, pero yo no me había atrevido nunca. Ahora le toco. Siento el leve calor de sus dedos. Siento su epidermis lisa, las uñas muy largas (no salientes, sino largas de forma en la última falange). Veo los largos dedos delgados, la palma marcadamente cóncava; noto que el metacarpo es mucho más corto que los dedos; observo, en donde empieza la muñeca, el recamo de las venas.

Jesús me deja su mano benignamente. Ahora se ha puesto de pie y yo estoy de rodillas. Por eso no veo su cara, pero siento que sonríe, porque su voz porta la sonrisa:

«Como puedes ver, alma amada, no hay nada. Mis años de trabajo me han proporcionado la habilidad de arreglar los juguetes de los niños, y uso esta habilidad mía porque sirve también para atraer hacia mí a las criaturas que prefiero: los niños. Mi humanidad, que se acuerda de haber sido obrera, obra en esto. Mi divinidad obra en esto otro de curar a los niños enfermos, de la misma forma que curo los juguetes enfermos y los corderitos. No tengo nada *aparte de mi amor y mi poder de Dios*. Y no lo derramo sobre nadie con tanta alegría como sobre estos inocentes que os doy como modelo para entrar en el reino de los Cielos. En su com pañía, Yo descanso. Son sencillos y francos. Y Yo, que soy el Traicionado, y siento horror de quien traiciona, hallo paz junto a estos que no saben traicionar; y Yo, que seré Aquel de quien tantos desconfiarán, hallo alegría junto a estos que no saben desconfiar. Y Yo, que seré abandonado por quienes, con reflexión de adulto, piensen en ponerse a salvo en horas de borrasca, hallo consuelo junto a estos que creen en mí sin pensar si su fe puede acarrearles un bien o un mal; creen porque me aman. Sé tú también una niña. Como una de éstas, y tuyo será el reino de los Cielos, que se abre con el empuje impaciente de Jesús, que arde en deseos de tener a su lado a aquellos a quienes más ha amado porque le han amado más. Puedes ir en paz ahora. Te acaricio como a uno de estos pequeñuelos para hacerte feliz. Ve en paz».

396.9 [9]Observe que la visión ha venido mientras, con el sinsabor de una

* *Y Yo, que soy el Traicionado...* A pie de página, en el autógrafo, MV señala: *aquí, la intuición interna me hace comprender que Jesús dice "soy", y más adelante "seré", porque la traición de Judas se incubaba ya desde el principio, y Cristo lo sabía.*

respuesta desconsiderada — que no es la primera de hoy — lloraba desconsolada y desolada y llena de nostalgia y sinsabor por las cosas que constato del corazón de otros. La visión me ha tranquilizado desde que empezó, y luego me ha dado alegría. Y, cuando luego he podido experimentar la alegría de sentir los dedos de Jesús, he sentido la dulzura del éxtasis sobrepujando todas las amarguras.

* Miro mi mano, que escribe y conserva la sensación de haber tocado la mano de Jesús, y me parece santa como una cosa que ha tocado una reliquia. ¡Bendito sea mi Jesús!

397. Despedida de los fieles de Yuttá.

5 de marzo de 1946.

[1]Jesús habla en una tranquila mañana a la gente de Yuttá. Ver- 397.1
daderamente se puede decir que toda Yuttá está a sus pies. Incluso los pastorcillos — normalmente diseminados arriba en los montes — están allí, con sus ovejas, a los márgenes de la multitud; y también están allí los que normalmente se desplazan a los campos, a los bosques, a los mercados; y los ancianos caducos; y, alrededor de Jesús, pegados a Él, los joviales pequeñuelos; y las jovencitas; y las recién casadas; y las que darán pronto a luz una criatura; y las que ya la alactan: toda Yuttá.

El espolón montano que se alarga hacia el Sur es el anfiteatro que acoge a esta serena reunión de gente. Sentados en la hierba o a caballo del murete de piedra seca, con el vasto horizonte alrededor, el cielo ilimitado encima, el torrente abajo, que ríe y brilla bajo el sol matutino, la belleza de los montes herbosos, boscosos, que se alzan por todas partes, los de Yuttá escuchan la palabra del Maestro, que habla en pie, erguido, apoyado en un altísimo nogal, vestido de blanco lino, contra el obscuro tronco, sonriente el rostro, encendidos los ojos por la alegría de ser amado y los cabellos por el sol de oriente que le acaricia. En medio de un silencio reverente, atento, roto sólo por los cantos de los pájaros y la voz del torrente de allá abajo, sus palabras caen lentas en los corazones, y su voz perfecta llena de musicalidad el aire tranquilo.

Está repitiendo, mientras yo escribo, una vez más la necesidad de obedecer al Decálogo, perfeccionado en su aplicación en los corazones por su doctrina de amor «para edificar en los espíritus la morada

* *mi mano, que escribe*, es decir, la mano derecha, en el momento de la muerte de la escritora permanecerá cándida y hermosa; no así la izquierda, que estaba amoratada.

donde el Señor vivirá hasta el día en que aquellos que hayan vivido fieles a la Ley vayan a vivir en Él al Reino de los Cielos» esto dice. Y prosigue:

«Porque es así. La inhabitación de Dios en los hombres y de los hombres en Dios se lleva a cabo con la obediencia a su Ley, que empieza con un precepto de amor y que es *toda* ella amor desde el primero al último precepto del Decálogo. Ésta es la verdadera casa que Dios quiere, donde Dios habita; y el premio del Cielo, premio por la obediencia a la Ley, es la verdadera Casa en que habitaréis con Dios, eternamente. Porque — tened presente el capítulo 66º de Isaías — Dios no tiene morada en la Tierra, que es escabel, sólo escabel para su inmensidad Dios tiene por trono el cielo, que es en todo caso pequeño, una nada, para contener al Infinito, pero lo tiene en el corazón de los hombres.

Sólo la perfectísima bondad del Padre de todo amor puede conceder a sus hijos recibirle; y el hecho de poder estar el Dios uno y trino, el purísimo triniforme Espíritu, en el corazón de los hombres es ya un infinito misterio que cada vez más se perfecciona. ¡Oh, ¿cuándo, cuándo, Padre santo, me vas a otorgar hacer, de estos que te aman, no sólo, no ya sólo un templo a nuestro Espíritu, sino, por tu perfección de amor y de perdón, un tabernáculo, y hacer de cada uno de los corazones fieles el arca donde esté el verdadero Pan del Cielo, como estuvo en el seno de la Bendita entre todas las mujeres?!

397.2 [2]Amadísimos discípulos de Yuttá, que me fue preparada por un justo, tened presente al Profeta y lo que dice — y es el Señor el que habla — cuando se dirige a aquellos que edifican vacíos templos de piedra en que no hay justicia y amor, y no saben edificar en sí mismos el trono de su Señor con la obediencia a sus preceptos. Dice el Profeta: "¿Qué es esta casa que me vais a edificar?, ¿qué es este lugar para mi descanso?". Y quiere decir: "¿Creéis que me tenéis, por edificarme unas pobres paredes?, ¿creéis que me dais alegría con unas prácticas falsas que no se manifiestan en una santidad de vida?". No. A Dios no se le tiene por una serie de exterioridades que ocultan úlceras y vacío, cual manto de oro arrojado sobre un leproso o sobre una estatua de arcilla que por dentro está vacía, sin la vida del alma. Y dice el Señor, confesando — Él, que es el Amo del mundo — su pobreza de Rey con demasiado pocos súbditos, de Padre de demasiados hijos fugitivos de su casa: "¿A quién volveré mi mirada, sino al pobre, al contrito de corazón trémulo ante mis palabras?". ¿A qué se debe su temblor? ¿Es sólo por temor a Dios? No. tiembla por profundo respeto, por auténtico amor. Por humildad de súbdito, de hijo, que dice, que reconoce que el Señor es el Todo y él la nada, y vi-

bra de emoción sintiéndose amado, perdonado, asistido por el Todo.

¡Oh, no busquéis a Dios donde están los soberbios! Allí no está. No le busquéis donde están los duros de corazón. Allí no está. No le busquéis donde están los impenitentes. Allí no está. Él está en los sencillos, en los puros, en los misericordiosos, en los pobres de espíritu, en los mansos, en los que lloran sin imprecar, en los buscadores de justicia, en los perseguidos, en los pacíficos. Allí está Dios. Y está en los que se arrepienten y quieren perdón y piden expiar. Y no ofrecen, todos éstos, el sacrificio de un buey o de una oveja, la oblación de esto o de aquello, para ser aplaudidos, por terror supersticioso a un castigo, por la soberbia de aparecer perfectos. Sino que hacen el sacrificio del propio corazón contrito y humillado, si son pecadores; del propio corazón obediente hasta el heroísmo, si son justos. Éstas son las cosas gratas al Señor; éstos son los ofrecimientos por los cuales Él se dona con sus inefables tesoros de amor y de delicias sobrenaturales. A los otros no se dona. Los otros tienen ya sus *pobres* delicias en las abominaciones, y es inútil que Dios los llame a sus caminos, dado que ellos ya han elegido su propio camino. A éstos les enviará sólo abandono, miedo, castigo, porque no han respondido al Señor, no han obedecido, han hecho el mal ante los ojos de Dios, con burla y malvada elección.

[3]Mas vosotros, vosotros, mis amados de Yuttá, vosotros que vi- 397.3
bráis de amor en el conocimiento de Dios, vosotros que por mi causa sois escarnecidos como necios por los poderosos, y seguís amándome a pesar de las burlas, vosotros que sois rechazados, y lo seréis cada vez más, por causa de mi Nombre y de mí, y repudiados como hijos bastardos de Israel, como hijos bastardos de Dios, mientras que precisamente en vosotros y en quienes son como vosotros está injertado el sarmiento de la Vid eterna, de Aquel que tiene sus raíces en el Padre, y por tanto sois parte de Dios, de Dios, y de su savia vivís, vosotros a quienes quisieran convencer de error, y ante cuyos ojos, los vuestros, sencillos pero iluminados por la Gracia, querrían justificarse para no aparecer como sacrílegos y malhechores, vosotros a quienes se dice: "Muestre el Señor su gloria y le reconoceremos por vuestra misma alegría", sólo vosotros tendréis la alegría. Ellos quedarán confundidos.

¡Oh, ya oigo, tras la confusión que los aplastará, pero sin hacerlos mejores; ya oigo las víboras, que no cesan de ser nocivas sino cuando se les aplasta su execrable cabeza, y muerden y matan aunque estén partidas en dos, aunque sobresalga sólo su cabeza de debajo de una aplastante manifestación de Dios; ya las oigo gritar: "¿Cómo va a haber dado a luz el Señor de repente a su nuevo pueblo, si nosotros, a

quienes lleva desde hace mucho tiempo en su seno, todavía no hemos nacido a la Luz? ¿Puede, acaso, una dar a luz sin que el grito de los dolores del parto llene toda la casa? ¿Ha podido el Señor dar alguna vez a luz antes del tiempo? ¿Puede, acaso, dar a luz la Tierra en un solo día; y puede, acaso, ser dado a luz un pueblo todo junto?".

Yo respondo, y acordaos de esta respuesta para dársela a los que os persigan con burla: "Jamás podrían nacer a la Luz los que son fruto muerto en el seno de Dios, fruto que se ha secado porque se ha separado de la matriz y ha quedado inerte, como cosa mala oculta en el seno en vez de embrión que se completa. Y para expulsar del seno el fruto muerto, y tener hijos, de forma que no muera su Nombre en la Tierra, Dios se ha hecho fecundo en nuevos hijos, signados con su Tau, y, en el secreto, en el silencio, de forma que Satanás y los diablos que sirven a Lucifer no pudieran perjudicar, con anticipación debida a ardor de amor, ha dado a luz a su Hijo varón, y con Él da al mismo tiempo a Luz a su nuevo pueblo, porque el Señor lo puede todo". ¡Oh! Él lo dice por boca del profeta Isaías: "¿Acaso no voy a poder dar a Luz yo, que hago dar a luz a los otros? ¿Voy a ser estéril Yo, que a los demás concedo la fecundidad?".

¡Alegraos con la Jerusalén de los Cielos, exultad con ella, todos vosotros, los que amáis al Señor! Alegraos con ella con verdadera alegría, vosotros que esperáis, vosotros que esperáis, vosotros que sufrís!

397.4 [4]¡Volved, volved a mí palabras! Palabras salidas del Verbo de Dios. Palabras pronunciadas por el portavoz de Dios, Isaías, su profeta. Venid, volved a la Fuente, palabras eternas, para ser esparcidas sobre esta era de Dios, sobre este rebaño, sobre esta prole! ¡Oh, venid! ¡Ésta es una de las horas, una de las asambleas, para las que fuisteis dadas, vosotras proféticas palabras, sonido de amor, voces veraces! Ved, ya vuelven, ya vuelven a quien las inspirara. Y Yo, en nombre del Padre, de mi Ser y del Espíritu, las digo a estos a quienes Dios ama, a los elegidos de entre el rebaño de Dios, que debía estar formado sólo por corderos, pero que se ha degenerado con carneros e incluso con otros animales más inmundos. Mamaréis y os hartaréis en los pechos de la Consolación divina y extraeréis abundantes delicias de la múltiple gloria de Dios.

Ved, os dice el Señor: Derramaré sobre vosotros como un río de paz, y os veréis inundados mucho más que por la gloria de las naciones, porque os inundará la gloria del Cielo cual torrente desbordante. De ella os alimentaréis, y seréis llevados en brazos y acariciados encima de sus rodillas. Sí, como una madre acaricia a su niño, como Yo acaricio a este pequeñuelo al que puse mi nombre — y realmente Jesús toma al pequeño Iesaí de los brazos de su madre, que está casi

a sus pies, entre sus tres hijos —, así os he de consolar Yo a vosotros, que me amáis y seguiréis amándome, y pronto seréis consolados para siempre en mi Reino. Esto lo veréis, vosotros los libres de todo miedo por ser fieles a mí, y vuestro corazón exultará y vuestros huesos reverdecerán como la hierba, cuando el Señor venga en el fuego, en una carroza semejante a un torbellino, a guiar hacia el fuego del amor y de la justicia, y a castigar o a glorificar, separando a los corderos de los lobos, es decir, de aquellos que creían santificarse y hacerse puros y, sin embargo, se hacían idólatras.

El Señor, que ahora se marcha, vendrá. ¡Bienaventurados aquellos a los que encuentre perseverantes hasta el final! Éste es mi adiós, y con él mi bendición. Arrodillaos para que os fortalezca con ella. El Señor os bendiga y os guarde; os muestre su rostro y tenga misericordia de vosotros; os dé su paz el Señor. Podéis marcharos. Dejad que me despida de los buenos de entre los buenos de Yuttá».

[5]La gente se marcha, aunque con pocas ganas. Y, cuando un niño 397.5
dice: «Señor, deja que te bese la mano», y, consintiéndolo Jesús, es el primero en hacerlo, entonces todos quieren dar un beso en la carne santa del Cordero de Dios, e incluso quien ya se estaba encaminando hacia el pueblo vuelve atrás: y besos de niños en la cara, de ancianos en las manos, de mujeres en los pies desnudos que pisan la hierba, caen junto con lágrimas y palabras de adiós y bendición. Jesús, paciente, los acoge y dedica a todos un saludo especial.

En fin, todos han sido complacidos... Se queda la familia de la casa hospitalaria, y se arriman a Jesús. Y Sara dice: «¿Realmente no vas a volver?».

«No, mujer. Nunca. Pero no nos separaremos. Mi amor estará siempre contigo, con vosotros, y el vuestro conmigo. Sé que no me olvidaréis. De todas formas os digo: no acojáis la Mentira ni siquiera en las horas más tremendas, que vendrán; no la acojáis ni siquiera como huésped que va de paso o como invasor inesperado... Déjame el pequeño, Sara».

La mujer le da a Iesaí y Jesús se sienta en la hierba con el pequeño en sus piernas, y, bajando su cara hacia los delicados cabellos del niño, habla. Dice: «Recordad siempre que Yo soy el Cordero del que Isaac os enamoró antes incluso de que me conocierais. Y que un cordero es siempre inocente, como este niño pequeño, aunque le cubran de piel de lobo para hacerle pasar por un malhechor. Recordad que Yo soy más inocente aún que este niño..., que — ¡dichoso él! — por su inocencia y niñez no podrá comprender la calumnia contra su Señor por parte de los hombres, y por este motivo no sufrirá turbación... y seguirá queriéndome así... como ahora... Tened su mismo

corazón, tenedlo para el Cordero, el Amigo, el Inocente, el Salvador, que os ama y bendice de forma muy especial. ¡Adiós, María! Ven a darme un beso... ¡Adiós, Emmanuel! Ven tú también... ¡Adiós, Iesaí, corderito del Cordero!... Sed buenos... Amadme...».

«¡¿Estás llorando, Señor?!» pregunta asombrada la niña, viendo brillar una lágrima entre los cabellos de Iesaí.

«¿Llora?» pregunta el marido de Sara.

«¡Estás llorando, Maestro! ¿Por qué?» pregunta la mujer.

«No os aflijáis por mi llanto. Es amor y bendición... ¡Adiós, Sara! ¡Adiós, hombre! Venid, como los otros, a besar a vuestro Amigo que se marcha...», y tras recibir en sus manos el beso de los dos esposos pone de nuevo al pequeño en los brazos de su madre, bendice una vez más; luego, sin demora, empieza la bajada por la misma vereda usada para venir.

Las voces de adiós de los que se quedan le siguen: profunda, la del hombre; conmovida, la de la mujer; gorjeantes, las de los niños... hasta el pie del collado. Luego es sólo el torrente, remontado hacia el Norte, el que saluda todavía al Maestro, que para siempre deja la tierra de Yuttá.

398. Palabras de despedida en Hebrón. Los delirios de Judas Iscariote.

7 de marzo de 1946.

398.1 [1]Y ahí está Hebrón, en medio de sus montes ricos en bosques y prados. La entrada de Jesús en ella es recibida con gritos de hosanna de los primeros que le ven, parte de los cuales van veloces a difundir la noticia por todo el pueblo. Viene el arquisinagogo, vienen los curados del año anterior, vienen los notables de la ciudad. Todos quieren que el Señor se aloje en su casa.

Pero Jesús, dando las gracias a todos, dice: «No, me voy a detener sólo el tiempo indispensable para dirigiros unas palabras... Vamos, pues, a la pobre y santa casa del Bautista. Para saludar también a esa casa... Es lugar de milagro. Vosotros no lo sabéis».

«¡Sí que lo sabemos, Maestro. ¡Los que fueron curados allí viven entre nosotros!...» dicen muchos.

«Mucho antes de hace un año fue lugar de milagro. Lo fue, por primera vez, hace treinta y tres años, cuando la gracia del Señor reverdeció las entrañas aridecidas para hacer de ellas árbol para el dulce pomo de mi Precursor. Lo fue hace treinta y dos años, cuando, por obra misteriosa le presantifiqué, siendo Yo y él dos frutos que

maduraban en profundo seno. Y luego cuando liberé la palabra trabada al padre de Juan. Pero, a las secretas operaciones del Encarnado que todavía no había nacido, se añade un gran milagro acaecido hace dos años y que todos vosotros ignoráis. ¿Os acordáis de la mujer que vivía en esa casa?...».

«¿Quién? ¿Áglae?» preguntan muchos.

«Ella. La reverdecí, no respecto a sus entrañas sino a su alma, aridecida por el paganismo y el pecado, y la hice fecunda en justicia, liberándola de lo que la sujetaba, ayudado por su buena voluntad. Y os la propongo como modelo. No os escandalicéis. En verdad os digo que ella debe ser citada como ejemplo digno de imitación, porque pocos en Israel han recorrido tanto camino como ella, pagana y pecadora, para alcanzar las fuentes de Dios».

«Creíamos que había huido con otros amantes... Había quien decía que había cambiado, que era buena... Pero decíamos: "¡Es un capricho!". Había quien decía que había ido a ti para... pecar...» explica el arquisinagogo.

«Vino a mí, en efecto; pero para ser redimida».

«Hemos cometido pecado de juicio...».

«Por eso digo: "No juzguéis"».

«¿Y dónde está ahora?».

«Sólo Dios lo sabe. Sin duda cumpliendo áspera penitencia. Orad para sostenerla... ¡Te saludo, casa santa de mi Pariente y Precursor! ¡Paz a ti! ¡A pesar de que ahora estés sola y desolada, siempre la paz a ti, santa morada de paz y fe!».

Jesús pone pie, bendiciendo, en el jardín ahora agreste, y se adentra en medio de las hierbas invasoras, y bordea lo que en otro tiempo eran pérgolas u ordenadas espalderas de laureles y bojes y ahora son una enmarañada familia de árboles o plantas ceñidos de hiedras, clemátides, convólvulos, que oprimen. Va hasta el fondo, hasta los restos de lo que era el sepulcro, y se detiene allí. [2]La gente 398.2
se apiña, ordenada y silenciosa, en círculo, alrededor de Él.

«¡Hijos de Dios, pueblo de Hebrón, escuchad!

Para que no os sintáis turbados ni caigáis en un error de juicio acerca de vuestro Salvador, como caísteis respecto a la pecadora, vengo a confirmaros y a fortaleceros en la fe. Vengo a daros el viático de mi palabra, para que permanezca luminosa en vosotros en la hora de las tinieblas, y Satanás no os haga perder el camino del Cielo.

Pronto llegarán horas en que vuestros corazones dirán con gemi-
* do las palabras del salmo de Asaf, cantor profético, y diréis: "¿Por

* El *salmo* en la Vulgata es el *73* (número que MV añade posteriormente en el manuscrito) y corresponde al actual *Salmo 74*.

qué, oh Dios, nos has rechazado para siempre? ¿Por qué tu furor se enciende contra las ovejas que pastoreas?", y verdaderamente podréis, en ese momento, alzar, cual derecho de protección, la redención cumplida, y gritar: "¡Éste es tu pueblo, Tú le has redimido!" para invocar protección contra los enemigos, que habrán llevado a cabo toda suerte de males en el verdadero Santuario donde Dios está como en el Cielo, en el Cristo del Señor, y, habiendo primero abatido al Santo, tratarán de abatir después los muros de aquél, sus fieles. Verdaderos profanadores y perseguidores de Dios, más que Nabucodonosor y Antíoco, más que los que habrán de venir, levantan ya sus manos para abatirme en su soberbia sin límites, que no quiere ser convertida, que no quiere tener fe, caridad, justicia, y que, como levadura en un montón de harina, crece y rebosa del Santuario, transformado en ciudadela de los enemigos de Dios.

¡Hijos, escuchad! Cuando os persigan por haberme amado, fortaleced vuestro corazón pensando que antes que vosotros Yo fui el Perseguido. Recordad que ya tienen en su garganta el ululato de sus gritos de triunfo, y ya preparan sus banderas para que ondeen al viento en una hora de victoria, y en cada una de esas banderas habrá una mentira contra mí, que pareceré el Vencido, el Malhechor, el Maldito.

398.3 [3]¿Meneáis la cabeza? ¿No creéis? Vuestro amor os es obstáculo para creer... Gran cosa es el amor... gran fuerza... y gran peligro. Sí, peligro. *El choque de la realidad en la hora de las tinieblas será de una violencia sobrehumana en aquellos corazones a los que el amor, no ordenado todavía en perfección, hace ciegos.* No podéis creer que Yo, el Rey, el Poderoso, pueda ser entregado al capricho de los que no son nada. No lo podréis creer sobre todo entonces, y surgirá la duda: "¿Era realmente Él? Si lo era, ¿cómo ha podido ser derrotado?".

¡Reforzad el corazón para esa hora! Sabed que, si "en un momento" los enemigos del Santo han cercenado las puertas, han derruido todo, y han incendiado con fuego de odio el Santo de Dios, si han abatido y derruido el Tabernáculo del Nombre santísimo, diciendo en su corazón: "Hagamos cesar sobre la faz de la Tierra todas las fiestas de Dios" (porque es fiesta tener a Dios entre vosotros), diciendo: "No vuelvan a verse sus enseñas, no vuelva a haber ningún profeta que nos conozca por lo que somos", pronto, más pronto todavía, Aquel que hizo sólido el mar y aplastó en las aguas las impuras cabezas de los cocodrilos sagrados y de sus adoradores, Aquel que hizo brotar fuentes y torrentes y secar ríos perennes, Aquel de quien son el día y la noche, el verano y la primavera, la vida y la muerte, *todo*, hará resucitar, como está escrito, a su Cristo, y será Rey. Rey para toda la eternidad. Y los que se hayan mantenido firmes en la fe reinarán

con Él en el Cielo.

Recordad esto. Y, cuando me veáis elevado y escarnecido, no vaciléis; y, cuando seáis elevados y escarnecidos, no vaciléis.

[4]¡Oh, Padre! ¡Padre mío! ¡Te ruego en nombre de éstos, amados por ti y por mí! ¡Escucha a tu Verbo, escucha al Propiciador! No abandones en manos de las bestias a las almas de los que, amándome, te glorifican, no olvides para siempre a las almas de tus pequeñuelos; considera, oh Dios bueno, tu pacto, porque los lugares obscuros de la Tierra son cubiles de iniquidad de donde sale el terror para asustar a tus pequeñuelos. ¡Padre! ¡Oh, Padre mío! No se marche confundido el humilde que espera en ti! ¡El pobre y el necesitado glorifiquen tu Nombre por la ayuda que de ti recibirán! ¡Manifiéstate, oh Dios! Te ruego por esa hora, por esas horas. ¡Manifiéstate, oh Dios! ¡Por el sacrificio de Juan y la santidad de tus patriarcas y profetas! ¡Por mi sacrificio, Padre, defiende a este rebaño tuyo y mío! ¡Dale luz en las tinieblas, fe y fortaleza contra los seductores! ¡Date Tú mismo a ellos, Padre! ¡Danos a Nosotros mismos a ellos, ahora, mañana y siempre, hasta la entrada en tu Reino! Nosotros en su corazón hasta la hora en que donde Nosotros estemos estén ellos también por los siglos de los siglos. Y así sea». 398.4

Y Jesús, en ausencia de milagros que cumplir, pasa por entre las filas de la gente, casi extática, y bendice, uno a uno, a los que le escuchaban. Y reanuda el camino, bajo el Sol ya alto, pero soportable por los frondosos árboles y el aire montano.

[5]Detrás, en grupo, van hablando los apóstoles. Hablan sin parar. 398.5

«¡Qué palabras! ¡Son estremecedoras!» dice Bartolomé.

«¡Pero qué tristes son! ¡Provocan llanto!» suspira Andrés.

«¡Hombre, es su despedida! Tengo razón yo. Se está encaminando directamente al trono» exclama Judas Iscariote.

«¿Trono? ¡Mmm! ¡Me parece que hablan de persecuciones y no de honores!» observa Pedro.

«¡Pero qué dices, hombre! ¡El tiempo de las persecuciones se ha terminado! ¡Ah, soy feliz!» grita Judas Iscariote.

«¡Suerte la tuya! Yo querría estar todavía en los días en que no nos conocían, hace dos años... o en Agua Especiosa... Estoy angustiado por los días futuros...» dice Juan.

«¡Porque eres un corazón de cervatillo... ¡Pero yo! Veo ya en el futuro... ¡Cortejos!... ¡Cantores!... ¡Pueblo postrado!... ¡Honores de otras naciones!... ¡Oh, es la hora! Verdaderamente vendrán los camellos de Madián y las turbas de todas partes... y no serán los tres pobres Magos... sino una multitud... Israel grande como Roma... Más que Roma... Superadas las glorias de los Macabeos, de Salo-

món... todas las glorias... Él, el Rey de los reyes... y nosotros sus amigos... ¡Oh, Dios Altísimo, ¿quién me dará fuerza para esa hora?!... ¡Si viviera mi padre todavía!...». Judas está exaltado. Resplandece evocando el futuro que sueña vivir...

398.6 [6]Jesús está muy adelante. Pero se para el futuro rey según Judas, y, sediento, con el cuenco de las dos manos toma agua de un regatillo, y bebe... como un pajarillo de bosque o un cordero que pace; luego se vuelve y dice: «Aquí hay frutos silvestres. Vamos a recoger algunos para nuestra hambre...».

«¿Tienes hambre, Maestro?» pregunta el Zelote.

«Sí» confiesa humildemente Jesús.

«¡Hombre claro! ¡Ayer noche has dado todo a aquel pobrecillo!» exclama Pedro.

«¿Pero y por qué no has querido detenerte en Hebrón?» pregunta Felipe.

«Porque Dios me llama a otra parte. Vosotros no sabéis».

Los apóstoles se encogen de hombros y se ponen a recoger los pequeños frutos, todavía acerbos, de árboles silvestres esparcidos por las prominencias montanas. Parecen pequeñas manzanas silvestres. Y el Rey de los reyes se nutre de ellas, junto con sus compañeros, que ponen caras de disgusto por la aspereza del fruto silvestre y acerbo. Jesús, absorto, come y sonríe.

«¡Me das casi rabia!» exclama Pedro.

«¿Por qué?».

«Porque podías estar bien y hacer felices a los de Hebrón, y, sin embargo, te estropeas el estómago y los dientes en este veneno más amargo y ácido que la cañarroya».

«¡Os tengo a vosotros, que me queréis! Cuando sea alzado y tenga sed y hambre, pensaré con añoranza en esta hora, en este alimento, en vosotros, que ahora estáis conmigo, y que entonces...».

«¡Pero Tú en esa hora no tendrás ni sed ni hambre! ¡Un rey tiene de todo! ¡Y nosotros estaremos todavía más cerca de ti!» exclama Judas Iscariote.

«Lo dices tú».

«¿Y crees que no será así, Maestro?» pregunta Bartolomé.

«No, Bartolmái. Cuando te vi debajo de la higuera, sus frutos eran tan acerbos que a quien los hubiera cogido se le habrían abrasado la lengua y la garganta... Y, sin embargo, los frutos acerbos de la higuera o de estos árboles son, respecto a lo que será para mí mi elevación, más dulces que un panal de miel... Vamos...». E inicia de nuevo la marcha, delante de todos, meditabundo, mientras los doce, detrás, bisbisean, bisbisean.

399. Palabras de despedida en Betsur. El amor materno de Elisa.

9 de marzo de 1946.

[1]Acaba de hacerse de día cuando los infatigables caminantes ya ven Betsur. Cansados, con sus túnicas arrugadas debido a un descanso ciertamente muy incómodo en los bosques, miran con alegría a la pequeña ciudad ya cercana donde están seguros de que hallarán hospitalidad. 399.1

Los campesinos que se dirigen a sus labores son los primeros que encuentran a Jesús, y piensan que lo mejor es olvidarse de sus tareas y volver a la ciudad para escuchar al Maestro. Lo mismo hacen unos pastores, después de haber preguntado si se va a detener o no.

«Al atardecer dejo Betsur» responde Jesús.

«¿Y vas a hablar, Maestro?».

«Ciertamente».

«¿Cuándo?».

«En seguida».

«Nosotros tenemos los rebaños... ¿No podrías hablar aquí, en el campo? La ovejas comerían la hierba y nosotros no perderíamos tu palabra».

«Seguidme. Hablaré en los pastos de septentrión. Tengo que ver antes a Elisa».

Los pastores con sus cayados hacen volver a las ovejas, y detrás de los hombres se ponen ellos y sus ovejas, que van balando. Cruzan el pueblo.

[2]Mas ya ha llegado la noticia a la casa de Elisa. Y Elisa y Anastática rinden su homenaje de discípulas al Maestro, que las bendice, en la plaza de delante de su casa. 399.2

«Entra en mi casa, Señor. La liberaste del dolor y ella quiere ser, en cada uno de sus habitantes y objetos, confortante para ti» dice Elisa.

«Sí, Elisa. Pero, ¿ves cuánta gente nos sigue? Ahora voy a hablar a todos; luego, después de la hora tercia, vendré y estaré en tu casa, para partir de nuevo al atardecer. Y hablaremos entre nosotros...» promete para consolar a Elisa, que esperaba una estancia más larga y que pone cara de desilusión al oír lo que tiene pensado hacer Jesús.

Pero Elisa es una buena discípula y no pone objeciones. Solamente pide permiso para dar indicaciones a los subalternos antes de ir con los demás a donde Jesús se dirige. Y lo hace con rapidez: bien distinta de la mujer inactiva del año pasado...

Jesús está ya parado en un vasto prado sobre el cual juguetea el sol filtrándose a través de las leves frondas de agrestes árboles, que, si no me equivoco, son fresnos. Está curando a un niño y a un anciano: el primero, enfermo de alguna enfermedad interna; el segundo, de los ojos. No hay otros enfermos y Jesús bendice a los niños que las madres le acercan, y espera pacientemente a que Elisa llegue junto con Anastática. Ahí están, por fin.

399.3 [3]Jesús empieza inmediatamente a hablar.

«Pueblo de Betsur, escucha. El año pasado os dije qué había que hacer para ganar el Reino de Dios. Ahora os lo confirmo, para que no suceda que perdáis lo que habéis ganado. Es la última vez que el Maestro os habla así, en una asamblea en que no falta ninguno. Después podré encontraros, por azar, separadamente o en pequeños grupos, por los caminos de nuestra patria terrena. Después, pasado más tiempo, podré veros en mi Reino. Pero, como ahora, no volverá a ser.

Llegará un momento en que os digan de mí muchas cosas, contra mí, y de vosotros y contra vosotros. Pretenderán aterrorizaros. Yo, con Isaías, os digo: No temáis, porque os he redimido y os he llamado * por vuestro nombre. Solamente los que quieran abandonarme tendrán motivo de temer; no los que, siendo fieles, son míos. ¡No temáis! Sois míos y Yo soy vuestro. Ni aguas de ríos ni llamas de hogueras ni piedras ni espadas podrán separaros de mí, si en mí perseveráis; es más, llamas, aguas, espadas, piedras, reforzarán vuestra unión conmigo, y seréis otros Cristos y recibiréis mi premio. Yo estaré con vosotros en las horas de los tormentos, con vosotros en las pruebas, con vosotros hasta la muerte; y después, nada podrá separarnos jamás.

¡Oh, pueblo mío, pueblo al que he llamado y congregado, y más aún llamaré y congregaré cuando sea elevado, atrayéndote entero hacia mí, oh pueblo elegido, pueblo santo, no temas! Porque estoy y estaré contigo, y tú me anunciarás, pueblo mío, por lo cual, vosotros que lo componéis, seréis llamados ministros míos, y a vosotros os daré, os doy ya desde ahora, la orden de decir al septentrión, al oriente, al occidente y al mediodía, que restituyan a los hijos e hijas del Dios Creador, incluso a los de los extremos confines del mundo, para que todos me conozcan como Rey suyo y me invoquen según mi verdadero Nombre, y tengan aquella gloria para la que han sido creados y sean la gloria de quien los ha hecho y formado.

Dice Isaías que las tribus y naciones, para creer, invocarán testigos de mi gloria. ¿Y dónde encontraré testigos, si el Templo y el Palacio, si las castas poderosas me odian, y mienten por no querer decir

---

* *con Isaías, os digo*: el discurso que sigue parece basarse en *Isaías 43*.

que Yo soy quien soy? ¿Dónde los hallaré? ¡Aquí están, oh Dios, mis testigos! Estos a quienes he instruido en la Ley, estos cuyo cuerpo y cuyo espíritu he curado, estos que estaban ciegos y ahora ven, sordos y ahora oyen, mudos y ahora saben decir tu Nombre, estos que estaban subyugados y ahora están liberados, todos, todos estos para los cuales tu Verbo ha sido Luz, Verdad, Camino, Vida. Vosotros sois mis testigos, los siervos que he elegido para que conozcan y crean y comprendan que [4]soy Yo, Yo y no otro, el Salvador. Creedlo. Para bien 399.4
vuestro. Fuera de mí no hay otro Salvador. Sabed creer esto contra toda calumnia humana o satánica. Olvidad todo lo que os haya sido dicho por otra boca que no sea la mía y que discrepe de mi palabra. Rechazad todo lo que en el futuro os puedan decir. Decid a quienquiera que os quiera hacer abjurar de Cristo: "Sus obras hablan a nuestro espíritu" y sed perseverantes en la fe.

Mucho he hecho para daros una fe intrépida. He curado a vuestros enfermos, he aliviado vuestros dolores, os he instruido como un Maestro bueno, os he escuchado como un Amigo, he partido con vosotros el pan y he compartido la bebida. Mas son éstas todavía obras de santo y profeta; otras haré, tales que harán desaparecer toda duda que las tinieblas puedan suscitar, como el torbellino pone nubes de tormenta en la claridad de un cielo de verano. Dejad pasar el nimbo firmes en la caridad hacia vuestro Jesús, hacia este Jesús que ha dejado al Padre para venir a salvaros y que dejará la vida para daros la salud.

Vosotros, vosotros, a quienes he amado y amo mucho más que a mí mismo (porque no hay amor más grande que el de inmolarse por el bien de aquellos a quienes se ama), no aceptéis el ser inferiores a aquellos que en la profecía de Isaías son llamados bestias salvajes, dragones y avestruces, o sea, gentiles, idólatras, paganos, impuros, los cuales — cuando Yo solo haya testificado el poder de mi amor y de mi Naturaleza, venciendo solo incluso a la Muerte, cosa constatable y que ninguno, que no sea embustero, podrá negar — dirán: "¡Era el Hijo de Dios!", y, venciendo obstáculos aparentemente insuperables de siglos y siglos de impuro paganismo y de tinieblas y vicio, vendrán a la Luz, a la Fuente, a la Vida. No seáis, no seáis como demasiado Israel, que no me ofrece su holocausto ni me honra con sus víctimas, sino que, al contrario, me produce dolor con sus iniquidades y me hace víctima de su duro corazón, y a mi amor que perdona responde con el odio subterráneo que me socava el suelo para hacerme caer y poder decir: "¿Lo veis? Ha caído porque Dios le ha fulminado".

Habitantes de Betsur, sed fuertes. Amad mi Palabra porque es

verdadera, y mi Señal porque es santa. ¡Que el Señor esté siempre con vosotros y vosotros con los siervos del Señor; todos unidos, para que cada uno de vosotros esté donde Yo voy, y tengan una morada eterna en el Cielo todos los que, superada la tribulación y vencida la batalla, mueran en el Señor y en el Señor resuciten, para toda la eternidad!».

399.5 [5]«Señor, pero ¿qué has querido decir? ¡En tu discurso ha habido gritos de triunfo y de dolor!» dicen algunos de Betsur.

«Sí. Pareces a uno que se supiera rodeado de enemigos» dicen otros.

«Y nos has dado a entender que nosotros también lo estaremos» dicen otros.

«¿Qué hay en tu mañana, Señor?» otros.

«¡La gloria!» grita Judas de Keriot.

«¡La muerte!» suspira Elisa llorando.

«La Redención. El cumplimiento de mi misión. No temáis. No lloréis. Amadme. Yo me siento feliz de ser el Redentor. Ven, Elisa. Vamos a tu casa...» y, Él el primero, se pone en marcha, abriéndose paso entre la gente, que está turbada por opuestas emociones.

«¡Pero, ¿por qué, Señor, siempre estos discursos?!» dice Judas, de mal genio, preguntando y censurando. Y añade: «No son propios de un rey».

Jesús no le responde. Responde, sin embargo, a su primo Santiago, que le pregunta con los ojos empañados de llanto: «¿Por qué, hermano, haces siempre citas del Libro en tus despedidas?».

«Para que quien me acuse no diga ni que desvarío ni que blasfemo, y para que quien no quiera rendirse ante la realidad de las cosas comprenda que desde siempre la Revelación me ha mostrado Rey de un reino *no humano*, que se configura, se construye y cimenta con la inmolación de la Víctima, de la *única* Víctima que puede recrear el Reino de los Cielos, destruido por Satanás y la primera pareja. Soberbia, odio, mentira, lujuria, desobediencia, han destruido; humildad, obediencia, amor, pureza, sacrificio, reconstruirán... No llores, mujer. Los que tú amas, que esperan, suspiran por la hora de mi inmolación...».

399.6 [6]Entran en la casa y, mientras los apóstoles se dedican a reponer las fuerzas de sus cuerpos y a confortar su estómago, Jesús va al jardín (un jardín ordenado, florido) y, sólo con Elisa, la escucha.

«Maestro, Juana quiere hablar contigo en secreto; sólo yo lo sé. Me ha mandado aquí a Jonatán. Ha dicho: "Por cosas muy graves". Ni siquiera la hija que me diste — y bendito seas por ello — lo sabe. Juana ha enviado a servidores suyos en todas las direcciones para

buscarte. Pero no te han encontrado...».

«Estaba muy lejos, y habría ido aún más lejos, si no me hubiera impulsado el espíritu a volver... Elisa, vendrás conmigo y con el Zelote a casa de Juana. Los otros se quedarán aquí dos días descansando, luego irán a Béter. Tú regresarás con Jonatán».

«Sí, mi Señor...». Elisa le mira, maternal, le escudriña... No sabe contenerse una palabra: «¿Sufres?».

Jesús menea la cabeza sin un verdadero signo de negación, pero con claro desconsuelo.

«Soy una madre... Tú eres mi Dios... pero... ¡Oh, mi Señor! ¿Qué crees que quiere Juana? Hablabas de muerte y yo lo he comprendido, porque en el Templo las vírgenes leían mucho los lugares de las Escrituras donde se habla de ti, Salvador, y me acuerdo de esas palabras. Hablabas de muerte y tu rostro resplandecía de alegría celestial... Ahora no resplandece tu rostro... María fue para mí como una hija... y Tú eres el Hijo de Ella... Por eso, si no es pecado decirlo, te veo un poco como hijo mío... Tu Madre está lejos... Pero tienes a tu lado a una madre. Bendito de Dios, ¿no puedo aliviar tu pena?».

«Ya la alivias porque me quieres. ¿Que qué pienso acerca de lo que Juana me tiene que decir? Mi vida es como este rosal. Las rosas sois vosotras, discípulas buenas. ¿Pero, si se quitan las rosas, qué queda? Espinas...».

«Pero a nosotras nos tendrás hasta la muerte».

«Es verdad. ¡Hasta la muerte! Y el Padre os bendecirá por el consuelo que me habréis de procurar. Vamos a entrar en la casa. Descansemos. A la puesta del Sol partiremos para Béter».

400. En Béter, en casa de Juana de Cusa, la cual habla del daño provocado por Judas Iscariote ante Claudia.

12 de marzo de 1946.

[1]Jesús, seguido por el Zelote, que lleva de la rienda el burrito ca- 400.1
balgado por Elisa, llama a la puerta del guardián de Béter. No han recorrido el camino de la otra vez. Han llegado a la propiedad de Juana por el pueblecillo que hay diseminado por las pendientes occidentales del monte sobre el que se alza el castillo.

El guardián, reconociendo al Señor, se apresura a abrir de par en par la cancilla que está a un lado de su casita y que introduce en el jardín que precede al edificio: es el principio de ese lugar de ensueño que son los jardines de rosas de Juana. Un intenso olor de rosas frescas y de esencia de rosas está suspendido en el aire caliente del cre-

púsculo, y, cuando la primera corriente de aire de la noche, proveniente de levante, pasa cimbreando los rosales en flor, más penetrante se hace el perfume, más fresco, más genuino, porque viene de las lomas de rosales cultivados y sobrepuja el denso perfume de la esencia, proveniente de un bajo y vasto cobertizo colocado contra el muro occidental de la propiedad.

El guarda explica: «Mi ama está allí. Todos los días, al anochecer, va donde se reúnen a esta hora los recolectores y los de las esencias, y habla con ellos, les pregunta cosas, los cura, los anima. Nuestra ama es muy buena. Siempre lo ha sido. ¡Y no digamos desde que es tu discípula!... Voy a llamarla... Es una temporada de mucho trabajo y no son suficientes los recolectores fijos, a pesar de que hayan aumentado desde Pascua con los nuevos dependientes, hombres y mujeres, que ha contratado. Espérame, Señor...».

«No, voy Yo donde ella. Que Dios te bendiga y te dé paz» dice Jesús mientras alza la mano para bendecir al anciano guarda, al que, hasta ese momento, ha estado escuchando pacientemente. Le deja y se dirige hacia el bajo y vasto cobertizo.

400.2 [2]El ruido de los pasos contra la tierra dura del sendero hace sacar la cabeza a Matías, muy curiosón. Y el niño, dando un grito, sale corriendo, con los brazos abiertos y subidos, como invitación y deseo de abrazo. «¡Está aquí Jesús! ¡Está aquí Jesús!» grita echándose a correr. Y cuando está ya entre los brazos del Señor, que le besa, se asoma Juana y con ella sus dependientes.

«¡El Señor!» grita a su vez, y cae de rodillas para venerarle inmediatamente desde el lugar en que se encuentra. Se postra y luego se alza (la faz teñida, por la emoción, de un color purpurino semejante a pétalo de rosa encendida). Luego se acerca a Jesús. Se postra otra vez para besarle los pies.

«La paz a ti, Juana. ¿Me requerías? He venido».

«Te requería... Sí, Señor...». La tez de Juana palidece de nuevo y su rostro se pone serio.

Jesús lo nota. «Levántate, Juana. ¿Cusa está bien?».

«Sí, mi Señor».

«¿Y María, la pequeña, que no la veo?».

«También, Señor... Ha ido con Ester a llevar medicinas a un trabajador enfermo».

«¿Por ese hombre me has llamado?».

«No, Señor... Por... ti». Es bien visible que Juana no quiere hablar en presencia de todos, que se han aglomerado alrededor.

Jesús, comprendiéndolo, dice: «Bien. Vamos a ver tus rosales...».

«Estarás cansado, Señor. Tendrás que comer... Tendrás sed...».

«No. Durante las horas de mayor calor nos hemos detenido en una casa de discípulos de los pastores. No estoy cansado...».

«Entonces vamos... Jonatán, prepara todo para el Señor y los que han venido con Él... Baja, Matías...» indica al encargado, que está al lado de ella, respetuoso, y al niño, que se ha hecho un nido en los brazos de Jesús y, cariñoso, tiene su cabecita morena en la concavidad del cuello de Jesús, como una tortolita bajo el ala paterna. El niño lanza un suspirón de pena, pero hace ademán de obedecer.

Mas Jesús dice: «No. Viene con nosotros. No molestará. Será un pequeño ángel, ante el cual no puede hacerse ni decirse nada escandaloso, y que impedirá que surja la más leve sospecha en los corazones. Vamos...».

«Maestro, ¿yo y Elisa entramos en casa, o quieres que estemos contigo?» pregunta el Zelote.

«Id, id».

[3]Juana guía a Jesús por un amplio paseo que divide el jardín, y 400.3
se dirige hacia las parcelas de rosales, que suben y bajan las opuestas ondulaciones que constituyen la propiedad florida de la discípula. Juana continúa, como buscando aislarse en donde no haya sino rosales y árboles, y pajaritos entre las frondas (en las últimas riñas por encontrar un sitio para el sueño, o en los últimos cuidados a las crías en los nidos). Las rosas, cerradas aún en su capullo en este atardecer —mañana, abiertas, caerán bajo las tijeras—, esparcen intensa fragancia antes de descansar bajo las gotas de rocío. Se paran en una hondonada entre dos pliegues del terreno en que, formando festones, ríen, por una parte rosas encarnadas, por la otra rosas rojas como manchas de sangre que se esté coagulando. Y hay una piedra grande, que sirve de asiento o de apoyo para los cestos de los recolectores. Hay rosas y pétalos ajados entre la hierba y encima de la piedra, testimonio del trabajo del día.

Juana, con la mano ensortijada, quita del asiento esos restos y dice: «Siéntate, Maestro. Tengo que hablar contigo... mucho».

Jesús se sienta. Matías se pone a correr para acá o para allá por la hierba, hasta que encuentra un gran interés en perseguir a un grueso sapo que había venido a tomar el fresco del atardecer, y se aleja con gritos y saltos de alegría, yendo y viniendo, detrás del pobre sapo, hasta que distrae su atención la hura de un grillo, y se pone a hurgar en ella con un palito.

«Juana, estoy aquí para escucharte... ¿No hablas?» pregunta Jesús después de un rato de silencio, y deja de observar al niño para mirar a la discípula, que está frente a Él erguida, seria y silenciosa.

«Sí, Maestro. Pero... es muy difícil... y creo que es una cosa dolo-

rosa de escuchar...».

«Habla con sencillez y confianza...».

400.4 [4]Juana se deja deslizar hasta la hierba, semisentada en los calcañares, baja respecto a Jesús, que está sentado más arriba, en su asiento, con actitud austera y rígida, distante como hombre más que si estuviera separado por muchos metros y por muchos obstáculos, cercano como Dios y Amigo por la bondad de la mirada y la sonrisa. Y Juana le mira, le mira, en el suave crepúsculo de la tarde de mayo. Por fin habla: «Mi Señor... antes de hablar... necesito preguntarte... necesito conocer tu pensamiento... comprender si me he equivocado siempre al comprender tus palabras... Soy mujer, una mujer ignorante... quizás he soñado... y solamente ahora sé realmente las cosas... las cosas como las has dicho, como las has preparado, como las quieres para tu Reino... Quizás tiene razón Cusa... y yo estoy equivocada...».

«¿Te ha regañado Cusa?».

«Sí y no, Señor. Sólo me ha dicho, con autoridad de marido, que si es como los últimos hechos hacen pensar, *debo* dejarte, porque él, dignatario de Herodes, no puede permitir que su mujer conspire contra Herodes».

«¿Y cuándo has sido conspiradora! ¿Quién tiene intención de dañar a Herodes? Su pobre trono, tan ruin como es, es menos que este asiento entre los rosales. Aquí me siento, allí no me sentaría. ¡Se puede tranquilizar Cusa! No despierta mi interés el trono de Herodes, y ni siquiera el de César. No son ésos mis tronos, ni son ésos mis reinos».

«¿Sí, Señor? ¡Bendito seas! ¡Cuánta paz me das! Hacía días que sufría por esto. ¡Maestro mío, santo y divino, mi amado Maestro, mi Maestro de siempre, como te he comprendido, te he visto, te he amado, como te he creído, tan alto, tan por encima de la Tierra, tan... tan divino, mi Señor y Rey celeste!» y Juana, habiendo cogido la mano de Jesús, besa su dorso respetuosamente mientras está de rodillas, como en adoración.

«¿Qué es lo que ha pasado, entonces? ¿Qué cosa, que ignoro, capaz de turbarte de esta forma, capaz de empañar en ti la claridad de mi figura moral y espiritual? ¡Habla!».

«¿Qué cosa? Maestro, los ríos del error, de la soberbia, de la codicia, de la obstinación, se han elevado, como de fétidos cráteres, y han empañado el concepto de ti en algunos, en algunas... y trataban de hacer lo mismo en mí. Pero yo soy tu Juana, tu gracia, oh Dios. Y no me habría perdido, al menos eso espero, sabiendo lo bueno que es Dios. Pero el que es todavía sólo un embrión de alma que lucha por

formarse, bien puede morir por una desilusión. Y quien todavía no es más que uno que desde el mar fangoso, agitado por corrientes violentas, trata de arribar a la orilla, al puerto, trata de purificarse, de conocer otros lugares de paz, de justicia, bien puede sucumbir de cansancio, si desespera de esta playa, de estos lugares, y dejarse atrapar de nuevo por las corrientes y el fango. Y yo, por esta ruina de almas para las cuales impetro tu Luz, sentía dolor y tortura. Amamos más a las almas que damos a la Luz eterna que a los cuerpos que damos a la luz terrena. Ahora comprendo lo que es ser madre de una carne y madre de un alma. Se llora por el hijito que muere. Pero ese dolor es sólo *el nuestro*. Por un espíritu al que hemos tratado de formar en tu Luz, y que muere, se sufre no por nosotras solas. Se sufre contigo, con Dios... porque en nuestro dolor por la muerte espiritual de un alma está también tu dolor, infinito dolor de Dios... No sé si me explico bien...».

«¡Te explicas muy bien! [5]Pero cuéntame con orden las cosas, si 400.5
quieres que te consuele».

«Sí, Maestro. Mandaste a Simón Zelote y a Judas de Keriot a Betania, ¿no es verdad? Por aquella niña hebrea que te han dado las romanas y que has enviado a Nique...».

«Sí. ¿Y entonces?».

«Maestro... Debo darte un dolor... ¿Maestro, Tú eres un Rey del espíritu y no piensas de ninguna manera en reinos terrenos?».

«¡Que no, Juana! ¿Cómo puedes pensar esto todavía?».

«Maestro, es para sentir de nuevo la alegría de verte divino, sólo divino. Pero, precisamente porque lo eres, te he de dar un dolor... Maestro, el hombre de Keriot no te comprende, y no comprende a quien te respeta como sabio, como gran filósofo, como Virtud sobre la Tierra, y aunque sólo sea por eso ya te admira y se profesa protectora tuya. Es extraño que unas mujeres paganas comprendan lo que un apóstol tuyo no comprende, después de estar contigo desde hace tanto...».

«Le ciega la humanidad, el amor humano».

«Le disculpas... Pero te perjudica, Maestro. Mientras Simón hablaba con Plautina, Lidia y Valeria, Judas habló con Claudia, en tu nombre, como embajador tuyo. Quería arrancarle promesas para una restauración del reino de Israel. Claudia le hizo *muchas* preguntas... Él habló *mucho*. Ciertamente piensa que está a las puertas de su sueño demencial, en las regiones donde el sueño se transforma en realidad. Maestro, Claudia se ha enojado por esto. Es hija de Roma... Lleva el imperio en su sangre... ¿Querer Tú que ella, precisamente ella, hija de los Claudios, vaya contra Roma! Ha sido para ella

un choque tan hondo, que ha dudado de ti y de la santidad de tu doctrina. Ella todavía no puede concebir, comprender la santidad de tu origen... Pero llegará a ello, porque tiene buena voluntad. Llegará a ello cuando se haya tranquilizado respecto a ti. Ahora le apareces como rebelde, usurpador, ambicioso, falso... Plautina y las otras han tratado de infundirle seguridad... Pera ella quiere una respuesta inmediata y tuya».

400.6 [6]«Dile que no tema. Yo soy el Rey de los reyes, el que los crea y los juzga, y no tendré trono alguno aparte del del Cordero, primero inmolado, luego triunfante en el Cielo. Transmíteselo inmediatamente».

«Sí, Maestro. Iré yo personalmente. Antes de que dejen Jerusalén, porque Claudia está tan enojada que no sigue ya más tiempo en la Antonia... para no... ver a los enemigos de Roma, dice».

«¿Quién te ha dicho esto?».

«Plautina y Lidia. Vinieron... y Cusa estaba presente... y después... me puso en el dilema: o Tú eres el Mesías espiritual o dejarte para siempre».

En el rostro de Jesús, palidecido de dolor por lo que ha contado Juana, se ve una sonrisa de cansancio, y dice: «¿Cusa no viene aquí?».

«Mañana es sábado y estará él».

«Y Yo le tranquilizaré. No temas. Ninguno tema. Ni Cusa por su puesto en la Corte, ni Herodes por posibles usurpaciones, ni Claudia por amor a Roma, ni tú por miedo a haberte equivocado, a verte separada... Ninguno tema... Sólo yo debo temer... y sufrir...».

«Maestro. No hubiera querido darte este dolor. Pero callar hubiera sido un engaño... Maestro, ¿cómo te vas a comportar con Judas?... Tengo miedo de sus reacciones... por ti, que conste que es por ti...».

«Con verdad. Haciéndole comprender que estoy al corriente de las cosas y que desapruebo su acción y su obstinación».

«Me odiará, porque comprenderá que lo sabes por mí...».

«¿Te duele?».

«Tu odio me dolería, no el suyo. Soy mujer, pero más viril que él en servirte. Yo te sirvo porque te amo, no para recibir honores de ti. Si mañana por ti perdiera las riquezas, el amor de mi marido e incluso la libertad y la vida, te amaría más todavía. Porque entonces Tú serías el único para mi amor y para amarme» dice Juana, con ímpetu, poniéndose de pie.

400.7 [7]También Jesús se levanta y dice: «Bendita tú, Juana, por estas palabras. Y quédate tranquila. Ni el odio ni el amor de Judas pueden alterar lo que está escrito en el Cielo. Mi misión será cumplida como

está decidido. No tengas remordimientos, nunca. Estáte tranquila como el pequeño Matías, que después de haber trabajado en hacerle una casa, según él más bonita, a su grillo, se ha dormido con la frente contra unos pétalos de rosa, y sonríe... creyendo tenerla sobre las rosas. Porque es bonita la vida cuando uno es inocente. Yo también sonrío, a pesar de que mi vida humana no tiene flores, sino pétalos deshojados, lacios. Pero en el Cielo tendré todas las rosas de los salvados... Ven. Está anocheciendo. Dentro de poco ya no veremos el sendero».

Juana hace ademán de tomar al niño en brazos.

«Deja... Le tomo yo. ¡Mira cómo sonríe! Sin duda está soñando con el Cielo. Con su mamá. Y contigo... Yo también, en mis penas de todas las horas, sueño con el Cielo, con mi Madre y con las buenas discípulas».

Y lentamente se encaminan hacia la casa...

401. Pedro y Bartolomé en Béter por un grave motivo. Éxtasis de la escritora.

13 de marzo de 1946.

[1]Jesús pasea entre las florestas de rosas, donde bulle el trabajo 401.1
de los recolectores. Halla así la manera de hablar con uno o con otro, y también con la mujer viuda y sus hijos, a la que Juana en la Pascua ha tomado, por su amor, a su servicio después del banquete de los pobres. Ya no parecen los mismos. Con nueva vitalidad, serenos, cumplen su trabajo con alegría, cada uno según sus propias capacidades, y los más pequeños, que verdaderamente no saben todavía ni siquiera distinguir una rosa de otra por el color o por la lozanía para escogerlas, juegan con otros pequeñuelos en los sitios más tranquilos, y sus gorjeos de pajarillos humanos todavía en el nido se unen a los de los implumes que pían, que chillan entre las frondas de los árboles para saludar a sus padres que regresan con la comida para sus bocas.

Jesús se acerca a estas pequeñas nidadas humanas, y se agacha, se interesa, acaricia, calma pequeñas riñas, levanta al que se ha caído y gimotea, sucio de tierra, arañadas con el suelo la frente o las manitas. Y los llantos, las riñas, los celos, cesan de golpe con la caricia y la palabra del Inocente a los inocentes, o se transforman incluso en el ofrecimiento del objeto causa de la discusión o de la caída (el escarabajo dorado, la piedrecita de color o brillante, una flor cortada, etc.)... Jesús tiene llenas de estas cosas las manos y el cinturón, y,

cuando deposita escarabajos y mariquitas entre el follaje, restituyéndolos así a la libertad, lo hace sin ser visto.

¡Cuántas veces he notado el perfecto tacto de Jesús incluso con los más pequeños, para no herirlos, para no defraudarlos! Tiene el arte y el atractivo para saber mejorarlos y para hacerse querer, con cosas aparentemente insignificantes, aunque en realidad son perfecciones de amor adaptado a la pequeñez del niño...

401.2 Como a mí. [2]¡A mí me ha tratado siempre como a un "niño" para mejorar mi miseria, para hacerse querer! Después, cuando le he amado con todo mi ser, ha apretado la mano, me ha tratado como adulta, sordo a mis súplicas: «¿Pero no ves que soy una inútil?». Ha sonreído y me ha obligado a hacer obras de adultos... ¡Oh! Sólo cuando la pobre María está toda llena de aflicción, Él vuelve a ser el Jesús de los niños para mi pobre alma, tan incapaz, y se muestra satisfecho de... mis escarabajos y mis piedrecitas... y mis florecillas... de lo que logro darle... y me muestra que los ve bonitos... y que me ama porque soy «la nada que se abandona, se pierde, en el Todo».

¡Querido Jesús mío! ¡Amado, amado hasta la locura! ¡Amado con todo mi ser! ¡Sí, lo puedo proclamar! En la vigilia de mi año 49, examinándome atentamente, en la vigilia de la sentencia humana sobre mi obra como portavoz, escudriñando atentamente mi espíritu y toda mí misma para descifrar las palabras verdaderas que hay en mí, puedo decir que ahora amo, comprendo que amo a mi Dios con todo mi ser. He tardado 48 años en llegar a este amor total, tan total que excluye un pensamiento de temor personal en vistas de una condena, teniendo tan sólo una profunda aflicción por la repercusión que ésta pudiera tener en almas que yo he llevado a Dios, que estoy convencida de que han sido redimidas por el Jesús vivo dentro de mí, y que se separarían de la Iglesia, anillo de enlace entre la humanidad y Dios.

Dirán algunos: «¿No te da vergüenza haber tardado tanto?». No, en absoluto. Era tan débil, tan nada, que he tardado todo este tiempo. Y además estoy convencida de que he tardado exactamente el tiempo que Jesús ha querido. Ni un minuto más ni un minuto menos; porque — esto puedo decirlo — desde que empecé a comprender qué es Dios, no le he negado a Dios nada. Desde cuando, teniendo yo cuatro años, le *sentía tan omnipresente*, que creía incluso que estaba en la madera del respaldo de la silla en que me sentaba y le pedía disculpa por darle la espalda y por apoyarme en Él; desde cuando, también a los cuatro años, hasta en el sueño meditaba que nuestros pecados le habían herido y matado, y me ponía de pie encima de mi cama, suplicando, vestida con mi camisón de noche, sin mirar a ningún cuadro sagrado, sino volviéndome a mi Amado matado por noso-

tros, suplicando: «¡Yo no! ¡Yo no! ¡Quítame la vida, pero no me digas que yo te he herido!». Y así sucesivamente...

Amor mío, Tú conoces mis ardores, no desconoces ni siquiera uno... Tú sabes que bastaba que se perfilase una propuesta tuya para que ya *inmediatamente* fuera aceptación en tu María. Aunque me propusieras que te diera mi amor de novia — es más, precisamente entonces, en la Navidad del 21, se reafirmó mi amor por ti —, o el amor de los parientes o la vida o la salud o la comodidad... y que, cada vez más, fuera una "nada" en la vida social, un desecho, mirado por el mundo con compasión o burla... Una que no puede tomar un vaso de agua si tiene sed si no hay quien se lo acerque, una que está clavada como Tú, como Tú, y como he deseado tanto estarlo, y como quisiera en seguida volver a estar si Tú me curaras. ¡Todo! La nada ha dado todo, su todo de criatura... Bien, pues también ahora, también ahora, que puedo ser juzgada negativamente, que puedo sufrir interdicción, que pueden actuar contra mí, ¿qué te digo? «Déjame a ti, déjame tu Gracia. Todo el resto es nada. Lo único que te ruego es que no me suspendas tu amor y que no permitas que los que te he dado vuelvan a caer en las tinieblas».

¿Pero, a dónde he ido, oh Sol mío, mientras paseas entre los rosales? A donde mi corazón, que ha hecho esfuerzo de amor por ti, me lleva. Y late, y me enciende la sangre en las venas. Y la gente dirá: «Tiene fiebre y palpitaciones». No. Es que esta mañana te estás derramando en mí con la fuerza de un divino huracán de amor, y yo... y yo me anulo en ti, que me invades, y ya no coordino como criatura, y siento lo que debe ser el vivir de los serafines... y ardo y deliro y te amo, te amo, te amo. ¡Piedad, en tu amor! Piedad, si quieres que viva todavía para servirte, oh Amor divinísimo, eterno, oh Amor dulcísimo, oh Amor de los Cielos y de la Creación, Dios, Dios, Dios...

¡O... no... piedad, no! ¡Antes al contrario, más aún! ¡Hasta la muerte en la hoguera del amor! ¡Fundámonos! ¡Amémonos! Para estar en el Padre, como dijiste orando por nosotros: «Que estén (los que me aman) donde estamos Nosotros. *Que sean uno*». ¡*Uno*! Ésta es una de las afirmaciones del Evangelio que siempre me han hecho sumirme en un abismo de adoración amorosa. ¡Qué pediste para nosotros, mi Divino Maestro y Redentor! ¡Qué pediste, mi Divino loco de amor! Que nosotros seamos uno contigo, con el Padre, con el Espíritu Santo, porque quien está en Uno está en los Tres, ¡oh, inseparable y verdaderamente libre Trinidad del Dios uno y trino! ¡Bendito! ¡Bendito! ¡Bendito con cada uno de mis latidos y respiros!...

[3]Pero volvamos a la visión, porque veo venir con paso veloz, tanto 401.3
que sus vestiduras se mueven como una vela azotada por el viento, a

Pedro, seguido por Bartolomé, que camina más tranquilo. Se presenta repentinamente a espaldas del Maestro, que está agachado acariciando a unos lactantes — los cuales son, sin duda, hijos de recolectoras — puestos en unos traspuntines a la sombra fresca de las plantas. «¡Maestro!».

«¡Simón! ¿Cómo es que estás aquí? ¿Y tú, Bartolomé? Teníais que partir mañana por la tarde, después de la puesta de sol del sábado...».

«Maestro, no nos regañes... Escúchanos antes».

«Os escucho. Y no os regaño, porque pienso que habréis desobedecido por un grave motivo. Solamente aseguradme que ninguno de vosotros está herido o enfermo».

«No, no, Señor. No nos ha sucedido ningún mal» se apresura a decir Bartolomé.

Pero Pedro, siempre sincero e impulsivo, dice: «¡Mmm! Yo por mí digo que hubiera sido mejor si tuviéramos todos las piernas rotas, o incluso la cabeza, antes que...».

«¿Qué ha sucedido entonces?».

«Maestro, hemos pensado que era mejor venir para acabar con...» está diciendo Bartolomé cuando Pedro le interrumpe: «¡Pero habla más deprisa!». Y termina: «Judas es un verdadero demonio desde que te has marchado. Ya no podíamos hablar, no razonaba. Ha discutido con todos... Y ha escandalizado a todos los dependientes de Elisa y a otras personas...».

«Quizás se ha puesto celoso porque has tomado a Simón contigo...» dice Bartolomé queriendo disculpar, al ver que la cara de Jesús se pone muy severa.

«¡Qué van a ser celos! ¡Deja de una vez de disculparle!... O riño contigo para desahogarme de no haber podido reñir con él... ¡Porque, Maestro, he logrado estar callado! ¡Fíjate! ¡Estar callado! Por pura obediencia y amor a ti... ¡Pero qué esfuerzo! Bien. En un momento en que Judas se marchó, dando portazos, hemos deliberado entre nosotros... y hemos pensado que era mejor partir para poner fin al escándalo en Betsur y... evitar... darle unos guantazos... Y yo y Bartolomé nos hemos marchado inmediatamente. He rogado a los otros que me dejaran marcharme en seguida, antes de que él volviera... porque... porque sentía realmente que no me iba a contener ya más... Esto es. He dicho. Ahora corrígeme, si te parece que he cometido un error».

«Has hecho bien. Habéis hecho todos bien».

«¿También Judas? ¡Ah, no, mi Señor! ¡No digas esto! ¡Ha dado un espectáculo indigno!».

«No. Él no ha hecho bien. Pero no le juzgues».

«...No, Señor...». El "no" sale con mucho esfuerzo.

[4]Un momento de silencio. Luego Pedro pregunta: «¿Me dices, al 401.4
menos, por qué Judas, de repente, se ha vuelto así? ¡Parecía haberse vuelto tan bueno! ¡Se estaba tan bien! Yo había hecho oraciones y sacrificios para que continuara... Porque no puedo verte afligido. Y Tú estás afligido cuando nos causamos daño... Y, desde las Encenias, sé
* que incluso el sacrificio de una cucharada de miel tiene valor... Esta verdad me la ha tenido que enseñar un discípulo, el más pequeño de los discípulos, un pobre niño, a mí, tu apóstol necio. Pero no la he desatendido. Porque he visto su fruto. Porque también yo, que soy un zopenco, he comprendido algo por luz de la Sabiduría que se ha inclinado benigna hacia mí, que ha bajado hasta mí, hasta el rudo pescador, hasta el hombre pecador. He comprendido que es necesario amarte no sólo con las palabras, sino salvándote las almas con nuestro sacrificio. Para darte una alegría. Para no verte así como estás ahora, como estabas en Sebat. Tan pálido y triste, mi Maestro y Señor que no somos dignos de tenerte, que no te comprendemos: nosotros, gusanos al lado de ti, Hijo de Dios; nosotros, lodo al lado de ti, Estrella; nosotros, tinieblas al lado de ti, Luz. ¡Pero no ha servido para nada! ¡Para nada! Es verdad. Mis pobres ofrendas... tan pobres; tan defectuosas... ¿Y para qué iban a servir? Ha sido soberbia mía, creer que pudieran servir... Perdóname. Pero te he dado cuanto tenía. Me he ofrecido para darte todo lo que tengo. Y creía estar justificado porque te he amado, oh mi Dios, con *todo* mi ser, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, como está escrito. Y
* ahora comprendo también esto y lo digo yo también como dice siempre Juan, nuestro ángel, y te ruego (y se arrodilla a los pies de Jesús) que aumentes tu amor en tu pobre Simón, para que aumente mi amor por ti, oh mi Dios». Y Pedro se agacha a besar los pies de Jesús, y se queda así. Bartolomé, que ha estado escuchando, admirando y asintiendo, hace lo mismo.

«Alzaos, amigos. Mi amor crece sin pausa en vosotros, y crecerá cada vez más. Y benditos seáis por el corazón que tenéis. [5]¿Cuándo 401.5
van a venir los otros?».

«Antes de la puesta del Sol».

«Está bien. También Juana y Elisa y Cusa volverán antes del ocaso. Pasaremos el sábado aquí y luego partiremos».

«Sí, Señor. ¿Pero para qué te ha llamado Juana con tanta urgencia? ¿No podía esperar? ¡Estaba ya concordado que vendríamos aquí!

---

* *Esta verdad...* en 311.3/5.
* *digo yo también como dice... Juan*, en 149.6.

¡Con su imprudencia ha causado un buen jaleo!...».

«No la acuses, Simón de Jonás. Ha actuado por prudencia y amor. Me ha llamado porque había almas cuya buena voluntad había que confirmar».

«¡Ah! Entonces ya no hablo más... Pero, Señor, ¿por qué Judas se ha alterado de esa forma?».

«¡No pienses en ello! ¡No pienses en ello! Goza de este Edén, todo flores y paz. Goza de tu Señor. Y deja, y olvida, las formas peores de la humanidad, sus asaltos contra el espíritu de tu pobre compañero. Lo único de debes recordar es orar por él, mucho, mucho. Venid. Vamos donde aquellos pequeños que nos miran asombrados. Hace poco les estaba hablando de Dios, de alma a alma, con el amor, y a los más grandecitos con las bellezas de Dios...». Y echa sus brazos alrededor del talle de sus dos apóstoles, para dirigirse a un círculo de niños que le esperan.

402. Judas Iscariote se siente descubierto durante el discurso de despedida en Béter.

16 de marzo de 1946.

402.1 [1]No sé cómo voy a poder escribir porque estoy agotada a causa de los continuos ataques cardíacos diurnos y nocturnos... Pero veo, y debo escribir.

Veo a Jesús en la parte de delante del palacio de Juana en Béter. Ahí el jardín que precede a la casa se ensancha, formando como dos alas verdes en forma de tenaza, creando así una pequeña explanada semicircular, desnuda de árboles en el centro, pero limitada en los bordes por árboles muy altos y añosos, frondosos, que, con la brisa que corre por esta cima de colina, susurran levemente su frufrú y proyectan una propicia sombra para protección del Sol cuando éste está en occidente. Debajo de los árboles, un seto de rosas pone un semicírculo de colores y fragancias como linde de la explanada.

La hora se acerca al ocaso, porque el Sol, que — estando este castillo sobre un lugar elevado — se ve nítidamente descender por un buen arco de horizonte, está para ocultarse detrás de los montes que hay a occidente y que Andrés señala a Felipe recordando el miedo de los dos, allí, en Bet-Yinna, por tener que anunciar al Señor. Se comprende que en estos montes está Bet-Yinna, donde el Señor, hace un año, curó a la hija del posadero, al principio de su peregrinaje hacia las orillas mediterráneas, si recuerdo bien. Estoy sola y no puedo pedir que me den los fascículos de hace unos meses, para confrontar; y

mi cabeza no es capaz de recordar.

Están presentes todos los apóstoles. No sé cómo ha tenido lugar el encuentro de Jesús con Judas. Aparentemente en el mejor de los modos, porque no noto caras serias ni alteradas, y Judas se muestra desenvuelto, alegre, como si no pasara nada; tanto que es todo amabilidad incluso con los subalternos más humildes, cosa que no es muy fácil en él y que desaparece del todo cuando está inquieto.

Está todavía Elisa, y también Anastática, que ha venido, sin duda, con los apóstoles y la doméstica de Elisa. Y está Cusa, respetuoso todo, con Matías de la mano; y Juana, junto a Elisa, con la pequeña María al lado. Y Jonatán está detrás de su ama.

Frente a Jesús — a quien protege del sol, que todavía cae sobre esta fachada occidental, un toldo tendido sobre unas cuerdas y unos postes, como un baldaquino — están todos los domésticos y jardineros de Béter, y no son sólo los habituales, sino también los adventicios, tomados del pueblo que depende del castillo. Están a la sombra fresca del frondoso semicírculo, protegidos del sol, silenciosos, alineados, esperando la bendición de Jesús, que parece ya próximo a la partida, en espera sólo de que el ocaso señale el final del sábado.

[2]Jesús habla ahora con Cusa; están un poco retirados. No sé qué 402.2
le dice, porque hablan en voz baja. Pero veo que Cusa se prodiga en reverencias y en declaraciones de garantías, poniéndose la mano derecha en el pecho como para decir: «Empeño mi palabra, estáte seguro de que por mi parte» etc. etc.

Los apóstoles, discretos, se han reunido en un ángulo. Pero ninguno les puede impedir observar, y, si en el rostro de Pedro y Bartolomé se ve la sencilla mirada de quien sabe ya un poco de qué se trata, en el rostro de los otros, menos Judas, hay aprensión, una expresión triste, especialmente en los rostros de Santiago de Alfeo, Juan y Simón y Andrés, mientras que Judas de Alfeo parece casi inquieto y severo; el otro Judas, que quiere aparecer desenvuelto, mira más que todos, y parece querer descifrar, por los movimientos de las manos, de los labios, lo que Jesús y Cusa dicen.

Las discípulas, calladas, respetuosas, también observan, y Juana sonríe involuntariamente, con un poco de ironía en medio de su tristeza, y parece compadecer a su esposo cuando Cusa, alzando la voz al final del coloquio, proclama: «Mi deuda de gratitud es tal, que de ninguna manera podré jamás quedar desobligado. Por tanto, te concedo lo que más amo: mi Juana... Pero debes comprender mi prudente amor por ella... El enojo de Herodes... su legítima defensa... se habrían descargado en forma de represalias contra nuestros bienes, contra... contra nuestro poder... y Juana está habituada a estas co-

sas, está delicada... necesita estas cosas... Yo tutelo sus intereses. Pero te juro que ahora que estoy seguro de que Herodes no se va a enojar conmigo, como contra un siervo suyo cómplice de un enemigo, te voy a servir con absoluta alegría y nada más, y concederé a Juana toda libertad...».

«Está bien. Pero recuerda que trocar los bienes eternos por un breve honor humano es como trocar la primogenitura por un plato de lentejas. Y mucho peor todavía...».

Las discípulas han oído estas palabras. Pero también los apóstoles. Y, mientras que a la mayor parte les sabe a discurso académico, Judas de Keriot percibe en ellas un sabor especial: cambia de color y de expresión, y echa una mirada entre asustada e irritada a Juana... Intuyo que hasta este momento Jesús no ha hablado de cuanto ha sucedido, y que sólo ahora Judas tiene la primera sospecha de que su juego ha sido descubierto.

402.3 [3]Jesús se vuelve a Juana y le dice: «Bueno, pues ahora vamos a complacer a la buena discípula. Voy a hablar, como has deseado, a tus dependientes antes de partir».

Da unos pasos hacia delante, hasta el límite de sombra que se va alargando cada vez más, debido a que el Sol va descendiendo, va descendiendo lentamente (parece ya una naranja cortada por la base, y cada vez más se va ensanchando el corte, a medida que el astro va bajando por detrás de los montes de Bet-Yinna, dejando un enrojecimiento de fuego en el cielo terso).

«Amados amigos Cusa y Juana, y vosotros, servidores buenos de ella, que ya conocéis al Señor por boca de mi discípulo Jonatán, desde hace muchos años, y por boca de Juana desde cuando es fiel discípula mía, escuchad.

Me he despedido de todos los lugares judíos donde tengo mayor número de discípulos, por obra de mis primeros discípulos, los pastores, y también por la respuesta coherente al Verbo, que ha pasado instruyendo para salvar. Ahora me despido de vosotros, porque no volveré nunca más a este Edén, bellísimo (no tanto por los rosales y la paz que reinan en él, y no sólo por la buena ama que en él es reina, cuanto porque aquí se cree en el Señor y se vive según su Palabra). ¡Un paraíso! Sí. ¿Qué era el paraíso de Adán y Eva? Un espléndido jardín donde se vivía sin pecado y donde resonaba la voz de Dios, amada, acogida con alegría por sus primeros dos hijos...

402.4 [4]Ahora bien, Yo os exhorto a vigilar para que no os suceda lo que sucedió en el Edén: no suceda que se introduzca la serpiente de la mentira, de la calumnia, del pecado, y os muerda en el corazón y os separe de Dios. Vigilad y manteneos firmes en la Fe... No os turbéis.

No hagáis actos de incredulidad, lo cual podría suceder porque el Maldito entrará, tratará de entrar, por todas partes, como ya ha entrado en muchos lugares, para destruir la obra de Dios. Y mientras que entre en los lugares, el Perspicaz, el Astuto, el Incansable, y escudriñe y se ponga a la escucha y tienda asechanzas y desbabe y trate de seducir, poco mal será todavía. Nada ni nadie pueden impedirle que lo haga. Lo hizo en el Paraíso Terrenal... *Pero un mal mayor es dejarle estar y no echarle.* El enemigo que no se expulsa acaba haciéndose amo del lugar, porque se instala en él y en él construye sus defensas y sus ofensas. Id a la caza de él en seguida, ponedle en fuga usando el arma de la fe, de la caridad, de la esperanza en el Señor. Pero es sumo mal cuando no sólo se le deja vivir tranquilamente entre los hombres, sino que se le deja penetrar desde el exterior hasta el interior, y se le deja hacer un nido en el corazón del hombre. ¡¡Ah, entonces!!

Y, a pesar de todo, ya muchos hombres le han acogido en su corazón, contra Cristo. Han acogido a Satanás con sus malas pasiones, arrojando fuera a Cristo. Y si no hubieran conocido todavía a Cristo en su verdad; si su conocimiento hubiera sido superficial, como se conocen unos viandantes que se ven por casualidad en un camino, muchas veces sólo mirándose un momento, desconocidos que se ven por primera y última vez, otras veces intercambiando solamente algunas palabras para preguntar el camino procedente, para pedir un poco de sal, o yesca para encender el fuego, o el cuchillo para preparar la carne; si así hubieran conocido a Cristo estos corazones que ahora, y más mañana, cada vez más, arrojan a Cristo para dejar espacio a Satanás... aún podrían ser compadecidos y tratados con misericordia, por ser ignorantes respecto a Cristo. Pero, ¡ay de aquellos que me conocen como lo que soy, realmente, que se han nutrido de mi palabra y de mi amor, y ahora me arrojan afuera, acogiendo a Satanás, que los seduce con falaces promesas de triunfos humanos cuya realidad será la eterna condenación!

Vosotros, vosotros que sois humildes y no soñáis tronos ni coronas, vosotros que no buscáis las glorias humanas, sino la paz y el triunfo de Dios, su Reino, su amor, la vida eterna, y sólo esto, no los imitéis jamás. ¡Vigilad! ¡Vigilad! Conservaos limpios de corrupciones, fuertes contra las acusaciones malignas, contra las amenazas, contra todo».

Judas, que ha comprendido que Jesús sabe algo, ha tomado el aspecto de una máscara térrea de hiel. Sus ojos lanzan fulgores malignos contra el Maestro y contra Juana... Se retira, detrás de sus compañeros, como para apoyarse en la pared. En realidad lo hace para

que no se vea su contrariedad.

402.5 [5]Jesús prosigue después de una breve interrupción, colocada como para separar la primera parte del discurso de la segunda. Dice:

«Hubo un tiempo en que el yizreelita Nabot tenía una viña junto * al palacio de Ajab, rey de Samaria. Una viña de sus padres, muy apreciada, por tanto, por su corazón, casi sagrada para él porque era la herencia que su padre le había dejado tras haberla heredado a su vez de su padre, y éste del suyo, y así sucesivamente. Generaciones de parientes habían sudado en aquella viña para que fuera cada vez más pujante y hermosa. Nabot la apreciaba mucho. Ajab le dijo: "Cédeme tu viña, que está pegando a mi casa y me servirá para hacerme una huerta para mí y los que viven conmigo. Yo en cambio te daré una viña mejor, o dinero si lo prefieres". Pero Nabot respondió: "Siento no complacerte, oh rey. No puedo complacerte. Esta viña me viene en herencia de mis padres y me es sagrada. Dios me guarde de darte la herencia de mis padres".

Vamos a meditar esta respuesta. Se medita en ella demasiado poco, y demasiados pocos en Israel meditan en ella. Los otros, la mayoría, los que he mencionado antes, que con facilidad arrojan afuera a Cristo para acoger a Satanás, no tienen mucho respeto hacia la herencia de sus padres, y, con tal de tener mucho dinero o mucho terreno, o sea, los honores y la seguridad de que no los suplanten fácilmente, aceptan ceder la herencia de sus padres, o sea, la idea mesiánica en lo que ella es verdaderamente, como ha sido revelada a los santos de Israel, y que debía ser sagrada en todos sus detalles sin manipular en ella, sin alterarla, sin rebajarla con limitaciones humanas. ¡Cuántos, cuántos, cuántos truecan la luminosa idea mesiánica, enteramente santa y espiritual, por un títere de regiedumbre humana, agitado como un espantajo para perjuicio de la autoridad o blasfemo contra la verdad!

402.6 [6]Yo, Misericordia, no llego a maldecirlos con las tremendas maldiciones de Moisés contra los transgresores de la Ley. Pero detrás de la Misericordia está la Justicia. ¡Deben recordarlo todos! Yo, por mi parte, les recuerdo a éstos — y, si entre los presentes hay alguno de éstos, que reciba la corrección con corazón bueno —, les recuerdo otras palabras de Moisés, dichas para los que querían ser más de lo * que Dios había establecido para ellos.

Dijo Moisés a Coré, Datán y Abirón, que se consideraban santos al igual que Moisés y Aarón y se oponían a ser sólo hijos de Leví en

---

* *Hubo un tiempo...* es el comienzo del episodio reseñado en *1 R 21.*

* *otras palabras de Moisés* son las de *Números 16, 4-7* (en el contexto del episodio que ocupa todo el capítulo 16), como anota MV en una copia macanografiada.

el pueblo de Israel: "Mañana el Señor dará a conocer quién le pertenece y dejará que se acerquen a Él los santos; aquellos a quienes haya elegido se acercarán a Él. Meted fuego en vuestro incensario y, en el fuego, incienso delante del Señor, y venid vosotros y los vuestros con Aarón. Y veremos a quién elige el Señor. ¡Os ensalzáis un poco demasiado, hijos de Leví!".

Vosotros, buenos israelitas, conocéis cuál fue la respuesta de Dios a los que se querían ensalzar un poco demasiado, olvidándose de que el único que destina los puestos de sus hijos y elige es Dios, y elige con justicia, y elige hasta el punto exacto. Yo también tengo que decir: "Hay algunos que se quieren ensalzar un poco demasiado, y serán castigados de forma que los buenos comprendan que aquellos han blasfemado contra el Señor".

Los que truecan la idea mesiánica, tal y como la ha revelado el Altísimo, por la pobre idea *suya*, humana, onerosa, limitada, vindicativa, ¿no son, acaso, semejantes a aquellos que querían juzgar la santidad de Moisés y Aarón? ¿No os parece que los que, con tal de alcanzar su objetivo, la realización de su pobre idea, quieren tomar propias iniciativas motu proprio, considerándolas soberbiamente más justas que las de Dios, no os parece que quieren ensalzarse un poco demasiado y que quieren pasar ilegalmente de estirpe de Leví a estirpe de Aarón? Aquellos que sueñan con un pobre rey de Israel y le prefieren al Rey de reyes espiritual, aquellos que tienen por pupilas, enfermas, la soberbia y la ambición — por lo cual ven deformadas las verdades eternas que están escritas en los libros santos — y a los cuales la fiebre de una humanidad concupiscente les hace incomprensibles las palabras clarísimas de la Verdad revelada, ¿no son, acaso, los que truecan por una insignificancia sin valor la herencia de toda la estirpe, la más sagrada herencia?

Pero, aunque ellos lo hagan, *Yo no trocaré* la herencia del Padre y de los padres, y moriré fiel a esta promesa, que vive desde cuando la redención fue necesaria, fiel a esta obediencia que *existe desde siempre*, porque Yo no he defraudado nunca a mi Padre y nunca le defraudaré por temor a la muerte, por horrenda que sea. Se procuren los enemigos los falsos testigos, finjan celo y práctica perfectas. No cambiará esto ni su delito ni mi santidad. Mas aquel y aquellos que — cómplices suyos después de haber sido sus corruptores — crean poder extender la mano sobre lo que es *mío*, hallarán en la Tierra a perros y buitres para ingerir su cuerpo y su sangre, y en el Infierno a demonios para ingerir su sacrílego espíritu, sacrílego y deicida.

[7]Os he dicho esto para vuestro conocimiento. Para que todos tengáis conocimiento, y quien sea malvado pueda arrepentirse mientras 402.7

pueda hacerlo, imitando a Ajab, y quien es bueno no sea turbado en la hora de las tinieblas.

¡Oh, hijos de Béter, adiós! Que el Dios de Israel esté siempre con vosotros y la Redención haga descender su rocío sobre un campo limpio, para que en él se abran todas las semillas que el Maestro, que os ha amado hasta la muerte, ha esparcido en vuestros corazones».

Jesús los bendice y los mira mientras ellos se marchan lentamente. Ya se ha puesto el Sol, del cual, como recuerdo, queda sólo un color rojo, que se va apagando lentamente, pasando a violáceo. El reposo sabático ha terminado.

Jesús puede partir. Besa a los pequeños, saluda a las discípulas, saluda a Cusa. Y en el umbral de la cancilla se vuelve y dice fuerte, para que todos oigan: «Hablaré, cuando pueda, a esas criaturas. Pero tú, Juana, preocúpate de hacerles saber que en mí sólo se halla el enemigo del pecado y el rey del espíritu. Y recuérdalo tú también, Cusa. Y no temas. Ninguno debe tener miedo de mí. Ni siquiera los pecadores, porque soy la Salud. Sólo los impenitentes hasta la muerte deben tener miedo de Cristo, Juez después de haber sido el Todo Amor... La paz sea con vosotros». Y es el primero en salir, y empieza a bajar...

403. Una lucha y victoria espiritual de Simón de Jonás.

25 de marzo de 1946. In Nomine Domini.

403.1 [1]Y te aferro por fin de nuevo, dulce Evangelio, santo seguimiento de mi Maestro por los caminos de Palestina. Llevadas a cabo todas las obediencias, vuelvo a ti; mejor dicho, vuelves a mí.

No sé si hay alguien que reflexione sobre la lección muda, pero muy formativa, que da el Señor con sus silencios, causados por tres motivos distintos: Iº, la piedad por la debilidad del portavoz enfermo, a veces verdaderamente a los bordes de la muerte; IIº, el castigo del silencio para quien no se comporta bien respecto a su don; IIIº, la lección que me da — y es de ésta de la que quiero hablar — del deber de obedecer *siempre,* aunque sea una obediencia que nos pueda parecer inferior al trabajo que por ella suspendemos.

¡Oh, no es fácil ser "voz"! Se vive siempre en un ejercicio continuo de vigilancia y obediencia. Y Jesús — Él, que es el Amo del mundo — no se permite hacer transgredir la obediencia que está cumpliendo su instrumento, cuando es una obediencia dada por quien goza de competencia para poder darla.

Yo, en estos días, debía obedecer a las cosas que me había indica-

do el P. Migliorini; eran muy burocráticas y, por tanto, muy latosas. Pero Jesús no ha intervenido en ningún momento, porque *debía* llevar a cabo la obediencia. Y además exacta, *total*, como ayer dijo Azarías en su explicación de la Santa Misa. *

Pero ahora, hecho todo, te puedo contemplar, oh mi Señor que desciendes por los caminos escarpados hacia el fértil valle, dejando a tus espaldas el castillo de Béter, aún luminoso en este día que ya muere, allá arriba, en lo alto de su collado florido... Dejando allá arriba el amor de las discípulas, de los niños, de los humildes, y bajando hacia los caminos que van a Jerusalén, hacia el mundo, hacia abajo... Y no son más obscuros que las cimas sólo porque sean "valle" — y, por tanto, el sol, la luz, desde hace un rato se han ido —, sino porque, sobre todo porque abajo, en el mundo, está la emboscada, el odio... mucho mal hay esperándote, mi Señor...

403.2 [2]Jesús va delante de todos: forma blanca y silenciosa que, incluso descendiendo por los senderos incómodos y abruptos, tomados para acortar el recorrido, camina majestuosa. En la bajada, la larga túnica, el amplio manto, rozan el suelo de la pendiente, y Jesús parece ya envuelto en regio manto que forma cola tras sus pasos.

Detrás de Él, menos majestuosos, pero igualmente silenciosos, los apóstoles... El último, Judas, un poco distanciado, feo con su sombría rabia. Alguna vez los más simples — Andrés, Tomás — se vuelven a mirarle, y Andrés incluso le dice: «¿Por qué estás tan solo y tan atrás? ¿Te sientes mal?», lo cual provoca un áspero: «Preocúpate de ti» que sorprende a Andrés, mucho más considerando que la frase va acompañada de un epíteto vulgar.

Pedro es el segundo de la fila de los apóstoles (detrás de Santiago de Alfeo, que sigue inmediatamente al Maestro). Y Pedro oye, en medio del gran silencio de la noche en los montes. Y, como impulsado por un resorte, se vuelve. Está ya para volver hacia atrás impulsivamente, para ir donde Judas... pero se queda clavado con sus dos pies. Piensa un momento, corre donde Jesús. Le agarra un brazo bruscamente y le menea diciendo inquieto: «Maestro, ¿me aseguras que es exactamente como me has dicho la otro noche? ¿Que sacrificios y oraciones no quedan nunca frustrados, aunque parezca que no sirvan?...».

Jesús, manso, triste, pálido, mira a su Simón, que suda por el esfuerzo de no reaccionar inmediatamente al insulto, que está lívido, que incluso tiembla, que quizás le hace daño por lo rudamente que le

---

* *como ayer dijo Azarías* en uno de los comentarios a las Misas festivas, que forman parte del "Libro de Azarías".

tiene cogido el brazo, y responde con una sonrisa de triste paz: «No quedan nunca sin premio. Puedes estar seguro de ello».

403.3 [3]Pedro le deja, y va no a su sitio sino a la pendiente del monte, se mete entre los árboles y se desahoga rompiendo, rompiendo arbustos y árboles jóvenes con una violencia que estaba dirigida a otro lugar y que se descarga ahí, en los troncos.

«¿Pero qué haces? ¿Estás loco?» le preguntan varios.

Pedro no responde. Rompe, rompe, rompe. Se deja pasar por toda la fila de los apóstoles, por Judas... y rompe, rompe, rompe. Parece como si trabajara a destajo de tanta velocidad como imprime. A sus pies hay un haz que sería suficiente para asar un ternero. Se lo carga con dificultad y se pone a dar alcance a sus compañeros. No sé cómo lo logra, tan obstaculizado como está por el manto, el peso, la alforja, el sendero incómodo... pero va, muy curvado, como bajo un yugo...

Y Judas se ríe al verle venir, y dice: «¡Pareces un esclavo!».

Pedro tuerce con dificultad la cabeza desde debajo de su yugo y está para decir algo, pero calla, aprieta los dientes y sigue adelante.

«¿Te ayudo, hermano?» dice Andrés.

«No».

«Pero para un cordero es demasiada leña» observa Santiago de Zebedeo.

Pedro no responde. Prosigue así. Debe estar que no puede más, pero no cede.

403.4 [4]Por fin, cerca de una gruta que está casi al final de la bajada, Jesús se para, y con Él todos. «Nos detendremos aquí. Reanudaremos la marcha con las primeras luces» indica el Maestro. «Preparad la cena».

Entonces Pedro arroja al suelo su carga y se sienta encima, sin explicar a nadie el motivo de ese gran esfuerzo suyo. Hay leña por todas partes.

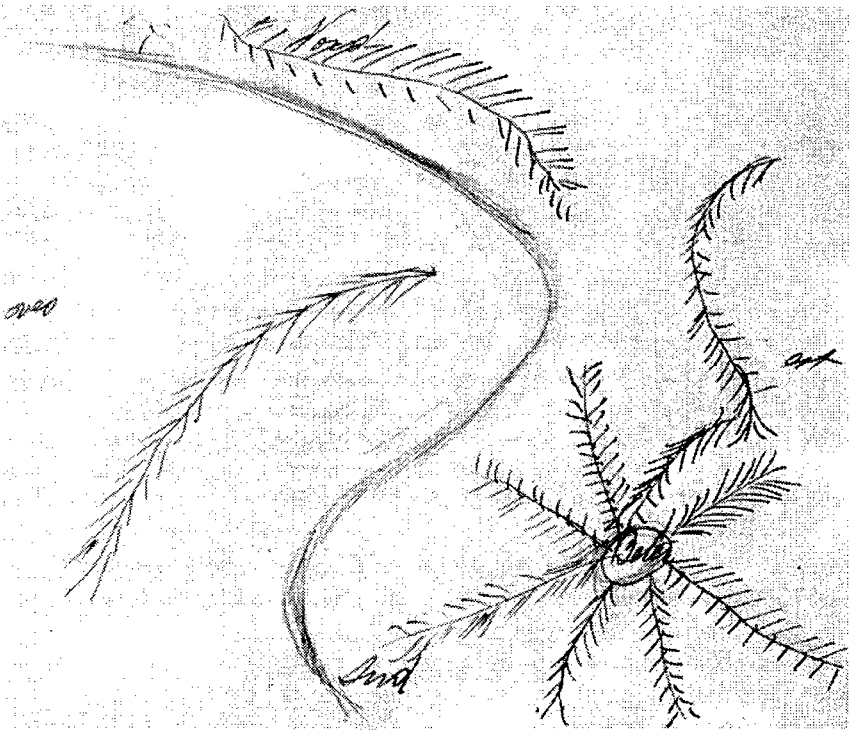
Pero, cuando unos van a un sitio y otros a otro, para tomar agua de beber, para limpiar el suelo de la gruta o para lavar el cordero que será asado, y Pedro se queda sólo con su Maestro, entonces Jesús, de pie, pone la mano en la cabeza entrecana de su Simón y acaricia esa cabeza honesta...

Entonces Pedro aferra esa mano y la besa, y la mantiene contra su cara y vuelve a besarla y la acaricia... Una gota desciende a la mano blanca, una gota que no es sudor del rudo y honesto apóstol, sino que es su llanto silencioso de amor y aflicción, de victoria después del esfuerzo.

Jesús se inclina, le besa y le dice: «¡Gracias, Simón!».

Pedro, la verdad, no es un hombre guapo; pero sucede que cuando echa hacia atrás la cabeza para mirar a su Jesús, que le ha besado y le ha dado las gracias porque ha comprendido, sólo Él ha comprendido, entonces la veneración y la alegría le hacen guapo...

* Y con esta transformación me cesa la visión.



404. En camino hacia Emaús de la llanura.

27 de marzo de 1946.

[1]El alba pone una luminosidad verde láctea en la bóveda del cielo, 404.1
alto sobre el valle fresco y silencioso. Y luego ese claror suyo tan indefinible, que es ya luz y no lo es todavía, baña las cimas de las dos vertientes. Parece acariciar levemente las partes más altas de los montes judíos; decir a los árboles añosos que las coronan: «Aquí estoy. Bajo del cielo. Vengo de oriente. Precedo a la aurora. Pongo en

* *me cesa la visión.* En el dibujo que a continuación reproducimos están indicados los cuatro puntos cardinales y, en el circulito señalado hacia el Sureste, Béter.

fuga las sombras. Traigo la luz, la laboriosidad, la bendición de un nuevo día que Dios os concede», y las cimas se despiertan con un suspiro de frondas, con el silbo de los primeros pájaros despertados por ese leve vibrar del follaje y ese primer claror. Y baja más el alba, a los matorrales del monte bajo, luego a las hierbas, luego a las laderas, cada vez más abajo, y la saludan gorjeos cada vez más numerosos entre las frondas, y rumores, entre las hierbas, de los lagartos despertados. Y llega al torrentillo del fondo, transforma sus aguas obscuras en un opaco cabrilleo de plata, que se va haciendo cada vez más limpio y brillante. Y arriba, entretanto, en el cielo, que apenas si había aclarado su añil nocturno en un celeste pálido verdoso de alba, marca sus pinceladas el primer anuncio de aurora, que pone celeste el cielo con notas de rosa... Y luego un cirro, delicado, esponjoso, ya todo de espuma rosada, surcando el cielo...

Jesús sale de la gruta y mira... Luego se lava en el torrente, se asea, se viste de nuevo, echa una ojeada dentro de la gruta... No llama... Sube al monte y va a orar encima de un pico que sobresale, ya tan elevado que concede un vasto radio de visibilidad sobre el oriente todo róseo de la aurora, y sobre el occidente aún penetrado de añil. Ora... ora ardientemente, de rodillas, apoyados los codos en la tierra, casi prono... Y ora así hasta que desde abajo suben las voces de los doce, que se han despertado y le llaman.

Se levanta. Responde: «¡Voy!». Y el eco del angosto valle repite varias veces el eco de la voz perfecta. El valle parece propagar a la llanura, que se vislumbra al Oeste, la promesa del Señor: «Voy», para que exulte anticipadamente.

Jesús se encamina con un suspiro y una frase que compendian su larga oración y la explican: «Y Tú, Padre, confórtame...».

Baja a buen paso y, en llegando abajo, saluda con una sonrisa dulcísima a sus apóstoles y con las palabras habituales: «La paz sea con vosotros en este nuevo día».

«También a ti, Maestro» responden los apóstoles. Todos.

404.2 [2]También Judas, que, no sé si es porque el silencio mantenido por Jesús, que no le ha reprendido y que le trata como a todos los otros, le ha tranquilizado o si es porque durante la noche ha meditado un plan en favor propio, está menos torvo y menos apartado. Es más, es precisamente él el que pregunta por todos: «¿Vamos a Jerusalén? Si vamos, hay que recorrer un poco de camino hacia atrás y tomar aquel puente; al otro lado hay un camino que va recto a Jerusalén».

«No. Vamos a Emaús de la llanura».

«¿Pero por qué? ¿Y Pentecostés?».

«Hay tiempo. Quiero ir a ver a Nicodemo y a José, por las llanu-

ras hacia el mar...».

«¿Pero para qué?».

«Porque no he estado todavía allí y ese pueblo me espera... Y porque así lo han deseado los buenos discípulos. Tendremos tiempo para todo».

«¿Te dijo eso Juana? ¿Para eso te llamó?».

«No había necesidad de ello. Me lo dijeron directamente a mí en los días de la Pascua. Y Yo cumplo».

«Yo no iría... Quizás estarán ya en Jerusalén... La fiesta está cercana... Y además... Podrías encontrar enemigos, y...».

«En todas partes encuentro enemigos, y los tengo siempre cerca...» y Jesús lanza una mirada que es una saeta al apóstol de su dolor...

Judas no dice nada más. ¡Demasiado peligroso es seguir adentrándose! Lo percibe y calla.

404.3 [3]Vuelven Juan y Andrés con unas frutas de pequeño tamaño, parecen de la familia de la frambuesa, o fresas grandes, pero son más obscuras, casi como moras no maduras; se las ofrecen al Maestro: «Te gustan. Las vimos ayer al anochecer y hemos subido a cogerlas para ti. Cómelas, Maestro. Son buenas».

Jesús acaricia a los dos buenos y jóvenes apóstoles, que le ofrecen sus frutos en una ancha hoja lavada en el torrente, y que, más que los frutos, le ofrecen su amor; escoge las frutitas mejores y da un poco de ellas a todos, que las comen con el pan.

«Hemos buscado leche para ti. Pero todavía no hay ningún pastor...» dice excusándose Andrés.

«No importa. Vamos a ponernos en marcha para estar en Emaús antes del calor intenso».

Y van caminando — los que tienen más apetito siguen comiendo — por el fresco valle, que se va haciendo cada vez más ancho y termina por desembocar en una fértil llanura en que ya bulle el trabajo de los segadores.

«No sabía que Nicodemo tuviera casas en Emaús» observa Bartolomé.

«No en, sino después de Emaús. Tierras que ha heredado de parientes...» explica Jesús.

«¡Qué bonita campiña!» exclama el Tadeo.

Efectivamente, es un mar de espigas de oro, en que están intercalados pomares de ensueño y viñas que ya prometen una gloria de racimos. Estando bien regada por los cercanos montes que vierten en ella innumerables torrentillos en los meses más necesitados de irrigación, y ciertamente dotada de venas de agua subterránea, es un verdadero edén agrícola.

«¡Mmm! Está más bonita que el año pasado» murmura Pedro. «Al menos hay agua y fruta...».

«La de Sarón está más bonita incluso» le responde el Zelote.

«¿Pero no es ya ésta?».

«No. Viene después de ésta. Pero en ésta ya se presiente la Llanura de Sarón...».

Los dos apóstoles se ponen a hablar entre sí, alejándose un poco.

404.4 [4]«¿Esto es de fariseos, no?» pregunta Santiago de Zebedeo, señalando la bonita campiña.

«De judíos, sin duda. Han cogido los lugares mejores usurpándoselos, con mil modos, a los primeros propietarios» le responde Judas Tadeo, que quizás recuerda los bienes paternos de Judea, de los cuales fueron expulsados, perdiendo mucho bienestar.

Judas Iscariote se da por aludido: «Si han sido cogidos es porque vosotros, galileos, sois menos santos, inferiores...».

«Te ruego que recuerdes que Alfeo y José eran de la estirpe de David. Tanto que el edicto les hizo ir a apuntarse a Belén de Judá. Y *Él* nació allí por esto» responde sereno Santiago de Alfeo, previniendo la respuesta punzante de su fogoso hermano y señalando al Señor, que está hablando con Mateo y Felipe.

«¡Ah! ¡Bueno! Yo lo que pienso es que buenos y malos hay en todas partes. En nuestras compraventas hemos tenido contacto con personas de todas las razas, y os aseguro que en todas he encontrado honestos y deshonestos. Y además... ¿por qué enorgullecerse de ser judíos? ¿Acaso lo hemos querido *nosotros*? ¡Mmm! ¡Sí tenía yo mucho conocimiento, cuando estaba en el seno de mi madre, de lo que era ser judío o galileo! Estaba allí... y estaba conforme. Luego, cuando nací, estuve entre pañales, bien calentito, sin preguntarme si el aire que respiraba era judío o galileo... Lo único que conocía era el pezón materno... Y, como yo, todos nosotros. Ahora, ¿por qué tomarse tan a pecho el que uno haya nacido más arriba y el otro más abajo? ¿No somos igualmente de Israel?» dice, bondadoso y justo, Tomás.

«Tienes razón, Toma» responde Juan. Y concluye: «Y además ahora somos de una única estirpe, la de Jesús».

«Sí, el cual — y creo que lo haya querido el Altísimo para enseñarnos que las divisiones atentan al amor al prójimo y que ha sido enviado a recoger a *todos* como la amorosa clueca de que hablan los libros santos — es de estirpe judía, pero fue concebido en Galilea y ha vivido allí, después de nacer en Belén, como si quisiera decirnos, con la voz de los hechos, que es el Redentor de *todo* Israel, del septentrión al mediodía. Por el simple hecho de que le llamen "el Galileo" ya no se debería sentir desprecio por los galileos» dice, dulce y

firme, Santiago de Alfeo.

Jesús, que parecía distraído hablando, unos metros más adelante, con Mateo y Felipe, se vuelve y dice: «Bien has hablado, Santiago de Alfeo. Comprendes la Verdad y las verdades, y la justicia de cada acto de Dios. Porque Dios, recordad esto todos y siempre, no hace nunca nada sin una finalidad, como tampoco deja sin premio nada de lo que hacen los que tienen recto corazón. ¡Bienaventurados los que saben ver las razones de Dios en las cosas que suceden, incluso en las más insignificantes, y las respuestas de Dios a los sacrificios de los hombres!».

Pedro se vuelve y hace ademán de hablar. Luego cierra de nuevo la boca y se limita a sonreír a su Maestro, que ahora, siendo el lugar por donde van una ancha vía de primer orden entre campos de oro, se une al grupo de sus apóstoles.

[5]Prosiguen hacia Emaús, que está ya cercana: una aglomeración 404.5
de un blanco cegador en medio del oro de los cereales maduros y el verde de los opimos pomares.

«¡Maestro! ¡Maestro! ¡Deténte! ¡Tus discípulos!» gritan voces lejanas, y un puñado de hombres, dejando plantados a unos labradores que descansan un poco a la sombra de un manzano, corren hacia Jesús por una senda llena de sol. Son Matías y Juan, ex pastores, discípulos luego del Bautista; y, con ellos, Nicolái, Abel ex leproso, Samuel, Hermasteo y otros más.

«La paz a vosotros. ¿Estáis aquí?».

«Sí, Maestro. Hemos recorrido toda la costa. Ahora vamos hacia Jerusalén. Más arriba están Esteban y otros; más arriba todavía, Hermas y otros. Y luego, más arriba aún, Isaac, el pequeño maestro de todos nosotros. Al menos estaba. Como también estaba Timoneo en Transjordania. Pero a estas alturas estarán todos para ir a la fiesta de Pentecostés. Nos hemos dividido así, en muchos grupos, pequeños pero no pasivos. Así, si nos persiguen, podrán capturar a algunos, pero no a todos» explica Matías.

«Habéis hecho bien. Me extrañaba no encontraros por toda la Judea meridional...».

«Maestro... Por ahí ibas Tú... ¿Quién mejor que Tú? ¡Y además... ha recibido más de lo necesario para hacerse santa!... ¡Y sin embargo!... Da piedras a quien lleva la palabra del Cielo. Elías y José fueron agredidos en las hoces del Cedrón, y fueron a la Transjordania, a casa de Salomón. A José le dieron un golpe en la cabeza con una piedra y casi le mataron. Pasaron ocho días en una gruta profunda, con uno que Tú habías mandado y que conocía todos los secretos de los montes. Después, de noche, lentamente, fueron a la otra parte...».

Discípulos y apóstoles están agitados: los primeros evocando estas persecuciones, los segundos conociéndolas. Pero Jesús los calma diciendo: «Los Inocentes han teñido con la púrpura de su sangre inocente el camino de Cristo. Pero ese camino debe ser purpurado una y otra vez, constantemente, para borrar las huellas del Mal en el camino de Dios. Es camino regio. Lo purpuran los mártires por amor a mí. ¡Bienaventurados entre los bienaventurados aquellos que por mí sufren persecución!».

«Maestro, estábamos hablando a esos labriegos. ¿No vas a hablar Tú ahora?» pregunta el ex pastor Juan.

«Id a decir que a la puesta del Sol hablaré en la puerta de Emaús. Ahora el sol lo impide. Id. Y que Dios esté con vosotros. Yo estaré al final de este camino».

Los bendice y reanuda la marcha, buscando sombra, porque el sol es abrasador en el blanco camino, en el que no hay más que dos delgadas franjas de sombra, de plátanos puestos como protección en los bordes del camino.

405. Descanso en un henil y discurso a la entrada de Emaús de la llanura. El pequeño Miguel.

28 de marzo de 1946.

405.1 [1]Cabe la puerta de Emaús hay una casa de campesinos. Silenciosa, porque todos están en los campos trabajando. En el corral ya están amontonadas las gavillas del día anterior. Y hay heno en los rústicos heniles. El sol abrasador del mediodía extrae un olor caliente del heno y las gavillas. No se oye ruido alguno, aparte del zureo de las palomas y la parlería de los gorriones, siempre chismosos y pendencieros. Las unas y los otros van, sin tregua, del tejado o de los árboles cercanos a los montones de gavillas y de heno, y — son los primeros de entre todos los que saborearán esos productos — picotean entre las espigas enhiestas, se enzarzan con golpes de ala, giran para arramplar más semillas, para robar las pajitas más blandas de heno, ávidos, batalladores, libres de escrúpulos.

Los únicos ladrones comunes en Israel (donde — lo he notado — existe el máximo respeto a la propiedad ajena). ¡Las casas tienen ganas de estar abiertas, y los corrales y viñas sin guardia! Aparte de los rarísimos profesionales de la depredación, los verdaderos bandidos que asaltan en las quebradas de los montes, no hay ladronzuelos, y, ni siquiera, simplemente... golosos que alarguen la mano hacia el árbol frutal o hacia el pichón ajeno. Cada uno va por su camino

y, aun cuando atraviesa la propiedad del prójimo, es como si no tuviera ni ojos ni manos. Es verdad que la hospitalidad se ejercita tan ampliamente que no hay necesidad de robar para poder comer. Sólo para Jesús, y por causa de un odio que es tan grande que suspende la costumbre secular de ser hospitalarios con el peregrino; sólo para Él, se verifica el hecho de casas que niegan hospitalidad y comida. Pero para los otros, generalmente, siempre hay piedad, especialmente entre las clases humildes.

Y así sucede que, sin miedo, los apóstoles, después de haber llamado a esta casa cerrada y no haber encontrado a nadie, se han refugiado debajo de un cobertizo en que hay aperos de labranza y cántaros vacíos; y, como si fuera suyo, han hecho uso del heno para sentarse, de los cubos para sacar agua del pozo, de las jarros para beber y mojar así los bocados de pan viejo y de cordero frío, que comen casi en silencio, por el mucho sueño que tienen y lo aturdidos que están por el sol. Y, con la misma libertad con que se han servido del heno y de las jarras, se tumban en el fragante heno; y pronto se oye un coro de ronquidos de distintos tonos y duración.

También Jesús está cansado. Más que cansado, triste. Mira durante un rato a los doce durmientes. Ora. Piensa... Piensa mientras sigue con los ojos, mecánicamente, las luchas de los gorriones y las palomas y el vuelo de saeta de las golondrinas por el corral lleno de sol. Da la impresión de que los chillidos de estas veloces dominadoras del vuelo ponen afirmaciones netas a las preguntas dolorosas que Jesús se plantea. Luego también Él se echa sobre el heno, y pronto los dulces y tristes ojos de zafiro se velan bajo los párpados, mientras el rostro se entona en el sueño, y, quizás porque se sume en el sueño con la tristeza en el corazón, su rostro toma mucho de la expresión cansada y dolorosa que tendrá en la muerte.

[2]Regresan los campesinos propietarios de la casa. Hombres, mu- 405.2
jeres, niños. Y con ellos están también los discípulos vistos antes. Ven a Jesús y a los suyos, durmiendo en el heno, y convierten las voces en susurros, para no despertarlos. Alguna mamá propina un pescozón al niño que no quiere callarse; o al menos hace ademán de querer hacerlo.

Un crío va con pasitos de tortolita y un dedito en la boca a observar a Jesús, «el más guapo» dice, que duerme con la cabeza apoyada en el brazo doblado para hacer de almohada. Y todos, descalzos, de puntillas, acaban imitándole; los primeros, Matías y Juan, que se enternecen viéndole duermiendo así en el heno. Y Matías observa: «Como en su primer sueño está nuestro Maestro, pero menos feliz que entonces... Le falta también su Madre...».

«Sí. Lo único que tiene es siempre cerca la persecución. Pero nosotros le amaremos siempre, le amamos siempre como en aquella hora...» responde Juan.

«Más que entonces, Matías. Más que entonces. Entonces amábamos sólo por fe y porque es tierno amar a un niño; pero ahora amamos también por conocimiento...».

«Ha sido odiado desde pequeño, Juan. ¡Recuerda lo que sucedió para matarle!...» y el rostro de Matías se quiebra recordando.

«Es verdad... ¡Pero, bendito sea aquel dolor! Todo lo perdimos, menos a Él. Y eso es lo que cuenta. ¿De qué nos habría servido el tener todavía parientes y casa y nuestro pequeño bienestar, si Él hubiera muerto?».

«Es verdad. Tienes razón, Matías. ¿Y de qué nos servirá tener todo el mundo, cuándo no esté ya en el mundo?».

«No me hables de eso... Entonces seremos verdaderamente unos desvalidos... Marchaos vosotros. Nosotros nos quedamos con el Maestro» dice luego Juan despidiéndose de los campesinos.

«Siento no haber pensado en dejarles la llave. Podían entrar en casa, estar mejor...» dice el hombre más anciano de la casa.

«Se lo diremos... De todas formas, se sentirá feliz también por vuestro amor. Id, id...».

Los campesinos entran en la casa, y pronto el humo que sube de la chimenea dice que están preparando la comida. Pero lo hacen con finura, conteniendo a los niños, haciendo poco ruido... y, también sin hacer ruido, llevan lo que han cocinado a los discípulos, y susurran: «Para cuando se despierten. Lo hemos tenido aparte para ellos»...

Luego el silencio envuelve de nuevo la casa. Quizás los segadores, que han estado trabajando desde el alba, se han echado en las camas para descansar en estas horas en que imposible sería estar en las tierras bajo el Sol incandescente. Se adormilan también los discípulos... Las palomas y los gorriones han hecho una pausa... Sólo las golondrinas pasan como saetas, incansables, y su vuelo rápido escribe palabras azules en los espacios y palabras de sombra en el blanco corral...

405.3 [3]El pequeñín de antes, precioso con su camisita corta, único indumento a que se ha quedado reducido en esta hora tórrida, saca su cabecita morena por la puerta de la cocina, echa una ojeada, da unos pasos, cautamente, con sus tiernos piececitos, que sufren en contacto con el suelo hirviente de sol. La camisita, desatada, se le cae casi del hombro regordete. Llega donde los discípulos e intenta pasar por encima de ellos, para ir otra vez a mirar a Jesús. Pero sus piernecitas son demasiado cortas para poder superar los cuerpos musculosos de

los adultos; tropieza y se cae encima de Matías, que se despierta y ve la carita turbada, próxima al llanto, del pequeñuelo. Sonríe y dice, intuyendo la maniobra del niño: «Ven aquí, te pongo entre Jesús y yo. Pero estáte callado y quieto. Déjale dormir, que está cansado».

Y el niño, feliz, se sienta a adorar el hermoso rostro de Jesús. Le mira, le escruta, siente grandes deseos de hacerle una caricia, de tocarle sus cabellos de oro. Pero Matías vigila sonriente y no se lo permite. Entonces el pequeño pregunta en voz baja: «¿Duerme siempre así?».

«Siempre así» responde Matías.

«¿Está cansado? ¿Por qué?».

«Porque anda mucho y habla mucho».

«¿Por qué habla y anda?».

«Para enseñar a los niños a ser buenos, a amar al Señor para ir con Él al Cielo».

«¿Allí arriba? ¿Y cómo? Está lejos...».

«El alma. ¿Sabes lo que es el alma?».

«¡Nooo!».

«Es la cosa más bonita que hay en nosotros, y...».

«¿Más que los ojos? Mi mamá me dice que mis ojos son dos estrellas. ¡Y las estrellas son muy bonitas, eh!».

El discípulo sonríe y responde: «Es más bonita que las estrellitas de tus ojos, porque el alma buena es más bonita que el Sol».

«¡Oh! ¿Y dónde está? ¿Dónde la tengo?».

«Aquí. En tu corazoncito. Y ve, oye todo, y no muere nunca. Y cuando uno no es nunca malo y muere como un justo, el alma vuela arriba con el Señor».

«¿Con Él?» y el niño señala a Jesús.

«Con Él».

«¿Pero Él tiene alma?».

«Tiene alma y divinidad. Porque ese Hombre al que estás mirando es Dios».

«¿Tú cómo lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho?».

«Los ángeles».

El niño, que se había sentado completamente encima de Matías, no puede recibir esta noticia tranquilamente, y bruscamente se pone de pie y dice: «¿Tú has visto a los ángeles?» y mira a Matías con los ojos como platos. La noticia es tan impresionante, que por un instante se olvida de Jesús, siendo así que no ve que Él entreabre los ojos, despertado por el grito ligero del niñito, y los vuelve a cerrar y gira la cabeza hacia la otra parte.

«¡Calla! ¿Lo ves? Le despiertas... Te mando a casa».

«Estoy quieto. ¿Pero cómo son los ángeles? ¿Cuándo los has visto?» la vocecita es de nuevo un susurro.

Y Matías, paciente, cuenta la noche de Navidad al pequeñuelo, que se ha vuelto a sentar en su pecho, arrobado. Y, paciente, responde a todos los porqués: «¿Por qué había nacido en un establo? ¿No tenía casa? ¿Era tan pobre que no encontraba una casa? ¿Y ahora no tiene casa? ¿No tiene a su Mamá? ¿Dónde está su Mamá? ¿Por qué le deja solo, si sabe que ya le han querido matar? ¿No le quiere?...».

Una lluvia de preguntas y también de respuestas. Y la última — a la que Matías responde: «Esta Mamá santa quiere mucho a su divino Hijo. Pero hace el sacrificio de su dolor de dejar que se marche para que los hombres se salven. Para consolarse piensa que hay todavía hombres buenos capaces de amarle...» — suscita esta respuesta: «¿Y no sabe que hay niños buenos que le quieren? ¿Dónde está? Dímelo, que voy y le digo: "No llores. Yo le doy el amor a tu Hijo". ¿Tú qué crees, que se pondrá contenta?».

«Mucho, niño» dice Matías, y le besa.

«¿Y Él se pondrá contento?».

«Mucho, mucho. Díselo cuando se despierte».

«¡Sí, sí! ¿Pero cuándo se despierta?». El niño está ansioso...

405.4 [4]Jesús no resiste más. Se vuelve otra vez, con los ojos bien abiertos y una sonrisa luminosa, y dice: «Ya me lo has dicho, porque he oído todo. Ven aquí niño».

El niño no se lo hace repetir dos veces. Se vuelca encima de Jesús y le acaricia, le besa, le toca con su dedito la frente, las cejas, las pestañas de oro, se mira en el espejo de sus ojos azules, se frota contra la blanda barba y contra los sedosos cabellos, y dice a cada descubrimiento: «¡Qué bonito eres! ¡Bonito! ¡Bonito!». Jesús sonríe y también Matías.

Y luego, a medida que se van despertando los otros, porque ahora el pequeño ya no tiene tantos miramientos, sonríen discípulos y apóstoles al ver ese examen detallado, repetido por este hombrecito en miniatura, semidesnudo, regordete, que se pasea todo tranquilo y feliz por el cuerpo de Jesús para observarle de la cabeza a los pies, y al final dice: «¡Date la vuelta!» y explica: «para ver las alas» y pregunta desilusionado: «Por qué no las tienes?».

«No soy un ángel, niño».

«¡Pero eres Dios! ¿Cómo puedes ser Dios sin estar lleno de alas? ¿Cómo vas a poder ir al Cielo?».

«Soy Dios. Precisamente porque soy Dios no necesito alas. Hago lo que quiero y todo lo puedo».

«Entonces hazme los ojos como los tuyos. Son bonitos».

«No. Los que tienes te los he dado Yo, y me gustan así. Di, más bien, que te haga un alma de justo para amarme cada vez más».

«También me has dado Tú el alma. Entonces te gustará como la tengo» dice con lógica infantil el pequeño.

«Sí, ahora me gusta mucho porque es inocente. Pero, mientras que tus ojos serán siempre de este color de aceituna madura, tu alma de blanca puede pasar a negra si te vuelves malo».

«Malo no. Te quiero y quiero hacer lo que decían los ángeles cuando naciste: "Paz a Dios en el Cielo y gloria a los hombres de buena voluntad"» dice el niñito equivocándose, lo cual provoca una fragorosa carcajada en los adultos, cosa que le hace sentir vergüenza y callarse.

Pero Jesús le consuela, no sin corregirle: «Dios es siempre Paz, niño. Es la Paz. Los ángeles le glorificaban por el nacimiento del Salvador, y daban a los hombres la primera regla para obtener la paz que vendría por mi nacimiento: "tener buena voluntad". La que tú quieres».

«Sí. Dámela entonces. Métemela aquí, donde ese hombre dice que tengo el alma» y con los dos índices se golpea repetidamente el pequeño pecho.

«Sí, pequeño amigo. ¿Cómo te llamas?».

«¡Miguel!».

«Nombre del poderoso arcángel. Entonces buena voluntad para ti, Miguel. Y que seas un confesor del Dios verdadero, diciendo a los perseguidores lo que tu angélico patrón: "¿Quién como Dios?". Te bendigo, ahora y para siempre» y le impone las manos.

Pero el pequeñuelo no está convencido. Dice: «No. Besa aquí, en el alma; entrará dentro tu bendición y quedará cerrada dentro» y descubre el pequeño pecho para ser besado sin que ningún obstáculo se interponga entre su cuerpecito y los labios divinos.

Los presentes sonríen y, al mismo tiempo, están conmovidos. ¡Y no falta el motivo! La fe maravillosa del inocente, que — por instinto, dirían algunos; por impulso espiritual, digo yo — ha ido a Jesús, es verdaderamente conmovedora; y Jesús lo señala diciendo: «¡Si todos tuvieran el corazón de los niños!...».

405.5 [5]Entretanto han pasado las horas. La casa toma vida de nuevo. Óyense voces de mujer, de niños, de hombres. Y una madre llama: «¡Miguel! ¡Miguel! ¿Dónde estás?» y se asoma asustada, mirando, con un atroz pensamiento en su corazón, al pozo bajo.

«No temas, mujer. Tu hijo está conmigo».

«¡Oh! Temía... Le gusta mucho el agua...».

«Sí, ha venido al Agua viva que baja del cielo a dar Vida a los hombres».

«Te ha molestado... Se me ha escabullido tan callandito que no he oído...» dice la mujer excusándose.

«¡Oh! ¡no! No me ha molestado. Me ha consolado. Los niños nunca causan dolor a Jesús».

Se acercan los hombres y las otras mujeres. El jefe de la familia dice: «Entra y repón fuerzas. Y perdona si no te hemos hecho amo de nuestra casa nada más verte...».

«No tengo que perdonar nada. He estado aquí, y he estado bien. Tu respeto me da todo honor. Teníamos comida y tu pozo es fresco, mullido el heno: más de lo que necesita el Hijo del hombre; no soy un sátrapa sirio».

Y Jesús, seguido por los suyos, entra en la vasta cocina para comer, mientras en el corral los hombres preparan sitio para los que ya están llegando procedentes de todos los lugares para oír al Maestro; otros se apresuran a preparar bebidas y comida, y a despellejar un corderito para dárselo a los evangelizadores como viático, y las mujeres traen huevos y mantequilla. Esto provoca las protestas de Pedro, que, con razón, dice que no puede llevar en las alforjas ese alimento tan fácil de derretirse con esos calores. Pero para algo están los jarros... Y ellas colman uno de mantequilla, le cierran y le meten en el pozo para que esté más frío que nunca.

Jesús manifiesta su agradecimiento. Quisiera limitar estos presentes. ¡Pero ya, ya!... Palabras desperdiciadas: otros dones vienen de todas partes y cada uno se excusa de dar poco...

Pedro susurra: «Se ve que aquí han estado los pastores. Terreno bonificado... terreno bueno».

El corral está lleno de gente, imperturbable, a pesar de que todavía no haya refrescado el día y aún roce el corral el último rayo de sol.

405.6 [6]Jesús empieza a hablar: «¡La paz sea con todos vosotros! No voy a repetir, aquí que veo que ya es conocida la doctrina del Maestro de Israel por obra de los discípulos buenos, lo que vosotros ya sabéis. Dejo a los discípulos buenos la gloria de haberos instruido y la misión de seguir haciéndolo siempre, hasta daros la perfecta seguridad de que Yo soy el Prometido por Dios y que mi Palabra es propia de Dios».

«¡Y tus milagros son propios de Dios, bendito!» grita una voz de mujer desde el medio de la aglomeración de gente, y muchos se vuelven a mirar en esa dirección. La mujer levanta en los brazos a un niño lozano y sonriente y grita: «Maestro, es el pequeño Juan, el que * curaste en Agua Especiosa. El niñito de las caderas rotas, que ningún médico podía curar y que yo te llevé con fe y Tú le curaste te-

* *el que curaste*, en 125.5.

niéndole sentado en tus piernas».

«Me acuerdo, mujer. Tu fe merecía el milagro».

«Ha aumentado, Maestro. Toda mi parentela cree en ti. Ve, hijo, a dar las gracias al Salvador. Dejadle que vaya donde Él...» ruega la mujer.

Y la multitud se abre y deja pasar al niño, que va raudo hacia Jesús tendiendo hacia adelante los brazos para poder abrazarle, lo cual sucede en medio las aclamaciones y comentarios de la gente de la ciudad o de los forasteros; porque los de los campos ya conocen el hecho y no muestran estupor. Jesús reanuda su discurso teniendo de la mano al niño.

«Y aquí veis confirmada por una madre agradecida mi Naturaleza y confirmado el poder que ejerce la fe en el corazón de Dios, que no defrauda jamás las confiadas y justas peticiones de sus hijos.

* 405.7 [7]Os invito a recordar a Judas Macabeo, cuando se asomó a esta llanura para estudiar el formidable campamento de Gorgias, que contaba con cinco mil infantes y mil caballeros, adestrados a la batalla, bien protegidos con corazas y armas y torres de guerra. Judas miraba con sus tres mil infantes sin escudo ni espada, y sentía insinuarse el temor en el corazón de sus soldados. Entonces habló, respaldado por su derecho, aprobado por Dios por estar orientado no a abusos sino a la defensa de la Patria invadida y profanada. Y dijo: "No os asuste su número, no tengáis miedo de su ataque. Recordad cómo nuestros padres fueron salvados en el Mar Rojo, cuando el Faraón los seguía con un gran ejército". Y, reanimada la fe en la potencia de Dios, que está siempre con los justos, enseñó a los suyos los medios para obtener ayuda. Dijo: "Alcemos, pues, la voz al Cielo y el Señor tendrá piedad de nosotros, y, recordándose de la alianza que hizo con nuestros padres, hoy destruirá delante de nosotros a este ejército, y todas las gentes sabrán que hay un Salvador que libera a Israel".

Bien. Yo os señalo dos puntos capitales para tener a Dios con nosotros, como ayuda en las empresas justas.

La primera cosa: para tenerle como aliado, tener el corazón justo que tenían nuestros padres. Recordad la santidad, la prontitud de los patriarcas en obedecer al Señor, tanto si la cosa solicitada era de poco valor como si era de valor sumo. Recordad con qué fidelidad permanecieron fieles al Señor. Mucho nos quejamos en Israel de no tener ya al Señor con nosotros, mientras que en el pasado era benigno. ¿Pero sigue teniendo Israel el corazón de sus padres? ¿Quién

* *Os invito a recordar a Judas Macabeo* en el episodio de la batalla de Emaús referido en *1 Macabeos 4, 1-25*. Forman parte de ese fragmento dos referencias bíblicas (versículos *6-11* y *14-25*) anotadas por MV en una copia mecanografiada.

rompió y rompe continuamente la alianza con el Padre?

Segunda cosa capital para tener a Dios con nosotros: la humildad. Judas Macabeo era un gran israelita y un gran soldado. Pero no dice: "Yo hoy destruiré a este ejército y las gentes sabrán que soy el salvador de Israel". No. Dice: "Y el Señor destruirá a este ejército delante de nosotros, que somos incapaces de hacerlo porque somos débiles". Porque Dios es Padre y tiene cuidado de sus pequeñuelos y, para que no mueran, manda a sus poderosas formaciones para combatir a los enemigos de sus hijos con armas sobrehumanas. Cuando Dios está con nosotros, ¿quién podrá vencernos? Decid siempre esto, ahora y en un futuro, cuando pretendan derrotaros, y no ya en una cosa relativa como es una batalla nacional, sino en una cosa mucho más vasta en el tiempo y en las consecuencias, como es en el caso de vuestra alma. No dejéis que se apoderen de vosotros ni el temor ni la soberbia. Ambos son dañinos. Dios estará con vosotros si sois perseguidos a causa de mi Nombre, y os dará fuerza en las persecuciones; Dios estará con vosotros si sois humildes, si reconocéis que vosotros, por vosotros mismos, no sois capaces de nada, pero que todo lo podéis si estáis unidos al Padre.

Judas no se pavonea ornándose con el título de Salvador de Israel, sino que da ese título al Dios eterno. Efectivamente, vanos son los afanes de los hombres si Dios no acompaña sus esfuerzos. Mientras que sin afanarse vence quien confía en el Señor, que sabe cuándo es justo premiar con victorias y cuándo es justo castigar con derrotas. Necio el hombre que quiere juzgar a Dios, aconsejarle o criticarle. ¿Os imagináis a una hormiga que, observando la obra de un cortador de mármol, dijera: "No sabes hacerlo. Yo lo haría mejor y antes que tú"? La misma imagen de sí da el hombre que quiere ser maestro de Dios. Y a la imagen ridícula añade la de un ser ingrato y arrogante, que se ha olvidado de lo que es: criatura, y de lo que es Dios: Creador. Ahora bien, si Dios ha creado un ser tan bien creado que puede creerse capaz de dar consejos al mismo Dios, ¿cuál será la perfección del Autor de todas las criaturas? Debería bastar este pensamiento para mantener baja la soberbia, para destruir este malo y satánico árbol, este parásito que, una vez que se insinúa en un intelecto, lo invade; y suplanta, ahoga, mata todo árbol bueno, toda virtud que hace grande al hombre en la Tierra, verdaderamente grande, no por censo ni por coronas, sino por justicia y sabiduría sobrenaturales, y bienaventurado en el Cielo para toda la eternidad.

405.8 [8]Y observemos otro consejo que nos dan el gran Judas Macabeo y los acontecimientos de ese día en esta llanura. Habiéndose encendido la batalla, las tropas de Judas, con las cuales estaba Dios, vencie-

ron y desbarataron a los enemigos, a una parte poniéndolos en fuga hasta Jéceron, Azoto, Idumea y Yamnia, dice la historia, a otra parte traspasándolos con la espada y dejando muertos en los campos a más de tres mil. Pero Judas dice a sus soldados ebrios de victoria: "No os detengáis a recoger botín, porque la guerra no ha terminado y Gorgias con su ejército está en la montaña cerca de nosotros. Tenemos que seguir combatiendo contra nuestros enemigos y vencerlos completamente; después, tranquilamente, recogeremos el botín". Y así hicieron. Y obtuvieron segura victoria y rico botín y liberación, y, al regreso, cantaban bendiciones a Dios porque "es bueno, porque su misericordia es eterna".

También el hombre, todo hombre, es como los campos que están alrededor de la ciudad santa de los judíos. Rodeado de enemigos externos e internos, todos crueles, todos anhelosos de presentar batalla a la ciudad santa del individuo humano — su espíritu —, y presentarla además al improviso, para cogerla de sorpresa con mil astucias, y destruirla. Las pasiones, cultivadas e incitadas por Satanás, y no vigiladas por el hombre con toda su voluntad para tenerlas sujetas, peligrosas si no logra domarlas, pero inocuas si están vigiladas como un ladrón encadenado, y el mundo, que desde fuera conjura con ellas con sus seducciones de carnalidad, de riquezas, de orgullo, bien asemejan a los poderosos ejércitos de Gorgias, revestidos de coraza, dotados de torres de guerra, de arqueros buenos flechadores, de caballeros veloces, siempre preparados para empezar el ataque a las órdenes del Mal. ¿Pero qué puede el Mal si Dios está con el hombre que quiere ser justo? El hombre sufrirá, será herido, pero salvará su libertad y su vida, y conocerá la victoria después de la buena batalla, que no se produce sólo una vez, sino que se renueva siempre mientras dura la vida, o hasta que el hombre se despoja tanto de su humanidad y se convierte en espíritu más que carne, espíritu fundido con Dios, que las flechas, los ataques, los fuegos de guerra no pueden ya dañarle en lo profundo y caen, tras haberle agredido superficialmente, como puede hacer una gota en la superficie de un duro y resplandeciente jaspe.

No os detengáis a recoger botín, no os distraigáis hasta llegar a la puerta de la vida, no de esta vida de la Tierra, sino de la verdadera Vida de los Cielos. Entonces, victoriosos, recoged vuestro botín y entrad, adentraos, gloriosos, hasta la presencia del Rey de los reyes, y decid: "He vencido. Aquí está mi botín. Lo he recogido con tu ayuda y con mi buena voluntad, y te bendigo, Señor, porque eres bueno y tu misericordia es eterna".

405.9 [9]Esto se refiere a la vida en general, para todos. Pero para vosotros, para vosotros que en mí creéis, se esconde, al acecho, otra bata-

lla. Más batallas. Las batallas contra la duda, contra las palabras que os dirán, contra las persecuciones.

Dentro de poco seré elevado al lugar para el que he venido del Cielo. Este lugar os va a producir miedo, os va a parecer un mentís contra mis palabras. No. Mirad el hecho con ojo espiritual, y veréis que lo que va a suceder será la confirmación de lo que soy realmente: no el pobre rey de un pobre reino, sino el Rey anunciado por los profetas, a los pies de cuyo trono único, inmortal, vendrán, como ríos al océano, todas las gentes de la Tierra, y dirán: "Te adoramos, oh Rey de los reyes y Juez eterno, porque por tu santo Sacrificio has redimido al mundo".

Resistid a la duda. Yo no miento. Yo soy Aquel de quien hablan los profetas. Como la madre de Juan hace un rato, alzad el recuerdo de lo que os he hecho, y decid: "Estas obras son propias de Dios. Nos las ha dejado como recuerdo, como confirmación, como ayuda para creer, y creer además en esta hora precisamente". Luchad y venceréis contra la duda que sofoca la respiración de las almas. Luchad contra las palabras que os van a decir. Recordad a los profetas y mis obras. A las palabras enemigas responded con los profetas y con los milagros que me habéis visto hacer. No tengáis miedo. Y no seáis ingratos por miedo, callando lo que Yo he hecho para vosotros. Luchad contra las persecuciones; mas no luchéis persiguiendo a quien os persiga, sino ofreciendo el heroísmo de vuestra confesión a quien pretenda persuadiros, con amenazas de muerte, a que reneguéis de mí. Luchad siempre contra los enemigos. Todos. Contra vuestra humanidad, vuestros miedos, los compromisos indignos, los pactos interesados, las presiones, las amenazas, las torturas, la muerte.

405.10 [10]¡La muerte! No soy el jefe de un pueblo que dice a su pueblo: "Sufre por mí mientras yo gozo". No. Yo soy el primero en sufrir, para daros ejemplo. No soy un caudillo de ejércitos que dice a los ejércitos: "Combatid para defenderme. Morid para darme la vida". No. Yo soy el primero que combate. Seré el primero en morir, para enseñaros a morir. De la misma forma que siempre he hecho lo que he dicho que se haga, y predicando la pobreza he sido pobre; la continencia, casto; la templanza, temperante; la justicia, justo; el perdón, he perdonado, y perdonaré... y, de la misma forma que he hecho todo esto, haré también la última cosa. Os voy a enseñar cómo se redime. Os lo voy a enseñar no con palabras, sino con los hechos. Os voy a enseñar a obedecer obedeciendo a la más dura de las obediencias, la de mi muerte...

Os voy a enseñar a perdonar, perdonando en medio de los últimos tormentos como perdoné en la paja de mi cuna a la Humanidad que me había arrancado de los Cielos. Perdonaré como he perdonado

siempre. *A todos. Por cuenta mía, a todos.* A los pequeños enemigos, a los neutrales, indiferentes, volubles, y a los grandes enemigos, que no sólo me causan el dolor de ser apáticos ante mi poder y mi deseo de salvarlos, sino que me dan, y darán, el inmenso dolor de ser los deicidas. Perdonaré. Y, puesto que a los deicidas impenitentes no podré darles absolución, seguiré orando, con mis últimos tormentos, al Padre por ellos... para que los perdone... pues estarán ebrios de un satánico licor... Perdonaré... Y vosotros perdonad en mi nombre. Y amad. Amad como amo Yo, como os amo y os amaré, eternamente.

[11]Adiós. Cae la tarde. Vamos a orar juntos. Luego que cada uno 405.11
vuelva a su casa con la palabra del Señor en su corazón, y en vuestros corazones haga espiga ya granada para vuestras hambres futuras, cuando deseéis oír todavía al Amigo, al Maestro, al Salvador vuestro, y sólo lanzando el espíritu a los Cielos podáis encontrar a Aquel que os ha amado más que a sí mismo. Padre nuestro que estás en el Cielo...».

Y Jesús, con los brazos abiertos — alta y cándida cruz contra el fondo del obscuro muro de la fachada septentrional —, dice lentamente el *Pater*. Luego bendice con la bendición mosaica. Besa a los niños. Los bendice una vez más. Se despide y va hacia el Norte, bordeando los muros de Emaús sin entrar en la ciudad. Los tonos violáceos del crepúsculo absorben lentamente la dulce visión del Maestro, que va, que va cada vez más hacia su destino...

En el corral semiobscuro hay un silencio de paz dolorosa... Casi de espera. Luego el llanto del pequeño Miguel, un llanto semejante al de un corderito que se encuentra solo, rompe el hechizo, y muchos ojos se humedecen de lágrimas y muchos labios repiten las inocentes palabras del pequeño: «¡Oh! ¿por qué te has marchado? ¡Vuelve! ¡Vuelve!... ¡Hazle volver, Señor!». Y, una vez que Jesús desaparece del todo, el desolado reconocimiento del hecho cumplido: «¡Ya no está Jesús!», que inútilmente trata de aliviar la madre del pequeño Miguel, el cual llora como si hubiera perdido más que a la madre, y desde los brazos de ella tiene ojos solamente para el punto donde ha desaparecido Jesús, y extiende los brazos, y llama: «¡Jesús! ¡Jesús!».

[12]...Jesús espera a estar bastante lejos. Luego dice: «Vamos a ir a 405.12
Joppe. Los discípulos han trabajado mucho en esa ciudad, que ahora espera la palabra del Señor».

No hay mucho entusiasmo por este plan, que alarga más el camino, pero Simón Zelote puntualiza que desde Joppe hasta las propiedades de Nicodemo y José se llega pronto y por buenos caminos, y Juan está contento de ir hacia el mar... Y los otros, movidos por estas consideraciones, terminan por ir con más voluntad por el camino

que se dirige al mar.

Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 20 de septiembre de 1944: "Jesús y los Gentiles en una ciudad de mar", que titularéis: "Jesús en Joppe habla a Judas de Keriot y a unos Gentiles", porque ese episodio ocurrió allí después de un día de milagros y predicaciones». *

406. En Joppe. Palabras inútiles a Judas de Keriot y diálogo sobre el alma con algunos Gentiles.

20 de septiembre de 1944.

406.1 [1]Veo a Jesús sentado en un patio interior de una casa de decente aspecto, mas no lujosa. Parece muy cansado. Está sentado en un banco de piedra colocado al lado de un pozo, bajo de brocal, sobre el cual hay una pérgola verde en forma de arco. Los racimos apenas si se insinúan. Hace poco debe haber caído la flor, y los pequeños granos parecen de mijo, colgados de sutiles pedúnculos verdes. Jesús tiene apoyado el codo derecho en la rodilla derecha, y el mentón en el hueco de la mano; algunas veces, como para descansar mejor, apoya el brazo, doblado, en el borde del pozo, y en el brazo la cabeza. Como si quisiera dormir. El pelo entonces desciende como velo sobre su rostro cansado, que, si no, vese pálido y serio entre las matas onduladas de sus cabellos blondo-rojos.

Una mujer va y viene con las manos enharinadas, pasando de una habitación de la casa a un tabuco que está en el lado opuesto del patio y que debe ser el horno. Todas las veces mira a Jesús. Pero no turba su descanso. Debe estar ya cercano el atardecer, porque el Sol apenas ya toca la cima de la terraza que corona la casa; cada vez menos, cada vez menos, hasta que la abandona.

406.2 [2]Unas diez palomas quieren bajar al patio, zureando, para su úl-

---

* *titularéis...* La indicación del título, para el capítulo que sigue, tiene la evidente finalidad de que quede incluido en él el nombre de la ciudad, Joppe, "*porque ese episodio tuvo lugar allí*" y porque MV había escrito al final del capítulo: "*No sé que ciudad es*". De todas formas, el título que pondremos incluye también los otros elementos del título indicado.

En el manuscrito original MV abre cada capítulo con la fecha de su redacción. Y, a partir del capítulo que en la presente edición toma el número de orden 187, MV añade casi siempre a la fecha, y quizás una vez terminada la redacción del capítulo, un título breve y completamente inadecuado en orden a la expresión del contenido del capítulo. Por tanto, en la presente edición todos los títulos de los capítulos, excepto alguno de ellos, son de C.

Son también de C la numeración progresiva de los capítulos y la descomposición de capítulo en fragmentos numerados, llamados parágrafos, cada uno de los cuales expresa una completitud narrativa o conceptual.

tima comida. Giran alrededor de Jesús, como para hacerse idea de quién es el desconocido, y, desconfiadas, no se atreven a posarse en el suelo. Jesús deja sus pensamientos y sonríe, extiende una mano, vuelta hacia arriba la palma, y dice: «¿Tenéis hambre? Venid» como si hablara a seres humanos. La más audaz se posa en esa mano, y, después de ésta, otra y otra más. Jesús sonríe: «No tengo nada Yo» dice ante sus peticiones hechas de arrullos. Y luego llama a la mujer en voz alta: «¿Mujer! Tus palomas tienen hambre. Tienes grano para ellas?».

«Sí, Maestro. Está en el saco que hay debajo del pórtico. Voy yo ahora».

«Deja. Se lo doy Yo. Me gusta».

«No irán. No te conocen».

«¡Tengo ya palomas en los hombros y hasta en la cabeza!...».

Jesús camina, en efecto, con su extraña cimera, hecha de una paloma plomosa, que tiene un pecho que parece una coraza preciosa por su riqueza de tornasoles.

La mujer, incrédula, se asoma y exclama: «¡Oh!».

«¿Lo ves? Las palomas son mejores que los hombres, mujer. Sienten quién las quiere. Los hombres... no».

«No te preocupes por lo sucedido, Maestro. Aquí son pocos los que te odian; los otros, si no todos, te quieren, te respetan al menos».

«No, si esto no me deprime. Lo digo para hacerte la observación de que frecuentemente los animales son mejores que los hombres».

Jesús ha abierto el saco y ha hundido en él su larga mano, ha extraído el dorado grano y se lo ha puesto en el vuelo de su manto. Lo cierra y vuelve al centro del patio, defendiéndose de la intromisión de las palomas, que quieren servirse ellas mismas. Abre su taleguito y esparce por el suelo los granos, y ríe ante el carrusel que forman estas glotonas aves, y por sus riñas. Pronto acaba la comida. Las palomas beben en un plato hondo que hay junto al pozo, y miran todavía a Jesús.

«Ahora marchaos. No hay nada más».

Los animalitos revolotean y se posan aún un poco en los hombros y las rodillas de Jesús para volver luego a sus nidos. Jesús cae de nuevo en su meditación.

[3]Golpes vigorosos en la puerta. La mujer se apresura a abrir. Son los discípulos. 406.3

«Venid» dice Jesús. «¿Habéis distribuido el dinero a los pobres?».

«Sí, Maestro».

«¿Hasta la última moneda? Recordad que lo que nos dan no es para nosotros, sino para la caridad. Nosotros somos pobres y vivimos

de la misericordia de los demás. ¡*Desdichado el apóstol que aprovecha su misión para fines humanos*!».

«¿Y si un día estamos sin pan y nos acusan de violar la Ley porque imitamos a los gorriones desgranando espigas?».

«¿Te ha faltado algo alguna vez, Judas?, ¿algo esencial, desde que estás conmigo? ¿Has caído desfallecido alguna vez por el camino?».

«No, Maestro».

«¿Cuando te dije: "Ven", te prometí comodidades y riquezas? ¿En mis palabras a los que me escuchan, he prometido alguna vez que daría a los "míos" ganancia en la Tierra?».

«No, Maestro».

«¿Y entonces, Judas? ¿Por qué estás tan distinto? ¿No sabes, no sientes que tu descontento, tu mengua me producen dolor? ¿No ves que este descontento se comunica a tus hermanos? ¿Por qué, Judas, amigo, tú que has sido llamado a tan alto destino, tú que viniste con tanto entusiasmo a mi amor y a mi luz, ahora me abandonas?».

«Maestro, no te abandono. Soy el que más se preocupa de ti, de tus intereses, de tu éxito. Quisiera verte triunfar en todas partes, créeme».

«Lo sé. Humanamente quieres esto. Ya es mucho. Pero Yo no quiero eso, Judas, amigo mío... He venido para mucho más que un triunfo humano y un reino humano... He venido, no para dar a mis amigos migajas de un triunfo humano, sino para daros una retribución generosa, llena, copiosa; una retribución que de tan llena no es ya retribución: es coparticipación en mi Reino eterno, es unión en los derechos de hijos de Dios... ¡Oh! ¡Judas! ¿Por qué no te exalta esta sublime herencia, a que se accede por renuncia, pero que no conoce ocaso?

406.4 [4]Ven más cerca, Judas. ¿Ves? Estamos solos. Los otros han comprendido que quería hablarte a ti, distribuidor de mis... riquezas, de las limosnas que el Hijo del hombre, que el Hijo de Dios recibe para darlas en nombre de Dios y del Hombre al hombre. Y se han retirado a la casa. Estamos solos, Judas, en esta hora tan dulce del atardecer, en que nuestro corazón vuela a nuestras casas lejanas, a nuestras madres, que, sin duda, mientras preparan sus cenas solitarias, piensan en nosotros y acarician con su mano el lugar donde nos sentábamos antes de esta hora de Dios, en que la Voluntad santísima nos ha tomado para promover el amor a Él en espíritu y en verdad.

¡Nuestras madres! La mía, tan santa y pura, y que tanto os quiere y que ora por vosotros, amigos de su Jesús... La mía, cuya única paz en las tribulaciones de su maternidad de Madre del Cristo, es la de verme rodeado de *vuestro* afecto... No defraudéis, no hiráis este corazón de Madre, amigos. ¡No le quebrantéis con una mala acción

vuestra! Tu madre, Judas. Tu madre, que la última vez que hemos pasado por Keriot no terminaba de bendecirme y quería besarme los pies, porque es feliz de que su Judas esté en la luz de Dios, y me decía: "¡Oh! ¡Maestro! ¡Haz santo a mi Judas! ¿Qué quiere un corazón de madre, sino el bien de su hijo? ¿Y qué bien hay mayor que el Bien eterno?". ¡Exacto! ¿Qué bien será mayor, Judas, que aquel al que quiero llevaros y al cual se llega siguiendo mi camino? Santa mujer tu madre, Judas. Una verdadera hija de Israel. No quise que me besara los pies, porque sois mis amigos y porque en cada una de vuestras madres, en cada madre buena, veo a la mía, Judas. Y Yo quisiera que vosotros, en la vuestra, vierais a la mía con su *tremendo* destino de Corredentora; y no quisierais matarla, no, no quisierais matarla... porque os parecería matar a la vuestra.

[5]Judas, no llores. ¿Por qué llorar? Si no tienes en el corazón nada 406.5
que te remuerda hacia tu madre, que lo es también mía, ¿por qué te brota ese llanto? Ven aquí, pon la cabeza en mi hombro y manifiesta a tu Amigo tu angustia. ¿Has faltado? ¿Te sientes próximo a faltar? ¡Oh! ¡No estés solo! Vence a Satanás con la ayuda de quien te ama. Soy Jesús, Judas. Soy el Jesús que sana las enfermedades y expulsa a los demonios. Soy el Jesús que salva... y que te quiere mucho, que se aflige viéndote tan debilitado. Soy el Jesús que enseña que se debe perdonar setenta veces siete. Pero Yo, en mi caso, no setenta sino setecientas, siete mil veces siete os perdono... *y no hay pecado, Judas, no hay pecado, Judas, no hay pecado, Judas, que Yo no perdone, que Yo no perdone, que Yo no perdone*, si, arrepentido, el culpable me dice: "Jesús, he pecado". Menos aún, si tan sólo dice: "¡Jesús!". Aún menos, con sólo mirarme suplicante. Y los primeros pecados que perdono, ¿sabes, amigo, a quiénes se los perdono? *A los más culpables y a los más arrepentidos*. Y los primeros en absoluto que perdono, ¿sabes cuáles son?: *los pecados contra mí*.

¿Judas?... ¿No encuentras una palabra de respuesta para tu Maestro?... ¿Tan grave es tu angustia que te corta la palabra? ¿Temes que te denuncie? ¡No lo temas! Hace mucho que quiero hablarte así, teniéndote apoyado en mi Corazón, como dos hermanos nacidos en una cuna, de un único parto, casi una carne sola, dos que se han intercambiado recíprocamente el tibio pezón y han sentido el sabor de la saliva fraterna unida al dulzor de la leche materna. Ahora te tengo y no te dejo, hasta que no me digas que te he curado. No temas, Judas. Es una confesión lo que quiero. Pero tus compañeros, de tanto como resplandecerán después de este coloquio nuestros rostros, de paz recíproca y de recíproco amor, pensarán que es un coloquio de amor. Y haré que lo crean cada vez más, teniendo tu cabeza sobre mi

pecho esta noche en la cena, untándote mi propio pan y ofreciéndotelo con predilección, y serás el primero al que dé la copa, después de haber dado las gracias a Dios. Serás el rey del convite, Judas. Y lo serás realmente. Esposa del Esposo serás, oh alma a la que amo, si te haces pura y libre, depositando tu fango en mi seno purificador.

406.6 [6]¿Todavía no hablas para explicarme tu llanto?».

«Me has hablado tan dulcemente... de mi madre... de la casa... de tu amor... Un momento de debilidad... ¡Estoy tan cansado!... Y me parecía que Tú ya no me amaras así desde hacía tiempo...».

«No. *No es esto*. En tus palabras no hay más que una verdad: que estás cansado. Pero no cansado del camino, del polvo, del sol, del barro, de la multitud. *Estás cansado de ti*. Tu alma está cansada de tu carne y de tu mente. Tan cansada que acabará apagándose por mortal cansancio. ¡Pobre alma a la que llamé a los resplandores eternos! ¡Pobre alma que sabe que te amo y te acusa de arrebatarla a mi amor! ¡Pobre alma que te acusa — inútilmente, como Yo, inútilmente, te acaricio con mi amor — de obrar engañosamente con tu Maestro! Pero no eres tú el que actúa. Es el que te odia y me odia. Por eso te decía: "No estés solo". Pues bien, escucha. Tú sabes que mis noches pasan en gran parte en oración. Si un día sientes en ti la valentía de ser hombre y la voluntad de ser mío, ven a mí mientras tus compañeros duermen. Las estrellas, las flores, los pájaros son testigos prudentes y buenos. Secretos. Compasivos. Se horrorizan por el delito cometido ante sus ojos, pero no toman la palabra para decir a los hombres: "Éste es un Caín de su hermano". ¿Has comprendido, Judas?».

«Sí, Maestro. Pero, créeme, lo único que me pasa es que estoy cansado y emocionado. Yo te amo con todo mi corazón y...».

«Bien. Basta».

«¿Me das un beso, Maestro?».

«Sí, Judas. Éste y otros te daré...».

Jesús suspira profundamente, con pena. Pero besa a Judas en la mejilla. Y luego le toma la cabeza entre las palmas y, teniéndole bien apretado entre la prensa de sus manos, frente a sí, a la distancia de pocos decímetros, le mira fijamente, le escruta, le perfora con su mirada magnética. Y el infame de Judas ni se inmuta. Aparentemente permanece impertérrito ante este examen. Sólo se pone un poco pálido y cierra un instante los ojos. Y Jesús le besa en los párpados bajados, y luego en la boca y luego en el corazón, agachando la cabeza para buscar el corazón del discípulo... y dice: «Para alejar las ofuscaciones, para hacerte sentir la dulzura de Jesús, para fortalecerte el corazón». Y luego le suelta y se encamina hacia la casa, seguido por Judas.

[7]«¡Llegas a punto, Maestro! Todo está listo. Te esperábamos sólo 406.7
a ti» dice Pedro.

«Ya. Bien. Estaba hablando con Judas de muchas cosas... ¿Verdad, Judas? Habrá que pensar también en aquel pobre anciano al que le mataron al hijo».

«¡Ah!». Judas coge al vuelo esta buena ocasión para terminar de recobrarse y para desviar las sospechas de los demás, si es que las hubiera. «¡Ah! ¿Sabes, Maestro? Hoy nos ha parado un grupo de gentiles mezclados con judíos de las colonias romanas de Grecia. Querían saber muchas cosas. Hemos respondido como hemos podido. Pero está claro que no los hemos convencido. De todas formas, han sido buenos y nos han dado mucha moneda. Aquí está, Maestro. Vamos a poder hacer mucho bien». Y Judas pone en la mesa un gruesa bolsa de blanda piel, la cual, golpeando contra aquélla, suena con sonido de plata. Es gruesa como una cabeza de niño.

«De acuerdo, Judas. Distribuirás el dinero con equidad. ¿Qué querían saber esos gentiles?».

«Cosas sobre la vida futura... si el hombre tiene alma y si es inmortal. Mencionaban los nombres de maestros suyos. Pero nosotros... ¿qué podíamos decir?».

«Debíais haberles dicho que vinieran».

«Se lo hemos dicho. Quizás vienen».

Sigue la comida. Jesús tiene cerca a Judas y le da el pan mojado en el jugo que hay en el plato de la carne asada.

Están comiendo pequeñas aceitunas negras cuando se oye llamar a la puerta. Pasado un momento, entra la mujer de la casa y dice: «Maestro, te requieren».

«¿Quiénes son?».

«Hombres extranjeros».

«¡Imposible!», «¡El Maestro está cansado!», «¡Lleva todo el día andando y hablando!» «¡Y además, gentiles en casa! ¡Figúrate!». Los doce están revolucionados como una colmena disturbada.

«¡Chist! ¡Paz! No me es fatigoso escuchar a quien me busca. Es mi descanso».

«¡Podría ser una trampa! ¡A esta hora!...».

«No. No lo es. Estad tranquilos y descansad vosotros. Yo ya he descansado mientras os esperaba. Voy. No os pido que vengáis conmigo, a pesar de que... a pesar de que os digo que precisamente a los gentiles tendréis que llevar vuestro judaísmo, que ya no será sino cristianismo. Esperadme aquí».

«¿Vas solo? ¡Ah! ¡Eso nunca!» dice Pedro, y se levanta.

«Quédate donde estás. Voy solo».

406.8 [8]Sale. Se asoma a la puerta de la calle. En el crepúsculo son muchos hombres los que esperan.

«La paz sea con vosotros. ¿Me requeríais?».

«¡Salve, Maestro!». Habla un anciano de grave aspecto, vestido con una túnica romana que sobresale bajo un pequeño manto de forma redondeada y provisto de capucha, que cubre su cabeza. «Hoy hemos hablado con tus discípulos. Pero no nos han sabido decir mucho. Quisiéramos hablar contigo».

«¿Sois los de la generosa limosna? Gracias por los pobres de Dios». Jesús se vuelve a la dueña de la casa y dice: «Mujer, salgo con éstos. Di a los míos que vengan a reunirse conmigo a la orilla, porque, si no veo mal, éstos son comerciantes de los emporios...».

«Y navegantes, Maestro. Bien ves».

Salen todos juntos a la calle, iluminada por un hermoso claro de luna.

«¿Venís de lejos?». Jesús está en el centro del grupo. A su lado, el anciano que habló primero, un anciano de buena presencia y afilado perfil latino. Al otro lado va otro también entrado en años, de rostro netamente hebreo; y luego, alrededor, dos o tres delgados y aceitunados, de ojos penetrantes y un poco irónicos, y otros más robustos de distintas edades. Unas diez personas.

«Somos de las colonias romanas de Grecia y Asia. Parte judíos, parte gentiles... No nos atrevíamos a venir por este motivo... Pero nos han asegurado que no desprecias a los gentiles... como hacen los otros... Los judíos observantes, quería decir, los de Israel, porque en otros lugares también los judíos son... menos intransigentes. Tanto que yo, romano, tengo por esposa a una judía de Licaonia, y éste, hebreo de Éfeso, tiene por esposa a una romana».

«No desprecio a nadie... Pero hay que comprender a quienes todavía no saben pensar que, *siendo Uno el Creador, todos los hombres son de una única sangre*».

«Sabemos que eres grande entre los filósofos. Y cuanto dices lo confirma. Grande y bueno».

«Bueno es quien hace el bien. No quien habla bien».

«Tú hablas bien y obras el bien. Por tanto eres bueno».

406.9 [9]«¿Qué queríais saber por mí?».

«Hoy — y perdona, Maestro, si te cansamos con nuestras curiosidades, pero son curiosidades buenas, porque buscan con amor la Verdad —, hoy queríamos saber por los tuyos la verdad acerca de una doctrina que fue ya señalada por filósofos antiguos de Grecia, y que Tú — eso nos dicen — vuelves a predicar más grande y hermosa. Eunica, mi mujer, habló con judíos que te escucharon y me repitió aque-

llas palabras. Es que Eunica, griega, es culta y conoce las palabras de los sabios de su patria. Encontró puntos comunes entre tus palabras y las de un gran filósofo griego. Y también a Éfeso llegaron esas palabras tuyas. Conque, habiendo venido a este puerto, quién por comercio, quién por rito, nos hemos encontrado de nuevo los amigos y hemos hablado. Los negocios no distraen de pensar también en otras cosas más elevadas. Llenados los almacenes y las bodegas, tenemos tiempo de resolver esta duda. Tú dices que el alma es eterna. Sócrates dice que es inmortal. ¿Conoces las palabras del maestro griego?».

«No. No he estudiado en las escuelas de Roma ni de Atenas. Pero, de todas formas, habla. Te entiendo igualmente. No ignoro el pensamiento del filósofo griego».

«Sócrates, contrariamente a lo que creemos nosotros los de Roma, y también a lo que creen vuestros saduceos, admite y sostiene que el hombre tiene un alma, y que ésta es inmortal. Dice que, siendo inmortal, la muerte no es más que una liberación para el alma y paso de ella de una cárcel a un lugar libre, donde se reúne con aquellos a quienes amó, y allí conoce a los sabios de cuyo ingenio oyó hablar, y a los grandes, a los héroes, a los poetas, y no encuentra ya ni injusticias ni dolor, sino felicidad eterna, en una morada de paz, abierta a las almas inmortales que vivieron con justicia. ¿Tú que opinas de esto, Maestro?».

«En verdad te digo que el maestro griego, a pesar de estar en el error de una religión no verdadera, estaba en la verdad llamando inmortal al alma. Buscador de lo Verdadero y cultor de la Virtud, sentía en el fondo de su espíritu susurrar la voz del Dios desconocido, del verdadero Dios, del Dios único: el altísimo Padre de quien Yo vengo para llevar a los hombres a la Verdad. [10]El hombre tiene un alma. Una. Verdadera. Eterna. Señora. Merecedora de premio o castigo. Toda suya. Creada por Dios. Destinada, en el Pensamiento creador, a volver a Dios. Vosotros, gentiles, demasiado os dedicáis al culto de la carne. Admirable obra, en verdad, que lleva la señal del Pulgar eterno. Demasiado admiráis la mente, joya encerrada en el cofre de vuestra cabeza, desde donde emana sus sublimes rayos. Grande, superno don de Dios Creador, que os ha hecho según su Pensamiento como formas, o sea, obra perfecta de órganos y miembros, y os ha dado su semejanza con el Pensamiento y con el Espíritu. *Pero la perfección de la semejanza está en el espíritu.* Porque Dios no tiene miembros ni calígine de carne, como tampoco tiene sentidos ni fómite de lujuria, sino que es Espíritu purísimo, eterno, perfecto, inmutable, incansable en el obrar, y se renueva continuamente en sus obras, adecuadas paternalmente al camino ascendente de su criatura. El 406.10

espíritu, creado por una misma Fuente de potencia y bondad, para cada hombre, no conoce inicial variación de perfección, pero conoce muchas variaciones a partir de su infusión en la carne. Uno solo es el Espíritu increado y perfectísimo, y que siempre ha permanecido así; tres han sido los espíritus creados perfectos y...».

«Uno eres Tú, Maestro».

«No Yo. En mi Carne Yo tengo el Espíritu divino, no creado sino * generado por el Padre por exuberancia de amor. Y tengo alma, el alma que me ha creado el Padre, siendo Yo, ahora, el Hombre; alma perfecta como conviene al Hombre Dios. Hablo de otros espíritus».

«¿Cuáles, pues?».

«Los dos progenitores de quienes viene la raza, creados perfectos y posteriormente caídos, voluntariamente, en imperfección. El tercero, creado para delicia de Dios y del universo, es demasiado superior a la posibilidad de pensamiento y de fe del mundo de ahora como para que os lo señale. Los espíritus, decía, creados por una misma Fuente con igual medida de perfección, sufren luego, por su mérito y voluntad, una dúplice metamorfosis».

«¿Entonces admites segundas vidas?».

«*No hay más que una vida.* En ella el alma, que ha recibido la semejanza inicial con Dios, pasa, por la justicia fielmente practicada en todas las cosas, a una más perfecta semejanza, a una, diría, segunda creación de sí misma, por lo que pasa a una doble semejanza con su Creador, haciéndose capaz de pasar a poseer la santidad, *que es perfección de justicia y semejanza de hijo con el Padre.* Ésta se da en los bienaventurados, o sea, en aquellos que vuestro Sócrates dice que habitan en el Hades, mientras que Yo os digo que, cuando la Sabiduría haya dicho sus palabras y las haya firmado con la sangre, éstos serán llamados los bienaventurados del Paraíso, del Reino, es decir, de Dios».

«¿Y dónde están ahora éstos?».

«Esperando».

«¿A qué?».

«Al Sacrificio. Al Perdón. A la Liberación».

«Se dice que será el Mesías el Redentor, y que ése eres Tú... ¿Es verdad?».

«Es verdad. Soy Yo, el que os habla».

---

* *No Yo.* En una copia mecanografiada, MV añadió: *Habla aquí como Dios-Verbo "por quien todas las cosas fueron hechas", incluso su alma de Hombre. Si hablara como Hombre, diría que Dios, o sea, también Él, creó "el único espíritu perfectísimo" para unirlo a su Carne de Verbo encarnado en que todos las perfecciones convergen. Y habla a Gentiles, por tanto, de forma adecuada a su ignorancia pagana.*

[11]«¿Entonces deberás morir? ¿Por qué, Maestro? El mundo tiene 406.11
mucha necesidad de Luz, ¿y Tú quieres dejarle?».

«Tú, griego, me preguntas esto? ¿Tú, en quien las palabras de Sócrates tienen trono?».

«Maestro, Sócrates era un justo. Tú eres santo. Mira cuánta necesidad de santidad tiene la Tierra».

«Aumentará potenciada diez mil veces por cada dolor, cada herida, cada gota de mi Sangre».

«¡Por Júpiter! Jamás hubo un estoico mayor que Tú, que no te limitas a predicar el desprecio de la vida, sino que te apresuras a desecharla».

«No desprecio la vida. La amo como la cosa más útil para comprar la salvación del mundo».

«¡Pero eres joven, Maestro, para morir!».

«Tu filósofo dice que los dioses aman lo santo, y tú me has llamado santo. Si soy santo, debo tener sed de volver a la Santidad de la cual he venido. Nunca tan joven, pues, como para no tener esta sed. Dice también Socrates que quien es santo anhela hacer cosas gratas a los dioses. ¿Qué cosa más grata que restituir al abrazo del Padre a los hijos que la culpa ha alejado y dar al hombre la paz con Dios, fuente de todo bien?».

«Dices que no conoces las palabras socráticas. ¿Cómo es que sabes entonces estas que dices?».

«Yo sé todo. *El pensamiento de los hombres — cuanto es pensamiento bueno — no es sino el reflejo de un pensamiento mío*. Cuanto no es bueno no es mío; de todas formas, lo he leído en las épocas históricas y he sabido, sé y sabré, cuando fue, es y será dicho. Yo sé».

[12]«Señor, ven a Roma, faro del mundo. Aquí estás rodeado de 406.12
odio, allí te rodeará la veneración».

«Al hombre. No al Maestro de lo sobrenatural. Yo he venido para lo sobrenatural, que debo ofrecer a los hijos del pueblo de Dios, a pesar de que sean los más duros con el Verbo».

«¿Roma y Atenas no te tendrán, entonces?».

«Me tendrán. No temáis. Me tendrán. Los que quieran tenerme me tendrán».

«Pero si te matan...».

«El espíritu es inmortal. El de cada uno de los hombres. ¿No lo va a ser el mío, Espíritu del Hijo de Dios? Iré con mi Espíritu operante... Iré... Veo las muchedumbres infinitas y las casas elevadas en honor de mi Nombre... Están en todos los lugares... Hablaré en las catedrales y en los corazones... No conocerá pausa mi evangelización... El Evangelio recorrerá la Tierra... los buenos, todos a mí...

y... paso a la cabeza de mi ejército de santos y le llevo al Cielo. Venid a la Verdad...».

«¡Oh! ¡Señor! Tenemos el alma envuelta en fórmulas y en errores. ¿Cómo lograremos abrir sus puertas?».

«Yo abriré las puertas del Infierno, abriré las puertas de vuestro Hades y de mi Limbo. ¿No voy a poder abrir las vuestras? Decid: "Quiero" y, como cierre hecho con alas de mariposa, caerán pulverizadas al paso de mi Rayo».

«¿Quién vendrá en tu Nombre?».

«¿Veis a aquel hombre que viene hacia aquí junto con otro poco más que adolescente? Ellos irán a Roma y al mundo. Y con ellos muchos otros. Tan diligentes, como ahora, por el amor a mí que los impulsa y que no les deja hallar descanso sino a mi lado, irán, por el amor de los redimidos por mi Sacrificio, a buscaros, a reuniros, a conduciros a la Luz. ¡Pedro! ¡Juan! Venid. He terminado, creo. Ahora estoy con vosotros. ¿Tenéis algo más que decirme?».

«Sí, Maestro. Que nos vamos y llevamos con nosotros tus palabras».

«Germinen en vosotros con raíces eternas. Id. La paz sea con vosotros».

«Salve a ti, Maestro».

Y la visión termina...

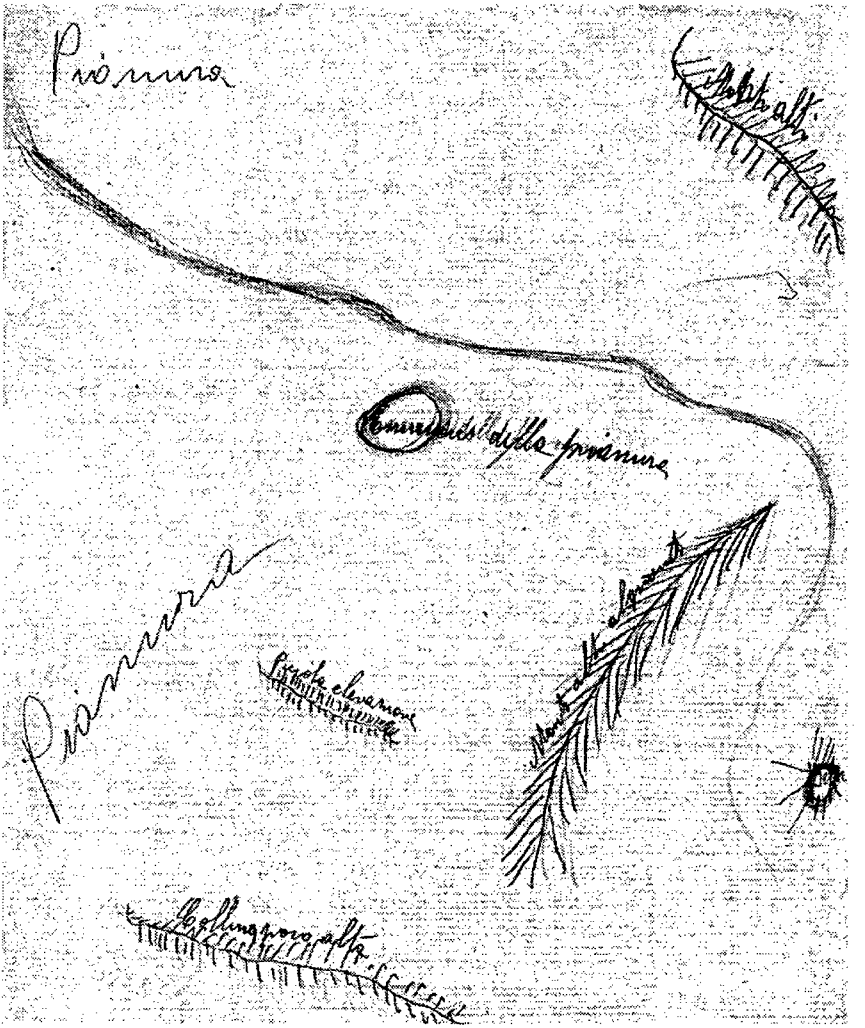
406.13 [13]Pero dice todavía Jesús: «¿Estás agotada? El dictado ha sido cansado. Más dictado que visión. Pero es un tema deseado por algunos. ¿Quién? Lo sabrás en *mí Día*. Ahora ve en paz tú también».

Por mi parte añado que el coloquio entre Jesús y los gentiles tenía lugar en una calle de ciudad marítima paralela a la orilla. Bien vivibles con el claro de luna eran las serenas olas, que iban a morir con resaca en los escollos del rompeolas de un vasto puerto lleno de naves. No he podido decirlo antes, porque el grupo ha hablado sin parar y, si describía el lugar, perdía el hilo de las palabras. Hablan caminando por un tramo de la calle cercano al puerto. La calle está solitaria porque no hay viandantes y todos los marineros han regresado a sus naves, cuyos faroles rojos se ven resplandecer como estrellas de rubí en la noche. No sé qué ciudad es. Eso sí, es bonita e importante.

407. En los campos de Nicodemo. La parábola de los dos hijos.

* 29 de marzo de 1946.

[1]Jesús llega durante una fresca aurora. Es hermosa esta fértil 407.1



* *29 de marzo de 1946.* Es el comienzo de un nuevo cuaderno autógrafo. Frente la primera página del cuaderno, por tanto, en la cara interna de la pasta, MV traza el dibujo que reproducimos en esta página, en el cual se lee, de arriba abajo y de izquierda a derecha: *Llanura (Pianura), Montes altos (Monti alti), Emaús de la llanura (Emmaus della pianura), Llanura (Pianura), Pequeña elevación (Piccola elevazione), Montes bastante altos (Monti alti alquanto), Béter (Beter), Colina poco alta (Collina poco alta).*

campiña del buen Nicodemo bajo las primeras luces del Sol. Hermosa a pesar de que muchas parcelas ya hayan sido segadas y muestren el aspecto cansado de los campos tras la muerte de las mieses, que, en parvas de oro, o todavía extendidas en el suelo como cadáveres, esperan a que las lleven a las eras. Y con ellas mueren los lises estrellados y zafíreos, las violáceas becerras, las menudas corolas de las escabiosas, el lábil cáliz de las campanillas, los rientes nimbos radiados de las camomilas y margaritas, las violentas amapolas y las cien otras flores que, en forma de estrellas o de panojas, de racimos o de nimbos radiados, reían antes donde ahora hay... amarillez de rastrojos. Pero, para consuelo del dolor de la tierra despojada de sus mieses, están las frondas de los árboles frutales, cada vez más alegres por los frutos que ya crecen y se pincelan con distintas tonalidades, y que, en esta hora, tienen el brillo de un polvo diamantino por las gotitas de rocío todavía no evaporadas por el sol.

Los campesinos están ya trabajando, contentos de acercarse ya al final del fatigoso trabajo de la siega; y cantan mientras siegan, y ríen alegres, desafiándose a quién es más rápido y experto en manejar la hoz o apretar las gavillas... Filas y filas de bien nutridos campesinos, contentos de trabajar para su buen señor. Y, en las lindes de los campos, o detrás de los atadores, niños, viudas, ancianos, que esperan para espigar, y esperan sin ansia porque saben que habrá para todos, como siempre, «por orden de Nicodemo», como explica una viuda a Jesús, que le ha preguntado.

«Vigila» dice «para que, a sabiendas, se dejen muchas espigas fuera de las gavillas, para nosotros. Y, no satisfecho todavía de tanta caridad, después de coger el justo fruto en proporción a lo sembrado, distribuye el resto entre nosotros. ¡Y no es que espere a hacerlo en el año sabático! Esto de favorecer al pobre con sus cereales lo hace * siempre, y lo mismo hace con las aceitunas y la vid. Por eso Dios le bendice con cosechas milagrosas. Las bendiciones de los pobres son como rocío para las semillas y las flores, y hacen que cada semilla dé
407.2 varias espigas y que no caiga una flor sin cuajar en fruto. [2]Y este año nos ha dicho que todo es nuestro, porque es un año de gracia. No sé a qué gracia se refiere. A no ser que sea porque decimos nosotros los pobrecillos y dicen sus felices dependientes que es discípulo en secre-

* El *año sabatico* era el ultimo año de una serie de siete, y en él debía cesar, por ejemplo, un estado de esclavitud o el pago de una deuda. Respecto a la tierra, cesaba el trabajo del hombre, y los productos crecidos espontáneamente estaban reservados para los pobres y para los animales, como se prescribe en *Éxodo 23, 10-11* y en *Levítico 25, 3-7*. La institución del *año sabático* está en relación con la del *sábado*, es decir, del reposo del séptimo día, recordado con frecuencia en la Obra valtortiana, y prescrito en *Éxodo 20, 8-11; 23, 12; 31, 12-17; Levítico 23, 3; 25, 1-2*.

to del que dice ser el Cristo, que predica el amor a los pobres para mostrar amor a Dios... Quizás le conoces, si eres amigo de Nicodemo... Porque los amigos normalmente tienen los mismos afectos... José de Arimatea, por ejemplo, es muy amigo de Nicodemo, y también de él se dice que es amigo del Rabí... ¡Oh, qué he dicho? ¡Que Dios me perdone! ¡He perjudicado a dos hombres buenos de la llanura!...». La mujer está consternada.

Jesús sonríe y pregunta: «¿Por qué, mujer?».

«Porque... Dime: ¿eres verdadero amigo de Nicodemo y de José, o eres uno del Sanedrín, uno de los falsos amigos que harían daño a dos hombres buenos si tuvieran la certeza de que son amigos del Galileo?».

«Tranquilízate. Soy verdadero amigo de estos dos hombres buenos. ¡Pero tú sabes muchas cosas, mujer. ¿Cómo las sabes?».

«¡Todos las sabemos! Arriba con odio, abajo con amor. Porque, aunque no conozcamos al Cristo, le amamos; nosotros, el desecho de todos, amados sólo por Él, que enseña a amarnos. Y tememos por Él... ¡Son tan pérfidos los judíos, los fariseos, los escribas y los sacerdotes!... ¡Oh, te estoy escandalizando!... Perdona. Es lengua de mujer y no sabe callar... Pero es porque todo el dolor nos viene de ellos, de los poderosos que nos aplastan sin piedad y nos obligan a ayunos no prescritos por la Ley, sino impuestos por la necesidad de encontrar denarios para pagar todos los diezmos que ellos, los ricos, han cargado sobre los pobres... Y es porque toda la esperanza está en el reino de este Rabí que, si es tan bueno ahora que le persiguen, ¿cómo será cuando pueda ser rey!».

[3]«Su Reino no es de este mundo, mujer. No tendrá ni palacios ni soldados. No impondrá leyes humanas. No distribuirá denarios, pero enseñará a los mejores a hacerlo. Y los pobres encontrarán no dos o diez o cien amigos entre los ricos, sino que todos los que creen en el Maestro unirán sus bienes para ayudar a los hermanos sin bienes. Porque de ahora en adelante no se llamará "prójimo" al propio semejante, sino "*hermano*", en nombre del Señor». 407.3

«¡Oh!...». La mujer está admirada, soñando ya esta era del amor. Acaricia a sus niños, sonríe, luego levanta la cabeza y dice: «¿Entonces me aseguras que no he perjudicado a Nicodemo... hablando contigo? Me ha venido espontáneo... ¡Son tan dulces tus ojos!... ¡Es tan sereno tu aspecto!... No sé... Me siento segura como si estuviera al lado de un ángel de Dios... Por eso he hablado...».

«No has perjudicado. Puedes estar segura. Es más, has dicho de mi amigo una gran alabanza, por la que Yo le alabaré y le apreciaré más todavía... ¿Eres de estos lugares?».

«¡No, no, Señor! Soy de entre Lida y Bet-Dagón. ¡Pero, cuando hay posibilidad de alivio, uno corre, Señor, aunque sea largo el camino! Más largos son los meses de invierno y hambre...».

«Y más larga que la vida es la eternidad. Habría que tener para el alma la diligencia que se tiene para la carne, y correr a donde hay palabras de vida...».

«Yo lo hago con los discípulos del Rabí Jesús, el bueno, el único bueno de entre los demasiados rabíes que tenemos».

«Haces bien, mujer» dice Jesús sonriendo y haciendo una señal a Andrés y a Santiago de Zebedeo — que están con Él, mientras que los otros han ido hacia la casa de Nicodemo — de que dejen de hacer un verdadero jeribeque para dar a entender a la mujer que el Rabí Jesús es el que le está hablando.

«Claro que hago bien. No quiero tener el pecado de no haberle amado y no haber creído en Él... Dicen que es el Cristo... Yo no le conozco. Pero quiero creer. Porque pienso que buena les va a caer a los que no quieren aceptarle como tal».

«¿Y si sus discípulos estuvieran en un error?» pone a prueba Jesús.

«No puede ser, Señor. Son demasiado buenos, humildes y pobres como para pensar que sigan a uno no santo. Y además... He hablado con gente curada por Él. ¡No cometas el pecado de no creer, Señor! Te condenarías el alma... En fin... yo creo que, aun en el caso de que todos estuviéramos en error y Él no fuera el Rey prometido, seguro que es santo y amigo de Dios, si dice esas palabras y cura almas y cuerpos... Y estimar a los buenos siempre beneficia».

407.4 «Bien has hablado. Persevera en tu fe... [4]Ahí está Nicodemo...».

«Sí. Con algunos discípulos del Rabí. Es que están evangelizando por los campos a los segadores. También ayer comimos su pan».

Nicodemo, entretanto, sin haber visto al Maestro, se acerca, vestido con una sucinta túnica, y ordena a los campesinos que no recojan ni siquiera una espiga de las que han segado. «Tenemos pan para nosotros... Vamos a dar el don de Dios a quien carece de él. Y démoselo sin temor. El hielo tardío podía habernos destruido los cereales, y no se ha perdido ni una sola semilla. Devolvamos a Dios su pan dándoselo a sus hijos infelices. Y os aseguro que la cosecha del año que viene será aún más fructífera, el mil por ciento, porque Él lo ha dicho: "A quien dé le será dada una medida rebosante"».

Los campesinos, deferentes y contentos, escuchan al amo con gesto de asentimiento. Y Nicodemo, de una parcela a otra, de una fila a otra, va repitiendo su orden buena.

Jesús, semioculto por una cortina de cañas que hay en una zanja

divisoria, aprueba y sonríe. Y aumenta su sonrisa a medida que Nicodemo se va acercando y va siendo inminente el encuentro y la sorpresa.

Ya está saltando la pequeña zanja para pasar a las otras parcelas... ya se queda petrificado frente a Jesús, que tiende a él los brazos. En fin, le vuelve la palabra: «Maestro santo, ¿cómo Tú, bendito, a mí?».

«Para conocerte, si hubiera necesidad, por las palabras de los testigos más verdaderos: las personas a las que favoreces...».

Nicodemo está de rodillas, profundamente prosternado hasta tocar el suelo; también están de rodillas los discípulos, capitaneados por Esteban y José de la Emaús montana. Los campesinos intuyen, intuyen los pobres, y todos están de rodillas con devotísimo estupor.

«Alzaos. Hasta hace poco era el Viandante que inspira confianza... Seguidme viendo todavía así. Y amadme sin miedos. [5]Nicodemo, he mandado a tu casa a los diez que faltan...». 407.5

«He pasado la noche fuera, para cuidar de que se cumpliera una orden...».

«Sí. Una orden por la que Dios te bendice. ¿Qué voz te ha dicho que éste es un año de gracia, y no el año que viene, por ejemplo?».

«...No lo sé... Y sí que lo sé... No soy profeta, pero tampoco estúpido. A mi inteligencia se ha unido una luz del Cielo. Maestro mío... quería que los pobres gozaran de los dones de Dios mientras Dios está todavía en medio de los pobres... Y no me atrevía a esperar tenerte aquí, a dar sabor delicado y potencia santificadora a estos cereales, y a mis aceitunas, y a las viñas y pomares, que serán para los pobres hijos de Dios, mis hermanos... Pero ahora que estás aquí, alza tu bendita mano y bendice, para que, junto con el alimento para la carne, descienda a los que lo coman la santidad que de ti emana».

«Sí, Nicodemo. Justo deseo que el Cielo aprueba». Y Jesús abre los brazos para bendecir.

«¡Espera! Que voy a llamar a los campesinos» y con un silbato silba tres veces; un silbido agudo que se expande por el aire quieto y provoca una carrera de segadores, espigadores, curiosos, de todas las partes. Una pequeña muchedumbre...

Jesús abre los brazos y dice: «Por la fuerza del Señor, por el deseo de su siervo, la gracia de la salud del espíritu y de la carne descienda a cada uno de los granos, a cada uva, aceituna o fruto, y favorezca y santifique a los que lo coman con espíritu bueno, libre de concupiscencias y de odios y deseoso de servir al Señor con la obediencia a su divina y perfecta Voluntad».

«Así sea» responden Nicodemo, Andrés, Santiago, Esteban y los

otros discípulos... «Así sea» repite la pequeña muchedumbre, y se levantan, porque se habían arrodillado para ser bendecidos.

407.6 [6]«Suspende las labores, amigo. Quiero hablarles».

«Don sobre don. ¡Gracias por ellos, Maestro!».

Van a la sombra de un espeso pomar y esperan a que se unan a ellos los diez que han sido enviados a la casa. Éstos llegan jadeantes, y desilusionados de no haber encontrado a Nicodemo.

Luego Jesús habla:

«La paz sea con vosotros. Os voy a proponer, a todos vosotros que estáis alrededor de mí, una parábola. Y que cada uno coja la enseñanza y la parte que más sintonice con él. Oíd.

Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y dijo: "Hijo mío, ven a trabajar hoy en la viña de tu padre". ¡Gran signo de honor este del padre! Consideraba al hijo capaz de trabajar en donde, hasta ese momento, el padre había trabajado. Señal de que veía en su hijo buena voluntad, constancia, aptitud, experiencia y amor hacia su padre. Pero el hijo, un poco distraído por cosas del mundo, temiendo aparecer externamente como un siervo — Satanás usa estos espejismos para alejar del Bien —, temiendo burlas y quizás incluso represalias de enemigos de su padre, que contra éste no se atrevían a levantar la mano pero que tendrían menos consideraciones con su hijo, respondió: "No voy. No tengo ganas". El padre fue entonces al otro hijo y le dijo lo mismo que había dicho al primero; y el segundo hijo respondió en seguida: "Sí, padre. Voy inmediatamente".

¿Pero qué sucedió? Pues que el primer hijo, siendo de ánimo recto, después de un primer momento de debilidad en la tentación y de rebelión, arrepentido de haber disgustado a su padre, fue a la viña sin decir nada y estuvo trabajando todo el día aprovechando hasta la anochecida; luego volvió satisfecho a su casa, con la paz en el corazón por el deber cumplido. El segundo, por el contrario, mentiroso y débil, salió de casa, sí, pero luego se entretuvo a vagabundear por el pueblo haciendo inútiles visitas a amigos influyentes, de los cuales esperaba obtener alguna ventaja. Y decía en su corazón: "Mi padre es viejo y no sale de casa. Le diré que le he obedecido y se lo creerá...". Pero, llegado el anochecer también para él y habiendo regresado a casa, su aspecto cansado de ocioso, los indumentos sin arrugas y el saludo inseguro a su padre, que le observaba y le comparaba con el primero — que había vuelto cansado, sucio, despeinado, pero jovial y con una mirada humilde y sincera, buena, que, sin querer jactarse del deber cumplido, quería decir al padre: "Te amo. Te amo de verdad. Tanto que, para complacerte, he vencido la tentación" — hablaron claramente al intelecto del padre, el cual, abrazando al hijo

cansado, dijo: "¡Bendito tú, porque has comprendido el amor!".

Efectivamente, ¿qué os parece? ¿Cuál de los dos había amado? Sin duda decís: "El que había hecho la voluntad del padre suyo". ¿Y quién la había hecho? ¿El primero o el segundo hijo?».

«El primero» responde la gente con unanimidad.

«El primero. Sí. [7]También en Israel, y vosotros os quejáis de ello, 407.7
no son los que dicen :"¡Señor! ¡Señor!", dándose golpes de pecho sin tener en su corazón el verdadero arrepentimiento de sus pecados — tanto es así, que cada vez se hacen más duros de corazón —, no son los que ostentan devotos ritos para que los llamen santos, y luego, privadamente, se comportan sin caridad ni justicia, no son éstos, que se rebelan en verdad contra la voluntad de Dios que me envía y la impugnan como si fuera voluntad de Satanás — y esto no será perdonado —, no son éstos los que son santos a los ojos de Dios; sino que lo son los que, reconociendo que Dios todo lo que hace lo hace bien, acogen al Enviado de Dios y escuchan su palabra para saber hacer mejor, cada vez mejor, lo que el Padre quiere; son éstos los que son santos y amados para el Altísimo.

En verdad os digo: los ignorantes, los pobres, los publicanos, las meretrices precederán a muchos que son llamados "maestros", "poderosos", "santos", y entrarán en el Reino de Dios.

Y será justo. Porque vino Juan a Israel para guiarle por los caminos de la Justicia, y demasiado Israel no le creyó, el Israel que a sí mismo se llama "docto y santo", mientras que los publicanos y las meretrices le creyeron. Y he venido Yo, y los doctos y santos no me creen, y, sin embargo, creen en mí los pobres, los ignorantes, los pecadores. Y he hecho milagros, y ni siquiera se ha creído en ellos, y tampoco viene arrepentimiento de no creer en mí; al contrario, se desata el odio contra mí y contra los que me aman.

Pues bien, digo: "Benditos los que saben creer en mí y hacer esta voluntad del Señor en que hay salud eterna". Aumentad vuestra fe y sed constantes. Poseeréis el Cielo, porque habréis sabido amar la Verdad.

Podéis marcharos. Dios esté siempre con vosotros».

Los bendice y se despide de ellos. Luego, al lado de Nicodemo, se dirige hacia la casa del discípulo para estar en ella mientras el sol abrasa...

408. Multiplicación del trigo en los campos de José de Arimatea.

31 de marzo de 1946.

408.1 [1]También aquí trabajan fervientemente los segadores. Es más — está mejor dicho — ha sido ferviente el trabajo de los segadores. Ya son inútiles las hoces, porque no hay en pie una sola espiga en estos campos aún más cercanos a la orilla mediterránea que los de Nicodemo. Pero Jesús no ha ido a Arimatea, sino a los terrenos que José posee en el llano, hacia el mar, y que antes de la siega, por su gran extensión, debían ser otro pequeño mar de espigas.

Una casa baja, ancha, blanca, está ahí, en el centro de los campos desnudos. Una casa de campo, pero bien cuidada. Sus cuatro eras se están llenando de gran cantidad de gavillas, puestas en haces (como disponen los soldados el bagaje durante los altos en el campo). Muchos carros traen ese tesoro de los campos a las eras, y muchos hombres descargan y amontonan. José va de una era a otra y vigila que todo se haga, y se haga bien.

Un campesino, desde lo alto del montón hacinado en un carro, anuncia: «Hemos terminado, patrón. Todo el trigo está en tus eras. Éste es el último carro de tu último terreno».

«Bien. Descarga y luego suelta a los bueyes y llévalos a los pilones y a los establos. Han trabajado bien y merecen descanso. Y también todos vosotros habéis trabajado bien y merecéis descanso. Pero la última fatiga será leve, porque para los corazones buenos es alivio

408.2 la alegría de los demás. [2]Ahora vamos a traer a los hijos de Dios y vamos a darles el don del Padre. Abraham, ve a llamarlos» dice luego volviéndose hacia un patriarcal campesino, que quizás es el primero de los campesinos al servicio de esta propiedad de José. Pienso esto porque veo que el respeto de los otros dependientes es muy visible hacia este anciano, que no trabaja pero ayuda al patrón vigilando y aconsejando.

Y el anciano va... Le veo dirigirse hacia una vasta y muy baja construcción, más parecida a un cobertizo que a una casa, provista de dos puertas gigantescas que tocan el canalón. Creo que será una especie de almacén donde estén guardados los carros y los otros aperos de labranza. Entra allí dentro y luego sale seguido por un heterogéneo y mísero grupo humano de todas las edades... y de todas las miserias... Hay seres macilentos, aunque sin desgracias físicas, y hay tullidos, ciegos, mancos, enfermos de los ojos... Muchas viudas rodeadas de sus muchos huerfanitos, o también las mujeres de algún enfermo, tristes, apocadas, enflaquecidas por las noches en vela y los

sacrificios para cuidar al enfermo.

Vienen con ese aspecto particular de los pobres cuando van a un lugar donde recibirán una gracia: timidez en las miradas, esquivez propia del pobre honrado, no sin una sonrisa que aflora encima de la tristeza imprimida por días de dolor en los rostros demacrados, no sin una chispa mínima de triunfo, casi como una respuesta al destino, que se ha cebado sobre ellos en días tristes, continuos, una respuesta al destino: «¡Hoy es fiesta, para nosotros también hay un día de fiesta, hoy es fiesta, es alegría, es consuelo para nosotros!».

Los pequeños ponen ojos como platos al ver los montones de gavillas, más altos que la casa, y dicen a sus mamás mientras las señalan: «¿Para nosotros? ¡Qué bonitas!». Los ancianos susurran: «¡El Bendito bendiga al compasivo!». Los mendigos, tullidos, o ciegos, o mancos, o enfermos de los ojos: «¡Por fin tendremos pan también nosotros, sin tener que alargar siempre la mano!». Y los enfermos a sus familiares: «Al menos podremos medicarnos sabiendo que vosotros no sufrís por nosotros. Nos harán bien ahora las medicinas». Y los familiares a los enfermos: «¿Veis? Ahora ya no diréis que ayunamos para dejaros a vosotros el pedazo de pan. ¡Alegraos, pues, ahora!...». Y las viudas a los huerfanitos: «Hijitos míos, habrá que bendecir mucho al Padre de los Cielos que os hace de padre, y al buen José, que es su administrador. Ahora no os oiremos llorar por hambre, hijos nuestros que tenéis sólo a vuestras madres para ayudaros... a vuestras pobres mamás, que de rico tienen sólo el corazón...». Un coro y un espectáculo que alegran, pero también hacen venir lágrimas a los ojos...

[3]Y José, teniendo ya delante a estos infelices, se pone a recorrer 408.3
las filas, a llamar a uno por uno, preguntando cuántos son en su familia, desde cuánto tiempo están viudas, o desde cuándo están enfermos, etc... y toma nota. Y para cada caso ordena a los campesinos que están a su servicio: «Da diez. Da treinta».

«Da sesenta» dice después de escuchar a un anciano semiciego que se le ha acercado con diecisiete nietecitos, todos por debajo de los doce años, hijos de dos hijos suyos, muertos uno en la siega del año anterior, la otra de parto... «y» dice el anciano «el marido ha encontrado consuelo y se ha casado otra vez, pasado un año. Me ha remitido los cinco hijos diciendo que se preocuparía de ellos. Sin embargo, ¡jamás un sólo denario!... Ahora se me ha muerto también mi mujer y estoy solo... con éstos...».

«Da sesenta al anciano padre. Tú, padre, espera, que después te voy a dar vestidos para los pequeños».

El campesino observa que, si se va a sesenta gavillas por cada

vez, no va a llegar el trigo para todos...

«¿Dónde está tu fe? Si acumulo y distribuyo las gavillas, ¿lo hago por mí? No. Es para los más amados hijos del Señor. El Señor mismo proveerá a que baste para todos» responde José al campesino.

«Sí, patrón. Pero el número es número...».

«Y la fe es fe. Y yo, para mostrarte que la fe puede todo, ordeno que se doble la medida que ha sido dada a los primeros. Quien ha recibido diez que reciba otras diez, quien veinte otras veinte, y al anciano dadle ciento veinte. ¡Hacedlo! ¡Hacedlo!».

Los campesinos se encogen de hombros y cumplen la orden. Y continúa la distribución, en medio del gozoso asombro de los beneficiados, que ven que les dan una medida que supera todas sus más descabelladas esperanzas. José sonríe por ello, y acaricia a los pequeñuelos, que ponen todo su ahínco en ayudar a sus mamás; o ayuda a los tullidos, que hacen su pequeño montón; ayuda a los ancianos demasiado caducos como para hacerlo; o a las mujeres demasiado macilentas; y ordena apartar a dos enfermos para darles otras ayudas, como ha hecho con el anciano de los diecisiete nietos. Los montones, más altos que la casa, ahora son muy bajos, casi al nivel del suelo. Pero todos han recibido su parte, y en medida abundante.

José pregunta: «¿Cuántas gavillas quedan todavía?».

«Ciento doce, patrón» dicen los campesinos tras contar lo que queda.

«Bien. Tomaréis...». José recorre la lista de los nombres que ha apuntado, y dice: «Tomaréis cincuenta. Las guardaréis para simiente, porque es semilla santa. Que se dé el resto, una a cada uno, a cada cabeza de familia aquí presente. Son exactamente sesenta y dos cabezas de familia».

Los campesinos obedecen. Meten bajo un pórtico las cincuenta gavillas y distribuyen el resto. Ahora las eras ya no tienen los voluminosos montones de oro. Pero, en el suelo, hay sesenta y dos pequeños montones de distinto volumen. Y sus propietarios, solícitos, los atan y los cargan en rudimentarias carretillas, o en precarios jumentos a los que han ido a desatar de un vallado que está detrás de la casa.

408.4 [4]El anciano Abraham, que ha hablado aparte con los principales campesinos al servicio de José, se acerca con éstos al patrón, y éste les pregunta: «¿Entonces? ¿Habéis visto? ¡Ha habido para todos! ¡Y ha sobrado!».

«¡Pero patrón, aquí hay un misterio! Nuestros campos no pueden haber dado el número de gavillas que has distribuido. Yo he nacido aquí y tengo setenta y ocho años. Siego desde hace sesenta y seis. Y

sé. Mi hijo tenía razón. ¡Sin un misterio, no habríamos podido dar tanto!...».

«Pero que lo hemos dado es una realidad, Abraham. Tú estabas a mi lado. Los campesinos han entregado las gavillas. No hay ningún sortilegio. No es irrealidad. Las gavillas se pueden contar todavía. Están todavía allí, aunque sea divididas en muchas partes».

«Sí, patrón. Pero... No es posible que los campos hayan dado tantas gavillas».

«¿Y la fe, hijos míos? ¿Y la fe? ¿Dónde metéis la fe? ¿Podía desacreditar el Señor a su siervo, que prometía en su Nombre y con santo fin?».

«¡¿Entonces tú has hecho un milagro?!» dicen los campesinos, ya dispuestos a los gritos de hosanna.

«No soy hombre de milagros. Soy un pobre hombre. Lo ha hecho el Señor. Ha leído en mi corazón y ha visto en él dos deseos: el primero, llevaros a la misma fe; el segundo, dar mucho, mucho, mucho a estos hermanos míos infelices. Dios ha asentido a mis deseos... y ha actuado. ¡Bendito sea!» dice José inclinándose reverentemente como si estuviera delante de un altar.

«Y su siervo con Él» dice Jesús, que hasta ese momento ha estado oculto detrás de la esquina de una pequeña casa — no sé si horno o almazara — rodeada por un seto, y que ahora aparece abiertamente en la era donde está José.

«¡¡Maestro mío y Señor mío!!» exclama José, cayendo de rodillas para venerar a Jesús.

«La paz a ti. He venido para bendecirte en nombre del Padre. Para premiar tu caridad y tu fe. [5]Soy huésped tuyo esta noche. ¿Me aceptas?». 408.5

«¡Oh, Maestro! ¿Y lo preguntas? La única cosa... La única cosa es que aquí no voy a poder darte honor... Estoy con mis domésticos-campesinos... en mi casa del campo... No tengo vajilla fina ni maestros de mesa ni criados capacitados... No tengo ni manjares ni vinos selectos... No tengo amigos... Será una hospitalidad muy pobre... Pero bueno, serás comprensivo... ¿Por qué, Señor, no me has avisado? Habría dispuesto lo necesario... Pero anteayer Hermas, con los suyos, estuvo aquí... Es más, he aprovechado sus servicios para avisar a éstos, a quienes quería dar, devolver, lo que es de Dios... ¡Pero Hermas no me dijo nada! ¡Si lo hubiera sabido!... Permíteme, Maestro, que dé indicaciones, que trate de remediar... ¿Por qué sonríes así?» pregunta, en fin, José, que está todo agitado por la improvisa alegría y por la situación que juzga... desastrosa.

«Sonrío por tus inútiles penas. José, ¿qué buscas? ¿Lo que tienes?».

«¿Qué tengo? No tengo nada».

«¡Cuán hombre eres todavía! ¿Por qué no eres ya el José espiritual de hace un rato, cuando hablabas como persona sabia y prometías, seguro, por la fe y para dar la fe?».

«¡Oh! ¿Has estado oyendo?».

«He oído y he visto, José. Aquel seto de laureles es muy útil para ver que lo que he sembrado no ha muerto en ti. Y por esto te digo que te creas inútiles penas. ¿Que no tienes ni maestros de mesa ni servidores capacitados? Pero si donde se ejercita la caridad está Dios, y donde está Dios están sus ángeles. ¿Y qué maestros de casa quieres tener más capacitados que ellos? ¿Que no tienes ni manjares ni vinos selectos? ¿Y qué manjar quieres ofrecerme, y qué bebida, más selectos que el amor que has tenido hacia éstos y tienes hacia mí? ¿Que no tienes amigos para darme honor? ¿Y éstos? ¿A qué amigos ama el Maestro de nombre Jesús más que a los pobres y a los infelices? ¡Ánimo, hombre, José! Ni siquiera convirtiéndose Herodes y abriéndome sus salas para recibirme y darme honor, en un palacio purificado, y teniendo con él los jefes de todas las castas para darme honor, Yo tendría una corte más selecta que ésta. Y quiero dirigirles unas palabras y ofrecerles un don. ¿Permites?».

«¡Pero Maestro, si todo lo que Tú quieres lo quiero yo! Ordena».

«Diles que se reúnan. Que se reúnan también los campesinos. Para nosotros siempre habrá un pan... Mejor es que ahora escuchen mi palabra en vez de correr para acá o allá, afanándose en pobres cuidados».

La gente se apiña con diligencia, asombrada...

408.6 [6]Jesús habla: «Aquí habéis visto que la fe puede multiplicar el trigo cuando este deseo viene de un deseo de amor. Pero no limitéis vuestra fe a las necesidades materiales. Dios creó el primer grano de trigo y desde entonces el trigo produce espigas para el pan de los hombres. Pero Dios creó también el Paraíso, que espera a sus ciudadanos. Ha sido creado para los que viven en la Ley y permanecen fieles a pesar de las pruebas dolorosas de la vida. Tened fe y lograréis conservaros santos con la ayuda del Señor, de la misma forma que José ha logrado asignar el doble de trigo para haceros felices doblemente y confirmar en la fe a sus campesinos. En verdad, en verdad os digo que si el hombre tuviera fe en el Señor, y esa fe fuera por un justo motivo, ni siquiera las montañas, hincadas en el suelo con sus entrañas rocosas, podrían resistir, y ante la orden de quien tiene fe en el Señor cambiarían de sitio. ¿Tenéis vosotros fe en Dios?» pregunta dirigiéndose a todos.

«¡Sí, Señor!».

«¿Quién es Dios para vosotros?».

«El Padre santísimo, como enseñan los discípulos del Cristo».

«¿Y el Cristo quién es para vosotros?».

«El Salvador. El Maestro. ¡El Santo!».

«¿Sólo esto?».

«El Hijo de Dios. Pero no se debe decir, porque los fariseos nos persiguen si lo decimos».

«¿Pero vosotros creéis que lo es?».

«Sí, Señor».

«Pues bien, creced en vuestra fe. Aunque calléis vosotros, las piedras, las plantas, las estrellas, el suelo, todas las cosas, proclamarán que el Cristo es el verdadero Redentor y Rey. Lo proclamarán en la hora de su elevación, cuando le envuelva la púrpura santísima y tenga la corona de Redención. Bienaventurados los que sepan creer esto ya desde ahora, y que más aún lo crean entonces, y tengan fe en Cristo y, por tanto, vida eterna. ¿Tenéis vosotros esta fe inquebrantable en Cristo?».

«Sí, Señor. Enséñanos dónde está Él, y nosotros le pediremos que aumente nuestra fe para ser bienaventurados de esa forma». Y la última parte de esta súplica la dicen no sólo los pobres, sino también los campesinos, los apóstoles y José.

«Si tenéis fe como un grano de mostaza, y la tenéis — perla preciosa — en el corazón, sin dejar que os la arrebate ninguna cosa humana, o sobrehumana pero mala, podréis todos decir incluso a ese robusto moral que da sombra al pozo de José: "Arráncate de ahí y trasplántate a las olas del mar"».

[7]«¿Pero Cristo dónde está? Le esperamos para ser curados. Los discípulos no nos han curado, pero nos han dicho: "Él puede hacerlo". Quisiéramos curarnos para trabajar» dicen unos hombres enfermos o impedidos. 408.7

«¿Y creéis que Cristo lo puede?» dice Jesús mientras hace una señal a José de que no diga que Cristo es Él.

«Lo creemos. Es el Hijo de Dios. Lo puede todo».

«Sí. Lo puede todo... ¡Y lo quiere todo!» grita Jesús extendiendo con imperio el brazo derecho y bajándole como para jurar. Y termina con un grito potente: «¡Y así sea, para gloria de Dios!».

Y hace ademán de volverse hacia la casa. Pero los curados, unos veinte, gritan, se acercan y le encierran en un laberinto de manos extendidas para tocar, bendecir, buscar sus manos, sus vestidos, para besar, acariciar. Le aíslan de José, de todos...

Y Jesús sonríe, acaricia, bendice... Se libera lentamente y, todavía seguido, desaparece entrando en la casa, mientras los gritos de

hosanna suben al cielo, que se pone violáceo con el principio del crepúsculo.

409. El drama familiar del Anciano Juan.

2 de abril de 1946.

409.1 [1]José de Arimatea descansa en una habitación que está semiobscura debido a que todas las cortinas están echadas, para proteger del sol. En toda la casa hay un silencio absoluto. José duerme con sueño ligero en un bajo diván cubierto de esteras... Entra un criado, se dirige al patrón, le toca para despertarle. José abre sus ojos cargados y mira al criado con gesto interrogativo.

«Señor, está aquí tu amigo Juan...».

«¡¿Mi amigo Juan?! ¡¿Cómo es que está aquí no habiéndose terminado el sábado?!». José se ha despertado de golpe ante la sorpresa de la visita de un Anciano en sábado. Y ordena: «Que entre en seguida».

El criado sale. José, mientras espera, pasea pensativo por la habitación semiobscura y fresca...

«¡Dios sea contigo, José!» dice el Anciano Juan, el que vimos ya en el primer banquete ofrecido a Jesús en Arimatea y también en casa de Lázaro en la última Pascua (siempre en una actitud que, aunque no fuera de discípulo, al menos no era hostil respecto a Jesús).

«¡Y contigo, Juan! Pero... sabiendo que eres justo, me asombra verte antes del ocaso...».

«Es verdad. He quebrantado la ley sabática. Y he pecado sabiendo que pecaba. Por tanto, gran pecado el mío... Y grande será el sacrificio que ofreceré para ser perdonado. Pero también es muy grande el motivo que me ha incitado a este pecado... Yahveh, que es justo, tendrá compasión de su siervo culpable considerando el importante motivo que me ha impulsado a la culpa...».

«Hace un tiempo no hablabas así. Para ti el Altísimo era sólo rigor, inflexibilidad. Y eras perfecto porque le temías como a un Dios intransigente...».

«¡Oh! ¡Perfecto!... José, a ti nunca te he confesado mis culpas secretas... Pero es verdad. Consideraba a Dios *intransigente*. Como muchos en Israel. Nos han enseñado a considerarle el Dios de las venganzas...».

«Y has seguido creyéndolo después de que el Rabí ha venido a dar a conocer a su pueblo el verdadero Rostro de Dios, su verdadero Corazón... Un rostro y un corazón de Padre...».

«Es verdad. Es verdad. Pero... todavía no le había oído hablar extensamente... De todas formas, como recordarás, desde la primera vez que le vi, en el convite en tu casa, ya tomé una actitud hacia el Rabí que, si no era de amor, al menos era de... respeto».

«Es verdad... Pero por lo que yo te quiero quisiera que pasaras a una actitud de amor a Él. Es demasiado poco el respeto...».

«¿Tú le amas, verdad, José?».

«Sí. Y te lo digo, aun sabiendo que los príncipes de los sacerdotes odian a los que aman al Rabí. Pero tú no eres capaz de delación...».

«No. No soy capaz... Y quisiera ser como tú. Pero, ¿lo lograré alguna vez?».

«Pediré porque lo logres. Significaría tu beatitud eterna, amigo...».

[2]Un silencio lleno de reflexiones... 409.2

Luego José pregunta: «Me has dicho que un importante motivo te ha movido a violar el sábado. ¿Y cuál? ¿Puedo preguntártelo sin ser demasiado indiscreto? Creo que has venido a casa de tu amigo en busca de ayuda... Y para ayudarte tengo que saber...».

Juan se pasa la mano por la frente, aprieta esta frente de hombre en plena madurez, amplia y con ligeras entradas; se acaricia mecánicamente el pelo, que apenas ha empezado a encanecerse, y la tupida y escuadrada barba... Luego levanta la cabeza y mira fijamente a José. Dice: «Sí. Un motivo importante, y penoso; y... y una gran esperanza...».

«¿Cuáles?».

«José, ¿te imaginas que mi casa es un infierno y que pronto ya no será una casa, sino... sino una cosa devastada, desbaratada, destruida, acabada?».

«¿Qué? ¿Qué dices? ¿Desvarías?».

«No. No desvarío... Mi mujer quiere marcharse... ¿Estás sorprendido?».

«...Sí... porque... siempre la he visto buena y... porque vuestra familia me parecía ejemplar... tú, todo bondad... ella, toda virtud...».

Juan se sienta y mete la cabeza entre las manos...

José prosigue: «Ahora... esta... esta decisión... Yo... bueno que no puedo creer que Ana haya faltado... o que tú hayas faltado... Pero todavía menos lo creo de ella... toda casa, toda hijos... ¡No!... ¡En ella no puede haber culpa!...».

«¿Estás seguro? ¿Estás completamente seguro?».

«¡Oh! ¡Pobre amigo! No tengo el ojo de Dios. Pero, por lo que puedo juzgar, juzgo así...».

«¿No crees que Ana sea... infiel...?».

«¡¿Ana?! ¡Pero, amigo! ¿El sol del verano te ha enfermado la cabeza? ¿Infiel con quién? No sale nunca de casa. Prefiere el campo a la ciudad. Trabaja como la primera de las domésticas. Es humilde, discreta, trabajadora, amorosa contigo y con los niños. Una mujer ligera no ama estas cosas. Créelo. ¡Oh, Juan!, pero ¿en qué fundas las sospechas? ¿Desde cuándo?».

«Desde siempre».

«¿Desde siempre? ¡Ah, entonces esto tuyo es una enfermedad!...».

«Sí. Y... José, yo he cometido muchos errores. Pero no quiero confesártelos a ti solo. Anteayer han pasado unos discípulos por mi casa, y también unos pobres. Decían que el Rabí estaba viniendo a tu casa. Y ayer... ayer fue un día muy turbulento para mi casa... tanto que Ana ha tomado la decisión que he dicho... Por la noche — ¡y qué noche! — he pensado mucho... Y he sacado la conclusión de que sólo Él, el Rabí perfecto...».

«¡Divino, Juan, divino!».

«...Como quieras... Que sólo Él puede curarme y reparar... reconstruir mi casa, darme de nuevo a Ana... y a mis hijos... reconstruirme todo...». El hombre llora. Entre lágrimas prosigue: «Porque
409.3 sólo Él ve y dice la verdad... y al Él le creeré... [3]José, amigo mío, déjame estar aquí esperándole...».

«El Maestro está aquí. Partirá después de la puesta del Sol. Voy a llamarle», y José sale...

Pocos minutos de espera y la cortina se separa nuevamente para dejar paso a Jesús... Juan se pone de pie y se inclina con deferente saludo.

«La paz a ti, Juan. ¿Por qué motivo me buscas?».

«Para que me ayudes a ver... y para que me salves. Soy muy infeliz. He pecado contra Dios y contra mi carne gemela. Y de pecado en pecado he llegado a violar la ley del sábado. Absuélveme, Maestro».

«¡La ley del sábado! ¡Grande, santa ley! ¡Lejos de mí el pensamiento de considerarla pequeña y superada! Pero ¿por qué la antepones al primero de los mandamientos? ¿Y cómo es que pides absolución por haber violado el sábado y no la pides por haber faltado al amor y torturado a una inocente, y haber llevado a la desesperación y al umbral del pecado al alma de tu esposa? ¡Por esto debes angustiarte más que por todas las otras cosas! Por haberla calumniado...».

«Señor, sólo con José, hace poco, he hablado de ella. Con ningún otro, créelo. Tenía tan celado mi dolor, que José, buen amigo mío, no se había percatado de nada y se ha quedado sorprendido. Ahora él te lo ha dicho. Pero ha sido para ayudarme. Con ninguna otra persona hablará el justo José».

«Conmigo no ha hablado. Me ha dicho solamente que me buscabas».

«¿Y entonces cómo lo sabes?».

«¿Cómo lo sé? Como sabe Dios los secretos de los corazones. ¿Quieres que te diga el estado del tuyo?»...

José hace ademán de retirarse discretamente. Pero es el propio Juan el que le detiene diciendo: «¡Quédate. ¡Tú eres amigo mío! Puedes ayudarme ante el Rabí, tú, paraninfo de mi boda!...», y José vuelve a ponerse junto a los dos.

«¿Quieres que te lo diga? ¿Quieres que te ayude a conocerte? ¡No temas! No tengo mano cruel. Sé descubrir las heridas. No las hago sangrar para curarlas. Sé comprender y compadecerme. Y sé cuidar y curar; basta con que uno quiera ser curado. Tú tienes este deseo. Tanto que me has buscado. Siéntate aquí, a mi lado, entre mí y José. Él fue el paraninfo de tu boda terrestre, Yo quisera ser el paraninfo de tu boda espiritual... ¡Oh, cuánto lo quisiera!... ¡Así! [4]Y ahora es- 409.4
cúchame bien. Y responde con sinceridad a todo. ¿Tú cómo crees que fue el acto de Dios de crear al hombre y a la mujer para que estuvieran unidos? ¿Un acto bueno o un acto malo?».

«Bueno, Señor. Como todas las cosas hechas por Dios».

«Has respondido bien. Ahora dime: si el acto era bueno, ¿cuáles debían ser sus consecuencias?».

«Igualmente buenas, Señor. Y fueron buenas, a pesar de que Satanás entrara a disturbarlas, porque Adán siempre encontró confortación en Eva y Eva en Adán. Es más, fue aún más sensible esta confortación cuando solos, desterrados en la Tierra, fueron ayuda el uno para el otro. Y fueron buenas las consecuencias materiales, o sea, los hijos, por los cuales se propagó el hombre, y a través de los cuales brilló el poder y la bondad de Dios».

«¿Por qué? ¿Qué poder y bondad?».

«Hombre, pues... la que ha sido desarrollada en favor de los hombres. Si miramos hacia atrás... sí... hay justos castigos, pero hay también, y más numerosos, actos de bondad... Bondad infinita es el pacto establecido con Abraham y repetido luego a Jacob, y así hasta... hasta el día de hoy. Y repetido por bocas sin mentira: los profetas... hasta Juan...».

«Y por la boca del Rabí, Juan» interrumpe José.

«No es boca de profeta... No es boca de Maestro... Es... más».

Jesús sonríe, aunque casi imperceptiblemente, ante la... profesión de fe, aún vinculada, del Anciano, que no llega a decir: «Es boca divina» pero ya lo piensa.

«Entonces Dios ha hecho bien uniendo al hombre y a la mujer.

Está escrito. ¿Pero cómo quiso que fueran el hombre y la mujer?» pregunta Jesús.

«Una carne sola».

«Bien. ¿Entonces puede la carne odiarse a sí misma?».

«No».

«¿Puede un miembro odiar al otro miembro?».

«No».

«¿Puede un miembro separase del otro miembro?».

«No. Sólo una gangrena o una lepra o una desventura pueden separar un miembro del resto del cuerpo».

«Muy bien. ¿Entonces solamente una cosa dolorosa o mala puede separar lo que por voluntad de Dios no es sino *una* unidad?».

«Así es, Maestro».

409.5 [5]«¿Y entonces por qué tú, convencido como estás de estas cosas, no amas a tu carne; y tanto la odias, que haces surgir una gangrena entre uno y el otro miembro, por lo cual, el miembro más débil, cayendo en mortificación, se separa y te deja solo?».

Juan agacha la cabeza y guarda silencio mientras manosea las franjas de la túnica..

«Yo te digo el porqué. Porque Satanás ha entrado, a turbar, entre ti y tu mujer. Es más, ha entrado en ti con un amor desordenado hacia tu mujer. El amor, cuando es desordenado se transforma en odio, Juan. Satanás ha trabajado en tu sensualidad de varón para conseguir hacerte pecar. Porque ahí ha empezado tu pecado, a partir de un desorden que ha ido engendrando nuevos y cada vez mayores desordenes. En tu mujer no has visto solamente la buena compañera y la madre de tus hijos, sino también el objeto de placer. Y esto te ha puesto pupilas como las del buey, que ve todo alterado. Has visto como *tú* veías. Así has visto a tu mujer. Objeto de placer para ti, la has juzgado lo mismo para los demás; y de aquí vienen tus febriles celos, tu miedo infundado, tu arrogancia pecaminosa que ha hecho de ella una miedosa, una encarcelada, una torturada, una calumniada. ¿Qué importa si no la pegas, si públicamente no la vituperas? ¡Tu sospecha es un palo! ¡Tu duda es una calumnia! La calumnias pensando de ella que es capaz de traicionar. ¿Qué importa si la tratas como su rango te impone? En lo íntimo de tu casa es para ti menos que una esclava, por tu bestialidad lujuriosa, que la humilla sobremanera, y que ha sido soportada siempre por ella en silencio y con docilidad esperando persuadirte, calmarte, hacerte bueno, y lo cual no ha servido sino para aumentar tu exasperación, hasta el punto de que has hecho de tu casa un infierno donde rugen los demonios de la lujuria y de los celos. ¡Los celos! ¿Qué habrá más calumniador, para

una esposa, que los celos? ¿Qué, más claramente indicador del estado real de un corazón que los celos? Debes creer que donde los celos se anidan — ¡y tan estúpidos e irracionales, infundados, ofensivos y obstinados! — no hay ni amor al prójimo ni amor a Dios. Lo que hay es egoísmo. ¡Por esto debes angustiarte, no por una fracción de sábado violado! Y para ser perdonado debes satisfacer por la devastación que has provocado...».

[6]«Pero Ana se quiere marchar ya... Ven a convencerla Tú... Sólo 409.6
Tú puedes, oyéndola hablar, juzgar si verdaderamente es inocente y...».

«¡¡Juan!! ¿Quieres sanar y no quieres creer en lo que digo?».

«Tienes razón, Señor. Cámbiame el corazón. Es verdad. No tengo motivo de fundada sospecha. Pero la quiero mucho... lujuriosamente, es verdad... Has visto bien... Y todo me es tiniebla...».

«Entra en la luz. Sal de la maraña ardiente de una sensualidad tan feroz. Al principio te costará... Pero mucho más te costaría perder a una buena esposa y ganarte el infierno y pagar por tu pecado de desamor, calumnia y adulterio, y por el suyo, porque te recuerdo que quien mueve a una mujer al divorcio se pone a sí mismo y la pone a ella en el camino del adulterio. Si sabes resistir durante una luna, al menos durante una luna, a tu demonio, te prometo que terminará la pesadilla. ¿Me lo prometes?».

«¡Oh! ¡Señor! ¡Señor! Quisiera... Pero es un fuego... Apágamele Tú. Tú que eres poderoso...». El Anciano Juan ha caído de rodillas delante de Jesús y llora con la cabeza en las manos apoyadas en el suelo.

«Te le adormeceré. Te le circunscribiré. Pondré frenos y límites a este demonio... Pero tú has pecado mucho, Juan, y tienes que trabajar tú mismo en tu resurrección. Los que Yo he convertido han venido a mí con la plena voluntad de hacerse nuevos, de quedar liberados... Habían obrado ya, con sus propias fuerzas, el comienzo de su redención. Así Mateo y María de Lázaro y otros. Tú has venido aquí sólo para saber si ella era culpable y para que te ayudase a no perder la fuente en que se sacia tu placer. Yo circunscribo el poder de tu demonio, no durante una luna, sino durante tres. Durante este tiempo medita y elévate. Propónte tomar una nueva vida de marido. Una vida de hombre dotado de alma. Y no la vida animal que has llevado hasta ahora. Y, que sepas, fortalecido por la oración y la meditación, por la paz que te doy durante tres meses, luchar y conquistarte la Vida eterna y reconquistarte el amor de tu esposa y la paz de tu casa. Ve».

[7]«Pero qué le voy a decir a Ana. Quizás me la encontraré ya pre- 409.7
parada para marcharse... ¿Qué palabras, después de tantos años de... ofensas, para convencerla de que la amo y de que no quiero per-

derla? Ven Tú...».

«No puedo. Pero, ¡es tan simple!... Sé humilde. Llámala aparte y confiesa tu tormento. Dile que has venido a verme porque quieres ser perdonado por Dios. Y dile que te perdone, porque recibirás el perdón de Dios sólo si ella te lo invoca y es la primera en dártelo... ¡Oh! ¡desdichado! ¡Cuánto bien, cuánta paz has desparramado con tu fiebre! ¡Cuánto mal crea la indisciplina de los sentidos, el desorden en los afectos! ¡Ánimo, levántate! Y vete tranquilo. ¿Pero no comprendes que ella, siendo buena y fiel a ti, está más angustiada que tú por el pensamiento de dejarte y no espera más que una palabra tuya para decirte: "Todo te es perdonado"? Ánimo, muévete. El ocaso ya está cumplido. No cometes, pues, pecado por volver a tu casa... Y de haberle cometido por venir a tu Salvador, tu Salvador te absuelve. Vete en paz. Y no peques más».

«¡Oh! ¡Maestro! Maestro... ¡No merezco estas palabras!... Maestro... yo... querré amarte de ahora en adelante...».

«Sí, sí, ve. No te demores. Y recuerda esta hora en la hora en que Yo sea el Inocente calumniado».

«¿Qué quieres decir?».

«Nada. Ve. Adiós». Y Jesús se retira, dejando a los dos miembros del Sanedrín conmovidos y, enardecidos, juzgándole verdaderamente santo y sabio como sólo Dios puede serlo.

410. Provocaciones de Judas Iscariote en el grupo apostólico.

5 de abril de 1946.

410.1 [1]«¡Tengo unas ganas locas de estar en los montes!» exclama Pedro, resoplando y secándose el sudor que le gotea por los carrillos y el cuello.

«¿Cómo! ¿Tú que odiabas los montes ahora los añoras?» pregunta con sarcasmo Judas Iscariote, que, habiendo visto que su miedo de ser descubierto había terminado en nada, vuelve a mostrarse desconsiderado y atrevido.

«Sí, exactamente. Ahora los añoro. En esta época del año son benignos. Nunca como mi mar... ¡Mi mar... ah!... Pero, no sé por qué los campos están más calientes después de la siega. El Sol es el mismo, y no obstante...».

«No es que estén más calientes. Es que están más tristes y uno se cansa más al verlos así que cuando tienen cereales» responde con buen sentido Mateo.

«No. Simón tiene razón. Después de la siega están de un caliente insoportable. Jamás he sentido un calor como éste» dice Santiago de Zebedeo.

«¿Nunca? ¿Y dónde metes el que sentimos yendo a casa de Nique?» replica Judas de Keriot.

«No como éste» le responde Andrés.

«¡Vaya que sí! El verano está cuarenta días más adelantado y el Sol calienta en proporción» insiste Judas.

«Hay una cosa objetiva: los rastrojos emanan más calor que los campos con espigas. Y esto tiene una explicación. El sol, que antes se detenía encima de las espigas, ahora escalda directamente el suelo desnudo y agostado, y el suelo refleja sus calores hacia arriba como respuesta al sol que de arriba baja abajo, y el hombre se encuentra entre dos llamas» sentencia Bartolomé.

El Iscariote se ríe irónicamente y hace un ampuloso saludo a su compañero diciendo: «Rabí Natanael, te saludo y te agradezco tu docta lección». Se muestra más ofensivo que nunca.

Bartolome le mira... y calla. Pero Felipe le defiende: «¡No veo de qué haya que hacer ironía! ¡Ha dicho una verdad! No querrás negar una verdad que millones de cerebros con sentido común han juzgado verdadera, lógica y constatable, ¿no?».

«¡Sí, hombre, sí! Ya sé, ya sé que vosotros sois doctos, expertos, sensatos, buenos, perfectos... ¡Sois todo! ¡Todo! ¡Yo soy la única oveja negra de este rebaño blanco!... El único cordero bastardo, el oprobio manifiesto y que saca cuernos de carnero... Yo soy el único pecador, el imperfecto, la causa de todos nuestros males, y de Israel y del mundo... e incluso quizás de las estrellas... ¡Ya no aguanto más! No aguanto más el ver que soy el último, el ver que unas nulidades, como aquellos dos necios que están hablando con el Maestro, son admirados como dos oráculos santos. Estoy cansado de...».

«Mira, muchacho...» empieza a decir Pedro, que está más rojo por el esfuerzo de contenerse que por el calor.

Pero Judas Tadeo le interrumpe: «¿Mides a los demás con tu medida? Trata de ser tú "nulidad", como lo son Santiago, mi hermano, y Juan de Zebedeo, y dejará de haber imperfecciones en el grupo apostólico».

«¡Fijaos si no tengo razón yo! ¡La imperfección soy yo! ¡Ah, esto es demasiado! Esto es...».

«Sí, efectivamente, creo que ha sido demasiado el vino que nos ha hecho beber José... y con este calor te hace daño... Malas pasadas de la sangre...» dice con toda tranquilidad Tomás, para transformar en broma la disputa que se está encendiendo...

410.2 [2]Pero Pedro ha agotado ya su aguante y, apretando los dientes y los puños para dominarse todavía, dice: «Mira, muchacho. Para ti es aconsejable una cosa. Sepárate durante un poco...».

«¿Yo? ¿Separarme yo? ¿Porque lo dices tú? El único que me puede mandar es el Maestro y sólo le obedezco a Él. ¿Quién eres tú? Un pobre...».

«Pescador, ignorante, tosco, que no vale para nada. Tienes razón... Me lo digo yo antes que tú. Y, delante de nuestro Yeohveh omnipresente y omnividente, testifico que preferiría ser el último antes que el primero, testifico que querría verte a ti, a cualquier otro, en mi lugar, pero a ti más que a ninguno, para que te vieras liberado del monstruo de los celos que te hace injusto, y para no tener que hacer otra cosa sino obedecer, obedecerte, muchacho... Y, créeme, me costaría menos esfuerzo que tener que hablarte como "primero". Pero Él, el Maestro, me ha hecho "primero" entre vosotros... Y debo obedecerle a Él lo primero, y a Él más que a ninguna otra persona... Y tú debes obedecer. Y con mi sentido común de pescador te digo, no que te separes, en el sentido que tú, viendo fuego en las palabras más frescas, has entendido, sino que te retrases un rato, que estés solo, que reflexiones... ¿No fuiste desde Béter al valle en la cola del grupo? Haz lo mismo ahora... El Maestro en cabeza... tú en la cola... En medio, nosotros... las nulidades... Basta con estar solos para *comprender*, y para calmarse... Haz caso... Es mejor para todos, para ti el primero...». Y le toma por un brazo, le separa del grupo y dice: «Ahí, estáte ahí mientras nosotros alcanzamos al Maestro. Y luego... continúas muy lentamente... y verás como se te pasa... la tormenta», y le deja plantado y da alcance a los compañeros, que ya están unos metros más adelante.

410.3 [3]«¡Uf! He sudado más hablándole que andando... ¡Qué temperamento! ¿Pero se va a poder obtener algo alguna vez de él?».

«Nunca, Simón. Mi hermano se empeña en tenerle. Pero... nunca hará nada bueno» le responde Judas Tadeo.

«¡Es un buen castigo que tenemos en medio de nosotros!» susurra Andrés, y termina: «Yo y Juan tenemos casi miedo de él y siempre nos callamos por temor a otras discusiones».

«Es la medida mejor, efectivamente» dice Bartolomé.

«Yo no logro callarme» confiesa el Tadeo.

«Yo también lo logro a duras penas... Pero he encontrado el secreto» dice Pedro.

«¿Cuál? ¿Cuál? Enséñanoslo...» dicen todos.

«Trabajando como un buey en el arado. Un trabajo que puede ser inútil a lo mejor... Pero que sirva para hacerme arrojar lo que me

bulle dentro sobre... algo que no sea Judas».

«¡Ah! ¡Comprendo! ¡Por eso hiciste esa devastación en los árboles cuando bajábamos el valle! ¿Por eso, no?» le pregunta Santiago de Zebedeo.

«Sí, por eso... Pero hoy... aquí... no tenía nada que romper sin hacer un daño. No hay más que árboles frutales y hubiera sido una pena destruirlos... Me ha costado tres veces más... romperme a mí mismo para no... para no ser el viejo Simón de Cafarnaúm... Tengo los huesos doloridos por ello...».

Bartolomé y el Zelote hacen el mismo gesto y dicen las mismas palabras: abrazan a Pedro exclamando: «¿Y te asombras de que Él te haya hecho el primero entre nosotros? Eres un maestro para nosotros...».

«¿Yo? ¿Por esto?... ¡Bah! Son insignificancias... Soy un pobre hombre... Lo único que os pido es que me améis dándome sabios consejos, amorosos y sencillos consejos. Amor y sencillez, para que me haga como vosotros... Y únicamente por amor a Él, que tiene ya muchas penas...».

«Tienes razón. ¡Al menos no se las demos nosotros!» exclama Mateo.

«Me dio mucho miedo la llamada de Juana. Vosotros dos que os habéis adelantado ¿no sabéis absolutamente nada?» pregunta Tomás.

«No, con certeza no. Pero dentro de nosotros hemos pensado que ha sido ese que viene detrás, que... ha armado algún lío» responde Pedro.

«¡Calla! Tuve el mismo pensamiento cuando aquel sábado oí hablar al Maestro» confiesa Judas Tadeo.

«Yo también» añade Santiago de Zebedeo.

«¡Tate!... No lo había pensado... ni siquiera cuando vi a Judas tan sombrío aquel atardecer... y tan grosero, que ésa es la pura verdad» dice Tomás.

«Bien. No hablemos más de esto. Tratemos de... hacerle mejor con mucho amor y mucho sacrificio, como nos ha enseñado Margziam...» dice Pedro.

[4]«¿Qué hará Margziam?» pregunta, sonriendo, Andrés. 410.4

«¡Mmm?... Pronto estaremos con él. Tengo unas ganas locas... Me cuestan muchísimo estas separaciones».

«¿Quién sabe por qué las querrá el Maestro! Ya podría estar con nosotros también Margziam. Ya ni es un niño ni está físicamente frágil» observa Santiago de Zebedeo.

«Además... Si ha recorrido tanto camino el año pasado cuando

estaba tan flaco, con mayor motivo podría caminar ahora» dice Felipe.

«Yo creo que es para que no presencie ciertas bribonadas...» dice Mateo.

«O que no esté con ciertas compañías...» dice con enfado el Tadeo, que verdaderamente no soporta a Judas Iscariote.

«Quizás tenéis razón los dos» dice Pedro.

«¡No, hombre, no! Lo hará para que se fortalezca del todo. Ya veréis como para el año que viene está con nosotros» afirma Tomás.

«¡El año que viene! ¿Estará todavía con nosotros el Maestro el año que viene?» pregunta pensativo Bartolomé. «¡A mí sus discursos me parecen tan... significativos...!».

«¡No digas eso!» suplican los otros.

«No quisiera decirlo. Pero no hablar no sirve para alejar lo que está designado».

«Bueno, pues... razón de más para nosotros para mejorarnos mucho en estos meses... Para no causarle penas y estar preparados. Quiero decirle que ahora, cuando estemos descansando en Galilea, nos instruya mucho, mucho, estrictamente a nosotros doce... Muy pronto llegaremos...».

«Sí. Y tengo unas ganas locas. Soy viejo y estas marchas con este calor me dan muchas molestias que no se ven» confiesa Bartolomé.

«A mí también. He sido un vicioso y estoy más viejo de lo que se piensa contando los años. ¡Los excesos... claro! Ahora los siento todos en los huesos... Además nosotros, hijos de Leví, sufrimos de dolores ya por naturaleza...».

410.5 [5]«¿Y yo? He estado enfermo durante años... y aquella vida, en las cavernas, con poca y mísera comida. ¡Estas cosas aparecen ahora!...» dice el Zelote.

«¿Pero no has dicho siempre que desde tu curación te has sentido siempre fuerte?» pregunta a sus espaldas Judas, que los ha alcanzado. «¿Se te ha terminado el efecto del milagro?».

El Zelote pone una expresión típica en su rostro feo y expresivo; parece decir: «¡Está aquí! ¡Señor, dame paciencia!». Pero responde con suma cortesía: «No. No se ha terminado el efecto del milagro, como puede verse, porque no he vuelto a enfermar. Estoy fuerte. Tengo resistencia. Pero los años son años y las fatigas fatigas. Y estos calores que nos hacen sudar como si hubiéramos caído en una acequia, y luego estas noches, yo diría gélidas respecto al calor del día, que nos hielan el sudor encima, y luego el aguazo que termina de mojar la ropa ya empapada de sudor, ciertamente no me hacen ningún bien. Y tengo una ganas enormes de un tiempo de reposo para cuidarme

un poco. Por la mañana, especialmente si dormimos al raso, estoy todo rígido. Si me enfermo del todo, ¿para qué sirvo?».

«Para sufrir. Él dice que el sufrimiento vale como trabajo y como oración» le responde Andrés.

«De acuerdo. Pero yo preferiría servirle apostólicamente y...».

«Y estás cansado también tú. Confiésalo. Estás cansado de continuar con esta vida sin perspectivas de tiempos buenos, sino, al contrario, con perspectivas de persecuciones y... derrotas. Empiezas a pensar que corres el peligro de volver a ser un proscrito» dice Judas de Keriot.

«No pienso nada. Digo que siento que enfermo».

«¡Oh, de la misma manera que te ha curado una vez...!», y Judas ríe irónico.

[6]Bartolomé siente cercana otra discusión y la desvía llamando a Jesús. «¡Maestro! ¿Para nosotros no hay nada? ¡Siempre estás adelante!...». 410.6

«Tienes razón, Bartolmái. Ahora nos paramos. ¿Ves aquella casita? Vamos allí, porque el sol es demasiado fuerte. Con el atardecer reanudaremos la marcha. Tenemos que apresurar el retorno a Jerusalén, porque Pentecostés está a las puertas».

«¿De qué hablabais entre vosotros?» pregunta Judas Tadeo a su hermano.

«¡Fíjate! Habíamos empezado a hablar de José de Arimatea y hemos terminado hablando de la vieja propiedad de Joaquín en Nazaret y de su costumbre — mientras pudo hacerlo — de tomar para sí la mitad de lo que recogía y dar el resto a los pobres, cosa que los viejos de Nazaret recuerdan muy bien. ¡Cuántas abstinencias aquellos dos justos que eran Ana y Joaquín! ¿Cómo no iban a obtener el milagro de la Hija, de esa Hija!... Y con Jesús evocaba cuando éramos niños...».

Continúa la narración mientras siguen caminando en dirección a la casa entre los campos llenos de sol.

[7]Dice Jesú: «Aquí pondréis la visión del 27 de septiembre de 1944, la del milagro del espigueo para la viejecita en la llanura que está entre Emaús y los montes que llevan a Jerusalén». 410.7

411. Una lección extraída de la naturaleza y espigueo milagroso para una viejecita. Cómo ayudar a quien se enmienda.

27 de septiembre de 1944.

411.1 [1]Por una campiña toda gualda de mieses pasa Jesús con sus discípulos. Hace mucho calor, a pesar de que el día esté en sus primeras horas. Los segadores hacen vacíos en el oro de los cereales cortando con las hoces entre los surcos repletos de espigas. Las hoces brillan un instante bajo el sol, desaparecen entre las altas espigas, vuelven luego un instante por la otra parte, y el manojo se pliega y se recuesta, como cansado de haber estado enhiesto muchos meses, en la tierra caliente de sol. Pasan unas mujeres, atando gavillas, detrás de los segadores. La campiña, por todas partes, está dedicada a este trabajo. La cosecha ha sido muy buena y los segadores exultan.

Muchos, cuando el grupo apostólico pasa por el camino y están ya cerca, suspenden un momento el trabajo; se apoyan en la hoz, se secan el sudor y miran, y lo mismo las mujeres que atan las gavillas. Vestidas de colores vivos, cubierta su cabeza con un pedazo de tela blanca, parecen flores que emergen de la tierra despojada de trigo: amapolas, lises, margaritas. Los hombres, vestidos con cortas túnicas, pardas o amarillentas, son menos visibles. No tienen, de tono claro, nada más que el pedazo blanco de tela atado a la cabeza con una cuerdecita y que cae sobre el cuello y los carrillos. En el marco de ese blanco, los rostros bronceados por el sol parecen incluso más negros.

Jesús, cuando se ve observado, pasa saludando: «La paz y la bendición de Dios sea con vosotros», y ellos responden: «Se revierta sobre ti la bendición de Dios», o también, más sencillamente: «Sea también contigo».

Algunos, más locuaces, reclaman el interés de Jesús por la cosecha diciendo: «Ha sido buena este año. Mira qué espigas más granadas, y lo apretadas que están en los surcos. Se siegan con dificultad. ¡Pero es pan!...».

«Mostraos agradecidos al Señor. Y ya sabéis que la gratitud se debe mostrar no con palabras sino con obras. Sed misericordiosos en esta cosecha vuestra, pensando en el Altísimo, que ha sido magnánimo en rocío y sol para vuestros campos, para que tuvierais mucho trigo. Recordad el precepto del Deuteronomio. Pensad, mientras re- * cogéis la riqueza que os ha dado Dios, en quien no la tiene, y dejad para ellos un poco de lo vuestro. Santa ficción esta que es caridad

---

* *el precepto* es el de *Deuteronomio 24, 19*, como anota MV en una copia mecanografiada.

con el prójimo vuestro, y que Dios ve. Mejor ser diligentes en dejar que ávidos en recoger. Dios bendice a los generosos. *Dar es mejor que recibir*, porque obliga al justo Dios a dar más abundante retribución a aquel que fue compasivo».

Jesús pasa y va repitiendo sus consejos de amor.

[2]Viene el sol más caliente. Los segadores suspenden el trabajo: los 411.2
que están cerca de sus casas entran en ellas; los que están lejos se recogen a la sombra de árboles y allí descansan, comen, se adormecen.

También Jesús se refugia en una arboleda muy espesa que hay en el interior de la campiña, y, sentado en la hierba, después de haber orado ofreciendo la parca comida de pan, queso y aceitunas, distribuye las fracciones y come mientras habla con los suyos. Hay sombra y aire fresco y un gran silencio. El silencio de las horas llenas de sol del estío. Un silencio que invita al sueño. La mayoría, efectivamente, se quedan traspuestos después de la comida. Jesús no. Descansa con la espalda apoyada contra un árbol, y, entretanto, se interesa por el trabajo de los insectos en las flores.

Pasa un tiempo. Hace una señal a Juan, a Judas Iscariote y a uno de los más ancianos — Él le llama Bartolomé — y, cuando están a su lado, dice: «Observad qué trabajo está haciendo este pequeño insecto. Mirad. Hace bastante tiempo que le observo. Quiere arrebatar a este caliz tan pequeñito la miel que llena su fondo, y, dado que no pasa, mirad, alarga primero una patita y luego la otra, las unta en la miel y luego se la come. Dentro de poco la habrá vaciado. ¡Observad qué cosa más admirable es la providencia de Dios! No ignorando que sin ciertos órganos el insecto, creado para ser un crisólito volador sobre la hierba de los prados, no podría nutrirse, le ha provisto de esos minusculísimos filamentos en la superficie de sus patitas. ¿Los veis? ¿Tú, Bartolomé? ¿No? Mira. Ahora le cojo y te le enseño a contraluz» y, delicadamente, coge el escarabajo, que parece de oro bruñido, y le pone boca arriba en la mano.

El escarabajo se hace el muerto y los tres observan sus patitas. Y luego se pone a mover las patas para huir. No lo consigue, naturalmente, pero Jesús le ayuda y le apoya sobre las patas. El animalito camina por la palma, sube a la punta de los dedos, se balancea, abre las alas. Pero está receloso.

«No sabe que no quiero sino el bien de todos los seres. Sólo dispone de su pequeño instinto; perfecto en relación con su naturaleza, suficiente para todo lo que necesita, pero muy inferior al pensamiento humano. Por eso el insecto no es responsable si hace una mala acción. No así el hombre. El hombre dispone de una luz de inteligencia superior, y le aumentará en la medida en que aumente su instruc-

ción en las cosas de Dios. Por eso será responsable de sus acciones».

411.3 [3]«¿Entonces, Maestro — dice Bartolomé —, nosotros, instruidos por ti, tenemos mucha responsabilidad?».

«Mucha. Y más tendréis en el futuro, cuando el Sacrificio se cumpla y venga la Redención y con ésta la Gracia, que es fuerza y luz. Y, después de ella, vendrá uno que os hará aún más capaces de querer. Quien, luego, no quiera, tendrá mucha responsabilidad».

«¡Entonces muy pocos se salvarán!».

«¿Por qué, Bartolomé?».

«¡Porque es muy débil el hombre!».

«Pero, si fortalece su debilidad con la confianza en mí, se hace fuerte. ¿Creéis que no comprendo vuestras luchas y no me compadezco de vuestras debilidades? ¿Veis? Satanás es como esa araña que está tendiendo su lazo desde aquella ramita a este talluelo. ¡Es tan fina y subrepticia...! Mirad cómo resplandece ese hilo. Parece plata de una impalpable filigrana. Por la noche será invisible, mañana al alba estará esplendoroso de gemas, y las moscas imprudentes, que dan vueltas por la noche en busca de alimento poco limpio, caerán dentro, y también las mariposas ligeras, que se ven atraídas por lo que resplandece...».

Otros apóstoles se han acercado y están escuchando esta lección sacada de los reinos vegetal y animal.

«...Pues bien, mi amor hace, respecto a Satanás, lo que ahora hace mi mano. Destruye la tela. Mirad como huye la araña y se esconde. Tiene miedo del más fuerte. *También Satanás tiene miedo del más fuerte. Y el más fuerte es el Amor*».

411.4 [4]«¿No sería mejor destruir a la araña?» dice Pedro, que es muy práctico en sus conclusiones.

«Sería mejor. Pero esa araña hace su deber. Es verdad que mata a las pobres mariposas, que son tan bonitas, pero extermina también a un gran número de moscas sucias que transmiten enfermedades y contaminaciones de enfermos a sanos, de muertos a vivos».

«¿Pero, en nuestro caso, qué hace la araña?».

«¿Que qué hace, Simón? — también Simón es muy anciano, y es el que se quejaba de los reumatismos —. Hace lo que hace la buena voluntad en vosotros. Destruye las tibiezas, los quietismos, las vanas presunciones. Os obliga a estar vigilantes ¿Qué es lo que os hace dignos de premio? La lucha y la victoria. ¿Podéis vencer sin luchar? La presencia de Satanás obliga a una vigilancia continua. Por su parte el Amor, que os ama, hace que esta presencia no sea inexorablemente nociva. Si estáis cerca del Amor, Satanás intenta, pero queda incapacitado para perjudicar verdaderamente».

«¿Siempre?».

«Siempre. En las cosas grandes y en las pequeñas. Por ejemplo, una cosa pequeña: a ti inútilmente te aconseja tener cuidado de tu salud. Es un consejo subrepticio para tratar de separarte de mí. El Amor te tiene bien cogido, Simón, y tus dolores pierden valor incluso ante tus ojos».

«¡Señor! ¿Lo sabes?...».

«Sí. Pero no te deprimas. ¡Ánimo, ánimo! El Amor, que ahora es el primero en sonreír ante tu humanidad que tiembla por sus reúmas, te dará mucho coraje».

Jesús ríe ante su desconcertado apóstol y, para consolarle, le abraza. Aun riendo muestra plena dignidad. Tambien los otros ríen.

[5]«¿Quién viene a ayudar a aquella pobre anciana?» dice Jesús 411.5
señalando a una viejecita que, desafiando al sol tórrido, espiga en los surcos segados.

«Yo» dice Juan y, con él, Tomás y Santiago.

Pero Pedro toma a Juan por una manga, se le lleva un poco aparte y le dice: «Pregúntale al Maestro que qué es lo que le produce tanta felicidad. Yo ya se lo he preguntado, pero sólo me ha dicho: "Mi felicidad es ver que un alma busca la Luz". Pero si se lo preguntas tú... A ti te dice todo».

Juan se debate entre la discreción y el deseo de complacer a Pedro. Se llega lentamente donde Jesús, que está ya en las tierras espigando. La viejecita, al ver a todos esos jóvenes, pone un gesto de desconsuelo y se empeña en ser rápida.

«¡Mujer! ¡Mujer!» grita Jesús. «Estoy espigando para ti. No estés al sol, madre. Ahora voy».

La viejecita, desorientada por tanta bondad, le mira fijamente; luego obedece y lleva su cuerpecito delgaducho, curvado y un poco tembloroso, a la estrecha faja de sombra del ribazo. Jesús se mueve diligentemente, recogiendo espigas. Juan le sigue de cerca. Más lejos están Tomás y Santiago.

«Maestro» dice afanado Juan. «¿Cómo encuentras tantas espigas? ¡Yo en el surco de al lado encuentro tan pocas!».

Jesús sonríe y no habla. No podría jurarlo, pero me parece que donde se deposita la mirada divina surgen espigas cortadas y no recogidas. Jesús recoge y sonríe. Tiene un verdadero fajo de espigas entre los brazos.

«Ten, Juan, el mío. Así tienes muchas también tú y la pequeña madre se pondrá contenta».

«Pero, Maestro... ¿Estás haciendo un milagro? ¡No es posible que encuentres tantas!».

«¡Chist! Es para esa pequeña madre... pensando en la mía y en la tuya. ¡Mira de qué viejecita se trata!... El buen Dios, que da de comer al pajarillo recién nacido, quiere llenar el minúsculo granero de esta abuelita. Tendrá pan para estos meses que le quedan. No verá la nueva cosecha. Pero no quiero que pase hambre en su último invierno. ¡Ahora vas a ver qué exclamaciones! Prepárate, Juan, que se te van a lastimar los oídos; como Yo me preparo a ser lavado de llanto y besos...».

«¡Qué contento estás, Jesús, desde hace unos días! ¿Por qué?».

«¿Lo quieres saber tú o alguien te manda?».

Juan, ya rojo por el esfuerzo, se pone carmesí.

Jesús comprende: «Di a quien te manda que hay un hermano mío que está enfermo y busca curación. Su voluntad de curarse me llena de alegría».

«¿Quién es, Maestro?».

«Un hermano tuyo, uno a quien ama Jesús, un pecador».

«¿Entonces no es uno de nosotros?».

«Juan, ¿crees que entre vosotros no exista el pecado? ¿Crees que Yo sólo exulto por vosotros?».

«No, Maestro. Sé que también nosotros somos pecadores y que quieres salvar a todos los hombres».

«¿Entonces? Te dije: "No indagues" cuando se trataba de descubrir el mal. Te digo lo mismo ahora que hay una aurora de bien...

411.6 [6]¡Paz a ti, madre! Aquí están nuestras espigas. Mis compañeros vendrán después con las suyas».

«Que Dios te bendiga, hijo. ¿Cómo has encontrado tantas? Es verdad que veo poco, pero son dos gavillas grandísimas...». La anciana las palpa, su mano temblorosa las acaricia, las quiere alzar... No puede.

«Te ayudaremos. ¿Dónde está tu casa?».

«Aquélla» señala a una casita que está detrás de los campos.

«¿Estás sola, verdad?».

«Sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Quién eres Tú?».

«Soy uno que tiene una madre».

«¿Éste es tu hermano?».

«Es mi amigo».

El amigo, desde detrás de Jesús, hace grandes gestos a la anciana. Pero ésta, que tiene veladas sus pupilas, no los ve. Y además está demasiado centrada en observar a Jesús. Su anciano corazón de madre se conmueve.

«Estás sudando, hijo. Ven aquí a la sombra de este árbol. Siéntate. ¡Mira cómo te gotea el sudor! Sécate con mi velo. Está raído pero

limpio. Toma, toma, hijo mío».

«Gracias, madre».

«¡Bendita la que es madre de ti, que eres bueno! Dime tu nombre y el suyo. Para decírselos a Dios y que os bendiga».

«María y Jesús».

«María y Jesús... María y Jesús... Espera. Una vez lloré mucho... El hijo de mi hijo había caído muerto por defender a su niño. Mi hijo murió de dolor por esto... Entonces se decía que había caído el inocente porque se buscaba a uno de nombre Jesús... Ahora estoy a las puertas de la muerte y vuelve ese nombre...».

«En aquellos días lloraste por aquel Nombre, madre. Bendígate ahora ese nombre...».

«Eres Tú aquel Jesús... díselo a una que se acerca a la muerte, y que ha vivido sin maldecir porque le dijeron que su dolor era para salvar el Mesías a Israel».

Juan redobla sus gestos. Jesús calla.

«¡Oh! ¡Dímelo! ¿Eres Tú? ¿Tú que me bendice al final de mi vida? En nombre de Dios, habla».

«Yo soy».

«¡Ah!». La viejecita se postra contra el suelo. «¡Salvador mío! He vivido esperando y no esperaba ya verte. ¿Veré tu triunfo?».

«No, madre. Como Moisés, morirás sin conocer ese día. Pero te anticipo la paz de Dios. Yo soy la Paz, el Camino y la Vida. Tú, madre y abuela de justos, me verás en otro, eterno triunfo, y te abriré las puertas, a ti y a tu hijo, al hijo de tu hijo y a su niño. ¡Consagrado al Señor aquel niño muerto por Mí! ¡No llores, madre!...».

«¡Y yo te he tocado! ¡Y Tú me has recogido las espigas! ¡Oh, ¿cómo he merecido este honor?!».

«Por tu resignación santa. 7Ven, madre. A tu casa. Y que este trigo te dé pan para el alma más que para el cuerpo. Yo soy el Pan verdadero que ha bajado del Cielo para saciar todas las hambres de los corazones. Vosotros — Tomás y Santiago han llegado con sus manojos — tomad estas gavillas. Y vamos». 411.7

Y van los tres cargados de espigas, y Jesús los sigue con la abuelita que llora y susurra palabras de oración.

Llegan a la casita. Dos cuartitos, un horno minúsculo, una higuera, un poco de vid. Limpieza y pobreza.

«¿Éste es tu nido?».

«Éste. ¡Bendícele, Señor!».

«Llámame hijo. Y pide porque mi madre tenga consuelo en su dolor, tú que sabes lo que es el dolor de una madre. Adiós, madre. Te bendigo en el nombre del Dios verdadero».

Y Jesús alza la mano y bendice la pequeña morada. Luego se agacha para abrazar a la viejecita, la aprieta contra su corazón y la besa en la cabeza cubierta de pocos pelitos blancos. Y ella llora y pasa sus labios por las manos de Jesús, le venera, le ama... y a mí me abate el dolor, porque pienso en mi madre, que tuvo miedo de ti, Jesús, cuando te vio... ¿Por qué miedo de ti, Jesús? *

411.8 [8]Dice Jesús:

[...].

La otra pregunta que tienes en tu corazón es saber si Yo sabía que Judas no se salvaría a pesar de aquel conato hacia la salvación.

Lo sabía. ¿Y entonces por qué estaba contento? Porque el simple deseo de ese momento, flor en la landa del corazón de Judas, hacía que el Padre mirase benignamente a este discípulo mío que Yo amaba y que *no* podría salvar. ¡La mirada de Dios sobre un corazón! ¿Qué más quisiera Yo, sino que el Padre os mirase a todos y con amor? *Y debía estar dichoso, para dar al desdichado también ese medio para resurgir. El acicate de mi alegría al verle volver a mí.*

Un día, después de mi muerte, Juan supo esta verdad, y la comunicó a Pedro, Santiago, Andrés y a los otros, porque así se lo había ordenado Yo al Predilecto, el cual no desconoció *ningún* secreto de mi corazón. Lo supo y lo dijo, para que todos dispusieran, después, de una norma en la guía de los discípulos y fieles.

Al alma que, caída, va al ministro de Dios y confiesa su error, al amigo o hijo, al marido o hermano que, habiendo errado, vienen diciendo: "Tenme contigo. Quiero no cometer más errores para no causar dolor a Dios y a ti", no se le debe — además de las otras cosas — privar de la satisfacción de ver nuestra dicha por verlos deseosos de hacernos felices. *Se requiere un tacto infinito en el cuidado de los corazones.* Yo, Sabiduría, aun sabiendo que en el caso de Judas era inútil, tuve este tacto *para enseñar a todos el arte de redimir, de ayudar a quien se redime.*

Y ahora te digo a ti también, como a Simón cananeo: "¡Ánimo, ánimo!", y te abrazo para hacerte sentir que hay quien te ama. De estas manos descienden castigos y también caricias, y de mis labios palabras severas y también — más numerosas y dichas con mucha más alegría — palabras de complacencia.

---

* *¿Por qué...?* La respuesta de Jesús, inmediata y referida a la madre de la escritora, está recogida en el volumen "Los cuadernos del 1944".
La otra pergunta se refiere a Judas Iscariote, cuyo conato hacia la salvación se halla en un episodio escrito cuatro días antes, el 23 de septiembre de 1944 y que será ubicado en el capítulo 468.

Ve en paz, María. No has causado dolor a tu Jesús. Ello sea tu consuelo».

412. Elogio del lirio de los valles, símbolo de María. Pedro se sacrifica por el bien de Judas.

8 de abril de 1946.

[1]El grupo apostólico ha vuelto las espaldas a la llanura y, por ca- 412.1
minos de colinas, entre montes y abiertos valles, se dirige hacia Jerusalén. Para abreviar, no han tomado el camino de primer orden, sino atajos solitarios, fatigosos pero muy rápidos.

En este momento están en el fondo de un verde valle, rico en aguas y florecillas, y no faltan los escapos olorosos de los muguetes, cosa que hace observar a Judas Tadeo que es muy apropiado el llamar "lirio del valle" al muguete y exaltar su belleza; frágil y al mismo tiempo resistente, y tan delicadamente fragante.

«Pero son lirios al revés» observa Tomás. «Miran hacia abajo en vez de hacia arriba».

«¡Pero qué pequeños son! Tenemos flores más pomposas que ésta. No sé por qué la han alabado tanto...» dice Judas, golpeando con desprecio una matita de muguetes en flor.

«¡No! ¿Por qué? ¡Tan graciosas como son!» interviene Andrés en defensa de las pobres flores, y se agacha a recoger los escapos rotos.

«Parecen heno y nada más. Más bonita es la flor de la agave, tan majestuosa y potente. Digna de Dios y de florecer para Dios».

«Yo veo más a Dios en estos cálices menudos... ¡Fíjate qué finura!... Denticulados, y tan cóncavos... parecen de alabastro, de cera virgen, labrados por manitas pequeñísimas... ¡Sin embargo, los ha hecho el Inmenso! ¡Oh! ¡Potencia de Dios!...». Andrés está casi extático en la contemplación y meditación de los flores y de la Perfección creadora.

«¡Me pareces una mujercita enferma de los nervios!...» dice en tono de mofa Judas de Keriot, riendo maliciosamente.

«No. Verdaderamente encuentro también yo — y soy orfebre y, por tanto, entiendo de esto — que estos escapos son una perfección. En el metal es más difícil de hacer que la agave. Porque has de saber, amigo, que lo que revela la habilidad del artista es la infinita pequeñez. Dame un escapo, Andrés... Y tú, con tus ojos de buey que admiran sólo lo grandioso, ven aquí y observa. ¿Qué artista podría hacer estas copas tan ligeras, perfectas; decorarlas con este topacio minúsculo ahí en el fondo, y unirlas al tallo con este escapo de fili-

grana combado de esta forma, liviano como éste... ¡Es una maravilla!...».

«¡Oh, qué poetas han surgido entre nosotros! También tú, Toma, así...».

«No soy ni un necio ni una mujer, ¿sabes? Soy un artista, y ade-
412.2 más sensible. Y me glorío de ello. [2]Maestro, ¿te gustan estas flores?». Tomás pregunta al Maestro, que ha estado oyendo todo sin decir nada.

«De la creación todo me gusta. Pero estas flores están entre las cosas predilectas...».

«¿Por qué?» preguntan varios. Y, contemporáneamente, pregunta Judas: «¿También te gustan las víboras?», y se ríe.

«También ellas. Son útiles...».

«¿Para qué?» preguntan bastantes de los presentes.

«Para morder. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!» se ríe, ofensivo, Judas.

«Entonces te deberían gustar muchísimo a ti» le rebate el Tadeo, truncándole la carcajada con esta alusión muy explícita. Ahora son los otros los que se ríen por el buen palo que le ha dado.

Jesús no ríe. Es más, está pálido y triste. Mira a sus doce, especialmente a los dos antagonistas, que se miran el uno con ira el otro con severidad, y responde a todos para responder a Judas Iscariote en particular.

«Si Dios las ha hecho es señal de que son útiles. Nada inútil, totalmente nocivo, hay en la creación. Sólo el Mal es netamente, y solamente, nocivo. ¡Ay de aquellos que se dejan morder por él! Uno de los frutos de su mordisco es la posterior incapacidad de distinguir el Bien del Mal, es la desviación hacia cosas no buenas de la razón y de la conciencia pervertida, y es la ceguera espiritual, por la cual, oh Judas de Simón, ya no se ve resplandecer la potencia de Dios en las cosas... incluso en las diminutas. En esta flor, la potencia de Dios está grabada, por la belleza, el perfume, la forma tan distinta de la de todas las demás flores, por esta gota de rocío que tiembla y brilla suspendida del borde céreo del minúsculo pétalo (y parece una lágrima de gratitud para el Creador que ha hecho todo, y todo bien, todo útil, todo variado). Pero está escrito que todo era hermoso para los dos primeros, hasta que les vinieron las cataratas del pecado... Y todo les hablaba de Dios, hasta que en las cosas, o mejor: en sus pupilas, fue instilado el humor que trastornó su capacidad de ver a Dios... También en el momento actual, cuanto más se revela Dios, más el espíritu es rey en una criatura...».

«¡Salomón cantó las maravillas de Dios, y lo mismo David... y, ciertamente, no tenían como rey al espíritu! Maestro, esta vez te he

pillado en un error».

«¡Pero qué descarado eres! ¿Cómo te atreves a decir esto?» reacciona bruscamente Bartolomé.

«Déjale hablar... No tengo en cuenta sus palabras. Son palabras que disemina el viento. De ellas no se escandalizan ni las hierbas ni los árboles. Nosotros, los únicos que las escuchamos, sabemos darles el peso que merecen, ¿no es verdad? Y *no* nos acordamos ya de ellas. La juventud es frecuentemente irreflexiva, Bartolmái; sé comprensivo con ella... [3]Pero uno de vosotros me había preguntado que por qué 412.3
prefiero el lirio de los valles... Bien, respondo: "Por su humildad". Todo en él habla de humildad... Los lugares que prefiere... la actitud de la flor... Me hace pensar en mi Madre... Esta flor... tan pequeña y, sin embargo, fijaos cómo perfuma un solo escapo. El aire de alrededor queda perfumado... También mi Madre humilde, modesta, ignorada y que no pedía otra cosa sino seguir siendo ignorada... Y sin embargo su perfume de santidad fue tan intenso, que me aspiró del Cielo...».

«¿Ves un símbolo de tu Madre en esta flor?».

«Sí, Toma».

«¿Y piensas que nuestros antiguos, cantando al lirio de los valles, la presentían?» pregunta Santiago de Alfeo.

«La compararon con otros árboles y flores: con el olivo, con la rosa; y con los más graciosos animales: tórtolas, palomas...» dice casi con ira el Iscariote.

«Cada uno de ellos le decía lo más hermoso que veía en la creación. Y de la creación Ella es realmente la Toda Hermosa. Pero Yo, para cantar sus alabanzas, la llamaría Lirio del valle y pacífico Olivo», y Jesús se serena y se ilumina al pensar en su Madre, y se adelanta para aislarse...

[4]La caminata continúa, a pesar de la hora calurosa, porque el fon- 412.4
do del valle es una sucesión de árboles que protegen del sol.

Pedro, pasado un rato, acelera el paso y alcanza al Maestro. Le llama quedo: «¡Maestro mío!».

«¡Mi Pedro!».

«¿Te molesto si voy contigo?».

«No, amigo. ¿Qué cosa tan urgente quieres decirme, que te mueve a venir al lado de tu Maestro?».

«Una pregunta... Maestro, yo soy un hombre curioso...».

«¿Y entonces?», Jesús mira a su apóstol sonriendo.

«Y me gusta saber muchas cosas...».

«Eso es un defecto, Pedro mío».

«Lo sé... Pero no creo que esta vez sea defecto. Si quisiera saber

cosas negativas, o bribonadas para poder criticar a quien las hizo, ¡ah entonces sería defecto! Pero ya ves que no te he preguntado si Judas tenía que ver con la llamada a Béter, y para qué...».

«Pero tenías muchas ganas de preguntar...».

«Sí. Es verdad. Pero eso es un mérito mayor, ¿no?».

«Es mérito mayor. Como es mérito grande el dominarse a sí mismo. Esto demuestra, en quien lo hace, una buena, seria evolución en lo espiritual, un verdaderamente activo aprender y asimilar las lecciones del Maestro».

«¿Sí, verdad? ¿Y Tú te sientes contento de ello?».

«¿Me lo preguntas, Pedro? Me siento dichoso».

«¿Sí? ¿Verdaderamente? ¡Oh, Maestro mío! ¿Pero entonces es tu pobre Simón el que te hace feliz?».

«Sí. Pero ¿no lo sabías ya?».

«No osaba creerlo. Pero, al verte tan contento ayer, he mandado a uno a preguntarte. Porque pensaba que podía ser también Judas el que se mejoraba... aunque no tenga pruebas de ello... Pero puede ser que vea mal yo. Juan me dijo que le dijiste que te sentías feliz porque había uno que se hacía santo... Luego, hace un momento, me has dicho que estás contento de mí porque me hago mejor. Ahora sé.
412.5 El que te hace feliz y alegre soy yo, el pobre Simón... [5]Pero ahora quisiera que mis sacrificios hicieran cambiar a Judas. No soy envidioso. Quisiera que ver a todos perfectos para hacerte verdaderamente feliz. ¿Lo lograré?».

«Confía, Simón, confía y persevera».

«¡Lo haré! Cierto que lo haré. Por ti... y también por él. Porque seguro que no goza de ser siempre así. En el fondo... podría ser casi hijo mío... ¡Mmm! ¡Verdaderamente prefiero ser padre de Margziam! Pero... seré padre para él, trabajando para darle un alma digna de ti».

«Y de ti, Simón» y Jesús se inclina y le besa en el pelo.

Pedro está lleno de felicidad... Pasado un momento, pregunta: «¿Y no me dices nada más? ¿No hay ninguna otra cosa buena, alguna flor entre las espinas que encuentras por todas partes?».

«Sí. Un amigo de José que viene a la Luz».

«¿Sí! ¿Un miembro del Sanedrín?».

«Sí. Pero no hay que decirlo. Se debe orar. Sufrir por esto. ¿No me preguntas quién es? ¿No tienes curiosidad?».

«¡Mucha! Pero no lo pregunto. Un sacrificio por este desconocido».

«¡Bendito tú, Simón! Hoy me haces verdaderamente feliz. Continúa así y te amaré cada vez más y cada vez más te amará Dios. Ahora vamos a pararnos a esperar a los demás...».

413. Llegada a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés y disputa con los doctores del Templo.

9 de abril de 1946.

[1]La ciudad está llena de gente. Jesús ha subido al Templo nada 413.1
más entrar en Jerusalén, casi inmediatamente porque ha entrado por la puerta situada junto a la Probática, antes de que la gente se pudiera dar cuenta de que estaba en la Ciudad, antes de que la noticia se propagase desde la casa en que han dejado las bolsas y se han limpiado el polvo y el sudor para entrar limpios en el Templo, que está abarrotado de gente.

La indecorosa algazara de siempre, de vendedores y cambistas; el aspecto calidoscópico de siempre, de colores y rostros.

Jesús con los apóstoles, que han comprado lo necesario para la ofrenda, va directamente al lugar de oración y allí se detiene largamente. Naturalmente le ven muchos, buenos y malos, de forma que un susurro corre como el viento, y con rumor de viento entre frondas, por el vasto patio exterior donde la gente se detiene a orar. Y cuando, después de la oración, Él se mueve para volver sobre sus pasos, un séquito de gente, que se va engrosando cada vez más, le sigue por los otros atrios, pórticos, patios, hasta que, ya muchedumbre, le circunda y pide su palabra.

«En otro momento, hijos. En otro lugar» dice Jesús, y alza la mano para bendecir mientras trata de alejarse.

Pero si bien, esparcidos entre la gente, hay escribas, fariseos y doctores (éstos con sus discípulos) que hacen risitas y se dicen los unos a los otros medias frases que son burlas (como: «Lo aconseja la prudencia», o: «¡Eh, un poco de miedo...!», o: «Ha alcanzado la edad del discernimiento», o también: «Menos estúpido de cuanto pensábamos...»), la mayoría, los que o por conocerle con amor o por un buen deseo de conocerle no odian, insisten diciendo: «¿Nos vas a privar de esta fiesta en la Fiesta? ¡Maestro bueno, no puedes hacerlo! Muchos de nosotros han hecho sacrificios para estar aquí esperándote...», y algunos tapan la boca, o responden bruscamente, a algún sarcástico.

Está claro que la masa estaría dispuesta a pisotear a estas minorías malvadas, las cuales, astutas y subrepticias, captan el mensaje y no sólo se callan sino que tratan de alejarse. Y, a pesar de estar dentro de los muros del Templo, muchos no vacilan en hacer, a espaldas de los que se alejan, gestos de burla, o en lanzar algún epíteto; mientras otros, de los más ancianos y por tanto más reflexivos, preguntan a Jesús: «¿Qué va a ser, Tú que sabes, de este lugar, de esta

ciudad, de todo Israel: que no se pliegan a la Voz del Señor?».

413.2 [2]Jesús mira con piedad a estas cabezas entrecanas, o blancas por completo, y responde:

«Jeremías os dijo lo que será de aquellos que ante la centella del * enojo divino responden con aumento de pecado, de aquellos que toman la piedad divina como prueba de debilidad por parte de Dios. Porque de Dios nadie se burla, hijos. Vosotros, como dijo el Eterno por boca de Jeremías, sois como la arcilla en las manos del alfarero, como arcilla son los que se creen potentes, como arcilla son los habitantes de este lugar y los del palacio. No hay poder humano que pueda oponer resistencia a Dios. Y si la arcilla se opone al alfarero y quiere tomar formas extrañas, horribles, el alfarero reduce de nuevo lo ya hecho a un puñado de arcilla y da nueva forma a su vasija, hasta que ésta se persuade de que el más fuerte es el alfarero y hasta que no se pliega a su voluntad. Y puede incluso suceder que la vasija, por obstinarse en no dejarse modelar, por repeler el agua con que el alfarero la moja para poder modelarla sin grietas, quede reducida a fragmentos. Entonces el alfarero arroja a la basura la arcilla reacia, los cascos inútiles, intrabajables, y toma arcilla nueva y la plasma en la forma que mejor le parece.

¿No dice esto el Profeta narrando el símbolo del alfarero y de la vasija de arcilla? Esto dice. Y, repitiendo las palabras del Señor, dice: "Así, como la arcilla en las manos del alfarero, tú estás, oh Israel, en las manos de Dios". Y añade el Señor, como aviso a los reacios, que sólo la penitencia y el arrepentimiento ante la corrección de Dios pueden hacer modificar el decreto de Dios de castigo hacia el pueblo rebelde.

Israel no se ha arrepentido. Por eso las amenazas de Dios contra Israel se han repetido una y mil veces con toda gravedad. Israel no se arrepiente ni siquiera ahora, ahora que no un profeta, sino más que un profeta, le habla. Y Dios, que ha tenido para con Israel la suprema misericordia y me ha enviado, ahora os dice: "Puesto que no escucháis a mi propia Voz, me doleré del bien que os he hecho y prepararé contra vosotros la desventura". Y Yo, que soy la Misericordia, aun sabiendo que esparzo inútilmente mi voz, grito a Israel: "Que cada uno vuelva sobre sus pasos dejando su mal camino. Haced, cada uno, recta vuestra conducta y vuestras tendencias. Para que, al menos, cuando se cumpla el designio de Dios para la Nación culpable, los mejores de ella, en medio de la pérdida general de los bienes,

* *Geremías os dijo*, en *Jeremías 18, 1-11*, como anota MV en una copia mecanografiada, añadiendo *Jeremías 19, 10 y siguientes* para la cita del final del discurso. Para las sucesivas referencias a *Pasjur* y al *pésimo cesto*, véase *Jeremías 20, 1-2; 24, 1-2*.

de la libertad, de la unión, conserven su espíritu libre de la culpa, unido a Dios, y no pierdan los bienes eternos de la misma forma que habrán perdido los bienes terrenos".

Las visiones de los profetas no suceden sin una finalidad: la de avisar a los hombres de lo que puede ocurrir. Y ha sido dicho, por medio de la figura de la vasija de arcilla cocida, rota en presencia del pueblo, lo que les espera a las ciudades y reinos que no se dobleguen ante el Señor y...».

[3]Los ancianos, escribas, doctores y fariseos, que antes se habían 413.3
marchado, deben haber ido a avisar a los guardias del Templo y a los magistrados encargados del orden. Y uno de ellos, seguido por un puñado de estos guardias de pasta de papel, que de guerrero sólo tienen las caras (una mixtura de estupidez con un poco de malicia y una buena dosis de dureza, por no decir de delincuencia), viene hacia Jesús, que está hablando apoyado en una columna del pórtico de los Paganos, y, no pudiendo atravesar la compacta barrera de la muchedumbre que hace círculo en torno al Maestro, grita: «¡Vete! ¡O haré que mis soldados te pongan fuera de los muros...».

«¡Uf! ¡Uf! ¡Los moscardones verdes! ¡Los héroes contra corderos! ¿Y no sabéis entrar a arrestar a los que hacen de Jerusalén un lupanar, del Templo un mercado? Vete de aquí, cara de conejo, ve con las garduñas... ¡Uuu! ¡Uuu!». La gente se rebela contra estos soldados de caricatura, y muestra claramente que no tiene intención de dejar que se injurie al Maestro.

«Obedezco las órdenes recibidas...» dice, excusándose, el jefe de estos... tutores del orden.

«Tú obedeces a Satanás y no te das cuenta. Ve, ve a impetrar misericordia por haber osado insultar y amenazar al Maestro. ¡El Maestro no se toca! ¿Habéis entendido? Vosotros, nuestros opresores; Él, el Amigo de los pobres. Vosotros, nuestros corruptores; Él, nuestro Maestro santo. Vosotros, ruina nuestra; Él, nuestra Salud. Vosotros, pérfidos; Él, bueno. ¡Fuera! Si no, os haremos lo que Matatías * hizo en Modín. Os tiramos abajo por la cuesta del Moira como a altares idolátricos y hacemos limpieza lavando con vuestra sangre el lugar profanado, y los pies del único Santo de Israel pisarán esa sangre para ir al Santo de los Santos a reinar, Él que lo merece. ¡Fuera de aquí! ¡Vosotros y vuestros jefes! ¡Fuera, esbirros siervos de esbirros!...».

Un tumulto espantoso... De la Antonia acuden las guardias ro-

---

* *lo que Matatías hizo en Modín* se lee en *1 Macabeos 2, 23-26*, como anota MV en una copia mecanografiada.

manas con un suboficial viejo, severo, expeditivo.

«¡Abrid paso, asquerosos! ¿Qué pasa aquí? ¿Os estáis descuartizando entre vosotros por alguno de vuestros corderos sarnosos?».

«Se rebelan contra los guardias...» quiere explicar el magistrado.

«¡Por Marte invicto! ¿Éstos... guardias? ¡Ja! ¡Ja! Ve a combatir contra las cucarachas, guerrero de bodega. Hablad vosotros...» ordena a la gente.

«Querían imponer silencio al Rabí galileo. Querían echarle. Quizás arrestarle...».

«¿Al Galileo? Non licet. En la lengua de Roma os digo la frase del degollado. ¡Ja! ¡Ja! Vete a tu caseta tú y tus gozquezuelos. Y di que se estén en su caseta también los mastines (que la Loba los sabe también descuartizar)... ¿Comprendido? Sólo Roma tiene derecho de juicio. Y Tú, Galileo, cuenta tus fábulas si quieres... ¡Ja! ¡Ja!», y se vuelve de golpe, con relumbre de corazas al sol, y se marcha.

«Exactamente como a Jeremías...».

«Como a todos los profetas debes decir...».

«Pero Dios triunfa igual».

«Maestro, sigue hablando. Las víboras han huido».

«No. Dejadle que se marche. No vaya a ser que vuelvan con más fuerza y le encadenen los nuevos Pasjures...».

«No hay peligro... Mientras dura el rugido del león, no salen las hienas...».

La gente habla y comenta formando una buena confusión.

413.4 [4]«Os equivocáis» dice todo almibarado un fariseo pomposamente vestido, seguido de otros semejantes a él y de algunos doctores de la Ley. «Os equivocáis. No debéis creer que toda una casta es como alguno de sus componentes. ¡En todos los árboles hay parte buena y parte mala!».

«Sí. Efectivamente, los higos en general son dulces. Pero, si todavía no están maduros o lo están demasiado, son ásperos o ácidos. Vosotros, ácidos. Como los del pésimo cesto del profeta Jeremías» dice en medio de la multitud uno que no conozco, pero que deben conocerle bien muchos, y debe ser influyente además, porque veo que muchos se hacen señas y observo que el fariseo encaja el golpe sin reaccionar.

No sólo eso, sino que, aún más almibarado, se dirige al Maestro y le dice: «Espléndido tema para tu sabiduría. Háblanos, Rabí, sobre este tema. Tus explicaciones son tan... nuevas... tan... doctas... Las saboreamos con ávida hambre».

Jesús mira fijamente a este ejemplo farisaico y le responde: «Tienes también otra hambre, no confesada, Elquías, y también tus ami-

gos. Mas recibiréis también ese alimento... Y más ácido que los higos. Y corromperá vuestro interior como los higos acedados corrompen las entrañas».

«No. Maestro. ¡Te juro en nombre del Dios vivo que ni yo ni mis amigos tenemos otra hambre aparte de la de oírte hablar!... Dios ve si nosotros...».

«Basta así... El honesto no necesita juramentos. Sus obras son juramentos y testimonios. [5]Pero no voy a hablar de los higos óptimos 413.5 y de los higos estropeados...».

«¿Por qué, Maestro? Temes que los hechos contradigan *tus* explicaciones?».

«¡No, no! Es más...».

«¿Entonces es que prevés para nosotros aflicciones y oprobios, espada, peste y hambre?».

«Eso y más».

«¿Más todavía? ¿Y qué es? ¿Es que ya no nos ama Dios?».

«Os ama tanto, que ha cumplido la promesa».

«¿Tú? ¿Porque Tú eres la promesa?».

«Lo soy».

«¿Y entonces cuándo vas a fundar tu Reino?».

«Ya están echados los cimientos».

«¿Dónde? ¿Dónde?».

«En el corazón de los buenos».

«¡Pero eso no es un reino! ¡Es una enseñanza!».

«Mi Reino, siendo espiritual, tiene por súbditos a los espíritus. Y los espíritus no tienen necesidad de palacios, casas, guardias, muros, sino de conocer la Palabra de Dios y ponerla en práctica: lo que se está produciendo en los buenos».

«¿Tú puedes decir esta Palabra? ¿Quién te autoriza?».

«La propiedad».

«¿Qué propiedad?».

«La propiedad de la Palabra. Doy lo que soy. Uno que tiene vida puede dar la vida. Uno que tiene dinero puede dar dinero. Yo tengo, por mi eterna naturaleza la Palabra que traduce el divino Pensamiento, y doy la Palabra; pues el Amor me mueve a este don de dar a conocer el Pensamiento del Altísimo, que es mi Padre».

«¡Cuidado con lo que dices! ¡Es un modo audaz de hablar! ¡Podría perjudicarte!».

«Más me perjudicaría mentir, porque sería desnaturalizar mi Naturaleza y renegar de Aquel de quien procedo».

«¿Entonces eres Dios, el Verbo de Dios?».

«Lo soy».

«¿Y lo dices así? ¿En presencia de tantos testigos que podrían denunciarte?».

«La Verdad no miente. La Verdad no hace cálculos. La Verdad es heroica».

«¿Y esto es una verdad?».

«La Verdad es el que os habla. Porque el Verbo de Dios traduce el Pensamiento de Dios, y Dios es Verdad».

413.6 [6]La gente escucha concentrada, en medio de un silencio atento, para seguir la disputa, la cual, de todas formas, se desarrolla sin asperezas. Otros, desde otros lugares, han ido allí. El patio está lleno, abarrotado de gente. Centenares de caras dirigidas hacia un solo punto. Y por los desembocaderos que conducen de otros patios a éste se asoman muchas caras, alargando el cuello para ver y oír...

El Anciano Elquías y sus amigos se miran... Una verdadera telefonía de miradas. Pero se contienen. No sólo eso, sino que un viejo doctor pregunta todo amable: «¿Y para evitar los castigos que prevés, qué tendríamos que hacer?».

«Seguirme. Y, sobre todo, creerme. Y más aún, amarme».

«¿Eres una especie de mascota?».

«No. Soy el Salvador».

«Pero no tienes ejércitos...».

«Me tengo a mí mismo. Recordad, recordad, por vuestro bien, por piedad hacia vuestras almas, recordad las palabras del Señor a Moi- *
sés y a Aarón cuando estaban todavía en la tierra de Egipto: "Cada miembro del pueblo de Dios tome un cordero sin mancha, macho, de un año. Uno por cada casa. Y, si no basta el número de los miembros de la familia para acabar el cordero, que llame a los vecinos. Lo inmolaréis el día decimocuarto de Abid, que ahora se llama Nisán, y con la sangre del inmolado untaréis las jambas y el dintel de la puerta de vuestras casas. Esa misma noche comeréis su carne asada al fuego, con pan sin levadura y hierbas silvestres. Y lo que pudiera sobrar destruidlo con el fuego. Comeréis así: ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies, el bastón en la mano. Comeréis deprisa, porque pasa el Señor. Y esa noche pasaré hiriendo a todos los primogénitos de hombre o de animal que se encuentren en las casas no señaladas con la sangre del cordero". Al presente, ahora que pasa de nuevo Dios — *el más verdadero* paso porque realmente Dios pasa visible entre vosotros, reconocible por sus signos —, la salvación se detendrá en aquellos que estén señalados con la señal salvífica de la San-

* *las palabras del Señor* que están en *Éxodo 12, 1-13,* como anota MV en una copia mecanografiada.

gre del Cordero. Porque, en verdad, *todos* seréis señalados por ella, pero sólo los que aman al Cordero y amen su Signo obtendrán de esa Sangre salvación. Para los otros será la marca de Caín. Y ya sabéis que Caín no mereció volver a ver el rostro del Señor, y que jamás conoció descanso. Y, con el peso a sus espaldas del remordimiento, del castigo y de Satanás, su cruel rey, fue errante y fugitivo por la Tierra mientras tuvo vida. Gran figura, grande, del Pueblo que agredirá al nuevo Abel...».

* «También Ezequiel habla de la Tau... ¿Tú crees que tu Signo es la Tau de Ezequiel?».

«Es ése».

«¿Entonces nos estás acusando de que en Jerusalén haya abominaciones?».

«Quisiera no poder hacerlo. Pero es así».

«¿Y entre los signados con la Tau no hay pecadores? ¿Puedes jurarlo?».

«Yo no juro nada. Pero digo que, si entre los signados hay pecadores, su castigo será aún más tremendo, porque los adúlteros del espíritu, los apóstatas, los que después de haber sido seguidores de Dios sean sus asesinos serán los más grandes en el Infierno».

«Pero los que no pueden creer que Tú seas Dios no tendrán pecado. Serán justificados...».

«No. Si no me hubierais conocido, si no hubierais podido constatar mis obras, si no hubierais podido verificar mis palabras, no tendríais culpa. Si no fuerais doctores en Israel, no tendríais culpa. Pero vosotros conocéis las Escrituras y veis mis obras. Podéis confrontarlas. Y, si lo hacéis con honestidad, me veréis a mí en las palabras de la Escritura, y veréis las palabras de la Escritura traducidas en obras en mí. Por eso no seréis justificados de no reconocerme y de odiarme. Demasiadas abominaciones, demasiados ídolos, demasiadas fornicaciones, donde sólo Dios debería estar. Y en todos los lugares donde estáis vosotros. La salvación está en repudiar estas cosas y en acoger a la Verdad que os habla. Por eso, donde matáis o tratáis de matar seréis muertos. Y por eso seréis juzgados en las fronteras de Israel, donde todo poder humano viene a menos y solamente el Eterno es Juez de sus criaturas».

[7]«¿Por qué hablas así, Señor? Te muestras severo». 413.7

«Me muestro veraz. Yo soy la Luz. La Luz ha sido enviada para iluminar las Tinieblas. Y la Luz debe resplandecer libremente. Sería inútil el que el Altísimo hubiera enviado su Luz, si luego la hubiera

---

* *Ezequiel habla de la Tau* en *Ezequiel 9, 4-6.*

cubierto con el moyo. No hacen eso los hombres cuando encienden una luz, porque habría sido inútil encenderla. Si la encienden es para que ilumine y que el que entre en la casa vea. Yo vengo a dar Luz a la entenebrecida casa terrena de mi Padre, para que los que la habitan vean. Y la Luz brilla. Bendecidla si con su rayo purísimo os descubre reptiles, escorpiones, trampas, telas de araña, grietas en las paredes. Os hace esto por amor. Para daros la manera de conoceros, limpiaros, arrojar los animales perjudiciales — las pasiones y los pecados —; para daros la manera de reconstruiros antes de que sea demasiado tarde; para daros la manera de ver dónde ponéis el pie — en la trampa de Satanás — antes de que os hundáis. Pero para ver, además de la luz nítida, es necesario tener el ojo limpio. A través de un ojo cubierto de materia por una enfermedad, no pasa la luz. Limpiad vuestros ojos. Limpiad vuestro espíritu para que la Luz pueda descender y entrar en vosotros. ¿Por qué perecer en las Tinieblas, cuando el Bonísimo os envía la Luz y la Medicina para curaros? No es todavía demasiado tarde. Venid, en el tiempo que os queda, venid a la Luz, a la Verdad, a la Vida. Venid al Salvador vuestro, que os abre los brazos, que os abre el corazón, que os suplica que le acojáis para vuestro eterno bien».

Jesús se muestra verdaderamente suplicante, amorosamente suplicante, despojado de cualquier otra cosa que no sea amor... Hasta las fieras más obstinadas, más ebrias de odio, lo sienten, y sus armas se sienten vencidas, sus rencores no tienen fuerza de escupir su ácido.

413.8 [8]Se miran. Luego Elquías habla por todos: «¡Has hablado bien, Maestro! Te ruego que aceptes el convite que ofrezco en tu honor».

«No pido ningún honor aparte del de conquistar vuestras almas. Déjame en mi pobreza...».

«¡¿No querrás ofenderme negándote a aceptar?!».

«No hay ninguna ofensa. Te ruego que me dejes con mis amigos».

«¡También ellos! ¿Quién puede dudarlo? Ellos también contigo. ¡Gran honor para mi casa!... ¡Gran honor!... Vas también a la casa de otros grandes. ¿Por qué no a la casa de Elquías?».

«Bien, voy a ir. Pero cree que no podré decirte en el secreto de la casa palabras distintas de las que te he dicho aquí delante del pueblo».

«¡Tampoco yo! ¡Y tampoco mis amigos! ¿Lo dudas acaso?...».

Jesús le mira muy fijamente. Dice: «No dudo sino de lo que ignoro. Pero no ignoro el pensamiento de los hombres. Vamos a tu casa... La paz a los que me han escuchado».

Y al lado de Elquías se dirige hacia la salida del Templo, seguido

de la fila de sus apóstoles, mezclados — no entusiastas de ello — con los amigos de Elquías.

414. Invectiva contra fariseos y doctores en el convite en casa del Anciano Elquías.

10 de abril de 1946.

[1]Elquías ha invitado a Jesús a su casa, situada poco lejos del 414.1
Templo, aunque un poco avanzada hacia el barrio que está al pie de Tofet. Jesús entra en ella. Es una casa decorosa, un poco severa, de cumplidor estricto. Creo que hasta los clavos están puestos en número y posición tales, que alguno de los seiscientos trece preceptos lo indique como bueno. No hay ni un motivo ornamental en las cortinas, ni un friso en las paredes, ni un pequeño objeto de adorno... ninguna de esas mínimas cosas que hasta en las casas de José y Nicodemo y de los mismos fariseos de Cafarnaúm hay, para embellecerlas. Gélida, de tan desnuda como está de todo lo que signifique ornamento; adusta, con sus muebles obscuros y pesados escuadrados como sarcófagos: rezuma por todas partes el espíritu de su amo: es una casa que repele, que no acoge, sino que se clausura, como casa enemiga, a quien en ella entra.

Y Elquías lo señala con jactancia: «¿Ves, Maestro, como soy cumplidor? Todo lo dice. Mira: cortinas sin motivos ornamentales, muebles sin objetos de adorno, nada de vasijas de formas esculpidas o * lámparas que imiten flores. No falta nada. Pero todo está regulado según el precepto: "No te harás ninguna escultura, ni representación de lo que hay arriba en el cielo, o abajo en la tierra, o en las aguas de debajo de la tierra". Tanto en la casa como en mis indumentos o los de mis familiares. Yo, por ejemplo, no apruebo en este discípulo tuyo (Judas Iscariote) estas labores en la túnica y en el manto. Me dirás: "Muchos las llevan". Dirás: "Es sólo una greca". De acuerdo. Pero con esos ángulos, con esas curvas, recuerda demasiado los signos de Egipto. ¡Qué horror! ¡Cifras demoníacas! ¡Signos de nigromancia! ¡Siglas de Belcebú! Llevar estas cosas no te honra, Judas de Simón; ni a ti tampoco, Maestro, el permitírselo».

Judas responde con una risita sarcástica. Jesús responde humildemente: «Más que las señales en los vestidos, vigilo que no haya señales de horror en los corazones. De todas formas, solicitaré, es más,

---

* *regulado según el precepto* que aparece en *Éxodo 20, 4*, como anota MV en una copia mecanografiada.

ya desde este momento solicito de mi discípulo que lleve indumentos menos adornados, para no escandalizar a nadie».

Judas tiene una buena reacción: «Verdaderamente mi Maestro me ha dicho varias veces que habría preferido más sencillez en mis indumentos. Pero yo... he hecho mi voluntad porque me gusta vestirme así».

«Mal, muy mal. Que un galileo enseñe a un judío está muy mal, y además a ti, que eras del Templo... ¡oh!». Elquías muestra todo su escándalo, y sus amigos le apoyan.

Judas está ya cansado de ser bueno, y replica: «¡Entonces habría muchas pomposidades que quitaros también a vosotros del Sanedrín! Si os quitarais todos los motivos ornamentales con que cubrís las caras de vuestras almas, apareceríais bien feos».

«¡Mide tus palabras!».

«Son las palabras de uno que os conoce».

«¡Maestro! ¿Le estás oyendo?».

«Oigo y digo que hace falta humildad por ambas partes, y, en ambas, verdad. Y recíproca indulgencia. Sólo Dios es perfecto».

«¡Bien dicho, Rabí!» dice uno de los amigos... Escuálida y solitaria voz en el grupo farisaico y doctoral.

«No. Está mal dicho» rebate Elquías. «El Deuteronomio es claro en sus maldiciones. Dice: "Maldito el hombre que hace una imagen * esculpida, o fundida, cosa abominable, obra de manos de artífice y..."».

«Pero éstos son indumentos, no esculturas» responde Judas.

«Silencio tú. Habla tu Maestro. Elquías, sé justo y distingue. Maldito quien hace ídolos. Pero no el que hace motivos ornamentales copiando la belleza que el Creador ha puesto en la creación. Cogemos las flores para adornar...».

«Yo no cojo flores, ni quiero ver adornadas de flores las habitaciones. ¡Ay de las mujeres de mi casa, si cometen este pecado, aunque sea en las habitaciones propias! Sólo debe ser admirado Dios».

«Es un pensamiento justo. Sólo Dios. Pero se puede admirar a Dios también en una flor, reconociendo que Él es el artífice de la flor».

«¡No, no! ¡Paganismo! ¡Paganismo!».

«Judit se adornó, y se adornó Ester para finalidad santa...».

414.2 «¡Mujeres! Y la mujer es siempre un ser despreciable. [2]Pero te

---

* *maldiciones.* La que aquí recuerda Elquías está en *Deuteronomio 27, 15*; otras dos, recordadas más abajo por Jesús, están en *Deuteronomio 27, 24-25*. Estas tres referencias fueron anotadas por MV en una copia mecanografiada, así como las relativas a las citas de *Sifonías 3, 4; 3, 14-15*, a los que debemos añadir *Sofonías 3, 8*.

ruego, Maestro, que entres en la sala del banquete mientras yo me retiro un momento, porque tengo que hablar con mis amigos».

Jesús da su consentimiento sin oposición.

«¡Maestro!... ¡Siento ahogo!...» exclama Pedro.

«¿Por qué? ¿Te sientes mal?» preguntan algunos.

«No. Pero sí, molesto... como uno que hubiera caído en una trampa».

«No te pongas nervioso. Y sed todos muy prudentes» aconseja Jesús.

Permanecen en grupo, de pie, hasta que vuelven los fariseos, seguidos por los criados.

«A las mesas sin demora. Tenemos una reunión y no podemos retrasarnos» ordena Elquías. Y distribuye los puestos, mientras ya los criados trinchan las carnes.

Jesús está al lado de Elquías y junto a Él Pedro. Elquías ofrece los alimentos y la comida empieza en medio de un silencio helador... Pero luego empiezan las primeras palabras, naturalmente dirigidas a Jesús, porque a los otros doce no se los considera; es como si no estuvieran.

[3]El primero que pregunta es un doctor de la Ley. «Maestro, ¿en- 414.3
tonces estás seguro de que eres lo que dices?».

«No es que sea Yo el que lo diga; ya los profetas lo habían dicho, antes de mi venida a vosotros».

«¡Los profetas!... Tú que niegas que nosotros somos santos, puedes también recibir como buenas mis palabras, si digo que nuestros profetas pueden ser unos exaltados».

«Los profetas son santos».

«Y nosotros no, ¿no es verdad? Considera que Sofonías une los profetas a los sacerdotes en la condena contra Jerusalén: "Sus profetas son unos exaltados, hombres sin fe, y sus sacerdotes profanan las cosas santas y violan la Ley". Tú nos echas en cara esto continuamente. Pero, si aceptas al profeta en la segunda parte de lo que dice, debes aceptarle también en la primera, y reconocer que no hay base de apoyo en las palabras que vienen de los exaltados».

«Rabí de Israel, respóndeme. Cuando pocos renglones después Sofonías dice: "Canta y alégrate, hija de Sión... El Señor ha retirado el decreto que había contra ti... El Rey de Israel en medio de ti", ¿tu corazón acepta estas palabras?».

«Mi gloria consiste en repetírmelas a mí mismo soñando aquel día».

«Pero son palabras de un profeta, por tanto de un exaltado...».

El doctor de la Ley se queda desorientado un momento.

Le ayuda un amigo: «Ninguno puede poner en duda que Israel reinará. No sólo uno, sino todos los profetas y los pre-profetas, o sea, los patriarcas, han manifestado esta promesa de Dios».

«Y ninguno de los pre-profetas ni de los profetas ha dejado de señalarme como lo que soy».

«¡Sí! ¡Bueno! ¡Pero no tenemos pruebas! Puedes ser Tú también un exaltado. ¿Qué pruebas nos das de que eres el Mesías, el Hijo de Dios? Dame una seña para que pueda juzgar».

«No te digo mi muerte, descrita por David e Isaías, sino que te digo mi resurrección».

«¿Tú? ¿Tú? ¿Resucitar Tú? ¿Y quién te va a hacer resucitar?».

«Vosotros no, está claro; ni el Pontífice ni el monarca ni las castas ni el pueblo. Resucitaré por mí mismo».

«¡No blasfemes, Galileo, ni mientas!».

«Sólo doy honor a Dios y digo la verdad. Y con Sofonías te digo: "Espérame en mi resurrección". Hasta ese momento podrás tener dudas, podréis tenerlas todos, podréis trabajar en instilarlas en el pueblo. Mas no podréis ya cuando el Eterno Viviente, por sí mismo, después de haber redimido, resucite para no volver a morir, Juez intocable, Rey perfecto que con su cetro y su justicia gobernará y juzgará hasta el final de los siglos y seguirá reinando en los Cielos para siempre».

414.4 [4]«¿Pero no sabes que estás hablando a doctores y Ancianos?» dice Elquías.

«¿Y qué, pues? Me preguntáis, Yo respondo. Mostráis deseos de saber, Yo os ilustro la verdad. No querrás hacerme venir a la mente, tú que por un motivo ornamental en un vestido has recordado la maldición del Deuteronomio, la otra maldición del mismo: "Maldito el que hiere a traición a su prójimo"».

«No te hiero, te doy comida».

«No. Pero las insidiosas preguntas son golpes dados por la espalda. Ten cuidado, Elquías, porque las maldiciones de Dios se siguen, y la que he citado va seguida por esta otra: "Maldito quien acepta regalos para condenar a muerte a un inocente"».

«En este caso el que aceptas regalos eres Tú, que eres mi invitado».

«Yo no condeno ni siquiera a los culpables si están arrepentidos».

«No eres justo, entonces».

«No, es justo, porque Él considera que el arrepentimiento merece perdón, y por eso no condena» dice el mismo que ya había manifestado su aprobación en el atrio de la casa a las palabras de Jesús.

«¡Cállate, Daniel! ¿Pretendes saber de estas cosas más que noso-

tros? ¿O es que estás seducido por uno sobre el cual mucho hay que decidir todavía y que no hace nada por ayudarnos a decidir en su favor?» dice un doctor.

«Sé que sois los que sabéis, y yo un simple judío, que ni siquiera sé por qué a menudo queréis que esté con vosotros...».

«¡Pues porque eres de la familia! ¡Es fácil de entender! ¡Quiero que los que entran en mi parentela sean santos y sabios! No puedo consentir ignorancias en la Escritura, ni en la Ley, ni en los Halasiots, Midrasiots y en la Haggada. Y no las soporto. Hay que conocer todo. Hay que observar todo...».

«Y te agradezco tanta preocupación. Pero yo, simple labriego de tierras, que indignamente he pasado a ser pariente tuyo, me he preocupado solamente de conocer la Escritura y los Profetas para consuelo de mi vida. Y, con la sencillez de un iletrado, te confieso que reconozco en el Rabí el Mesías, precedido por su Precursor, que nos lo ha señalado... Y Juan — no puedes negarlo — estaba penetrado del Espíritu de Dios».

Un momento de silencio. No quieren negar que Juan el Bautista fuera infalible; afirmarlo, tampoco.

Entonces otro dice: «Bien... digamos que el Precursor es precursor del ángel que Dios envía para preparar el camino del Cristo. Y... admitamos que en el Galileo hay santidad suficiente para juzgar que Él es ese ángel. Después de Él vendrá el tiempo del Mesías. ¿No os parece a todos conciliador este pensamiento? ¿Lo aceptas, Elquías? ¿Y vosotros, amigos? ¿Y Tú, Nazareno?».

«No», «No», «No». Los tres noes son seguros.

«¿Cómo? ¿Por qué no lo aprobáis?».

Elquías calla. Callan sus amigos. Solamente Jesús, sincero, responde: «Porque no puedo aprobar un error. Yo soy más que un ángel. El ángel fue el Bautista, Precursor del Cristo, y el Cristo soy Yo».

[5]Un silencio glacial, largo. Elquías, apoyado el codo sobre el triclinio y la cara en la mano, piensa, adusto, cerrado como toda su casa. 414.5

Jesús se vuelve y le mira. Luego dice: «¡Elquías, Elquías, no confundas la Ley y los Profetas con las minucias!».

«Veo que has leído mi pensamiento. Pero no puedes negar que has pecado incumpliendo el precepto».

«Como tú has incumplido el deber hacia el invitado; además con astucia, por tanto con más culpa. Lo has hecho con *voluntad* de hacerlo. Me has distraído y me has mandado aquí, mientras tú con tus amigos te purificabas, y cuando has vuelto nos has pedido que no nos demorásemos, porque tenías una reunión. Todo para poder decirme: "Has pecado"».

«Podías recordarme mi deber de darte con qué purificarte».

«Te podría recordar muchas cosas, pero no serviría para nada más que para hacerte más intransigente y enemigo».

«No. Dilas. Dilas. Queremos escucharte y...».

«Y acusarme ante los Príncipes de los Sacerdotes. Por este motivo te he recordado la última y la penúltima maldición. Lo sé. Os conozco. Estoy aquí, inerme, entre vosotros. Estoy aquí, aislado del pueblo que me ama, ante el cual no os atrevéis a agredirme. Pero no tengo miedo. Y no acepto arreglos ni me comporto cobardemente. Y os manifiesto vuestro pecado, de toda vuestra casta y vuestro, oh fariseos, falsos puros de la Ley, oh doctores, falsos sabios, que confundís y mezcláis a propósito lo verdaderamente bueno y lo falsamente bueno; que a los demás y de los demás exigís la perfección incluso en las cosas exteriores y a vosotros no os exigís nada. Me criticáis, unidos al que nos ha invitado aquí, a mí y a vosotros, el que no me haya lavado antes de la comida. Sabéis que vengo del Templo, donde no se entra sino tras haberse purificado de las suciedades del polvo y del camino. ¿Es que queréis confesar que el Sagrado Lugar es contaminación?».

«Nosotros nos hemos purificado antes de la comida».

«Y a nosotros nos ha sido impuesto: "Id allí, esperad". Y después: "A las mesas sin demora". Luego entonces, entre tus paredes desnudas de motivos ornamentales había un motivo intencional: engañarme. ¿Qué mano ha escrito en las paredes el motivo para poderme acusar? ¿Tu espíritu u otra potencia a la que escuchas y que dicta a
414.6 tu espíritu sus reglas? [6]Pues bien, oíd todos».

Jesús se pone en pie. Tiene las manos apoyadas en el borde de la mesa. Empieza su invectiva:

«Vosotros, fariseos, laváis la copa y el plato por fuera, y os laváis las manos y os laváis los pies, casi como si plato y copa, manos y pies, entrasen en ese espíritu vuestro que os place proclamar puro y perfecto. Pero no sois vosotros, sino Dios, quien tiene que proclamarlo. Pues bien, sabed lo que Dios piensa de vuestro espíritu. Piensa que está lleno de mentira, suciedad y codicia; lleno de iniquidad está, y nada puede desde fuera corromper lo que ya está corrompido».

Quita la derecha de la mesa y empieza involuntariamente a hacer gestos con ella mientras prosigue:

«¿Y no puede, acaso, quien ha hecho vuestro espíritu, como ha hecho vuestro cuerpo, exigir, al menos en igual medida, para lo interno el respeto que tenéis para lo externo? Necios que cambiáis los dos valores e invertís su potencia, ¿no querrá el Altísimo un cuidado aún mayor para el espíritu — hecho a semejanza suya y que por la

corrupción pierde la Vida eterna —, que no para la mano o el pie, cuya suciedad puede ser eliminada con facilidad, y que, aunque permanecieran sucios no influirían en la limpieza interior? ¿Puede Dios preocuparse de la limpieza de una copa o de una bandeja, cuando no son sino cosas sin alma y que no pueden influir en vuestra alma?

Leo tu pensamiento, Simón Boetos. No. No es consistente. Vosotros no tenéis estos cuidados, ni practicáis estas purificaciones, por una preocupación por la salud, ni por una tutela de la carne o de la vida. El pecado carnal, más claramente, los pecados carnales de gula, de intemperancia, de lujuria, son ciertamente más dañinos para la carne que no un poco de polvo en las manos o en el plato. Y, a pesar de ello, los practicáis sin preocuparos de tutelar vuestra existencia y la incolumidad de vuestros familiares. Y cometéis pecados de más de una naturaleza, porque, además de la contaminación de vuestro espíritu y de vuestro cuerpo, además del despilfarro de bienes, de la falta de respeto a los familiares, ofendéis al Señor por la profanación de vuestro cuerpo, templo de vuestro espíritu, en que debería estar el trono para el Espíritu Santo; y le ofendéis por el juicio que hacéis de que os debéis tutelar por vosotros mismos de las enfermedades que vienen de un poco de polvo, como si Dios no pudiera intervenir para protegeros de las enfermedades físicas si recurrierais a Él con espíritu puro.

414.7 [7]¿Es que Aquel que ha creado lo interno no ha creado acaso también lo externo y viceversa? ¿Y no es lo interno lo más noble y lo más marcado por la divina semejanza? Haced entonces obras que sean dignas de Dios, y no mezquindades que no se elevan por encima del polvo para el cual y del cual están hechas, del pobre polvo que es el hombre considerado como criatura animal, barro compuesto en una forma y que a ser polvo vuelve, polvo dispersado por el viento de los siglos. Haced obras que permanezcan, obras regias y santas, obras que se coronen de la divina bendición. Haced caridad, haced limosna, sed honestos, sed puros en las obras y en las intenciones, y sin recurrir al agua de las abluciones todo será puro en vosotros.

¿Pero qué os creéis? ¿Que estáis en regla porque pagáis los diezmos de las especias? No. ¡Ay de vosotros, fariseos que pagáis los diezmos de la menta y de la ruda, de la mostaza y del comino, del hinojo y de todas las demás verduras, y luego descuidáis la justicia y el amor a Dios! Pagar los diezmos es un deber y hay que cumplirlo. Pero hay otros deberes más altos, que también hay que cumplir. ¡Ay de quien cumple las cosas exteriores y descuida las interiores basadas en el amor a Dios y al prójimo! ¡Ay de vosotros, fariseos, que estimáis los primeros puestos en las sinagogas y en las asambleas y de-

seáis que os hagan reverencias en las plazas, y no pensáis en hacer obras que os den un puesto en el Cielo y os merezcan la reverencia de los ángeles. Sois semejantes a sepulcros escondidos, inadvertidos para el que pasa junto a ellos sin repulsa (sentiría repulsa si pudiera ver lo que encierran); pero Dios ve las más recónditas cosas y no se equivoca cuando os juzga».

414.8 [8]Le interrumpe, poniéndose también de pie, en oposición, un doctor de la Ley. «Maestro, hablando así nos ofendes también a nosotros; y no te conviene, porque nosotros debemos juzgarte».

«No. No vosotros. Vosotros no podéis juzgarme. Vosotros sois los juzgados, no los jueces, y quien os juzga es Dios. Vosotros podéis hablar, emitir sonidos con vuestros labios. Pero ni la más potente de las voces llega a los cielos, ni recorre toda la Tierra. Después de un poco de espacio es silencio... Después de un poco de tiempo es olvido. Pero el juicio de Dios es voz que permanece y no está sujeto a olvidos. Siglos y siglos han pasado desde que Dios juzgó a Lucifer y juzgó a Adán. Y la voz de ese juicio no se apaga, las consecuencias de ese juicio permanecen. Y si ahora he venido para traer de nuevo la Gracia a los hombres, mediante el Sacrificio perfecto, el juicio sobre la acción de Adán permanece igual, y siempre será llamado "pecado original". Los hombres serán redimidos, lavados con una purificación que supera todas las demás, mas nacerán con esa marca, porque Dios ha juzgado que esa marca debe estar en todos los nacidos de mujer, menos para Aquel que, no por obra de hombre, sino por Espíritu Santo, fue hecho, y para la Preservada y el Presantificado, vírgenes eternamente: la Primera, para poder ser la Virgen Deípara; el segundo, para poder preceder al Inocente naciendo ya limpio por un disfrute anticipado de los méritos infinitos del Salvador Redentor.

414.9 [9]Y Yo os digo que Dios os juzga. Y os juzga diciendo: "¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, porque cargáis a la gente con pesos insoportables, transformando en castigo el paterno decálogo del Altísimo para su pueblo". Lo había dado con amor y por amor, para que una justa guía sostuviera al hombre, al hombre, a ese eterno e imprudente e ignorante niño. Y vosotros, habéis cambiado la amorosa pollera con que Dios había abrazado a sus criaturas para que pudieran andar por el camino suyo y llegar a su corazón; la habéis cambiado por montañas de puntiagudas piedras, pesadas, angustiosas, un laberinto de prescripciones, una pesadilla de escrúpulos, a causa de lo cual el hombre se abate, se pierde, se detiene, teme a Dios como a un enemigo. Obstaculizáis la marcha de los corazones hacia Dios. Separáis al Padre de los hijos. Negáis con vuestras imposiciones esta dulce, bendita, verdadera Paternidad. Pero vosotros no tocáis ni con un de-

do esos pesos que cargáis a los demás. Os creéis justificados sólo por haberlos dado. Necios, ¿no sabéis que seréis juzgados precisamente por lo que habéis considerado necesario para salvarse? ¿No sabéis que Dios os va a decir: "Juzgabais como sagrada, justa, vuestra palabra. Pues bien, también Yo la juzgo así. Y os juzgo con vuestra palabra, porque se la habéis impuesto a todos y habéis juzgado a los hermanos conforme a cómo la acogieron y practicaron. Quedad condenados porque no habéis hecho lo que habéis dicho que había que hacer"?

¡Ay de vosotros, que erigís sepulcros a los profetas asesinados por vuestros padres! ¿Es que creéis disminuir con ello la dimensión de la culpa de vuestros padres?, ¿cancelarla ante los ojos de la posteridad? No. Al contrario. Dais testimonio de estas obras de vuestros padres. No sólo eso, sino que las aprobáis, dispuestos a imitarlos, elevando luego un sepulcro al profeta perseguido para deciros a vosotros mismos: "Le hemos honrado". ¡Hipócritas! Por esto la Sabiduría de Dios dijo: "Les enviaré profetas y apóstoles. A unos los matarán, a otros los perseguirán, para que se pueda pedir a esta generación la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la creación del mundo en adelante, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, asesinado entre el altar y el santuario. Sí, en verdad, en verdad os digo que de toda esta sangre de santos se pedirá cuentas a esta generación que no sabe distinguir a Dios en donde está, y persigue al justo y le aflige porque el justo es el vivo cotejo con su injusticia.

[10]¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, que habéis arrebatado la llave de la ciencia y habéis cerrado su templo para no entrar, y así no ser juzgados por ella, y tampoco habéis permitido que otros entraran! Porque sabéis que, si el pueblo fuera instruido por la verdadera Ciencia, o sea, la Sabiduría santa, podría juzgaros. De forma que preferís que sea ignorante para que no os juzgue. Y me odiáis porque soy la Palabra de la Sabiduría, y quisierais encerrarme prematuramente en una cárcel, en un sepulcro para que ya no siguiera hablando. 414.10

Pero hablaré hasta que plazca a mi Padre que lo haga. Y después hablarán mis obras, más aún que mis palabras; y hablarán mis méritos, más aún que mis obras; y el mundo será instruido y sabrá y os juzgará. Éste es el primer juicio contra vosotros. Luego vendrá el segundo, el juicio particular para cada uno de vosotros que muera. En fin, el último: el universal. Y recordaréis este día y estos días, y vosotros, sólo vosotros, conoceréis a ese Dios terrible que os habéis esforzado en agitar, como una visión de pesadilla, ante los espíritus de los sencillos, mientras que vosotros, dentro de vuestro sepulcro, os habéis mofado de Él, y no habéis obedecido ni respetado los manda-

mientos, desde el primero y principal (el del amor) hasta el último que fue dado en el Sinaí.

Es inútil, Elquías, que no tengas figuras en tu casa. Es inútil, todos vosotros, que no tengáis objetos esculpidos en vuestras casas. Dentro de vuestro corazón tenéis el ídolo, los ídolos. El de creeros dioses, los de vuestras concupiscencias.

Venid, vosotros. Vamos».

Y, haciéndose preceder por los doce, sale el último.

414.11 [11]Un silencio...

Luego, los que se han quedado en la casa, rompen en un clamor diciendo todos juntos: «¡Hay que perseguirle, pillarle en un renuncio, encontrar motivos de imputación! ¡Hay que matarle!».

Otro silencio.

Y luego, mientras dos de ellos se marchan con la náusea del odio o de los propósitos farisaicos — son el pariente de Elquías y el otro que dos veces ha defendido al Maestro —, los que se quedan se preguntan: «¿Y cómo?».

Otro silencio.

Luego, con una carcajada ronca, Elquías dice: «Hay que trabajar a Judas de Simón...».

«¡Sí, claro! ¡Buena idea! ¡Pero le has ofendido!...».

«Me encargo yo» dice el que ha sido llamado Simón Boetos por Jesús. «Yo y Eleazar de Anás... Le embaucaremos...».

«Unas pocas promesas...».

«Un poco de miedo...».

«Mucho dinero...».

«No. Mucho no... Promesas, promesas de mucho dinero...».

«¿Y luego?».

«¿Cómo "y luego"?».

«Sí. Luego. Terminada la cosa. ¿Qué le vamos a dar?»

«¡Pues nada! La muerte. Así... *no hablará nunca*» dice lenta y cruelmente Elquías.

«¡Oh, la muerte!...».

«¿Te aterroriza? ¡Venga hombre! Si matamos al Nazareno, que... es un justo... podremos matar también al Iscariote, que es un pecador...».

Hay vacilaciones...

Pero Elquías, poniéndose de pie, dice: «Se lo diremos también a Anás... Y veréis como... juzgará buena la idea. Y vendréis también vosotros... ¡Claro que vendréis!...».

Salen todos detrás del amo de la casa, que se marcha diciendo: «Vendréis... ¡Claro que vendréis!».

415. Un alto en el camino en Betania.

11 de abril de 1946.

[1]El ocaso arrebola el cielo cuando Jesús llega a Betania. Sudoro- 415.1
sos, llenos de polvo, le siguen los suyos. Y Jesús y los apóstoles son los únicos que desafían al horno del camino, poco amparado por los árboles que se extienden desde el Monte de los Olivos hasta los relieves de Betania.

El verano se intensifica. Pero más aún se intensifica el odio. Los campos están pelados y agostados: hornos son que reflejan soplos de fuego. Los corazones de los enemigos de Jesús están todavía más pelados, no digo ya de amor, sino de honradez, de moral incluso humana, agostados por el odio... Y para Jesús sólo hay una casa. Hay sólo un refugio: Betania. Allí hay amor, alivio, protección, fidelidad... El Peregrino perseguido se dirige allí con su indumento blanco, su rostro apenado, su paso cansado — como quien no puede detenerse por venir detrás, aguijoneándole, los enemigos — y la mirada resignada como quien ya contempla la muerte que de hora en hora, a cada paso, se acerca, y que ya acepta, por obediencia a Dios...

La casa, en medio de su vasto jardín, está toda cerrada y muda, en espera de horas más frescas. El jardín está vacío y mudo; en él sólo el Sol reina, despótico.

[2]Tomás llama con su fuerte voz de barítono. 415.2

Una cortina se separa, una cara mira... Luego un grito: «¡El Maestro!», y los siervos se apresuran a salir afuera, seguidos por las asombradas amas, que ciertamente no esperaban a Jesús en esa hora todavía de fuego.

«¡Rabbuní!», «¡Mi Señor!». Marta y María saludan desde lejos, ya inclinadas, preparadas para postrarse, cosa que hacen en cuanto, abierta la cancilla, Jesús no está ya separado de ellas.

«Marta, María, la paz a vosotras y a vuestra casa».

«La paz a ti, Maestro y Señor... Pero, ¿cómo a esta hora?» preguntan las hermanas (indicando a los domésticos que se marchen para que Jesús pueda hablar libremente).

«Para dar reposo al cuerpo y al espíritu donde no se me odia...» dice con tristeza Jesús mientras tiende hacia ellas las manos como para decir: «¿Me queréis con vosotras?», y se esfuerza en sonreír (pero es una sonrisa bien triste, contradicha por la mirada de sus ojos apenados).

«¿Te han hecho algún mal?» pregunta María encendiéndose.

«¿Qué te ha sucedido?» pregunta Marta, y, materna, añade:

«Ven, te daré alivio. ¿Desde cuándo andas, que estás tan cansado?».

«Desde el alba... y puedo decir que sin parar, porque la corta pausa en casa de Elquías el Anciano ha sido peor que un largo camino...».

«¿Allí te han angustiado?...».

«Sí... y antes en el Templo...».

«¿Pero por qué has ido a casa de esa serpiente?» pregunta María.

«Porque no ir hubiera servido para justificar su odio, que me habría acusado de despreciar a los miembros del Sanedrín. Pero ya... vaya Yo o no vaya, la medida del odio farisaico está colmada... y ya no habrá tregua...».

«¿En esta situación estamos? Quédate con nosotros, Maestro. Aquí no te harán ningún mal...».

«Faltaría a mi misión... Muchas almas esperan a su Salvador. Debo ir...».

«¡Pero no te van a dejar ir!».

«No. Me perseguirán permitiéndome moverme para estudiar todos los pasos que dé, dejándome hablar para estudiar todas mis palabras, vigilándome como los sabuesos a su presa para tener... algo que pueda parecer falta... y todo servirá para ese fin...».

Marta, que es siempre tan discreta, se siente tan invadida de piedad, que alza la mano como para una caricia en la mejilla enflaquecida; pero se detiene y se ruboriza. Dice: «¡Perdona! ¡Me has hecho sentir la misma pena que me hace sentir nuestro Lázaro! ¡Perdóname, Señor, por haberte amado como a un hermano que sufre!».

«Soy el hermano que sufre... Amadme con puro amor de herma-
415.3 nas... [3]Pero, ¿y Lázaro?».

«Cada vez más desfallecido, Señor...» responde María, y a las lágrimas que ya le irritan los ojos da rienda suelta con esta confesión, que se une a la pena de ver tan afligido a su Maestro.

«No llores, María. Ni por mí ni por él. Hacemos la divina voluntad. Se debe llorar por quien no sabe hacer esta voluntad...».

María se inclina para tomar la mano de Jesús y la besa en la punta de los dedos.

Entretanto han llegado a la casa. Entran y van inmediatamente a donde Lázaro; los apóstoles por su parte descansan y se refrescan con lo que ofrecen los criados.

Jesús se inclina hacia el consumido Lázaro, cada vez más consumido; le besa sonriente para aligerar la tristeza de su corazón.

«¡Maestro, cuánto me quieres! Ni siquiera has esperado a la caída de la tarde para venir a mí. Con este calor...».

«Amigo mío, Yo me deleito en ti y tú en mí. Lo demás es nada».

«Es verdad. Es nada. Incluso mi sufrimiento me es nada... Ahora sé por qué sufro, y qué puedo con mi sufrimiento», y Lázaro sonríe con una íntima, espiritual sonrisa.

«Así es, Maestro. Casi se diría que nuestro Lázaro ve con placer la enfermedad y...» un sollozo quiebra la voz de Marta, que calla.

«Sí, dilo, ¿por qué no?: y la muerte. Maestro, diles a ellas que me deben ayudar, como hacen los levitas con los sacerdotes».

«¿A qué, amigo mío?».

«A consumar el sacrificio...».

«¡Y sin embargo tenías miedo de la muerte hasta hace poco tiempo! ¿Entonces ya no nos quieres? ¿Ya no quieres al Maestro? ¿No le quieres servir?...» pregunta más fuerte, pero pálida de dolor, María, acariciando la mano amarillenta de su hermano.

«¿Y lo preguntas tú, precisamente tú, alma ardiente y generosa? ¿No soy tu hermano? ¿No tengo tu misma sangre y tus mismos santos amores: Jesús, las almas y vosotras, amadas hermanas?... Pero desde Pascua mi alma conserva una gran palabra. Y amo la muerte. Señor, te la ofrezco por tu misma intención».

«¿Entonces ya no me pides la curación?».

«No, Rabbuní. Te pido bendición para saber sufrir y... morir... y, si no es demasiado pedir, para redimir... Tú lo dijiste...».

«Lo dije. Y te bendigo para darte todas las fuerzas». Y le impone las manos. Luego le besa.

[4]«Estaremos juntos y me instruirás...». 415.4

«No ahora, Lázaro. No me detengo. He venido unas pocas horas. Cuando se haga de noche me marcho».

«¿Por qué?» preguntan, desilusionados, los tres hermanos.

«Porque no puedo detenerme... Volveré en otoño. Y entonces... estaré mucho aquí y mucho haré aquí... y en los alrededores...».

Silencio triste. Luego Marta suplica: «Entonces, al menos, descansa y repón fuerzas...».

«Nada me dará como vuestro amor nuevas fuerzas. Haced que descansen mis apóstoles y a mí dejadme estar aquí, con vosotros, con esta paz...».

Marta sale, llorando, y vuelve con unas tazas de leche fría y fruta temprana...

«Los apóstoles han comido y ahora duermen cansados. Maestro mío, ¿verdaderamente no quieres descansar?».

«No insistas, Marta. No habrá surgido todavía el alba y ellos ya me estarán buscando aquí, en el Getsemaní, en casa de Juana, en todas las casas amigas. Pero para el alba Yo ya estaré lejos».

«¿A dónde vas, Maestro?» pregunta Lázaro.

«Hacia Jericó, pero no por el camino usual... Tuerzo hacia Tecua y luego retrocedo hacia Jericó».

«Camino molesto en este período...» susurra Marta.

«Precisamente por eso está solitario. Caminaremos de noche. Las noches son claras, incluso antes de que se alce la Luna... Y el alba viene tan rápida...».

«¿Y luego?» pregunta María.

«Y luego la Transjordania. Y a la altura de Samaria, en su septentrión, pasaré el río y vendré a esta parte».

«Ve pronto a Nazaret. Estás cansado...» dice Lázaro.

«Antes tengo que ir a la orilla del mar... Luego... iré a Galilea. Pero también me perseguirán allí...».

«Tendrás en todo caso a tu Madre, que te consuela...» dice Marta.

«¡Sí, pobre Mamá!».

«Maestro, Magdala es tuya. Ya lo sabes» recuerda María.

«Lo sé, María... Conozco todo el bien y todo el mal...».

415.5 [5]«¡Separados así!... ¡durante tanto tiempo! ¿Me encontrarás vivo, Maestro?».

«No lo dudes. No lloréis... Hay que habituarse también a las separaciones. Y son útiles para probar la fuerza de los afectos. Se entienden mejor los corazones amados viéndolos con ojo espiritual, desde lejos. Cuando, no bajo el efecto del gusto humano por la cercanía física del amado, se puede meditar en su espíritu y en su amor... se comprende más el *yo* de la persona lejana... Estoy seguro de que pensando en vuestro Maestro le comprenderéis mejor todavía cuando veáis y contempléis en paz mis acciones y mis afectos».

«¡Oh, Maestro! ¡Pero nosotros no tenemos dudas respecto a ti!».

«Ni yo respecto a vosotros. Lo sé. Pero me conoceréis más todavía. Y no os digo que me améis, porque conozco vuestro corazón. Digo solamente: orad por mí».

Los tres hermanos lloran... ¡Está tan triste Jesús!... ¿Cómo no llorar?

«¿Qué queréis? Dios había puesto el amor entre los hombres. Pero los hombres, en su lugar, han metido el odio... Y el odio divide no sólo a los enemigos entre sí, sino que también se introduce astutamente para separar a los amigos».

Un silencio largo. Luego Lázaro dice: «¡Maestro, vete de Palestina durante un tiempo!...».

«No. Mi puesto está aquí. Para vivir, evangelizar, morir».

«Pero encontraste un remedio para Juan y la griega. Ve con ellos».

«No. A ellos había que salvarlos. Yo *debo* salvar. Y ésta es la diferencia que explica todo. El altar está aquí, y aquí está la cátedra. No puedo ir a otro lugar. Y además... ¿Creéis que ello cambiaría lo que está decidido? No. Ni en la Tierra ni en el Cielo. Lo único que haría sería empañar la pureza espiritual de la figura mesiánica. Sería "el cobarde" que se salva con la fuga. Debo dar el ejemplo, a los del presente y a los del futuro, de que en las cosas de Dios, en las cosas santas, no hay que ser cobardes...».

«Tienes razón, Maestro» suspira Lázaro...

[6]Y Marta, apartando la cortina, dice: «Tienes razón... La tarde avanza. Ya no hay Sol...». 415.6

María se echa a llorar angustiosamente, como si esta palabra hubiera tenido el poder de disolver su fuerza moral, que contenía su llanto virtiendo lágrimas sólo silenciosamente. Llora más desconsoladamente que en la casa del Fariseo, cuando con su llanto pedía perdón al Salvador...

«¿Por qué lloras así?» pregunta Marta.

«¡Porque has dicho la verdad, hermana! Ya no hay Sol... El Maestro se marcha... Ya no hay Sol para mí... para nosotros...».

«Calmaos. Os bendigo. Quede con vosotros mi bendición. Y ahora dejadme con Lázaro, que está cansado y necesita silencio. Velando a mi amigo descansaré. Asistid a los apóstoles y haced que estén preparados para la hora de las sombras...».

Las discípulas se retiran y Jesús se queda silencioso, recogido en sí mismo, sentado al lado del amigo que pierde vigor y que, satisfecho con esa cercanía, se duerme con una leve sonrisa en el rostro.

[7]Dice Jesús: « Pondréis aquí la visión de Jesús y el mendigo en el camino de Jericó, del día 17 - 5 - 44; inmediatamente después, la de la conversión de Zaqueo, del 17 de julio de 1944». 415.7

416. Un mendigo samaritano en el camino de Jericó.

17 de mayo de 1944.

[1]Veo a Jesús yendo por una calzada de primer orden llena de polvo y sol. No hay ni un hilo de sombra ni una pizca de verdor. Polvo en el camino y en las incultas tierras que lo bordean. Ciertamente no son las dulces colinas de Galilea, ni los montes más bosquivos de Judea, tan ricos en agua y pastos. Este terreno no es desértico por propia naturaleza, pero ha venido a serlo por la acción del hombre, que lo ha dejado yermo. Es llanura. No veo ninguna colina, ni siquiera 416.1

en la lejanía. No conociendo en absoluto Palestina, no puedo decir qué región es. Eso sí, es una región que no he visto nunca en las precedentes visiones. * A un lado de la calzada hay montones de pedralla; quizás acumulados para repararla, pues está en pésimas condiciones. Por ahora uno se hunde en la arena. Cuando llueve debe transformarse en un torrente de lodo. No veo ninguna casa, ni cercana ni lejana.

Jesús, como siempre, va algunos metros delante de los apóstoles, que le siguen en grupo, sudorosos y cansados. Para resguardarse del sol se han echado sobre la cabeza los mantos: parecen una cofradía vestida con hábitos multicolores. Jesús, sin embargo, lleva la cabeza descubierta. Parece que no le da ninguna molestia el sol. Viste una túnica de lino blanco, de mangas cortas hasta el codo, muy amplia y suelta; no lleva siquiera el habitual cinturón de cordones: es un indumento verdaderamente indicado para este lugar tórrido. También el manto debe ser de lino — teñido de azul —, porque es muy fino y cae liviano sobre el cuerpo, al que arropa mucho menos de lo habitual; cubre los hombros pero deja libres los brazos. No sé cómo lo ha sujetado para hacer que esté así.

416.2 [2]Sentado, semiechado más bien, en uno de los montones de pedralla, hay un hombre. Un pobre, un mendigo sin duda. Está vestido — digámoslo así — con una sucia y andrajosa, pequeña túnica que quizás ha sido blanca pero que ahora es de color barro. Calza dos miserables sandalias destaconadas: dos suelas semidesfondadas sujetas con unos cordeles. En las manos, un bastón hecho con una rama de árbol. En la frente una venda sucia; en la pierna izquierda, entre la rodilla y el extremo superior, otro trapajo sucio y ensangrentado. El pobre está demacrado: un montón de huesos; abatido, sucio, hirsuto, despeinado.

Antes de que él invoque a Jesús, Jesús va hacia él. Se acerca al mísero y pregunta: «¿Quién eres?».

«Un pobre que pide pan».

«¿Por este camino?».

«Voy a Jericó».

«El camino es largo y la región está despoblada».

«Lo sé, pero es más fácil que me den un pan y una moneda los gentiles que pasan por este camino, que no los judíos. Vengo de estar entre judíos».

«¿Vienes de Judea?».

---

* *que no he visto nunca en las precedentes visiones*, es decir, en las visiones escritas antes del 17 de mayo de 1944.

«Sí. De Jerusalén. Pero he tenido que dar una vuelta grande para pasar por donde ciertas personas buenas de los campos, que siempre me ofrecen ayuda. En la ciudad no. No hay piedad».

«Es como has dicho. No hay piedad».

«Tú la tienes. ¿Eres judío?».

«No. De Nazaret».

«Hace tiempo tenían mal nombre los nazarenos. Pero ahora hay que decir que son mejores que los de Judá. También en Jerusalén sólo los seguidores de ese Nazareno que llaman Profeta son buenos. ¿Le conoces?».

«¿Y tú le conoces?».

«No. Había ido porque, mira, tengo la pierna muerta y agarrotada, y me muevo con dificultad. No puedo trabajar. Me muero de hambre, y también por los golpes. Tenía esperanza de encontrarle, porque me dicen que cura a quien toca. Es verdad que no soy del pueblo elegido... pero dicen que es bueno con todos. Me habían dicho que estaba en Jerusalén para la fiesta de las Semanas. Pero yo andaba lento... y me han pegado, y he enfermado por el camino... Cuando llegué a Jerusalén ya se había marchado, porque, me han dicho, los judíos le han tratado mal también a Él».

«¿Y a ti te han maltratado?».

«Siempre. Sólo los soldados romanos me dan un pan».

[3]«¿Y qué se dice en Jerusalén, entre el pueblo, de este Nazareno?». 416.3

«Que es Hijo de Dios, un gran profeta, un santo, un justo».

«¿Y tú qué crees que es?».

«Yo soy... soy un idólatra. Pero creo que es el Hijo de Dios».

«¿Cómo puedes creerlo, si ni siquiera le conoces?».

«Conozco sus obras. Sólo un Dios puede ser bueno como Él y decir las palabras que dice Él».

«¿Quién te ha referido esas palabras?».

«Otros pobres, enfermos curados, niños que me traen el pan... Los niños son buenos y no saben nada ni de creyentes ni de idólatras».

«¿Pero de dónde eres?».

«...».

«Dilo. Yo soy como los niños. No tengas miedo. Sólo sé sincero».

«Soy... samaritano. Pero no me pegues...».

«No pego a nadie. No desprecio nunca a nadie. Tengo piedad de todos».

«Entonces... ¡Entonces eres el Rabí de Galilea!».

El mendigo se postra, se arroja abajo desde su montón de pie-

dras, como un cuerpo muerto, rostro en tierra delante de Jesús.

«Levántate. Soy Yo. No temas. Levántate y mírame».

El mendigo alza el rostro, aunque sigue de rodillas, muy ladeado por su deformidad.

«Dad un pan y de beber a este hombre» ordena Jesús a los discípulos que ya han llegado. Es Juan el que da pan y agua. «Ponedle sentado, que coma tranquilamente. Come, hermano».

El pobre llora. No come. Mira a Jesús con los ojos de un pobre perro vagabundo que por primera vez se ve acariciado y alimentado por una persona compasiva.

«¡Come!» ordena Jesús sonriendo.

El pobrecillo come entre un sollozo y otro, y las lágrimas mojan el pan. Pero en su llanto hay también una sonrisa. Poco a poco se tranquiliza.

416.4 [4]«¿Quién te ha hecho esta herida?» pregunta Jesús, tocando con sus dedos la venda sucia de la frente.

«Me atropelló, adrede, con su carro, un fariseo rico... Yo me había puesto en un cruce pidiendo un pan. Dirigió contra mí a los caballos, tan rápido que no pude apartarme. Por eso he estado a punto de morir. Tengo todavía un agujero en la cabeza que mana materia putrefacta».

«¿Y ahí quién te ha golpeado?».

«Me había acercado a la casa de un saduceo, donde había un banquete, para pedir las sobras de las mesas, después de que habían elegido los restos mejores para los perros. Me vio y me embriscó los perros. Uno me desgarró el muslo».

«¿Y esta cicatriz grande que te deforma la mano?».

«Fue un golpe con un palo que me dio un escriba hace tres años. Me reconoció como samaritano y me golpeó y me rompió los dedos. Por esto no puedo trabajar. Deformada la derecha, muerta una pierna, ¿cómo puedo ganar para vivir?».

«¿Pero por qué sales de la Samaria?».

«La necesidad es dura, Maestro. Somos muchos los necesitados y no hay pan para todos. Si Tú me ayudaras...».

«¿Qué quieres que haga contigo?».

«Sanar para trabajar».

«¿Crees que puedo hacerlo?».

«Sí, lo creo, porque Tú eres el Hijo de Dios».

«¿Crees tú esto?».

«Lo creo».

«¿Tú, samaritano, lo crees? ¿Por qué?».

«Por qué, no lo sé. Sé que creo en ti y en quien te ha enviado.

Ahora que has venido, ya no hay diferencia de adoración. Basta adorarte a ti para adorar a tu Padre, Señor eterno. Donde Tú estás está el Padre».

[5]«¿Oís, amigos? (Jesús se vuelve a los discípulos). Este hombre 416.5
habla por el Espíritu que le ilumina la verdad. Y este hombre, en verdad os digo, es superior a los escribas y fariseos, a los saduceos crueles, a todos estos idólatras que mentirosamente se dicen hijos de la Ley. La Ley dice que hay que amar al prójimo, después de a Dios. Y éstos al prójimo que sufre y pide pan le dan palos; contra el prójimo que suplica lanzan caballos y perros; al prójimo que se rebaja, que se coloca más abajo que los perros del rico, le embriscan a los mismos perros para hacerle todavía más infeliz de lo que ya la enfermedad le hace. Despreciadores, crueles, hipócritas, *no quieren* que Dios sea conocido ni amado. Si lo quisieran, le darían a conocer a través de las obras, como éste ha dicho. Son las obras, no las prácticas, las que revelan a Dios vivo en el corazón de los hombres y llevan a los hombres a Dios. ¿No debo, Judas que me echas en cara que soy imprudente, censurarlos? Callar, fingir que los apruebo, sería aprobar su conducta. No. Por la gloria de Dios, no puedo Yo, su Hijo, permitir que la gente humilde, infeliz, buena crea que apruebo los pecados de éstos. He venido para hacer, de los gentiles, hijos de Dios. ¿Pero cómo puedo hacerlo si ellos ven que los hijos de la Ley — se llaman eso a sí mismos, pero son bastardos — practican un paganismo más culpable que el suyo?, porque estos hebreos han conocido la Ley de Dios y ahora escupen encima de nosotros el vómito de sus pasiones apagadas a la manera de animales inmundos. ¿Debo creer, Judas, que tú eres como ellos? ¿Tú que me censuras por las verdades que digo? ¿O debo pensar que estás preocupado por tu vida? *El que me sigue no debe tener preocupaciones humanas*. Lo he dicho. Estás a tiempo todavía, Judas, de elegir entre mi vida y la de los judíos que apruebas. Pero piensa: la mía va a Dios; la otra, al Enemigo de Dios. Piensa y decide. Pero sé auténtico. [6]Y tú, amigo, levántate y 416.6
anda. Quítate esas vendas. Vuelve a tu casa. Estás curado por tu fe».

El mendigo le mira asombrado. No se atreve a tratar de extender la mano... luego prueba. Está intacta. Vuelve a ser idéntica a la izquierda. Deja el bastón, apoya las manos en el montón de piedras y hace fuerza. Se levanta. Se sujeta de pie. La parálisis que agarrotaba la pierna está curada. Mueve la pierna, la dobla... da un paso, dos, tres. Camina... Mira a Jesús con un grito y un sollozo de alegría. Se quita la venda de la cabeza de un tirón. Se toca hacia el occipital, donde estaba el agujero purulento. Nada. Todo curado. Se qui-

ta, también bruscamente, del muslo el andrajo ensangrentado: la piel está intacta.

«¡Maestro! ¡Maestro y Dios mío!» grita alzando los brazos para arrojarse luego de rodillas a besar los pies de Jesús.

«Ve a casa ahora y cree siempre en el Señor».

«¿Y a dónde debo ir, Maestro y Dios, sino tras ti, que eres santo y bueno? No me rechaces, Maestro...».

«Ve a Samaria. Y habla de Jesús de Nazaret. La hora de la Redención está cercana. Sé me discípulo entre tus hermanos. Ve en paz».

Jesús le bendice y luego se separan. El curado va raudo hacia el Norte. Se vuelve de vez en cuando para mirar otra vez.

Jesús con los apóstoles deja el camino, y se adentran hacia oriente por los campos incultos, para tomar una vereda que corta al camino de primer orden y que no se hace más ancha hasta mucho más adelante. Quizás es el camino de Jericó. No lo sé.

417. Historia de Zacarías el leproso y conversíon de Zaqueo el publicano.

17 de julio de 1944.

417.1 [1]Veo una vasta plaza — parece un mercado — rica en sombra de palmeras y otros árboles más bajos y frondosos. Las palmeras crecen acá o allá sin orden, y cimbrean el penacho de sus hojas, que crepitan con un viento caliente y alto portador de abundante polvo rojizo, como si viniera de un desierto o, por lo menos, de lugares agrestes de tierra rojiza. Los otros árboles forman como una galería a lo largo de los lados de la plaza, una galería de sombra, bajo la cual están refugiados vendedores y compradores, en medio de un jaleo inquieto y vocinglero.

En un ángulo de la plaza, exactamente en donde termina el camino principal, hay una primitiva oficina de recaudación de impuestos, donde se ven balanzas y medidas y un banco, tras el cual está sentado un hombre pequeño que vigila, observa y cobra, y con el cual todos hablan como si fuera conocidísimo. Sé que es Zaqueo el recaudador, porque muchos le llaman, quién para preguntarle sobre las cosas sucedidas en la ciudad — son los forasteros —, quién para depositarle sus impuestos. Muchos se asombran de su preocupación. En efecto, parece distraído y absorto en un pensamiento. Responde con monosílabos y a veces con gestos. Ello asombra a muchos, porque se ve que habitualmente Zaqueo es locuaz. Alguno le pregunta si se

siente mal, o si tiene parientes enfermos. Pero él lo niega.

Sólo dos veces se interesa vivamente. La primera, cuando pregunta a dos que vienen de Jerusalén y que hablan del Nazareno, contando milagros y predicación. Entonces Zaqueo hace muchas preguntas: «¿Es verdaderamente bueno como dicen que es? ¿Sus palabras corresponden a los hechos? ¿La misericordia que predica la usa realmente? ¿Para todos? ¿Incluso para los publicanos? ¿Es verdad que no rechaza a nadie?». Y escucha y piensa y suspira. Otra vez es cuando uno le señala a un hombre de poblada barba, que pasa con su jumento cargado de enseres. «¿Ves, Zaqueo? Aquél es Zacarías el leproso. Hacía diez años que vivía en un sepulcro. Ahora que está curado compra de nuevo los enseres para su casa, vaciada por la Ley cuando él y los suyos fueron declarados leprosos».

«Llamadle».

[2]Zacarías viene. 417.2

«¿Tú eras leproso?».

«Lo era, y conmigo mi mujer y mis dos hijos. La enfermedad se apoderó primero de ella y no nos dimos cuenta inmediatamente. Los niños se contagiaron durmiendo en brazos de su madre y yo acercándome a mi mujer. ¡Todos estábamos leprosos! Cuando se dieron cuenta, nos echaron del pueblo... Habrían podido dejarnos en nuestra casa. Era la última... al final de la calle. No habríamos creado dificultades... Ya había dejado crecer mucho el seto, para que ni siquiera fuéramos vistos. Era ya un sepulcro... pero era nuestra casa... Nos echaron. Nos echaban. Ningún pueblo nos aceptaba. ¡Es justo! ¡Ni siquiera el nuestro nos había aceptado! Nos instalamos cerca de Jerusalén, en un sepulcro vacío. Allí hay muchos desdichados. Pero los niños, con el frío de la caverna, murieron. Enfermedad, frío y hambre los mataron pronto... Eran dos varones... guapos antes de la enfermedad. Fuertes y guapos. Brunos como dos moras de agosto, de cabellos rizados, despabilados... Se habían convertido en dos esqueletos cubiertos de llagas... Sin pelo, cerrados los ojos por las costras, cayéndose en escamas blancas los piececitos y las manos. ¡Se fueron deshaciendo ante mis ojos mis niños!... No tenían ya figura humana aquella mañana en que murieron, a pocas horas de distancia... Los sepulté como a despojos de animales, debajo de poca tierra y muchas piedras, mientras la madre gritaba... Unos meses después murió la madre... y me quedé solo... Estaba esperando la muerte, y no habría tenido ni siquiera una fosa excavada con las manos de los demás...

[3]Estaba casi ciego ya, cuando un día pasó el Nazareno. Desde mi 417.3
sepulcro grité: "¡Jesús! ¡Hijo de David, ten piedad de mí!". Me había

referido un mendigo, que no había tenido miedo de llevarme su pan, que él había sido curado de su ceguera invocando al Nazareno con aquel grito. Y decía: "No me ha dado sólo la vista de los ojos, sino también la del alma. He visto que es el Hijo de Dios y veo a todos a través de Él. Por este motivo no huyo de ti, hermano, sino que te traigo pan y fe. Ve donde el Cristo. Que haya uno más que le bendiga". Ir no podía. Los pies, llagados hasta el hueso, no me permitían caminar... y además... me habrían apedreado, si me hubieran visto. Estuve atento a cuando pasase (lo hacía frecuentemente para ir a Jerusalén). Un día vi — lo que podía ver — una polvareda en el camino, y muchedumbre de gente, y oí voces. Me arrastré hasta el borde de la colina donde estaban las grutas sepulcrales, y, cuando me pareció ver una cabeza rubia desnuda que resplandecía entre las otras cabezas cubiertas, grité. Fuerte. Con toda la voz que tenía. Tres veces grité. Hasta que le llegó mi grito.

Se volvió. Se detuvo. Vino hacia mí. Solo. Llegó justo debajo del lugar donde yo estaba y me miró. ¡Hermoso, bueno, con dos ojos, una voz, una sonrisa...! Dijo: "¿Qué quieres que te haga?".

"Quiero quedar limpio".

"¿Crees que puedo hacerlo? ¿Por qué?" me preguntó.

"Porque eres el Hijo de Dios".

"¿Lo crees?".

"Lo creo" respondí. "Veo el resplandor de la gloria del Altísimo sobre tu cabeza. ¡Hijo de Dios, piedad de mí!".

Él entonces extendió la mano con un rostro que era todo fuego. Los ojos parecían dos soles azules. Dijo: "Lo quiero. Queda limpio". ¡Y me bendijo con una sonrisa!... ¡Qué sonrisa! Sentí que una fuerza entraba en mí. Como una espada de fuego que corría buscándome el corazón, que corría por las venas. El corazón, que estaba muy enfermo, volvió a como cuando tenía veinte años; la sangre helada de mis venas se volvió de nuevo caliente y rápida. Cesaron el dolor y la debilidad, y... ¡una alegría... una alegría...! Él me miraba, con esa sonrisa suya que me hacía feliz. Luego dijo: "Ve, preséntate a los sacerdotes. Tu fe te ha salvado".

Entonces comprendí que estaba curado. Miré mis manos y mis piernas. Ya no estaban las llagas. Donde antes estaba descubierto el hueso, había entonces carne rosada y fresca. Corrí a un regato y me miré. La cara también estaba limpia. ¡Estaba limpio! ¡Estaba limpio después de diez años de asquerosidad!... ¡Ah! ¿Por qué no había pasado antes, en los años en que estaba viva mi mujer y mis niños? Nos habría curado. Ahora, ¿ves? Compro para mi casa... ¡Pero estoy solo!...».

«¿No le has vuelto a ver?».

«No. Pero sé que está por esta zona y he venido a propósito. Quisiera bendecirle una vez más y ser bendecido para tener fuerza en mi soledad».

Zaqueo baja la cabeza y calla. El grupo se disuelve.

417.4 [4]Pasa un tiempo. La hora se hace calurosa. La gente desaloja el mercado. El recaudador, con la cabeza apoyada en la mano piensa, sentado tras su banco.

«¡Ahí está! ¡Ahí está el Nazareno!» gritan unos niños, señalando al camino principal.

Mujeres, hombres, enfermos, mendigos se apresuran a correr a su encuentro. La plaza se queda vacía. Sólo los asnos, los camellos, atados a las palmeras, permanecen en su sitio; y Zaqueo en su banco.

Pero luego se pone en pie. Se sube encima de su banco. Todavía no ve nada, porque muchos han arrancado ramajes y los ondean como por júbilo y Jesús está inclinado hacia algunos enfermos. Entonces Zaqueo se quita el vestido, de forma que se queda sólo con la túnica corta, y trepa a uno de los árboles. Sube con dificultad, contra el tronco grueso y liso que mal aferran sus cortas piernas y sus cortos brazos. Pero lo consigue, y se pone entre dos ramas, como en una terraza: las piernas penden por delante de este barandal; y de la cintura para arriba se asoma, como uno a una ventana, y mira.

La muchedumbre llega a la plaza. Jesús alza los ojos y sonríe al solitario espectador acomodado entre las ramas. «Zaqueo, baja en seguida. Hoy me alojo en tu casa» ordena.

Y Zaqueo, tras un momento de estupor, con la cara lívida por la emoción, se desliza hacia abajo como un saco. Está nervioso y, patosamente, se pone de nuevo su vestido. Cierra sus registros y su caja con movimientos que, queriendo ser demasiado rápidos, son más lentos. Pero Jesús es paciente. Acaricia a unos niños mientras espera.

417.5 [5]Por fin Zaqueo está preparado. Se acerca al Maestro y le guía hasta una bonita casa, con un amplio jardín alrededor, que está en el centro de la ciudad (una ciudad bonita; es más, una ciudad inferior en poco a Jerusalén, si no en cuanto a las dimensiones, sí en cuanto a las construcciones).

Jesús entra. Mientras espera a que la comida esté preparada, se ocupa de enfermos y sanos. Con una paciencia... que sólo puede ser suya.

Zaqueo va y viene muy activamente. No cabe dentro de sí mismo de la alegría. Quisiera hablar con Jesús, pero Jesús está rodeado siempre de una muchedumbre.

Al fin, Jesús se despide de todos, diciendo: «Volved a la puesta del Sol. Ahora id a vuestras casas. La paz a vosotros».

El jardín se desaloja. Se sirve la comida en una bonita y fresca sala que da al jardín. Zaqueo ha hecho las cosas con riqueza. No veo a otros familiares, por lo cual pienso que Zaqueo era célibe y vivía solo con muchos criados.

417.6 [6]Acabada la comida, cuando los discípulos se diseminan a la sombra de las matas para descansar, Zaqueo se queda con Jesús en la fresca sala. Es más, durante un poco se queda solo Jesús, porque Zaqueo se retira como para dejarle descansar. Pero luego vuelve y mira por una rendija de una cortina. Ve que Jesús no está durmiendo, sino que piensa. Entonces se acerca. Trae en sus brazos una pesada arca. La pone en la mesa al lado de Jesús y dice: «Maestro... hace tiempo me hablaron de ti. Un día dijiste en un monte muchas verdades que nuestros doctores ya no saben decir. Se me quedaron en el corazón... y desde entonces pienso en ti... Me ha sido referido después que eres bueno y no rechazas a los pecadores. Yo soy pecador, Maestro. Me han dicho que curas a los enfermos. Yo tengo enfermo el corazón porque he cometido hurto, porque he cometido usura, porque he sido vicioso, ladrón, duro con los pobres. Pero ahora, ahora estoy curado porque me has hablado. Te has acercado a mí y el demonio de la sensualidad y de la riqueza ha huido. Y desde hoy soy tuyo, si no me rechazas, y para mostrarte que nazco de nuevo en ti, mira, me despojo de las riquezas mal adquiridas y te doy la mitad de mis bienes para los pobres; la otra mitad la usaré para restituir, cuadruplicado, cuanto he tomado con fraude. Sé a quién he robado. Luego, después de haber devuelto a cada uno lo suyo, te seguiré, Maestro, si lo permites...».

«Lo quiero. Ven. He venido para salvar y llamar a la Luz. Hoy Luz y Salvación han venido a la casa de tu corazón. Los que allí, al otro lado de la cancilla, murmuran porque te he redimido sentándome a tu banquete, olvidan que eres hijo de Abraham como ellos y que he venido para salvar a quien estaba perdido y a dar Vida a los muertos del espíritu. Ven, Zaqueo. Has comprendido mi palabra mejor que muchos que me siguen sólo para poder acusarme. Por eso de ahora en adelante estarás conmigo».

La visión cesa aquí.

18 de julio de 1944.

417.7 [7]Dice Jesús:

«Hay levadura y levadura. Está la levadura del Bien y está la del Mal. La levadura del Mal, veneno satánico, fermenta con mayor faci-

lidad que la del Bien, porque encuentra la materia más adecuada para su fermentación en el corazón del hombre, en el pensamiento del hombre, en la carne del hombre, seducidos los tres por una voluntad egoísta, contraria, por tanto, a la Voluntad universal que es la de Dios.

La voluntad de Dios es universal porque no se limita nunca a un pensamiento personal, sino que tiene presente el bien de todo el universo. A Dios nada puede aumentarle ninguna perfección, habiendo poseído siempre todo de forma perfecta. Por tanto, no puede haber en Él un pensamiento de propia ganancia en la base de ninguna acción suya.

Cuando se dice: "Se hace esto para mayor gloria de Dios, en el interés de Dios", no es porque la gloria divina sea susceptible en sí misma de aumento, sino porque toda cosa que en la creación lleve una impronta de bien y toda persona que haga el bien — y por tanto merezca poseerle —, se adorna con el signo de la Gloria divina y da así gloria a la Gloria misma, que ha creado gloriosamente todas las cosas. Es un testimonio, en definitiva, dado a Dios por las personas y las cosas: testificando con hechos acerca del Origen perfecto del que proceden.

Por eso Dios, cuando os manda, os aconseja u os inspira una acción, no lo hace por interés egoísta, sino por un pensamiento altruista, caritativo, de bienestar vuestro. Por eso la voluntad de Dios no es nunca egoísta; antes bien, es una voluntad enteramente abierta al altruismo, a la universalidad; la única y verdadera fuerza en el mundo universo que tenga pensamiento de bien universal.

Pero la levadura del Bien, germen espiritual que viene de Dios, crece con mucha adversidad y esfuerzo, con mucha dificultad, teniendo como tiene, en contra, los estímulos propicios para la otra levadura: la carne, el corazón y el pensamiento del hombre, impregnados de un egoísmo que es la antítesis del Bien, que por su origen no puede ser sino Amor. Falta en la mayoría de los hombres la voluntad de bien, y por tanto el Bien pierde la fecundidad y muere, o vive tan precariamente, que no fermenta: se queda ahí. No hay culpa grave, pero tampoco hay un esfuerzo para hacer el máximo bien. Por eso el espíritu yace inerte; no muerto, pero sí infructífero.

Considerad que *no hacer el mal sirve solamente para evitar el Infierno*. Para gozar en seguida del hermoso Paraíso es absolutamente necesario hacer el bien. En la medida en que se logre hacer. Luchando contra uno mismo y contra los demás. Porque Yo he dicho que había venido a traer guerra y no paz entre padre e hijos, entre hermanos y hermanas, cuando esta guerra viniera del hecho de defender la

Voluntad de Dios y su Ley contra las supercherías de las voluntades humanas, orientadas en direcciones contrarias a lo que Dios quiere.

417.8 [8]En Zaqueo, el pequeño puñado de levadura de bien había fermentado para masa grande. En su corazón había caído sólo una partícula originaria: le habían referido mi discurso de la Montaña. Incluso deficientemente, sin duda amputado en muchas de sus partes, como sucede con los discursos referidos.

Publicano y pecador, Zaqueo. Pero no por mala voluntad. Era como uno que con un velo de catarata en las pupilas viera mal las cosas. Pero sabe que el ojo, liberado de ese velo, vuelve a tener la capacidad de ver bien. Y ese enfermo desea que le quiten ese velo. Lo mismo Zaqueo. Ni estaba convencido ni era feliz: no estaba convencido de las prácticas farisaicas, que habían llegado a substituir a la verdadera Ley; no se sentía feliz de su manera de vivir.

Buscaba instintivamente la luz, la verdadera Luz. Vio un resplandor de Luz en ese fragmento de discurso y lo guardó en su corazón como un tesoro. Y, puesto que lo amaba — date cuenta, María, de esto —, dado que lo amaba, el resplandor se fue haciendo cada vez más vivo, amplio e impetuoso, y le llevó a ver nítidamente el Bien y el Mal y a elegir rectamente, cortando con generosidad todos los tentáculos que antes, de las cosas al corazón y del corazón a las cosas, le habían envuelto en una red de esclavitud maligna.

"Puesto que lo amaba". Éste es el secreto del éxito o del no éxito. Se tiene éxito cuando se ama. Se tiene poco éxito cuando se ama raquíticamente. No se tiene ningún éxito cuando no se ama. En cualquier cosa. Con mayor razón en las cosas de Dios, donde, por ser Dios invisible para los sentidos corporales, hace falta tener un amor que me atrevería a llamarle perfecto, respecto a la perfección que puede tocar la criatura, para tener éxito en una empresa, en la santidad en este caso.

Zaqueo — sintiendo aversión del mundo y de la carne, asqueado también por las mezquindades de las prácticas farisaicas, tan capciosas, intransigentes para los demás y demasiado condescencientes para ellos — amó ese pequeño tesoro de mi palabra, llegado a él por puro azar, humanamente hablando; lo amó como a la cosa más hermosa que su vida de cuarenta años hubiera poseído. Y desde ese momento polarizó su corazón y su pensamiento hacia este punto.

Donde está el tesoro está el corazón del hombre. No sólo en el mal. También en el bien. ¿Los santos no han tenido, acaso, en la vida su corazón en donde estaba su tesoro: Dios? Sí. Y, por este motivo, mirando sólo a Dios, supieron pasar por la Tierra sin corromper su alma con el fango de la Tierra.

[9]Aquella mañana, aunque no hubiera hecho acto de presencia, 417.9
habría conseguido igualmente un prosélito. Porque la narración del leproso había acabado la metamorfosis de Zaqueo. Tras el banco de la recaudación ya no estaba el publicano ladrón y vicioso, sino el hombre arrepentido de su pasado y decidido a cambiar de vida. Si no hubiera hecho acto de presencia en Jericó, él habría cerrado su banco, habría cogido su dinero y habría venido en busca de mí, porque no podía ya estar sin el agua de la Verdad, sin el pan del Amor, sin el beso del Perdón.

Esto no lo veían, y mucho menos lo entendían, los censores de siempre, que siempre me observaban para criticarme. Por eso se asombraban de que comiera con un pecador. ¡Ah, si no juzgarais nunca, y dejarais a Dios esta tarea, pobres ciegos incapaces incluso de juzgaros a vosotros mismos! Nunca fui con los pecadores para aprobar su pecado. Iba para sacarlos del pecado, a menudo porque ellos ya sólo tenían lo externo del pecado: el alma contrita estaba ya transformada en una nueva alma viva para expiar ¿Entonces, estaba Yo con un pecador? No. Con un redimido que necesitaba sólo un guía para sujetarse en medio de su debilidad de resucitado de la muerte.

[10]¡Cuánto os puede enseñar el episodio de Zaqueo! El poder de la 417.10
recta intención que suscita el deseo. El deseo recto que impulsa a buscar una cognición cada vez mayor del bien y a buscar a Dios continuamente hasta alcanzarle. Un recto arrepentimiento que da el coraje de la renuncia. Zaqueo tenía la recta intención de oír palabras de *verdadera* Doctrina. Habiendo oído alguna, su recto deseo le impulsa a mayor deseo y, por tanto, a una continua búsqueda de esta Doctrina. La búsqueda de Dios, oculto en la verdadera Doctrina, le separa de los mezquinos dioses del dinero y la sensualidad y le hace héroe de renuncia.

"Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y ven detrás de mí" dije al joven rico, que no lo supo hacer. Pero Zaqueo, a pesar de estar más endurecido en la avaricia y en la sensualidad, sabe hacerlo. Porque, a través de la escasa Palabra que le había sido transmitida, había visto a Dios, como el mendigo ciego y leproso que curé.

¿Podrá, acaso, un espíritu que ha visto a Dios encontrar ya atracción alguna en las pequeñas cosas de la Tierra? ¿Lo puede, acaso, mi pequeña esposa?».

418. Curación del discípulo José, herido en la cabeza y recogido en la casita de Salomón.

13 de abril de 1946.

418.1 [1]Jesús llega al pueblo de Salomón ya muy de noche. La Luna, por la posición en que se encuentra, hace pensar que son más o menos las dos antemeridianas. Una bonita Luna, apenas un poco menguada, que desde el medio del cielo sereno resplandece expandiendo paz sobre la tierra. Paz y abundante rocío, los fuertes rocíos de los países calientes, benéficos para las plantas después de la quemazón diurna del sol.

Los peregrinos deben haber seguido el guijarral del río, que hacia las orillas está seco, porque el caudal es más restringido por el estiaje. Y suben de los cañizares al bosque que limita las márgenes, y las sostiene con la red de las raíces hundidas en la tierra cercana al agua.

«Vamos a detenernos aquí, en espera de que llegue el día» dice Jesús.

418.2 [2]«Maestro... yo soy todo un dolor...» dice Mateo.

«Y yo temo que me haya venido la fiebre. No es sano este río en verano... Ya lo sabes» añade Felipe.

«De todas forma, hubiera sido peor si del río hubiéramos subido a los montes judíos. También se sabe esto» dice el Zelote, que siente piedad de Jesús, al cual todos manifiestan sus pequeños miedos y quejas y del cual ninguno comprende el estado de ánimo.

«Deja, deja, Simón. Tienen razón. Pero dentro de poco descansaremos... Os ruego un poco de camino todavía... Y un poco de espera aquí. Ya veis cómo la Luna cambia su curso hacia occidente. ¿Por qué despertar a ese anciano y a José, que quizás está enfermo todavía, * cuando dentro de poco será de día?...».

«Es que aquí está todo empapado de aguazo. No se sabe dónde estar...» refunfuña Judas Iscariote.

«¿Tienes miedo de estropearte la túnica? ¡Venga, hombre, que después de estas marchas de penados entre polvo y rocío, huelga ya presumir de túnica! Y además... así le gustaría más al afable Elquías. Tus grecas... ¡ja! ¡ja!, las de los bajos y de las mangas se han quedado, a jirones, en los arbustos espinosos del desierto de Judá, y el sudor te ha destruido la del cuello... Ahora eres un perfecto judío...» dice, siempre alegre, Tomás.

---

* *José... enfermo todavía,* es el discípulo ex pastor, maltratado y herido como se narra en 404.5.

«Un perfecto sucio, y me da asco» replica airado Judas.

«Te sea suficiente tener el corazón limpio, Judas» dice serenamente Jesús. «Es lo que tiene valor...».

«¡Valor! ¡Valor! Estamos extenuados de cansancio, de hambre... Perdemos la salud, que es lo único que tiene valor» dice con malos modales Judas.

«No te retengo a la fuerza... Tú eres el que quiere estar».

«¡A estas alturas?... Me conviene hacerlo. Estoy...».

«¡Di la palabra que te quema, hombre!: "Estás comprometido ante los ojos del Sanedrín". Pero siempre puedes remediar... y volver a conseguir su confianza...».

«No quiero remediar... porque te amo y quiero estar contigo».

«Verdaderamente lo dices de una forma que más que amor parece odio...» masculla entre dientes Judas de Alfeo.

«Bien, pues... cada uno tiene su manera de expresar el amor».

«Sí, claro. También hay quien ama a su mujer pero la mata a palos... No me gustaría este tipo de amor» dice Santiago de Zebedeo, tratando de cortar el incidente con una broma.

Pero ninguno se ríe. De todas formas, gracias a Dios, ninguno replica.

Jesús aconseja: «Vamos a sentarnos a la puerta de la casa. El alero es ancho y protege del aguazo, y está ese resalto que hace de base a la casa...».

Obedecen sin decir nada. Llegados a la casa, se sientan en fila en su base.

Pero la simple observación de Tomás: «Tengo hambre. Estas caminatas nocturnas dan hambre» enciende de nuevo la cuestión.

«¡Caminatas! ¡Lo que pasa es que desde hace días se vive con nada!» sigue siendo Judas Iscariote el que responde.

«La verdad es que en casa de Nique y de Zaqueo hemos comido, y bien; y Nique nos dio tanto, que hemos tenido que dar a los pobres, porque se habría estropeado. El pan no nos ha faltado nunca. Nos dio también pan y compango aquel caravanero...» observa Andrés.

Judas, que no puede negarlo, calla.

[3]Un gallo lejano saluda el primer indicio de albor. 418.3

«¡Oh! ¡Bien! ¡Dentro de poco el alba!» dice Pedro desperezándose, porque se había dormido casi.

Esperan en silencio a que se aproxime el día.

Un balido en un aprisco... Luego un cascabillo lejano que viene del camino principal, a las espaldas de ellos... Un cercano *cru-cru* de las palomas de Ananías. Una ronca voz de hombre entre los cañizares... Es un pescador que vuelve con la pesca nocturna y que profiere

imprecaciones porque es poca. Ve a Jesús y se para. Vacila. Dice: «¿Si te doy la pesca, me prometes abundancia en el futuro?».

«¿Por ganancia o por necesidad?».

«Por necesidad. Tengo siete hijos, mi mujer y la madre de mi mujer».

«Tienes razón. Sé una persona benéfica y te prometo que no te faltará lo necesario».

«Ten, entonces. Está también allá dentro ese herido que no se recupera a pesar de los cuidados...».

«Que Dios te remunere y te dé paz» dice Jesús.

El hombre saluda y se marcha, dejando sus peces ensartados por la boca en una ramita de sauce.

418.4 [4]Se abate de nuevo el silencio, quebrado apenas por el frufrú de las cañas, por algún silbo de pájaro... Luego un chirrido cercano... La rústica verja que Ananías ha construido gira chirriando, y el anciano se asoma al camino escrutando el cielo. Le sigue la oveja balando...

«¡La paz a ti, Ananías!».

«¡Maestro!» Pero... ¿desde cuándo estás ahí? ¡¿Por qué no has llamado para que se te abriera?!».

«Desde hace poco. No quería molestar a nadie... ¿Cómo está José?».

«¿Lo sabes?... Está mal. Le sale materia de una oreja y sufre mucho de la cabeza. Creo que morirá. Quiero decir que creía. Ahora estás Tú y creo que se curará. Salía para buscar hierbas para unas cataplasmas...».

«¿Están aquí los compañeros de José?».

«Dos. Los otros se han adelantado ya. Aquí están Salomón y Elías».

«¿Os han molestado los fariseos?».

«Poco después de tu partida. Luego ya no. Querían saber a dónde habías ido. Dije: "A casa de mi nuera, a Másada". ¿Hice mal?».

«Hiciste bien».

«¿Y... has estado?» el anciano está ansioso y expectante.

«Sí. Está bien».

«Pero... ¿No te escuchó?».

«No. Hace falta orar mucho por ella».

«Y por sus hijos pequeños... Que los eduque para el Señor...» dice el anciano, y dos lagrimones caen para decir lo que él calla. Termina: «¿Los viste?».

«A uno puedo decir que le vi... A los otros sólo de refilón. Están todos bien».

«Ofrezco a Dios renuncia y perdón... De todas formas... es muy amargo decir: "No volveré a verlos"...».

«Pronto verás a tu hijo, y con él estarás en el Cielo en paz».

«Gracias, Señor. [5]Entra...». 418.5

«Sí. Vamos enseguida donde el herido. ¿Dónde está?».

«En la mejor cama».

Entran en el huerto, que está bien ordenado, y del huerto a la cocina y de la cocina a la pequeña habitación. Jesús se agacha hacia el enfermo, que duerme gimiendo. Se agacha, se agacha... y espira hacia la oreja, envuelta en hilas ya llenas de pus. Se endereza de nuevo. Retrocede sin hacer ruido.

«¿No le despiertas?» pregunta el anciano en voz baja.

«No. Déjale dormir. Ya no tiene dolor. Se repondrá. Vamos donde los demás».

Jesús entorna la puerta sin hacer ruido y pasa a la habitación grande, donde están los lechos comprados la otra vez. Los dos discípulos, cansados, duermen todavía.

«Velan hasta el alba. Yo del alba hasta la caída de la tarde. Así que están cansados. Son muy buenos».

Los dos deben dormir con los oídos abiertos, porque se despiertan inmediatamente: «¡Maestro! ¡Nuestro Maestro! ¡A tiempo has llegado! José está...».

«Curado. Ya lo he hecho. Duerme sin saberlo. Pero ya no tiene nada. Sólo tendrá que limpiarse la podredumbre y estará sano como antes».

«¡Oh! ¡Entonces límpianos también a nosotros, porque hemos pecado».

«¿En qué?».

«Por asistir a José no hemos estado en el Templo...».

«La caridad hace un templo en todo lugar. Y en el Templo de la caridad está Dios. Si todos nos amáramos, la Tierra sería toda un Templo. Estad en paz. Día llegará en que Pentecostés quiera decir "Amor". Manifestación del amor. Vosotros habéis celebrado, precediendo a los meses, el Pentecostés futuro, porque habéis amado a vuestro hermano».

Desde la otra habitación, la voz de José llama: «¡Ananías! ¡Elías! ¡Salomón! ¡Que estoy curado!»; y el hombre aparece, vestido sólo con la túnica corta, enflaquecido, todavía pálido, pero sin sufrimiento. Ve a Jesús y dice: «¡Ah! ¡Has sido Tú, Maestro mío!» y corre a besarle los pies.

«Que Dios te dé paz, José; y perdóname si has sufrido por mí».

«Me glorío de haber derramado sangre por ti, como la derramó

mi padre. Te bendigo por haberme hecho digno de esto». El rostro rústico de José resplandece con la alegría de estas palabras y adquiere nobleza, una belleza que viene de una luz interior.

418.6 [6]Jesús le hace una caricia y dice a Salomón: «Tu casa sirve para hacer mucho bien».

«¡Porque es tuya, ahora! Antes servía sólo para el sueño pesado del barquero. Pero me alegro de que te haya servido y haya servido a este justo. Ahora tendremos algunos días buenos aquí contigo».

«No, amigo. Vosotros partiréis en seguida. Ya no se nos concede descanso. Este tiempo será verdaderamente de prueba, y sólo las voluntades fuertes permanecerán fieles. Ahora vamos a compartir el pan, luego partiréis, en seguida, siguiendo el curso del río, precediéndome en media jornada».

«Sí, Maestro. ¿También José?».

«También. A menos que tema una nueva herida...».

«¡Maestro! ¡Quisiera Dios que te precediera en la muerte dando mi sangre por ti!».

Salen al huerto rociado, brillante bajo el sol primero. Y Ananías hace los honores recogiendo los higos tempranos de las ramas más propicias para la maduración, y pide disculpas por no poder ofrecer un pichoncito, debido a que las dos nidadas han sido usadas para el enfermo. Pero están los peces; y, con gran rapidez, se ponen a preparar la comida.

Jesús pasea entre Elías y José, los cuales cuentan la aventura pasada y la fuerza de Salomón, que llevó a hombros al herido durante kilómetros y kilómetros, recorridos de noche en pequeñas etapas...

«Pero tú, José, perdonas, ¿no? A quien te hirió».

«Nunca he sentido rencor hacia esos desdichados. He ofrecido el perdón y el sufrimiento por su redención».

«¡Es como hay que hacer, discípulo bueno! ¿Y Ogla?».

«Ogla fue con Timoneo. No sé si continuará siguiéndole o si se detendrá en el Hermón. Hablaba siempre de que quería ir al Líbano».

«Ya. Que Dios le guíe para lo mejor».

418.7 [7]Ahora un intenso trinar de pájaros hace coro en las frondas; y balidos, voces de niños, de mujeres, rebuznos, garruchas chirriantes en los pozos denotan que el pueblo está despierto.

En el mismo huerto se parten los panes y se distribuyen los peces. Se consume la comida y, sin dilación, los tres discípulos, bendecidos por Jesús, dejan la casa. Recorren raudos el camino que va hasta el río y se introducen en los cañaverales frescos y umbrosos... Ya no se los ve...

«Ahora vamos a descansar hasta la caída de la tarde. Luego los

seguiremos» ordena Jesús.

Y, quién en las yacijas, quién encima de un montón de redes, trenzadas por Ananías — el cual explica que así no está ocioso y gana su pan de cada día —, se echan, buscando un buen sueño reparador.

Ananías, entretanto, recoge las túnicas sudadas, sale sin hacer ruido, cierra la puerta y la verja y baja al río a lavar aquéllas, para que estén frescas y secas para el atardecer...

[8]Dice Jesús: 418.8

«Aquí pondréis la visión: "Jesús en un pueblecito de la Decápolis" del 2-10-44, y luego la otra: "El endemoniado de la Decápolis" del 29-9-1944».

419. Curaciones en un pueblecito de la Decápolis. Parábola del escultor y de las estatuas.

2 de octubre de 1944.

[1]Veo cuanto sigue. Un pueblecito fluvial de pocas casas muy mo- 419.1
* destas. Debe ser aquel del que salió Jesús cuando atravesó en barca el Jordán cuando la avenida, porque veo que hacia Jesús — que había mandado delante a Judas Iscariote y a Tomás para prepararle la vía — se dirige el barquero con sus parientes.

El barquero, cuando le ve venir de lejos, acelera el paso. Llegado a la presencia de Jesús, se inclina con suma reverencia y dice: «Bien vienes, Maestro, a nuestros enfermos. Te esperan. He hablado mucho de ti. Todo el pueblo te saluda por mi boca diciendo: "¡Bendito el Mesías del Dios Altísimo!"».

«La paz a ti y a este pueblo. Estoy aquí por vosotros. No quedarán defraudadas vuestras esperanzas. El que cree hallará compasivo el Cielo. Vamos». Y Jesús se pone al lado del barquero, y sigue caminando hacia el centro del pueblecillo.

Mujeres, niños, hombres salen a las puertas para seguir luego al pequeño cortejo, a medida que éste va avanzando. A cada metro que pasa, la gente va creciendo, porque incesantemente se une más gente a la que ya había. Unos saludan, otros bendicen, otros invocan.

[2]«Maestro» grita una madre, «mi hijo está enfermo. ¡Ven, bendi- 419.2
to!».

Y Jesús cambia de dirección, hacia una casa pobre; pone una ma-

---

* *cuando atravesó...*, en 361.10/12.

no en el hombro de la madre envuelta en lágrimas y pregunta: «¿Dónde está tu hijo?».

«Aquí, Maestro. Ven».

Entran la madre, Jesús, el barquero, Pedro, Juan, el Tadeo y algunas personas del lugar. Los demás se arremolinan delante de la puerta y miran alargando los cuellos para ver.

En un rincón de la pobre y obscura cocina, hay una pobre yacija junto al hogar encendido. Y, encima, un cadaverito de niño de unos siete años. Digo un cadaverito por lo consumido, amarillento e inmóvil que está. El único movimiento es el jadeo estertoroso del pequeño pecho, enfermo — diría — de tuberculosis.

«Mira, Maestro. He gastado todos mis recursos para salvarle, al menos, a él. Ya no tengo marido. Los otros dos hijos se me murieron a la misma edad de éste. Le he llevado hasta Cesarea Marítima para que le viera un médico romano. Pero lo único que ha sabido decirme ha sido: "Resígnate. Le corroe la caries". Mira...».

Y la madre descubre a la pobre criaturita echando hacia atrás las cobijas. En donde no hay vendas, vense huesecitos que sobresalen bajo una piel reseca y amarillenta. Pero poca parte del cuerpo está descubierta. La otra parte está bajo vendas y pañales, que, cuando los quita la madre, muestran los típicos agujeros exudativos de las caries óseas. Un espectáculo lastimoso.

419.3 [3]El enfermito está tan decaído, que no hace ningún gesto. Da la impresión de que no se tratara siquiera de él. Abre levemente los ojos hundidos y alelados, echa una mirada indiferente — diría: molesta — a la gente. Luego los vuelve a cerrar.

Jesús le acaricia. Pone su larga mano encima de la cabecita relajada y el niño abre de nuevo los ojos; ahora mira con más interés a ese hombre desconocido, que con tanto amor le toca y con tanta piedad le sonríe.

«¿Quieres curarte?». Jesús habla quedo, agachándose hacia la carita macilenta. Antes ha tapado el cuerpecito, diciendo a la madre, que quería poner otros lienzos: «No hace falta, mujer. Déjalo así».

El enfermito asiente sin hablar.

«¿Para qué?».

«Por mi mamá» dice la labilísima vocecita. La madre llora más fuerte.

«¿Vas a ser siempre bueno si te curas? ¿Un buen hijo? ¿Bueno en el pueblo? ¿Un buen fiel?». Hace las preguntas bien separadas, para darle tiempo al pequeñuelo de responder a cada una. «¿Vas a recordar lo que ahora prometes? ¿Siempre?».

Los leves, y no obstante tan profundos de deseo, síes, caen uno

tras otro como suspiros de alma.

«Dame una mano, pequeño». El enfermito quiere dar la sana, la izquierda. Pero Jesús dice: «Dame la otra. No te voy a hacer daño».

«Señor» dice la madre «es toda una llaga. Deja que la vende. Por ti...».

«No importa, mujer. Sólo me repugnan las impurezas de los corazones. Dame la mano y di conmigo: "Quiero ser siempre bueno como hijo, como hombre y como creyente del Dios verdadero"».

El niño repite forzando la vocecita. ¡Oh, está toda su alma en esa voz, y la esperanza... y ciertamente también la de su madre!

[4]Un silencio solemne se ha hecho en la habitación y en la calle. 419.4
Jesús, que sujeta con la izquierda la derecha del enfermo, levanta su mano derecha — su gesto de cuando anuncia una verdad o de cuando impone su voluntad a las enfermedades y a los elementos — y, erguido, solemne, con potente voz, dice: «Y Yo quiero que quedes curado. Levántate, niño, y alaba al Señor»; y le suelta la manita, que ahora está completamente sana, delgada, pero sin la más mínima excoriación, y dice a la madre: «Destapa a tu criatura».

La mujer, que tiene la cara de quien está entre una sentencia de muerte y una de gracia, retira titubeante las cobijas... y grita y se echa encima del cuerpecito, delgadísimo pero sano, lo besa, lo abraza... está fuera de sí de la alegría. Tanto que no ve que Jesús se separa del lecho y se encamina hacia la puerta.

Pero el enfermito lo ve y dice: «¡Bendíceme, Señor, y deja que yo te bendiga! ¿Mamá, no das las gracias?».

«¡Oh! ¡Perdón!...». La mujer, con el niño entre sus brazos, se arroja a los pies de Jesús.

«Comprendo, mujer. Ve en paz y sé feliz. Adiós, niño. Sé bueno. Adiós a todos». Y sale.

[5]Numerosas mujeres aúpan a sus hijos para que la bendición de 419.5
Jesús los preserve del mal en el futuro. Algunos niños se introducen entre los grandes en busca de caricias. Y Jesús bendice, acaricia, escucha, y se detiene a curar a tres enfermos de los ojos y a uno que tiembla muchísimo, como por el baile de San Vito. Ahora está en el centro del pueblo.

«Hay aquí un pariente mío que es sordo y mudo de nacimiento. Tiene inteligencia despierta, pero no puede hacer nada. Cúrale, Jesús» dice el barquero.

«Llévame donde él».

Entran en un huertecito en cuyo fondo hay un joven de unos treinta años que está sacando agua de un pozo y echándola en las verduras. Siendo sordo y estando vuelto de espaldas, no se percata

de cuanto sucede, de modo que continúa inmutable su ocupación, a pesar de que los gritos de la gente sean tan fuertes que las palomas de los tejados se espanten.

El barquero se llega a él. Le toma de un brazo y le lleva a Jesús.

Jesús se pone enfrente del desdichado, muy cerca, rayanos los dos cuerpos, de forma que con su lengua toca la lengua del mudo, que tiene la boca abierta. Y con los dos medios en los oídos del sordomudo ora un instante, levantados los ojos hacia el cielo. Luego dice: «¡Abríos!», y quita las manos y se separa.

«¿Quién eres, que me destraba la palabra y el oído?» grita el curado. *

Jesús hace un gesto y trata de proseguir para salir por detrás de la casa. Pero tanto el curado como el barquero le detienen, uno diciendo: «Es Jesús de Nazaret, el Mesías» y el otro exclamando: «¡Quédate, que yo te adore!».

«Adora al Dios Altísimo y sé siempre fiel a Él. Ve. No pierdas tiempo en inútiles palabras, no hagas del milagro objeto de humano pasatiempo. Usa el habla en el bien; más que con los oídos, escucha con el corazón las voces del Espíritu Creador que te ama y bendice».

¡Ya, ya! ¡Decirle a uno que está felicísimo que no hable de su felicidad, es inútil! El curado se desquita de los muchos años de mutismo y sordera hablando con todos los presentes.

419.6 [6]El barquero insiste para que Jesús entre en su casa a descansar y tomar algo. Se siente el autor de todo el respeto que circunda a Jesús, y se siente orgulloso de ello. Quiere que sea reconocido su derecho.

«Pero yo aquí en el pueblo soy el ciudadano ilustre» dice un anciano de aspecto grave.

«Pero si no hubiera estado yo con mis barcas, tú qué ibas a haber visto a Jesús» responde el barquero.

Y Pedro, siempre franco e impulsivo: «La verdad es que... si no te hubiera dicho yo una cosita, tú... las barcas...».

Jesús interviene providencialmente, contentando a todos. «Vamos a la orilla del río. Allí, mientras esperamos la comida — y que sea parca y frugal, porque el alimento debe servir al cuerpo y no ser finalidad del cuerpo —, evangelizaré. Quien me quiera oír y hacerme preguntas que venga conmigo».

Podría decir que todo el pueblo le sigue.

419.7 [7]Jesús sube a una barca sacada al guijarral. Desde esa tribuna

---

* *grita el curado*, que, por tanto, habla, a pesar de haber sido sordo y mudo desde su nacimiento: un milagro en el milagro, como en 341.6.

improvisada, habla a los que le escuchan, que están frente a Él, sentados en semicírculo en la orilla y entre los árboles.

* Toma como motivo la pregunta que hace un hombre: «Nuestra Ley, Maestro, casi señala como castigados por Dios a los que nacen desdichados; tanto que les prohíbe cualquier servicio al altar. Pero, ¿qué culpa tienen de ello estas personas? ¿No sería justo considerar culpables a sus padres, que los traen a este mundo desdichados? Especialmente las madres. ¿Y cómo debemos comportarnos con estos que han nacido desgraciados?».

«Escuchad. Un escultor sumo y perfecto hizo un día la forma de una estatua. Y su obra fue tan perfecta, que se complació en ella y dijo: "Quiero que la Tierra esté llena de una tal maravilla". Pero él solo no podía llevar a cabo un trabajo así. Pidió entonces ayuda a otras personas. Les dijo: "Con este modelo hacedme millares de estatuas igualmente perfectas. Yo después les daré el último retoque, infundiendo expresión a sus fisonomías". Pero los ayudantes no eran capaces de tanto, pues, además de ser muy inferiores a su maestro en habilidad, se habían embriagado un poco saboreando un fruto cuyo jugo creaba delirios y ofuscaciones. Entonces el escultor les dio como formas y dijo: "Modelad en ellas la materia; será una obra adecuada, y yo la haré completa dándole la vitalidad del último golpe". Y los ayudantes se pusieron manos a la obra.

Pero el escultor tenía un gran enemigo, suyo personal y de sus ayudantes, que trataba con todos los medios de hacer quedar mal al escultor y de crear desavenencias entre él y los ayudantes. Por eso éste en las obras de ellos metió su astucia: acá, alterando la materia que había de ser vertida en la forma; allá, haciendo más débil el fuego; más allá, infundiendo sopor en los ayudantes. Por lo cual sucedió que el rector del mundo, para tratar de impedir lo más posible que la obra saliera en copias imperfectas, puso sanciones graves contra los modelos salidos en modo imperfecto. Una de estas sanciones fue que tales modelos no pudieran ser expuestos en la Casa de Dios. Allí todo debe, o debería, ser perfecto. Digo: debería, porque no es así. La apariencia es buena, pero la realidad no lo es. Los que están en la Casa de Dios parecen sin defectos, pero el ojo de Dios descubre en ellos los más graves: los que están en el corazón.

[8]¡Oh! ¡El corazón! Con él se sirve a Dios; en verdad, se le sirve con 419.8
él. No hace falta ni es suficiente tener el ojo limpio y el oído perfecto, voz armoniosa, hermosos miembros, para cantar las alabanzas que a Dios placen. No hace falta ni basta tener bonitos indumentos y lim-

* *Nuestra Ley..., en Levítico 21, 16-24.*

pios y perfumados. Limpio ha de ser el espíritu en la mirada, perfecto ha de tener el oído, y armoniosa la voz, bien construido ha de resultar en sus formas espirituales, que deben estar adornadas de pureza: ésta es la túnica hermosa y limpia y perfumada de caridad; éste, el aceite henchido de esencia que agrada a Dios.

¿Y qué caridad sería la de uno que, siendo feliz y viendo a un infeliz, manifestara hacia él burla y odio? Pues más aún para quien, inculpable, ha nacido desgraciado: ha de dársele doble y triple caridad. La desgracia es pena que da mérito a quien la lleva y a quien, familiar del que tiene la desgracia, la ve llevar y sufre por ello por amor de pariente y quizás se da golpes de pecho pensando: "La causa de este dolor soy yo, con mis vicios". Y no debe ser jamás causa de culpa espiritual en quien la ve. Se transforma en culpa si viene a ser anticaridad. Por eso os digo: "Nunca seáis personas sin caridad hacia vuestro prójimo. ¿Ha nacido con una desgracia? Amadle porque lleva su gran dolor. ¿La desgracia le ha venido por su culpa? Amadle porque su culpa ya se ha transformado en castigo. ¿Es padre o madre de uno que ha nacido desgraciado o que lo ha venido a ser después? Amadlos, porque no hay dolor mayor que el de un padre o una madre heridos en su hijo. ¿Es una madre que ha engendrado a un monstruo? Amadla, porque está literalmente aplastada por ese dolor, que considera el más inhumano. Inhumano es."

419.9 [9]Pero aún mayor es el dolor de una que es madre de un monstruo de alma y que se da cuenta de que ha dado a luz a un demonio y a un peligro para la tierra, la patria, la familia, los amigos. ¡Oh! ¡Esta mujer no se atreve ya ni siquiera a levantar la frente, pobre madre de un hombre feroz, de un abyecto, de un homicida, un traidor, un ladrón, un degenerado! Pues bien, os digo: amad también a estas madres, las más infelices. Las que a través de los siglos pasarán con el nombre de madres de un asesino, de un traidor.

En todas partes la Tierra ha oído el llanto de las madres torturadas por la muerte cruel del propio hijo. De Eva en adelante, cuántas madres han sentido desgarrárseles las entrañas más que en los dolores del parto. Y mucho más aún: han sentido que una mano feroz les arrancaba las entrañas y con ellas el corazón, ante el cadáver del hijo asesinado, ajusticiado, martirizado por los hombres; y han gritado su espasmo, revolcándose, con un delirio de espasmódico amor doliente, abrazadas a esos despojos que ya no las oían, que no se calentaban ya con su calor, que no podían ya hacer ningún movimiento para decir con la mirada o con el gesto, si no con la boca: "Madre, te oigo".

Y, a pesar de todo, os digo que todavía la Tierra no ha oído el gri-

to y recogido el llanto de la más santa y de la más infeliz. De aquellas que estarán eternamente en el recuerdo del hombre. La Madre del asesinado Redentor y la madre del que será su traidor. Estas dos, mártires en modos distintos, se oirán gemir; y será la Madre inocente y santa, la más inocente, la inocente Madre del Inocente, la que dirá a su hermana lejana, mártir de un hijo cruel más que de ninguna otra cosa: "Hermana, yo te amo".

Amad, para sed dignos de Esta que amará por todos y a todos. El amor es lo que salvará a la Tierra».

[10]Jesús baja de su tosco púlpito y se agacha para acariciar a un niñito semidesnudo, sólo vestido con una camisita, que se revuelca en la hierba de la orilla. Después de tantas sublimes palabras de Maestro, es dulce el verle así, interesándose por un niñito, como un hombre sencillo, y luego partir el pan y ofrecerlo y darlo a los que tiene más cerca, y sentarse y comer humanamente, mientras oye ya en su corazón, sin duda, el grito de su Madre y ve a Judas a su lado. 419.10

A mí, a mí que soy tan impulsiva, me impresiona más que muchas otras cosas este dominio suyo sobre los sentimientos. Para mí es una lección continua. Pero los presentes, sin embargo, parece como si se hubieran quedado yo diría incluso hechizados. Comen, pensativos y silenciosos, mirando con veneración al dulce Maestro de amor.

420. Curación de un endemoniado completo. La vocación de la mujer al amor.

29 de septiembre de 1944.

[1]Jesús y los suyos siguen estando por los campos. Aquí la siega de los cereales está ya terminada y los campos muestran los rastrojos resecos. Jesús camina por el margen de un sendero umbroso. Va hablando con unos hombres que se han unido al grupo de los apóstoles. 420.1

«Sí» dice uno. «Nada le cura. Está más que desquiciado. Mira, es el terror de todos, especialmente de las mujeres, porque las sigue con gestos o palabras obscenos. ¡Y ay si las echara mano!».

«Nunca se sabe dónde está» dice otro. «En los montes, en los bosques, en los surcos de los prados... aparece al improviso como una serpiente... Las mujeres tienen mucho miedo de él. Una, jovencita, murió a causa de él en pocos días por una fuerte fiebre».

«El otro día, mi cuñado había ido al lugar donde ha preparado para sí y los suyos el sepulcro, porque se le ha muerto el padre de su mujer, para aprestar todo para la sepultura. Pero tuvo que huir, por-

que dentro estaba el poseso, desnudo y gritando, como siempre, y le amenazaba lanzándole piedras... Le siguió hasta el pueblo y luego volvió al sepulcro, y ha tenido que sepultar al muerto en mi sepulcro».

«¿Y aquella vez que se recordó de que Tobías y Daniel le habían cogido por la fuerza, le habían atado y le habían llevado de nuevo a su casa? Los esperó medio sepultado entre las cañas y el barro del río y, cuando montaron en barca para la pesca o para atravesar el río, no sé bien, con su fuerza de demonio alzó la barca y la volcó. Salvaron la vida de milagro, pero todo lo que había en la barca se perdió y la misma barca salió de aquello con la quilla rota y los remos destrozados».

420.2 [2]«¿Pero no le mostrasteis a los sacerdotes?».

«Sí. Atado como una carga de mercancía le llevaron hasta Jerusalén... ¡Qué viaje! ¡Qué viaje!... Te digo — yo estaba — que no necesito bajar al infierno para saber lo que sucede y se dice allí. Pero no sirvió de nada...».

«¿Como antes?».

«¡Peor!».

«¡Y, sin embargo... el sacerdote!...».

«Sí, ya, pero... Se necesitaría...».

«¿Qué? Continúa...».

Silencio.

«Habla, pues. No temas. No te voy a acusar».

«Bien... estaba diciendo... pero no quiero pecar... estaba diciendo... que... sí... el sacerdote lo podría conseguir si... si...».

«Si fuese santo, quieres decir, y no te atreves a decirlo. Yo te digo: evita el juzgar. Pero es verdad cuanto dices. ¡Es dolorosamente verdadero!...» dice Pedro.

Jesús calla y suspira. Un breve silencio embarazoso.

Luego uno se atreve a hablar de nuevo. «Si le encontramos, ¿le curas? ¿Liberas estas comarcas?».

«¿Esperas que pueda hacerlo? ¿Por qué?».

«Porque eres santo».

«Santo es Dios».

«Y Tú, que eres Hijo suyo».

«¿Cómo puedes saberlo?».

«¡Hombre, corre la voz! Y además somos del río y sabemos lo que hiciste hace tres lunas. ¿Quién para una crecida, si no es Hijo de Dios?».

«¿Y Moisés? ¿Y Josué?».

«Obraban en nombre de Dios y para su gloria. Y podían porque

eran santos. Tú los superas».

«¿Lo vas a hacer, Maestro?».

«Lo haré, si le encontramos».

[3]Prosiguen. El calor, que aumenta, los induce a dejar el camino y 420.3
a buscar alivio en una espesura de árboles que hay en la orilla del río, que ya no está agitado como cuando la crecida, sino que, aunque todavía baje rico en aguas, las tiene quietas y azules, llenas de resplandor bajo el sol.

El sendero se ensancha y muestra en el fondo una blancura de casas. Debe ser un pueblo que se va haciendo cada vez más cercano. En las márgenes, construcciones pequeñas, blanquísimas y sin más aberturas que una en una pared. Parte están abiertas; mayoría, sin embargo, cerradas herméticamente. En los alrededores de ellas no hay nadie. Están diseminadas en un terreno yermo y agreste; parece abandonado. Sólo yerbajos y pedruscos.

«¡Vete! ¡Vete! ¡Retrocede o te mato!».

«¡Ahí está el poseso y nos ha visto! Yo me marcho».

«Yo también».

«Y yo os sigo».

«No temáis. Quedaos y ved».

Jesús se muestra tan seguro que los... valientes obedecen, aunque, eso sí, se ponen detrás de Jesús. También se quedan atrás los discípulos. Jesús va adelante solo y solemne, como si nada viera ni oyera.

«¡Vete!». El grito de la voz es desgarrador, tiene componentes de gruñido y aullido. Parece imposible que pueda salir de garganta humana. «¡Vete! ¡Atrás! ¡Te mato! ¿Por qué me persigues? ¡No quiero verte!». El poseso pega saltos, completamente desnudo, moreno, barba y pelo largos y enredados. Los mechones negros e hirsutos, llenos de hojas secas y polvo, le caen por encima de los ojos torvos, inyectados de sangre, móviles alrededor de sus órbitas; y llegan hasta la boca, abierta mientras grita y mientras emite demenciales carcajadas que parecen una pesadilla, hasta la boca que emite espuma y que sangra (porque el desquiciado se golpea la boca con una piedra puntiaguda) y dice: «¿Por qué no te puedo matar? ¿Quién me ata la fuerza? ¿Tú? ¿Tú?».

[4]Jesús le mira y sigue adelante. 420.4

El loco se revuelca por el suelo, se muerde, echa más espuma todavía, se golpea con su piedra, se pone de nuevo en pie bruscamente, apunta el índice hacia Jesús, mirándole fuera de sí, y dice: ¡Oíd! ¡Oíd! Éste que viene es...».

«¡Calla, demonio del hombre! Te lo ordeno».

«¡No! ¡No! ¡No! No me callo, no, no me callo. ¿Qué hay entre nosotros y Tú? ¿Por qué no nos dejas tranquilos? ¿No te ha bastado habernos encerrado en el reino de infierno? ¿No te basta venir, haber venido para arrebatarnos al hombre? ¿Por qué nos impeles hasta allá abajo? ¡Déjanos vivir en nuestras presas! Tú, grande y poderoso, pasa y conquista, si puedes. Pero déjanos a nosotros gozar y hacer daño. Para eso estamos. ¡Oh! ¡Mal...! ¡No! ¡No puedo decirlo! ¡No te lo dejes decir! ¡No te lo dejes decir! ¡No puedo maldecirte! ¡Te odio! ¡Te persigo! ¡Te espero para torturarte! Te odio a ti y a Aquel de quien procedes, y odio a Aquel que es vuestro Espíritu. ¡Odio el Amor, yo que soy Odio! ¡Quiero maldecirte! ¡Quiero matarte! Pero no puedo. ¡No puedo! ¡No puedo todavía! Pero te espero, Cristo, te espero. ¡Muerto te veré! ¡Oh, hora de felicidad! ¡No! ¡No felicidad! ¿Muerto Tú? No. No muerto. ¡Y yo vencido! ¡Vencido! ¡Siempre vencido!... ¡¡¡Ah!!!...». El paroxismo toca su culmen.

Jesús sigue andando hacia el poseso, teniéndole bajo el rayo de sus ojos magnéticos. Ahora Jesús está completamente solo. Apostoles y lugareños se han quedado atrás. Éstos, detrás de los apóstoles; los apóstoles, separados de Jesús unos treinta metros al menos.

Algunos habitantes del pueblo, que parece muy poblado y también rico, han salido, atraídos por los gritos; están observando la escena, preparados también para huir como el otro grupo. Así la escena se desarrolla de esta manera: en el centro el poseso y Jesús, ya a pocos metros el uno del otro; detrás de Jesús, a la izquierda, apóstoles y lugareños; a la derecha, detrás del poseso, los habitantes del pueblo.

420.5 [5]Jesús, después de la orden de callar, no ha vuelto a hablar. Solamente mira fijo al poseso. Pero ahora Jesús se detiene y alza los brazos, los extiende hacia el endemoniado, está para hablar. Los gritos se hacen verdaderamente infernales. El poseso se retuerce, da saltos a la derecha, a la izquierda, hacia arriba. Parece como si quisiera huir o arremeter, pero no puede. Está clavado allí y aparte de sus contorsiones no se le concede ningún otro movimiento. Cuando Jesús tiende sus brazos, con las manos extendidas como quien jura, el demente grita más fuerte y, después de mucho haber imprecado, reído y blasfemado, se pone a llorar y a suplicar. «¡En el infierno no! ¡No en el infierno! ¡No me mandes allí! Horrenda es mi vida ya aquí, en esta cárcel de hombre, porque quiero recorrer el mundo y despedazarte a tus criaturas. ¡Pero allí, allí, allí! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Déjame fuera!...».

«Sal de éste. Te lo mando».

«¡No!».

«Sal».

«¡No».

«¡Sal!».

«No».

«¡En el nombre del Dios verdadero, sal!».

«¡Oh! ¿Por qué me vences? Pero no salgo, no. Tú eres el Cristo, Hijo de Dios, pero yo soy...».

«¿Quién eres?».

«Yo soy Belcebú, Belcebú soy, el Amo del mundo, y no me doblego. ¡Te desafío, Cristo!».

El poseso se inmoviliza de golpe, rígido, casi hierático, y mira fijo a Jesús con ojos fosforescentes, apenas moviendo los labios con palabras no inteligibles y haciendo, con las manos llevadas hacia los hombros, los codos flexionados, leves movimientos.

Jesús también se ha detenido. Ahora tiene los brazos recogidos sobre el pecho. Le mira. También Jesús mueve levemente los labios. Pero no oigo ninguna palabra.

[6]Los presentes esperan con opiniones contrarias: «¡No lo consi- 420.6
gue!», «Sí, ahora el Cristo lo consigue», «No. Vence el otro», «Es bien fuerte», «Sí», «No».

Jesús abre los brazos. Su rostro es un resplandor de imperio, su voz un trueno. «Sal. Por última vez. ¡Sal, Satanás! ¡Lo mando Yo!».

«¡Aaaaah!» (es un grito larguísimo de aflicción infinita. No lo emite así uno que sea traspasado lentamente por una espada). Y luego el grito se concreta en palabras: «Salgo, sí. Me has vencido. Pero me vengaré. Tú me echas a mí, pero tienes un demonio a tu lado y en ése entraré para poseerle, invistiéndole con todos mis poderes. Y no habrá orden tuya que me le arrebate. En todo tiempo, en todo lugar, me engendro hijos. Yo, el autor del Mal. Y como Dios se ha generado por sí mismo yo por mí mismo me genero. Me concibo en el corazón del hombre, y éste me da a luz, da a luz un nuevo Satanás que es él mismo, y yo exulto, ¡exulto de tener tanta prole! Tú y los hombres siempre encontraréis estas criaturas mías que son otros idénticos a mí. Voy, Cristo, a tomar posesión de mi nuevo reino, como Tú quieres, y te dejo este trapo de hombre maltratado por mí. Por este que te dejo, limosna de Satanás a ti, Dios, me tomo ahora mil, diez mil, y los encontrarás cuando seas un sucio harapo de carne, arrojada como escarnio a los perros; y tomaré otros, en el transcurso de los siglos, millares y millares, para hacer de ellos mi instrumento y tu tormento. ¿Crees vencer alzando tu Signo? Los míos lo echarán abajo y yo venceré... ¡Ah! ¡No, no te venzo! ¡Pero te torturo en ti y en los tuyos!...».

Se oye un fragor como de rayo. Pero no hay ni culebrina de luz ni rumor de trueno. Sólo un estallido seco y desgarrador, y, mientras el poseso cae como muerto al suelo y se queda allí, un grueso tronco que está cerca de los discípulos cae al suelo, como si a un metro de la base hubiera sido segado por una sierra de acción fulmínea. El grupo apostólico apenas si tiene tiempo de apartarse. ¿Y los lugareños?... Huyen del todo.

420.7 [7]Pero Jesús, que se ha agachado a tomar de la mano al hombre caído, se vuelve, estando así agachado y teniendo la mano del liberado en la suya, y dice: «¡Venid. No temáis!». Temerosa, la gente se acerca. «Está curado. Traed una túnica». Uno sale a la carrera.

El hombre vuelve en sí poco a poco. Abre los ojos y encuentra la mirada de Jesús. Se sienta. Con la mano libre se seca el sudor, la sangre y la baba, se echa hacia atrás el pelo, se observa. Se ve desnudo delante de tanta gente y se avergüenza. Se acurruca y pregunta: «¿Qué ha sido? ¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí, desnudo?».

«Nada, amigo. Ahora te traerán ropa y volverás a tu casa».

«¿De dónde vengo? ¿Y tú de dónde vienes?». Habla con voz de enfermo, cansada y blanca.

«Vengo del Mar de Galilea».

«¿Y cómo me conoces? ¿Por qué me socorres? ¿Cómo te llamas?».

Llegan algunos hombres con una túnica. Se la ofrecen al hombre que ha recibido el milagro. Y llega una pobre vieja llorando y aprieta al curado contra su corazón.

«¡Hijo mío!».

«¡Mamá! ¿Por qué me has dejado durante tanto tiempo?».

La anciana llora más fuerte y le besa y acaricia. Quizás iba a decir otras palabras, pero Jesús la domina con sus ojos y le inspira otras, más compasivas: «¡Has estado muy enfermo, hijo mío! Alaba a Dios, que te ha curado, y a su Mesías, que ha obrado en el nombre de Dios».

«¿Éste? ¿Cómo se llama?».

«Jesús de Galilea. Pero su nombre es Bondad. Bésale las manos, hijo; dile que te perdone por cuanto has hecho o dicho... Cierto que has hablado estando...».

«Sí, ha hablado estando con fiebre» dice Jesús para detener las palabras imprudentes. «Pero no era él el que hablaba, y Yo no soy severo con él. Sé bueno ahora. Sé *continente*». Jesús recalca la palabra. El hombre baja la cabeza, confundido.

420.8 [8]Pero lo que Jesús ahorra no lo ahorran los ciudadanos ricos, que ahora ya están cerca. Entre ellos están los indefinibles fariseos. «¡Te ha ido bien! ¡Suerte la tuya, que has encontrado a éste, amo de los

demonios!».

«¿Endemoniado yo?». El hombre está aterrorizado.

La vieja reacciona: «¡Malditos! ¡Sin piedad ni respeto! ¡Víboras odiosas y crueles! Y tú también, inútil ministro de la sinagoga. ¡Amo de los demonios el Santo?».

«¿Y quién crees que puede tener poder sobre ellos, si no su rey y padre?».

«¡Sacrílegos! ¡Blasfemos! ¡M...!».

«Silencio, mujer. Sé feliz con tu hijo. No impreques. A mí no me causa ni preocupación ni afrenta. Id en paz todos. A los buenos, mi bendición. Vamos, amigos».

«¿Puedo seguirte?». Es el curado el que habla.

«No. Quédate. Sé testimonio mío y alegría para tu madre. Ve».

Y, entre gritos de aplauso y cuchicheos de burla, Jesús atraviesa parte de la ciudad para luego entrar de nuevo en las sombras de los árboles que están a lo largo del río.

[9]Los apóstoles se pegan a Él. 420.9

Pedro pregunta: «¿Por qué, Maestro, el espíritu inmundo ha opuesto tanta resistencia?».

«Porque era un espíritu completo».

«¿Qué quiere decir esta palabra?».

«Escuchadme. Hay quien se da a Satanás abriendo una puerta a un vicio capital. Hay quien se da dos veces, quién tres, quién siete. Cuando uno ha abierto el espíritu a los siete vicios, entonces entra en él un espíritu completo. Entra Satanás, el príncipe negro».

«¿Ese hombre, joven todavía, cómo podía estar poseído por Satanás?».

«¡Oh! ¡amigos! ¿Sabéis por qué sendero viene Satanás? Tres son las vías generalmente holladas, y *una no falta nunca*. Tres: la carnalidad, el dinero, la soberbia de la mente. La carnalidad es la que no falta nunca. Emisaria de las otras concupiscencias, pasa sembrando su veneno y todo florece con floración satánica. Por esto os digo: "Sed dueños de vuestra carne". Que sea este dominio el comienzo de cualquier otro dominio, de la misma forma que esta esclavitud es el comienzo de cualquier otra. El esclavo de la lujuria se hace ladrón y tramposo, cruel, homicida, con tal de servir a su ama. La misma sed de poder está emparentada con la carne. ¿No os parece así? Así es. Meditad y veréis si me equivoco. Por la carne Satanás entró en el hombre, y, feliz si puede hacerlo, por la carne entra de nuevo; él, uno y septipartito, con la proliferación de sus legiones de demonios menores».

«María de Magdala, Tú dijiste que tenía siete demonios, Tú lo di-

jiste, y ciertamente eran demonios de lujuria. Y, sin embargo, la liberaste con mucha facilidad».

«Sí, Judas, es verdad».

«¿Y entonces?».

«Y entonces — dices — mi teoría se viene abajo. No, amigo. La mujer quería ya ser liberada de su posesión. *Quería*. La voluntad es todo».

420.10 [10]«¿Por qué, Maestro, vemos que muchas mujeres están atrapadas por el demonio y — se puede decir — por *este* demonio?».

«Mira, Mateo. La mujer no es igual que el hombre ni en su formación ni en las reacciones a la culpa original. El hombre tiene otras metas para su deseo, mejor o peor. La mujer tiene una meta: el amor. El hombre tiene otra formación. La mujer tiene ésta, sensible, aún más perfecta porque está destinada a la generación. Tú sabes que toda perfección genera un aumento de sensibilidad. Un oído perfecto oye aquello que pasa desapercibido a otro oído menos perfecto, y goza en ello. Y así el ojo, el paladar y el olfato. La mujer debía haber sido la dulzura de Dios en la Tierra; debía haber sido el amor, la encarnación de este fuego que mueve Aquel que es; la manifestación, el testimonio de este amor. Dios, por eso, la había dotado de un espíritu supraeminentemente sensible, para que, madre un día, supiera y pudiera, a sus hijos, abrirles los ojos del corazón al amor hacia Dios y hacia sus semejantes, de la misma forma que el hombre habría abierto los ojos de la mente a sus hijos para la inteligencia y la acción. Reflexiona sobre el imperativo de Dios a sí mismo: "Hagámosle a Adán una compañera". Dios-Bondad no podía sino *querer hacer una buena* compañera a Adán. Quien es bueno ama. La compañera de Adán debía, por tanto, ser capaz de amar para acabar de hacer dichoso el día de Adán en el Jardín feliz. Debía ser tan capaz de amar, que fuera segunda, colaboradora y substituta de Dios en amar al hombre, su criatura, de forma que, incluso en las horas en que la Divinidad no se revelaba a su criatura con su voz de amor, el hombre no se sintiera infeliz por falta de amor. Satanás sabía que existía esta perfección. *Muchas cosas sabe Satanás*. Es él el que habla en los labios de los pitones, diciendo mentiras entremezcladas con verdades. Y dice estas verdades, que él odia porque es Mentira, sólo — tenedlo presente todos vosotros y los futuros — para *seduciros con la quimera de que no es la Tiniebla la que habla sino la Luz*. Satanás, astuto, tortuoso y cruel, se introdujo en esta perfección y ahí mordió, y ahí dejó su veneno. La perfección de la mujer en el amar se hizo así instrumento de Satanás para dominar a la mujer y al hombre y propagar el mal...».

[11]«¿Pero y nuestras madres, entonces?». 420.11

«Juan, ¿temes por ellas? No todas las mujeres sirven de instrumento a Satanás. Perfectas en el sentimiento, son siempre extremas en la acción: ángeles, si quieren ser de Dios; demonios, si quieren ser de Satanás. Las mujeres santas, y tu madre entre ellas, quieren ser de Dios, y son ángeles».

«¿No te parece injusto el castigo de la mujer, Maestro? También el hombre pecó».

«¿Y el premio entonces? Está escrito que por la Mujer volverá al mundo el Bien y será vencido Satanás».

«No juzguéis nunca las obras de Dios. Esto lo primero. Pensad, más bien, que, como por la mujer entró el Mal, por la Mujer es justo que entre el Bien en el mundo. Debe ser anulada una página escrita por Satanás. Y lo hará el llanto de una Mujer. Y, puesto que Satanás gritará eternamente sus voces, he aquí que una voz de Mujer cantará para cubrir esas voces».

«¿Cuándo?».

«En verdad os digo que su voz ya ha descendido de los Cielos donde eternamente cantaba su aleluya».

«¿Será más grande que Judit?».

«Más grande que cualquier otra mujer».

«¿Qué hará? ¿Qué será lo que hará!».

«Invertirá a Eva y a su ternario pecado. Obediencia absoluta. Pureza absoluta. Humildad absoluta. Sobre esta base se erguirá, regia y victoriosa...».

«¿Pero no es tu Madre, Jesús, la más grande por haberte engendrado?».

«Grande es quien hace la voluntad de Dios. Y María por esto es grande. Todo otro mérito viene de Dios. Pero éste es todo suyo, y bendita sea por ello».

Y todo termina.

[12]Dice Jesús: 420.12

«Has visto a un "poseso" de Satanás. Muchas respuestas hay en mis palabras. No tanto para ti; más bien para otros. ¿Les servirán? No. A aquellos a quienes más necesidad tienen de ellas *no les servirán*. Descansa con mi paz».

421. El endemoniado curado, los fariseos y la blasfemia contra el Espíritu Santo.

22 de abril de 1946.

421.1 [1]Pasada la Semana Santa y la consecuente penitencia del *no ver*, vuelve esta mañana la visión espiritual del Evangelio. Y todas mis angustias se olvidan en esta alegría, que se anuncia siempre con una indescriptible sensación de júbilo sobrehumano...

...Y veo a Jesús — caminando todavía por las arboledas que bordean el río — que se detiene y ordena un alto en el camino, en estas horas demasiado calientes para permitir la marcha. Porque, si es verdad que la tupida maraña de las frondas protege del sol, esta misma maraña forma también como una capa de impedimento al paso de las brisas, apenas sensibles, siendo así que el aire bajo las frondas es caliente, está parado, es pesado y húmedo (la humedad que emana del suelo cercano al río, una humedad que no es alivio, sino tormento pegajoso que se mezcla, aumentándolo, con el ya de por sí tormentoso sudor que se desliza por los cuerpos).

«Vamos a detenernos hasta el atardecer. Luego bajaremos al guijarral claro, visible incluso con la luz de las estrellas, y proseguiremos de noche. Ahora vamos a comer y a descansar».

«¡Ah!, antes de la comida me tomo el alivio del agua. Estará también tibia, como un brebaje para la tos; pero servirá para quitarme el sudor. ¿Quién viene conmigo?» pregunta Pedro.

Todos van con él. Todos, incluso Jesús, que está sudado como todos y con la túnica pesada de polvo y sudor. Toma cada uno, de la bolsa, una túnica limpia y bajan al río. En la hierba, como señal de su presencia, no quedan más que las trece bolsas y los odres del agua, velado ello por los añosos árboles y por innumerables pájaros, que observan curiosos con sus ojitos de azabache las trece bolsas hinchadas y multicolores diseminadas en la hierba. Las voces de los bañistas se alejan y se confunden entre el rumor del río. Sólo de vez en cuando alguna risa aguda vibra como una nota alta por encima de los acordes bajos y monótonos del río.

421.2 [2]Pero pronto un rumor de pisaduras rompe el silencio. Algunas cabezas se asoman a través de unos ramajes, dan una ojeada, dicen con expresión contenta: «Están aquí. Se han parado. Vamos a decírselo a los otros», y desaparecen alejándose tras las matas...

...Mientras tanto, refrescados, con los cabellos todavía húmedos a pesar de que hayan sido rudimentariamente secados, descalzos y con las sandalias lavadas, que gotean, sujetas de las correas, vestidos con túnicas frescas — quizás han dejado las otras sobre los cañiza-

res, después de una enjuagadura en las aguas azules del Jordán — regresan los apóstoles con el Maestro. Visiblemente aliviados por el prolongado baño.

Ignorando que han sido descubiertos, se sientan, después de que Jesús ha ofrecido y distribuido la comida. Después de la comida, cargados de sueño, se tumbarían y dormirían. Pero... viene un hombre, y después del primero el segundo, y el tercero...

«¿Qué queréis?» pregunta Santiago de Zebedeo, que los ve venir y pararse cerca de una espesura, dudando si acercarse o no. Los otros, incluido Jesús, se vuelven para ver con quién habla Santiago.

«¡Ah, son los del pueblo!... ¡Nos han seguido!» dice sin entusiasmo Tomás, que se disponía a dormir un poco.

Entretanto los interpelados responden, un poco atemorizados al ver la manifiesta aversión de los apóstoles a recibirlos: «Queríamos hablar con el Maestro... Decir que... ¿Verdad Samuel?...» y, como no se atreven a seguir hablando, se interrumpen.

Pero Jesús, benigno, alzándose y dirigiéndose hacia ellos, los anima: «Hablad, hablad. ¿Tenéis otros enfermos?».

«Maestro, estás cansado, incluso más que nosotros. Descansa un poco y que ellos esperen...» dice más de un apóstol.

«Aquí hay criaturas que me requieren. Por eso ellos tampoco tienen descanso de paz en el corazón. Y el cansancio del corazón supera al de los miembros. Dejad que los escuche».

«¡Bueno, pues bien! ¡Adiós descanso nuestro!...» dicen en tono malhumorado los apóstoles, subyugados por el cansancio y el calor hasta el punto de hacer un reproche a su Maestro en presencia de extraños, tanto que dicen: «Y cuando, sin prudencia, nos hayas enfermado a todos, demasiado tarde comprenderás que te éramos necesarios».

Jesús los mira... con piedad. No hay otra cosa en sus dulces ojos cansados... Pero responde: «No, amigos. No pretendo que hagáis lo mismo que Yo. Mirad, vosotros quedaos aquí descansando; Yo me alejo un poco con éstos, los escucho y luego vengo a descansar con vosotros».

Es tan dulce la respuesta, que obtiene más que con un reproche. El buen corazón, el afecto de los doce se despierta y toma la iniciativa: «¡No, hombre, no, Señor! Quédate ahí y habla con ellos. Nosotros vamos a dar la vuelta a las túnicas para que se sequen por el otro lado. Así vencemos el sueño y luego venimos y descansamos juntos». Y los que más sueño tienen van hacia el río... Se quedan Mateo, Juan y Bartolomé.

[3]Pero, mientras tanto, los tres habitantes del pueblo se han trans- 421.3

formado en más de diez, y siguen aumentando...

«¿Entonces? Acercaos y hablad sin temor».

«Maestro, cuando te has marchado, los fariseos se han hecho todavía más violentos... Han arremetido contra el hombre que has liberado y... si no se vuelve loco será un nuevo milagro... porque... le han dicho que... que le has liberado de un demonio que sólo obstaculizaba a la razón, pero que le has dado un demonio más fuerte, tan fuerte que ha vencido al primero, más fuerte que el primero porque éste condena y domina su espíritu, y por eso mientras que de la primera posesión no habría debido llevar las consecuencias a la otra vida, porque sus acciones no eran... ¿cómo han dicho, Abraham?...».

«Han dicho... ¡oh, es un nombre extraño!... Bueno, que de esas acciones Dios no le habría pedido cuentas, porque habían sido hechas sin libertad de mente, mientras que ahora él, adorando por imposición del demonio que tiene dentro de su corazón, introducido por ti — ¡perdona si te lo decimos! —, por ti, príncipe de los demonios, adorándote a ti con mente ya cuerda, es sacrílego y maldito, y será condenado. Así que el pobre infeliz añora el estado de antes, y... casi impreca contra ti... Por tanto, más desquiciado que antes... y la madre se desespera por el hijo que desespera de salvarse... y toda alegría se ha transformado en congoja. Nosotros, para dar paz, te hemos buscado, y ciertamente nos ha guiado hasta aquí el ángel... Señor, nosotros creemos que Tú eres el Mesías. Y creemos que el Mesías tiene dentro de sí al Espíritu de Dios. Por tanto, es Verdad y Sabiduría. Y te pedimos que nos des paz y explicación...».

«Estáis en la justicia y en la caridad. Benditos seáis. Pero, ¿dónde está el infeliz?».

«Viene detrás de nosotros con su madre, llorando su desesperación. ¿Ves? Todo el pueblo, menos ellos, menos los crueles fariseos, viene hacia aquí, sin preocuparse de las amenazas de ellos. Porque nos han amenazado castigos porque creemos en ti. Pero Dios nos protegerá».

«Dios os protegerá. Llevadme donde el beneficiado».

«No. Te lo traemos aquí. Espera» y muchos se dirigen hacia el núcleo más numeroso, que se acerca gesticulando, mientras dos llantos agudos dominan el murmullo de la muchedumbre. Los otros, los que se han quedado, son muchos ya, y, cuando a éstos se unen los otros teniendo en el centro al endemoniado curado y a la madre de éste, alrededor de Jesús, entre los árboles, se apiña verdaderamente una muchedumbre. La gente se sube incluso a los árboles en busca de un sitio para oír y ver.

421.4 [4]Jesús va hacia el beneficiado con el milagro. Éste, en cuanto le

ve, arrancándose los pelos y arrodillándose, dice: «¡Devuélveme el primer demonio! ¡Por piedad de mí, de mi alma! ¿Qué te he hecho para que me perjudicaras tanto?».

Y su madre, también de rodillas: «¡Delira por el miedo, Señor! No escuches sus blasfemas palabras. No. Líbrale del miedo que esos crueles le han infundido, para que no pierda la vida del alma. Le has liberado una vez... ¡Por piedad de una madre, libérale otra vez!».

«Sí, mujer. ¡No temas! ¡Hijo de Dios, escucha!». Y Jesús apoya sus manos sobre la cabeza despeinada del hombre que delira de miedo sobrenatural. «Escucha. Y juzga. Juzga por ti mismo, porque ahora tienes un juicio libre y puedes juzgar con justicia. Hay un modo seguro para comprender si un prodigio viene de Dios o de un demonio. Y es lo que experimenta el alma. Si el hecho extraordinario viene de Dios, se infunde paz en el alma, paz y júbilo majestuoso; si viene de un demonio, con el prodigio viene turbación y dolor. Y también viene paz y júbilo de las palabras de Dios, mientras que de las de un demonio — sea demonio espíritu o demonio hombre — viene turbación y dolor. Y también de la proximidad de Dios viene paz y júbilo, mientras que de la proximidad de espíritus u hombres malvados viene turbación y dolor. Ahora reflexiona, hijo de Dios. ¿Cuando, cediendo al demonio de la lujuria, empezaste a acoger dentro de ti a tu opresor, gozabas de júbilo y paz?».

El hombre reflexiona y, ruborizándose, responde: «No, Señor».

«¿Y cuando el perpetuo Adversario se apoderó de ti del todo, tuviste paz y júbilo?».

«No, Señor. Jamás. Mientras comprendía, mientras tuve un retal de mente libre, experimenté turbación y dolor por el atropello del Adversario. Luego... no sé... Ya mi intelecto no era capaz de comprender lo que yo sufría... Era peor que un animal... Pero incluso en ese estado en que parecía menos inteligente que un animal... ¡oh, cuánto podía sufrir todavía! No sé decir de qué... ¡El infierno es tremendo! Es una totalidad horrenda... y no se puede decir lo que es...».

El hombre tiembla ante el informe recuerdo de sus sufrimientos de poseído. Tiembla, palidece, suda... La madre le abraza y le besa en la mejilla para distraerle de esa pesadilla... La gente susurra comentarios.

«¿Y cuando te has despertado con la mano en mi mano, que has experimentado?».

«¡Oh, un estupor tan dulce!... y luego una alegría, una paz mayor aún... Parecía como si saliera de una cárcel obscura donde un sinnúmero de serpientes habían sido las cadenas, y el aire hedores de pútrida cloaca, y entrara en un jardín en flor, pleno de sol, de cantos...

He conocido el Paraíso... pero tampoco esto se puede describir...». El hombre sonríe como arrobado en el recuerdo de su breve y reciente hora de júbilo. Luego suspira y termina: «Pero pronto ha terminado...».

«¿Estás seguro? Dime, ahora que estás a mi lado y lejos de los que te han turbado, ¿qué sientes?».

«La paz también. Aquí contigo no puedo creer que esté condenado y sus palabras me parecen blasfemia... Pero yo las he creído... ¿No he pecado contra ti entonces?».

«No has pecado tú. Ellos sí. Levántate, hijo de Dios, y cree en la paz que hay en ti. La paz viene de Dios. Tú estás con Dios. No peques y no temas» y quita las manos de la cabeza del hombre permitiéndole así levantarse.

421.5 [5]«¿Verdaderamente es así, Señor?» preguntan muchos.

«Verdaderamente es así. La duda suscitada por estas palabras deliberadamente dañinas ha sido la última venganza de Satanás que ha salido de éste vencido y deseoso de recuperar la presa perdida».

Con muy buen sentido un lugareño dice: «¡Pero entonces... los fariseos... han servido a Satanás!» y muchos aplauden esta justa observación.

«No juzguéis. Hay quien juzga».

«Pero al menos somos francos en nuestros juicios... y Dios ve que juzgamos por culpas claras. Ellos fingen ser lo que no son. Actúan con falsedad y con miras no buenas. Y, a pesar de ello, triunfan más que nosotros, que somos honrados y sinceros. Son nuestro terror. Extienden su poder hasta la libertad de fe. Se tiene que creer y practicar como les gusta a ellos. Y nos amenazan porque te amamos. Tratan de reducir tus milagros a brujerías, para que la gente te tema. Conspiran, oprimen, hacen daño...».

421.6 [6]La muchedumbre habla tumultuosamente. Jesús hace un gesto imponiendo silencio y dice:

«No acojáis en el corazón lo que es de ellos. Ni sus insinuaciones ni sus sistemas. Y ni siquiera la idea: "son malos y, a pesar de ello, triunfan". ¿No os acordáis de las palabras de la Sabiduría: "Breve es * el triunfo del pérfido" y de la otras, de los Proverbios: "No sigas, hijo, los ejemplos de los pecadores y no escuches las palabras de los impíos, porque quedarán atrapados en las cadenas de sus culpas y engañados por su gran necedad"? No introduzcáis en vosotros lo que es de

---

* *las palabras* podrían ser, al menos en cuanto al concepto, las de *Sabiduría 2,5; 5,9; Proverbios 5, 22-23.*

aquellos que vosotros mismos, aún siendo imperfectos, juzgáis injustos. Introduciríais en vosotros la misma levadura que los corrompe a ellos. La levadura de los fariseos es la hipocresía. Que la hipocresía no esté nunca en vosotros, ni respecto a las formas del culto a Dios, ni respecto al modo de manifestaros con los hermanos. Guardaos de la levadura de los fariseos. Pensad que no hay nada oculto que no pueda ser descubierto, nada escondido que no termine siendo conocido.

Ya veis. Me habían dejado partir y luego habían sembrado cizaña donde el Señor había esparcido selecta semilla. Creían haber actuado fina y victoriosamente. Y habría sido suficiente que no me hubierais encontrado, que Yo hubiera pasado el río sin dejar huella mía en el agua, que se junta después de abrirla la proa, para que su mala forma de obrar, bajo apariencia de un obrar recto, triunfase. Mas pronto ha sido descubierto el juego, y su mala acción ha sido anulada. Y así de todas las acciones del hombre. Uno al menos, Dios, las conoce, y provee. Lo que se dice en la obscuridad termina siendo revelado por la Luz, y lo que se trama en secreto en una habitación puede ser revelado como si hubiera sido preparado en una plaza. Porque todo hombre puede tener su delator. Y porque Dios ve a todos los hombres, y Dios puede intervenir y desenmascarar a los culpables.

[7]Por eso hay que actuar siempre con honestidad para vivir con 421.7
paz. Y quien vive así no tenga miedo. Ni miedo en esta vida, ni miedo por la otra vida. No, amigos míos, os digo: quien obra como justo no tema. Ni miedo de los que matan — sí, de los que pueden matar el cuerpo —, pero que después de eso no pueden hacer más. Os digo qué debéis temer. Temed a aquellos que, después de haberos hecho morir, os pueden mandar al infierno, o sea temed a los vicios, a los malos compañeros, a los falsos maestros, a todos los que os insinúan el pecado o la duda en el corazón, temed a los que más que al cuerpo tratan de corromper al alma y llevaros a la separación de Dios y a pensamientos de desesperación de la divina Misericordia. Temed esto, os lo repito. Porque en ese caso vuestra muerte será eterna. Pero, por lo demás, por vuestra existencia, no temáis. El Padre vuestro no pierde de vista ni siquiera a uno de estos pájaros pequeñitos que hacen sus nidos entre las frondas de los árboles. Ni uno de ellos cae en la red sin que su Creador lo sepa. Y, no obstante, es muy pequeño su valor material: cinco pájaros por dos ases. Y nulo es su valor espiritual. Y, a pesar de ello, Dios los cuida. ¿Cómo, entonces, no va a cuidar de vosotros, de vuestra vida, de vuestro bien? Hasta los cabellos de vuestra cabeza son manifiestos al Padre, y ninguna injuria que

hagan a sus hijos le pasa desapercibida; porque vosotros sois *sus* hijos, o sea, mucho más que los pájaros que hacen sus nidos en los tejados o entre el follaje.

421.8 [8]Hijos sois mientras no renunciáis por propia iniciativa a serlo, por vuestra libre voluntad. Y se renuncia a esta filiación cuando uno reniega de Dios y del Verbo que Dios ha enviado al mundo para llevar a los hombres a Dios. Entonces, si uno no me quiere reconocer ante los hombres, por temor a un daño por causa de este reconocimiento, entonces tampoco Dios le reconocerá como hijo suyo, y el Hijo de Dios y del hombre tampoco le reconocerá delante de los ángeles del Cielo; y quien haya renegado de mí delante de los hombres será negado como hijo ante los ángeles de Dios. Y quien haya hablado mal y contra el Hijo del hombre será todavía perdonado, porque Yo intercederé ante el Padre por su perdón; pero el que haya blasfemado contra el Espíritu Santo no será perdonado. ¿Por qué esto? Porque no todos pueden conocer la extensión del Amor, su perfecta infinidad, y ver a Dios en una carne semejante a toda otra carne de hombre. Los gentiles, los paganos no pueden creer esto por fe, porque su religión no es amor. También entre nosotros el respeto temeroso que tiene Israel por Yeohveh puede impedir el creer que Dios se haya hecho hombre, y el más humilde de los hombres. Es una culpa el no creer en mí. Pero, cuando ésta se apoya en un excesivo temor de Dios, todavía se perdona. Sin embargo, no puede ser perdonado aquel que no se rinde a la verdad que se transparenta a través de mis actos, y niega al Espíritu de Amor el que haya podido mantener la palabra dada de enviar al Salvador en el tiempo establecido, el Salvador precedido y acompañado por los signos anunciados.

421.9 [9]Éstos, los que me persiguen, conocen a los profetas. Las profecías están llenas de mí. Conocen las profecías y conocen lo que Yo hago. La verdad es manifiesta. Pero la niegan por voluntad de negarla. Sistemáticamente niegan que Yo sea no sólo el Hijo del hombre, sino también el Hijo de Dios anunciado por los profetas, el Nacido de una Virgen no por voluntad del hombre sino del Amor eterno, del eterno Espíritu que me ha anunciado para que los hombres me pudieran reconocer. Ellos, para poder decir que la obscuridad de la espera del Cristo continúa, se obstinan en tener cerrados los ojos para no ver la Luz presente en el mundo, y por eso reniegan del Espíritu Santo, de su Verdad, de su Luz. Y para éstos el juicio será más severo que para los que no saben. Y llamarme "satanás" no les será perdonado, porque el Espíritu por mí hace obras divinas, no satánicas. Y llevar a otros a la desesperación cuando el Amor los ha llevado a la paz no será perdonado. Porque todas estas cosas son ofensas al Espíritu

Santo, a este Espíritu Paráclito que es Amor y da amor y pide amor, y que espera mi holocausto de amor para derramarse en amor de sabiduría que iluminará los corazones de mis fieles. Y cuando esto suceda, y os sigan persiguiendo acusándoos ante los magistrados y los príncipes en los tribunales y en las sinagogas, no os preocupéis pensando en cómo os justificaréis. El mismo Espíritu os dirá lo que habréis de responder para servir a la Verdad y conquistaros la Vida, de la misma forma que el Verbo os está dando cuanto es necesario para entrar en el Reino de la Vida eterna.

421.10 [10]Idos en paz. En *mi* paz. En esa paz que es Dios y que Dios emana para saturar con ella a sus hijos. Idos y no temáis. Yo no he venido para engañaros, sino para instruiros; no para perderos, sino para redimiros. Bienaventurados los que sepan creer en mis palabras. Y tú, hombre, dos veces salvado, sé fuerte y recuerda la paz mía para decir a los tentadores: "No tratéis de seducirme. Mi fe es que Él es el Cristo". Ve, mujer. Ve con él y queda en paz. Adiós. Volved a las casas y dejad al Hijo del hombre con el humilde descanso sobre la hierba, antes de reanudar su perseguido camino en busca de otros a quienes salvar, hasta el final. Mi paz esté con vosotros».

Los bendice y regresa al lugar en donde han comido. Y los apóstoles con Él. Y, habiéndose marchado la gente, se echan, apoyadas las cabezas en las bolsas, y pronto el sueño se apodera de ellos, con el calor bochornoso de la tarde y el pesado silencio de estas horas tórridas.

422. El Iscariote, con sus malos humores, ocasiona la lección sobre los deberes y los siervos inútiles.

24 de abril de 1946.

422.1 [1]Y así el guijarral se ve blanco en la noche sin luna, pero clarísima por millares de estrellas, grandes, inverosímilmente grandes estrellas de cielo de Oriente. No es luz intensa como la de la Luna, pero es una fosforescencia delicada que permite, a quien tiene la vista acostumbrada a la obscuridad, ver por dónde camina y lo que le rodea. Aquí, a la derecha de los caminantes, que suben hacia el Norte siguiendo el curso del río, la suave luminosidad estelar muestra el límite vegetal hecho de cañedos, de sauces y luego de árboles altos, y, dado que la luz es muy leve, parece formar un muro compacto, continuo, sin interrupción, sin posibilidad de penetración, apenas roto en el lugar en que el lecho de un riachuelo o torrente, completamente secos, coloca una raya blanca que se adentra hacia oriente y desaparece en la primera curva del minúsculo afluente ahora seco. A la iz-

quierda, sin embargo, los caminantes disciernen el brillo de las aguas que descienden hacia el Mar Muerto, borbollando, suspirando, susurradoras, tranquilas, serenas. Y entre la línea brillante de las aguas de color añil, en la noche, y la masa negro-opaca de hierbas, arbustos y árboles, se extiende la cinta clara del guijarral, a veces más ancha, a veces más estrecha, a veces interrumpida por una minúscula balsa — residuo de la pasada avenida —, todavía con un poco de agua en curso de reabsorción, y donde forman aún mata verde las hierbas, que en otras partes están resecas en la sequedad del guijarral, sin duda ardiente en las horas de sol.

Los apóstoles se ven obligados — por estas pequeñas balsas, o también por marañas de juncos secos, pero peligrosos como cuchillos para el pie sólo semicubierto por las sandalias — a separarse de vez en cuando, para juntarse de nuevo luego en torno a su Maestro, que va siempre majestuoso, generalmente callado, con su paso largo, levantando la mirada hacia las estrellas más que inclinándola hacia el suelo. Los apóstoles no, no callan; hablan entre sí, recapitulando los hechos de la jornada, sacando las conclusiones de éstos o previendo su futuro desarrollo. Alguna rara palabra de Jesús, la mayoría de las veces dicha para responder a una pregunta directa o para corregir alguna ponderación errada o no caritativa, se intercala en la parlería de los doce. Y el camino continúa en la noche, ritmando el silencio nocturno con un elemento nuevo en esas regiones desiertas: las voces humanas y el triscar de los pasos. Y se callan los ruiseñores entre las frondas, asombrados de que sonidos disonantes y ásperos se mezclen, turbadores, con el habitual rumor de las aguas y las brisas, habituales acompañamientos de sus *solos* virtuosos.

422.2 [2]Pero una pregunta directa, que no tiene que ver con lo que ha pasado, sino con lo que ha de suceder, va a romper, con la violencia de una rebelión, además de con el tono más agudo de las voces agitadas por indignación o ira, la paz (no sólo la de la noche, sino también la más íntima de los corazones). Felipe pregunta si y dentro de cuántos días estarán en sus casas. Una latente necesidad de descanso, un no dicho pero sí implícito deseo de afectos familiares están presentes en la sencilla pregunta del apóstol ya entrado en años, que es marido y padre además de apóstol, que tiene intereses de que ocuparse...

Jesús siente todo esto y se vuelve a mirar a Felipe, se detiene para esperarle, pues Felipe va un poco más atrás, con Mateo y Natanael. Cuando le tiene a su lado, le ciñe con un brazo mientras le dice: «Pronto, amigo mío. Pero pido a tu bondad todavía otro pequeño sacrificio, a no ser que quieras separarte antes de mí...».

«¿Yo? ¿Separarme? ¡Jamás!».

«Entonces... te tengo todavía un poco de tiempo lejos de Betsaida. Quiero ir a Cesarea Marítima pasando por Samaria. Al regreso iremos a Nazaret y estarán conmigo los que no tienen familia en Galilea. Luego, después de un poco, os alcanzaré en Cafarnaúm... Y allí os evangelizaré, para haceros aún más aptos. Pero si crees que tu presencia en Betsaida es necesaria... vete si quieres, Felipe. Nos encontraremos allá...».

«No, Maestro. ¡Es más necesario estar contigo! Pero... Es dulce la casa... y las hijas... Pienso que no las tendré mucho conmigo en el futuro... y quisiera gozar un poco de su casta dulzura. Pero si debo elegir entre ellas y Tú, te elijo a ti... y por más de un motivo...» termina, suspirando, Felipe.

«Y haces bien, amigo. Porque Yo te seré arrebatado antes que tus hijas...».

«¡Maestro!...» dice con pena el apóstol.

«Así es, Felipe» termina Jesús, y besa al apóstol en la sien.

[3]Judas Iscariote, que ha estado barbotando entre dientes desde 422.3
que Jesús ha nombrado Cesarea, alza la voz, como si ver el beso dado a Felipe le hiciera perder el control de sus acciones. Y dice: «¡Cuántas cosas inútiles! ¡Verdaderamente no sé qué necesidad hay de ir a Cesarea!» y lo dice con una impetuosidad llena de bilis; parece como si quisiera decir implícitamente: «y Tú que vas eres un necio».

«No eres tú quien tiene que juzgar sobre las necesidades de las cosas que hacemos, sino el Maestro» le responde Bartolomé.

«¿Sí, eh? ¡Casi como si Él viera claras las necesidades naturales!».

«¡Oye! ¿Estás sano o estás loco? ¿Sabes de quién hablas?» le pregunta Pedro meneándole por un brazo.

«No estoy loco. Soy el único que tiene el cerebro sano. Y sé lo que digo».

«¡Pues vaya cosas que dices tú!», «¡Ruega a Dios que no te lleve la cuenta de ellas!», «¡La modestia no es amiga tuya!», «Se diría que tienes miedo de que, yendo a Cesarea, se te pueda conocer por lo que eres» dicen juntos y respectivamente Santiago de Zebedeo, Simón Zelote, Tomás y Judas de Alfeo.

Judas Iscariote se vuelve contra este último: «No tengo nada que temer y vosotros no tenéis nada que conocer. Lo que sucede es que estoy cansado de ver que se pasa de un error a otro y nos destruimos. Choques con los ancianos, disputas con los fariseos. Ahora nos faltan los romanos...».

«¿Cómo? ¡Pero si hace apenas dos lunas que estabas exaltado de alegría, estabas seguro, estabas, estabas, estabas... todo estabas, porque tenías por amiga a Claudia!» observa con ironía Bartolomé,

el cual, siendo el más... intransigente, es el que si no se rebela contra los contactos con los romanos es sólo por obediencia al Maestro.

Judas enmudece un momento, porque la lógica de la irónica pregunta es evidente, y, so pena de aparecer ilógico, uno no puede contradecir lo que ha dicho antes. Pero luego se recobra: «No digo esto por los romanos. Me refiero a los romanos como enemigos. Ellas, porque en el fondo no son más que cuatro mujeres romanas, cuatro, cinco, seis como mucho, ellas nos han prometido ayuda y nos la darán.
422.4 [4]Pero lo que pasa es que ello aumentará el odio de sus enemigos, y Él no lo comprende y...».

«Su odio es completo, Judas. Y tú lo sabes como Yo, e incluso *mejor* que Yo» dice con serenidad Jesús, recalcando la palabra "mejor".

«¿Yo? ¿Yo? ¿Qué quieres decir? ¿Quién sabe las cosas mejor que Tú?».

«Acabas de decir que sólo tú conoces las necesidades y el cómo comportarse en ellas...» le rebate Jesús.

«Pero para las cosas naturales. Yo digo que conoces las cosas espirituales mejor que nadie».

«Eso es verdad. Pero precisamente por eso te decía que conoces mejor que Yo las cosas — feas si quieres, degradantes si quieres — naturales, como el odio de mis enemigos, como sus propósitos...».

«¡Yo no sé nada! Nada sé yo. Lo juro por mi alma, por mi madre, por Yeohveh...».

«¡Basta! Está escrito que no se ha de jurar» dice con tono tajante Jesús, con una severidad que parece endurecerle hasta los rasgos del rostro dándole perfección de estatua.

«Bueno, pues no juraré. Pero me será lícito decir, porque no soy un esclavo, que no es necesario, que no es útil, es más, que es peligroso ir a Cesarea, hablar con las romanas...».

«¿Y quién te dice que va a ser así?» pregunta Jesús.

«¡Quién? ¡Hombre, pues todo! Tú tienes necesidad de asegurarte de una cosa. Estás siguiendo las huellas de una...» se para, porque
422.5 comprende que la ira le hace hablar demasiado. [5]Luego continúa: «Y yo te digo que deberías pensar también en nuestros intereses. Nos has arrebatado todo. Casa, ganancias, afectos, tranquilidad. Somos gente perseguida por causa tuya y lo seguiremos siendo después. Porque Tú — lo dices de todos los modos — un buen día de marcharás. Nosotros, sin embargo, nos quedamos. Y nos quedaremos destruidos, y nosotros...».

«Tú no serás perseguido cuando Yo ya no esté entre vosotros. Esto te lo digo Yo, que soy la Verdad. Y te digo que he tomado lo que espontánea e insistentemente me habéis dado. Así que no puedes acu-

sarme de haberos arrebatado violentamente ni un solo cabello de los que se os caen cuando os peináis. ¿Por qué me acusas?». Jesús está ya menos severo, muestra ahora una tristeza deseosa de reconducir a la razón con dulzura, y creo que esta misericordia suya, tan plena, tan divina, es freno para los demás, que no la tendrían, no, hacia el culpable.

Judas también siente esto, y, con una de esas bruscas mudanzas de su alma atrapada entre dos fuerzas contrarias, se arroja al suelo y se golpea la cabeza y el pecho y grita: «Porque soy un demonio. Un demonio soy yo. ¡Sálvame, Maestro, como salvas a tantos endemoniados! ¡Sálvame! ¡Sálvame!».

«No esté inerte tu voluntad de ser salvado».

«La hay. Ya lo ves. Quiero ser salvado».

«Por mí. Pretendes que Yo haga todo. Pero Yo soy Dios y respeto tu libre arbitrio. Te daré las fuerzas para llegar a "querer". Pero querer no ser esclavo debe venir de ti».

«¡Lo quiero! ¡Lo quiero! ¡Pero no vayas a Cesarea! ¡No vayas! [6]Es- 422.6
* cúchame a mí como escuchaste a Juan cuando querías ir a Acor. Tenemos todos los mismos derechos. Te servimos todos igualmente. Tienes la obligación de complacernos por lo que hacemos... ¡Trátame como a Juan! ¡Lo quiero! ¿Qué hay de distinto entre yo y él?».

«¡El corazón! Mi hermano no habría hablado jamás como tú hablas. Mi hermano no...».

«Silencio, Santiago. Hablo Yo. Y a todos. Y tú levántate y compórtate como un hombre, como Yo te trato, no como un esclavo lastimero a los pies de su amo. Sé hombre, puesto que tanto te importa ser tratado como Juan, el cual, en verdad, es más que un hombre, porque es casto y está saturado de Caridad. Vamos. Es tarde. Y al alba quiero pasar el río. A esa hora regresan los pescadores que han retirado las nasas y es fácil encontrar un bote para cruzar el río. La Luna en sus últimos días eleva cada vez más su arco fino, así que podemos, con su mayor luz, caminar más de prisa.

[7]Oíd. En verdad os digo que ninguno debe gloriarse de cumplir 422.7
con el propio deber y exigir por ello, que es una obligación, especiales favores.

Judas ha recordado que me habéis dado todo. Y me ha dicho que por ello tengo el deber de complaceros a cambio de lo que hacéis. Pero, considerad esto. Entre vosotros hay pescadores, propietarios de tierras, más de uno que tiene un obrador, y el Zelote que tenía un criado. Ahora bien, cuando los mozos de la barca, o los hombres que

* *como... cuando...*, en 379.2.

como subalternos os ayudaban en el olivar, en la viña o en los campos, o los aprendices del obrador, o simplemente el criado fiel que cuidaba la casa y la mesa, terminaban sus trabajos, ¿acaso os poníais vosotros a servirlos? ¿Y no es así en todas las casas e incumbencias? ¿Qué hombre que tiene un siervo arando o apacentando, o un obrero en el obrador, dice a éste cuando termina el trabajo: "Ve inmediatamente a la mesa"? Ninguno. Más bien, sea que vuelva de los campos, sea que haya dejado las herramientas del trabajo, todo patrón dice: "Hazme de comer, límpiate, y, con túnica limpia y ceñida, sírveme mientras yo como y bebo. Después comerás y beberás tú". Y no se puede decir que ello sea dureza de corazón. Porque el siervo debe servir a su señor, y éste no le queda deudor porque el siervo haya hecho lo que por la mañana el señor había ordenado. Porque, si es verdad que el señor tiene el deber de ser humano con el propio siervo, así el siervo tiene el deber de no ser holgazán y dilapidador, sino de cooperar al bienestar de su señor, que le viste y le da de comer. ¿Soportaríais vosotros que vuestros mozos de barca, los campesinos, los obreros, el criado de casa, os dijeran: "Sírveme porque he trabajado"? No creo.

Así también vosotros, mirando a lo que habéis hecho y hacéis por mí — y, en el futuro, mirando a lo que haréis para continuar mi obra y seguir sirviendo a vuestro Maestro — debéis decir siempre, porque veréis también que habréis hecho siempre mucho menos de cuanto era justo hacer para estar nivelados con la mucha ayuda recibida de Dios: "Somos siervos inútiles, porque no hemos hecho sino nuestro deber". Si razonáis así, veréis como no sentiréis ya más surgir en vosotros ni exigencias ni malos humores, y obraréis con justicia».

Jesús calla. Todos reflexionan.

422.8 [8]Pedro choca a Juan con el codo, que reflexiona teniendo sus ojos zarcos fijos en las aguas, las cuales del color añil pasan a un plata azul por el toque de la Luna, y le dice: «Pregúntale cuándo uno hace más de su deber. Quisiera llegar a hacer más de mi deber, yo...».

«Yo también, Simón. Estaba pensando precisamente en esto» le responde Juan con su hermosa sonrisa en los labios, y pregunta con voz fuerte: «Maestro, dime: ¿el hombre siervo tuyo no podrá nunca hacer más de su deber, para decirte con este "más" que te ama completamente?».

«Niño, Dios te ha dado tanto que, por justicia, todo heroísmo tuyo sería siempre poco. Pero el Señor es tan bueno, que mide lo que le dais no con su medida infinita. Lo mide con la medida limitada de la capacidad humana. Y, cuando ve que habéis dado sin parsimonia, con una medida colmada, rebosante, generosa, entonces dice: "Este

siervo mío me ha dado más de cuanto era su deber. Por eso le daré la sobreabundancia de mis premios"».

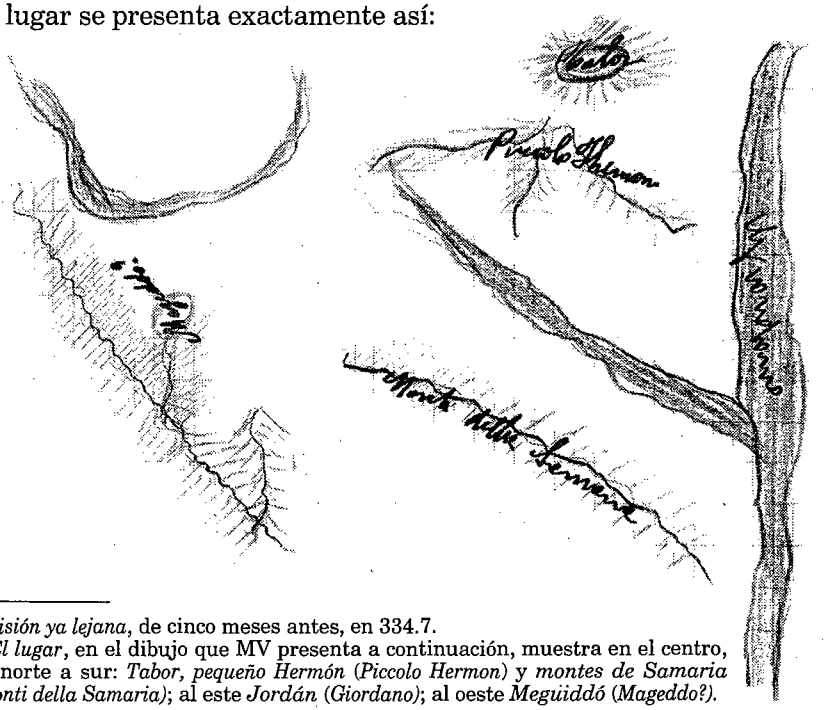
«¡Oh! ¡Qué feliz me siento! Entonces te voy a dar medida rebosante para recibir esta sobreabundancia!» exclama Pedro.

«Sí. Me darás esa medida. Vosotros me la daréis. Todos los que son amantes de la Verdad, de la Luz, me la darán. Y conmigo serán sobrenaturalmente felices».

423. Partida del Iscariote, que ocasiona la lección sobre el amor y el perdón.

25 de abril de 1946.

[1]Ya están en la otra margen. Tienen a la derecha el monte Tabor y el pequeño Hermón; a la izquierda, los montes de Samaria; a sus espaldas, el Jordán; de frente, acabada la llanura en que se hallan, los collados ante los que se encuentra Meguiddó (si recuerdo bien este nombre, oído en una visión ya lejana, la en que Jesús se reúne con Judas de Keriot y Tomás, después de la separación causada por la necesidad de tener oculta la presencia de Síntica y Juan de Endor). El lugar se presenta exactamente así: 423.1



* *visión ya lejana*, de cinco meses antes, en 334.7.

* *El lugar*, en el dibujo que MV presenta a continuación, muestra en el centro, de norte a sur: *Tabor, pequeño Hermón* (*Piccolo Hermon*) y *montes de Samaria* (*Monti della Samaria*); al este *Jordán* (*Giordano*); al oeste *Meguiddó* (*Mageddo?*).

Deben haber descansado todo el día en alguna casa hospitalaria, porque ya cae de nuevo la tarde y es visible que están descansados. Hace todavía calor, pero el relente empieza a bajar y a suavizar el ardor. Y descienden las sombras violáceas del crepúsculo tras los últimos arreboles de un ocaso de fuego.

«Aquí se camina bien» observa, contento, Mateo.

«Sí. Andando tan bien, estaremos antes del galicinio en Meguiddó» le responde el Zelote.

«Y al alba habremos pasado los collados y veremos la llanura de Sarón» termina Juan.

«Y tu mar, ¿eh?» le estimula su hermano.

«Sí. Mi mar...» responde Juan sonriendo.

423.2 [2]«Y te marcharás con el espíritu en una de tus peregrinaciones espirituales» le dice Pedro, agarrándole con fuerza un brazo con afecto rudo y benigno. Y termina: «Enséñame también a mí la manera de extraer, a partir de la visión de las cosas, ciertos pensamientos tan... angélicos. Yo he mirado muchas veces el agua... la he amado... pero... nunca me ha servido para otra cosa sino para navegar y pescar. ¿Qué ves tú en el mar?...».

«Veo agua, Simón. Como tú y como todos. De la misma forma que ahora veo campos y árboles frutales... Pero luego, además de los ojos de la cabeza, tengo como otros ojos aquí dentro y ya no veo la hierba y el agua, sino palabras de sabiduría que salen de esas cosas materiales. No soy yo quien piensa. No sería capaz de ello. Es otro quien piensa en mí».

«¿Eres acaso profeta?» pregunta un poco irónico Judas Iscariote.

«¡Oh, no! No soy profeta...».

«¿Y entonces? ¿Crees que posees a Dios?».

«Menos todavía...».

«Entonces desvarías».

«Pueda ser, porque soy muy pequeño y débil. Pero si es así, es un desvarío bien dulce y me lleva a Dios. Mi enfermedad se transforma entonces en un don, y bendigo por ello al Señor».

«¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!» ríe fragorosa y falsamente Judas.

Jesús, que ha escuchado, dice: «No está enfermo, no es profeta. Pero el alma pura posee la sabiduría, que es la que habla en el corazón del hombre justo».

«Entonces yo no llegaré nunca, porque no he sido siempre bueno...» dice Pedro desconsolado.

«¿Y yo entonces?» le responde Mateo.

«Amigos, pocos, demasiado pocos serían los que podrían poseer la sabiduría por ser puros desde siempre. Pero el arrepentimiento y la

buena voluntad hacen al hombre, antes culpable e imperfecto, justo; entonces la conciencia recobra su virginidad en el lavacro de la humildad, de la contrición y del amor; y, virgen así de nuevo, puede emular a los puros».

«Gracias, Señor» dice Mateo, inclinándose a besar la mano del Maestro.

[3]Un silencio. Luego Judas Iscariote exclama: «¡Estoy cansado! No sé si voy a ser capaz de andar toda la noche». 423.3

«¡Hombre, claro! ¡Hoy has querido estar dando vueltas por ahí como un moscardón mientras nosotros dormíamos!» le responde Santiago de Zebedeo.

«Quería ver si encontraba a algunos discípulos...».

«¿Y qué te apuraba? El Maestro no lo ha dicho, así que...».

«Bien. Y yo lo he hecho. Y, si el Maestro me lo permite, me quedo en Meguiddó. Creo que hay allí un amigo nuestro que baja todos los años por esta época, después de la cosecha de los cereales. Querría hablarle de mi madre y...».

«Haz lo que creas conveniente. Una vez terminada tu ocupación te dirigirás a Nazaret. Allí llegaremos nosotros. Avisarás así a mi Madre y a María de Alfeo de que al cabo de poco estaremos en casa».

«Yo también te digo como Mateo: "Gracias, Señor"».

Jesús no responde nada y acoge el beso en la mano como ha acogido el de Mateo. No es posible ver las expresiones porque es ese momento de la noche en que la luz diurna ha desaparecido ya totalmente y todavía no hay luz estelar. Hay tanta obscuridad, que con dificultad siguen por el camino y, para eliminar todo inconveniente, Pedro y Tomás se deciden a encender unas ramas — que arden crepitando — cogidas de las matas. Pero la luz, primero ausente, ahora móvil y humeante, no permite ver bien las expresiones de los rostros.

Los collados, entretanto, se aproximan. Sus obscuras prominencias se delinean con un negro más negro que el de los campos segados y blancuzcos de rastrojos en medio de la negrura de la noche, y cada vez se delinean más por la cercanía y el claror de las primeras estrellas...

«Yo te dejaría aquí, porque mi amigo está un poco fuera de Meguiddó. Estoy muy cansado...».

«Bien, ve. Que el Señor vele sobre tus pasos».

«Gracias, Maestro. Adiós, amigos».

«Adiós, adiós» dicen los otros sin dar mucha importancia al saludo.

Jesús repite: «Que el Señor vele sobre tus acciones».

Judas se marcha raudo.

423.4 [4]«¡Mmm! Ya no parece tan cansado» observa Pedro.

«Sí. Aquí iba arrastrando las sandalias. Allí corre como una gacela...» dice Natanael.

«Tu saludo ha sido santo, Hermano. Pero, a menos que el Señor le someta con su voluntad, no servirá la asistencia de Dios para hacerle cumplir buenos pasos y acciones justas».

«¡Judas, no porque me seas hermano estás exento de reprensión! Te reprendo, por tanto, tu acritud e intransigencia hacia tu compañero. Él tiene sus culpas. Pero tú también tienes las tuyas. Y la primera es el no saber ayudarme a formar esa alma. Le exasperas con tus palabras. Los corazones no se vencen con la violencia. ¿Crees que tienes derecho a censurar todas sus acciones? ¿Te sientes tan perfecto como para poder hacerlo? Te recuerdo que Yo, tu Maestro, no lo hago, porque amo a esa alma informe. Es la que más piedad me produce de todas... precisamente por ser informe. ¿Crees que goza de su estado? ¿Y cómo vas a poder ser mañana maestro de espíritus, si no te ejercitas con un compañero en usar la infinita caridad que redime a los pecadores?».

Judas de Alfeo agacha la cabeza ya desde las primeras palabras. Pero, al final, hinca en tierra sus rodillas y dice: «Perdóname. Soy un pecador. Y repréndeme cuando esté en culpa, porque la corrección es amor y el único que no comprende la gracia de ser corregido por el sabio es el necio».

«Ya ves que lo hago, por tu bien. Pero con la reprensión va unido el perdón, porque sé comprender la razón de tu rigor y porque la humildad del corregido desarma al que corrige. Levántate, Judas, y no peques más» y le tiene a su lado con Juan.

423.5 [5]Los otros apóstoles hacen comentarios entre sí, primero bisbiseando, luego más alto por el hábito que tienen de hablar en voz alta. Y así oigo que están comparando a los dos Judas.

«¡Si hubiera sido Judas de Keriot el que hubiera oído ese reproche! ¡Habría que haber visto cómo se habría sublevado! Tu hermano es bueno» dice Tomás a Santiago.

«Pero... bueno... no se puede decir que haya hablado mal. Ha dicho una verdad sobre Judas de Keriot. ¿Tú crees eso del amigo que va a Judea? Yo no» dice con franqueza Mateo.

«Serán... cuestiones de viñas como en el mercado de Jericó» dice Pedro recordando la escena que no puede olvidar. Todos ríen.

«Cierto que se necesita el Maestro para compadecerle tanto...» observa Felipe.

«¿Tanto? "Siempre", debes decir» le rebate Santiago de Zebedeo.

«Si fuera yo, yo no sería tan paciente» dice Natanael.

«Tampoco yo. La escena de ayer ha sido verdaderamente desagradable» confirma Mateo.

«Ese hombre no debe estar completamente sano de mente» dice conciliador el Zelote.

«Pero siempre sabe hacer bien sus cosas, demasiado bien incluso. Me apostaría mi barca, mis redes, la casa incluso, con la seguridad de no perder nada, a que está yendo a ver a algún fariseo mendigando protecciones...» dice Pedro.

«¡Es verdad! ¡Ismael! ¡Ismael está en Meguiddó! ¡¿Cómo no lo hemos pensado?! ¡Hay que decírselo al Maestro!» exclama Tomás, dándose un manotazo en la frente.

«Es inútil. El Maestro le seguiría disculpando y a nosotros nos reprendería» dice el Zelote.

«De todas formas... vamos a probar. Ve tú, Santiago. Te ama, eres su pariente...».

«Para Él somos todos iguales. Aquí, en nosotros, no ve parientes o amigos; ve solamente apóstoles, y es imparcial. Pero por complaceros voy» dice Santiago de Alfeo. Y acelera el paso para destacarse de los compañeros y alcanzar a Jesús.

[6]«Pensáis que ha ido a ver a un fariseo. A uno o a otro, poco importa... Pero yo pienso que lo ha hecho por no venir a Cesarea. No va allí de buena gana...» dice Andrés. 423.6

«De un tiempo a esta parte, da la impresión de que siente repulsa por las romanas» nota Tomás.

«Y, a pesar de todo... mientras vosotros ibais a Engadí y yo a casa de Lázaro con él, estuvo todo contento de hablar con Claudia...» observa el Zelote.

«Sí... pero... Creo que precisamente entonces había hecho alguna cosa mal hecha. Y yo creo que Juana lo sabe y que llamó a Jesús por eso y... y... muchas cosas trituro aquí dentro desde que Judas se enfureció así en Betsur...» masculla Pedro.

«¿Dices que...?» pregunta curioso Mateo.

«Pues... No sé... Ideas... Veremos...».

«¡No pensemos mal! El Maestro no quiere. Y no tenemos ninguna prueba de que haya hecho algo malo» dice Andrés con tono de ruego.

«¡No me querrás decir que hace bien causando dolor al Maestro, faltándole al respeto, creando malos humores...!».

«¡Tranquilo, Simón! Te aseguro que está un poco loco...» dice el Zelote.

«Bien. Será así. Pero es uno que peca contra la bondad de nuestro Señor. Yo, aunque me escupiera en la cara, aunque me abofetea-

ra, lo soportaría por ofrecérselo a Dios por su redención. Me he metido en la cabeza hacer todo tipo de sacrificio por esto, y, para dominarme, me muerdo la lengua, me hinco las uñas en las palmas cuando se comporta como un loco. Pero lo que no puedo perdonar es que sea malo con nuestro Maestro. El pecado que comete contra Él es como si me lo hiciera a mí, y no lo perdono. ¡Además... si fuera de vez en cuando! ¡Qué va! ¡Está siempre detrás! ¡No consigo hacer que se me pase la rabia que me hierve dentro por alguna escena suya, y ya arma otra! Una, dos, tres... ¡Hay un límite!». Pedro habla casi gritando, y gesticulando lleno de genio.

423.7 7Jesús, que va unos diez metros por delante, se vuelve —sombra blanca en la noche — y dice:

«No hay límite para el amor y el perdón. No lo hay. Ni en Dios ni en los verdaderos hijos de Dios. Mientras hay vida no hay límite. La única barrera que es obstáculo para que descienda el perdón y el amor es la resistencia impenitente del pecador. Pero, si éste se arrepiente, se le ha de perdonar siempre. Aunque pecase no una, dos, tres veces al día, sino muchas más.

Vosotros también pecáis y queréis perdón de Dios y a Él vais y decís: "¡He pecado! ¡Perdóname!". Y os es dulce el perdón, de la misma forma que a Dios le es dulce perdonar. Y vosotros no sois dioses. Por eso, menos grave es la ofensa que un semejante vuestro os hace, que la que hace a Aquel que no es semejante de ningún otro. ¿No os parece? Y, sin embargo, Dios perdona. Haced también vosotros lo mismo. ¡Estad atentos a vosotros! Estad atentos a que vuestra intransigencia no se transforme en daño, provocando intransigencia de Dios hacia vosotros. Ya lo he dicho, pero lo repito otra vez: Sed misericordiosos para obtener misericordia. Ninguno está tan sin pecado, que pueda ser intransigente con el pecador. Mirad vuestros pesos, antes de los que gravan el corazón ajeno; quitad primero de vuestro espíritu los vuestros, luego ocupaos de los ajenos, para mostrar a los demás no rigor que condena sino amor que enseña y ayuda a ser liberados del mal.

Para poder decir — sin que el pecador te haga callar —, para poder decir: "Has pecado respecto a Dios y respecto al prójimo", es necesario no haber pecado, o, al menos, haber expiado el pecado. Para poder decir a quien se siente abatido por haber pecado: "Ten fe, que Dios perdona a quien se arrepiente", como siervos de este Dios que perdona a quien se arrepiente, debéis perdonar mostrando mucha misericordia. Entonces podréis decir: "¿Ves, pecador arrepentido? Yo perdono tus culpas una y mil veces, porque soy siervo de Aquel que perdona innumerables veces a quien otras tantas veces se arrepiente

de sus pecados. Piensa entonces cómo te perdona el Perfecto, si yo, sólo porque le sirvo, sé perdonar. ¡Ten fe!". Esto debéis poder decir. Y decirlo con la acción, no con las palabras. Decir perdonando.

[8]Por eso, si vuestro hermano peca, reprendedle con amor y, si se 423.8
arrepiente, perdonadle. Y si al cabo del día ha pecado siete veces y siete veces os dice: "Me arrepiento", otras tantas veces perdonadle. ¿Habéis comprendido? ¿Me prometéis que lo haréis? Mientras está lejos, ¿me prometéis que tendréis compasión de él? ¿Me prometéis ayudarme a curarle con vuestro sacrificio de conteneros cuando yerra? ¿No queréis ayudarme a salvarle? Es un hermano vuestro de espíritu, al venir de un único Padre; de raza, al venir de un único pueblo; de misión, al ser apóstol como vosotros. Tres veces debéis amarle pues. Si en vuestra familia tuvierais un hermano que diera dolor a vuestro padre y diera de sí motivo de críticas, ¿no trataríais de corregirle para que vuestro padre no sufriera más y el pueblo no hablase mal de vuestra familia? ¿Y entonces? ¿No es la vuestra una más grande y santa familia cuyo Padre es Dios, cuyo Primogénito soy Yo? ¿Por qué, entonces, no queréis consolarnos al Padre y a mí, y ayudarnos a hacer bueno al pobre hermano que — creedme — no es feliz de ser así?...».

Jesús, angustiadamente, suplica por el apóstol tan lleno de faltas... Y termina: «Yo soy el gran Mendigo. Y os pido el óbolo más preciado: almas os pido. Las voy buscando. Pero vosotros me tenéis que ayudar... Saciad el hambre de mi Corazón, que busca amor y no lo encuentra sino en demasiado pocos. Porque los que no tienden a la perfección, para mí son como panes arrebatados a mi hambre espiritual. Dad almas a vuestro Maestro, afligido de ser aborrecido e incomprendido...».

[9]Los apóstoles están conmovidos... Muchas cosas quisieran decir. 423.9
Y todas las palabras les parecen demasiado mezquinas... Se arriman al Maestro, todos quieren acariciarle para hacerle sentir que le quieren.

En fin, es el manso Andrés el que dice: «Sí, Señor. Con paciencia y silencio y sacrificio, las armas que convierten, te daremos almas. También ésa... si Dios nos ayuda...».

«Sí, Señor. Y Tú ayúdanos con tu oración».

«Sí, amigos. Entretanto, vamos a orar juntos por el compañero que se ha marchado. "Padre nuestro que estás en el Cielo..."».

La voz perfecta de Jesús dice las palabras del *Pater* articulándolas clara y lentamente. Los otros le hacen coro en tono bajo. Y, orando, se alejan en la noche.

424. Pensamientos de gloria y martirio ante la vista de la costa mediterránea.

27 de abril de 1946.

424.1 [1]Desde la sumidad de las últimas elevaciones, que ya no es propio llamar colinas, pues son de una altura muy relativa, aparece un amplio radio de la costa mediterránea, limitado al Norte por la elevación del Carmelo, libre al Sur hasta las extremas lejanías que la vista humana puede alcanzar. Una plácida costa, casi recta, que tiene a sus espaldas una llanura feraz, apenas interrumpida por levísimas ondulaciones. Las ciudades marítimas son visibles con la blancura de sus casas entre el verde del interior y el azul espléndido del mar plácido y sereno que refleja el azul puro del cielo.

Cesarea se halla un poco al norte del lugar en que están los apóstoles con Jesús y algunos discípulos, encontrados quizás en los pueblos que han atravesado al anochecer o al alba. Porque ahora ya está superada el alba, y superada la aurora, a pesar de que todavía el día transcurra sus primeras horas: esas horas tan hermosas de las mañanas estivales en que el cielo, después del rosicler de la aurora, vuelve a ser azul, y fresco el aire nítido, frescos los campos, intacto de velas el mar; horas virginales del día, en que se abren las nuevas flores, y las gotas de rocío, secándose con el primer sol, exhalan consigo los aromas de las hierbas, y confían el frescor y el perfume al respiro leve de la brisa matutina, que apenas si mueve las hojas en sus tallitos y riza apenas la superficie llana del mar.

La ciudad — bonita como todos los lugares en que el refinamiento romano tiene sede — aparece extendida sobre la orilla. Termas y palacios marmóreos albean, como bloques de nieve endurecida, en los barrios más cercanos al mar, custodiados por una torre, también blanca, alta, cuadrada, enclavada junto al puerto. Quizás un castro o un lugar de vigía. Luego las casitas más modestas, periféricas, construidas en estilo hebreo. Y, por todas partes, verdor de pérgolas y jardines elevados (más o menos fastuosos, ubicados en las terrazas que coronan las casas) y descollar de copas de árboles.

Los apóstoles admiran, se detienen a la sombra fresca de un grupo de plátanos puesto casi en la sumidad de la colina.

«¡Se ensancha el respiro viendo esta inmensidad!» exclama Felipe.

«Y a uno le parece ya sentir todo el frescor de aquellas bonitas aguas azules» dice Pedro.

«¡Sí, verdaderamente! ¡Después de tanto polvo, piedras, zarzas... mira que tersura! ¡Qué frescor! ¡Qué paz! El mar da siempre paz...»

comenta Santiago de Alfeo.

«¡Mmm! Menos cuando... te bambolea y te hace dar vueltas a ti y a la barca como a bolos en manos de chavales...» le responde Mateo, que probablemente recuerda su mal de mar.

[2]«Maestro... yo pienso... pienso en todas las palabras de nuestros 424.2
salmistas, en el libro de Job, en las palabras de los libros sapienciales... pienso en los lugares en que se celebra la potencia de Dios. Y, no sé por qué, este pensar, que me viene de lo que veo, me hace brotar el pensamiento de que seremos sublimados hasta una belleza perfecta en una pureza azul y luminosa, si somos justos hasta el final, hasta la gran revista, hasta el momento de tu triunfo eterno, el que Tú nos describes y que significará el final del Mal... Y me parece ver poblada esta inmensidad celeste de luminosos cuerpos resucitados en ti, refulgente más que mil soles, en el centro de los bienaventurados, y ya no habrá dolor ni lágrimas ni insultos ni denigraciones como las de ayer al anochecer... y paz, paz, paz... Pero, ¿cuándo va a terminar de hacer daño el Mal? ¿Va a romper, acaso, las puntas de sus saetas contra tu Sacrificio? ¿Se va a persuadir de estar derrotado?» dice Juan, el cual, si al principio sonreía, ahora está angustiado.

«Jamás. Siempre creerá que es triunfador, a pesar de todos los mentís que le den los santos. Y mi Sacrificio no despuntará sus saetas. Pero llegará la hora, la hora final, en que el Mal será vencido, y en una belleza aún más infinita de la que tu espíritu prevé, los elegidos serán el único Pueblo, eterno, santo, el Pueblo verdadero del Dios verdadero».

«¿Y nosotros estaremos allí todos?» preguntan los apóstoles.

* «Todos».

«¿Y nosotros?» pregunta el grupo, más numeroso, de los discípulos.

«Vosotros también estaréis todos».

«¿Todos los presentes o todos los que somos discípulos? Ya somos muchos, a pesar de los que se han separado».

«Y cada vez seréis más. Aunque no todos seréis fieles hasta el final. Pero muchos estarán conmigo en el Paraíso. Unos recibirán el premio después de una expiación, otros desde el primer momento después de la muerte; pero el premio será tal, que, de la misma forma que olvidaréis la Tierra y sus dolores, olvidaréis también el Purgatorio con sus penitenciales nostalgias de amor».

[3]«Maestro, Tú nos has dicho que sufriremos persecuciones y mar- 424.3

* *Todos.* MV precisa en una copia mecanografiada: *Puede decir "todos" porque Judas Iscariote no está presente, y de los apóstoles sólo el hombre de Keriot se condenó.*

tirios. Entonces, podremos ser apresados y muertos sin tener tiempo de arrepentirnos; o nuestra debilidad nos hará faltar de resignación a la muerte cruenta... ¿Y entonces?» pregunta Nicoláí de Antioquía, que está entre los discípulos.

«No creas eso. Por vuestra debilidad de hombres no podríais, efectivamente, sufrir resignados el martirio. Pero a los grandes espíritus, que deben dar testimonio del Señor, el Señor les infunde una ayuda sobrenatural...».

«¿Cuál? ¿La insensibilidad quizás?».

«No, Nicoláí. El amor perfecto. Llegarán a un amor tan completo, que el suplicio de la tortura, el suplicio de las acusaciones, el suplicio de las separaciones de los parientes o de la vida o de todo, no serán ya una realidad que abate. Antes al contrario, y sobre todo, se transformará en base para elevarse al Cielo, para acoger este Cielo, para verle; por tanto, para tender los brazos y el corazón hacia las torturas y así ir a donde ya estará su corazón: al Cielo».

«Uno que muera así estará muy perdonado entonces» dice un discípulo anciano cuyo nombre desconozco.

«No *mucho*, perdonado del todo, Papías. Porque el amor es absolución y el sacrificio es absolución, y la confesión heroica de la fe es absolución. Así pues, como ves, los mártires recibirán un ternario lavacro».

«¡Oh! Entonces... Yo he pecado mucho, Maestro, y he seguido a éstos para obtener perdón, y ayer me lo has dado y por eso has sido insultado por quien no perdona y es culpable. Yo creo que tu perdón es válido. Pero por mis largos años de culpa dame el martirio absolutorio».

«Mucho pides, hombre».

«No será nunca cuanto debo dar para obtener la bienaventuranza que Juan de Zebedeo ha descrito y Tú has confirmado. Te lo suplico, Señor: haz que muera por ti, por tu doctrina...».

«Mucho pides, hombre. La vida del hombre está en las manos de mi Padre...».

«Pero todas tus oraciones hayan acogida, como hayan acogida todos tus juicios. Pídele al Eterno este perdón para mí...».

El hombre está de rodillas a los pies de Jesús, que le mira a los ojos y dice: «¿Y no te parece martirio vivir cuando el mundo ha perdido todo atractivo y cuando el corazón tiene su anhelo puesto en el Cielo; y vivir para adoctrinar a otros en orden al amor y conocer las desilusiones del Maestro y perseverar sin cansancios para darle almas al Maestro? Haz la voluntad de Dios, siempre, aunque te pare-
424.4 ciera más heroica la tuya, y serás santo... [4]Pero ahí están los compa-

ñeros que vienen con las provisiones. Vamos a ponernos en camino para llegar a la ciudad antes de las horas tórridas».

Y se pone Él el primero en marcha por la suave bajada, que pronto toca la llanura cortada por la cinta blanca de la calzada que conduce a Cesarea Marítima.

425. En Cesarea Marítima. Romanos mundanos y parábola de los hijos con destinos distintos.

30 de abril de 1946.

425.1 [1]Cesarea tiene vastos mercados, a los que afluyen productos alimenticios finos para las refinadas mesas romanas. Cerca de las plazas de los mercados donde, formando una imagen calidoscópica de rostros, colores y géneros, están los alimentos más humildes, se encuentran los almacenes para los alimentos más ricos, importados de todas partes — bien sea de las distintas colonias romanas o de la distante Italia — para hacer menos penosa la ausencia de la lejana Patria. Y los almacenes de los vinos o de las finuras culinarias traídas de otros lugares están bajo profundos pórticos, porque a los romanos no les gusta que el sol los queme, ni que los mojen las lluvias, mientras buscan para sus paladares refinados los alimentos que consumirán en los festines. De acuerdo con ser epicúreos en el gusto del paladar, pero ello no debe faltar al respeto a los otros miembros... así que sombras de pórticos frescos, arcos protectores para las lluvias conducen desde el barrio romano — casi todo él reunido en torno al palacio del Procónsul, apretado entre la vía litoral y la plaza de los edificios militares y telonios — a los almacenes romanos cercanos a los mercados de los judíos.

Hay mucha gente bajo estos pórticos, que, si bien no son bonitos en esta parte extrema suya que desemboca en los mercados, cómodos sí que son. Gente de todos los tipos. Esclavos y libertos, y también algún que otro epicúreo señor circundado de esclavos, que, dejada su litera en la vía, va indolente de una tienda a otra, comprando cosas que los esclavos llevan a casa. Las consabidas ociosas conversaciones, cuando dos señores romanos se encuentran: el tiempo, el aburrimiento de la ciudad, que no ofrece las satisfacciones de la Italia lejana, añoranzas de espectáculos grandiosos, programas de festines y conversaciones licenciosas.

425.2 [2]Un romano, precedido por un grupo de unos diez esclavos cargados de sacos y paquetes, se cruza con otros dos de su clase. Saludos recíprocos: «¡Salve, Enio!».

«¡Salud, Floro Tulio Cornelio! ¡Salud, Marco Heracles Flavio!».

«¿Cuándo has vuelto?».

«Cansado, al alba de anteayer».

«¿Tú cansado? ¿Pero cuándo sudas tú!» dice, burlón, el joven llamado Floro.

«No te burles, Floro Tulio Cornelio. ¡También ahora estoy sudando por los amigos!».

«¿Por los amigos? No te hemos pedido fatigas» objeta el otro, más anciano, llamado Marco Heracles Flavio.

«Pero mi amor piensa en vosotros. ¿Veis, vosotros, crueles que os burláis de mí, esta fila de esclavos cargados de pesos? Otros los han precedido con otros pesos. Y todo para vosotros. Para daros honores».

«¿Éste es entonces tu trabajo? ¿Un banquete?», «¿Y por qué?» gritan rumorosamente los dos amigos.

«¡Chist! ¡Un alboroto como éste entre nobles patricios! Os parecéis a la plebe de esta ciudad donde nos consumimos en...».

«Orgías y ocio. Que no hacemos sino eso. Todavía me pregunto: ¿para qué estamos aquí?, ¿qué misiones tenemos?».

«Morir de aburrimiento es una».

«Enseñar a vivir a estas plañideras quejumbrosas es otra».

«Y... sembrar a Roma en los sagrados bacinetes de las mujeres hebreas es otra más».

«Y otra es gozar, aquí como en otras partes, de nuestra riqueza y poder, al cual todo le está permitido».

Los tres se alternan como por una letania, y ríen.

425.3 [3]Pero el joven Floro se para y se pone serio, y dice: «Pero desde hace ya un tiempo una neblina se abate sobre la alegre corte de Pilato. Las más hermosas damas parecen castas vestales y sus maridos las secundan en el capricho. Ello quita mucho a las habituales fiestas...».

«¡Ya! El capricho por ese tosco Galileo... Pero pasará pronto...».

«Te equivocas, Enio. Sé que también Claudia está conquistada, y por eso una... extraña morigeración de costumbres se ha establecido en su palacio. Parece como si reviviera allí la austera Roma republicana...».

«¡Uf! ¡Qué aburrimiento! ¿Pero desde cuándo?».

«Desde el dulce abril propicio a los amores. Tú no lo sabes... Estabas ausente. Nuestras damas han regresado fúnebres como las lloronas de las urnas cinerarias, y nosotros, pobres hombres, tenemos que buscar en otros lugares muchos solaces, que tampoco se nos conceden en presencia de las púdicas».

«Una razón más para que os socorra. Esta noche gran cena... y además gran orgía, en mi casa. En Cintium, donde he estado, he encontrado delicias que estos inmundos consideran impuras: pavos reales, perdices y zancudas de todas las especies, y crías de jabalíes: la madre matada y ellos cogidos vivos y criados para nuestras cenas. Y vinos... ¡Ah, delicados, preciosos vinos de las colinas romanas, de mis cálidas pendientes de Liternum y de tus soleadas playas en Aciri!... Y aromáticos vinos de Quío y de la isla en que Cintium es la gema. Y embriagadores vinos de Iberia, propicios para encender la sensualidad para el goce final. ¡Oh, tiene que ser una gran fiesta! Para sacudirnos el aburrimiento de este exilio. Para persuadirnos de que somos todavía viriles...».

«¿También mujeres?».

«También... Y más guapas que rosas. De todos los colores y... sabores. Un tesoro me ha costado adquirir todas las mercancías, y entre ellas las hembras... Pero soy generoso para los amigos... Ahora aquí estaba terminando de comprar las últimas cosas: las que en el viaje podían estropearse. ¡Después del banquete... a nosotros el amor!...».

«¿Has tenido buena navegación?».

«Magnífica. Venus marina me ha sido propicia. En fin... le dedico a ella el rito de esta noche...».

Los tres se ríen de forma vulgar, catando ya con anticipación las próximas, indignas delicias...

[4]Pero Floro pregunta: «¿Por qué esta extraordinaria fiesta? ¿Hay un motivo para ella?...». 425.4

«Tres motivos: mi amado nieto se pone en estos días la toga viril. Debo dar solemnidad a este acontecimiento. Una obediencia al presagio que me decía que Cesarea se transformaba en dolorosa morada y había que conjurar el hado con un rito a Venus. El tercero... — bajo, os lo digo bajo — es que estoy de boda...».

«¿Tú! ¡Embustero!».

«Estoy de boda. Es "boda" cada vez que uno saborea el primer trago de una ánfora cerrada. Yo esta noche lo voy a hacer. He pagado por ella veinte mil sextercios o, si lo preferís, doscientos áureos, porque en realidad es lo que he terminado por desembolsar entre intermediarios y... similares. Pero no la habría encontrado más hermosa y pura ni aunque la hubiera dado a luz Venus en una aurora de abril y la hubiera hecho de espumas y rayos de oro. Un capullo, un capullo cerrado... ¡Ah, y yo soy su dueño!».

«¡Profanador!» dice, burlón, Marco Heracles.

«¡No te pongas censor, que eres como yo!... Cuando se marchó Va-

leriano, aquí languidecíamos de aburrimiento. Pero yo tomo su lugar... Los tesoros de los antepasados están para esto. Y no voy a ser como él, tan necio que espere a que la más rubia que la miel, Gala Ciprina — la he llamado así —, sea corrompida por las melancolías y filosofías de los emasculados que no saben gozarse la vida...».

«¡¡¡Sí señor!!! Pero, de todas formas... la esclava de Valeriano era culta y...».

«... y estaba desquiciada con sus lecturas de los filósofos... Alma, segunda vida, virtud... ¡qué va hombre!... vivir es gozar. Y aquí se vive. Ayer he arrojado a las llamas todos los volúmenes funestos, y, so pena de muerte, he mandado a los esclavos que no recuerden miserias de filósofos ni de galileos. Y la muchacha me conocerá sólo a mí...».

«¿Pero dónde la has encontrado?».

«¡Ya ves, hubo quien fue sagaz y adquirió esclavos después de las guerras gálicas y no los usó más que como reproductores, manteniéndolos bien. Sólo debían procrear para dar flores nuevas... Y Gala es una de éstas. Ahora es púber, y el amo la ha vendido... Y yo la he comprado... ¡ja! ¡ja! ¡ja!».

«¡Libidinoso!».

«Si no hubiera sido yo, hubiera sido otro... Por tanto... no debía nacer mujer...».

425.5 «Si te oyera... [5]¡Oh, ahí está!».

«¿Quién?».

«El Nazareno que ha hechizado a nuestras damas. Está detrás de ti...».

Enio se vuelve como si tuviera a sus espaldas un áspid. Mira a Jesús, que avanza lentamente entre la gente que se apiña alrededor de Él, pobre gente común y también esclavos de romanos, y, riendo maliciosamente, dice: «¡¿Ese andrajoso?! Las mujeres son unas depravadas. Pero vamos a largarnos, ¡no vaya a ser que nos hechice también a nosotros! Vosotros» dice por fin a sus pobres esclavos, que han estado todo el tiempo bajo sus cargas, semejantes a cariátides para las cuales no hay piedad, «vosotros, id a casa, y raudos, que habéis perdido tiempo hasta ahora y los preparadores están esperando las especias, los perfumes. ¡Corriendo! Y recordad que os espera el azote, si todo no está preparado para la puesta del Sol».

Los esclavos se marchan corriendo y, más lentamente, los sigue el romano con los dos amigos...

425.6 [6]Jesús avanza. Triste, porque ha oído el final de la conversación de Enio. Y desde lo alto de su estatura mira con infinita compasión a los esclavos que corren bajo sus pesos. Se vuelve en torno a sí, busca

otras caras de esclavos de romanos... Ve algunas, mezcladas entre la turba que le aprieta, temblorosas de miedo (los esclavos tienen miedo a ser sorprendidos por los encargados u obligados por los hebreos a marcharse), y, deteniéndose, dice: «¿No hay entre vosotros alguno de aquella casa?».

«No, Señor. Pero los conocemos» responden los esclavos presentes.

«Mateo, dales abundante limosna. Lo repartirán con sus compañeros, para que sepan que hay quien los quiere. Y vosotros sabed, y decídselo a los otros, que con la vida cesa el dolor sólo para los que fueron buenos y honestos en sus cadenas, y con el dolor cesa la diferencia entre ricos y pobres, esclavos y libres. Después hay un único y justo Dios para todos, el cual, sin tener en cuenta ni riquezas ni cadenas, dará premio a los buenos y castigo a los no buenos. Recordadlo».

«Sí, Señor. Pero nosotros los de las casas de Claudia y Plautina vivimos bastante felices, como también los de Livia y Valeria; y te bendecimos porque has mejorado nuestra condición» dice un anciano, al que todos escuchan como jefe.

«Para mostrarme que me estáis agradecidos, sed cada vez más buenos, y tendréis al verdadero Dios como vuestro eterno Amigo».

Jesús alza la mano como para despedirse y bendecir, y luego se pone junto a una columna y empieza a hablar en medio del atento silencio de la muchedumbre. Y ya no se marchan los esclavos, sino que se quedan a escuchar las palabras que salen de la boca divina.

425.7 [7]«Oíd. Un padre que tenía muchos hijos dio a cada uno de ellos, ya adultos, dos monedas de mucho valor, y les dijo: "No pienso seguir trabajando para cada uno de vosotros. Ya estáis en la edad de ganaros la vida. Por tanto os doy a cada uno una cantidad igual de dinero, para que la empleéis como más os plazca y para vuestro interés. Yo estaré esperando aquí, dispuesto a aconsejaros, dispuesto también a ayudaros, si por una involuntaria calamidad perdierais todo el dinero que ahora os doy o parte de él. Pero recordad bien que seré intransigente con el que lo disipe con malicia voluntaria y con los holgazanes que lo gasten o lo dejen como está, con el ocio o con los vicios. A todos os he mostrado el Bien y el Mal. Así que no podéis decir que vais ignorantes al encuentro de la vida. A todos os he dado ejemplo de laboriosidad sabia y justa y de vida honesta. Por tanto, no podéis decir que os haya pervertido el espíritu con mi mal ejemplo. He cumplido con mi deber. Cumplid vosotros ahora con el vuestro, que ni sois tontos ni estáis sin la necesaria preparación ni sois analfabetos. Idos", y se despidió de ellos y se quedó solo, a la espera, en su casa.

Los hijos se dispersaron por el mundo. Tenían todos las mismas cosas: dos monedas de gran valor, de las que podían libremente disponer, y un tesoro mayor de salud, energía, conocimientos y ejemplos paternos. Por tanto, habrían debido llegar todos de la misma forma a un resultado positivo. Pero ¿qué sucedió? Que entre los hijos hubo quien hizo buen uso de las monedas y consiguió pronto un grande y honesto tesoro con el trabajo asiduo y honesto y una vida morigerada, conformada a las enseñanzas del padre; hubo quien al principio se enriqueció honestamente, pero luego despilfarró la fortuna con el ocio y las orgías; hubo quien hizo dinero con usura y comercio indigno; y hubo quien no hizo nada, porque fue pasivo, perezoso, vacilante, y acabó las monedas de mucho valor sin haber podido encontrar todavía una ocupación cualquiera.

425.8 [8]Después de un tiempo, el padre de familia mandó servidores a todas las partes donde sabía que estaban sus hijos, y dijo a los servidores: "Diréis a mis hijos que se reúnan en mi casa. Quiero que rindan cuentas de lo que han hecho en este tiempo, y hacerme idea directa de sus condiciones". Y los servidores fueron por todos los lugares y encontraron a los hijos de su señor; transmitieron el mensaje y cada uno de ellos regresó con el hijo de su señor encontrado.

El padre de familia los recibió con mucha solemnidad. Como padre, pero también como juez. Y todos los parientes de la familia estaban presentes, y con los parientes los amigos, los conocidos, los criados, los convecinos y los de los lugares limítrofes. Una reunión solemne. El padre estaba en su sitial de cabeza de familia. En torno, en semicírculo, todos los parientes, amigos, conocidos, servidores, convecinos y habitantes de zonas limítrofes. Enfrente, alineados, los hijos.

Incluso sin preguntas, su diverso aspecto daba respuesta acerca de la verdad: los que habían sido laboriosos, honrados, morigerados, y habían construido una santa fortuna, tenían el aspecto lozano, pacífico y holgado propio de quien tiene abundantes medios, buena salud y serenidad de conciencia. Miraban a su padre con una sonrisa buena, agradecida, humilde pero al mismo tiempo triunfadora, esplendorosa por la alegría de haber honrado al padre y a la familia y por haber sido buenos hijos, buenos ciudadanos y buenos fieles. Los que habían derrochado sus haberes en la negligencia o en el vicio estaban apesadumbrados, mustios, deslucidos la cara y el vestido, con las señales de las orgías o del hambre claramente imprimidas en todos ellos. Los que se habían enriquecido con maniobras delictivas tenían la agresividad, la dureza, en su rostro, la mirada cruel y turbada de fieras que temen al domador y se preparan a reaccionar...

El padre empezó el interrogatorio por estos últimos: "¿Cómo es que vosotros, que teníais un aspecto tan sereno cuando os marchasteis, ahora parecéis fieras preparadas a despedazar? ¿De dónde os viene ese aspecto?".

"Nos lo ha dado la vida. Y tu dureza de mandarnos fuera de casa. Tú nos pusiste en contacto con el mundo".

"Bien. ¿Y qué habéis hecho en el mundo?".

"Lo que hemos podido para obedecer a tu orden de ganarnos la vida con la nada que nos diste".

"Bien. Poneos en aquel rincón... Y ahora a vosotros, delgados, enfermos y mal vestidos. ¿Qué habéis hecho para acabar así? Cuando os marchasteis estabais sanos y bien vestidos".

"En diez años la ropa se deteriora..." objetaron los holgazanes.

"¿Es que ya no hay telares en el mundo que hagan telas para los indumentos de los hombres?".

"Sí... Pero se necesita dinero para comprar estas cosas...".

"Lo teníais".

"En diez años... se han requeteterminado. Todo lo que tiene principio tiene fin".

"Sí, si se saca sin meter. Pero, ¿por qué habéis sacado sólo? Si hubierais trabajado, podíais meter y sacar sin que se terminara el dinero; es más, consiguiendo que aumentara. ¿Habéis estado enfermos?".

"No, padre".

"¿Y entonces?".

"Nos sentimos desorientados... sin saber qué hacer, sin saber qué fuera lo bueno... Temíamos actuar mal, y para no actuar mal no hicimos nada".

"¿Y no estaba vuestro padre a quien dirigirse para ser aconsejados? ¿Es que he sido alguna vez un padre intransigente, amedrentador?".

"¡Oh, no! Pero nos avergonzábamos de decirte: 'No somos capaces de tomar iniciativas'. ¡Tú has sido siempre tan activo!... Nos hemos escondido por vergüenza".

"Bien. Id al centro de la estancia. ¡A vosotros! ¿Qué me decís vosotros, vosotros que al aspecto del hambre unís el de la enfermedad? ¿Quizás os ha enfermado el excesivo trabajo? Sed sinceros y no os regañaré".

Algunos de los interpelados se hincaron de rodillas golpeándose el pecho y diciendo: "¡Perdónanos, padre! Ya Dios nos ha castigado y nos lo merecemos. Pero tú, que eres nuestro padre, perdónanos... Habíamos empezado bien, pero no perseveramos. Viéndonos fácilmente ricos, dijimos: 'Pues bien, ahora vamos a gozar un poco, como

nos sugieren los amigos, y luego volveremos al trabajo y reconstruiremos lo perdido'. Y queríamos hacerlo así de verdad. Volver a las dos monedas y luego volver a hacerlas producir, como por juego. Y dos veces — dos dicen dos, uno dice tres — lo conseguimos. Pero luego la suerte nos abandonó... y consumimos todo el dinero".

"Pero ¿por qué no os corregisteis después de la primera vez?".

"Porque el pan condimentado con el vicio corrompe el paladar y ya uno no puede prescindir de él...".

"Estaba vuestro padre...".

"Es verdad. Y te anhelábamos con añoranza y nostalgia. Pero te hemos ofendido... Suplicábamos al Cielo que te inspirara llamarnos para recibir tu reprensión y tu perdón; esto pedíamos y pedimos, más que las riquezas que ya no queremos porque nos han extraviado".

"Bien. Poneos también junto a los de antes, en el centro de la estancia. ¿Y vosotros, enfermos y pobres como éstos, pero que estáis silenciosos y no mostráis dolor, qué decís?".

"Lo que han dicho los primeros. Que te odiamos porque con tu imprudente modo de actuar nos has causado la ruina. Tú, que nos conocías, no debías lanzarnos a las tentaciones. Nos has odiado y te odiamos. Nos has preparado esta trampa para librarte de nosotros. ¡Maldito seas!".

"Bien. Id junto a los primeros a aquel rincón. Y ahora a vosotros, de lozano aspecto, serenos, ricos hijos míos. Decid. ¿Cómo habéis alcanzado esto?".

"Poniendo en práctica tus enseñanzas, ejemplos, consejos, órdenes, todo. Resistiendo a los tentadores por amor a ti, padre bendito que nos has dado la vida y los conocimientos".

"Bien. Venid a mi derecha. Y oíd todos mi juicio y mi defensa. Yo he dado a todos igual en dinero, ejemplo y conocimientos; mis hijos han respondido de formas diferentes. De un padre trabajador, honrado, morigerado, han salido algunos semejantes a él, luego ociosos, luego débiles que con facilidad caen en tentación, y crueles que odian a su padre, a sus hermanos y al prójimo, contra quien — aunque no lo digan, lo sé — han ejercitado usura y han cometido delitos. Y en los débiles y los ociosos están los arrepentidos y los impenitentes. Ahora juzgo. Los perfectos ya están a mi derecha, a mi nivel en la gloria como en las obras; los arrepentidos estarán de nuevo sujetos, como niños que han de instruirse todavía, hasta que alcancen el grado de capacidad que los haga de nuevo adultos; los impenitentes y culpables, que sean arrojados fuera de mis fronteras y perseguidos por la maldición de quien ya no es su padre, porque su odio a mí

anula las relaciones de paternidad y filiación entre nosotros. Y recuerdo a todos que cada uno se ha construido su destino, porque yo he dado a todos las mismas cosas, que, en los que las han recibido, han producido cuatro desenlaces distintos, y no puedo ser acusado de haber querido su mal".

[9]La parábola ha terminado, oh vosotros que habéis escuchado. 425.9
Ahora os doy sus equivalencias.

El Padre de los Cielos está celado en el padre de familia numerosa. Las dos monedas dadas por el padre a todos los hijos antes de mandarlos al mundo son el tiempo y la libre voluntad que Dios da a cada uno de los hombres, para que los use como mejor le parezca, después de haber sido adoctrinado y edificado con la Ley y los ejemplos de los justos. A todos, iguales dones. Pero cada hombre los usa como su voluntad quiere: quién atesora el tiempo, los medios, la educación, la riqueza, todo, en el bien y se mantiene sano y santo, rico con una riqueza multiplicada; quién empieza bien y luego se cansa y disipa los bienes; quién no hace nada pretendiendo que sean los demás los que hagan las cosas; quién acusa al Padre de los propios errores; quién se arrepiente, dispuesto a ofrecer reparación; quién no se arrepiente y acusa y maldice como si su ruina hubiera estado forzada por otros. Y Dios a los justos les da inmediatamente premio; a los arrepentidos, misericordia y tiempo de expiar para alcanzar el premio por su arrepentimiento y expiación; y da maldición y castigo a quien pisotea el amor con la impenitencia después del pecado. A cada uno le da lo suyo.

No malgastéis nunca las dos monedas, el tiempo y el libre arbitrio; antes bien, usad éstos con justicia para estar a la derecha del padre, y, si habéis faltado, arrepentíos y tened fe en el misericordioso Amor. Idos. ¡La paz esté con vosotros!».

Los bendice y los mira mientras se alejan bajo el sol que inunda la plaza y las calles. [10]Pero los esclavos están todavía allí... 425.10

«¿Todavía aquí, pobres amigos? ¿Y no os van a castigar?».

«No, Señor, si decimos que te hemos estado escuchando a ti. Nuestras amas te veneran. ¿A dónde vas ahora, Señor? Desean verte desde hace mucho...».

«A casa del soguero del puerto. Pero me marcho esta noche, y vuestras amas estarán en la fiesta...».

«Lo diremos igualmente. Nos tienen ordenado, desde hace meses y meses, que señalemos todas las veces que pases».

«De acuerdo. Marchaos. Y también vosotros haced buen uso del tiempo y del pensamiento, que es siempre libre aunque el hombre esté encadenado».

Los esclavos se prosternan y se marchan hacia los barrios romanos; Jesús y los suyos, por una callecita modesta, van hacia el puerto.

426. Con las romanas en Cesarea Marítima. Profecía en Virgilio. La joven esclava salvada.

1 de mayo de 1946.

426.1 [1]Jesús es huésped de la humilde familia del soguero. Una casita baja, y salitrosa por la proximidad de las aguas marinas. Detrás de la casa, unos almacenes poco fragantes, donde se descargan las mercancías antes de que los distintos compradores las retiren. Delante, un camino polvoriento, surcado por pesadas ruedas, rumoroso a causa de los descargadores, de los muchachos traviesos, de los carreteros, de los marineros que van y vienen ininterrumpidamente. Al otro lado del camino, una pequeña dársena, de agua oleaginosa por los detritos arrojados en ella y por su inmovilidad. De la dársena sale un pequeño puerto-canal, que desemboca en el verdadero, amplio puerto capaz de recibir naves grandes. Por la parte occidental, una plaza arenosa donde se fabrica la cuerda en medio de un fuerte rechinar de cabrestantes de torsión movidos a mano. En la parte oriental otra plaza, mucho más pequeña y aún más ruidosa y desordenada, donde hombres y mujeres apañan redes y velas. Luego casuchas bajas y salitrosas, llenas de críos semidesnudos.

Ciertamente no se puede decir que Jesús haya elegido un lugar señorial de alojamiento. Moscas, polvo, batahola, olor de agua detenida y cáñamo puesto a remojo antes de ser usado son los soberanos del lugar. Y el Rey de los reyes, echado con sus apóstoles encima de un montón de cáñamo sin elaborar, duerme, cansado, en ese pobre cuarto, medio trastero, medio almacén, que está en la parte de atrás de la casita y a través del cual se entra, por una puerta negra como el alquitrán, a la cocina, también negra, y, por una puerta carcomida y corroída por el polvo y el salitre, que le dan una tonalidad blanco-gris de pómez, se sale a la plaza donde se fabrica la cuerda y de donde llegan hedores de cañamo en maceración.

426.2 [2]El Sol azota la plaza, a pesar de cuatro enormes plátanos, dos a un lado, dos al otro, de la plaza rectangular, bajo los cuales están los cabrestantes para retorcer el cánamo. No sé si digo la palabra correcta para nombrar la máquina que usan. Los hombres, cubiertos con una túnica reducida a lo esencial para tapar lo que la decencia impone, empapados de sudor como si estuvieran debajo de una ducha, dan vueltas y vueltas a su cabrestante, con movimiento continuo como

galeotes condenados... No hablan sino para decir las indispensables palabras inherentes al trabajo. Por tanto, si se quita el chirrío de las ruedas de los cabrestantes y el del cañamo estirado en la torsión, no hay ningún otro ruido en la plaza, extraño contraste con el que hay en los otros lugares de alrededor de la casa del soguero.

Por eso sorprende, como cosa no pensada, la exclamación de uno de los sogueros: «¡¿Mujeres?! ¡¿A estas horas tremendas?! ¡Mirad! Vienen justamente hacia aquí...».

«Tendrán necesidad de cuerdas para atar a sus maridos...» dice bromeando un joven soguero.

«Pueden necesitar también cáñamo para labores».

«¡Mmm! ¿¡El nuestro, tan tosco como es, cuando hay quien le da espadillado?!».

«Cuesta menos el nuestro. ¿Ves? Son pobres...».

«Pero no son hebreas. Fíjate que el manto es distinto...».

«Serán no hebreas. En Cesarea ya hay un poco de todo...».

«Quizás buscan al Rabí. Estarán enfermas... Fíjate cómo están completamente tapadas a pesar de este calor...».

«Con tal de que no sean leprosas... Miseria sí, pero lepra no; no la quiero ni siquiera por resignación a Dios» dice el soguero al que todos obedecen.

«¿Pero oyes lo que dice el Maestro?: "Hay que aceptar todo lo que Dios manda"».

«Pero Dios no manda la lepra. La mandan los pecados, los vicios y los contagios...».

Las mujeres han llegado ya a las espaldas, no de estos que hablan, y que están en el lado opuesto de la plaza, sino de los que están en la parte de la casa — más próximos, por tanto, para llegar a ellos —, y una se inclina a decir algo a uno de los sogueros, el cual se vuelve, asombrado, y se queda donde está como atolondrado.

«Vamos un poco a oír qué dicen... Tan tapadas... ¡Lo único que me faltaría sería lepra en casa, con todos los hijos que tengo!...» dice el soguero patrón, dejando de mover el cabrestante y poniéndose en camino. Sus compañeros le siguen...

«Simón, esta mujer quiero algo, pero habla extranjero. Mira a ver tú, que has navegado» dice el hombre al que se ha dirigido la mujer.

«¿Qué quieres?» pregunta el rudo soguero, tratando de verla a través del lino cendalí teñido de obscuro que cubre su rostro.

Y en un griego purísimo la mujer responde: «El Rey de Israel. El Maestro».

«¡Ah! Comprendo. ¿Pero... sois leprosas?».

«No».

«¿Quién me lo asegura?».

«Él mismo. Pregúntale a Él».

El hombre duda... Luego dice: «Bien. Pondré un acto de fe y Dios me protegerá... Voy a llamarle. Quedaos ahí».

Las mujeres, cuatro, no se mueven: grupo ceniciento y mudo, mirado con estupor y con muy claro temor por parte de los sogueros, que se han agrupado a algunos pasos de distancia.

426.3 [3]El hombre va al almacén y toca a Jesús, que duerme. «Maestro... Sal afuera. Te buscan».

Jesús se despierta y se alza enseguida, preguntando: «¿Quién?».

«¡Mmm!... Mujeres griegas... Tapadas completamente... Dicen que no son leprosas y que Tú me lo puedes asegurar...».

«Voy en seguida» dice Jesús. Se anuda las sandalias que se había quitado, se ata la túnica en la parte del cuello y se ciñe el cinturón (se le había quitado para estar más libre en el sueño). Y sale con el soguero.

Las mujeres hacen ademán de ir hacia Él. «¡Estad ahí, os digo! No quiero que caminéis por donde juegan mis hijos... Primero quiero que Él diga que estáis sanas». Las mujeres se paran.

Jesús se llega a ellas. La más alta, no la que ha hablado antes en griego, dice en voz baja una palabra. Jesús se vuelve al soguero: «Simón, puedes estar tranquilo. Las mujeres están sanas y necesito escucharlas en paz. ¿Puedo entrar en casa?...».

«No. Está la vieja, más charlatana y curiosa que una urraca. Ve allí, al final, debajo del cobertizo de los pilones. Hay también un cuartito. Allí estás solo y en paz».

426.4 [4]«Venid...» dice Jesús a las mujeres. Y va con ellas al final de la plaza, debajo del hediondo cobertizo, dentro del cuartucho — estrecho como una celda — donde hay herramientas rotas, trapajos, sobras de cáñamo, telas de araña gigantescas, y donde el olor de la maceración y del moho raspan la garganta, de lo penetrantes que son. Jesús, que está muy serio y pálido, sonríe levemente y dice: «No es un lugar adecuado para vuestros gustos... Pero no tengo otro...».

«No vemos el lugar, porque vemos a Aquel que está en él en este momento» responde Plautina quitándose el velo y el manto. Y las otras, que son Lidia, Valeria y la liberta Álbula Domitila, hacen lo mismo.

«De ello arguyo que, a pesar de todo, me creéis todavía un justo».

«Más que un justo. Y Claudia nos manda precisamente porque te cree más que un justo y no tiene en cuenta las palabras oídas. Pero quiere tu confirmación al respecto para tributarte doble veneración».

«O suspenderla, si le aparezco como han querido dibujarme. Pe-

ro, tranquilizadla. No tengo miras humanas. Mi ministerio y mi deseo son total y solamente sobrenaturales. Quiero, sí, reunir en un único reino a todos los hombres. ¿Pero qué de los hombres? ¿La carne y la sangre? No. Eso se lo dejo, materia lábil, a las lábiles monarquías, a los imperios inseguros. Quiero reunir bajo mi cetro solamente a los espíritus de los hombres, espíritus inmortales en un reino inmortal. Yo repudio cualquier otra versión de mi voluntad, quienquiera que fuere el que la diese, distinta de ésta. Y os ruego que creáis y que digáis a la que os envía que la Verdad tiene solamente una palabra...».

«Tu apóstol hablaba con tal seguridad...».

«Es un muchacho exaltado, y tal hay que considerarle cuando se le escucha».

«¡Pero te perjudica! Repréndele... Despídele...».

«¿Y mi misericordia entonces dónde estaría? Hace eso por un amor errado. ¿No debo tener compasión, pues? ¿Y qué cambiaría si le despidiera? Se haría doble mal a sí mismo y me haría doble mal a mí».

«¡Entonces para ti es como una bola atada al pie!...».

«Para mí es como un infeliz al que redimir...».

[5]Plautina cae de rodillas extendiendo los brazos y diciendo: «¡Ah, 426.5
Maestro más grande que cualquier otro, qué fácil es creerte santo cuando se siente tu corazón en tus palabras! ¡Qué fácil es amarte y seguirte por esta caridad tuya que es más grande aún que tu inteligencia!».

«No más grande, sino más comprensible para vosotras... que tenéis vuestro intelecto estorbado por demasiados errores y no tenéis la generosidad de despojarle de todo para acoger la Verdad».

«Tienes razón. Eres adivino y sabio».

«La sabiduría, siendo forma de santidad, da siempre luminosidad de juicio, ya sobre hechos pasados o presentes, ya sobre premoniciones de hechos futuros».

«Por eso vuestros profetas...».

«Eran personas santas. Dios por eso se comunicaba a ellos con gran plenitud».

«¿Eran santos porque eran de Israel?».

«Eran santos porque eran de Israel y porque eran justos en sus acciones. Porque no todo Israel es ni ha sido santo, aun siendo Israel. No es la pertenencia casual a un pueblo o a una religión lo que puede hacer a uno santo. Estas dos cosas pueden ayudar grandemente a serlo. Pero no son el factor absoluto de la santidad».

«¿Cuál es, entonces, el factor?».

«La voluntad del hombre. La voluntad que conduce las acciones del hombre: a santidad, si es buena; a iniquidad, si es mala».

«Entonces... no se excluye que haya justos también entre nosotros».

«No se excluye. Es más, ciertamente hay justos entre vuestros antepasados, y ciertamente los habrá entre los que viven. Porque sería demasiado horrendo que todo el mundo pagano fuera de demonios. Los que, de entre vosotros, sienten atracción hacia el Bien, hacia la Verdad, y repugnancia contra el Vicio, y evitan las malas acciones como degradantes del hombre, habéis de creer que están ya en el sendero de la justicia».

«Entonces Claudia...».

«Sí. Y vosotras. Perseverad».

«Pero, ¿en el caso de que muriéramos antes de habernos... convertido a Ti... de qué serviría el haber sido virtuosas?...».

«Dios juzga con justicia. Pero ¿por qué aplazar el venir al Dios verdadero?».

Las tres damas agachan la cabeza... Un silencio... Y luego la gran confesión, que será la que dé explicación de tantas crueldades y resistencias romanas hacia el cristianismo... «Porque nos parecería traicionar a la Patria...».

«Al contrario, serviríais a la Patria haciéndola moral y espiritualmente más grande, porque tendría la fuerza de la posesión y protección de Dios, además de la de su ejército y riquezas. ¡Roma, la Urbe mundial, Urbe de la religión universal!... Fijaos...».

Un silencio...

426.6 [6]Luego Livia, poniéndose roja como la llama, dice: «Maestro, hace tiempo te buscábamos a ti aun en las páginas de nuestro Virgilio. Porque para nosotros tienen más valor las... profecías de los completamente vírgenes respecto a la fe de Israel, que las de vuestros profetas, en los cuales podemos sentir la sugestión de creencias milenarias... Y hemos discutido de ello... Comparando las diversas personas que en todo tiempo, nación y religión, te han presentido. Pero ninguno te sintió con tanta exactitud como nuestro Virgilio... ¡Cuánto hablamos aquel día con Diomedes, el liberto griego, astrólogo, que goza de la estima de Claudia! Él sostenía que esto ha sucedido porque los tiempos estaban más cercanos, y los astros hablaban con sus conjunciones... Y en apoyo de su tesis esgrimía el hecho de los tres Sabios de tres países de Oriente que vinieron a adorarte infante, y provocaron la matanza de que Roma se horrorizó... Pero no nos convenció, porque... en más de cincuenta años ningún otro sabio de todo el mundo ha hablado de ti por noticia de los astros, a pesar de estar

más próximos aún a tu manifestación actual. Claudia exclamó: "¡Se requeriría aquí la presencia del Maestro! Él daría la palabra de la verdad y sabríamos el lugar y el destino inmortal de nuestro máximo poeta". ¿Quisieras decirnos... para Claudia...? Un don para mostrarnos que no le tienes antipatía por su duda acerca de ti...».

«He comprendido su reacción de romana y no le he guardado rencor. Tranquilizadla. Y escuchad. ¿Virgilio no fue grande únicamente como poeta, no es verdad?».

«¡Oh, no! También como hombre. En medio de una sociedad ya corrompida y viciosa, resplandeció de pureza espiritual. Ninguno pudo decir que le hubiera visto lujurioso, amante de orgías y de licencias. Sus escritos son castos, pero más casto tuvo el corazón. Tanto que en los lugares en que más vivió le llamaban "la virgencita": con burla los viciosos, con veneración los buenos».

«Y entonces, ¿en una alma límpida de hombre casto no habrá podido reflejarse Dios, aunque fuera un hombre pagano? ¿La Virtud perfecta no habrá amado al virtuoso? ¿Y si le fueron concedidos el amor y la visión de la Verdad por la belleza pura de su espíritu, ¿no habrá podido tener una chispa de profecía, de una profecía que no es sino verdad que se revela a quien merece conocer la Verdad como premio y estímulo a una virtud cada vez mayor?».

«¿Entonces... te profetizó realmente?».

«Su mente encendida de pureza y genio ascendió para conocer una página referida a mí, y puede ser considerado el poeta pagano y justo, un espíritu profético y precristiano como premio a sus virtudes».

«¡Oh! ¡Nuestro Virgilio! ¿Y recibirá un premio?».

«He dicho: "Dios es justo". Pero vosotras no imitéis al poeta deteniéndoos en su límite. Seguid, porque a vosotras la Verdad no se os ha mostrado por intuición y en parte, sino completa, y os ha hablado».

426.7 [7]Plautina, sin dar respuesta, dice: «Gracias, Maestro... Nos retiramos. Claudia nos ha dicho que te preguntemos si te puede ser útil en cosas morales».

«Y os ha dicho que me lo dijerais si no era un usurpador...».

«¡Oh, Maestro! ¿Cómo lo sabes?».

«Yo soy más que Virgilio y los profetas...».

«¡Es verdad! ¡Todo es verdad! ¿Podemos servirte?...».

«Para mí no tengo necesidad sino de fe y amor. Pero hay una criatura que está en gran peligro y cuya alma será muerta esta noche. Claudia podría salvarla».

«¿Aquí? ¿Quién? ¿Muerta el alma?».

«Un patricio vuestro ofrece una cena y...».

«¡Ah, sí! Enio Casio. También mi marido está invitado...» dice Livia.

«Y también el mío... Y la verdad es que nosotras también. Pero, dado que Claudia se abstiene de ir, también nosotras nos abstendremos. Habíamos decidido retirarnos nada más acabar la cena, en el caso de que hubiéramos ido... Porque... nuestras cenas terminan en orgías... que ya no podemos soportar... Y, con el desdén de la esposa desatendida, dejamos que se queden allí nuestros maridos...» dice, severa, Valeria.

«No con desdén... Con piedad de su miseria moral...» corrige Jesús.

«Es difícil, Maestro... Sabemos lo que sucede allí dentro...».

«Yo también sé muchas cosas que suceden en los corazones... y no obstante perdono...».

«Tú eres santo...».

«Vosotras debéis haceros santas. Por deseo mío y por acicate de vuestra voluntad...».

«¡Maestro!...».

«Sí. ¿Podéis afirmar que sois felices como antes de conocerme, con la pobre felicidad animal, sensual de paganas desconocedoras de que son más que carne, ahora que conocéis un poco de Sabiduría?...».

«No, Maestro. Lo confesamos. Nos sentimos insatisfechas, inquietas, como uno que busca un tesoro y no lo encuentra».

«¡Pues lo tenéis delante! Lo que os pone inquietas es el anhelo de Luz de vuestro espíritu, la impaciencia de vuestro espíritu por vuestra tardanza... en darle lo que os pide...».

426.8 [8]Un momento de silencio... Luego, Plautina otra vez, sin dar respuesta, dice: «¿Y qué podría hacer Claudia?».

«Salvar a esa criatura. Una niña comprada por placer por el romano. Una virgen que mañana ya no lo será».

«Si la ha comprado... le pertenece».

«No es un mueble. Dentro de la materia hay un espíritu...».

«Maestro... nuestras leyes...».

«¡Mujeres: la Ley de Dios!...».

«Claudia no va a la fiesta...».

«No le digo que vaya. Os digo que le digáis: "El Maestro, para tener la certeza de que Claudia no le acusa, le pide ayuda para esta alma niña"...».

«Se lo diremos. Pero no podrá hacer nada... Esclava adquirida... objeto del que se puede disponer...».

«El cristianismo enseñará que el esclavo tiene un alma como la del César, mejor en la mayor parte de los casos, y que el alma pertenece a Dios; y la maldición pesa sobre quien la corrompa». Jesús se muestra majestuoso al decir esto.

Las mujeres sienten su imperiosidad y severidad. Se inclinan sin replicar. Se ponen de nuevo los mantos y los velos y dicen: «Lo transmitiremos. ¡Salve, Maestro!».

«Adiós».

Las mujeres salen a la plaza caliente. Pero Plautina se vuelve y dice: «*Para todos* éramos mujeres griegas. ¿Entiendes?».

«Entiendo. Marchaos tranquilas».

Jesús se queda solo, debajo del bajo cobertizo, y ellas se marchan por el mismo camino recorrido para venir.

Los sogueros vuelven al trabajo...

[9]Jesús vuelve, lentamente, al almacén. Está pensativo. Ya no se 426.9
echa: sentado encima de un montón de cuerdas enrolladas, ora intensamente... Los once siguen durmiendo profundamente...

Pasa un rato así... Una hora más o menos. Luego el soguero introduce la cabeza y hace un gesto a Jesús de que vaya a la puerta. «Hay un esclavo. Pregunta por ti».

El esclavo, un númida, está afuera, en la plaza llena de sol todavía. Se inclina y, sin decir nada, entrega una tablilla encerada.

Jesús lee y dice: «Dirás que esperaré hasta el alba. ¿Has comprendido?».

El hombre asiente con la cabeza y, para que se entienda por qué no habla, abre la boca y enseña la lengua cortada.

«¡Pobrecillo!» dice Jesús acariciándole.

Al esclavo le ruedan dos lágrimas por las negras mejillas. Toma la blanca mano entre las suyas negras — muy semejantes a las de un mono grande — y se la pasa por su cara, la besa, la pone sobre su corazón y luego se arroja al suelo, toma el pie de Jesús y se lo pone encima de la cabeza... Todo un lenguaje de gestos para expresar su gratitud por ese gesto de amor compasivo...

Y Jesús repite: «¡Pobrecillo!», pero no hace el gesto curativo.

El esclavo se pone en pie y pide la tablilla encerada... Claudia no quiere dejar señales de su contacto epistolar... Jesús sonríe y devuelve la tablilla. El númida se marcha y Jesús se acerca al soguero.

«Tengo que quedarme hasta el alba... ¿Lo concedes?...».

«Todo lo que quieras. Siento ser pobre...».

«Y a mí me place el que seas honesto».

«¿Quiénes eran esas mujeres?».

«Extranjeras necesitadas de consejo».

«¿Sanas?».

«Como Yo y como tú».

426.10 «¡Ah! ¡Bien!... [10]Ahí están tus apóstoles...».

Efectivamente, restregándose los ojos, desperezándose, todavía medio adormilados, los once salen del almacen y van hacia el Maestro.

«Maestro... habrá que cenar, si quieres partir al anochecer...» dice Pedro.

«No. Ya no parto hasta el alba».

«¿Por qué?».

«Porque me han rogado que lo haga así».

«¿Pero por qué? ¿Por quién? Era mejor andar de noche. Ya hay Luna nueva...».

«Espero salvar a una criatura... Y ello es más luminoso que la Luna y más aliviador para mí que los frescores de la noche».

Pedro le lleva aparte: «¿Qué ha sucedido? ¿Has visto a las romanas? ¿De qué humor están? ¿Son ellas las que se convierten? Dímelo...».

Jesús sonríe: «Si me dejas responder te lo digo, curiosísimo hombre. He visto a las romanas. Caminan hacia la Verdad, aunque lentamente. Pero no retroceden. Ya es mucho».

«Y... respecto a lo que decía Judas... ¿Qué hay?».

«Que continúan venerándome como a un sabio».

«Pero... ¿por Judas? ¿No está él en medio?...».

«Han venido a buscarme a mí, no a él...».

«Pero entonces, ¿por qué ha tenido miedo de encontrarse con ellas? ¿Por qué no quería que vinieras a Cesarea?».

«Simón, no es la primera vez que Judas tiene extraños caprichos...».

«Eso es verdad. Y... ¿vienen esta noche las romanas?».

«Ya han venido».

«¿Y entonces por qué esperamos al alba?».

«¿Y por qué eres tan curioso?».

«¡Anda, Maestro... dime todo!».

«Bueno. Para quitarte toda sospecha... Tú también has oído la conversación de aquellos tres romanos...».

«Sí. ¡Inmundos! ¡Peste! ¡Demonios! ¿Pero nosotros qué tenemos que ver con ello?... ¡Ah, comprendo! Las romanas van a la cena y luego vienen a pedir perdón de haber estado en la inmundicia... Me maravillo de que des tu conformidad».

«¡Me maravillo de que hagas juicios temerarios!».

«¡Perdóname, Maestro!».

«Sí. Pero debes saber que las romanas no van a esa fiesta y que Yo he pedido a Claudia que intervenga en favor de aquella niña...».

«¡Pero Claudia no puede hacer nada! ¡La muchacha ha sido comprada por el romano y él tiene plenos poderes respecto a ella!».

«Pero Claudia tiene mucho poder sobre el romano. Y Claudia me ha mandado el mensaje de que espere al alba para partir. Nada más. ¿Estás contento?».

«Sí, Maestro. Pero lo que está claro es que de momento no has descansado... Ven ahora... ¡Estás tan cansado...! Vigilaré para que te dejen en paz... Ven, ven...» y, amorosamente tiránico, tira de Él, le empuja, le obliga a echarse de nuevo...

[11]Pasan las horas. Desciende el crepúsculo, cesa el trabajo, más 426.11
fuerte chillan los niños por las calles y placitas, y las golondrinas en el cielo. Y luego descienden las primeras sombras. Las golondrinas van al nido y los niños a la cama. Uno a uno los ruidos cesan, hasta que queda solamente el leve chapoteo del agua en el canal y el ruido más fuerte de las olas en la playa. Las casas se cierran. Estas casas de trabajadores cansados. Se apagan en ellas las luces. El descanso desciende a hacer a todos ciegos y mudos... a alejar a todos... Se levanta la Luna y ennoblece con su plata también la balsa sucia de la pequeña dársena, que ahora parece una lámina de plata...

Los apóstoles duermen de nuevo encima del cáñamo... Jesús, sentado en uno de los cabrestantes parados, apoyadas las manos en su regazo, ora, piensa, espera... No aparta los ojos del camino que viene de la ciudad.

La Luna se alza, se alza. Está perpendicular sobre la cabeza. El mar tiene ahora voz más fuerte y el agua del canal más fuerte olor, y el cono de la Luna que hunde sus rayos en el mar se hace más amplio, abraza toda la balsa de agua que está frente a Jesús, y se pierde cada vez más lejano: senda de luz que desde los confines del mundo parece venir hacia Jesús, remontando el canal, terminando en la balsa de la dársena. Y por esta senda viene una barca, pequeña, blanca. Avanza, avanza, sin dejar huellas de su paso en el camino de agua que se reconstruye después de su paso... Remonta el canal... Ya está en la dársena silenciosa. Aborda. Se para. Y tres sombras bajan. Un hombre musculoso, una mujer y una grácil figurita entre los dos. Se dirigen hacia la casa del soguero.

[12]Jesús se pone en pie y va hacia ellos. «La paz a vosotros. ¿A 426.12
quién buscáis?».

«A ti, Maestro» dice Lidia mientras se descubre y se aproxima sola. Y continúa: «Claudia te ha servido. Porque era una cosa justa y completamente moral. Ésa es la muchacha. Valeria, dentro de un po-

co, la tomará como niñera de la pequeña Fausta. Pero, entretanto, te ruega que la tengas Tú; es más, que se la confíes a tu Madre o a la madre de tus parientes. Es completamente pagana. Bueno, más que pagana. El amo con quien ha crecido ha metido en ella la *absoluta nada*. No sabe ni de Olimpo ni de ninguna otra cosa. Lo único que tiene es un terror loco de los hombres, porque la vida se le ha descubierto totalmente y en toda su brutalidad desde hace algunas horas...».

«¡Oh, triste palabra! ¿Demasiado tarde?».

«No materialmente... Pero él ya la preparaba para su... digamos sacrilegio. Y la criatura está aterrorizada... Claudia ha tenido que dejarla durante toda la cena junto a ese sátiro, reservándose para entrar en acción cuando el vino le hubiera hecho menos capaz de reflexionar. No es necesario que yo te recuerde que, si el hombre es siempre lúbrico en sus amores sensuales, lo es en modo sumo cuando está ebrio... Pero sólo entonces es un juguete que puede ser instado por una fuerza y privado de su tesoro. Y Claudia se ha aprovechado de esto. Enio desea el regreso a Italia, de la que ha sido alejado por desaire... Claudia ha prometido el regreso a cambio de la muchacha. Enio se ha tragado el anzuelo... Pero mañana, pasada la embriaguez, se rebelará, la buscará, montará un jaleo. Verdad es que mañana Claudia tendrá la manera de hacerle callar».

«¿Violencia? ¡No!...».

«¡La violencia usada con buen fin es útil! Pero no será usada. Lo único es que Pilatos, todavía un poco atontado por el mucho vino bebido esta noche, firmará la orden para Enio de ir a informar a Roma... ¡Ja! ¡Ja!... Y con la primera nave militar partirá. Pero entretanto... conviene que la muchacha esté en otro lugar, por temor a que Pilatos se arrepienta y revoque la orden... ¡Es tan variable! Y conviene que la muchacha olvide, si puede, las porquerías humanas.

426.13 [13]Maestro... Hemos ido a la cena por esto... Pero, ¿cómo hemos podido ir a esas orgías hasta hace pocos meses sin sentir náusea? Hemos huido de allí en cuanto hemos obtenido lo que queríamos... Allí nuestros maridos emulan todavía a los animales... ¡Qué náusea, Maestro!... Y tenemos que recibirlos después de que... después de que...».

«Sed austeras y pacientes. Con el ejemplo mejoraréis a vuestros consortes».

«¡Oh, no es posible!... No sabes...». La mujer llora más de indignación que de dolor. Jesús suspira.

Lidia continúa: «Claudia te dice que ha hecho esto para mostrarte que te venera como al *único Hombre* que merece veneración. Y

quiere que te diga que te agradece el que le hayas enseñado el valor de un alma y de la pureza. Lo recordará. ¿Quieres ver a la muchacha?».

«Sí. ¿Y el hombre quién es?».

«El númida mudo de quien se sirve Claudia en las cosas más secretas. No hay peligro de delación... No tiene lengua...».

Jesús repite, como por la tarde: «¡Pobrecillo!». Pero tampoco ahora hace el milagro.

[14]Lidia va por la muchacha. La toma de la mano y casi la lleva a rastras frente a Jesús. Explica: «Sabe pocas palabras latinas y menos aún judías... Un animalito salvaje... Únicamente objeto de placer». Y a la muchacha: «No tengas miedo. Dile "gracias". Es el que te ha salvado... Arrodíllate. Bésale los pies. ¡Ánimo! ¡No tiembles!... ¡Perdona, Maestro! Está aterrorizada por las últimas caricias de Enio ya borracho...». 426.14

«¡Pobre criatura!» dice Jesús poniendo la mano en la cabeza cubierta de la muchacha. «¡No temas! Te llevaré donde mi Madre durante un tiempo. Con una Mamá, ¿comprendes? Y tendrás a tu alrededor a muchos buenos hermanos... ¡No temas, hija mía!».

¿Qué hay en la voz de Jesús y en la mirada? Todo: paz, seguridad, pureza, amor santo. La muchacha lo siente, echa hacia atrás el manto y la capucha para mirarle mejor, y la figurita grácil, de joven que apenas si está en los umbrales de la pubertad, casi todavía niña, de gracias inmaduras e inocente aspecto, aparece envuelta en una túnica demasiado ancha para ella...

«Estaba semidesnuda... Le he puesto y le he metido en el fardel los primeros vestidos que he encontrado...» explica Lidia.

«¡Una niña!» dice con piedad Jesús, y tendiéndole la mano pregunta: «¿Quieres venir conmigo, sin miedo?».

«Sí, amo».

«No. No amo. Dime: Maestro».

«Sí, Maestro» dice más segura la muchacha, y una tímida sonrisa substituye a la expresión de miedo que había antes en el rostro blanquísimo.

«¿Eres capaz de andar mucho camino?».

«Sí, Maestro».

«Luego descansarás donde mi Madre, en mi casa, en espera de Fausta... una niñita a la que querrás mucho... ¿Te gusta?».

«¡Oh, sí!...», y la muchacha levanta segura los claros ojos de un gris azul bellísimo, entre pestañas de oro, y osa preguntar: «¿Ya nunca más aquel amo?», y un destello de terror todavía le turba la mirada.

«Jamás» vuelve a prometer Jesús, poniendo de nuevo la mano en los tupidos cabellos de color blondo miel de la muchacha.

«Adiós, Maestro. Dentro de pocos días estaremos en el lago también nosotras. Quizás nos veremos todavía. Ruega por las pobres romanas».

«Adiós, Livia. Dile a Claudia que éstas son las conquistas que Yo pretendo, y no otras. Ven, niña. Partiremos inmediatamente...». Y, llevándola de la mano, se asoma a la puerta del almacén llamando a los apóstoles.

Mientras la barca, sin dejar huella de su venida, regresa al mar abierto, Jesús y los apóstoles, con la niña en medio del grupo cubierta con un manto, van, por las callejuelas periféricas y desérticas, hacia los campos...

427. Bartolomé instruye a Áurea Gala.

2 de mayo de 1946.

427.1 [1]Son tan precoces las albas estivas, que breve es el tiempo que media entre el ocaso de la Luna y la aparición del primer albor. De manera que, a pesar de que hayan andado ligeros, la fase más obscura de la noche los sorprende todavía en las cercanías de Cesarea; y tampoco da suficiente luz una rama encendida de un arbusto espinoso. Es necesario hacer un alto, incluso porque la jovencita, menos acostumbrada que ellos a andar de noche, tropieza a menudo en las piedras medio sepultadas en la arena.

«Es mejor pararse un poco. La niña no ve y está cansada» dice Jesús.

«No, no, puedo... Vamos lejos, lejos... Podría venir. Por aquí hemos pasado para ir a aquella casa» dice, entrechocando los dientes, la jovencita, mezclando hebreo y latín en un nuevo idioma, para que la entiendan.

«Iremos detrás de aquellos árboles y no nos verá nadie. No temas» le responde Jesús.

«Sí, no temas. Ese... romano a esta hora está debajo de la mesa como una cuba...» dice Bartolomé para tranquilizarla.

«Y además estás con nosotros. ¡Nosotros te queremos! No dejamos que te hagan daño. ¡Oye, que somos doce hombres fornidos!...» dice Pedro, poco más alto que ella, pero tan corpulento cuanto grácil es ella, tan quemado por el sol cuanto nívea es ella, pobre flor crecida a la sombra para que fuera más estimulante y valiosa.

«Eres una hermanita. Y los hermanos defienden a las herma-

nas...» dice Juan.

La jovencita, a la luz última de la improvisada antorcha, alza hacia sus consoladores los claros iris gris hierro apenas teñido de azul, dos limpios iris aún brillantes por el llanto vertido con el terror de poco antes... Es recelosa, pero, no obstante, de ellos se fía. Y cruza con los otros el reguero seco que está pasado el camino, para entrar en una propiedad que termina allí en un tupido huerto.

427.2 [2]Se sientan. Es noche obscura. Esperan. Los hombres quizás dormirían. Pero cualquier ruido hace dar un gemido a la muchacha, y el galope de un caballo le hace agarrarse convulsa al cuello de Bartolomé, que, quizás, por ser muy anciano, atrae su confianza y confidencia. Por tanto es imposible dormir.

«¡Pero no tengas miedo! Cuando se está con Jesús ya no pasa nada malo» dice Bartolomé.

«¿Por qué?» pregunta la muchacha, temblorosa y enroscada todavía al cuello del apóstol.

«Porque Jesús es Dios en la Tierra, y Dios es más fuerte que los hombres».

«¿Dios? ¿Qué es Dios?».

«¡Pobre criatura! ¿Pero cómo te han criado! ¿No te han enseñado nada?».

«A tener blanca la piel, brillante el pelo, a obedecer a los amos... a decir siempre que sí... Pero yo no podía decir que sí al romano... era feo y me producía miedo... Todo el día miedo... Siempre allí... cuando el baño, cuando una se viste... y unos ojos... y las manos... ¡oh!... Y a quien no dice "sí" le dan de palos...».

«No recibirás palos. Ya no está el romano, ni sus manos... Lo que hay es la paz...» le responde Jesús.

Y los otros comentan: «¡Pero qué horror! ¡Como a animales de valor, no más que como a animales! Y peor todavía... Porque un animal sabe al menos que le enseñan a arar o a llevar la montura y el bocado porque ésa es su función. ¡Pero esta criatura ha sido arrojada allí sin saber!...».

«Yo, si hubiera sabido, me habría echado al mar. Había dicho: "Te haré feliz"...».

«Efectivamente te ha hecho feliz. De una manera que no imaginaba. Feliz para la Tierra y para el Cielo. Porque conocer a Jesús es felicidad» le dice el Zelote.

427.3 [3]Un silencio, en que cada uno medita en los horrores del mundo. Luego, en voz baja, la niña pregunta a Bartolomé: «¿Me dices lo que es Dios? ¿Y por qué Él es Dios? ¿Por qué es guapo y bueno?».

«Dios... ¿Cómo arreglárselas para enseñarte tanto a ti que estás

vacía de toda idea religiosa?».

«Religiosa? ¿Qué es?».

«¡Altísima Sabiduría! ¡Me siento como uno que se está ahogando en un gran mar! ¿Cómo me las arreglo ante esta sima?».

«Es muy sencillo, Bartolomé, lo que difícil te parece. Es una sima, sí, pero vacía. Y puedes colmarla de Verdad. Peor es cuando las simas están colmas de fango, venenos, serpientes... Habla con la sencillez con que hablarías a un niño pequeño. Te comprenderá de forma que mejor que ella no te comprendería un adulto».

«¡Maestro! ¿Pero no podrías hacerlo Tú?».

«Podría. Pero la muchacha aceptará las palabras de un semejante suyo más fácilmente que las mías de Dios. Y además es que... en el futuro os encontraréis ante estas simas, para llenarlas de mí, y debéis aprender a hacerlo».

«Es verdad. Voy a intentarlo. Escúchame, niña... ¿Te acuerdas de tu mamá?».

«Sí, Señor. Hace siete años que las flores florecen sin ella. Pero antes estaba con ella».

«De acuerdo. ¿Y te acuerdas de ella? ¿La quieres?».

«¡Oh!» un acceso de llanto unido a la exclamación dice todo.

«Pobre criatura, no llores... Escucha... El amor que sientes por tu mamá...».

«...y mi padre... y mis hermanitos...» dice entre sollozos la niña.

«Sí... por tu familia, el amor por tu familia, el pensamiento que tienes de tu familia, el deseo de volver a ella...».

«¡¡Ya nunca!!...».

«Bueno pues... todo esto es una cosa que se puede llamar la religión de la familia. Las religiones, las ideas religiosas, por tanto, son el amor, el pensamiento y el deseo de ir a donde está Aquel o aquellos en quienes creemos, a quienes amamos y anhelamos».

«¡Ah! Y si yo creo en ese Dios, tendré una religión... ¡Es fácil!».

«Bien. ¿Fácil qué? ¿Tener una religión o creer en ese Dios?».

«Una cosa y la otra. Porque se cree fácilmente en un Dios bueno como ése. El romano nombraba muchos dioses y juraba... decía: "¡Por la diosa Venus!", "¡por el dios Cupido!". Pero debían ser dioses no buenos, porque él hacía cosas no buenas cuando los nombraba».

«No es estúpida la niña» comenta Pedro en voz baja.

427.4 [4]«Pero todavía no sé qué es Dios. Yo le veo hombre como tú... Es un hombre Dios entonces. ¿Y entonces cómo podemos comprenderle? ¿En qué es más fuerte que todos? No tiene ni espadas ni siervos...».

«Maestro, ayúdame...».

«¡No, hombre, Natanael, que enseñas muy bien!...».

«Lo dices por bondad... De todas formas vamos a intentar seguir adelante. Escucha, niña... Dios no es hombre. Él es como una luz, una mirada, un sonido, tan grandes, que llenan el cielo y la tierra e iluminan todo, y todo lo ve, instruye todo y a todo da órdenes...».

«¿También al romano? Entonces no es un Dios bueno. ¡Tengo miedo!».

«Dios es bueno y da órdenes buenas, y a los hombres les había dado órdenes de no hacer guerras, de no hacer esclavos, de dejar a las niñas con sus madres y no aterrorizar a las muchachas. Pero los hombres no escuchan siempre las órdenes de Dios».

«Pero tú sí...».

«Yo sí».

«Pero, si es más fuerte que nadie, ¿por qué no se hace obedecer? ¿Y cómo habla, si no es hombre?».

«Dios... ¡oh, Maestro!...».

«Sigue, Bartolmái. ¿Siendo un maestro tan sabio y sabiendo decir con tanta sencillez los más altos pensamientos, tienes miedo? ¿No sabes que el Espíritu Santo está en los labios de los que enseñan la Justicia?».

«¡Parece tan fácil cuándo uno te escucha!... Y todas tus palabras están aquí dentro... ¡Pero para sacarlas afuera cuando se debe hacer lo que Tú haces!... ¡Ay, míseros de nosotros, pobres hombres! ¡Qué maestros de tres al cuarto!».

«Reconocer vuestra nada predispone al espíritu a la enseñanza del Espíritu Paráclito...».

«De acuerdo. Escucha, niña. Dios es fuerte, fortísimo, más que César, más que todos los hombres puestos juntos con sus ejércitos y máquinas de guerra. Pero no es un amo despiadado que haga decir siempre que sí, so pena del azote para quien no lo dice. Dios es un padre. ¿Tu padre te quería?».

«¡Mucho! Me puso por nombre Áurea Gala, porque el oro es precioso y Galia es la patria, y decía que me quería más que al oro que un tiempo tuvo y más que a la patria...».

«¿Tu padre te apaleaba?».

«No. Nunca. Aunque fuese mala me decía: "¡Pobre hija mía!" y lloraba...».

«¡Eso! Así hace Dios. Es padre, nos ama y llora si somos malos, pero no nos fuerza a obedecerle. Pero el que es malo será un día castigado con suplicios horrendos...».

«¡Oh, qué bien! ¡En los suplicios el amo que me arrebató de mi madre y me llevó a la isla y el romano! ¿Y lo voy a ver yo?».

«Tú verás a Dios de cerca, si crees en Él y eres buena. Pero para

ser buena no debes odiar ni siquiera al romano».

«¿No? ¡¿Y cómo lo hago?!».

«Orando por él o...».

«¿Qué es orar?».

«Hablarle a Dios diciéndole lo que queremos...».

«¡Pero yo quiero la mala muerte para los amos!» dice con salvaje vehemencia la muchacha.

«No, no debes hacerlo. Jesús no te quiere si hablas así...».

«¿Por qué?».

«Porque no se debe odiar a quien nos haya hecho el mal».

«Pero no puedo quererlos...».

«Por ahora olvídalos... Trata de olvidarlos... Luego, cuando estés
427.5 más... instruida en Dios, orarás por ellos... [5]Bueno, estábamos diciendo que Dios es poderoso, pero deja libres a sus hijos».

«¿Yo hija de Dios? ¿Tengo dos padres? ¿Cuántos hijos tiene?».

«Todos los hombres son hijos de Dios, porque han sido hechos por Él. ¿Ves las estrellas allá arriba? Las ha hecho Él. ¿Y estos árboles? Los ha hecho Él. Y la tierra donde estamos sentados, y aquel pájaro que canta, y el mar con su grandeza, todo, y a todos los hombres. Y los hombres son más hijos que todo, porque son hijos por una cosa que se llama alma y que es luz, sonido, mirada, no grandes como su luz, su sonido, su mirada, que llenan el Cielo y la Tierra, pero bonitos de todas formas, y que no mueren nunca, como tampoco muere Él».

«¿Dónde está el alma? ¿Yo la tengo?».

«Sí. En tu corazón, y es la que te ha hecho comprender que el romano era malo, y ciertamente no te hará desear ser como él. ¿No es verdad?».

«Sí...». La jovencita reflexiona después del titubeante sí... Luego dice con seguridad: «¡Sí! Era como una voz de dentro y una necesidad de que alguien me auxiliara... y con otra voz aquí dentro — pero esta era mía — llamaba a mi mamá... porque no sabía que existía Dios, que existía Jesús... Si lo hubiera sabido, le habría llamado a Él con aquella voz que tenía aquí dentro...».

«Has comprendido bien, niña, y crecerás en la Luz. Yo te lo digo. Cree en el Dios verdadero, escucha la voz de tu alma virgen respecto a la sabiduría adquirida, pero virgen también respecto a la mala voluntad, y tendrás en Dios a un Padre, y en la muerte, que es paso de la Tierra al Cielo para los que creen en el Dios verdadero y son buenos, tendrás un puesto en el Cielo, cerca de tu Señor» dice Jesús, poniendo la mano en la cabeza de la jovencita, la cual cambia de postura, se arrodilla y dice:

«De ti. Es bonito estar contigo. No te separes de mí, Jesús. Ahora sé quién eres y me postro. En Cesarea tenía miedo de hacerlo... Pero me parecías un hombre. Ahora sé que eres un Dios escondido en un hombre y para mí eres Padre y Protector».

«Y Salvador. Áurea Gala».

«Y Salvador. Me has salvado».

«Y te salvaré más. Tendrás un nombre nuevo...».

«¿Me quitas el nombre que me dio mi padre? El amo en la isla me llamaba Áurea Quintilia, porque nos dividían por color y por número y yo era la quinta rubia así... Pero ¿por qué no me dejas el nombre que me dio mi padre?».

«No te lo quito. Llevarás, añadido a tu antiguo nombre, el nombre nuevo, eterno».

«¿Cuál?».

«Cristiana. Porque Cristo te ha salvado. [6]Pero ya clarea. Vamos... 427.6
¿Ves, Natanael, como es fácil hablar de Dios a las simas vacías?... Has hablado muy bien. La niña se formará rápidamente en la Verdad... Ve adelante con mis hermanos, Áurea...».

La niña obedece, pero con temor. Preferiría permanecer junto a Bartolomé, el cual comprende y promete: «Voy inmediatamente yo también. Ve, obedece...». Y ya sólo con Jesús, Pedro, Simón y Mateo, observa: «Es una pena que la tenga Valeria. Al fin y al cabo es una pagana...».

«No puedo imponérsela a Lázaro...».

«Está también Nique, Maestro» sugiere Mateo.

«Y Elisa...» dice Pedro.

«Y Juana... Es amiga de Valeria, y Valeria se la cede sin duda de buena gana. Estaría en una casa buena» dice el Zelote.

Jesús piensa y guarda silencio...

«Bueno, Tú verás... Yo voy donde la muchacha, que se vuelve continuamente. Se fía de mí porque soy viejo... La tomaría conmigo... una hija más... Pero no es de Israel...» y se marcha el bueno de Natanael, bueno aunque demasiado israelita.

Jesús le mira mientras camina y menea la cabeza.

«¿Por qué ese gesto, Maestro?» pregunta el Zelote.

«Porque... me da pena ver que los sabios también son esclavos de los prejuicios...».

«Pero... así, entre nosotros... Bartolmái tiene razón... y, es más, deberías tomar medidas... Acuérdate de Síntica y Juan... No vaya a suceder una cosa igual... Mándasela a Síntica...» dice Pedro, que tiene miedo de complicaciones por la presencia de la paganita entre ellos.

«Pronto morirá Juan... Síntica no está todavía suficientemente formada como para ser maestra de una niña como ésta... No es ambiente adecuado...».

«De todas formas, no debes tenerla. Piensa que Judas pronto estará con nosotros. Y Judas, Maestro, déjame que lo diga, es un lujurioso y un... uno que suelta la lengua con facilidad con tal de obtener ganancias... y tiene demasiados amigos entre los fariseos...» insiste el Zelote.

«¡Sí, Simón tiene razón! ¡Es exactamente lo que pensaba yo!» exclama Pedro. «¡Hazle caso, Maestro!...».

Jesús piensa y calla... Luego dice: «Vamos a orar y el Padre nos ayudará...» y, al final del grupo, oran fervorosamente...

427.7 [7]El alba se transforma en aurora... Pasan un pueblecillo, vuelven al camino que va entre los campos... El sol se hace cada vez más fuerte. Se paran a comer a la sombra de un gigantesco nogal.

«¿Estás cansada?» pregunta Jesús a la niña, que come sin apetito. «Dilo y nos paramos».

«No, no. Vamos...».

«Se lo hemos preguntado varias veces. Pero contesta siempre que no...» dice Santiago de Alfeo.

«¡Puedo, puedo! Vamos lejos...».

Reanudan la marcha. Pero Áurea se acuerda: «Tengo una bolsa. Me han dicho las damas: "La darás cuando empiecen los montes". Los montes están aquí. Y la doy». Y hurga en la talega donde Livia le ha metido algún indumento... Saca la bolsa y se la da a Jesús.

«La dádiva... No han querido que les diéramos las gracias. Son mejores que muchos de nosotros... Toma, Mateo. Y conserva estas monedas. Servirán para limosnas secretas».

«¿No debo decírselo a Judas de Keriot?».

«No».

«Pero verá a la niña...».

Jesús no responde... Reanudan la marcha fatigosamente, por el gran calor, el polvo y la luz cegadora. Luego empieza la subida a las primeras estribaciones del Carmelo, creo. Pero, a pesar de que aquí haya más sombra y más frescor, Áurea va lentamente, tropezando a menudo.

Bartolomé vuelve hacia atrás, a donde el Maestro. «Maestro, la niña está febricitante y exhausta. ¿Qué hacemos?».

Se consultan. ¿Pararse? ¿Cargar con ella y seguir? Sí. No. Al final deciden que es necesario, al menos, llegar hasta el camino que va a Sicaminón, para pedir ayuda a algún viandante que tenga cabalgadura o carro. Ellos quisieran tomar en brazos a la niña, pero ella, he-

roica en su voluntad de alejarse, repite su: «¡Puedo! ¡Puedo!», y quiere caminar por sí sola. Está roja, tiene ojos febriles, está realmente exhausta. Pero no cede... Va lentamente, aceptando ser sujetada por Bartolomé y Felipe... Pero anda... Están todos cansados verdaderamente. Pero comprenden que es necesario andar, y andan...

Ya han superado la colina. Ya tienen enfrente la ladera opuesta... el llano de Esdrelón allá abajo, y más allá... las colinas donde se halla Nazaret...

«Si no encontramos, nos detendremos donde los campesinos...» dice Jesús...

427.8 [8]Caminan, caminan... Ya casi en el llano, ven a un grupo de discípulos. Están Isaac y Juan de Éfeso con su madre, y Abel de Belén con la suya, y otros que no conozco de nombre. Y para las mujeres llevan un rústico carro tirado por un fuerte mulito. Están también los pastores Daniel y Benjamín, y el barquero José y otros.

«¡Es la Providencia, que nos socorre!» exclama Jesús, y ordena que se detengan mientras Él va a hablar con los discípulos y especialmente con las dos discípulas.

Las toma aparte, junto con Isaac, y cuenta en parte el caso de Áurea: «Se la hemos arrebatado a un inmundo amo... Quisiera llevarla a Nazaret para atenderla, porque está enferma de miedo y de fatiga. Pero no tengo vehículo. ¿Vosotros a dónde ibais?».

«A Belén de Galilea, a casa de Mirta. Es imposible resistir los calores del llano» responde Isaac.

«Id a Nazaret primero, os lo pido por caridad. Llevadle la niña a mi Madre y decidle que Yo, dentro de dos o tres días, llegaré. La niña está febril. Por tanto no hagáis caso de sus delirios. Más adelante os explicaré...».

«Sí, Maestro. Lo que quieras. Partimos inmediatamente. ¡Pobre criatura! ¿La apaleaba?» preguntan los tres.

«Quería profanarla».

«¡Oh!... ¿Cuántos años tiene?».

«A lo mejor ni trece...».

«¡Qué vil! ¡Qué inmundo! Pero nosotros la querremos. No somos madres por ganancia, ¿verdad Noemí?».

«Por supuesto, Mirta. Señor, ¿la recibes como discípula?».

«No sé todavía...».

«Si la recibes, estamos nosotras. Yo no vuelvo a Éfeso. He mandado a unos amigos para que liquiden todo. Me quedo con Mirta... Acuérdate de nosotras para la niña. Tú nos has salvado a nuestros hijos. Nosotras queremos salvar a esta niña».

«Veremos más adelante...».

«Maestro, estas dos discípulas dan garantías de santidad...» intercede Isaac.

«No depende de mí... Orad mucho y guardad silencio con todos. ¿Entendéis? Con *todos*».

«Guardaremos silencio».

«Venid con el carro».

Y Jesús retrocede, seguido por Isaac (que guía el carro) y por las dos mujeres. La muchacha está echada en el prado, buscando refrigerio entre la hierba para la fuerte fiebre...

«¡Pobre criatura! Pero no morirá, ¿verdad?».

«¡Qué niña más bonita!».

«Bonita, no temas. Soy una mamá, ¿sabes? Ven... Sujétala, Mirta... Vacila... Ayúdanos, Isaac... Aquí donde hay menos traqueteos... El talego debajo de la cabeza... Vamos a meterle debajo nuestros mantos... Isaac, moja estos paños para ponérselos en la frente... ¡Qué fiebre, pobre hija!...».

Las dos mujeres se muestras solícitas y maternales. Áurea, obnubilada por el febrón, está casi ausente...

427.9 [9]Todo listo... El carro puede empezar a moverse... Isaac, antes de dar con la tralla, se acuerda: «Maestro, si vas al puente encuentras a Judas de Keriot. Te espera como un mendigo... Es él el que nos ha dicho que ibas a pasar por aquí. La paz a ti, Maestro. Hoy por la noche estaremos en Nazaret».

«La paz a ti, Maestro» dicen las discípulas.

«¡La paz a vosotros!»...

El carro se va al trote...

«¡Gracias sean dadas al Señor!...» dice Jesús.

«Sí. Bien para la niña y para Judas... Mejor si no sabe nada...».

«Sí, es mejor; tanto, que pido a vuestro corazón un sacrificio: nos separaremos antes de llegar a Nazaret, y vosotros, los del lago, iréis con Judas a Cafarnaúm, mientras Yo con mis hermanos y Tomás y Simón iremos a Nazaret».

«Así lo haremos, Maestro. ¿Y a esos que te esperan qué les vas a decir?».

«Que teníamos urgencia de advertir a mi Madre de mi llegada... Vamos...», y va donde los discípulos, que, demasiado felices por tener con ellos al Maestro, no hacen ninguna pregunta.

428. Parábola de la viña y del viñador, figuras del alma y del libre albedrío.

4 de mayo de 1946.

[1]«La paz a vosotros, amigos míos. El Señor es bueno. Nos concede 428.1
reunirnos para un ágape fraterno. ¿A dónde ibais?» pregunta Jesús a los ex pastores, mientras se adentra en un bosquete para resguardarse del sol.

«Unos hacia el mar, otros hacia los montes. Pero hasta aquí hemos venido juntos y creciendo cada vez más en número, por otros grupos que hemos encontrado por el camino» dice Daniel, el que fue pastor del Líbano.

«Sí, y nosotros dos quisiéramos ir hasta el gran Hermón, donde hemos pastoreado a los rebaños, para pastorear corazones» dice Benjamín, su compañero.

«Es una buena idea. Yo voy a estar un poco en Nazaret; luego estaré entre Cafarnaúm y Betsaida hasta la neomenia de Elul. Os lo digo para que, en caso de necesidad, podáis encontrarme. Sentaos, pongamos en común nuestros alimentos para repartirlos con justicia».

Así lo hacen. Extienden encima de un lienzo sus... riquezas: tortas de pan, quesos pequeños, pescado salado, aceitunas, algunos huevos, las primeras manzanas... y, de la misma forma que han entregado alegremente, con alegría reparten, después del ofrecimiento y la bendición de Jesús.

¡Qué contentos están de este inesperado banquete de amor! Inmersos en la alegría de escuchar a Jesús — que les hace preguntas acerca de las cosas que han hecho, y que los aconseja o les cuenta lo que Él ha hecho —, se han olvidado del cansancio y del calor. Y, a pesar de que esta hora calentísima de un día de bochorno produzca un atontamiento de somnolencia, el interés es tanto, que ninguno se abandona al sueño; antes al contrario, terminada la comida, recogidas las pocas provisiones que han sobrado, dividéndolas en sendas partes iguales, se retiran aún más hacia la espesura de los primeros boscajes del collado, y, a la sombra fresca de los árboles, sentados en círculo en torno a Jesús, le ruegan que les exponga una bonita parábola que sirva como regla de vida y como enseñanza.

[2]Jesús, que está sentado de forma que tiene enfrente la llanura 428.2
de Esdrelón, ya despojada de mieses, pero rica en viñas y árboles frutales, extiende su mirada por el paisaje como buscando un tema en lo que ve. Sonríe. Ha encontrado. Empieza con una pregunta genérica: «¿Verdad que son bonitas las viñas de esta llanura?».

«Muy bonitas. Están increíblemente cargadas de uvas que maduran. Y muy bien cuidadas. Por eso producen tanto».

«Pero serán plantas selectas...» insinúa Jesús. Y termina: «La llanura, estando casi toda dividida en propiedades de ricos fariseos, ha sido cultivada con plantas buenas sin dolerse del precio de adquisición».

«¡No serviría el haber adquirido las mejores plantas, si luego no hubieran seguido cuidándolas! Yo entiendo de esto, porque todos mis bienes consisten en vides. Pero, si no sudo yo, o sea, si no hubiera sudado, como ahora siguen sudando mis hermanos, créeme, Maestro, que no podría ofrecerte para la vendimia racimos iguales que los del año pasado» dice un hombre vigoroso, de unos cuarenta años, que me parece haber visto ya pero cuyo nombre no recuerdo.

«Tienes razón, Cleofás. Todo el secreto para tener buenos frutos está en el cuidado que se da a nuestros bienes» dice otro.

«Buenos frutos y buena ganancia. Porque, si la tierra diera sólo lo que se ha gastado por ella, sería siempre un mal empleo del dinero. La tierra debe producir el fruto del capital que nos cuesta, más una ganancia que nos permita aumentar nuestro patrimonio. Porque hay que pensar que un padre debe repartir entre los hijos. Y de unos bienes, sea en tierras o en dinero, debe hacer varias partes, tantas como hijos tiene, para dar a todos con qué vivir. No creo que multiplicar así los bienes en beneficio de los hijos sea una cosa reprochable» insiste Cleofás.

«No lo es si se consigue con el trabajo honrado y de forma honrada. ¿Entonces tú dices que, a pesar de la calidad de los vástagos plantados, para sacar ganancia es necesario trabajar mucho en ellos?».

«¡Hombre claro! Antes de que den el primer racimo... ¡Porque tiene que pasar tiempo, eh! Y por tanto hay que tener paciencia y también hay que trabajar mientras las cepas tiernas tienen sólo hojas. Y después también, cuando ya dan fruto y son fuertes. Estar atentos a que no tengan ramas inútiles ni insectos nocivos, a que las hierbas parásitas no debiliten el terreno, o a que no se ahoguen los sarmientos bajo el follaje de las zarzas y de las enredaderas; mullir en la base, hacer los círculos para que el aguazo penetre y las aguas se detengan un poco más que en otras partes para nutrir a la planta, y abonar... ¡Trabajo duro! Pero es necesario, aunque sea muy arduo, porque la uva, tan dulce, tan espléndida que cada racimo parece una aglomeración de piedras preciosas, se forma precisamente absorbiendo ese negro y fétido letame. ¡Parece imposible pero es así! Y quitar hojas para dejar que baje el sol a los racimos; y, terminada la vendimia, arreglar las plantas, atando, podando, cubriendo las raí-

ces con paja y excrementos para defenderlas del hielo; e ir también en invierno, a ver si los vientos o algún malandrín han arrancado los palos, y si el tiempo ha soltado los mimbres usados para sujetar las ramas a los soportes... ¡Siempre hay cosas que hacer mientras la vid no muere del todo!... Y después hay que trabajar todavía para sacarla de la tierra y limpiar el terreno de raíces para prepararle para recibir un nuevo vástago. ¿Y sabes qué mano tan suave y paciente y qué ojo tan fino hay que tener para desenredar los sarmientos de las plantas muertas, mezclados con los de las plantas todavía vivas! ¡Si se fuera con ignorancia y mano ruda, se harían daños! ¡Hay que dedicarse a este oficio para saber!... ¿Las vides? ¡Hombre, son como hijos! ¡Y, antes de que un hijo sea hombre, cuánto hay que sudar para mantenerle sano de cuerpo y de espíritu!... [3]Pero yo estoy hablando 428.3
sin parar y no te dejo hablar a ti... Nos has prometido una parábola...».

«Verdaderamente ya la has dicho tú. Bastaría con aplicar tu conclusión y decir que las almas son como las vides...».

«¡No, Maestro! Habla Tú. Yo... he dicho simplezas y no podemos hacer por nosotros mismos la labor de aplicarlo...».

«De acuerdo. Oíd.

Llegado el momento en que tuvimos una carne animal en el seno de nuestra madre, Dios, en los Cielos, creó el alma para hacer a semejanza de Él al futuro hombre, y la puso en esa carne en formación en un seno materno. Y el hombre, llegado su tiempo de nacer, nació con su alma, la cual, hasta el uso de razón, fue como una tierra no cultivada por su dueño. Pero, llegada la edad de la razón, el hombre empezó a razonar y a distinguir el Bien y el Mal. Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía una viña, para cultivarla como él quisiera. Y se dio cuenta de que tenía a un viñador encargado de esa viña: su libre arbitrio. En efecto, la libertad de guiarse, que Dios ha dejado al hombre hijo suyo, es como un siervo idóneo dado por Dios al hombre hijo suyo para que le ayude a hacer fértil la viña, o sea, el alma.

Si el hombre no debiera trabajar con sus propias manos para hacerse rico, para construirse un futuro eterno de prosperidad sobrenatural; si hubiese tenido que recibir todo de Dios, ¿qué mérito tendría por restaurarse de nuevo en santidad, después de que Lucifer corrompió la santidad inicial, dada gratuitamente por Dios a los primeros hombres? Mucho es ya el que Dios conceda a las criaturas caídas por la herencia de la culpa merecer el premio y ser santas, volviendo, por voluntad propia, a aquella naturaleza inicial de criaturas perfectas que el Creador había dado a Adán y Eva, y a sus des-

cendientes si sus progenitores se hubieran conservado inmunes de la culpa original. El hombre caído debe volver a ser hombre elegido, por su libre voluntad.

Ahora bien, ¿qué sucede en las almas? Esto. El hombre confía su alma a su voluntad, a su libre arbitrio, que se pone a trabajar la viña que hasta entonces había sido un terreno sin plantas, bueno, pero sin plantas duraderas; sólo grráciles hierbas y florecillas caducas habían estado esparcidas en aquélla: las bondades instintivas del niño que es bueno porque es todavía un ángel desconocedor del Bien y del Mal.

Diréis: "¿Durante cuánto tiempo permanece así?". Generalmente se dice: durante los primeros seis años. Pero verdad es que hay razones precoces, siendo así que tenemos niños responsables de sus acciones antes de los seis años. Tenemos niños responsables de sus acciones incluso a los tres o cuatro años, responsables porque saben que eso es Bueno y que eso es Malo, y *quieren* libremente esto o aquello. Cuando una criatura sabe distinguir la mala acción de la buena acción ya es responsable. No antes. Por tanto, un subnormal, incluso a los cien años, es irresponsable; pero se asumen su responsabilidad sus tutores, que deben velar amorosamente por él y por el prójimo que puede sufrir daño por parte del subnormal o del loco, a fin de que éste no se haga daño a sí mismo ni se lo haga a otros. Pero Dios no imputa al subnormal o al loco culpa alguna, porque, desgraciadamente para él, está privado de la razón. Pero nosotros hablamos de seres inteligentes y sanos de mente y cuerpo.

428.4 [4]Así pues, el hombre confía su viña sin cultivar a su trabajador, el libre arbitrio, y éste empieza a cultivarla. El alma, la viña, tiene, no obstante, voz, y se la hace oír al arbitrio. Una voz sobrenatural, nutrida de voces sobrenaturales que Dios no niega nunca a las almas: la del Custodio, la de los espíritus enviados por Dios, la de la Sabiduría, la de los recuerdos sobrenaturales que toda alma recuerda aun sin la percepción exacta por parte del hombre entero. Y habla al arbitrio, con voz suave, incluso suplicante, para rogarle que la adorne con buenas plantas, y que sea activo y sabio para no hacer de ella un

---

* *hay razones precoces*, como se explicó en 7.7.

* *recuerdos sobrenaturales* que MV explica con la siguiente nota en una copia mecanografiada: *Dios ha puesto en el hombre la conciencia además de la razón. Y la conciencia tiene una voz propia que recuerda, advierte o amonesta. Recuerda aquello que debería hacerse y aquello que no se debe bacer porque está mal. Advierte que no se haga el mal, porque va contra toda ley natural y sobrenatural. Amonesta por el mal hecho, moviendo a la reparación y al arrepentimiento. Hace sentir que el mal obrado en la Tierra provoca la pérdida de un premio futuro, la pérdida del Bien supremo. Esto hace la conciencia, porque, habiendo sido dada por Dios, no puede sino mantener despierto o suscitar en la criatura el recuerdo de Aquel que se la dio al hombre como guía.*

zarzal agreste, malo, venenoso, donde aniden serpientes y escorpiones y hagan su hura la zorra y la garduña y otros cuadrúpedos malos.

El libre albedrío no siempre es un buen cultivador; no siempre vigila la viña y la defiende con un seto infranqueable, o sea, con una voluntad firme y buena en actitud de defender al alma de ladrones y parásitos y de todas las cosas perniciosas, de los vientos violentos que podrían hacer caer las florecillas de las buenas resoluciones apenas formadas en el deseo. ¡Oh, qué alto y fuerte deberá ser el seto que hay que levantar en torno al corazón para salvarle del mal! ¡Qué atención hay que tener para que no sea forzado, para que no abran en él ni grandes aberturas — puerta para disipaciones —, ni encubiertas y pequeñas aberturas en su base, por las que se introduzcan las víboras: los siete pecados capitales! ¡Cómo hay que sachar, quemar las malas hierbas, podar, mullir el terreno, abonar con la mortificación, cuidar con el amor a Dios y al prójimo, la propia alma! Y vigilar con ojo abierto y luminoso, y con mente despierta, para que los majuelos que podían parecer buenos no se manifiesten luego dañinos; y si sucede esto, arrancarlos sin piedad: mejor es una planta sola pero perfecta, que no muchas inútiles y dañinas.

Tenemos corazones, tenemos por tanto viñas siempre trabajadas, plantadas de nuevas plantas por un desordenado cultivador que hacina nuevas plantas: este trabajo, aquella idea, aquel deseo; incluso no malos, pero que luego se dejan sin cuidar y se hacen malos; caen al suelo, se degeneran, mueren... ¡Cuántas virtudes perecen por estar mezcladas con las sensualidades, por falta de cultivo, por... en conclusión, por no estar sostenido por el amor el libre arbitrio! ¡Cuántos ladrones entran a robar, a profanar, a devastar, porque la conciencia duerme en vez de velar, porque la voluntad se enerva y se corrompe, porque el arbitrio se deja seducir y, siendo libre, se hace esclavo del Mal.

¡Fijaos, Dios le deja libre, y el arbitrio se hace esclavo de las pasiones, del pecado, de las concupiscencias, en definitiva, del Mal! Soberbia, ira, avaricia, lujuria, primero mezcladas, luego triunfadoras sobre las plantas buenas... ¡Un desastre! ¡Cuánto ardor que reseca las plantas por no existir ya la oración que es unión con Dios y, por tanto, rocío de benéfica linfa en el alma! ¡Cuánto hielo que hiela las raíces con la falta de amor a Dios y al prójimo! ¡Cuánta pobreza del terreno por rechazar el abono de la mortificación, de la humildad! ¡Qué maraña inextricable de ramas buenas y no buenas, por no tener el valor de sufrir por amputarse lo que es nocivo! Éste es el estado de un alma que tiene como custodio y cultivador un arbitrio de-

sordenado y vuelto hacia el Mal.

Mientras que el alma que tiene un arbitrio que vive en el orden, y por tanto en la obediencia de la Ley — que ha sido dada para que el hombre sepa lo que es el orden, cómo es el orden y cómo se conserva —, y que es heroicamente fiel al Bien — porque el Bien eleva al hombre y le hace símil a Dios, mientras que el Mal le afea y le hace símil al demonio —, es una viña regada por las aguas puras, abundantes, útiles, de la fe, y adecuadamente sombreada por los árboles de la esperanza, y calentada por el sol de la caridad, corregida por la voluntad, abonada por la mortificación, ligada con la obediencia, podada por la fortaleza, conducida por la justicia, vigilada por la prudencia y por la conciencia. Y la gracia crece, ayudada por tantas cosas, crece la santidad, y la viña viene a ser un maravilloso jardín al que baja Dios a gustar sus delicias hasta que, conservándose la misma viña siempre como jardín perfecto, hasta la muerte de la criatura, Dios manda a sus ángeles que lleven este trabajo de un libre arbitrio voluntarioso y bueno al grande y eterno jardín de los Cielos. *

Ciertamente, vosotros queréis este destino. Pues entonces velad para que el Demonio, el Mundo, la Carne no seduzcan a vuestro albedrío y devasten vuestra alma. Velad porque en vosotros haya amor, y no amor propio, que apaga el amor y arroja al alma a merced de las distintas sensualidades y del desorden. Velad hasta el final, y las tempestades podrán mojaros pero no dañaros, y, cargados de frutos, iréis a vuestro Señor para el premio eterno.

428.5 He terminado. [5]Ahora meditad y descansad hasta el ocaso mientras Yo me retiro a orar».

«No, Maestro. No debemos tardar en ponernos en camino para llegar a las casas» dice Pedro.

«¿Pero por qué? ¡Falta tiempo hasta la puesta del Sol!» dicen muchos.

«No estoy pensando ni en la puesta del Sol, ni en el sábado. Pienso que no pasará una hora sin que venga una furiosa tempestad. ¿Veis aquellas lenguas negras que aparecen lentamente por las montañas de Samaria?, ¿y aquellas tan blancas que vienen veloces galopando desde Occidente?: un viento alto empuja a éstas; uno bajo, a las otras. Pero, cuando estén aquí encima, el viento alto cederá al siroco, y las nubes negras, cargadas de granizo, descenderán y chocarán contra las blancas, cargadas de rayos, ¡y ya oiréis la música!

---

* *ángeles*: MV precisa su papel en la siguiente nota escrita en una copia mecanografiada: *No es que el alma tenga necesidad de los ángeles para subir a Dios. Lo que se quiere decir es que los ángeles de alguna forma presentan a Dios el trabajo "bueno" para que quede escrito en los libros eternos.*

¡Venga, rápidos! Soy pescador y leo el cielo».

Jesús es el primero en obedecer, y, diligentes, todos se ponen a caminar hacia las alquerías del llano...

[6]En el puente se encuentran con Judas, que grita: «¡Maestro mío! 428.6
¡Cómo he sufrido sin ti! ¡Alabado sea Dios, que ha premiado mi constancia esperándote aquí! ¿Cómo ha ido por Cesarea?».

«Paz a ti, Judas» responde brevemente Jesús y añade: «Hablaremos en las casas. Ven, que la tormenta amenaza inminente».

Efectivamente, ya empiezan las oleadas de viento que levantan nubes de polvo por los caminos resecos; el cielo ya se cubre de nubes de todas las formas y colores; el aire se pone amarillo y nidrio... Ya empiezan a caer las primeras, escasas gotazas calientes; ya surcan el cielo, que se ha puesto casi nocturno, los primeros relámpagos...

Se echan a correr. Sólo sus buenas piernas, estimuladas por el deseo de no quedar empapados por un aguacero, les hace llegar a la primera casa cuando un diluvio de agua mezclada con granizo, entre un estampido de saeta que cae poco lejos, se abate sobre la zona, en medio de un gran olor a tierra mojada y a ozono liberado por los relámpagos sin pausa...

Entran. Por suerte, es una casa provista de pórticos y habitada por campesinos que creen en el Mesías. Con veneración invitan al Maestro a alojarse con sus compañeros «como si la casa fuera tuya. Pero levanta tu mano para alejar el pedrisco, por piedad de nuestro trabajo» dicen arremolinándose alrededor de Jesús.

Jesús alza la mano y señala los cuatro puntos cardinales: y del cielo baja sólo agua, para dar de beber a los pomares, a los viñedos, a los prados, y para purificar esa atmósfera tan cargada.

«¡Bendito seas, Señor!» dice el cabeza de familia. «¡Entra, mi Señor!».

Y, mientras sigue el chaparrón, Jesús entra en una habitación grandísima, sin duda un almacén, y se sienta cansado, rodeado de los suyos.

429. Con Judas Iscariote en la llanura de Esdrelón.

6 de mayo de 1946.

[1]Debe haber seguido lloviendo durante todo el día anterior y du- 429.1
rante la noche, porque la tierra está muy húmeda y en los caminos ya tiende al barro. Pero, en compensación, el ambiente está terso, sin rastro de polvo a ninguna altura. Y el cielo ríe allá arriba, casi nuevamente virgen, con aspecto primaveral por la tormenta que le

ha limpiado; y ríe la tierra, también regada, fresca, limpia, también con un recuerdo de primavera en el frescor de esta aurora serena de después de la tormenta. Y las últimas gotas, retenidas en la maraña del follaje, o suspendidas de los zarcillos, brillan como diamantes bajo el sol que las hiere; mientras las frutas, limpias por el aguacero, muestran los colores de sus pieles que, con tonalidades de pintura al pastel, van tomando cada día más las tonalidades perfectas de la completa maduración. Sólo las uvas y las aceitunas, en agraz, duras, se confunden entre el verde del follaje; pero cada aceitunita tiene su gotita suspendida en el extremo, y los apretados racimitos son toda una red de gotas que cuelgan de los rabillos de los granos.

«¡Qué bien se anda hoy!» dice Pedro, pisando con gusto la tierra que no produce polvo, ni quema, y que tampoco está legamosa de barro.

«Da la impresión de respirar con pureza. ¡Fíjate que color de cielo!» le responde Judas Tadeo.

«¿Y aquellas manzanas, aquel grupo de allí, todas alrededor de esa rama, que no sé como puede soportar el peso, y que muestra bajo el racimo de las manzanas una mata de hojas? ¡Cuántos colores! Aquéllas, las más escondidas, levemente esfumadas del verde al amarillo, y las otras ya rosadas, y las dos más expuestas completamente rojas en la parte que da al sol. ¡Parecen cubiertas de lacre!» dice el Zelote.

Y caminan alegres, contemplando la belleza de la creación, hasta que Judas Tadeo — seguido inmediatamente por Tomás y luego por los otros — entona un salmo que celebra las glorias creativas de Dios.

429.2 [2]Jesús sonríe al oírles cantar contentos, y une su bella voz al coro; pero no puede terminar, porque Judas Iscariote, mientras los demás siguen cantando, se le acerca y le dice: «Maestro, mientras ellos están ocupados y distraídos con el canto, dime lo que hiciste, y cómo, en Cesarea. Todavía no me lo has dicho... Y es el primer momento en que podemos hablar de tú a tú. Primero los compañeros, los discípulos y los campesinos que nos han recibido en su casa. Luego los compañeros y los discípulos. Ahora que los discípulos nos han dejado y se han adelantado los compañeros... No he podido preguntarte nunca...».

«Mucho interés tienes... De todas formas, en Cesarea hice lo mismo que voy a hacer en las propiedades de Jocanán: hablé de la Ley y del Reino de los Cielos».

«¿A quién?».

«A la gente de la ciudad. Cerca de los mercados».

«¡Ah! ¡¿A los romanos, no?! ¿No los viste?».

«¿Cómo es posible estar en Cesarea, sede del Procónsul, y no ver romanos?».

«Ya lo sé. Pero yo digo... Bueno... ¿Les hablaste expresamente a ellos?».

«Repito: ¡mucho interés tienes!».

«No, Maestro. Simple curiosidad».

«Bien, pues hablé a las romanas».

«¿También a Claudia? ¿Qué te dijo?».

«Nada, porque Claudia no se ha presentado. Es más, me hizo entender que *no desea* que se sepa que tiene contactos con *nosotros*».

Jesús marca mucho la frase y observa mucho a Judas, el cual, a pesar de ser un descarado, cambia de color y, tras un ligero rubor, se pone térreo. Pero se rehace inmediatamente y dice: «¿No quiere? ¿Ya no te considera? Es una loca».

«No. No está loca, sino equilibrada. Sabe distinguir y separar su deber de romana y su deber hacia sí misma. Y si, para sí misma, para su espíritu, procura luz y respiro, viniendo hacia la Luz y la Pureza, siendo una criatura que busca instintivamente la Verdad y no halla paz en la mentira del paganismo, no quiere perjudicar a la Patria, ni siquiera con formas teóricas, como prodrían ser el hacer que se piense que está de la parte de un posible rival de Roma...».

«Pero... ¡Tú eres Rey de espíritu!...».

«Pero de entre vosotros mismos, que sabéis esto, hay quien no sabe persuadirse de ello. ¿Puedes negarlo?».

Judas vuelve a ponerse colorado y luego pálido; no puede mentir, así que dice: «¡Nooo! Pero es el exceso de amor lo que...».

«Con mayor razón quien no me conoce, o sea, Roma, puede temer en mí a un rival. Claudia actúa con rectitud, tanto hacia Dios como hacia su Patria, dándome honor a mí — si no como Dios, sí como rey y maestro de espíritus — y mostrándose fiel a su Patria. Admiro a los espíritus fieles. Y justos. Y no obstinados. Y quisiera que mis apóstoles merecieran la alabanza que doy a esta pagana».

[3]Judas no sabe qué decir. Está a punto de separarse del Maestro, 429.3
pero se siente todavía incitado por la curiosidad. Más que curiosidad, el deseo de saber hasta qué punto el Maestro sabe... y pregunta: «¿Se interesaron por mí?».

«Ni por ti ni por ningún otro apóstol».

«¿Pero, entonces, de qué hablasteis?».

«De la vida casta. Y de su poeta Virgilio. Como puedes ver, no era un tema que tuviera que ver ni con Pedro ni con Juan ni con otros».

«Pero... ¿qué tenía que ver eso...? Palabras inútiles...».

«No. Me sirvió para hacerles considerar que el hombre casto tiene intelecto luminoso y corazón honesto. Muy interesante para unas paganas... y no sólo para ellas».

«Tienes razón... Ya no te entretengo más, Maestro» y se marcha, casi corriendo, para alcanzar a los que ya han terminado de cantar y ahora están esperando a los dos que se habían quedado atrás...

Jesús los alcanza más lentamente y se une al grupo. Dice: «Vamos a tomar este sendero boscoso. Acortaremos el camino y estaremos protegidos del Sol, que ya toma nuevamente vigor. Podremos también detenernos en la espesura y comer en paz entre nosotros».

Y así lo hacen. Van hacia el noroeste, hacia las tierras de Jocanán, sin duda, porque oigo que hablan de los campesinos de este fariseo...

429.4 [4]Dice Jesús: «Aquí pondréis la visión del 16 de junio de 1944: Jesús, el nido caído y el Fariseo».

430. El nido caído y el escriba cruel. La letra y el espíritu de la Ley.

16 de junio de 1944. Más tarde, a las 10'30.

430.1 [1]Veo a Jesús que va por un caminito boscoso — a una parte y a otra hay árboles y arbustos —, vestido de blanco y con su manto azul obscuro echado sobre los hombros. Y una serie de senderillos corta la maraña verde. Pero no debe ser un lugar solitario y lejano de alguna zona habitada, porque a menudo se ven otras personas. Se diría que es un camino que une dos pueblos cercanos, y que atraviesa las propiedades agrícolas de sus habitantes. El lugar es llano, lejos se ven unos montes. No sé qué lugar es.

Jesús, que iba hablando con los discípulos, se detiene y escucha, y vuelve la mirada en torno a sí; luego toma un senderillo del bosque y va hacia una espesura formada por pequeños árboles y arbustos. Se agacha y busca. Y encuentra. En la hierba hay un nido (no sé si derribado por una tormenta, como hace pensar el hecho de que el suelo esté húmedo y las ramas aún goteen como por una tormenta; o quizás agredido por mano de hombre y luego abandonado allí, para evitar el ser sorprendido con la nidada en la mano). No lo sé. Lo único que veo es un pequeño nido hecho de heno entrelazado y lleno de hojitas secas, de pelusas de árboles y de lana, entre las cuales se mueven, piando, cinco pajaritos de pocos días, rojos, pelados, feos por sus picos abiertos totalmente y los ojos saltones. Arriba, en un árbol, chi-

llan desesperados los que encobaban.

Jesús recoge con cuidado el nidito. Le mantiene en el cuenco de una mano y busca con la mirada el lugar donde estaba o donde se puede poner en seguro. Encuentra unas ramas de zarza trenzadas, tan bien unidas que parecen una cestita, y seguras por estar muy adentro en la mata. Sin preocuparse de las espinas que le arañan los brazos, Él — primero da el nido a Pedro (y el apóstol, ya de edad y tan ancho y robusto de constitución, resulta muy curioso de ver con ese nidito en sus cortas y callosas manos) — se recoge las anchas y largas mangas y se afana en hacer todavía más defendido y cóncavo el trenzado de las zarzas. ¡Ya está! Toma otra vez el nido y lo pone allí, en el medio, y le asegura arrancando hilos de largas hierbas cilíndricas que parecen delgadísimos juncos. Ahora está seguro. Se separa y sonríe. Luego pide un trozo de pan a un discípulo, que lleva una bolsa en bandolera, y desmigaja un poco de pan en el suelo, encima de una piedra.

Jesús, ahora, está contento. Se vuelve para regresar al camino principal, mientras los que encobaban, con chillidos de alegría, se lanzan hacia el nido salvado.

[2]Un pequeño grupo de hombres está parado al margen del camino. Jesús se los encuentra delante. Los mira. Se borra la sonrisa de su rostro, que se pone muy severo — yo diría sombrío —; mientras que, cuando recogía el nido, era un rostro muy compasivo, y muy feliz al verlo colocado. Jesús se para a mirar a sus inesperados testigos; parece mirar su corazón y sus pensamientos escondidos. No puede seguir adelante, porque el grupito tapa el sendero. Pero calla. 430.2

No calla Pedro. «Dejad pasar al Maestro» dice.

«Calla, nazareno» responde uno del grupo. «¿Tu Maestro cómo se ha permitido entrar en *mi* bosque y realizar una obra manual en sábado?».

Jesús le mira directamente con una expresión extraña. Es y no es sonrisa. Y, si es sonrisa, no es ciertamente de aprobación. Pedro está para replicar, pero Jesús toma la palabra. «¿Quién eres?».

«El amo de este sitio. Joacana ben Zaccái».

«Ilustre escriba. ¿Y qué me echas en cara?».

«Haber violado el sábado».

[3]«Joacana ben Zaccái, ¿conoces el Deuteronomio?». 430.3

«¿Me lo preguntas a mí? ¿A mí, que soy un verdadero rabí de Israel?».

«Sé lo que quieres decirme: que Yo, porque no soy escriba, sino un pobre galileo, no puedo ser "rabí". Pero, te pregunto otra vez: "¿Conoces el Deuteronomio?"».

«Mejor que Tú ciertamente».

«Respecto a la letra... ciertamente, si así quieres creerlo. Pero, ¿lo conoces en su verdadero significado?».

«Lo que está escrito está escrito. No hay más que un significado».

«En efecto, no hay más que un significado. Y es de amor. O de misericordia, si no quieres llamarlo amor. O también, si te repele llamarlo así, pues llámalo humanidad. Y el Deuteronomio dice: "Si ves * que se pierde la oveja o el buey de tu hermano, aunque no sea vecino tuyo, no pasarás de largo. Antes bien, los llevarás a él, o los tendrás contigo hasta que él venga por ellos". Dice: "Si ves que se cae el asno o el buey de tu hermano, no hagas como si no hubieras visto; antes bien ayúdale a levantarlos". Dice: "Si encuentras en un árbol o por el suelo un nido con la madre encobando a los pequeñuelos o a los huevos, no tomarás a la madre (porque es sagrada para la procreación), sino que tomarás sólo a los pequeñuelos".

Yo he visto en el suelo un nido, y a una madre que lloraba por él. He sentido compasión porque era una madre. Y le he restituido los pequeñuelos. No he creído violar el sábado por haber consolado a una madre. No se debe permitir que se pierda la oveja del hermano, no dice la Ley si es culpa alzar a un asno en sábado; dice sólo que usemos misericordia con el hermano y humanidad con el asno, criatura de Dios. He pensado que Dios había creado a esa madre para que procreara, y que ella había obedecido a la orden de Dios, y que impedirle criar a su prole era poner obstáculo a su obediencia a una orden divina. Pero tú, *esto*, no lo comprendes. Tú y los tuyos miráis a la letra y no al espíritu. Tú y los tuyos no pensáis que violáis *dos* veces el sábado, es más, *tres* veces, rebajando la Palabra divina a la pequeñez de la mentalidad humana, obstaculizando una orden de Dios y faltando de misericordia para con el prójimo. Para herir con el reproche no juzgáis que *mover la lengua sin necesidad está mal hecho*. Eso, que también es un trabajo, y además inútil e innecesario y no bueno, no os parece violación del sábado.

430.4 [4]Joacana ben Zaccái, escúchame. De la misma forma que hoy no tienes piedad de una curruca, y por la práctica farisaica la harías morir de dolor, y dejarías morir de congoja a su prole, abandonada al alcance del áspid y del hombre perverso, así mañana no tendrás piedad de una madre y la harás morir de congoja haciendo que le maten a su prole, diciendo que es una cosa buena por respeto a *tu* ley. A la

---

* *dice*, en *Deuteronomio 22, 1-4* y *6-7*, como señala MV, con menor precisión en los versículos, en una copia mecanografiada.

tuya. No a la de Dios. A la que tú y los que son como tú os habéis dictado para oprimir a los débiles y triunfar vosotros, los fuertes. Pero, como puedes ver, los débiles encuentran siempre un salvador; mientras que los soberbios, los fuertes según la ley del mundo, serán aplastados por el peso de su misma pesada ley.

Adiós, Joacana ben Zaccái. Recuerda esta hora y pon cuidado en no violar tú otro sábado con la complacencia por un delito cumplido».

Y Jesús, fulminando las pupilas en el rostro encendido de ira del viejo iracundo, mirando al escriba desde arriba, porque éste es bajo y gordo, mientras que Jesús parece una palma respecto a él, pasa, pisando la hierba porque el escriba no se aparta.

[5]Dice Jesús: 430.5

«He querido levantarte el espíritu con una visión verdadera, aunque no la contemplen los Evangelios.

Para ti la enseñanza es ésta: que siento mucha compasión de los pajarillos sin nido, aunque en vez de llevar por nombre curruca, lleven por nombre María o Juan. Y me preocupo de darles de nuevo un nido cuando un hecho los ha despojado de él.

Para todos la enseñanza es ésta: que demasiados conocen las palabras de la Ley (demasiados aun siendo pocos, porque todos deberían saberlas). *Pero únicamente conocen las "palabras"*. No las viven. Éste es el error.

El Deuteronomio prescribía leyes de humanidad porque los hombres, entonces, eran, por puericia espiritual, inhumanos, semillas silvestres. Había que llevarlos de la mano por los floridos senderos de la piedad, del respeto, del amor hacia el hermano que pierde un animal, hacia el animal que se cae, hacia el pájaro que encoba; para enseñarles a ascender a piedad, respeto y amor más altos. Pero, cuando vine Yo, perfeccioné las normas mosaicas y abrí horizontes más vastos. La letra ya no era "el todo". *El espíritu pasó a ser "el todo"*. Más allá del pequeño acto humano, respecto a un nido y a sus habitantes, es necesario ver el significado que puse en mi gesto: inclinarme, Yo, el Hijo del Creador, ante la obra del Creador. Aquella nidada era también obra suya.

¡Oh, *dichosos aquellos que en todas las cosas saben ver a Dios y servirle con espíritu de amor reverente*! ¡Ay de aquellos que, como la serpiente, no saben levantar la cabeza de su fango, y, no pudiendo entonar un canto de alabanza para Dios manifestado en las obras de los hermanos, muerden a éstos por un exceso de veneno que los ahoga! Demasiados hay que torturan a los mejores, diciendo como justificación de su perversidad que está bien actuar así por respeto a la

ley. Ley *suya*. No de Dios, que, si no puede impedir sus obras malvadas, sabe vengar a sus "pequeñuelos".

Y esto es para aquellos a quienes hay que decírselo. Mi paz, que vela, esté contigo».

431. Tomás prepara el encuentro de Jesús con los campesinos de Jocanán.

6 de mayo de 1946.

431.1 [1]Han seguido caminando, después del incidente, en silencio durante un tiempo; pero, llegados a una bifurcación que hay entre los campos, Santiago de Zebedeo dice: «¡Por aquí se va a donde Miqueas!... Pero... ¿vamos a ir ahora? Ese hombre nos espera en sus propiedades para tratarnos mal...».

«Y para impedirte hablarles a los campesinos. Santiago tiene razón. No vayas» aconseja Judas Iscariote.

«Me esperan. He mandado aviso de que voy. Su corazón está en fiesta. Soy el Amigo que va para consolarlos...».

«Irás otra vez. Se resignarán» dice, encogiéndose de hombros, Judas.

«Tú no te resignas tan fácilmente cuando se te priva de una cosa con la que contabas».

«Las mías son cosas serias. Las de ellos...».

«¿Y qué más serio, más grande que la formación y el consuelo de un corazón? Ellos son corazones a los que todo trata de alejar de la paz, de la esperanza... Y tiene sólo *una* esperanza: la de una vida futura. Y sólo tienen un medio para ir a ella: mi ayuda. No. Iré a verlos, a costa de que me apedreen».

«¡No, Hermano! ¡No, Señor!» dicen juntos el Zelote y Santiago de Alfeo. «Serviría sólo para que castigaran a esos pobres siervos. Tú no oíste, pero Jocanán dijo: "Hasta ahora he soportado. Pero ahora ya no soportaré más. ¡Y ay de aquel siervo que vaya a Él o le reciba! Es un réprobo, es un demonio. No quiero corrupciones en mi casa", y a un compañero le dijo: "A costa de matarlos les curaré su endiablamiento por este maldito"».

Jesús agacha la cabeza, pensando... y sufriendo. Es visible su dolor... Los otros se afligen por ello, pero ¿qué hacer?

431.2 [2]La serenidad práctica de Tomás es la que resuelve la situación: «Hagamos así. Quedémonos aquí hasta la puesta del Sol, para no violar el sábado. Entre tanto uno de nosotros va sin ser notado hasta las casas, y dice: "En plena noche, cabe la fuente de fuera de Seforí".

Y nosotros, después del ocaso, vamos allí y los esperamos en las arboledas que hay al pie del monte sobre el que está Seforí. El Maestro habla a esos pobrecitos, los consuela, y con las primeras luces ellos vuelven a sus casas y nosotros, superando el collado, vamos a Nazaret».

«Toma tiene razón. ¡Sí señor, Toma!» dicen varios.

Pero Felipe observa: «¿Y quién va a avisar? Nos conoce a todos y nos puede ver...».

«Podría ir Judas de Simón. Conoce bien a los fariseos...» dice inocentemente Andrés.

«¿Qué quieres insinuar?» ataca Judas.

«¿Yo? Nada. Digo que los conoces porque has estado mucho en el Templo y tienes buenas amistades. Siempre te glorías de esto. A un amigo no le harán daño...» dice el manso Andrés.

«No estés tan seguro, ¿eh! Que ninguno lo esté. Si todavía nos protegiera Claudia, quizás... podría yo, pero ahora ya no. Porque ahora, en conclusión, ¿se ha desinterasado, no es verdad, Maestro?».

«Claudia sigue admirando al Sabio. Nunca ha hecho nada ni distinto ni mayor que esto. De esta admiración pasará quizás a la fe en el Dios verdadero. Pero sólo la fantasía de una mente exaltada podía creer que ella tuviera otros sentimientos hacia mí. Y, si los tuviera, Yo no los querría. Puedo todavía aceptar su paganismo, porque espero cambiarle en cristianismo. No puedo aceptar lo que sería su idolatría: la adoración de un Hombre pobre ídolo en un pobre trono humano».

Jesús dice esto con sosiego, como hablando a todos en una lección. Pero lo dice tan tajantemente, que no deja dudas acerca de su intención y sus decisiones de reprimir cualquier posible desviación en ese sentido entre sus apóstoles.

[3]Ninguno replica, por tanto, acerca de la realeza humana. Pero sí 431.3
preguntan: «¿Entonces qué se hace respecto a los campesinos?».

«Voy yo. Yo lo he propuesto, voy yo, si el Maestro lo consiente. En todo caso, no me van a comer los fariseos...» dice Tomás.

«Ve si quieres. Y que tu caridad sea bendecida».

«¡Es tan poca cosa, Maestro!...».

«Es una cosa muy grande, Toma. Sientes los deseos de tus hermanos, de Jesús y de los campesinos, y te compadeces. Y tu Hermano en la carne te bendice también por ellos» dice Jesús, poniendo la mano en la cabeza inclinada ante Él de Tomás, que, emocionado, susurra: «¡¿Yo... tu... hermano?! Es demasiado honor, mi Señor. Yo, tu siervo; Tú, mi Dios... Esto sí... Me pongo en marcha».

«¿Vas solo? ¡Voy yo también!» dicen Judas Tadeo y Pedro.

«No. Sois demasiado fogosos. Yo sé cambiar todo en risa... el mejor medio para desarmar a ciertos... caracteres. Vosotros os calentáis enseguida... Voy solo».

«Voy yo» dicen Juan y Andrés.

«¡Sí! Uno de vosotros sí, y también uno como Simón Zelote o Santiago de Alfeo».

«No, no. Yo. Yo no reacciono mal. Callo y hago» insiste Andrés.

«Ven» y se marchan por una parte, mientras Jesús prosigue por la otra con los que se han quedado...

432. Con los campesinos de Jocanán, cerca de Seforí.

8 de mayo de 1946.

432.1 [1]«¿Vendrán?» pregunta Mateo a los compañeros que están sentados en un bosque de acebos en las primeras pendientes de la colina donde se alza Seforí.

La llanura de Esdrelón, estando al otro lado del collado en que se encuentran, ya no es visible. Pero hay otra llanura, mucho más pequeña, entre este collado y los de la zona de Nazaret, que se distinguen netamente con el límpido claror de la Luna.

«Lo han prometido y vendrán» responde Andrés.

«Al menos algunos de ellos. Salían a la mitad de la primera vigilia. Estarán aquí al principio de la segunda» dice Tomás.

«Más tarde» dice Judas Tadeo.

«Nosotros hemos tardado menos de tres horas» objeta Andrés.

«Nosotros somos hombres, y vigorosos. Ellos están cansados y traerán con ellos algunas mujeres» responde otra vez Judas Tadeo.

«¡Si no se da cuenta el patrón!...» suspira Mateo.

432.2 «No hay peligro. Se ha ido a Yizreel, invitado por un amigo. [2]Está el administrador. Pero viene también él, porque no odia al Maestro» dice Tomás.

«¿Será sincero aquel hombre?» pregunta Felipe.

«Sí. Porque no tiene motivo para no serlo».

«¡Hombre, pues atraerse la benevolencia del patrón y...».

«No, Felipe. Después de las vendimias Jocanán le despide, precisamente porque no odia al Maestro» responde Andrés.

«¿Quién os lo ha dicho?» preguntan varios.

«Él y los campesinos... por separado. Y cuando dos de distinta categoría están de acuerdo en decir una cosa es señal de que lo dicho es verdadero. Los campesinos lloraban porque el administrador se marchaba. Se había hecho muy humano. Y él nos dijo: "Soy un hom-

bre y no un fantoche de arcilla. El año pasado me dijo: 'Honra al Maestro, conócele, hazte uno de sus fieles'. Obedecí. Ahora me dice: '¡Ay de ti si amas a mi enemigo y permites que ellos le amen. No quiero maldición para mis tierras recibiendo a ese maldito'. Pero ¿cómo puedo, ahora que le he conocido, sentir justa esa orden? Le he dicho al patrón: 'Hablabas de forma distinta el año pasado, y Él sigue siendo el mismo'. Me pegó una vez. Dije: 'No soy esclavo. Y, aunque lo fuera, no tendrías poder sobre mi pensamiento. Mi pensamiento juzga santo a Aquel a quien tú llamas maldito'. Me pegó entonces otra vez. Esta mañana me ha dicho: 'El anatema de Israel está en mis lugares. ¡Ay de ti si infringes lo que te mando! Dejarás de ser servidor mío'. He respondido: 'Bien has dicho. Dejaré de ser servidor tuyo. Busca a otro que tenga tu corazón, y tenga para con tus bienes la rapacidad que tú tienes para con las almas de los demás'. Y me ha arrojado al suelo y me ha pegado... Pero pronto termina el trabajo del año y, con la luna de Tisrí, quedo libre. Lo siento sólo por éstos..." y señalaba a los campesinos» narra Tomás.

«¿Pero dónde le visteis?...».

«En el bosque. Como ladrones. Miqueas — habíamos hablado con él — le había advertido y él vino, sangrando aún, y también vinieron en pequeños grupos los siervos y las siervas...» dice Andrés.

[3]«¡Mmm! ¡Entonces tenía razón Judas! Conoce el humor del fariseo...» observa Bartolomé. 432.3

«¡Demasiadas cosas sabe Judas!...» dice Santiago de Zebedeo.

«¡Calla! ¡Te puede oír!» le aconseja Mateo.

«No. Se ha alejado, diciendo que tenía sueño y que le dolía la cabeza...» responde Santiago.

«¡Luna! Luna en el cielo y luna en su cabeza. Así es: más variable que el viento» sentencia Pedro, que hasta entonces había estado mudo.

«¡Ya! ¡Sí! ¡Una buena desgracia en medio de nosotros!» suspira Bartolomé.

«No. ¡No hables así! ¡No desgracia! Es más, es un modo de santificarse uno...» dice el Zelote.

«O de condenarse, porque hace perder las virtudes...» dice secamente Judas Tadeo.

«Es un desdichado» comenta Andrés con tristeza.

[4]Un rato de silencio. Luego Pedro pregunta: «¿Pero el Maestro sigue orando?». 432.4

«No. Mientras estabas adormilado ha pasado y ha ido a donde Juan y su hermano, que estaban puestos de guardia en el camino. Quiere estar en seguida con los pobres campesinos. Quizás es la últi-

ma vez que los va a ver» responde el Zelote.

«¿Por qué la última vez? ¿Por qué? No digas esa palabra. ¡Parece como si acarrease desventura!» dice, agitado, Judas Tadeo.

«¡Hombre, ya lo ves... cada vez más perseguidos!... No sé qué tendremos que hacer en el futuro...».

«Simón tiene razón... Será una cosa hermosa el ser enteramente espirituales... Pero... si hubiera sido lícito tener un poquito de... humanidad... una miaja de protección de Claudia no habría perjudicado» dice Mateo.

«No. Mejor estar solos... y, sobre todo, puros en cuanto a contactos con los gentiles. Yo... no los apruebo» dice secamente Bartolomé.

«Yo también poco... Pero... el Maestro dice que su Doctrina debe extenderse por todo el mundo. Y que lo tendremos que hacer nosotros... Sembrar en todas partes su palabra... Y entonces tendremos que adaptarnos a tratar con gentiles e idólatras...» dice Judas Tadeo.

«Impuros. Me parece como hacer una cosa sacrílega. ¡La Sabiduría a los cerdos!...».

«¡También tienen ellos un alma, Natanael! Tú has tenido compasión de la muchacha ayer...».

«Porque... es una... es una nada a la que hay que formar. Es como una recién nacida... ¡Pero los otros!... Y además no es romana...».

«¿Crees que los Galos no son idólatras? También ellos tienen a sus dioses crueles. ¡Lo advertirás, si tienes que ir a convertirlos!...» dice el Zelote, cuya cultura es más cosmopolita — voy a llamarla así — que la de los otros.

«Pero no es de la raza de los profanadores de Israel. No predicaré nunca a los enemigos de Israel, ni a los actuales ni a los antiguos».

«Entonces... tendrás que ir muy lejos, a los pueblos hiperbóreos, porque... no lo parece, pero Israel ya ha tenido experiencia de todos los pueblos vecinos...» dice Tomás.

432.5 «Iré lejos... [5]¡Ah, ahí está el Maestro! Vamos a acercarnos. ¡Cuánta gente! ¡Han venido todos, incluso los niños!...».

«El Maestro estará contento...».

Se unen al Maestro, que camina con dificultad por el prado (y es que va apretujado entre los muchos que le rodean).

«¿Judas todavía ausente?» pregunta Jesús.

«Sí, Maestro. Pero si quieres le llamamos...».

«No hace falta. Mi voz le alcanza en el lugar donde esté. Y su conciencia, libre, le habla con *su* propia voz. No es necesario añadir vuestras voces, y forzar una voluntad. Venid, sentémonos aquí con

estos hermanos nuestros. Y perdonad si no he podido compartir con vosotros el pan en un ágape de amor».

Se sientan en círculo con Jesús en el centro, quien quiere alrededor de Él a todos los niños, los cuales, se pegan a Él mimosos y con confianza.

«¡Bendícelos, Señor! Que vean lo que nosotros anhelamos ver. ¡La libertad de amarte!» grita una mujer.

«Sí. Nos quitan incluso esa libertad. No quieren ver grabadas tus palabras en nuestro espíritu. Y ahora nos impiden vernos, y te prohíben a ti venir... ¡Ya no oiremos palabras santas!» gime un anciano.

«Abandonados así, nos volveremos pecadores. Tú nos enseñabas el perdón... Nos dabas tanto amor, que podíamos soportar la malevolencia del patrón... Pero ahora...» dice un joven (distingo mal su rostro, y no sé exactamente quiénes hablan; me baso en el sonido de las voces).

«No lloréis. No os dejaré sin mi palabra. Volveré, mientras pueda...».

«No, Maestro y Señor. Él es malo, y también sus amigos. Podrían dañarte, y por causa nuestra. Nosotros hacemos el sacrificio de perderte, pero no nos des el dolor de decir: "Por nosotros le prendieron"».

«Sí, sálvate, Maestro».

* «No temáis. [6]Se lee en Jeremías cómo él mismo dijo a su secreta- 432.6
rio Baruc que escribiera lo que el Señor le dictaba, y que fuera a leer el escrito recibido a los que estaban reunidos en la casa del Señor, leerlo en vez del profeta, que estaba preso y no podía ir. Así voy a hacer Yo. Muchos y fieles Baruc tengo entre mis apóstoles y discípulos. Ellos vendrán a deciros la palabra del Señor, y no perecerán vuestras almas. Y Yo no seré prendido por causa vuestra, porque el Dios altísimo me ocultará a sus ojos hasta que llegue la hora en que el Rey de Israel deba ser mostrado a las turbas para que el mundo entero le conozca.

Y no temáis tampoco perder las palabras que hay en vosotros. También en Jeremías se lee que, aun después de que Yoyaquim, rey de Judá — el cual esperaba destruir las palabras eternas y veraces quemando el rollo —, destruyera el volumen, el dictado de Dios permaneció, porque el Señor mandó al profeta: "Toma otro volumen y escribe en él todas las cosas que había en el volumen quemado por el rey". Y Jeremías dio un volumen a Baruc, un volumen sin escritura, y dictó nuevamente a su secretario las palabras eternas, y otras más

* *Se lee*, en *Jeremías 36*, como señala MV en una copia mecanografiada.

como complemento de las primeras, porque el Señor remedia los estropicios humanos cuando el remedio es un bien para las almas, y no permite que el odio anule lo que es obra de amor.

Ahora bien, aunque a mí, comparándome a un volumen lleno de verdades santas, me destruyeran, ¿creéis que el Señor os dejaría perecer sin la ayuda de otros volúmenes? En ellos estarán mis palabras y las de mis testigos que narrarán lo que Yo no voy a poder decir por estar prisionero de la Violencia y ser destruido por ella. ¿Y creéis que lo que está impreso en el libro de vuestros corazones podrá borrarse por el paso del tiempo sobre las palabras? No. El ángel del Señor os las repetirá y las mantendrá frescas en vuestros espíritus deseosos de Sabiduría. Y no sólo eso, sino que os las explicará y seréis sabios en la palabra de vuestro Maestro. Vosotros selláis el amor a mí con el dolor. ¿Puede, acaso, perecer lo que resiste incluso la persecución? No puede perecer. Yo os lo digo. El don de Dios no se
432.7 cancela. El pecado es lo único que lo anula. 7Pero vosotros, ciertamente, no queréis pecar, ¿no es verdad, amigos míos?».

«No, Señor. Significaría perderte también en la otra vida» dicen muchos.

«Pero nos harán pecar. Nos ha impuesto que no salgamos ya más de las tierras el sábado... y ya no volverá a haber Pascua para nosotros. Así que pecaremos...» dicen otros.

«No. No pecaréis vosotros. Pecará él. Sólo él. Él, que hace violencia al derecho de Dios y de los hijos de Dios de abrazarse y amarse en dulce coloquio de amor y enseñanza en el día del Señor».

«Pero él hace reparación con muchos ayunos y dádivas. Nosotros no podemos, porque ya es demasiado poca la comida en proporción al esfuerzo que hacemos, y no tenemos qué ofrecer... Somos pobres...».

«Ofrecéis aquello que Dios aprecia: vuestro corazón. Dice Isaías, * hablando en nombre de Dios a los falsos penitentes: "En el día de vuestro ayuno aparece vuestra voluntad y oprimís a vuestros deudores. Ayunáis para reñir y discutir y, perversamente, pelear. Dejad de ayunar como hasta hoy, para hacer oír en las alturas vuestros clamores. ¿Es éste, acaso, el ayuno que Yo deseo? ¿Que el hombre se limite a afligir durante un día su alma y castigue su cuerpo y duerma sobre la ceniza? ¿Vas a llamar a esto ayuno y día grato al Señor? El ayuno que prefiero es otro. Rompe las cadenas del pecado, disuelve las obligaciones que abruman, da libertad a quien está oprimido, quita todo yugo. Comparte tu pan con quien tiene hambre, acoge a los pobres y a los peregrinos, viste a los desnudos y no desprecies a tu prójimo".

---

* *Dice Isaías*, en *Isaías 58, 3-7*, como señala MV en una copia mecanografiada.

Pero Jocanán no hace esto. Vosotros, por el trabajo que le hacéis y que le hace rico, sois sus acreedores, y os trata peor que a deudores morosos, y alza la voz para amenazaros y la mano para golpearos. No es misericordioso con vosotros y os desprecia por ser siervos. Pero el siervo es tan hombre como el patrón, y si tiene el deber de servir tiene también el derecho a recibir lo necesario para un hombre, tanto materialmente como en el espíritu. No se honra el sábado, aunque se pase en la sinagoga, si ese mismo día el que lo practica pone cadenas y da a sus hermanos áloe como bebida. Celebrad vuestros sábados razonando entre vosotros acerca del Señor y el Señor estará en medio de vosotros, perdonad y el Señor os glorificará.

[8]Yo soy el buen Pastor y tengo piedad de todas las ovejas. Pero, 432.8
sin duda, amo con especial amor a las que han recibido golpes de los pastores ídolos para que se alejen de mis caminos. Para éstas, más que para ninguna otra, he venido. Porque el Padre mío y vuestro me ha ordenado: "Apacienta estas ovejas destinadas al matadero, matadas sin piedad por sus amos, que las han vendido diciendo: '¡Nos hemos enriquecido!', y de las que no han tenido compasión los pastores". Pues bien, apacentaré el rebaño destinado al matadero, ¡oh pobres del rebaño!, y abandonaré a sus iniquidades a los que os afligen y afligen al Padre, que en sus hijos sufre. Extenderé la mano hacia los pequeños de entre los hijos de Dios y los atraeré hacia mí para que tengan mi gloria.

Lo promete el Señor por la boca de los profetas que celebran mi piedad y mi poder como Pastor. Y os lo prometo Yo directamente a vosotros que me amáis. Cuidaré de mi rebaño. A quienes acusen a las ovejas buenas de enturbiar el agua y de deteriorar los pastos por venir a mí, les diré: "Retiraos. Vosotros sois los que hacéis que falte el manantial y se agoste el pasto de mis hijos. Mas Yo los he llevado a otros pastos y los seguiré llevando. A los pastos que sacian el espíritu. Os dejaré a vosotros el pasto para vuestros gruesos vientres, dejaré el manantial amargo que habéis hecho manar vosotros, y Yo me iré con éstos, separando las verdaderas de las falsas ovejas de Dios; ya nada atormentará a mis corderos, sino que exultarán eternamente en los pastos del Cielo".

¡Perseverad, hijos amados! Tened todavía un poco de paciencia, de la misma forma que la tengo Yo. Sed fieles, haciendo lo que os permite el patrón injusto. Y Dios juzgará que habéis hecho todo y por todo os premiará. No odiéis, aunque todo se conjure para enseñaros a odiar. Tened fe en Dios. Ya visteis que Jonás fue liberado de su padecimiento y Yabés fue conducido al amor. Como con el anciano y el niño, lo mismo el Señor hará con vosotros: en esta vida, parcial-

mente; en la otra, totalmente.

432.9 [9]Lo único que os puedo dar son monedas, para hacer menos dura vuestra condición material. Os las doy. Dáselas, Mateo. Que se las repartan. Son muchas, pero en todo caso pocas para vosotros que sois tantos y estáis tan necesitados. No tengo otras cosas... Otras cosas materiales. Pero tengo mi amor, mi potencia de ser Hijo del Padre, para pedir para vosotros los infinitos tesoros sobrenaturales como consuelo de vuestros llantos y luz de vuestras brumas.

¡Oh, triste vida que Dios puede hacer luminosa! ¡Él sólo! ¡Él sólo!... Y digo: "Padre, te pido por éstos. No te pido por los felices y ricos del mundo, sino por estos que lo único que tienen es a ti y a mí. Haz que asciendan tanto en los caminos del espíritu, que encuentren toda consolación en nuestro amor, y démonos a ellos con el amor, con todo nuestro amor infinito, para cubrir de paz, serenidad y coraje sobrenaturales, sus jornadas, sus ocupaciones, de forma que, como enajenados del mundo por el amor nuestro, puedan resistir su calvario y, después de la muerte, tenerte a ti, a Nosotros, beatitud infinita"».

Jesús, mientras oraba, ha ido poniéndose de pie y librándose poco a poco de los niñitos que se habían dormido sobre Él. En su oración su aspecto es majestuoso y dulce.

Ahora baja de nuevo los ojos y dice: «Me marcho. Es la hora, para que podáis volver a vuestras casas a tiempo. Nos veremos todavía. Y traeré a Margziam. Pero, cuando ya no pueda volver, mi Espíritu estará siempre con vosotros, y estos apóstoles míos os amarán como Yo os he amado. Deposite el Señor sobre vosotros su bendición. Poneos en camino».

Y se inclina a acariciar a los niñitos, que duermen, y no opone resistencia a las expresiones de afecto de esta pobre turba que no sabe separarse de Él...

Pero, al final, cada uno se pone en camino por su parte, de forma que los dos grupos se separan mientras la Luna desciende y ramas encendidas deben dar algo de luz al camino. Y el humo acre de las ramas aún ligeramente húmedas es una buena justificación del brillo de los ojos...

432.10 [10]Judas los está esperando apoyado en un tronco. Jesús le mira y no dice nada, ni siquiera cuando Judas dice: «Estoy mejor».

Siguen caminando: durante la noche, como mejor pueden; luego, con el alba, más ágilmente.

A la vista de un cuadrivio Jesús se detiene y dice: «Separémonos. Conmigo vienen Tomás, Simón Zelote y mis hermanos. Los otros irán al lago, a esperarme».

«Gracias, Maestro... No me atrevía a pedírtelo. Pero Tú me lo has facilitado. Estoy verdaderamente cansado. Si lo permites, me detengo en Tiberíades...».

«En casa de un amigo». Santiago de Zebedeo no se puede contener de decirlo.

Judas abre muchísimo los ojos... pero se limita a esto.

Jesús se apresura a decir: «Me basta con que el sábado vayas a Cafarnaúm con los compañeros. Venid para que os bese a los que me dejáis».

Y, con afecto, besa a los que se marchan, dando a cada uno de ellos un consejo en voz baja...

Ninguno expresa objeción alguna. Sólo Pedro, ya cuando se marcha, dice: «Ven pronto, Maestro».

«Sí, ven pronto» dicen los otros, y Juan termina: «Estará muy triste el lago sin ti».

Jesús los bendice una vez más y promete: «¡Pronto!», y luego cada uno se marcha por su parte.

ÍNDICE DEL VOLUMEN SEXTO

Índice del volumen sexto

Nota del Editor V

Texto unificado de los cuatro Evangelios VII

364. En el Templo. Oración universal y parábola del hijo verdadero y los hijos bastardos. 2

365. Judas Iscariote insidia la inocencia de Margziam. Un nuevo discípulo, hermano de leche de Jesús. En Betania, en la casa de Lázaro, enfermo. 11

366. Anastática entre las discípulas. Las cartas de Antioquía. 23

367. El jueves prepascual. Preparativos en el Getsemaní. 33

368. El jueves prepascual. En Jerusalén y en el Templo. 36

369. El jueves prepascual. Parábola de la lepra de las casas. 45

370. El jueves prepascual. En el convite de los pobres en el palacio de Cusa. 51

371. El jueves prepascual. Por la noche en el palacio de Lázaro. 67

372. El día de la Parasceve. Despertar en el palacio de Lázaro. 76

373. El día de la Parasceve. En el Templo. 81

374. El día de la Parasceve. Por las calles de Jerusalén y en el barrio de Ofel. 87

375. La cena ritual en casa de Lázaro y el banquete sacrílego en la casa de Samuel. 93

376. Lección sobre la obra salvífica de los santos, y condena al Templo corrompido. 102

377. Parábola del agua y del junco para María de Magdala, que ha elegido la mejor parte. 111

378. La parábola de los pájaros, criticada por unos judíos enemigos que tienden una trampa. 116

379. Una premonición del apóstol Juan. 125

380. El amor de los apóstoles, de la contemplación a la acción. 127

381. La parábola del administrador infiel y sagaz. Hipocresía de los fariseos y conversión de un esenio. 131

382. Un alto en casa de Nique. 142
383. Discurso sobre la muerte junto al vado del Jordán. 149
384. El anciano Ananías, guardián de la casita de Salomón. 156
385. Parábola de la encrucijada y milagros cerca del pueblo de Salomón. 162
386. Hacia la orilla occidental del Jordán. 168
387. En Guilgal. El mendigo Ogla y los escribas tentadores. Los apóstoles comparados con las doce piedras del prodigio de Josué. 169
388. Exhortación a Judas Iscariote, que irá a Betania con Simón Zelote. 177
389. Llegada a Engadí con diez apóstoles. 183
390. La fe de Abraham de Engadí y la parábola de la semilla de palma. 186
391. Curación del leproso Eliseo de Engadí. 193
392. La hostilidad de Masada, ciudad-fortaleza. 199
393. En la casa de campo de María de Keriot. 203
394. Parábola de las dos voluntades y despedida de los habitantes de Keriot. 208
395. Las dos madres infelices de Keriot. Adiós a la madre de Judas. 212
396. En Yuttá, con los niños. La mano de Jesús obradora de curaciones. 218
397. Despedida de los fieles de Yuttá. 225
398. Palabras de despedida en Hebrón. Los delirios de Judas Iscariote. 230
399. Palabras de despedida en Betsur. El amor materno de Elisa. 235
400. En Béter, en casa de Juana de Cusa, la cual habla del daño provocado por Judas Iscariote ante Claudia. 239
401. Pedro y Bartolomé en Béter por un grave motivo. Éxtasis de la escritora. 245
402. Judas Iscariote se siente descubierto durante el discurso de despedida en Béter. 250
403. Una lucha y victoria espiritual de Simón de Jonás. 256
404. En camino hacia Emaús de la llanura. 259

405. Descanso en un henil y discurso a la entrada de Emaús de la llanura. El pequeño Miguel. 264

406. En Joppe. Palabras inútiles a Judas de Keriot y diálogo sobre el alma con algunos Gentiles. 276

407. En los campos de Nicodemo. La parábola de los dos hijos. 287

408. Multiplicación del trigo en los campos de José de Arimatea. 294

409. El drama familiar del Anciano Juan. 300

410. Provocaciones de Judas Iscariote en el grupo apostólico. 306

411. Una lección extraída de la naturaleza y espigueo milagroso para una viejecita. Cómo ayudar a quien se enmienda. 312

412. Elogio del lirio de los valles, símbolo de María. Pedro se sacrifica por el bien de Judas. 319

413. Llegada a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés y disputa con los doctores del Templo. 323

414. Invectiva contra fariseos y doctores en el convite en casa del Anciano Elquías. 331

415. Un alto en el camino en Betania. 341

416. Un mendigo samaritano en el camino de Jericó. 345

417. Historia de Zacarías el leproso y conversíon de Zaqueo el publicano. 350

418. Curación del discípulo José, herido en la cabeza y recogido en la casita de Salomón. 358

419. Curaciones en un pueblecito de la Decápolis. Parábola del escultor y de las estatuas. 363

420. Curación de un endemoniado completo. La vocación de la mujer al amor. 369

421. El endemoniado curado, los fariseos y la blasfemia contra el Espíritu Santo. 378

422. El Iscariote, con sus malos humores, ocasiona la lección sobre los deberes y los siervos inútiles. 385

423. Partida del Iscariote, que ocasiona la lección sobre el amor y el perdón. 391

424. Pensamientos de gloria y martirio ante la vista de la costa mediterránea. 398

425. En Cesarea Marítima. Romanos mundanos y parábola de los hijos con destinos distintos. 401

426. Con las romanas en Cesarea Marítima. Profecía en Virgilio. La joven esclava salvada. 410

427. Bartolomé instruye a Áurea Gala. 422

428. Parábola de la viña y del viñador, figuras del alma y del libre albedrío. 431

429. Con Judas Iscariote en la llanura de Esdrelón. 437

430. El nido caído y el escriba cruel. La letra y el espíritu de la Ley. 440

431. Tomás prepara el encuentro de Jesús con los campesinos de Jocanán. 444

432. Con los campesinos de Jocanán, cerca de Seforí. 446

MARIA VALTORTA

Quién es

Nació en Caserta el 14 de marzo de 1897; sus padres eran lombardos.

Giuseppe Valtorta, el padre, había nacido en Mantua en 1862; prestaba servicio en el 19° Cuerpo de Caballería ligera; era suboficial y estaba al frente de la sección destinada a la custodia y manutención de las armas. Era una persona buena y sumisa y fue el afectuoso educador de la única hija.

Iside Fioravanti, la madre, nacida en Cremona en 1861, había sido docente de francés. Su egoismo y su mal genio le llevaron a oprimir al marido y a la hija con una severidad irracional y, a veces, hasta cruel.

Al nacer, Maria corrió el riesgo de morir; luego la confiaron a una nodriza de ligeras costumbres; como su familia tuvo que trasladarse a Faenza para seguir los desplazamientos del regimiento la pequeña, que tenía apenas dieciocho meses, pasó al clima templado de las regiones del norte después de haber conocido el calor abrasador de las del sud. Precisamente al clima meridional y a la leche de su nodriza se atribuye la pasionalidad de su carácter.

Los sucesivos traslados a Milán y a Voghera señalaron las etapas de su desarrollo y de su formación cultural y religiosa, en la cual dio pruebas de temperamento, de indudable capacidad y de profunda sensibilidad espiritual. Culminó sus estudios en el prestigioso Colegio Bianconi de Monza, que fue para ella como un nido de paz por cuatro años, al término de los cuales comprendió cómo continuaría su vida interior según los designios de Dios.

En 1913 su padre se vio obligado a jubilarse por motivos de salud y la familia se estableció en Florencia; allí permanecería por once años y medio. Maria se encontraba bien en esa ciudad, que se adaptaba a su sensibilidad cultural y que le ofreció la posibilidad de poner en práctica su amor hacia el prójimo durante la primera guerra mundial, en calidad de

"enfermera samaritana" del hospital militar. Pero en Florencia también tuvo que soportar durísimas pruebas, debido a aquella madre terrible y al gesto de un sedicioso: la madre quebró por dos veces su legítimo sueño de amor; el sedicioso le asestó un día, en la calle, un terrible golpe en los riñones que propició su invalidez.

Por ese entonces, Maria tuvo la ocasión -¡verdaderamente providencial!- de transcurrir dos años en Reggio Calabria; de 1920 a 1922 estuvo hospedada en casa de unos parientes, dueños de dos hotel. El afecto que le tributaron, unido a las bellezas naturales de ese lugar, la ayudaron a templar nuevamente su físico y su alma. Durante esas vacaciones, sintió nuevos impulsos hacia una vida radicada en Cristo, pero con el regreso a Florencia, donde habría de transcurrir aún otros dos años, volvió a sumirse en sus amargos recuerdos.

En 1924 sus padres adquirieron una casa en Viareggio y fueron a establecerse allí. Inició para Maria una incontenible elevación espiritual, que se traducía en propósitos firmes y culminaba en heroicas ofrendas de sí por amor de Dios y de la humanidad. Al mismo tiempo estaba ocupada con empeño en la parroquia como delegada cultural para las jóvenes de la Acción Católica y daba conferencias a las que, poco a poco, comenzaron a asistir también personas que no eran practicantes.

Pero por su precaria salud, le era cada vez más difícil moverse. El 4 de enero de 1933 salió de casa por última vez y lo hizo con tremenda dificultad; desde el 1 de abril de 1934 ya no se levantó del lecho.

El 24 de mayo de 1935 se asumió a Marta Diciotti, una joven huérfana sin familia alguna, para que la asistiera. Marta habría de convertirse en su asistente y confidente por el resto de la vida. Sólo un mes más tarde, el 30 de junio, murió el padre, a quien Maria quería tanto que estuvo a punto de morir por el dolor. La madre, a quien siempre amó por deber natural y por sentimiento sobrenatural, murió el 4 de octubre de 1943, sin haber dejado nunca de maltratar a la hija.

Qué hizo

Precisamente a principios de 1943, cuando hacía ya nueve años que Maria estaba paralizada y pensaba que había consumado todos los sacrificios posibles y que el final de su vida estaba cerca, el Padre Migliorini, un sacerdote, religioso perteneciente a la orden de los Siervos de María, que desde hacía algunos meses era su director espiritual, le pidió que escribiera sus memorias. Tras un momento de vacilación, consintió y con naturalidad, sentada en el lecho, en menos de dos meses llenó siete cuadernos escritos de su propio puño; dio así no sólo prueba de un gran talento de escritora sino de saber revelar su alma, confesándose sin secretos.

Había confiado a las 760 páginas manuscritas que entregó al confesor todo su pasado pero cuando, precisamente por eso, se sentía liberada de él y preparada con mayor confianza para la muerte, una voz que su espíritu ya conocía le dictó una página rebosante de sabiduría divina, que determinó un cambio inesperado. Acaeció de viernes santo, el 23 de abril de 1943.

Maria, desde su habitación, llamó a la fiel Marta y, mostrándole la hoja que tenía en sus manos, le hizo entender que había ocurrido algo extraordinario y le dijo que llamara al Padre Migliorini, que no tardó mucho en llegar. El coloquio fue secreto y nunca se conoció exactamente lo que se dijeron, pero se sabe que el religioso le confirmó el origen sobrenatural del "dictado" y la impulsó a escribir cuanto aún fuera "recibiendo". Y por eso siguió procurándole cuadernos.

Escribió casi diariamente hasta 1947 y con intervalos en los años siguientes, hasta 1951. Los cuadernos llegaron a ser 122 (además de los 7 que componían la *Autobiografía*); las páginas manuscritas, alrededor de quince mil.

Escribía sentada en su lecho, con la estilográfica, apoyando el cuaderno sobre una carpeta que había confeccionado con sus propias manos y que sostenía sobre las rodillas. No preparaba un esquema, ni siquiera sabía lo que iba a escribir día a día, no volvía a leer para corregir. No tenía necesidad de concentrarse ni de consultar libros, excepto la Biblia y el Catecis-

mo de Pio X. Y si la interrumpían, a veces por motivos fútiles, volvía a escribir sin perder el hilo. No la detenían las crisis de su sufrimiento crónico ni la aguda necesidad de reposo, pues hasta llegaba a tener que escribir de noche. Estaba concentrada con todo su ser en la narración que fluía de su pluma de auténtica escritora, pero si se trataba de temas teológicos podía suceder que no comprendiera el íntimo significado de los mismos. A menudo llamaba a Marta, la obligaba a abandonar sus quehaceres domésticos, y le leía lo que había escrito.

No suspendió su tarea ni siquiera cuando se vio obligada a refugiarse en San Andrés de Cómpito (arrabal del ayuntamiento de Capànnori, en la provincia de Lucca), dado que la segunda guerra mundial se iba haciendo cada vez más violenta. Allí trasladó el moblaje de su cuarto de inválida y, desde abril hasta diciembre de 1944, vivió sus nuevos sufrimientos.

Sobre todo en Viareggio, la ocupación de escritora que absorbía todo su tiempo no la alejó del mundo, pues seguía el desarrollo de los acontecimientos a través de la radio y los periódicos. Tampoco dejaba de cumplir con sus deberes cívicos, hasta el punto de que, en ocasión de las elecciones políticas de 1948, se hizo llevar en ambulancia a la mesa electoral. Recibía solamente a personas amigas y, sucesivamente, también a algunos personajes importantes, pero no descuidaba la correspondencia, de especial modo la que mantenía muy asiduamente con una monja carmelita de clausura, a quien consideraba como madre espiritual.

Rezaba pero también sufría, aunque procuraba no demostrarlo. Por lo general sus oraciones eran secretas y sus éxtasis, que están documentados en sus escritos personales, no tuvieron testigos. Su aspecto sano no dejaba traslucir los duros y continuos sufrimientos, que acogía con gozo espiritual por su afán de redimir por medio de ellos. Pidió que se le concediera la gracia de no llevar impresas en su cuerpo las señas evidentes de su participación conjunta en la pasión de Cristo. Y le fue concedida.

Se la veía como a una persona normal a pesar de su invalidez. Se ocupaba en labores femeninas o en los quehaceres domésticos que podían realizarse aun estando en cama, como

bordar, mondar verduras, limpiar la jaula de los pajarillos. Hasta lograba ocuparse por sí misma de su aseo personal: era suficiente que le alcanzaran lo necesario. A veces cantaba, y lo hacía con una hermosa voz.

Sus obras

Su obra principal es la que se intitula: *El Evangelio como me ha sido revelado*, publicada en diez volúmenes.

Narra el nacimiento y la infancia de la Virgen María y de Jesús, su hijo (esta parte fue escrita principalmente durante el periodo en que estuvo refugiada). Narra además los tres años de la vida pública de Jesús (es la parte más extensa de la obra), su pasión, muerte, resurrección y ascensión, los albores de la Iglesia y la asunción de María.

Con indudable validez literaria, la obra describe paisajes, ambientes, personas y acontecimientos con el brío de una representación; delinea caracteres y situaciones con habilidad introspectiva; expone hechos gozosos y dramáticos con el sentimiento de quien toma parte realmente en ellos; da informaciones acerca de características ambientales y culturales, costumbres y ritos, con detalles irreprensibles. A través del fascinante relato de la vida terrena del Redentor, pródiga de discursos y de diálogos, ilustra toda la doctrina del cristianismo según el dogma católico.

El Padre Gabriele M. Allegra, misionario franciscano y estudioso de la Biblia, que ha sido proclamado "venerable" en nuestro tiempo, escribió en 1968 a propósito de esta obra: "Esta obra maestra de la literatura religiosa italiana, o quizás sea más justo decir, de la literatura cristiana mundial, está expresada a través de dones naturales unidos en armónica conjunción a dones místicos".

Maria Valtorta escribió esta obra de 1944 a 1947. Algunos de los últimos episodios fueron escritos en 1951.

No siempre seguía un orden cronológico. A veces, debido a factores espirituales ligados a un determinado momento, tenía que escribir uno o más episodios fuera de la trama del re-

lato y luego el mismo Jesús le indicaba dónde debía colocarlos. A pesar de la ocasional discontinuidad en la redacción y, sobre todo, a pesar de la falta de esquemas preparatorios -mentales o escritos- la obra presenta desde el principio hasta el final una estructura perfectamente orgánica.

Por añadidura, Maria Valtorta alternaba este trabajo con la redacción de páginas referidas a varios temas, que comenzó a escribir en 1943 (cuando acababa de poner fin a la *Autobiografía*) y que siguió escribiendo en los años sucesivos hasta 1950. Estas páginas han dado origen a las obras menores, que se publicaron en cinco volúmenes: tres de ellos corresponden a la miscelánea titulada *Los Cuadernos* (correspondientes a los años 1943, 1944 y 1945-1950, respectivamente), que es una colección de escritos referidos a temas ascéticos, bíblicos, doctrinales, autobiográficos, así como de descripciones de escenas evangélicas y del martirio de los primeros cristianos. Los otros dos volúmenes son: el *Libro de Azaria* -que contiene comentarios de los textos del misal festivo, excepto los del Evangelio- y las *Lecciones sobre la Epístola de Pablo a los Romanos*.

Epílogo

Maria Valtorta estaba a punto de terminar *El Evangelio como me ha sido revelado* que, como se ha dicho, es su obra principal en diez volúmenes, cuando se apoderó de ella la nostalgia de su Señor, pues pensaba que no Le vería más. Pero el Señor fue a ella para consolarla con una promesa: "Vendré siempre. Y lo haré para ti sola. Y será algo aún más dulce porque seré solamente para ti... te elevaré aún más a lo alto, a las puras esferas de la pura contemplación... De ahora en adelante, vivirás tan sólo en la contemplación... haré que, en mi amor, te olvides del mundo". Era el 14 de marzo de 1947, el día en que cumplió cincuenta años.

Ya algunos años antes (precisamente el 12 de septiembre de 1944), Jesús le había predicho una muerte estática: "¡Cuán feliz serás cuando comprendas que te encuentras ya en mi mundo para siempre y que has llegado, desde el mísero mundo, sin

darte cuenta siquiera, pasando de una visión a la realidad, como un niño pequeño que sueña con su mamá y que, al despertar, siente que ella le estrecha contra su corazón! Así haré contigo".

Y así fue: cuando en el verano de 1956 llegó de la editorial, después de años de espera, un grueso volumen (era el primero de los cuatro nutridos volúmenes de la primera y atormentada edición de su obra, titulada *El poema de Jesús*, y no llevaba el nombre de la autora porque ésta no quería que se la conociera en vida), Maria Valtorta lo observó con indiferencia y lo depositó sobre su lecho como si no tuviera nada que ver con él. Fue la primera señal de un desapego que fue acentuándose con el tiempo hasta convertirse en incomunicabilidad, en una dulce apatía, en un total abandono, pero que no logró atenuar en su rostro el brillo de la mirada ni alterar la serenidad de la expresión.

En los últimos años ya no hacía nada: comía sólo si alguien la embocaba; hablaba sólo para repetir las últimas palabras de la frase que le habían dirigido. Su única expresión personal era: "¡Cuánto sol hay aquí!"; lo decía cada tanto, y nada más. (Téngase en cuenta que, según uno de los médicos que la asistieron, tendría que haber proferido gritos de dolor a causa de su mal). En algunas ocasiones especiales, muy pocas, pareció como si volviera en sí y dio respuestas lúcidas, justas, proféticas, pero se trató de un solo instante; luego volvió otra vez a olvidarse del mundo.

Dejó de existir en la radiante mañana del jueves 12 de octubre de 1961, casi como si obedeciera a la palabra del sacerdote que le recitaba la oración para los agonizantes: "Parte de este mundo, ¡oh, alma cristiana!". Tenía 64 años y llevaba 27 y medio inmovilizada en el lecho.

Doce años más tarde, el 2 de julio de 1973, los despojos de Maria Valtorta fueron trasladados a Florencia desde el Camposanto de la Misericordia de Viareggio y fueron sepultados en una capilla del Claustro grande de la Basílica de la Santísima Anunciación.